
The sequel to the #1 New York Times Bestseller CLOCKWORK ANGEL
THE INFERNAL DEVICES
· Book Two ·
Clockwork Prince
CASSANDRA CLARE

Príncipe Mecánico

The Infernal Devices

Libro Dos

Cassandra Clare

SINOPSIS

Con la esperanza de salvar a Charlotte, y al Instituto, Will, Jem, y Tessa se proponen revelar los secretos del pasado de Mortmain… y descubrir las perturbadoras conexiones de los Cazadores de Sombras que tienen la llave de no solo las motivaciones del enemigo, sino también, del secreto de la identidad de Tessa. Tessa, ya atrapada entre los afectos de Will y Jem, se encuentra a sí misma con otra elección que hacer cuando aprende cómo los Cazadores de Sombras la ayudaron a hacerla un "monstruo". ¿Les dará la espalda por su hermano, Nate, que ha estado rogándole para unirse a él al lado de Mortmain? ¿Dónde yacerá su lealtad y amor? Tessa solo puede elegir salvar a los Cazadores de sombras de Londres... o ponerles a fin a ellos para siempre.

Para Elka
Khalepa ta kala

"Deseo decirle que ha sido el último sueño de mi alma... Desde que la conocí, me turba el remordimiento que no creí ya vivo y he oído voces, que creía silenciosas, que me incitan a recobrar el ánimo. He tenido ideas vagas de volver a esforzarme, de empezar de nuevo la vida, de arrojar de mí la pereza y la sensualidad y volver a la abandonada lucha. Pero todo eso no es más que un sueño, que no conduce a nada y que deja al dormido donde estaba, aunque deseo decirle que estos sueños los inspiró usted."

—Charles Dickens, *Historia de Dos Ciudades*.

PRÓLOGO

La Difunta Desheredada

Traducido por Aurim en Más que Vampiros

La niebla era espesa, amortiguando los sonidos y la visión. Allá donde ésta se disipaba, Will Herondale podía ver el principio de la calle ante él, resbaladiza, húmeda y negruzca a causa de la lluvia, y escuchó las voces de la muerte.

No todos los Cazadores de Sombras podían oír a los fantasmas, a menos que estos decidieran ser oídos, pero Will era uno de los pocos cazadores que podía. A medida que se aproximaba al viejo cementerio, oía elevarse las voces en un coro rasgado: gemidos y súplicas, llantos y gruñidos. Este no era un campo santo en paz, pero Will ya sabía eso; no era su primera visita al Cementerio de Cross Bones cerca del Puente de Londres. Hizo todo lo posible por apartar las voces, encorvando los hombros y agachando la cabeza para que el cuello le cubriese las orejas, mientras una fina llovizna le humedecía el cabello negro.

La entrada estaba a medio camino de la manzana donde un par de puertas de hierro forjado se empotraban en un alto muro de piedra. Todo mundano que pasara por allí podía ver la gruesa cadena que mantenía las puertas cerradas y la inscripción que declaraba clausurado el lugar,; habían pasado quince años de la última vez que un cuerpo fuera enterrado allí. Cuando Will se acercó a las puertas, algo no mundano se materializó fuera de la niebla: una gran aldaba de bronce en forma de mano, con los dedos huesudos y esqueléticos. Con una mueca, Will extendió una de sus manos enguantadas y levantó la aldaba, dejándola caer una, dos, tres veces. A través de la noche resonó el hueco sonido metálico.

Más allá de las puertas la niebla se alzaba como vaho de la tierra, ocultando las inscripciones de las sepulturas y las alargadas e irregulares parcelas de tierra que se extendían entre ellas. Con gran lentitud, la bruma empezó a fusionarse, asumiendo un inquietante resplandor azul. Will puso las manos sobre los barrotes de las puertas y el frío del metal se filtró a través de sus guantes hasta entrar en sus huesos. Will se estremeció. Hacía algo más que un frío común: cuando los fantasmas se levantaban, extraían la energía de su alrededor,

privando de calor al aire y al espacio que los rodeaba. A Will se le erizó el pelo de la nuca y se puso en guardia cuando la niebla azul lentamente tomó la forma de una anciana con la cabeza inclinada, que vestía un traje andrajoso con delantal blanco.

—¡Hola, Mol! —saludó Will—. Esta noche se te ves particularmente bien, si me permites decirlo.

La fantasma levantó la cabeza. La vieja Molly era un espíritu fuerte, uno de los más fuertes con los que Will se había topado. Incluso con la luz de la luna arponeando una brecha entre las nubes, ella apenas se veía transparente: su cuerpo era sólido, su cabello se retorcía en un grueso moño gris leonado sobre un hombro y sus ásperas manos rojas se apoyaban sobre sus caderas. Sólo sus ojos se veían huecos, con dos llamas azules gemelas parpadeando en sus profundidades.

—William Herondale —respondió—. ¿De regreso tan pronto?

Ella se movió hacia las puertas con ese deslizamiento característico de los fantasmas. Estaba descalza y tenía los pies sucios a pesar del hecho de que jamás tocaran el suelo.

—Sabes que extrañaba tu bello rostro —dijo Will, inclinándose contra las puertas.

Ella sonrío burlona, con sus ojos parpadeando, y Will pudo atisbar brevemente su cráneo bajo su piel translúcida. Sobre sus cabezas las nubes se habían vuelto a apretar unas contra otras, negras y amenazantes, ocultando totalmente la luna. Will se preguntaba ociosamente, qué había hecho la Vieja Molly para conseguir que la enterraran allí, lejos de tierra consagrada. La mayoría de las voces susurrantes de la muerte pertenecían a prostitutas, suicidas y niños que nacían muertos… Aquellos muertos marginados que no podían ser enterrados en lugar sagrado. Aunque Molly había conseguido que la situación le fuese bastante provechosa, así que tal vez no le importaba.

Ella se rió con satisfacción.

—¿Entonces qué es lo que quieres, joven Cazador de Sombras? ¿Veneno de Malphas[1]? Tengo la garra de un demonio Morax, pulida con esmero, con el veneno en la punta completamente invisible…

—No —dijo Will—. Eso no es lo que necesito. Lo que necesito son polvos de demonio Foraii, finamente molido.

Molly volvió la cabeza a un lado y escupió una bocanada de fuego azul.

—Pero bueno… ¿Qué hace un buen joven como tú pidiendo cosas como esa?

Will sólo se limitó a suspirar para sus adentros. Las protestas de Molly eran parte del proceso de negociación. Magnus ya le había enviado varias veces a la Vieja Mol, una vez a por hediondas velas negras, que se le pegaron a la piel como alquitrán, otra vez a por los huesos de un nonato y otra a por un saquito de ojos de hada, que le había goteado sangre sobre la camisa. El polvo de demonio Foraii sonaba agradable en comparación.

—Crees que soy tonta —continuó Molly—. Esto es una trampa, ¿verdad? Tú, Nefilim, me pillas vendiendo ese tipo de cosas, y culpas a la Vieja Mol, ¿no es así?

—Tú *ya* estás muerta. —Will se esforzó por no sonar irritado—. No sé qué crees que pueda hacerte la Clave ahora.

—¡Ja! —Sus ojos vacíos llamearon—. La prisión de los Hermanos Silenciosos, bajo tierra, puede guardar tanto a los vivos como a los muertos. Sabes eso, Will Herondale.

Will levantó las manos.

—Sin trucos, vieja. Seguro que has debido de oír los rumores que corren sobre el Submundo. La Clave tiene mejores cosas en mente que buscar fantasmas que trafiquen con polvos de demonio y sangre de hada. —Él se echó hacia delante —. Te pagaré bien.

Sacó una bolsa de popelina del bolsillo y la dejó pendiendo en el aire. Tintineó como monedas chocando entre sí.

---

[1] Malphas: en demonología es un poderoso ente demoniaco del Infierno, con cuarenta legiones de demonios bajo su mando, con gran poder mental sobre su enemigo, se muestra como un cuervo que cambia a forma de hombre.

—Todos ellos se ajustan a tu descripción, Mol.

Una mirada de deseo se apoderó del rostro de la muerta, que se hizo lo bastante sólida para tomar la bolsa que él le tendía. Metió la mano en la talega y sacó un puñado de anillos, anillos dorados de boda, cada uno de ellos rematado con un nudo de amantes[2] en su centro. La Vieja Mol, como otros muchos fantasmas, siempre estaba buscando ese talismán, esa pieza perdida de su pasado que finalmente le permitiría morir, el ancla que la mantenía atrapada en el mundo. En su caso, era su anillo de bodas. Era bien sabido, según le había contado Magnus a Will, que el anillo hacía largo tiempo que yacía enterrado bajo el limoso lecho del Támesis, y entretanto, ella tomaría cualquier bolsita de anillos encontrados con la esperanza de que alguno resultara ser el suyo. Hasta el momento no había sucedido así.

Ella dejó caer los anillos de vuelta a la bolsa, que desapareció en algún lugar de su difunta persona, y a cambio le entregó a Will una bolsita doblada con polvo. Él la deslizó en el bolsillo de su chaqueta justo cuando la fantasma comenzaba a titilar y desvanecerse.

—Aguarda ahí, Mol. Eso no es lo único a por lo que he venido esta noche.

El espíritu parpadeó mientras la avaricia combatía contra su impaciencia y el esfuerzo por mantenerse visible. Finalmente, gruñó:

—Muy bien. ¿Qué más quieres?

Will vaciló. Esto no era algo a por lo que le hubiera enviado Magnus. Era algo que él quería saber para sí mismo.

—Las pócimas de amor…

La Vieja Mol soltó una carcajada estridente.

—¿*Pócimas de amor*? ¿Para Will Herondale? No es que sea mi estilo rechazar un pago, pero cualquier hombre que tenga tu aspecto no tiene necesidad de pócimas de amor, eso es un hecho.

—No —replicó Will con un poco de desesperación en la voz—. Estaba buscando lo contrario en realidad… Algo que pueda poner fin a estar enamorado.

---

[2] Anillo con nudo de amantes, para ver, aquí: http://cn1.kaboodle.com/hi/img/c/0/0/83/d/AAAADOzrBJsAAAAAIPY5w.jpg?v=1257821576000

—¿Una pócima de odio? —Mol aún sonaba divertida.

—¿Estaba pensando en algo más parecido a la indiferencia? ¿Tolerancia...?

Ella hizo un sonido de resoplido increíblemente humano para ser un fantasma.

—No es que me guste decirte esto, Nefilim, pero si quieres que una chica te odie hay formas más sencillas de conseguirlo. No necesitas *mi* ayuda con la pobrecita.

Y con eso se desvaneció con un giro que la confundió con la niebla que había entre las sepulturas. Will suspiró mirando hacia donde había estado ella.

—No es para ella —musitó, aunque ya no había nadie que lo oyera—. Es para *mí*... —Y apoyó la cabeza contra las frías puertas de hierro.

1
La Cámara del Concejo

Traducido por Pamee

Arriba, el hermoso techo del salón se asienta majestuoso.
Muchos hicieron que se alzara en lo alto con un gran arco,
Y los ángeles elevándose y descendiendo se encontraban
Con regalos que se intercambiaban.

— Lord Alfred Tennyson, "El Palacio del Arte"

Oh, sí. Realmente luce como me la imaginaba —dijo Tessa, y se giró para sonreír al chico que estaba junto a ella, quien la acaba de ayudar a pasar sobre un charco. Su mano todavía descansaba cortésmente sobre su brazo, justo encima de la curvatura de su codo.

James Carstairs le devolvió la sonrisa. Estaba elegante con su traje oscuro, y su cabello blanco plateado agitándose al viento. Su otra mano descansaba sobre un bastón con cabeza de jade, y si alguien de la gran multitud de personas que daba vueltas alrededor de ellos pensaba que era extraño que alguien tan joven necesitara un bastón, o encontraba cualquier cosa inusual acerca de su 'colorido' o la forma de sus facciones, no se detenía para mirar.

—Debería contar eso como una bendición —dijo Jem—. Estaba comenzando a preocuparme, ya sabes, de que todo lo que encontraras en Londres fuera a ser una decepción.

Una decepción. El hermano de Tessa, Nate, una vez le había prometido todo en Londres: un nuevo comienzo, un maravilloso lugar para vivir, una ciudad de edificios inmensos y hermosos parques. En cambio, lo que Tessa había encontrado había sido horror y traición, y peligro más allá de cualquier cosa que hubiera imaginado. Y aun así…

—No todo ha sido una decepción. —Le sonrió a Jem.

—Me alegra oír eso. —Su tono era serio, no burlón.

Apartó la mirada de él y miró hacia el gran edificio que se elevaba ante ellos: la Abadía de Westminster, con sus grandes agujas góticas que casi tocaban el cielo. El sol había hecho su mejor esfuerzo por salir de las nubes, y la abadía estaba bañada en una débil luz solar.

—¿Realmente está aquí? —preguntó ella, mientras Jem la guiaba hacia adelante, hacia la entrada de la abadía—. Parece tan…

—¿Mundana?

—Había querido decir atestada. —Hoy, la Abadía estaba abierta a los turistas, y grupos de éstos pululaban afanosamente dentro y fuera de las enormes puertas, la mayoría llevando guías Baedeker[3] en sus manos. Un grupo de turistas estadounidenses (mujeres de mediana edad con ropa pasada de moda, murmurando en un acento que hacía que Tessa sintiera una ligera nostalgia) los pasaron mientras subían las escaleras, corriendo detrás de un profesor que estaba ofreciendo una visita guiada por la Abadía. Jem y Tessa se fundieron sin esfuerzo tras ellos.

El interior de la abadía olía a piedra fría y metal. Tessa miraba de arriba abajo, maravillándose por el tamaño del lugar. Hacía que el Instituto luciera como la iglesia de una aldea.

—Noten la triple división de la nave —decía un guía, monótonamente, continuando con la explicación de que las capillas más pequeñas se alineaban en los pasillos este y oeste de la abadía. Alguien pidió silencio, incluso aunque no se estaba haciendo ningún servicio religioso. Mientras Tessa dejaba que Jem la condujera hacia el lado este de la iglesia, se dio cuenta de que estaba pasando por encima de piedras talladas con nombres y fechas. Había sabido que había reyes famosos, reinas, soldados y poetas sepultados en la Abadía de Westminster, pero no había esperado estar de pie encima de ellos.

[3] Verlag Karl Baedeker es una editorial con sede en Alemania y pionera en el negocio de las guías de viajes para todo el mundo.

Ella y Jem se detuvieron, finalmente, en el rincón sudeste de la iglesia. La luz acuosa del día se derramaba a través del rosetón[4] en lo alto.

—Sé que debemos apresurarnos para llegar a la reunión del Concejo —dijo Jem— pero quería que vieras esto. —Hizo un gesto alrededor de ellos—. El Rincón de los Poetas.

Tessa había leído del lugar, por supuesto, donde estaban sepultados los grandes escritores de Inglaterra.

Estaba la tumba de piedra gris de Chaucer, con su pabellón, y otros nombres familiares: —Edmund Spenser, oh, y Samuel Johnson —jadeó ella— y Coleridge, y Robert Burns, y *Shakespeare*…

—En realidad, no está sepultado aquí —dijo Jem rápidamente—. Es sólo un monumento. Como el de Milton.

—Oh, lo sé, pero… —Ella lo miró y sintió que se sonrojaba—. No puedo explicarlo. Es como estar entre amigos, en medio de estos nombres. Es tonto, lo sé…

—No es tonto en absoluto.

Ella le sonrió. —¿Cómo supiste justo lo que me gustaría ver?

—¿Cómo no podría? —dijo él—. Cuando pienso en ti, y no estás ahí, siempre te veo en mi mente con un libro en la mano. —Apartó la mirada de ella cuando lo dijo, pero no antes de que ella viera el ligero rubor en sus pómulos. Era tan pálido, que ni siquiera podía ocultar el más mínimo rubor, pensó ella, y se sorprendió por lo cariñoso del pensamiento.

Le había tomado mucho cariño a Jem en la pasada quincena. Will había estado evitándola estudiadamente, Charlotte y Henry estaban atrapados con problemas de la Clave y el Concejo y manejar el Instituto, e incluso Jessamine parecía estar ocupada. Pero Jem siempre estaba ahí. Parecía tomar su rol como

[4] Un rosetón es una ventana circular calada, dotada de vidrieras, cuya tracería se dispone generalmente de forma radial.

su guía por Londres muy seriamente. Habían ido a Hyde Park y los Jardines Kew, a la Galería Nacional y al Museo Británico, la Torre de Londres y la Verja de los Traidores. Fueron a ver la ordeña de vacas en St. James's Park, y a los vendedores de frutas y verduras pregonando sus mercancías en Covent Garden. Habían observados los botes navegando en el Támesis iluminado por el sol desde el Embarcadero, y habían comido cosas llamadas "trabapuertas" lo que sonaba horrible pero resultó ser mantequilla, azúcar y pan. Y a medida que los días pasaban, Tessa sentía que se desplegaba lentamente de su silenciosa infelicidad acumulada sobre Nate y Will y la pérdida de su antigua vida, como una flor saliendo del suelo congelado. Incluso se había encontrado riendo. Tenía que agradecerle a Jem por eso.

—*Eres* un buen amigo —exclamó. Y cuándo para su sorpresa él no dijo nada ante eso, dijo—: Al menos espero que seamos buenos amigos. Tú también lo crees, ¿no, Jem?

Él se giró para mirarla, pero antes de que pudiera responder, una voz sepulcral habló desde las sombras:

"'¡Mortalidad, observa y teme!
Qué cambio de carne hay aquí:
Piensa cuántos huesos reales
Duermen en estas pilas de piedra.'"

Una forma oscura salió de entre dos monumentos. Mientras Tessa parpadeaba sorprendida, Jem, en un tono de diversión resignada, dijo:

—Will. ¿Decidiste honrarnos con tu presencia después de todo?

—Nunca dije que no iba a venir. —Will avanzó, y la luz del rosetón cayó sobre él, iluminando su rostro. Incluso ahora, Tessa no podía mirarlo sin que su pecho se apretara con un tartamudeo doloroso de su corazón.

Cabello negro, pómulos elegantes, abundantes pestañas oscuras, boca llena; hubiera sido guapo si no hubiera sido tan alto y tan musculoso. Ella había pasado sus manos sobre esos brazos; sabía cómo se sentían: hierro, bordeado de

músculos; sus manos, cuando ahuecaron la parte de atrás de su cabeza, eran esbeltas y flexibles, pero duras por los callos…

Arrancó su mente de esos recuerdos. Los recuerdos no hacían ningún bien, no cuando una sabía la verdad en el presente. Will era hermoso, pero no era suyo; no era de nadie. Algo en él estaba roto, y a través de esa grieta, se derramaba una crueldad ciega, una necesidad de herir y alejar.

—Llegas tarde a la reunión del Concejo —dijo Jem con buen humor. Él era el único al que la malicia traviesa de Will nunca parecía tocar.

—Tuve que hacer un recado —dijo Will.

De cerca, Tessa podía ver que lucía cansado. Sus ojos estaban bordeados con rojo, las sombras bajo éstos eran casi púrpuras. Su ropa parecía arrugada, como si hubiera dormido con ella puesta, y su pelo necesitaba un corte. *Pero no tiene nada que ver contigo,* se dijo duramente a sí misma, apartando la mirada de las suaves ondas oscuras que se rizaban alrededor de sus orejas, y la parte de atrás de su cuello. *No importa lo que pienses sobre cómo se ve o cómo ha elegido pasar su tiempo. Dejó eso muy claro.*

—Y ustedes no están exactamente a la hora.

—Quería mostrarle a Tessa el Rincón de los Poetas —dijo Jem—. Pensé que le gustaría. —Hablaba tan simple y llanamente, que nunca nadie podría dudar o imaginar que no dijera nada más que la verdad. En el rostro de su simple deseo por complacer, ni siquiera Will parecía ser capaz de pensar en algo desagradable que decir; simplemente se encogió de hombros y caminó por delante de ellos a un ritmo acelerado a través de la abadía y hacia fuera del Claustro Este.

Había un jardín cuadrado rodeado por las paredes del convento, y las personas estaban caminando por los bordes del jardín, murmurando en voz baja como si todavía estuvieran en la iglesia. Ninguno de ellos parecía notar a Tessa y a sus acompañantes, mientras se aproximaban al conjunto de puertas dobles de roble montadas en una de las paredes.

Will, después de mirar alrededor, sacó la estela de su bolsillo y pasó la punta a través de la madera. La puerta centelleó con una breve luz azul y se abrió. Will entró, con Jem y Tessa justo detrás de él. La puerta era gruesa, y cerró con un golpe resonante detrás de Tessa, casi atrapando sus faldas; se alejó justo a tiempo, y dio un paso atrás rápidamente, girando alrededor en lo que era casi una oscuridad como la brea.

—¿Jem?

Una luz se encendió; era Will, sosteniendo su piedra de luz mágica. Estaban en un enorme salón hecho de piedra con techos abovedados. El suelo parecía ser de ladrillo, y había un altar al final de la habitación.

—Estamos en la Cámara Pyx —dijo él—. Solía ser una tesorería. Había cajas de oro y plata por todas las paredes.

—¿Una tesorería de Cazadores de Sombras? —Tessa estaba completamente desconcertada.

—No, la tesorería real Británica, por lo grueso de las paredes y las puertas —dijo Jem—. Pero los Cazadores de Sombras siempre han tenido acceso. —Sonrió ante la expresión de Tessa—. Las monarquías a través del tiempo le han dado un diezmo[5] a los Nefilim, en secreto, para mantener a salvo sus reinos de los demonios.

—No en América —dijo Tessa con humor—. No tenemos monarquía…

—Tienen una rama del gobierno que trata con Nefilims, no temas —dijo Will, cruzando el suelo hacia el altar—. Solía ser el Departamento de Guerra, pero ahora es una rama del Departamento de Justicia…

Fue interrumpido cuando el altar se movió hacia el lado con un crujido, revelando un agujero vacío y oscuro detrás de él. Tessa podía ver el débil

5 El diezmo (del latín decimus, décimo) es un impuesto del diez por ciento (la décima parte de todas las ganancias) que se debía pagar a un rey, gobernante, o líder eclesiástico.

parpadeo de las luces entre las sombras. Will entró agachado al agujero, su luz mágica iluminaba la oscuridad.

Cuando Tessa lo siguió, se encontró en un largo corredor de piedra que descendía. La piedra de las paredes, pisos, y techos era la misma, dando la impresión de que el pasillo había sido cortado directamente en la roca, aunque era suave en vez de áspera.

Cada pocos pasos había una luz mágica ardiendo en un aplique con forma de mano humana presionada en la pared, con los dedos agarrando una antorcha. El altar se deslizó cerrándose tras ellos, y se pusieron en camino. Mientras pasaban, la pendiente del pasillo comenzó a hacerse más pronunciada hacia abajo. Las antorchas ardían con un brillo verde azulado, iluminando tallados en la roca: el mismo motivo, una y otra vez, de un ángel alzándose en fuego ardiente de un lago, llevando una espada en una mano y una copa en la otra.

Al final se encontraron de pie ante dos grandes puertas plateadas. Cada puerta estaba tallada con un diseño que Tessa había visto antes: cuatro letras C entrelazadas. Jem las señaló. —Significan Clave y Concejo, Convenio y Cónsul —dijo, antes de que ella pudiera preguntar.

—El Cónsul. ¿Él es… el líder de la Clave? ¿Como una especie de rey?

—No es tan innato como tu monarquía usual —dijo Will—. Él es elegido, como el presidente o el primer ministro.

—¿Y el Concejo?

—Los verás muy pronto. —Will empujó las puertas para abrirlas.

La boca de Tessa cayó abierta; la cerró rápidamente, pero no antes de captar la mirada divertida de Jem, que estaba de pie a su lado derecho. El salón más allá era uno de los más grandes que ella hubiera visto, un enorme espacio abovedado, cuyo cielorraso estaba pintado con un patrón de estrellas y constelaciones. Una gran araña de luces con la forma de un ángel sosteniendo antorchas brillantes, colgaba del punto más alto de la cúpula. El resto de la habitación estaba establecido como un anfiteatro, con largas plataformas

curvadas. Will, Jem, y Tessa estaban de pie en lo alto de una fila de escaleras que pasaba a través del área de asientos, la cual estaba llena de gente en tres cuartos. En lo más bajo de los escalones se alzaba una plataforma, y en esa plataforma había varias sillas con respaldo de madera de aspecto incómodo.

En una de ellas estaba sentada Charlotte; junto a ella estaba Henry, mirando con los ojos muy abiertos y nerviosos. Charlotte estaba sentada tranquilamente con sus manos sobre el regazo; sólo alguien que la conocía bien podría haber visto la tensión en sus hombros y lo rígida que estaba su boca.

Ante ellos, en una especie de atril de orador (era más ancho y largo de lo que eran los atriles normalmente) se encontraba un hombre alto con largo cabello rubio y barba espesa; sus hombros eran amplios, y usaba una túnica negra sobre su ropa, como un juez, y las mangas brillaban con runas tejidas. Junto a él, en una silla baja, se sentaba un hombre mayor, su cabello castaño estaba veteado de gris, su rostro estaba afeitado pero hundido con líneas severas. Su túnica era azul oscuro, y las joyas brillaban en sus dedos cuando movía la mano. Tessa lo reconoció: era el Inquisidor Whitelaw, que tenía voz como el hielo y ojos como el hielo, e interrogaba testigos en nombre de la Clave.

—Sr. Herondale —dijo el hombre rubio, mirando a Will, y su boca se arqueó en una sonrisa—. Qué amable de su parte unirse a nosotros. Y el Sr. Carstairs, también. Y su acompañante debe ser…

—Señorita Gray —dijo Tessa, antes de que él pudiera terminar—. Señorita Theresa Gray de Nueva York.

Un murmullo se extendió por la habitación, como el sonido de una ola retrocediendo. Sintió que Will se tensaba junto a ella, y Jem tomó aire como si fuera a hablar. *Interrumpir al Cónsul*, pensó que escuchó que dijo alguien. Así que este era el Cónsul Wayland, el líder de la Clave. Mirando alrededor de la habitación, vio algunas caras familiares: Benedict Lightwood, con sus facciones afiladas y ganchudas y porte rígido; y su hijo, el despeinado Gabriel Lightwood, viéndose pétreamente recto. Lilian Highsmith, de ojos oscuros. George Penhallow, de aspecto amigable; e incluso la formidable tía de Charlotte, Callida, cuyo cabello se amontonaba en su cabeza en espesas ondas grises. Había muchos otros rostros también, rostros que ella no conocía. Era

como mirar un libro de fotografías con la intención de informarte sobre las personas del mundo. Había Cazadores de Sombras rubios con aspecto de vikingos, y un hombre de piel muy oscura que parecía un califa salido de su copia ilustrada de *Las Mil y Una Noches*, y una mujer india vestida con un hermoso sari bordado con runas plateadas. Ella estaba sentada junto a otra mujer, que había girado la cabeza y los estaba mirando. Usaba un elegante vestido de seda, y su rostro era como el de Jem: las mismas facciones delicadamente hermosas, las mismas curvas en sus ojos y pómulos, aunque donde el cabello y los ojos de Jem eran plateados, los de ella eran oscuros.

—Bienvenida entonces, Señorita Tessa Gray de New York —dijo el Cónsul, sonando divertido—. Apreciamos que se una a nosotros hoy día. Entiendo que ya ha contestado algunas preguntas para la Enclave de Londres. Había esperado que estuviera dispuesta a contestar algunas más.

A través de la distancia que las separaba, los ojos de Tessa se encontraron con los de Charlotte: *¿Debería?* Charlotte le dio un asentimiento casi imperceptible. *Por favor.*

Tessa cuadró los hombros. —Si esa es su petición, sin duda.

—Aproxímese a la plataforma del Concejo, entonces —dijo el Cónsul, y Tessa se dio cuenta de que debía referirse a la larga y estrecha plataforma de madera que se encontraba ante el atril—. Y sus caballeros acompañantes pueden escoltarla —agregó.

Will murmuró algo, pero tan silenciosamente que incluso Tessa no pudo oírlo. Flanqueada por Will a su izquierda y Jem a su derecha, Tessa bajó los escalones hacia la plataforma ante el atril. Se quedó de pie detrás de éste, insegura. Así de cerca, pudo ver que el Cónsul tenía amigables ojos azules, a diferencia de los del Inquisidor, los que eran de un gris sombrío y tormentoso, como un mar lluvioso.

—Inquisidor Whitelaw —le dijo el Cónsul al hombre de ojos grises—. La Espada Mortal, si hace el favor.

El Inquisidor se puso de pie, y de su túnica sacó una enorme espada. Tessa la reconoció al instante. Era larga, de plata deslustrada, su empuñadura estaba tallada con forma de alas desplegadas. Era la espada del *Código,* la que portaba el Ángel Raziel cuando salió del lago, y se le había dado a Jonathan Cazador de Sombras, el primero de todos.

—Maellartach —dijo ella, dándole a la espada su nombre.

El Cónsul, tomando la espada, lució divertido de nuevo. —*Ha* estado estudiando —dijo—. ¿Cuál de ustedes le ha estado enseñando? ¿William? ¿James?

—Tessa aprende las cosas por su cuenta, señor. —Will arrastraba las palabras suave y alegremente, en contradicción con el sentimiento sombrío de la sala—. Es muy curiosa.

—Con mayor razón no debería estar aquí. —Tessa no tuvo que girarse; conocía la voz. Benedict Lightwood—. Esta es la Guarida del Concejo. No traemos Submundos a este lugar. —Su voz era estricta—. La Espada Mortal no puede ser utilizada para hacerla decir la verdad; ella no es una Cazadora de Sombras. ¿De qué sirve la espada, o ella, aquí?

—Paciencia, Benedict. —El Cónsul Wayland sostenía la espada ligeramente, como si no pesara nada. Su mirada en Tessa era más pesada. Ella sentía como si él estuviera buscando en su cara, leyendo el miedo en sus ojos—. No vamos a herirla, brujita —dijo—. Los Acuerdos lo prohíben.

—No debería llamarme bruja —dijo Tessa—. No tengo ninguna marca de brujo. —Era extraño tener que decir esto de nuevo, pero cuando había sido cuestionada antes, siempre había sido por miembros de la Clave, no por el Cónsul en persona. Él era alto, un hombre de hombros anchos; exudaba una sensación de poder y autoridad. Justo el tipo de poder y autoridad por el que Benedict Lightwood resentía tanto a Charlotte por poseerlos.

—Entonces, ¿qué es usted? —preguntó él.

—No lo sabe. —El tono del Inquisidor era seco—. Tampoco lo saben los Hermanos Silenciosos.

—Puede que ella necesite sentarse —dijo el Cónsul—. Y dar evidencia, pero su testimonio sólo será contado como la mitad del de un Cazador de Sombras. —Se giró hacia los Branwell—. Mientras tanto, Henry, puede retirarse del interrogatorio por el momento. Charlotte, por favor quédese.

Tessa se tragó su resentimiento y fue a sentarse en frente de la fila de asientos, donde se unió a un Henry con aspecto estirado, cuyo pelo rojizo estaba sobresaliendo salvajemente. Jessamine estaba ahí, con un vestido de alpaca marrón pálido, luciendo aburrida y molesta. Tessa se sentó junto a ella, con Will y Jem a su otro lado. Jem estaba justo a su lado, y como los asientos eran estrechos, podía sentir el calor de su hombro contra el suyo.

Al principio, el Concejo procedió de forma muy parecida a como lo habían hecho otras reuniones de la Enclave. Charlotte fue llamada para dar sus recuerdos de la noche cuando la Enclave atacó la fortaleza del vampiro De Quincey, matándolo y a aquellos de sus seguidores que habían estado presentes, mientras el hermano de Tessa, Nate, había traicionado su confianza en él y había permito que el Maestro, Axel Mortmain, entrara al Instituto, donde había asesinado a dos de los sirvientes y casi había secuestrado a Tessa. Cuando le pidieron a Tessa que subiera, dijo las mismas cosas que había dicho antes, que ella no sabía dónde estaba Nate, que no había sospechado de él, que no había sabido nada de sus propios poderes hasta que las Hermanas Oscuras se los habían mostrado, y que ella siempre había pensado que sus padres eran humanos.

—Richard y Elizabeth Gray han sido investigados a fondo —dijo el Inquisidor—. No hay evidencia que sugiera que no fueran humanos. El chico, el hermano, también es humano. Podría ser como Mortmain dio a entender, que el padre de la chica sea un demonio; pero si lo es, está la cuestión de que ella no tiene una marca de brujo.

—Es lo más curioso, todo sobre usted, incluyendo sus poderes —dijo el Cónsul, mirando a Tessa con ojos que eran firmes y de un azul pálido—. ¿No tiene idea de cuáles son los límites de su poder? ¿Sus construcciones? ¿Ha

probado transformarse con un elemento de Mortmain? ¿Para ver si puede acceder a sus recuerdos o pensamientos?

—Sí, lo… lo intenté. Con un botón que dejó atrás. Debería haber funcionado.

—¿Pero?

Ella sacudió la cabeza. —No pude hacerlo. No había chispa en el botón, no había… vida. Nada con lo que pudiera conectar.

—Conveniente —murmuró Benedict, casi demasiado despacio para que lo oyeran, pero Tessa lo oyó, y se sonrojó.

El Cónsul le indicó que podía tomar asiento. Ella vio el rostro de Benedict Lightwood mientras lo hacía; sus labios estaban presionados en una línea furiosa y delgada. Se preguntó que pudo haber dicho para encolerizarlo.

—Y nadie ha visto ni un pelo de este Mortmain desde el… altercado de la Señorita Gray con él en el Santuario —continuó el Cónsul, mientras Tessa tomaba asiento.

El Inquisidor agitó algunos papeles que estaban apilados en el atril. —Sus casas han sido registradas y se han encontrado completamente vacías de posesiones. Se registraron sus almacenes, con los mismos resultados. Incluso nuestros amigos de Scotland Yard han investigado. El hombre se ha desvanecido. Literalmente, como nos dice nuestro joven amigo, William Herondale.

Will sonrió brillantemente como si hubiera sido un cumplido, aunque Tessa, viendo la malicia bajo su sonrisa, pensó en la luz destellando en el filo de una navaja.

—Mi sugerencia —dijo el Cónsul—, es que Charlotte y Henry Branwell sean controlados, y que por los próximos tres meses sus acciones oficiales, realizadas en nombre de la Clave, deberían pasar por mí para que las apruebe antes de…

—Mi señor Cónsul. —Una voz firme y clara habló desde la multitud. Las cabezas se giraron para mirar; Tessa tuvo la impresión de que esto, que alguien interrumpiera al Cónsul en medio de un discurso, no pasaba muy a menudo—. Si puedo hablar.

Las cejas del Cónsul se alzaron. —Benedict Lightwood —dijo—. Tuviste tu oportunidad de hablar antes, durante los testimonios.

—No tengo ningún argumento contra los testimonios que se han dado —dijo Benedict Lightwood. Su perfil ganchudo y afilado se veía aun más agudo con la luz mágica—. Es su sentencia con la que no estoy de acuerdo.

El Cónsul se inclinó hacia delante en el atril. Era un hombre grande, de cuello grueso y pecho ancho, y por sus grandes manos parecía que podía abarcar el cuello de Benedict con una sola. Tessa casi deseaba que lo hiciera. De lo que había visto de Benedict Lightwood, no le agradaba.

—¿Y eso por qué?

—Creo que ha dejado que su larga amistad con la familia Fairchild lo ciegue sobre las deficiencias de Charlotte como directora del Instituto —dijo Benedict, y hubo una audible inhalación de aire en la sala—. Los errores cometidos en la noche del cinco de julio hicieron más que avergonzar a la Clave y perder la Pyxis. Hemos dañado nuestra relación con los Submundos de Londres por atacar inútilmente a De Quincy.

—Ha habido un número de denuncias presentadas durante las Compensaciones —retumbó el Cónsul—. Sin embargo, estos casos serán tratados como la Ley crea conveniente. Las Compensaciones no son realmente tu asunto, Benedict…

—*Y* —continúo Benedict, su voz estaba elevándose— lo peor de todo, es que ella ha permitido que escape un criminal peligroso con planes de perjudicar y destruir a los Cazadores de Sombras, y no tenemos idea de dónde pueda estar. La responsabilidad de encontrarlo tampoco está siendo dirigida a donde debería estar, ¡en los hombros de aquellos que lo perdieron!

Su voz se elevó. De hecho, la sala entera era un alboroto; Charlotte parecía consternada, Henry confundido, y Will furioso. El Cónsul, cuyos ojos se habían oscurecido alarmantemente cuando Benedict había mencionado a los Fairchild (esa debía haber sido la familia de Charlotte, notó Tessa) permanecía en silencio mientras el ruido se apagaba. Luego, dijo—: Tu hostilidad hacia el líder de tu Enclave no te da crédito, Benedict.

—Mis disculpas, Cónsul. No creo que mantener a Charlotte Branwell como directora del Instituto, ya que todos sabemos que la participación de Henry Branwell es nominal al máximo, esté en los mejores intereses de la Clave. Creo que una mujer no puede dirigir un Instituto; las mujeres no piensan con lógica y prudencia, sino que con las emociones del corazón. No tengo duda de que Charlotte es una mujer buena y decente, pero un *hombre* no habría sido engañado por un espía débil como Nathaniel Gray…

—*Yo* fui engañado. —Will se había puesto de pie de un salto y giró alrededor, con sus ojos brillando—. Todos lo fuimos. ¿Qué insinuaciones está haciendo sobre mí, Jem y Henry, *Sr.* Lightwood?

—Tú y Jem son niños —dijo Benedict, cortante—. Y Henry nunca levanta la mirada de su mesa de trabajo.

Will comenzó a pasar por encima del respaldo de su silla; Jem lo tiró de vuelta a su asiento con una fuerza importante, siseando por lo bajo. Jessamine aplaudió, sus ojos castaños estaban brillando.

—*Esto se vuelve emocionante, finalmente* —exclamó.

Tessa la miró asqueada. —¿Estás escuchando algo de esto? ¡Está insultando a Charlotte! —susurró, pero Jessamine le quitó importancia con un gesto.

—¿Y a quién sugerirías para que dirigiera el Instituto en su lugar? —demandó el Cónsul a Benedict, su voz estaba goteando sarcasmo—. ¿Tú, tal vez?

Benedict extendió las manos en auto-desaprobación. —Si usted dice eso, Cónsul…

Antes de que pudiera terminar de hablar, otras tres figuras se habían levantado por propia voluntad; Tessa reconoció a dos como miembros del Enclave de Londres, aunque no sabía sus nombres; la tercera era Lilian Highsmith. Benedict sonrió. Todos lo estaban mirando ahora; junto a él se sentaba su hijo más joven, Gabriel, y estaba mirando a su padre con ojos verdes indescifrables. Sus esbeltos dedos estaban agarrando el respaldo de la silla frente a él.

—Tres para apoyar mi reclamación —dijo Benedict—. Eso es lo que la Ley requiere para que pueda retar formalmente a Charlotte Branwell por la posición de líder del Enclave de Londres.

Charlotte soltó un pequeño jadeo, pero se sentó inmóvil en su asiento, negándose a girar. Jem todavía sostenía a Will por la muñeca. Y Jessamine todavía parecía que estuviera viendo el juego más emocionante.

—No —dijo el Cónsul.

—No me puede impedir que rete…

—Benedict, desafiaste el nombramiento de Charlotte desde el momento en que lo hice. Siempre has querido el Instituto. Ahora, cuando la Enclave necesita que trabajemos juntos, más que nunca, traes división y contienda a los procedimientos del Concejo.

—El cambio no siempre se lleva a cabo pacíficamente, pero eso no lo hace desventajoso. Mi reto permanece. —Benedict se agarró las manos.

El Cónsul tamborileó los dedos sobre el atril. Junto a él estaba el Inquisidor, mirando fríamente. Finalmente, el Cónsul dijo: —Sugieres, Benedict, que la responsabilidad de encontrar a Mortmain debería recaer en los hombros de aquellos que tú clamas lo “perdieron”. ¿Estarías de acuerdo, creo, con que encontrar a Mortmain es nuestra principal prioridad?

Benedict asintió secamente.

—Entonces, mi propuesta es ésta: Deja que Charlotte y Henry Branwell se hagan cargo sobre la investigación del paradero de Mortmain. Si para al final de dos semanas no lo han localizado, o al menos no tienen fuerte evidencia que señale su localización, entonces el reto puede seguir adelante.

Charlotte salió disparada hacia adelante en su asiento. —¿Encontrar a Mortmain? —dijo—. Solos, sólo Henry y yo… ¿sin ayuda del resto de la Enclave?

Cuando los ojos del Cónsul descansaron sobre ella no eran hostiles, pero tampoco eran completamente indulgentes. —Puede convocar a los otros miembros de la Clave si tiene alguna necesidad específica, y por supuesto, los Hermanos Silenciosos y las Hermanas de Hierro están a su disposición—dijo—. Pero en cuanto a la investigación, sí, la tienen que llevar a cabo por su cuenta.

—No me gusta esto —se quejó Lilian Highsmith—. Está convirtiendo la búsqueda de un hombre loco en un juego de poder…

—¿Desea retirar su apoyo a Benedict, entonces? —preguntó el Cónsul—. Su reto habría terminado y no habría necesidad de que los Branwell se probaran a sí mismos.

Lilian abrió su boca… y entonces, ante una mirada de Benedict, la cerró. Sacudió la cabeza.

—Acabamos de perder a nuestros sirvientes —dijo Charlotte con voz tensa—. Sin ellos…

—Se les proveerán nuevos sirvientes, como es la norma —dijo el Cónsul—. Cyril, el hermano de Thomas, su último sirviente, está viajando hacia aquí desde Brighton para unirse al mantenimiento de su casa, y el Instituto de Dublín les ha dado su segundo cocinero. Ambos son luchadores bien entrenados, lo cual, debo decir, los suyos también deberían haberlo estado, Charlotte.

—Tanto Thomas como Agatha *estaban* entrenados —protestó Henry.

—Pero tienes muchos en tu casa que no lo están —dijo Benedict—. No sólo la Señorita Lovelace está lamentablemente atrasada en su formación, sino que su sirvienta, Sophie, y esa Submundo ahí… —señaló a Tessa—. Bueno, ya que parecen empeñados en hacer de ella una adición permanente a su hogar, no pasaría nada si ella, y la sirvienta, fueran entrenadas en defensa básica.

Tessa miró a Jem a su lado, sorprendida. —¿Se refiere a *mí*? —Jem asintió. Su expresión era sombría—. No puedo… ¡me cortaría mi propio pie!

—Si vas a cortar el pie de alguien, que sea el de Benedict —murmuró Will.

—Estarás bien, Tessa. No hay nada que no puedas hacer —comenzó Jem, pero el resto de sus palabras fueron ahogadas por Benedict.

—De hecho —dijo Benedict—, ya que ustedes dos estarán ocupados investigando el paradero de Mortmain, sugiero prestarles a mis hijos, Gabriel, y Gideon, quien regresa de España esta noche, como entrenadores. Ambos son excelentes luchadores y podrían usar la experiencia de la enseñanza.

—¡Padre! —protestó Gabriel. Lucía horrorizado; claramente, esto no era algo que Benedict hubiera discutido con él por adelantado.

—Podemos entrenar a nuestros propios sirvientes —chasqueó Charlotte, pero el Cónsul sacudió la cabeza hacia ella.

—Benedict Lightwood le está ofreciendo un generoso regalo. Acéptelo.

El rostro de Charlotte estaba carmesí. Después de un largo momento inclinó la cabeza, reconociendo las palabras del Cónsul. Tessa se sentía mareada. ¿Iba a ser entrenada? ¿Entrenada para luchar, para lanzar cuchillos y balancear una espada? Por supuesto, una de sus heroínas favoritas siempre había sido Capitola en *The Hidden Hand*, quien podía luchar tan bien como un hombre… y vestida como uno. Pero eso no quería decir que quisiera *ser* ella.

—Muy bien —dijo el Cónsul—. Esta sesión del Concejo se da por terminada, para ser reconvocados aquí, en el mismo lugar, en una quincena. Todos pueden retirarse.

Por supuesto, ninguno salió inmediatamente. Hubo un repentino clamor de voces cuando las personas comenzaron a levantarse de sus asientos y a charlar ansiosos con sus vecinos. Charlotte estaba sentada inmóvil; Henry estaba a su lado, luciendo como si quisiera decir desesperadamente algo consolador, pero no pudiera pensar en nada. Su mano flotaba insegura sobre el hombro de su esposa. Will estaba mirando a través de la habitación a Gabriel Lightwood, quien miraba fríamente en su dirección.

Lentamente, Charlotte se puso de pie. Henry tenía la mano en su espalda ahora, y estaba murmurando. Jessamine ya estaba de pie, girando su nueva sombrilla de encaje blanco. Henry había reemplazado la antigua que había sido destruida en la batalla contra los autómatas de Mortmain. Su cabello estaba tomado en mechones apretados sobre sus orejas, como uvas. Tessa se puso rápidamente de pie, y el grupo se dirigió al pasillo central de la sala del Concejo.

Tessa captó susurros a cada lado, pedazos de las mismas palabras, una y otra vez: *"Charlotte," "Benedict," "nunca encontrarán al Maestro," "dos semanas," "reto," "Cónsul," "Mortmain," "Enclave," "humillación."*

Charlotte caminaba con la espalda recta, sus mejillas estaban rojas, y sus ojos estaban mirando directamente hacia delante como si no pudiera oír las habladurías. Will parecía a punto de abalanzarse hacia los susurrantes para administrar justicia en términos generales, pero Jem tenía un agarre firme en la parte de atrás del abrigo de su *parabatai*. Ser Jem, reflexionó Tessa, debía ser un gran trabajo, como ser el dueño de un perro pura sangre al que le gusta morder a sus invitados. Tiene que tener una mano en su collar constantemente. Jessamine casi parecía aburrida otra vez. No estaba terriblemente interesada en lo que el Enclave pensaba de ella, o cualquiera de ellos. Para el tiempo en que habían alcanzado las puertas de la cámara del Concejo, estaban casi corriendo.

Charlotte se detuvo un momento para dejar que el resto del grupo la alcanzara. La mayoría de la multitud iba hacia la izquierda, de donde habían venido Tessa, Jem y Will, pero Charlotte giró a la derecha, marchó varios pasos por el pasillo, giró alrededor de la esquina, y se detuvo abruptamente.

—¿Charlotte? —Henry, alcanzándola, sonaba preocupado—. Querida…

Sin advertencia, Charlotte tiró el pie hacia atrás y pateó la pared, tan fuerte como pudo. Como la pared era de piedra, esto le hizo poco daño, aunque Charlotte dejó salir un grito bajo.

—Oh, mi Dios —dijo Jessamine, girando su sombrilla.

—Si me permites hacer una sugerencia —dijo Will—. Unos veinte pasos detrás de nosotros, en la sala del Concejo, está Benedict. Si quieres volver ahí e intentar patearlo a él, recomendaría que apuntaras hacia arriba y un poco a la izquierda…

—Charlotte. —La voz profunda y áspera fue inmediatamente reconocible. Charlotte giró alrededor, sus ojos castaños se ampliaron. Era el Cónsul. Las runas resaltaban en hilos de plata en el dobladillo y las mangas de su túnica y brillaban a medida que se movía hacia el pequeño grupo del Instituto, con su mirada en Charlotte. Con una mano contra la pared, ella no se movió.

—Charlotte —dijo el Cónsul Wayland de nuevo—, sabes lo que decía tu padre acerca de perder tu temperamento.

—Decía eso. También decía que debería haber tenido un hijo —contestó Charlotte, amargamente—. Si lo hubiera hecho, si yo fuera un hombre, ¿me hubiera tratado como lo acaba de hacer?

Henry puso sus manos en el hombre de su esposa, murmurando algo, pero ella se las sacudió. Sus enormes y heridos ojos castaños estaban fijos en el Cónsul.

—¿Y cómo te traté? —preguntó él

—Como si fuera una niña, una niña pequeña que necesita ser regañada.

—Charlotte, yo soy el que te nombró como líder del Instituto y de la Enclave. —El Cónsul sonaba exasperado—. Lo hice no sólo porque le tenía cariño a

Granville Fairchild y sabía que él quería que su hija lo sucediera, sino porque pensé que realizarías un buen trabajo.

—Nombró a Henry, también —dijo—. E incluso nos dijo cuando lo hizo, que era porque la Enclave aceptaría a un matrimonio como su líder, pero no a una mujer sola.

—Bueno, felicitaciones, Charlotte. No creo que ninguno de los miembros del Enclave de Londres tenga la impresión de que están siendo dirigidos de alguna forma por Henry.

—Es verdad —dijo Henry, mirando sus zapatos—. Todos saben que soy más bien inútil. Es mi culpa todo esto que ha pasado, Cónsul…

—No lo es —dijo el Cónsul Wayland—. Es una combinación de satisfacción generalizada de parte de la Clave, mala suerte y un mal momento, y algunas decisiones pobres de tu parte, Charlotte. Sí, te estoy haciendo responsable de ellas…

—¡Entonces está de acuerdo con Benedict! —gritó Charlotte.

—Benedict Lightwood es un canalla y un hipócrita —dijo el Cónsul con cansancio—. Todos saben eso. Pero es políticamente poderoso, y es mejor aplacarlo con este espectáculo de lo que sería enemistarse con él ignorándolo.

—¿Un espectáculo? ¿Así llama todo esto? —demandó Charlotte amargamente—. Me ha encomendado una tarea imposible.

—Te he encomendado la tarea de localizar al Maestro —dijo el Cónsul Wayland—. El hombre que irrumpió en el Instituto, mató a tus sirvientes, tomó tú Pyxis, y planea construir un ejército de monstruos mecánicos para destruirnos a todos nosotros; en resumen, un hombre que debe ser detenido. Como líder de la Enclave, Charlotte, detenerlo es *tú* tarea. Si lo consideras imposible, entonces tal vez deberías preguntarte a ti misma por qué quieres tanto el trabajo, en primer lugar.

2

Compensaciones

Traducido por Neru

Después, comparte tu dolor, permite ese alivio de tristeza;
¡Ah, más que compartirlo! dame todo tu dolor.

—Alexander Pope, "Eloisa a Abelard"

La luz mágica que iluminaba la Gran Biblioteca parecía estar brillando muy bajo, como una vela consumiéndose en su soporte, aunque Tessa sabía que sólo era su imaginación. La luz mágica, a diferencia del fuego o gas, nunca parecía desvanecerse o consumirse.

Sus ojos, por otro lado, estaban comenzando a cansarse, y por como se veían sus compañeros, ella no era la única. Estaban todos reunidos alrededor de una de las largas mesas. Charlotte en la cabecera, Henry a la derecha de Tessa. Will y Jem sentados más abajo, uno junto al otro, sólo Jessamine se había retirado hasta el final de la mesa, separada de los demás. La superficie de la mesa estaba completamente cubierta con documentos de todos los artículos de prensa: artículos viejos, libros, hojas de pergamino cubiertas con fina escritura garabateada.

Eran genealogías de varias familias Mortmain, historias de autómatas, libros inconclusos de hechizos de invocación y de vinculación, y toda la investigación sobre el Club Pandemónium que los Hermanos Silenciosos habían logrado sacar de sus archivos.

A Tessa le habían dado la tarea de leer los artículos de prensa, buscando historias sobre Mortmain y su empresa de transporte, sus ojos comenzaban a ver borroso, las palabras bailaban en las páginas. Se sintió aliviada cuando Jessamine rompió al fin el silencio, apartando el libro que estaba leyendo (*En los motores de la brujería*) y dijo: —Charlotte, pienso que estamos perdiendo nuestro tiempo.

Charlotte miró hacia arriba con una expresión de dolor. —Jessamine, no hay necesidad de que te quedes si no quieres. Debo decir, que dudo que alguno de nosotros estuviese esperando tu ayuda en este asunto, y como tú nunca has sido muy aplicada a tus estudios, no puedo evitar preguntarme si sabes incluso lo que estás buscando. ¿Podrías diferenciar un hechizo vinculante de uno de invocación si pongo los dos frente a ti?

Tessa no pudo evitar sorprenderse. Charlotte raramente era tan dura con alguno de ellos.

—*Quiero* ayudar —dijo Jessie de mala gana—. Esas *cosas* mecánicas de Mortmain casi me matan. Lo quiero capturado y castigado.

—No, no quieres. —Will desenrolló un pergamino tan viejo que crujió, mirando los símbolos negros en la página—. Quieres al hermano de Tessa capturado y castigado, por hacerte pensar que estaba enamorado de ti cuando no lo estaba.

Jessamine enrojeció. —*No* quiero. Quiero decir, no quería. Quiero decir… ¡ugh! Charlotte, Will está siendo molesto.

—Y el sol ha salido por el este —dijo Jem, a nadie en particular.

—No quiero ser expulsada del Instituto si no encontramos al Maestro —dijo Jessamine— ¿Es eso tan difícil de entender?

—No serás expulsada del Instituto —aseguró Charlotte—. Estoy segura de que los Lightwood dejarán que te quedes.

—Y Benedict tiene dos hijos por contraer matrimonio. Debes estar muy contenta —dijo Will.

Jessamine hizo una morisqueta. —Cazadores de Sombras. Como si quisiera casarme con uno de ellos.

—Jessamine, *tú* eres una Cazadora de Sombras.

Antes de que Jessamine pudiera responder, la puerta de la biblioteca se abrió y entró Sophie, agachando su cabeza cubierta con un capuchón blanco. Le habló a Charlotte en voz baja, quien se puso en pie. —El Hermano Enoch está aquí —le dijo Charlotte al grupo reunido. —Debo hablar con él. Will, Jessamine, traten de no matarse mientras no estoy… Henry, si pudieras…

Su voz se apagó. Henry estaba mirando un libro (*El libro de conocimientos de ingeniosos dispositivos mecánicos por Al-Jazari*) y no le prestaba atención a nada más. Charlotte alzó sus manos y dejó la habitación con Sophie.

En el momento en que la puerta se cerró detrás de Charlotte, Jessamine le lanzó una mirada venenosa a Will.

—Si piensas que no tengo la experiencia para ayudar, entonces ¿por qué está *ella* aquí? —Indicó a Tessa—. No quiero ser grosera, pero ¿piensas que *ella* puede diferenciar un hechizo vinculante de uno de invocación? —Miró a Tessa—. Y bien, ¿puedes? Y por si acaso, Will, prestas tan poca atención a las lecciones, ¿puedes diferenciar un hechizo vinculante de una receta de soufflé?

Will se reclinó en su silla y calmadamente dijo: —Yo sólo estoy loco cuando sopla el viento del noroeste. Pero cuando corre hacia el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña

—Jessamine, Tessa se ha ofrecido amablemente a ayudar, y necesitamos todos los ojos que podamos conseguir ahora mismo —dijo Jem, severamente—. Will, no cites a *Hamlet*. Henry. —Se aclaró la garganta—. HENRY.

Henry miró hacia arriba, parpadeando. —¿Sí, querida? —Parpadeó de nuevo, mirando alrededor—. ¿Dónde está Charlotte?

—Fue a hablar con los Hermanos Silenciosos —dijo Jem, quien no parecía estar molesto porque Henry lo confundiese con su esposa—. Mientras tanto, temo… que estoy de acuerdo con Jessamine.

—Y el sol sale por el *oeste* —dijo Will, quien aparentemente había escuchado el comentario anterior de Jem.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Tessa—. No podemos rendirnos ahora. Sería como entregarle el Instituto a ese horrible Benedict Lightwood.

—No estoy sugiriendo que no hagamos nada, tú entiendes. Pero estamos tratando de descifrar qué es lo que va a hacer Mortmain. Estamos tratando de predecir el futuro en vez de tratar de entender el pasado.

—Conocemos el pasado de Mortmain, *y* sus planes. —Will agitó su mano en dirección a los periódicos—. Nacido en Devon, fue cirujano de un barco, se convirtió en un rico comerciante, se vio envuelto en magia negra y ahora planea

dominar el mundo con su gran ejército de criaturas mecánicas de su lado. Una historia que no es atípica para un joven determinado…

—No creo que haya dicho algo sobre dominar el mundo —interrumpió Tessa—. Sólo el Imperio Británico.

—Admirablemente literal —dijo Will—. Mi punto es, sabemos de dónde viene Mortmain. Difícilmente es nuestra culpa que no sea tan interesante…. —su voz se apagó—. Ah.

—Ah, ¿qué? —preguntó Jessamine, mirando de Will a Jem de una forma molesta—. Declaro que la forma en que ustedes parecen leer la mente del otro me da escalofríos.

—Ah —repitió Will—. Jem estaba pensando, y me inclino a estar de acuerdo con él, que las historias de vida de Mortmain son, simplemente, tonterías. Algunas son mentiras, algunas son verdad, pero probablemente no hay nada aquí que pueda ayudarnos. Estas son sólo historias que inventó para darle a los periódicos algo que imprimir sobre él. Además, no nos importa cuántos barcos tiene; queremos saber dónde aprendió magia negra y de quién.

—Y por qué odia a los Cazadores de Sombras —dijo Tessa.

Los ojos azules de Will se deslizaron perezosamente hacia ella. —¿Es odio? —dijo—. Asumí que era una simple codicia por dominación. Con nosotros fuera del camino y un ejército mecánico de su lado, podría tomar el poder como quisiera.

Tessa sacudió la cabeza. —No, es más que eso. Es difícil de explicar, pero… él *odia* a los Nefilim. Es algo muy personal para él. Y tiene algo que ver con ese reloj. Es… es como si deseara alguna recompensa por algún mal o daño que ellos le hicieron.

—Compensaciones —dijo Jem repentinamente, bajando la pluma que estaba sosteniendo.

Will lo miró perplejo. —¿Esto es un juego? ¿Sólo decimos cualquier palabra que venga a nuestra mente? En ese caso, la mía es 'genufobia.' Significa un miedo irracional a las rodillas.

—¿Cuál es la palabra para un perfecto y razonable miedo a los idiotas molestos? —inquirió Jessamine.

—La sección de Compensaciones de los archivos —dijo Jem, ignorando a los dos—. El Cónsul lo mencionó ayer, y desde entonces ha estado en mi cabeza. No hemos visto ahí.

—¿Compensaciones? —preguntó Tessa.

—Cuando un Submundo o un mundano, alega que un Cazador de Sombras ha roto la Ley en sus tratos con ellos, el Submundo presenta una denuncia a través de Compensaciones. Habrá un juicio y al Submundo se le otorgará algún tipo de pago, basado en si se puede aprobar su caso.

—Bien, parece un poco tonto mirar allí —dijo Will—. No es como si Mortmain vaya a presentar una denuncia contra los Cazadores de Sombras mediante los canales oficiales. 'Cazadores de Sombras muy molestos se negaron a morir cuando lo quería. Demanda recompensada. Por favor enviar cheque a, A. Mortmain, 18 Kensington Road…'

—Basta de burlarse —dijo Jem—. Quizás no siempre ha odiado a los Cazadores de Sombras. Tal vez hubo un tiempo en el que trató de ganar una compensación a través del sistema oficial y le falló. ¿Qué hay de malo en preguntar? Lo peor que puede pasar es que resulte en nada, que es exactamente lo que tenemos ahora. —Se puso de pie, tirando su pelo hacia atrás—. Iré a buscar a Charlotte antes de que el Hermano Enoch se vaya y le pediré que haga que los Hermanos Silenciosos revisen los archivos.

Tessa se puso de pie. No le gustaba la idea de quedarse sola en la biblioteca con Will y Jessamine, quienes siempre estaban discutiendo. Y claro que Henry estaba allí, pero parecía estar tomando una cómoda siesta en una pila de libros y no era un moderador de discusiones en el mejor de los casos. Estar cerca de Will era incómodo la mayoría de las veces; sólo con Jem ahí era soportable. De alguna manera, Jem era capaz de reducir el modo de ser áspero que tenía Will y lo hacía casi humano. —Voy contigo, Jem —dijo ella—. Había… había algo que quería hablar con Charlotte de todos modos.

Jem se mostró sorprendido, pero contento; Will miró a uno y después al otro y empujó su silla hacia atrás. —Hemos estado entre estos libros mohosos por días —dijo—. Mis hermosos ojos están cansados y tengo cortaduras de papel, ¿ves? —Extendió sus dedos—. Voy a dar un paseo.

Tessa no lo pudo evitar. —Tal vez podrías usar una *iratze* para cuidar de ellos.

Él la miró, sus ojos *eran* hermosos. —Siempre útil, Tessa.

Ella igualó su mirada. —Mi único deseo es ser de ayuda.

Jem puso su mano en el hombro de ella, su voz preocupada. —Tessa, Will. No creo que…

Pero Will se había ido, habiendo cogido su abrigo y golpeando el camino mientras salía de la biblioteca, con tanta fuerza como para hacer vibrar el marco de la puerta.

Jessamine se reclinó en la silla, entornando sus ojos marrones. —Qué interesante.

Las manos de Tessa temblaban mientras metía un mechón de cabello detrás de su oreja. Odiaba que Will tuviese ese efecto sobre ella. Lo odiaba. Lo sabía bien. Sabía lo que él pensaba de ella. Que ella no era nada, no valía nada. Y aun así, una mirada de él podía hacerla temblar con una mezcla de odio y nostalgia. Era como un veneno en su sangre, para el cual Jem era la única cura. Sólo con él, ella se sentía en tierra firme.

—Vamos. —Jem la tomó del brazo ligeramente. Un caballero normalmente no tocaría a una señorita en público, pero aquí, en el Instituto, los Cazadores de Sombras estaban más familiarizados unos con otros que con los mundanos del exterior. Cuando ella se giró a mirarlo, él le sonrió. Jem ponía toda su fuerza en cada sonrisa, de esa manera parecía que estuviera sonriendo con sus ojos, su corazón, con todo su ser. —Vamos a encontrar a Charlotte.

—Y ¿qué se supone que tengo que hacer mientras ustedes no están? —dijo Jessamine, enojada, mientras ellos iban hacia la puerta.

Jem miró sobre su hombro. —Siempre puedes despertar a Henry, parece que está comiendo papel mientras duerme, de nuevo, y sabes cuánto odia eso Charlotte.

—Oh, qué *fastidio* —dijo Jessamine con un suspiro de exasperación—. ¿Por qué tengo las tareas tontas?

—Porque no quieres las serias —dijo Jem, sonando lo más exasperado que Tessa alguna vez lo hubiera oído. Ninguno notó la fría mirada que ella les lanzó mientras dejaban la biblioteca y se encaminaban por el corredor.

—El Sr. Bane ha estado esperando su llegada, señor —dijo el lacayo, y se hizo a un lado para dejar entrar a Will. El nombre del lacayo era Archer, o Walker, o algo así, pensó Will, y era uno de los humanos subyugados de Camille. Igual que todos los que eran esclavos a la voluntad de un vampiro, era de aspecto enfermizo, con la piel pálida y delgada pegada al rostro y pelo fibroso. Se veía tan feliz de ver a Will como un invitado a una cena podría estarlo de ver a una babosa saliendo de debajo de su lechuga.

En el momento en que Will entró a la casa, el olor lo golpeó. Era el olor de la magia negra, como azufre mezclado con el Támesis en un día caluroso. Will arrugó la nariz. El lacayo lo miró con más odio. —El Sr. Bane está en el salón—. Su voz indicaba que no había ninguna posibilidad de que él acompañara a Will hasta allí. —¿Tomo su abrigo?

—Eso no será necesario. —Con el abrigo todavía puesto, Will siguió el olor de magia por el corredor. Se iba intensificando mientras se acercaba a la puerta del salón, la cual estaba firmemente cerrada. Unos rastros de humo salían por debajo de la puerta. Will tomó una profunda bocanada de aire agrio y abrió la puerta.

El interior del salón se veía peculiarmente vacío. Después de un momento, Will se dio cuenta de que eso era porque Magnus había llevado todos los muebles grandes, incluido el piano, y los había dejado contra las paredes. Un candelabro a gas colgaba desde el techo, pero la luz en la habitación provenía de una docena de gruesas velas negras puestas en círculo en el centro de la habitación. Magnus estaba parado al lado del círculo, con un libro abierto en sus manos; su corbata pasada de moda estaba suelta y su pelo negro estaba parado salvajemente sobre su cabeza como si estuviese cargado con electricidad. Levantó la vista cuando Will entró y sonrió. —¡Justo a tiempo! —gritó—. De verdad pienso que deberíamos tenerlo en esta ocasión. Will, te presento a Thammuz, un demonio menor de la octava dimensión. Thammuz, te presento a Will, un Cazador de Sombras menor de… Gales, ¿no?

—*Voy a arrancarte los ojos* —siseó la criatura sentada en el centro del círculo en llamas. Ciertamente era un demonio, de no más de tres metros de altura, con piel azul pálida, tres ojos negros y ardientes como el carbón, y largas garras rojo

sangre en cada uno de sus ocho dedos de las manos—. *Voy a desgarrar la piel de tu cara.*

—No seas mal educado, Thammuz —dijo Magnus y a pesar de que su tono era ligero, el círculo de velas ardió repentinamente, brillando muy alto, causando que el demonio se encogiera con un grito—. Will tiene preguntas. Tú se las responderás.

Will sacudió la cabeza. —No lo sé, Magnus —dijo—. Para mí, él no parece ser el correcto.

—Tú dijiste que era azul. Este es azul.

—Es azul —Will reconoció, acercándose al círculo en llamas—. Pero el demonio que necesito… bueno, era más como azul cobalto. Este es más como… azul bígaro.

—*¿Cómo me llamaste?* —El demonio rugió de rabia—. *Acércate, pequeño Cazador, ¡y déjame darme un festín con tu hígado! Voy a arrancártelo mientras gritas.*

Will giró hacia Magnus. —Él no suena como el correcto tampoco. La voz es diferente. Y el número de ojos.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro —dijo Will, con un tono que no permitía contradicción—. No es algo que pudiera llegar a olvidar alguna vez.

Magnus suspiró y se giró hacia el demonio. —Thammuz —dijo, leyendo en voz alta desde el libro—. Te ordeno, por el poder de la campana, del libro y la vela, y por los grandes nombres de Sammael, Abbadon y Moloch, a decir la verdad. ¿Alguna vez te habías encontrado con el Cazador de Sombras Will Herondale antes de este día, o con cualquier otro de su sangre o linaje?

—*No sé* —dijo el demonio con petulancia—. *Los humanos lucen todos iguales para mí.*

La voz de Magnus se elevó, fuerte y dominante. —¡Respóndeme!

—*Oh, muy bien. Nunca lo he visto en toda mi vida. Lo recordaría. Se ve como si tuviera buen sabor.* —El demonio sonrió, mostrando sus dientes afilados como navajas —. *Ni siquiera he estado en este mundo en unos, oh, cien años, posiblemente más. Nunca puedo recordar la diferencia entre cien y mil. Como sea, la última vez que*

estuve aquí, todo el mundo estaba viviendo en chozas de barro y comiendo insectos. Así que dudo que él estuviese por aquí… —señaló a Will con uno de sus muchos dedos— *a pesar de que la raza humana ha vivido más tiempo del que llegaba a creer.*

Magnus giró sus ojos. —Estás decidido a no ser de ayuda en absoluto, ¿cierto?

El demonio se encogió de hombros, un gesto peculiarmente humano. —*Me forzaste a decir la verdad. Te la dije.*

—Bien, entonces, ¿alguna vez has oído de un demonio como el que acabo de describir? —interrumpió Will con un matiz de desesperación en su voz—. Azul oscuro, con una especia de voz áspera, como papel de lija… y tenía una larga cola de púas.

El demonio lo miró con una expresión aburrida. —*¿Tienes idea de cuántas clases de demonio hay en el Vacío, Nefilim? Cientos y cientos de millones. La gran ciudad demoníaca de Pandemónium hace que tu Londres se vea como una villa. Demonios de todas las formas, tamaños y colores. Algunos pueden cambiar su apariencia a voluntad…*

—Oh, cállate entonces, si no vas a ser de ayuda alguna —dijo Magnus, y cerró el libro. Al instante las velas se apagaron y el demonio se desvaneció con un grito de asombro, dejando sólo un poco de humo mal oliente.

El brujo se volvió hacia Will. —Estaba tan seguro de que tenía al correcto esta vez.

—No es tu culpa. —Will se dejó caer en uno de los divanes apoyados en la pared. Sentía calor y frío al mismo tiempo, sus nervios pinchaban con una decepción que estaba tratando de esconder, sin mucho éxito. Se sacó sus guantes de descanso y los metió en los bolsillos de su abrigo todavía abotonado—. Estás tratando. Thammuz tenía razón. No te he dado mucho para que continúes.

—Supongo —dijo Magnus lentamente— que me dijiste todo lo que recuerdas. Abriste una Pyxis y liberaste un demonio. Te maldijo. Quieres que encuentre al demonio y ver si puede quitarte la maldición. ¿Y eso es todo lo que puedes decirme?

—Es todo lo que puedo decirte —dijo Will—. Sería poco beneficioso para mí ocultar algo cuando sé lo que estoy pidiendo. Te pido que encuentres una aguja en… Dios, ni siquiera un pajar. Una aguja en una torre llena de otras agujas.

—Hunde tu mano en una torre de agujas —dijo Magnus—, y probablemente te cortarás. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

—Estoy seguro de que la alternativa es peor —dijo Will, mirando el lugar ennegrecido del suelo donde había estado el demonio. Estaba exhausto. La runa de energía que se había dibujado esta mañana antes de ir a la reunión del Concejo había desaparecido al medio día y su cabeza palpitaba—. He tenido cinco años para vivir con ella. La idea de vivir con ella incluso por un año más me asusta más que la idea de la muerte.

—Eres un Cazador de Sombras, no le tienes miedo a la muerte.

—Por supuesto que le tengo miedo —dijo Will—. Todos le tienen miedo a la muerte. Podemos haber nacido de ángeles, pero no tenemos más conocimiento de lo que viene después de la muerte que tú.

Magnus se acercó y se sentó al otro lado del diván. Sus ojos verde dorados brillaban como los de un gato en la oscuridad. —No sabes que sólo hay olvido después de la muerte.

—No sabes que ahí no lo hay, ¿cierto? Jem cree que renacemos, que la vida es una rueda. Morimos, cambiamos y renacemos como merecemos renacer, basado en nuestras acciones en este mundo. —Will miró sus uñas mordidas—. Probablemente renaceré como una babosa a la que alguien le echará sal.

—La rueda de la reencarnación —dijo Magnus. Sus labios formaron una sonrisa—. Bueno, piénsalo de este modo. Debiste haber hecho algo bueno en tu vida pasada, para renacer como tú. Nefilim.

—Oh, sí —dijo Will con tono desanimado—. He sido muy afortunado. —Tiró su cabeza hacia atrás contra el diván, agotado—. Supongo que vas a necesitar más… ¿ingredientes? Creo que la vieja Mol de Cross Bones se está poniendo enferma de tanto verme.

—Tengo otras conexiones —dijo Magnus, claramente teniendo compasión de él—, y necesito hacer más investigación primero. Si me dijeras la naturaleza de la maldición…

—No. —Will se enderezó en el asiento—. No puedo. Te lo dije antes, tomé un gran riesgo incluso al hablarte de su existencia. Si te digo más…

—Entonces, ¿qué?... Déjame adivinar, no lo sabes, pero estás seguro de que sería malo.

—No hagas que empiece a pensar que venir a ti fue un error…

—Esto tiene algo que ver con Tessa, ¿cierto?

En los últimos cinco años, Will se había entrenado para no mostrar sus emociones, sorpresa, cariño, esperanza, alegría. Estaba bastante seguro de que su expresión no había cambiado, pero escuchó la tensión en su voz cuando dijo: —¿Tessa?

—Han pasado cinco años —dijo Magnus—. Pero de alguna manera, has logrado manejarlo todo este tiempo, sin decirle a nadie. ¿Qué desesperación te trajo a mí, en medio de la noche, en una tormenta? ¿Qué ha cambiado en el Instituto? Sólo puedo pensar en una cosa… y una muy bonita, con grandes ojos grises…

Will se puso de pie de manera abrupta, casi botando el diván. —Hay otras cosas —dijo, luchando por mantener su voz constante—. Jem se está muriendo.

Magnus lo miró, fría y fijamente. —Ha estado muriéndose desde hace años —dijo—. No hay ninguna maldición en ti que pueda empeorar o reparar su condición.

Will se dio cuenta de que sus manos estaban tiritando; las apretó en puños.

—No lo entiendes…

—Sé que son parabatai —dijo Magnus—. Sé que su muerte será una gran pérdida para ti, pero lo que no sé…

—Sabes lo que necesitas saber. —Will sintió frío a su alrededor, a pesar de que la habitación estaba cálida y él todavía usaba su abrigo—. Puedo pagarte más si eso hará que dejes de hacerme preguntas.

Magnus subió los pies al diván. —Nada hará que deje de hacerte preguntas —dijo—. Pero haré lo mejor que pueda por respetar tu privacidad.

El alivio aflojó las manos de Will. —Entonces, todavía me ayudarás.

—Todavía te ayudaré. —Magnus puso sus manos detrás de la cabeza y se echó hacia atrás, mirando a Will a través de sus parpados semi cerrados—. Aunque te podría ayudar mejor si me dijeras la verdad, haré lo que pueda. Curiosamente, me interesas, Will Herondale.

Will se encogió de hombros. —Eso será suficiente como una razón. ¿Cuándo planeas intentarlo nuevo?

Magnus bostezó. —Probablemente este fin de semana. Debería enviarte un mensaje el sábado si todo está… preparado.

Preparado. Verdad. Jem. Muriendo. Tessa. Tessa, Tessa, Tessa. Su nombre sonaba en la mente de Will como el toque de una campana; se preguntó si algún otro nombre en la tierra tenía tal resonancia ineludible en él. No podría haber tenido un nombre horrible, cierto, como Mildred. No podía imaginarse despierto en la noche, mirando el techo mientras voces invisibles susurraban "Mildred" en sus oídos. Pero *Tessa*…

—Gracias —dijo abruptamente. Había pasado de estar muy frío a estar muy cálido; se estaba sofocando en la habitación, todavía oliendo las velas quemadas—. Estaré esperando oír de ti entonces.

—Sí, espera —dijo Magnus, y cerró sus ojos. Will no podía decir si estaba de verdad dormido y si estaba esperando a que dejara la habitación; de cualquier manera, era un claro indicio de que esperaba que Will se fuera. Él, con un poco de alivio, lo tomó.

Sophie estaba de camino para la habitación de la Señorita Jessamine, para barrer las cenizas y limpiar la rejilla de la chimenea, cuando escuchó voces en el vestíbulo. En su antiguo trabajo le habían enseñado a "dar espacio", a girar y mirar la pared mientras pasaban sus empleadores y hacer lo mejor posible por parecer un mueble, algo inanimado que ellos pudieran ignorar. Había estado sorprendida cuando llegó al Instituto y descubrió que las cosas no eran así aquí. En primer lugar, para una casa tan grande, tener tan pocos sirvientes la sorprendió. Al principio no se había dado cuenta de que los Cazadores de Sombras hacen más cosas ellos mismos que una típica familia de buena educación: prendían sus propios fuegos, hacían algunas de sus compras, mantenían sus habitaciones, como el área de entrenamiento y la habitación de

armamento limpia y ordenada. Había estado sorprendida de la familiaridad con la que Agatha y Thomas trataban a sus empleadores, sin darse cuenta de que sus compañeros de servicio venían de familias que servían a los Cazadores de Sombras por muchas generaciones… o que ellos mismos tenían magia.

Ella misma venía de una familia pobre, y había sido llamada "estúpida" y había sido golpeada a menudo cuando recién había comenzado a trabajar como empleada doméstica, porque no solía ser delicada con los muebles o la plata real, o porcelana china tan delgada que se podía ver la oscuridad del té a través de los lados. Pero había aprendido y cuando fue claro que iba a ser muy bonita, fue ascendida a sirvienta de salón. Ser sirvienta de salón era muy precario. Ella debía lucir preciosa para el hogar, y por eso, su salario había comenzado a bajar con cada año que envejecía, hasta que cumplió los dieciocho. Había sido un gran alivio venir a trabajar al Instituto, donde a nadie le importaba que estuviese cerca de los veinte o donde nadie le exigía mirar a las paredes o donde a nadie le importaba que ella hablara antes de que se lo permitieran… casi había pensado que la mutilación de su cara bonita a manos de su último empleador valía la pena.

Todavía evitaba mirarse en el espejo, si podía, pero el horror de la terrible pérdida había desaparecido. Jessamine se burlaba de la gran cicatriz que desfiguraba su mejilla, pero los otros parecían no notarlo, excepto Will, quien ocasionalmente decía algo desagradable, pero casi de una manera rutinaria, como si se esperase que hiciese eso, pero sin poner su corazón en ello.

Pero eso fue antes de que se enamorara de Jem.

Reconoció su voz, como si viniera del vestíbulo, alzándose en risas y respondiéndole estaba la Señorita Tessa. Sophie sintió una extraña presión sobre su pecho. Celos. Se odió a ella misma por ello, pero no lo pudo evitar. La Señorita Tessa siempre era amable con ella, y había una gran vulnerabilidad en sus grandes ojos grises, con tal necesidad de un amigo era imposible que no te agradara. Y aun así, la forma en que el Señor Jem la miraba… y Tessa ni siquiera parecía notarlo.

No. Sophie no podía soportar encontrarse con ellos en el vestíbulo, con Jem mirando a Tessa en la forma en que lo había estado haciendo últimamente. Sosteniendo una escobilla para barrer y un cubo contra su pecho, Sophie abrió la puerta más cercana y entró, cerrando la puerta casi por completo. Era, como la mayoría de las habitaciones del Instituto, un dormitorio sin usar, destinado

para Cazadores de Sombras de visita. Debería darle un cambio dos veces al mes o así, a menos que alguien la estuviese usando; de otro modo se quedan sin ser molestadas. Ésta estaba bastante polvorienta, las pelusas bailaban en la luz de la ventana y Sophie combatió el impulso de estornudar mientras apretaba su ojo en la rendija de la puerta.

Estaba en lo correcto. Eran Jem y Tessa, viniendo hacia ella por el pasillo. Parecían estar completamente atrapados el uno en el otro. Jem llevaba algo, un traje doblado, parecía, y Tessa se estaba riendo de algo que él había dicho. Ella estaba mirando hacia abajo y lejos de él, y él la estaba mirando en la forma en que miras cuando sabes que no estás siendo visto. Tenía esa mirada, la mirada que por lo general tenía cuando tocaba el violín, como si estuviera completamente atrapado y en trance.

Su corazón le dolió. Él era tan hermoso, siempre lo había pensado. La mayoría de las personas hablaba de Will, de lo apuesto que era, pero ella pensaba que Jem era mil veces más apuesto. Tenía la apariencia etérea de los ángeles en las pinturas, y aunque sabía que el color plateado de su cabello y piel era el resultado de la medicina que tomaba para su enfermedad, no podía evitar encontrarlo encantador también.

Y era dulce, firme y amable. El pensamiento de sus manos en su pelo, apartándolo de su rostro, la hacía sentir reconfortada, mientras que usualmente el pensamiento de un hombre, incluso un niño, tocándola la hacía sentir vulnerable y enferma. Él tenía las manos más hermosas y bien construidas…

—No puedo creer que vendrán mañana —estaba diciendo Tessa, volviendo a mirar a Jem—. Me siento como si Sophie y yo fuéramos lanzadas a Benedict Lightwood para apaciguarlo, como un perro con un hueso. En realidad no le importa si estamos capacitadas o no. Sólo quiere a sus hijos en la casa para molestar a Charlotte.

—Eso es cierto —reconoció Jem—. Pero ¿por qué no tomar ventaja de la información cuando se ofrece? Por eso Charlotte está tratando de alentar a Jessamine a participar. En cuanto a ti, dado tu talento, incluso si, debo decir, Mortmain ya no es más una amenaza, habrá otros atraídos por tu poder. Harías bien en aprender a defenderte.

La mano de Tessa fue al colgante de ángel en su cuello, un gesto habitual que Sophie sospechaba del que ella no se daba ni cuenta. —Sé lo que dirá Jessie.

Dirá que en lo único en lo que necesita asistencia de defensa es con los pretendientes atractivos.

—¿No debería defenderse de los poco atractivos?

—No, si son mundanos. —Sonrió Tessa—. Estos días, prefiere un mundano feo a un apuesto Cazador de Sombras.

—Eso me deja fuera de la carrera, ¿cierto? —dijo Jem con un disgusto fingido, y Tessa rió de nuevo.

—Es una lástima —dijo ella—. Alguien tan bonita como Jessamine debería tener elección, pero está tan determinada a que no sea un Cazador de Sombras…

—Tú eres mucho más bonita —dijo Jem.

Tessa lo miró con sorpresa, con sus mejillas sonrojándose. Sophie sintió el retorcijón de los celos en su pecho de nuevo, aunque estaba de acuerdo con Jem. Jessamine era tradicionalmente bella, una Venus de bolsillo si es que alguna vez hubo alguna, pero su habitual expresión de amargura opacaba sus encantos. Tessa, por otro lado, tenía un cálido atractivo, con su rico, oscuro cabello ondulado, y el mar de sus ojos grises, que crecía cuanto más se le iba conociendo. Había inteligencia en su rostro y humor, lo que Jessamine no tenía, o al menos no lo había mostrado.

Jem se detuvo en frente de la puerta de la Señorita Jessamine, y golpeó. Cuando no hubo respuesta, se encogió de hombros, se inclinó y dejó una tela oscura y doblada en frente de su puerta.

—Nunca la usará. —La cara de Tessa tenía hoyuelos.

Jem se enderezó. —Nunca acepté luchar con ella para que se la pusiera, sólo entregarlo.

Empezó a caminar por el pasillo de nuevo, Tessa a su lado. —No sé cómo Charlotte puede soportar hablar con el Hermano Enoch tan a menudo. Me asusta mucho —dijo ella.

—Oh, no sé. Prefiero pensar que cuando están en casa, son más como nosotros, jugándose bromas en la Ciudad Silenciosa, haciendo tostadas con queso…

—Espero que jueguen a las imitaciones —dijo Tessa secamente—. Pareciera que toman ventaja de su talento natural.

Jem estalló en risa, y luego doblaron la esquina y se perdieron de vista. Sophie se apoyó en el marco de la puerta. No creía haber hecho reír a Jem de esa manera alguna vez; no creía que alguien lo hubiese hecho alguna vez, excepto Will. Tienes que conocer a alguien muy bien para hacerlo reír de esa manera. Lo había amado por tanto tiempo, pensó. ¿Cómo era que ella no lo conocía casi nada?

Con un suspiro de resignación se dispuso a salir de su escondite, cuando la puerta de la Señorita Jessamine se abrió y salió su residente. Sophie se encogió en la penumbra. La Señorita Jessamine estaba usando una larga capa de viaje de terciopelo, que ocultaba la mayor parte de su cuerpo, desde el cuello hasta los pies. Su pelo estaba fuertemente atado detrás de su cabeza, y llevaba un sombrero de caballero en una mano. Sophie se congeló de sorpresa cuando Jessamine miró hacia abajo, vio el traje a sus pies e hizo una morisqueta. Lo pateó rápidamente hacia la habitación, dándole a Sophie una vista de su pie, el que parecía estar en una bota de hombre, y cerró la puerta rápidamente detrás de ella. Mirando de arriba hacia abajo el corredor, se puso el sombrero en la cabeza, puso la barbilla bajo el abrigo y se escabulló entre las sombras, dejando a Sophie mirando, desconcertada, detrás de ella.

3
Muerte Injustificada

Traducido por Valen JV

¡Ay! Habían sido amigos en la juventud;
Pero las lenguas susurrando pueden envenenar la verdad;
Y la constancia vive en reinos en lo alto;
Y la vida es espinosa, y la juventud es vana;
Y llenarse de ira contra alguien que amamos,
Trabaja como locura en el cerebro.

—Samuel Taylor Coleridge, "Christabel"

Después del desayuno al día siguiente, Charlotte instruyó a Tessa y a Sophie de que volvieran a sus cuartos, se vistieran con sus recién adquiridos equipos, y se encontraran con Jem en la sala de entrenamiento, donde esperarían a los hermanos Lightwood.

Jessamine no había bajado al desayuno, afirmando que tenía dolor de cabeza, y Will, seguramente, estaba en cualquier lugar donde nadie lo encontrara. Tessa sospechaba que se estaba escondiendo, en un intento de evitar ser forzado a ser amable con Gabriel Lightwood y su hermano. Sólo lo podía culpar en parte.

De vuelta en su habitación, recogiendo el equipo, sintió un temblor de nervios en su estómago; era algo mucho más diferente a lo que jamás había usado antes. Sophie no estaba ahí para ayudarle a ponerse su nueva ropa. Parte del entrenamiento, por supuesto, era ser capaz de vestirse y familiarizarse uno mismo con el equipo: zapatos de suela lisa; un par de pantalones sueltos hechos con material grueso de color negro; y una larga túnica con cinturón que casi llegaba a sus rodillas. Era la misma ropa con la que había visto antes luchar a Charlotte, y la que también estaba ilustrada en el *Código*; entonces, ella había pensado que ese traje era extraño, pero el hecho de en realidad usarlo era incluso más extraño. Si la tía Harriet la hubiera visto ahora, pensó Tessa, probablemente se habría desmayado.

Se encontró con Sophie a los pies de la escalera que guiaba a la sala de entrenamiento del Instituto. Ni ella ni la otra chica intercambiaron una palabra,

sólo sonrisas alentadoras. Después de un momento, Tessa fue la primera en subir los escalones: un estrecho tramo de madera con barandillas tan viejas que la madera había empezado a resquebrajarse. Era extraño, pensó Tessa, subir un tramo de escaleras y *no* tener que preocuparse por tirar de la falda o tropezar con el dobladillo. Aunque su cuerpo estaba completamente cubierto, se sentía particularmente desnuda en su ropa de entrenamiento.

Ayudaba que Sophie estuviera con ella, obviamente igual de incómoda en su propio equipo de Cazador de Sombras. Cuando llegaron a la parte superior de la escalera, Sophie abrió la puerta y se dirigieron a la sala de entrenamiento en silencio, juntas.

Obviamente estaban en la parte superior del Instituto, en una sala contigua al ático, pensó Tessa, y casi del doble de tamaño. El suelo era de madera pulida con varios patrones elaborados aquí y allá en tinta negra, eran círculos, cuadrados, y algunos de ellos estaban numerados. Cuerdas largas y flexibles colgaban de las vigas del techo, medio invisibles en las sombras. Antorchas con luz mágica estaban prendidas a lo largo de las paredes, intercaladas con armas: mazos, hachas y toda clase de objetos que parecían mortales.

—Ugh —dijo Sophie, mirándolas con un estremecimiento—. ¿Acaso no se ven demasiado horribles?

—En realidad, reconozco algunas del *Código* —dijo Tessa, señalando—. Esa de ahí es una espada larga, y ese de ahí es un estoque, y un florete, y aquel que parece que necesitas dos manos para agarrarlo es un claymore, creo.

—Cerca —dijo una voz, muy desconcertante, desde encima de sus cabezas—. Es una espada de verdugo. Mayormente usadas para decapitar. Te puedes dar cuenta porque no tiene una punta afilada.

Sophie dio un gritito de sorpresa y retrocedió cuando una de las cuerdas empezó a tambalearse y una figura oscura apareció sobre sus cabezas. Era Jem, deslizándose por la cuerda con la agilidad agraciada de un pájaro. Aterrizó silenciosamente al frente de ellas, y sonrió. —Mis disculpas. No fue mi intención asustarlas.

El también estaba usando el equipo, aunque en vez de una túnica tenía una camiseta que sólo llegaba a su cintura. Una simple correa de cuero pasaba a través de su pecho, y la empuñadura de una espada sobresalía por detrás de su

hombro. La oscuridad del traje hacía que su piel se viese más pálida de lo normal, su cabello y ojos más plateados que nunca.

—Sí, lo hiciste —dijo Tessa con una pequeña sonrisa—, pero está bien. Estaba empezando a preocuparme de que Sophie y yo fuéramos a quedarnos aquí para entrenarnos entre nosotras.

—Oh, ya llegarán los Lightwood —dijo Jem—. Simplemente llegan tarde para hacer un punto. No tienen que hacer lo que nosotros digamos, ni tampoco lo que dice su padre.

—Desearía que tú nos entrenaras —dijo Tessa, impulsivamente.

Jem se veía sorprendido. —Yo no podría… Todavía no he completado mi propio entrenamiento. —Pero sus miradas se encontraron, y en otro momento de comunicación sin palabras, Tessa escuchó lo que él en verdad estaba diciendo: *no estoy lo suficientemente bien el tiempo suficiente como para entrenarte de forma fiable*. De repente le dolía la garganta, y trabó miradas con Jem, esperando que pudiera leer la simpatía silenciosa en sus ojos. Ella no quería apartar la mirada, y se encontró preguntándose si la manera en que se había amarrado el cabello, cuidadosamente convirtiéndolo en un moño del cual no se escapaba una hebra, se veía horriblemente poco favorecedor. No que importara, por supuesto. Después de todo, sólo era *Jem*.

—No pasaremos por un ciclo completo de entrenamiento, ¿o sí? —dijo Sophie, su voz preocupada interrumpió los pensamientos de Tessa—. El Concejo sólo dijo que necesitábamos saber cómo defendernos un poco…

Jem apartó la mirada de Tessa; la conexión se rompió con un chasquido. —No hay nada que temer, Sophie —dijo él con su voz amable—. Y te alegrarás; siempre es útil que una joven hermosa pueda defenderse de la atención no deseada de los caballeros.

La expresión de Sophie se tensó, la lívida cicatriz en su mejilla resaltando tan roja como si hubiera estado pintada ahí. —No se burle —dijo ella—. No es agradable.

Jem puso cara de sorpresa. —Sophie, no estaba… —La puerta de la sala de entrenamiento se abrió. Tessa se volteó mientras Gabriel Lightwood entraba en la habitación, seguido por un chico que ella no conocía. Mientras que Gabriel era delgado y tenía el cabello oscuro, el otro muchacho era musculoso, con un

cabello grueso color arena. Ambos estaban usando el equipo, con guantes oscuros que se veían caros y estaban tachonados con metal en los nudillos. Cada uno llevaba bandas plateadas alrededor de cada muñeca (vainas de cuchillo, Tessa sabía) y tenían el mismo elaborado patrón blanco de runas tejidos en sus mangas. Estaba claro, no sólo por la similitud de sus ropas, si no por la forma de sus caras y el verde pálido luminoso de sus ojos, que estaban relacionados, así que Tessa no estuvo ni un poco sorprendida cuando Gabriel dijo, en su forma abrupta:

—Bueno, estamos aquí como dijimos que estaríamos. James, asumo que recuerdas a mi hermano, Gideon. Señorita Gray, Señorita Collins…

—Encantado de conocerlas —murmuró Gideon, sin encontrar la mirada de ninguna de ellas. El mal humor parecía correr por la familia, pensó Tessa, recordando que Will había dicho que al lado de su hermano, Gabriel parecía una dulzura.

—No te preocupes. Will no está aquí —le dijo Jem a Gabriel, quién estaba mirando alrededor de la habitación. Gabriel le frunció el ceño, pero Jem ya se había volteado para ver a Gideon—. ¿Cuándo volviste de Madrid? —Le preguntó cortésmente.

—Padre me llamó para que volviera a casa hace un corto tiempo. —El tono de Gideon era neutral—. Asuntos familiares.

—Sinceramente espero que todo esté bien…

—Todo está muy bien, gracias, James —dijo Gabriel, su tono cortante—. Ahora, antes de pasar a la parte del entrenamiento de esta visita, hay dos personas que probablemente deberían conocer. —Volteó la cabeza y gritó—: ¡Sr. Tanner, Señorita Daly! Por favor vengan arriba.

Sonaron pisadas en la escalera, y dos desconocidos entraron, ninguno de ellos tenía el equipo. Ambos usaban ropas de sirvientes. Una era una joven que era la exacta definición de "huesuda," sus huesos parecían demasiado grandes para su delgada y torpe figura. Su cabello era de color escarlata brillante, amarrado en un moño bajo un sombrero modesto. Sus manos desnudas estaban rojas y se veían débiles. Tessa adivinó que debía tener unos veinte. Al lado de ella, estaba un hombre joven con cabello rizado de color marrón oscuro, alto y musculoso…

Sophie respiró profundamente. Se había puesto pálida. —Thomas…

El joven se veía terriblemente incómodo. —Soy el hermano de Thomas, señorita. Cyril. Cyril Tanner.

—Ellos son el reemplazo prometido por el Concejo, de sus sirvientes perdidos —dijo Gabriel—. Cyril Tanner y Bridget Daly. El Concejo nos preguntó si podíamos traerlos de Kings Cross hasta aquí, y naturalmente lo hicimos. Cyril reemplazará a Thomas, y Bridget reemplazará a su cocinera perdida, Agatha. Ambos fueron entrenados en hogares de Cazadores de Sombras y vienen con grandes recomendaciones.

Unos puntos rojos empezaron a aparecer en las mejillas de Sophie. Antes de que ella pudiese decir nada, Jem dijo rápidamente —Nadie podría reemplazar a Agatha o a Thomas para nosotros, Gabriel. Fueron amigos, como también sirvientes. —Asintió en dirección a Bridget y Cyril—. Sin ánimos de ofender.

Bridget sólo parpadeó sus ojos marrones, pero, —No es ninguna ofensa —dijo Cyril. Incluso su voz era como la de Thomas, casi igual de misteriosa—. Thomas era mi hermano. Nadie puede reemplazarlo para mí, tampoco.

Un silencio incómodo cayó sobre la sala. Gideon se apoyó en una de las paredes, cruzado de brazos, una leve mueca en su rostro. Era bastante apuesto, como su hermano, pensó Tessa, pero la mueca lo echaba a perder.

—Muy bien —dijo Gabriel finalmente, en el silencio—. Charlotte nos había pedido que los subiéramos para que ustedes los conocieran. Jem, si deseas escoltarlos de vuelta al salón, Charlotte está esperando con instrucciones…

—Así que, ¿ninguno de ellos necesita entrenamiento adicional? —preguntó Jem—. Ya que, a pesar de todo, estarán entrenando a Tessa y a Sophie, si Bridget o Cyril…

—Como dijo el Concejo, han sido muy bien entrenados en sus hogares anteriores —dijo Gideon—. ¿Te gustaría una demostración?

—No creo que eso sea necesario —respondió Jem.

Gabriel sonrió. —Vamos, Carstairs. Las chicas también podrían ver que un mundano puede luchar casi como un Cazador de Sombras, con el tipo *adecuado* de instrucción. ¿Cyril? —Él caminó a la pared, seleccionó dos espadas largas, y

arrojó una en dirección a Cyril, quien la atrapó en el aire cómodamente y avanzó hacia el centro de la sala, donde había un círculo pintado en el suelo.

—Ya sabemos eso —murmuró Sophie, en una voz lo suficientemente baja que sólo Tessa podía oír—. Thomas y Agatha estaban entrenados.

—Gabriel sólo está tratando de molestarlos —dijo Tessa, también en un susurro—. No le dejes ver que te molesta.

Sophie apretó la mandíbula mientras Gabriel y Cyril se encontraban en el centro de la sala, mostrando espadas. Tessa tenía que admitir que había algo hermoso en ello, la forma en que daban vueltas, las espadas silbando a través del aire, una mancha de negro y plateado. El tintineo de metal sobre metal, la manera en que se movían, tan rápido que su vista apenas los podía seguir. Y sin embargo, Gabriel era mejor; eso era claro incluso para el ojo inexperto. Sus reflejos eran más rápidos, sus movimientos más gráciles. No era una pelea justa; Cyril, con su cabello pegado a la frente a causa del sudor, estaba claramente dando todo lo que tenía, mientras que Gabriel simplemente estaba marcando el tiempo. Al final, cuando Gabriel rápidamente desarmó a Cyril con un limpio movimiento de su muñeca, enviando la espada del otro chico al piso, Tessa no pudo evitar sentirse casi indignada por el comportamiento de Cyril. Ningún humano podría superar a un Cazador de Sobras. ¿No era ese el punto?

La punta de la espada de Gabriel descansaba a un centímetro de la garganta de Cyril. Cyril levantó sus manos en señal de rendición, una sonrisa, muy parecida a la sonrisa fácil de su hermano, extendiéndose en su rostro. —Me rindo.

Hubo una mancha de movimiento. Gabriel gritó y cayó, la espada deslizándose de su mano. Su cuerpo golpeó el suelo, Bridget se arrodilló sobre su pecho, mostrando sus dientes. Ella se había deslizado detrás de él y lo había hecho caer mientras nadie estaba mirando. Ahora sacó una pequeña daga del interior de su corpiño y la sostuvo en contra de su garganta. Gabriel miró hacia arriba por un momento, aturdido, parpadeando sus ojos verdes. Luego se empezó a reír.

A Tessa le agradaba más en ese momento que nunca. No que eso fuera mucho decir.

—Muy impresionante —arrastró las palabras una voz familiar desde la puerta. Tessa se volteó. Era Will, viéndose, como habría dicho su tía, como si hubiera sido arrastrado a través de un seto vivo. Su camisa estaba rota, su cabello revuelto y sus ojos azules estaban bordeados de rojo. Se agachó, agarró la espada de Gabriel, y la estabilizó en la dirección de Bridget con una expresión divertida. —Pero, ¿puede ella *cocinar*?

Bridget se puso de pie, sus mejillas de color rojo oscuro. Estaba mirando a Will como las chicas siempre lo miraban: con la boca ligeramente abierta, como si no pudiera creer la visión que se había materializado en frente de ella. Tessa quería decirle que Will se veía mejor cuando estaba menos desaliñado, y que estar fascinado con su belleza era como estar fascinado por una pieza afilada de acero, era peligroso e imprudente. Pero, ¿cuál era el punto? Lo aprendería por sí sola muy pronto. —Soy una buena cocinera, señor —dijo en un acento irlandés cadencioso—. Mis empleadores anteriores no tenían quejas.

—Dios, usted es irlandesa —dijo Will—. ¿Puede preparar cosas que no tengan patatas? Una vez tuvimos un cocinero irlandés cuando era un niño. Pastel de patata, crema de patata, patatas con salsa de patatas…

Bridget pareció desconcertada. Mientras tanto, de alguna manera, Jem había cruzado la sala y había tomado el brazo de Will. —Charlotte quiere ver a Cyril y a Bridget en el salón. ¿Vamos a mostrarles dónde está?

Will dudó. Ahora estaba mirando a Tessa. Tragó en contra de su garganta seca. Parecía que quería decirle algo. Gabriel, mirando entre ellos, sonrió. Los ojos de Will se oscurecieron, y se volteó, la mano de Jem guiándolo hacia la escalera, y salieron. Después de un momento de aturdimiento, Bridget y Cyril los siguieron.

Cuando Tessa volvió al centro de la sala, vio que Gabriel había tomado una de las espadas y se la daba a su hermano. —Ahora —dijo él—. Ya es hora de empezar a entrenar, ¿no creen, señoritas?

Gideon agarró la espada. —*Esta es la idea más estúpida que nuestro padre ha tenido* —dijo—. *Nunca*[6].

[6] En español en el original.

Sophie y Tessa intercambiaron miradas. Tessa no estaba segura *exactamente* de qué había dicho Gideon, pero "*estúpida*" sonaba lo suficientemente familiar. El resto del día iba ser muy largo.

Pasaron las siguientes pocas horas realizando ejercicios de equilibrio y bloqueo. Gabriel se encargó de supervisar la instrucción de Tessa, mientras que Gideon fue asignado a Sophie. Tessa no podía evitar sentir que Gabriel la había elegido para molestar a Will de algún modo oscuro, así Will lo supiera o no. En realidad, no era un mal profesor: bastante paciente, dispuesto a recoger armas una y otra vez cuando ella las dejaba caer, hasta que él podía mostrarle cómo agarrarlas correctamente, incluso la alababa cuando hacía algo bien. Ella se estaba concentrando demasiado como para notar si Gideon era tan experto entrenando a Sophie, aunque Tessa lo escuchó murmurar en español de vez en cuando.

Para el momento que el entrenamiento se había acabado y Tessa se había bañado y vestido para la cena, se estaba muriendo de hambre de la manera más impropia para una dama. Afortunadamente, pese a los temores de Will, Bridget *sabía* cocinar, y muy bien. Sirvió un asado caliente con verduras, y una tarta de mermelada con crema, para Henry, Will, Tessa, y Jem en la cena. Jessamine todavía estaba en su cuarto con un dolor de cabeza, y Charlotte había ido a la Ciudad de Hueso para mirar directamente los archivos de las Compensaciones por ella misma.

Era extraño, ver a Sophie y a Cyril salir y entrar de la sala de comedor con platos de comida, Cyril trinchando el asado justo como lo habría hecho Thomas, Sophie ayudando silenciosamente. Tessa difícilmente podía evitar pensar lo difícil que tenía que ser para Sophie, cuyos compañeros más cercanos en el Instituto habían sido Agatha y Thomas, pero cada vez que Tessa trataba de captar la mirada de la otra chica, Sophie miraba para otro lado.

Tessa recordó la cara de Sophie la última vez que Jem había estado enfermo, la forma en que había torcido su gorra con las manos, pidiendo noticias de él. Tessa había ardido de deseos de hablar con Sophie sobre ello después, pero sabía que nunca podría. Los romances entre mundanos y Cazadores de Sombras estaban prohibidos; la madre de Will era una mundana, y su padre había sido obligado a dejar a los Cazadores de Sombras para estar con ella. Debía de haber estado terriblemente enamorado para estar dispuesto a hacerlo,

y Tessa nunca había sentido que Jem sintiera afecto por Sophie de esa manera. Y luego estaba el asunto de su enfermedad…

—Tessa —dijo Jem en voz baja—. ¿Estás bien? Te ves a un millón de kilómetros.

Ella le sonrió. —Sólo estoy cansada. El entrenamiento… no estoy acostumbrada. —Era la verdad. Sus brazos dolían por agarrar la pesada espada de práctica, y aunque ella y Sophie no habían hecho mucho más que ejercicios de equilibrio y bloqueo, sus piernas también le dolían.

—Hay un bálsamo que preparan los Hermanos Silenciosos, para el dolor de músculos. Toca la puerta de mi habitación antes de que te vayas a dormir, y te daré un poco.

Tessa se sonrojó ligeramente, luego se preguntó por qué se había sonrojado. Los Cazadores de Sombras tenían sus métodos extraños. Ella había estado antes en la habitación de Jem, incluso sola con él, incluso sola con él en su atuendo de noche, y ningún alboroto se había hecho por eso. Todo lo que estaba haciendo ahora era ofrecerle un poco de medicina, y, sin embargo, podía sentir el aumento de calor en su cara. Él pareció verlo y también se sonrojó, el color muy visible contra su piel pálida. Tessa apartó la mirada rápidamente y atrapó a Will mirándolos, sus ojos azules uniformes y oscuros. Sólo Henry, persiguiendo guisantes blandos alrededor del plato con un tenedor, parecía ajeno a lo que pasaba.

—Estoy muy agradecida —dijo ella—. Iré…

Charlotte irrumpió en la habitación, su cabello oscuro escapando de sus broches en un remolino de rizos, un largo rollo de papel apretado en su mano.

—¡Lo he encontrado! —gritó. Se desplomó sin aliento en el asiento al lado de Henry, su cara normalmente pálida estaba rosa por el esfuerzo. Le sonrió a Jem—. Tenías razón sobre los archivos de las Compensaciones, lo encontré después de unas horas de búsqueda.

—Déjame ver —dijo Will, dejando el tenedor. Había comido sólo un poco de su comida, Tessa no pudo evitar notarlo. El anillo con el diseño de pájaro brilló en sus dedos cuando extendió la mano para agarrar el rollo de papel de la mano de Charlotte.

Ella aplastó su mano de buen humor. —No. Todos deberíamos verlo al mismo tiempo. De todas maneras, fue idea de Jem, ¿no?

Will frunció el ceño, pero no dijo nada; Charlotte extendió el rollo de papel sobre la mesa, apartando tazas y platos vacíos para hacer espacio, y los otros se levantaron y la rodearon, mirando hacia el documento. El papel era más como pergamino grueso, con tinta roja oscura, como el color de las runas sobre las túnicas de los Hermanos Silenciosos. La escritura estaba en inglés, pero era pequeña y llena de abreviaturas; Tessa no podía encontrar ni pies ni cabeza de lo que estaba viendo.

Jem se inclinó hacia ella, su brazo rozando el suyo, leyendo por encima de su hombro, su expresión era pensativa.

Ella volteó su cabeza para mirarlo; un mechón de su pálido cabello le hacía cosquillas en la cara. —¿Qué dice? —susurró.

—Se trata de una solicitud de una compensación —dijo Will, ignorando el hecho de que ella había dirigido la pregunta a Jem—. Enviado al Instituto de York en 1825 al nombre de Axel Hollingworth Mortmain, para obtener la compensación de la muerte injustificada de sus padres, John Thaddeus y Anne Evelyn Shade, casi una década antes.

—John Thaddeus Shade —dijo Tessa—. JTS, las iníciales en el reloj de Mortmain. Pero si él era su hijo, ¿por qué no tiene el mismo apellido?

—Los Shade eran brujos —dijo Jem, leyendo más abajo en la página—. Ambos lo eran. Él no podía haber sido su hijo de sangre; lo debieron haber adoptado, y dejado mantener su nombre mundano. Lo que ocurre, de vez en cuando. —Sus ojos volaron a Tessa, y luego se apartaron; ella se preguntó si estaba recordando, como ella, su conversación en la sala de música sobre el hecho de que los brujos no podían tener hijos.

—Dijo que comenzó a aprender sobre las artes oscuras durante sus viajes —dijo Charlotte—. Pero si sus padres eran brujos…

—Padres adoptivos —dijo Will—. Sí, estoy seguro de que sabía muy bien a quién del Submundo contactar para aprender las artes oscuras.

—Muerte injustificada —dijo Tessa en voz baja—. ¿Qué significa eso, exactamente?

—*Significa*, que él cree que los Cazadores de Sombras mataron a sus padres a pesar de que no habían quebrantado ninguna ley. —respondió Charlotte.

—¿Qué ley se supone que rompieron?

Charlotte frunció el ceño. —Dice algo aquí sobre relaciones antinaturales e ilegales con demonios, que podría ser casi cualquier cosa, y que fueron acusados por crear un arma que podía destruir a los Cazadores de Sombras. La sentencia para eso habría sido la muerte. Hay que recordar, sin embargo, que esto fue antes de los Acuerdos. Los Cazadores de Sombras podían matar Submundos por la mera sospecha de mala conducta. Probablemente esa es la razón por la que no hay información más detallada en este documento. Mortmain declaró una compensación por el Instituto de York, bajo la égida de Aloysius Starkweather. Él no estaba pidiendo dinero, sino que los individuos culpables (Cazadores de Sombras) fueran juzgados y castigados. Pero el juicio fue rechazado aquí en Londres, basándose en que los Shade eran "sin lugar a dudas, culpables". Y eso es realmente todo lo que hay. Esto es simplemente un pequeño registro del evento, no los documentos completos. Esos aún están en el Instituto de York. —Charlotte apartó su empapado cabello de su frente—. Y sin embargo, eso *explicaría* el odio de Mortmain hacia los Cazadores de Sombras. Tenías razón, Tessa. Era, *es*, personal.

—Y nos da un punto de partida. El Instituto de York —dijo Henry, apartando la mirada de su plato—. Los Starkweather lo dirigen, ¿no? Ellos tendrán las cartas completas, los papeles…

—Y Aloysius Starkweather tiene ochenta y nueve años —dijo Charlotte—. Él habría sido un hombre joven cuando los Shade fueron asesinados. Tal vez recuerda algo de lo que ocurrió. —Ella suspiró—. Será mejor que le envíe un mensaje. Oh, querido. Esto será difícil.

—¿Por qué, cariño? —preguntó Henry, de manera gentil y ausente.

—Él y mi padre fueron amigos una vez, pero luego tuvieron un altercado, algo terrible, hace años, pero nunca volvieron a hablarse.

—¿Cuál es el poema, otra vez? —Will, quién había estado haciendo girar su taza de té vacía alrededor de sus dedos, se enderezó y declamó:

"Cada uno dijo palabras de alto desprecio
E insultaron al mejor hermano de su corazón…"

—Oh, por el Ángel, Will, haz silencio —dijo Charlotte, levantándose—. Debo ir y escribir una carta a Aloysius Starkweather que gotee remordimiento y súplicas. No necesito que me distraigas. —Y, recogiendo sus faldas, salió corriendo de la habitación.

—No hay aprecio por las artes —murmuró Will, poniendo su tasa en la mesa. Miró hacia arriba, y Tessa se dio cuenta de que había estado mirándolo fijamente. Ella conocía el poema, por supuesto. Era Coleridge, uno de sus favoritos. Había más que eso, era sobre amor, muerte y locura, pero no podía recordar ningunas de las líneas; no ahora, con los ojos de Will sobre ella.

—Y por supuesto, Charlotte no ha comido ni un poco de la cena —dijo Henry, levantándose—. Iré a ver si Bridget le puede hacer un plato de pollo frío. En cuanto al resto de ustedes… —hizo una pausa por un momento, como si estuviese a punto de darles una orden: tal vez, enviarlos a la cama, o de vuelta a la biblioteca para que hicieran más investigación. El momento pasó, y una mirada de perplejidad cruzó por su cara—. Maldita sea, no puedo recordar lo que iba a decir —anunció, y se desvaneció en la cocina.

En el momento que Henry se fue, Will y Jem cayeron en una discusión seria sobre Compensaciones, Submundos, Acuerdos, pactos y leyes que dejaron la cabeza de Tessa dando vueltas. Silenciosamente, se levantó y abandonó la mesa, haciendo su camino a la biblioteca.

A pesar de su inmenso tamaño, y el hecho de que casi ninguno de los libros que se alineaban en sus paredes estaba en inglés, era su habitación preferida del Instituto. Había algo sobre el olor de los libros, el aroma de tinta, papel y cuero, en la manera en que el polvo en la biblioteca parecía comportarse de manera diferente del polvo en cualquier otra habitación, era dorado a la luz mágica, estableciéndose como polen a través de las superficies pulidas de las largas mesas. Iglesia, el gato, estaba durmiendo en lo alto sobre un libro, su cola enroscada en su cabeza; Tessa le dio un gran rodeo y se dirigió hacia la pequeña sección de poesía a lo largo de la pared inferior derecha. Iglesia adoraba a Jem pero había sido conocido por morder a otros, a menudo con poco aviso.

Encontró el libro que estaba buscando y se arrodilló al lado del estante, dejando pasar las páginas hasta encontrar la correcta, la escena donde el anciano en "Christabel" se da cuenta de que la chica de pie a su lado es la hija

del que una vez fue su mejor amigo y ahora era su odiado enemigo, el hombre que nunca puede olvidar.

¡Ay! Habían sido amigos en la juventud;
Pero las lenguas susurrando pueden envenenar la verdad;
Y la constancia vive en reinos en lo alto;
Y la vida es espinosa, y la juventud es vana;
Y llenarse de ira contra alguien que amamos,
Trabaja como locura en el cerebro.
…
Cada uno dijo palabras de alto desprecio
E insultaron al mejor hermano de su corazón:
Se separaron, ¡para nunca reunirse de nuevo!

La voz arrastrada que habló sobre su cabeza fue tan instantáneamente familiar como lo era la luz. —¿Verificando la exactitud de mi cita?

El libro se deslizó de las manos de Tessa y golpeó el suelo. Ella se puso de pie y observó, congelada, mientras Will se agachaba para recogerlo, y se lo tendía, su única forma de mayor cortesía.

—Te aseguro —le dijo a ella—. Que mi memoria es perfecta.

La mía también lo es, pensó ella. Esta era la primera vez que había estado sola con él en semanas. No desde esa horrible escena en el tejado cuando él le dio a entender que pensaba que ella era poco mejor que una prostituta, y una estéril, además. Nunca habían mencionado el momento otra vez. Habían seguido como si todo fuese normal, educados entre ellos en compañía, nunca solos. De alguna manera, cuando estaban con otras personas, ella era capaz de empujarlo al fondo de su mente, olvidarlo. Pero ante Will, sólo Will, hermoso como siempre, el cuello de su camisa abierto para mostrar las marcas negras en su clavícula y subiendo por la piel blanca de su cuello, la luz parpadeante de la vela rebotando en los planos elegantes y angulosos de su rostro, el recuerdo de su vergüenza e ira se elevó por su garganta, ahogando sus palabras.

Él miró su mano, todavía sosteniendo el pequeño volumen encuadernado con cuero verde. —¿Vas a tomar el Coleridge de regreso, o debo quedarme aquí para siempre en esta posición bastante tonta?

Silenciosamente, Tessa extendió la mano y agarró el libro. —Si deseas usar la biblioteca —dijo ella, preparándose para irse— sin duda puedes. Encontré lo que estaba buscando, y se hace tarde…

—Tessa —dijo, extendiendo una mano para detenerla.

Ella lo miró, deseando poder pedirle que la volviera a llamar Señorita Gray. Sólo la manera en que decía su nombre la deshacía, aflojaba algo apretado y anudado por debajo de sus costillas, quitándole el aliento. Deseaba que él no usara su nombre de pila, pero sabía lo ridículo que sonaría si hiciera la solicitud. Sin duda, echaría a perder todo su trabajo entrenándose a ser indiferente con él.

—¿Sí? —preguntó.

Había un poco de melancolía en su expresión mientras la miraba. Will, ¿melancólico? Tenía que estar actuando. —Nada. Yo… —sacudió su cabeza; un mechón de cabello negro cayó sobre su frente, y lo apartó de sus ojos impacientemente—. Nada —dijo de nuevo—. La primera vez que te mostré la biblioteca, me dijiste que tu libro favorito era *El Amplio, Amplio Mundo*. Pensé que tal vez quisieras saber que yo… lo leí. —Su cabeza estaba baja, sus ojos azules miraban hacia arriba en su dirección a través de esas gruesas pestañas oscuras; ella se preguntó cuantas veces había obtenido lo que quería sólo por hacer eso.

Puso su voz educada y distante. —¿Y te pareció de tu agrado?

—En absoluto —dijo Will—. Tonterías sentimentales, pensé.

—Bueno, no hay nada escrito sobre gustos —dijo Tessa dulcemente, sabiendo que él estaba tratando de incitarla, y negándose a tomar la carnada—. Lo que es placer para una persona es veneno de otra, ¿no te parece?

Era su imaginación, o ¿él se veía decepcionado? —¿Tienes alguna otra recomendación americana para mí?

—¿Por qué querrías una, cuando se burlas de mis gustos? Creo que tal vez tenga que aceptar que estamos muy separados en la cuestión de material de lectura, como también lo estamos en otras cosas, y encuentre sus recomendaciones en otra parte, Señor Herondale. —Se mordió la lengua casi

tan rápido como las palabras estuvieron fuera de su boca. Eso había sido demasiado, lo sabía.

Y de hecho, Will estaba en ello, como una araña saltando sobre una mosca muy sabrosa. —¿Señor Herondale? —demandó—. Tessa, pensé que…

—Pensaste ¿qué? —Su tono era glacial.

—Que al menos podríamos hablar sobre libros.

—Hablamos —dijo ella—. Insultaste mi gusto. Y deberías saber que, *El Amplio, Amplio Mundo* no es mi libro *favorito*. Simplemente es una historia que disfruté, como *The Hidden Hand*, o… Tú sabes, tal vez deberías sugerirme algo a mí, así yo puedo juzgar tu gusto. Difícilmente es justo, de otra forma.

Will saltó a la mesa más cercana y se sentó, balanceando las piernas, obviamente reflexionando sobre la petición. —*El Castillo de Otranto*…

—¿No es ese el libro en el cual el hijo del héroe es aplastado hasta la muerte por un casco gigante que cae del cielo? ¡Y tú que dijiste que *Historia de Dos Ciudades* era una tontería! —dijo Tessa, quien habría preferido morir antes de admitir que había leído *Otranto* y le había encantado.

—*Historia de Dos Ciudades* —repitió Will—. Lo leí otra vez, sabes, porque habíamos hablado sobre ello. Tenías razón. No es tonto en absoluto.

—¿No?

—No —dijo él—. Hay demasiada desesperación en él.

Ella se encontró con su mirada. Sus ojos eran tan azules como lagos; sintió como si estuviera cayendo dentro de ellos. —¿Desesperación?

Él dijo firmemente: —No hay futuro para Sydney, ¿lo tiene, con o sin amor? Él sabe que no se puede salvar sin Lucie, pero dejarla acercarse sería degradarla.

Ella sacudió su cabeza. —Así no es como yo lo recuerdo. Su sacrificio es noble…

—Es lo que le queda —dijo Will—. ¿No recuerdas lo que le dice a Lucie? ‘Si hubiera sido posible… que tu pudieras haber regresado el amor del hombre que ves delante de ti, (arrojado lejos, perdido, borracho, pobre criatura de mal trato

que sabes que es) él habría sido consciente este día y hora, a pesar de su felicidad, que la llevaría a la miseria, la llevaría a la tristeza y al arrepentimiento, que la frustraría, la desgraciaría, la llevaría con él…'

Un tronco cayó en la chimenea, provocando una lluvia de chispas, sorprendiéndolos a ambos y silenciando a Will; el corazón de Tessa dio un vuelco, y apartó la mirada de Will. Estúpida, se dijo así misma con enojo. Tan estúpida. Recordaba como él la había tratado, las cosas que le había dicho, y ahora estaba dejando que sus rodillas se volvieran gelatina por una simple línea de Dickens.

—Bueno —dijo ella—. Seguro que te has aprendido de memoria una gran parte del libro. Eso fue impresionante.

Will apartó a un lado el cuello de su camisa, revelando la agraciada curva de su clavícula. Le tomó un momento darse cuenta de que él le estaba mostrando una Marca algunos centímetro arriba de su corazón.

—Mnemosyne —dijo—. La runa de la memoria. Es permanente.

Tessa miró hacia otro lado rápidamente. —Es tarde. Debo retirarme, estoy agotada. —Ella caminó más allá de él, y se movió hacia la puerta. Se preguntó si se veía dolido, luego empujó el pensamiento de su mente. Este era Will; no obstante lo vivaz y volátil que esté su humor, no obstante lo encantador que es cuando está de uno bueno, él era veneno para ella, para cualquier persona.

—*Vathek* —dijo él, deslizándose de la mesa.

Ella hizo una pausa en la puerta, dándose cuenta de que todavía estaba agarrando el libro Coleridge, pero luego decidió que era mejor llevarlo. Sería un cambio agradable del *Código.* —¿Qué es eso?

—*Vathek* —repitió—. De William Beckford. Si has encontrado *Otranto* a tu gusto —aunque, pensó ella, no había admitido que le había gustado—. Creo que lo disfrutarás.

—Oh —dijo ella—. Bueno. Gracias. Recordaré eso.

Él no respondió; todavía estaba de pie en donde ella lo había dejado, cerca de la mesa. Estaba mirando al suelo, su cabello oscuro escondiendo su rostro. Un pequeño pedazo de su corazón se suavizó. Y antes de que pudiera evitarlo, dijo: —Y buenas noches, Will.

Él miró hacia arriba. —Buenas noches, Tessa. —Sonó melancólico otra vez, pero no tan triste como antes. Se acercó a Iglesia para acariciarlo, quien había dormido durante toda su conversación y el sonido del tronco cayendo en la chimenea, y todavía estaba acostado sobre el estante con las patas en el aire.

—Will… —empezó Tessa, pero era demasiado tarde. Iglesia aulló por ser levantado, y atacó con sus garras. Will empezó a maldecir. Tessa se fue, incapaz de esconder la más leve de las sonrisas mientras caminaba.

4
Un Viaje

Traducido por Carmen_Lima
Corregido por Pamee

La amistad es una mente en dos cuerpos.
—Meng-tzu

Charlotte bajó de un golpe el papel sobre su escritorio con un grito de rabia. —Aloysius Starkweather es el más terco, hipócrita, obstinado, degenerado— se interrumpió, claramente luchando por controlar su temperamento. Tessa nunca había visto la boca de Charlotte convertida en una firme línea.

—¿Quieres un diccionario? —preguntó Will. Se encontraba tumbado desgarbadamente sobre uno de los sillones de orejas ubicado cerca de la chimenea del salón, sus botas puestas sobre el otomano. Estaban cubiertas de barro, y ahora también lo estaba el otomán. Normalmente, Charlotte le habría estado reprendiendo por eso, pero la carta de Aloysius que ella había recibido esa mañana, y por la cual los había invitado a entrar en el salón para hablar, parecía haber absorbido toda su atención. —Pareces haberte quedado sin palabras.

—¿Y de verdad es un *degenerado?* —preguntó Jem ecuánimemente desde las profundidades del otro sillón. —Quiero decir, el vejete tiene casi noventa años, seguramente pasó la desviación real.

—No sé —expresó Will. —Te sorprenderías de lo que se han convertido algunos viejos en la Taberna del Diablo.

—Nada de lo que *tú* sepas nos sorprendería, Will —añadió Jessamine, quien yacía sobre la tumbona, con un paño húmedo sobre su frente; todavía no había logrado sobreponerse a su dolor de cabeza.

—Querida —dijo Henry ansiosamente, rodeando la mesa donde estaba sentada su esposa—. ¿Te sientes bien? Te ves un poco… manchada.

Él no estaba equivocado. Unas manchas rojas de furia habían salido en la cara y garganta de Charlotte.

—Pienso que es encantador —dijo Will. —He oído que los lunares son la última moda esta temporada.

Henry palmeó el hombro de Charlotte ansiosamente. —¿Te gustaría un paño frío? ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Podrías ir en coche hasta Yorkshire y cortar de un tajo la cabeza de esa vieja cabra. —Charlotte sonó rebelde.

—¿No haría eso las cosas más difíciles con la Clave? —preguntó Henry—. No son generalmente muy receptivos acerca de, ya sabes, decapitaciones y esas cosas.

—¡Oh! —exclamó Charlotte, desesperada. —Todo es culpa mía, ¿verdad? No sé por qué pensé que podría persuadirlo. El hombre es una pesadilla.

—¿Qué dijo *exactamente?* —interpeló Will—. En la carta, digo.

—Se rehúsa a verme, o a Henry —explicó Charlotte. —Dice que nunca perdonará a mi familia por lo que mi hizo papá. Mi papá… —Ella suspiró. –Él fue un hombre difícil, pero absolutamente fiel a la Ley, y los Starkweather siempre han interpretado las leyes de manera más flexible. Mi papá creía que ellos vivían de manera desenfrenada allá arriba en el norte, como salvajes, y no fue tímido a la hora de decirlo. No sé qué más hizo, pero el viejo Aloysius todavía parece personalmente insultado. Sin mencionar que también dijo que si a mí de verdad me importaba algo de lo que él pensaba, lo habría invitado a la última reunión del Concejo. ¡Como si yo me encargase de ese tipo de cosas!

—¿Por qué *no fue* invitado? —preguntó Jem.

—Es demasiado viejo, lo que quiere decir que no pueda dirigir un Instituto en absoluto. Sólo se rehúsa a dar un paso al costado, y hasta ahora el Cónsul Wayland no lo ha hecho renunciar, pero el Cónsul no lo invita a las reuniones del Concejo, tampoco. Creo que espera que Aloysius se dé por aludido o

simplemente muera de viejo. Pero el padre de Aloysius vivió hasta los ciento cuatro años. Podríamos experimentar otros quince años con él. —Charlotte negó con la cabeza, desesperada.

—Pues bien, si se niega a verte a ti o a Henry, ¿no puedes enviar a alguien más? —consultó Jessamine, aburrida. —Tú diriges al Instituto; se supone que los miembros de la Enclave hacen lo que les digas.

—Pero muchos de ellos están de lado de Benedict —dijo Charlotte. —*Quieren* verme fallar. Sólo no sé en quién puedo confiar.

—Puedes confiar en nosotros —añadió Will—. Envíame. Y a Jem.

—¿Qué sobre mí? —explotó Jessamine, indignada.

—¿Qué *sobre ti*? realmente no quieres ir, ¿verdad?

Jessamine levantó una de las esquinas del húmedo paño de sus ojos para mirarlo encolerizadamente. —¿En algún tren maloliente todo el trayecto hasta Yorkshire, mortalmente aburrida? No, claro que no. Sólo quería decirle a Charlotte que puede confiar en mí.

—Puedo confiar en ti, Jessie, pero claramente no estás lo bastante bien para ir. Lo que es una desgracia, ya que Aloysius siempre tuvo debilidad por una cara bonita.

—Una razón más del por qué yo debería ir —dijo Will.

—Will, Jem… —Charlotte se mordió los labios. —¿Estás seguro? El Concejo estuvo apenas satisfecho por las acciones independientes que llevaste a cabo en el asunto de la Sra. Dark.

—Pues bien, debería estarlo. ¡Matamos a un demonio peligroso! —protestó Will.

—Y salvamos a Iglesia —añadió Jem.

—En cierta forma, dudo que eso cuente a nuestro favor —expresó Will—. Aquel gato me mordió tres veces la otra noche.

—Eso probablemente cuenta a su favor —añadió Tessa. —O al de Jem, al menos.

Will le hizo una cara, pero no parecía enojado; era el tipo de cara que le habría hecho a Jem si el otro muchacho lo hubiera molestado. Quizás realmente podrían ser corteses el uno con el otro, pensó Tessa. Realmente había sido amable con ella en la biblioteca la noche anterior.

—Parece una empresa descabellada —declaró Charlotte. Las manchas rojas en su piel comenzaban a desvanecerse, pero parecía miserable. —Probablemente no les dirá nada si sabe que los envié. Si sólo…

—Charlotte —interrumpió Tessa—, hay una forma que podríamos usar para que nos lo diga.

Charlotte la miró perpleja. —Tessa, de qué… —Se interrumpió entonces, y sus ojos se iluminaron al comprenderla. —Oh, ya veo. Tessa, qué idea tan excelente.

–Oh, *¿qué?* —exigió Jessamine desde la tumbona. –¿Qué idea?

—Si pueden recuperar algo suyo—dijo Tessa—, y si me lo dan, puedo cambiar en él. Y quizá tenga acceso a sus memorias. Te podría decir todo lo que recuerda sobre Mortmain y los Shade, cualquier cosa.

—Entonces, vendrás con nosotros a Yorkshire —anunció Jem.

Repentinamente, todas las miradas de la habitación estaban sobre Tessa. Completamente alarmada, por un momento no dijo nada.

—Ella no necesita acompañarnos —dijo Will—. Podemos recuperar un objeto y traérselo aquí.

—Pero Tessa dijo antes que necesita usar algo que tenga una fuerte

asociación con el dueño —expresó Jem. —Si lo que seleccionáramos resulta ser insuficiente…

—También dijo que puede usar un pedazo de uña, o una hebra de pelo…

—Entonces sugieres que abordemos el tren hasta York, encontremos a un hombre de noventa años, saltemos sobre él, ¿y le arranquemos un mechón de pelo? Estoy seguro de que la Clave estará eufórica.

—Sólo dirán que estás desquiciado —declaró Jessamine. —Ya lo piensan, ¿entonces cual es la diferencia, en realidad?

—Es decisión de Tessa —interrumpió Charlotte—. Es su poder el que estás pidiendo utilizar; debería ser su decisión.

—¿Dices que tomaríamos el tren? —preguntó Tessa, mirando a Jem.

Él asintió con la cabeza, sus ojos plateados estaban bailando. —En Gran Northern parten trenes a Kings Cross durante todo el día —explicó—. Es sólo cuestión de horas.

—Entonces, iré —dijo Tessa—. Nunca he estado en un tren.

Will levantó sus manos. —¿Eso es todo? ¿Irás porque nunca antes has estado en un tren?

—Sí —respondió ella, sabiendo lo mucho que lo enloquecía su conducta calmada. —Me gustaría muchísimo viajar en uno.

—Los trenes son unas cosas grandes, humeantes y sucias —añadió Will—. No te gustarán.

Tessa no se inmutó. —No lo sabré hasta que lo pruebe, ¿verdad?

—Nunca he nadado desnudo en el Támesis, pero sé que no me gustaría hacerlo.

—Pero piensa cuan entretenido sería para los turistas —dijo Tessa, y vio a Jem agachar la cabeza para esconder el destello rápido de su sonrisa—. De todos modos, eso no importa. Deseo ir, y lo haré. ¿Cuándo salimos?

Will puso sus ojos en blanco, pero Jem aún sonreía. —Mañana por la mañana. De esa forma llegaremos mucho antes de que oscurezca.

—Tendré que enviarle a Aloysius un mensaje para que los espere —anunció Charlotte, recogiendo su pluma. Hizo una pausa, y los contempló—. ¿Es una idea atroz? Yo… me siento como si no pudiese estar segura.

Tessa la miró inquieta. Ver a Charlotte así, dudando de sus instintos, la hizo odiar a Benedict Lightwood y sus cohortes aun más de lo que ella ya lo hacía.

Fue Henry quien dio un paso acercándose y puso una mano suavemente en el hombro de su esposa. —La única alternativa, parece, es no hacer nada, querida Charlotte —dijo—. Y con no hacer nada, me parece, raras veces se logra algo. Además, ¿qué podría salir mal?

—Oh, por el Ángel, desearía que no me hubieras preguntado eso —le contestó Charlotte con fervor, pero se inclinó sobre el papel y comenzó a escribir.

***

Esa tarde fue la segunda sesión de entrenamiento de Tessa y Sophie con los Lightwood. Después de haberse cambiado, Tessa dejó su cuarto para encontrar que Sophie la esperaba en el corredor. Ella estaba vestida para entrenar también, su pelo anudado expertamente detrás de su cabeza, y una expresión sombría en su rostro.

—Sophie, ¿qué pasa? —preguntó Tessa, yendo a la par de la chica. —Te ves realmente de mal semblante.

—Pues bien, si quiere saberlo… —Sophie bajo el volumen de su voz—. Es Bridget.

—¿Bridget? —La chica irlandesa había sido casi invisible en la cocina desde que llegó, a diferencia de Cyril, quien había estado aquí y allá en la casa, haciendo mandados como Sophie. El último recuerdo que tenía Tessa de Bridget la evocaba sentada sobre Gabriel Lightwood con un cuchillo. Trató de pensar en eso por un momento—. ¿Qué ha hecho?

—Ella solo… —Sophie dejó escapar un suspiro impetuoso—. No es muy amable. Agatha fue mi amiga, pero Bridget… pues bien, tenemos una forma de hablar, entre nosotros los sirvientes, ya sabe, en general, pero Bridget se niega a hacerlo. Cyril es bastante amistoso, pero Bridget sólo se mantiene aislada en la cocina, cantando esas horribles baladas irlandesas suyas. Apuesto a que está cantando una ahora.

Estaban pasando no muy lejos de la puerta de la antecocina[7]; Sophie gesticuló para que Tessa la siguiera, y juntas se arrastraron cerca y miraron atentamente. La antecocina era muy grande, con puertas que daban tanto a la cocina como a la despensa. El estante estaba abarrotado de alimentos destinados para la cena: pescado y verduras, éstas últimas limpias y preparadas. Bridget estaba de pie en el fregadero, su pelo destacaba en su cabeza en rizos rojos salvajes, rizados por la humedad del agua. Estaba cantando también; Sophie había tenido toda la razón sobre esto. Su voz yendo a la deriva sobre el sonido del agua era alta y dulce.

"Oh, su padre la llevó por la escalera,
Su madre peinó su rubia cabellera.
Su hermana, Ann, la condujo a la cruz,
Y su hermano, John, a su caballo la subió.
'Ahora tú eres alta y yo soy bajo,
Dame un beso antes de que te vayas.'
Ella se inclinó hasta darle un beso,
Él le hizo un corte profundo y no falló.
Y con un cuchillo tan afilado como un dardo,
Su hermano la apuñaló en el corazón."

El rostro de Nate destelló delante de los ojos de Tessa, y se estremeció. Sophie, que miraba por delante de ella, no pareció notarlo. —Eso es lo único

[7] Habitación anexa a la cocina donde se fregaba, se preparaban las verduras etc.

sobre lo que canta —susurró—. Asesinato y traición. Sangre y dolor. Es horrendo.

Compasivamente, la voz de Sophie cubrió el final de la canción. Bridget había comenzado a secar platos y a cantar una nueva balada, la melodía aun más melancólica que la primera.

"Por qué su espada gotea con sangre,
Edward, ¿Edward?
¿Por qué su espada gotea con sangre?
¿Y por qué tan triste estás?"

—Es suficiente. —Sophie dio vuelta y comenzó a caminar hacia el vestíbulo; seguida por Tessa—. ¿Ve a lo que me refiero? Es tan horriblemente morbosa, y es horrible compartir un cuarto con ella. Nunca dice una sola palabra en la mañana o por la noche, sólo gime…

—¿Compartes un cuarto con ella? —Tessa estaba asombrada—. Pero el Instituto tiene muchísimos cuartos…

—Para los visitantes Cazadores de Sombras —explicó Sophie—, no para los sirvientes. —Ella habló del asunto con la mayor naturalidad, como si nunca se le hubiese ocurrido dudar o quejarse sobre el hecho de que habían docenas de grandes habitaciones desocupadas, mientras ella compartía un cuarto con Bridget, la cantante de baladas asesinas.

—Podría hablar con Charlotte… —comenzó Tessa.

—Oh, no. Por favor no lo haga. —Habían alcanzado la puerta del cuarto de entrenamiento. Sophie la miró, toda angustiada—. No quiero que ella piense que me he estado quejando de los otros sirvientes. Realmente no lo quiero, Señorita Tessa.

Tessa estaba a punto de reconfortar a la otra chica sobre que no le diría nada a Charlotte si eso era lo que Sophie realmente quería, cuando oyeron voces desde el otro lado de la puerta del cuarto de entrenamiento. Haciéndole señas a Sophie para que guardara silencio, se apoyó en la puerta y escuchó.

Las voces eran claramente la de los hermanos Lightwood. Reconoció los tonos más graves y ásperos de la voz Gideon cuando dijo: —Habrá una hora de la verdad, Gabriel. Puedes apostar a ello. Lo que importará es dónde estaremos cuándo llegue.

Gabriel contestó, su voz estaba tensa. —Estaremos de pie al lado de Padre, por supuesto. ¿Dónde si no?

Hubo una pausa. Entonces: —No conoces todo acerca de él, Gabriel. No sabes todo lo que ha hecho.

—Sé que somos Lightwood y que él es nuestro padre. Sé que él esperaba ser nombrado director del Instituto cuándo Granville Fairchild murió…

—Tal vez el Cónsul sabe más acerca de él de lo que tú sabes. Y más sobre Charlotte Branwell. Ella no es la tonta que crees que es.

—¿En serio? —La voz de Gabriel era de mofa—. Dejarnos venir aquí a entrenar a sus chicas preciosas, ¿no la pone en ridículo? ¿No debería haber supuesto que espiaríamos para nuestro Padre?

Sophie y Tessa se miraron una a la otra, sorprendidas.

—Ella accedió porque el Cónsul forzó su mano. Y además, nos traen hasta aquí, nos escoltan hacia este cuarto, y nos escoltan de vuelta. Y las Señoritas Collins y Gray no saben nada importante. Qué daño hace nuestra presencia aquí, realmente, ¿me dirías?

Hubo un silencio a través del cual Tessa casi podría oír a Gabriel mal humorado. Por fin, él dijo: —Si desprecias tanto a Padre, ¿por qué volviste de España?

Gideon, sonando exasperado, contestó: —Volví por *ti*…

Sophie y Tessa habían estado apoyándose contra la puerta, sus orejas presionadas a la madera. En ese momento la puerta cedió y se abrió. Ambas se

enderezaron de prisa, Tessa esperaba que no se mostrara en sus caras ninguna prueba de haber estado escuchando a escondidas.

Gabriel y Gideon estaban de pie en un parche de luz en el centro de la habitación, frente a frente. Tessa notó algo en lo que no se había fijado antes: Gabriel, a pesar de ser el hermano menor, era larguiruchamente más alto que Gideon por algunos centímetros. Gideon era más musculoso, más amplio de hombros. Él pasó una mano por su pelo arenoso, saludando bruscamente con la cabeza a las chicas cuando aparecieron en el umbral. —Buenos días.

Gabriel Lightwood dio grandes zancadas a través del cuarto para reunirse con ellas. Realmente era muy alto, pensó Tessa, estirando el cuello para contemplarlo. Ella, como una muchacha alta, no se encontraba a menudo inclinando la cabeza hacia atrás para mirar a los hombres, aunque Will y Jem eran más altos que ella.

—¿La señorita Lovelace aún se encuentra lamentablemente ausente? —les preguntó sin molestarse en saludarlas. Su cara era tranquila, la única señal de su anterior agitación era el pulso que martilleaba bajo el tatuaje de una runa *Coraje en Combate* en su garganta.

—Continúa teniendo dolor de cabeza —respondió Tessa, siguiéndolo a la sala de entrenamiento—. No sabemos cuánto tiempo estará indispuesta.

—Hasta que estas sesiones de entrenamiento se hayan acabado, sospecho —dijo Gideon, tan secamente que Tessa se sorprendió cuando Sophie rió. Sophie inmediatamente compuso sus rasgos otra vez, pero no antes de que Gideon le hubiera dado una mirada sorprendida, casi apreciativa, como si él no estuviese acostumbrado a que sus bromas causaran risa.

Con un suspiro, Gabriel se acercó y liberó dos largas varas de sus fundas en la pared. Le entregó una a Tessa. —Hoy —comenzó—, estaremos trabajando esquivar y bloquear…

Como siempre, Tessa yació mucho tiempo despierta esa noche antes de que el sueño llegase. Las pesadillas la habían molestado recientemente; usualmente

eran sobre Mortmain, sus fríos ojos grises, y su voz aun más fría diciendo con mucha compostura que él la había hecho, que *no existía Tessa Gray*.

Había estado cara a cara con él, el hombre que buscaban, y aún no sabía lo que quería de ella. Casarse con ella, pero ¿por qué? Reclamar su poder, ¿con qué fin? El pensar en sus ojos fríos de lagarto la hacía temblar; el pensar que él podría haber tenido algo que ver con su nacimiento era incluso peor. No creía que nadie, ni siquiera Jem, el maravilloso y comprensivo Jem, realmente comprendiese su ardiente necesidad por saber lo que ella *era*, o el temor de que fuera una especie de monstruo, un miedo que la despertaba en medio de la noche, jadeando y arañándose la piel, como si se la pudiera arrancar para revelar la piel de un demonio debajo.

En ese momento, oyó un susurro en su puerta, y el débil sonido de algo siendo empujado suavemente contra ella. Luego de un momento de silencio, se deslizó de la cama y caminó por la habitación.

Abrió la puerta para encontrar un corredor vacío, el murmullo apenas perceptible del sonido de un violín provenía desde el cuarto de Jem a través del vestíbulo. A sus pies se encontraba un pequeño libro verde. Lo recogió y contempló las doradas palabras estampadas en su lomo: "*Vathek*, por William Beckford."

Cerró la puerta y llevó el libro a su cama, sentándose para poder examinarlo. Will debió de habérselo dejado. Obviamente, no pudo haber sido nadie más. Pero *¿por qué?* ¿Por qué dejaba este extraño y pequeño detalle en la oscuridad, hablaba de libros, y la trataba con indiferencia el resto de tiempo?

Abrió el libro en la portada. Will había garabateado unas palabras para ella allí; no simplemente una nota. Un poema, de hecho.

Para Tessa Gray, con motivo de darle
una copia de Vathek para que lea:

El califa Vathek y su horda oscura
Están destinados al Infierno, ¡no te aburrirás!
Tu fe en mí estará recuperada…

A menos que esta señal encuentres desafortunada
Y a mi pobre regalo ignores.
– Will.

Tessa se echó a reír, luego puso una mano sobre su boca. *Maldito Will*, por ser siempre capaz de hacerla reír, incluso cuando no quería, aun cuando ella sabía que abrirle su corazón incluso un centímetro era como tomar una pizca de alguna droga mortal. Dejó caer la copia de *Vathek*, cabal con el poema deliberadamente terrible de Will, encima de su mesa de noche y rodó sobre la cama, hundiendo su cara en las almohadas. Todavía podía oír la música del violín de Jem, dulcemente triste, por debajo de su puerta. Tan fuerte como pudo, intentó empujar sus pensamientos, de expulsarlos de su mente. Y en efecto, cuando se durmió y por fin soñó, por una vez, él no apareció.

Llovió al día siguiente, y a pesar de su paraguas, Tessa podía sentir que el fino sombrero que le había pedido prestado a Jessamine comenzaba a ladearse como un pájaro empapado alrededor de sus orejas, cuando ellos (Jem, Will, ella y Cyril, llevando su equipaje) se apresuraron hacia el vagón de pasajeros en la Estación Kings Cross. A través de la cortina de lluvia gris, sólo era consciente de un alto edificio imponente, un gran campanario se elevaba en el frente. Estaba coronado con una veleta que indicaba que el viento soplaba hacia el norte, y no suavemente, salpicando frías gotas de lluvia en su rostro.

Adentro, la estación era un caos: gente apresurándose de acá para allá, niños vendiendo periódicos pregonando sus mercancías, hombres caminando a grandes pasos de arriba abajo con cartelones atados a sus pechos, anunciando de todo, desde tónicos para el cabello hasta jabones. Un pequeño niño con una chaqueta Norfolk corría de un lado a otro, su madre persiguiéndolo encarnizadamente. Con una palabra a Jem, Will desapareció inmediatamente en la muchedumbre.

—¿Se marchó y nos abandonó? —preguntó Tessa, luchando con su paraguas, que se rehusaba a cerrar.

—Déjame hacer eso. —Hábilmente, Jem lo alcanzó y le dio un golpecito en el mecanismo; el paraguas se cerró con un fuerte chasquido. Apartando su pelo

húmedo de sus ojos, Tessa le sonrió, al tiempo que Will regresaba con un maletero de aspecto ofendido que aligeró a Cyril del equipaje y les espabiló para que se apresurasen, pues el tren no iba a esperar todo el día.

Will miró del maletero al bastón de Jem, y de vuelta nuevamente. Sus ojos azules se estrecharon—. *Nos* esperará —expresó Will con una sonrisa mortífera.

El maletero pareció desconcertado pero respondió "Señor" en un tono decididamente menos agresivo y procedió a conducirlos hacia el andén de partida. La gente (¡tanta gente!) fluía junto a Tessa mientras ella se abría paso entre la muchedumbre, sujetándose de Jem con una mano y al sombrero de Jessamine con la otra. Lejos, al final de la estación, donde el camino acababa en terreno abierto, pudo ver el acerado cielo gris, manchado por el hollín.

Jem la ayudó a subir en su compartimento; hubo mucho alboroto por el equipaje, y Will le pagó al maletero entre los gritos y silbidos mientras el tren se preparaba para irse. La puerta se balanceó cerrándose detrás de ellos justo cuando el tren tomó impulso hacia adelante, con el vapor ingresando por las ventanas como río blanco a la deriva, y las ruedas chasqueando alegremente.

—¿Trajiste algo para leer durante el viaje? —le consultó Will, instalado en el asiento frente a Tessa; Jem estaba al lado de ella, con su bastón apoyado contra la pared.

Ella pensó en la copia de *Vathek* y el poema en ella; lo había dejado en el Instituto para evitar la tentación, del modo que uno podía dejar una caja de confites si fueras donde Banting[8] y no quisieras subir de peso. —No —le respondió—. No me he encontrado nada sobre lo que desee leer últimamente.

Will apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

—Siempre hay algo muy excitante en iniciar un viaje, ¿no crees? —Tessa continuó, su nariz pegada a la ventana, aunque pudiera ver poco por el humo, el hollín y la lluvia gris; Londres era una sombra oscura en la niebla.

---

[8] Sir Frederick Grant Banting; medico canadiense que descubrió la insulina con C. H. Best y la usó en el tratamiento de la diabetes (1891-1941).

—No —respondió Will, mientras se recostaba y ponía su sombrero sobre sus ojos.

Tessa mantuvo su cara contra el cristal, el gris de Londres comenzó a desaparecer detrás de ellos, y con eso la lluvia. Pronto rodaban a través de campos verdes salpicados de ovejas blancas aquí y allá, y con la punta de algún campanario de algún pueblo a lo lejos. El cielo había cambiado de un gris acero a un azul húmedo con pequeñas nubes negras, que se deslizaban rápidamente. Tessa observó todo esto fascinada.

—¿No has estado nunca antes en el campo? —le preguntó Jem, sin embargo, a diferencia de Will, su pregunta tuvo el sabor de real curiosidad.

Tessa negó con la cabeza. —No recuerdo nunca salir de Nueva York, excepto para ir a Coney Island, y eso no es realmente el campo. Supongo que debí de haberlo cruzado cuando vine de Southampton con las Hermanas Oscuras, pero estaba oscuro, y además, mantuvieron las cortinas cerradas. —Se quitó el sombrero, que chorreaba agua, y lo puso sobre el asiento entre ellos para que se secara—. Pero siento como si lo hubiera visto antes. En los libros. Sigo creyendo que veré Thornfield Hall elevándose más allá de los árboles, o Cumbres Borrascosas encaramado sobre un peñasco pedregoso…

—Cumbes Borrascosas está en Yorkshire —interrumpió Will, desde debajo de su sombrero—, y no estamos en ninguna parte cerca de Yorkshire aún. Ni siquiera hemos llegado a Grantham. Y no hay nada impresionante sobre Yorkshire. Colinas y valles, ninguna de las montañas que tenemos en Gales.

—¿Echas de menos Gales? —le preguntó Tessa. Ella no estaba segura de por qué lo hizo, ya que sabía que preguntarle a Will sobre su pasado era como golpear a un perro con la cola lastimada, pero no pudo evitarlo.

Will se encogió ligeramente de hombros. —¿Qué hay que extrañar? Las ovejas y el canto —dijo—. Y el lenguaje ridículo. *Fe hoffwn yo fod mor feddw, fyddai ddim yn cofio fy enw.*

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir 'tengo el deseo de ponerme tan borracho que ya no recuerde mi nombre,' sumamente útil.

—No suenas muy patriótico —observó Tessa—. ¿No acababas de estar recordando las montañas?

—¿Patriótico? —Will se vio satisfecho—. Te diré que es patriótico—dijo—. En honor a mi lugar de nacimiento, tengo al dragón de Gales tatuado en mi…

—Estás de un humor *encantador*, ¿no es así William? —lo interrumpió Jem, aunque sin aspereza en su voz. Sin embargo, habiéndolos observado ahora por un tiempo; juntos y separados, Tessa sabía que significaba algo cuando se llamaban el uno al otro por sus nombres de pila completos, en lugar de las formas familiares acortadas. —Recuerda, Starkweather no soporta a Charlotte, así que si éste es el estado de ánimo con el que vas a estar…

—Te prometo usar mi endemoniado encanto con él —expresó Will, sentándose y reajustando su sombrero aplastado. —Lo encantaré con tal fuerza que cuando termine, él quedará tirado en el piso, tratando de recordar su nombre.

—El hombre tiene ochenta y nueve años —masculló Jem—. Bien puede tener ese problema, de todos modos.

—¿Supongo que estás almacenando todo ese encanto ahora? —le preguntó Tessa—. ¿No querrías gastar algo de eso en nosotros?

—Exactamente. —Will sonó contento—. Y no es a Charlotte a quien no soportan los Starkweather, Jem. Es a su padre.

—Los pecados de los padres —exclamó Jem—. No les agrada ninguno de los Fairchild, o a alguien asociado con uno. Charlotte ni siquiera dejó que viniera Henry…

—Eso es porque cada vez que uno deja que Henry salga de casa, nos arriesgamos a un incidente internacional —replicó Will—. Pero sí, para contestar tu pregunta no formulada, entiendo la confianza que Charlotte ha

puesto en nosotros, y tengo la intención de comportarme. No quiero ver al bizco Benedict Lightwood y a sus horrendos hijos dirigiendo el Instituto más que algún otro.

—No son horrendos —replicó Tessa.

Will parpadeó hacia ella. —¿Qué?

—Gideon y Gabriel —dijo Tessa—. Realmente son apuestos, no son horribles en absoluto.

—Me refería —explicó Will, en un tono sepulcral— a la profundidad interior de sus almas color carbón.

Tessa bufó. —¿Y de qué color supones que es la profundidad interior de *tu* alma, Will Herondale?

—Malva —sentenció Will.

Tessa miró a Jem buscando ayuda, pero él sólo sonrió. —Quizá deberíamos discutir la estrategia —les dijo él—. Starkweather odia a Charlotte pero sabe que ella nos envía. Entonces, ¿como lograremos conquistar su buena voluntad?

—Tessa puede utilizar sus artimañas femeninas —afirmó Will—. Charlotte insinuó que él disfruta de una cara bonita.

—¿Cómo explicó Charlotte mi presencia? —preguntó Tessa, dándose cuenta tarde de que debió haber preguntado esto antes.

—No lo hizo, realmente; sólo le dio nuestros nombres. Fue muy brusca —dijo Will—. Creo que nos compete elaborar en secreto una historia plausible.

—No podemos decir que soy una *Cazadora de Sombras*; él sabrá inmediatamente que no lo soy. No hay marcas.

—Y no hay marcas de brujo. Pensará que es una mundana —añadió Jem—. Ella podría cambiar, pero…

Will la miró especulativamente. Aunque Tessa sabía que no significaba nada, peor que nada, realmente, aun así sintió su mirada fija en ella como el roce de un dedo en su nuca, lo que la hizo temblar. Se obligó a devolver su mirada glacialmente. —Quizá podríamos decir que es una loca tía solterona que insiste en hacer de nuestra chaperona a todas partes.

—¿Mi tía o la tuya? —inquirió Jem.

—Sí, realmente no se parece a ninguno de nosotros, ¿verdad? Quizá es una chica que se ha enamorado locamente de mí y me sigue a dondequiera que voy.

—Mi talento es cambiar de forma, Will, no la actuación —dijo Tessa, y Jem soltó una carcajada. Will lo fulminó con la mirada.

—Fue mejor que tú, Will —dijo—. Eso ocurre algunas veces, ¿verdad? Quizá debería presentar a Tessa como mi prometida. Le podemos decir al loco y viejo Aloysius que su Ascensión está en marcha.

—¿Ascensión? —Tessa no recordaba nada acerca del término en el *Código*.

Jem explicó: —Es cuándo un Cazador de Sombras tiene el deseo de casarse con un mundano…

—¿Pero pensé que eso no estaba prohibido? —interrogó Tessa, mientras el tren se deslizaba hacia un túnel. Su compartimento se oscureció repentinamente, aunque ella tuvo la sensación de que Will la observaba, esa sensación temblorosa que su mirada le provocaba en cierta forma.

—Lo es. *A menos* que la Copa Mortal se use para convertir a un mundano en un Cazador de Sombras. No es un resultado común, pero esto realmente ocurre. Si el Cazador de Sombras antes mencionado le presenta a la Clave una Ascensión para su compañero, la Clave está obligada a considerarlo por al menos tres meses. Entretanto, el mundano se embarca en un curso de estudio para aprender sobre la cultura de los Cazadores de Sombras…

La voz de Jem fue ahogada completamente por el silbido del tren cuando la

locomotora salió del túnel. Tessa miró a Will, pero él estaba mirando fijamente fuera de la ventana, sin mirarla en absoluto. Debió de haberlo imaginado.

—No es una mala idea, supongo —respondió Tessa—. Yo sé bastante; he terminado casi todo el *Código*.

—Parecería razonable que te trajese conmigo —continuó Jem—. Como una posible Ascendente, podrías querer aprender sobre los Institutos además del que se encuentra en Londres. —Él volteó hacia Will—. ¿Qué piensas?

—Parece una idea tan buena como cualquiera. —Will aún miraba por la ventana. El campo se había puesto menos verde, más inhóspito. No había pueblos visibles, sólo las largas franjas de hierba color gris verdoso y oscuros afloramientos rocosos.

—¿Cuantos Institutos hay, aparte del de Londres? —consultó Tessa.

Jem los contó con los dedos de la mano. —¿En Gran Bretaña? Londres, York, uno en Cornwall (cerca de Tintagel) uno en Cardiff, y otro en Edimburgo. Todos son más pequeños, sin embargo, e informan al Instituto londinense, el cual a su vez se reporta con Idris.

—Gideon Lightwood dijo que él estaba en el Instituto en Madrid. ¿Qué rayos estaba haciendo allí?

—Matando el tiempo, probablemente —dijo Will.

—Una vez que terminamos nuestra formación, a los dieciocho —explicó Jem, como si Will no hubiera hablado—, somos animados a viajar, pasar tiempo en otros Institutos, experimentar algo de la cultura de los Cazadores de Sombras en lugares nuevos. Siempre hay técnicas diferentes, trucos locales que aprender. Gideon estuvo ausente sólo por unos pocos meses. Si Benedict lo llamó tan pronto, debe pensar que su adquisición del Instituto está asegurada. —Jem se vio preocupado.

—Pero está equivocado —dijo Tessa firmemente, y cuando la mirada afligida no desapareció de los ojos grises de Jem, ella buscó algo para cambiar el tema.

—¿Dónde está el Instituto en Nueva York?

—No nos hemos aprendido de memoria todas las direcciones, Tessa. —Hubo algo en la voz de Will, un trasfondo peligroso. Jem lo miró con los ojos entrecerrados, y preguntó:

—¿Está todo bien?

Will se quitó su sombrero y lo puso sobre el asiento junto a él. Los miró a ambos fijamente por un momento, directamente. Como siempre, era hermoso para mirarlo, pensó Tessa, pero se veía algo *gris*, casi descolorido. Para alguien que a menudo parecía arder muy brillantemente, la luz en él ahora parecía agotada, como si hubiera estado rodando una roca cuesta arriba como Sísifo[9]. —Bebí demasiado anoche —dijo finalmente.

En verdad, ¿por qué te molestas, Will? ¿No te das cuenta de que ambos sabemos que estás mintiendo? Tessa casi lo dijo, pero una mirada a Jem la detuvo. Su mirada mientras observaba a Will indicaba que estaba preocupado, muy preocupado realmente, aunque Tessa sabía que él no le creía a Will sobre la bebida, más que ella. Pero: —Bien —fue todo lo que dijo, a la ligera—. Si sólo hubiera un runa de sobriedad.

—Sí. —Will le devolvió la mirada, y la tensión en su expresión disminuyó ligeramente—. Si volvemos a discutir tu plan, James. Es bueno, salvo por una cosa. —Él se inclinó hacia adelante—. Si va a ser tu prometida, Tessa necesitará un anillo.

—Había pensado en eso —le respondió Jem, asustando a Tessa, quien imaginó que él había pensado en esta idea de la Ascendente en el momento. Él deslizó su mano en el bolsillo de su chaleco y extrajo un anillo de plata, el cuál le tendió a Tessa en su palma. Ese no era diferente al anillo de plata que Will a menudo llevaba puesto, aunque donde el de Will tenía un diseño de aves en vuelo, este tenía un cuidadoso grabado de las almenas de una torre de castillo a su alrededor—. El anillo de la familia Carstairs —dijo—. Si quisieras…

[9] Fue promotor de la navegación y el comercio, pero también avaro y mentiroso. Recurrió a medios ilícitos, entre los que se contaba el asesinato de viajeros y caminantes, para incrementar su riqueza. En el infierno Sísifo fue obligado a empujar una piedra enorme cuesta arriba por una ladera empinada, pero antes de que alcanzase la cima de la colina, la piedra siempre rodaba hacia abajo.

Ella lo tomó y lo deslizó en su dedo anular izquierdo, donde pareció encajar mágicamente. Sintió como si debiera decir algo encantador como *es precioso, o gracias*, pero por supuesto, ésta no era una propuesta, o siquiera un regalo. Era simplemente una actuación. —Charlotte no usa un anillo de boda —dijo ella—. No me había percatado de que los Cazadores de Sombras los usaran.

—No los usamos —dijo Will—. Por lo general a la chica se le da el anillo familiar cuando uno se compromete, pero la ceremonia matrimonial real implica intercambiar runas en lugar de anillos. Una en el brazo, y otra sobre el corazón.

—'Ponme como un sello en tu corazón, como un sello en tu brazo: pues el amor es fuerte como la muerte; los celos son crueles como la tumba' —añadió Jem—. La Canción de Salomón.

—¿Los celos son crueles como la tumba? —Tessa levantó sus cejas—. Eso no es… muy romántico.

—'Los carbones por esa razón son brazas ardientes, que generan la flama más vehemente' —explicó Will, elevando su ceja—. Siempre pensé que las féminas encontraban romántica la idea de los celos. Hombres, luchando por conseguirlas…

—Bien, no hay ninguna tumba en las ceremonias matrimoniales mundanas —replicó Tessa—. Aunque su habilidad de citar la Biblia es impresionante. Mejor que la de mi tía Harriet.

—¿Oíste eso, James? Acaba de compararnos con su tía Harriet.

Jem, como siempre, estaba imperturbable. —Debemos conocer los términos familiares de todos los textos religiosos —dijo—. Para nosotros, son manuales de instrucción.

—¿Así que se los aprenden de memoria en la escuela? —Se percató de que no había visto ni a Will ni a Jem en sus estudios desde que estaba en el Instituto—. Mejor dicho, ¿cuándo son tutelados?

—Sí, aunque Charlotte se ha estado más bien escapando últimamente, como puedes suponer —indicó Will—. Uno o tiene a un tutor o es entrenado en Idris, y eso es, hasta que uno alcanza la mayoría de edad a los dieciocho. Que será pronto, por suerte, para nosotros dos.

—¿Cuál de ustedes es el mayor?

—Jem —respondió Will.

—Yo lo soy —dijo Jem a la vez. Se rieron al unísono también, y Will añadió:

—Aunque sólo por tres meses.

—Sabía que te sentirías obligado a señalar eso —le dijo Jem con una gran sonrisa.

Tessa miró de uno al otro. No podrían dos muchachos verse más diferentes, o tener temperamentos más diferentes. Y, aun así… —¿Eso es lo que significa ser *parabatai*? —les preguntó—. ¿Terminan las frases el uno del otro y esas cosas por el estilo? Porque no hay mucho de eso en el *Código*.

Will y Jem se miraron. Will fue el primero que se encogió de hombros, casualmente. —Es algo difícil de explicar —dijo con altanería—. Si uno no lo ha experimentado…

—Quise decir —dijo Tessa—. No pueden, no sé, ¿leer los pensamiento del otro, o algo parecido?

Jem hizo un ruido balbuceante. El brillo suave de los ojos azules de Will se extendió. —¿Leer la mente el uno al otro? Horror, no.

—Entonces, ¿cuál es el punto? Juran protegerse el uno al otro, comprendo eso, ¿pero no están todos los Cazadores de Sombras destinados a hacer eso el uno por el otro?

—Es más que eso —respondió Jem, quien había dejado de balbucear y había

comenzado a hablar sombríamente—. La idea de *parabatai* proviene de un viejo cuento, la historia de Jonathan y David. 'Y sucedió… que el alma de Jonathan fue tejida con el alma de David, y Jonathan le amó como a su alma… Entonces Jonathan y David hicieron un pacto, porque él le amó como a su propia alma.' Fueron dos guerreros, y sus almas fueron tejidas juntas por el Cielo, y de eso Jonathan Cazador de Sombras tomó la idea de los *parabatai*, y codificó la ceremonia a la Ley.

—Pero no tienen que ser solamente dos hombres. ¿Puede ser un hombre y una mujer? ¿O dos mujeres?

—Por supuesto. —Jem asintió con la cabeza—. Sólo tienes dieciocho años para encontrar y escoger un *parabatai*. Una vez que pasas esa edad, el ritual ya no es accesible. Y no es simplemente el asunto de protegerse el uno al otro. Debes situarte ante el Concejo y declarar bajo juramento a dar tu vida por tu *parabatai*. Ir a donde vaya, ser sepultado donde será sepultado. Si hubiera una flecha dirigiéndose hacia Will, estaría atado por el juramento a interponerme.

—Eso es útil —habló Will.

—Y él, por supuesto, debe hacer lo mismo por mí —añadió Jem—. Independientemente de que pueda decir lo contrario, Will no quebranta sus juramentos, o las Leyes. —Miró fijamente a Will, quien sonrió débilmente y miró fijamente fuera de la ventana.

—¡Válgame Dios! —exclamó Tessa—. Eso es muy conmovedor, pero no veo realmente cómo confiere alguna ventaja.

—No todo el mundo tiene a un *parabatai* —explicó Jem—. Muy pocos de nosotros, en realidad, encuentran uno en el tiempo asignado. Pero los que sí lo logran, pueden recurrir a la fuerza de su *parabatai* en combate. Una runa hecha por un *parabatai* siempre es más potente que una hecha por uno mismo, o una hecha por otro. Y hay algunas runas que podemos utilizar que ningún otro Cazador de Sombras puede, porque se basa en nuestro poder duplicado.

—Pero ¿qué ocurre si uno decide que ya no quiere ser un *parabatai*? —preguntó Tessa con curiosidad—. ¿El ritual puede romperse?

—Por Dios, mujer —exclamó Will—. ¿Hay alguna pregunta de la que no quieras saber la respuesta?

—No veo el problema en contárselo. —Las manos de Jem estaban dobladas encima de su bastón—. Mientras más sepa, mejor podrá disimular que planea Ascender. —Se volvió hacia Tessa—. El ritual no puede romperse salvo en algunas situaciones. Si uno de nosotros se fuera a convertir en un Submundo o en un mundano, entonces la unión sería cortada. Y por supuesto, si uno de nosotros fuera a morir, el otro sería libre. Pero no para escoger otro *parabatai*. Un solo Cazador de Sombras no puede tomar parte en el ritual más de una vez.

—Es como estar casado, ¿no es así? —dijo Tessa plácidamente— por la Iglesia Católica. Como Enrique Octavo; tuvo que crear una nueva religión únicamente para poder escapar de sus votos.

—Hasta que la muerte nos separe —sentenció Will, su mirada aún estaba en el campo que pasaba velozmente fuera de la ventana.

—Bueno, Will no tendrá que crear una nueva religión solamente para librarse de mí —añadió Jem—. Será libre muy pronto.

Will lo miró bruscamente, pero fue Tessa la que habló. —No digas eso —reprendió a Jem—. Todavía podemos encontrar una cura. No veo ninguna razón para abandonar toda esperanza.

Ella casi se echó atrás por la mirada que Will le lanzó: azul, resplandeciente, y furiosa. Jem pareció no notarlo mientras le contestaba, serenamente y sin remilgos. —No he abandonado la esperanza —dijo—. Sólo espero cosas diferentes a las que tú esperas, Tessa Gray.

Las horas pasaron después de eso, horas durante las cuales Tessa durmió, con la cabeza sostenida contra su mano, el ruido sordo de las ruedas del tren girando su camino en sus sueños. Despertó al fin con Jem sacudiéndola suavemente por los hombros, el silbido del tren resoplaba, y el guarda anunciaba en alta voz el nombre de la estación York. En una oleada de bolsos,

sombreros y maleteros, descendieron hasta la plataforma. No estaba tan concurrida como Kings Cross, y estaba cubierta por un impresionante arco de cristal y hierro, a través del cual se podía vislumbrar el cielo gris oscuro.

Las plataformas se extendían hasta donde alcanzaba la vista; Tessa, Jem, y Will estaban en el más cercano al cuerpo principal de la estación, donde los grandes relojes del ferrocarril proclamaban que eran las seis. Fueron más al norte ahora, el cielo ya había comenzado a oscurecerse con el crepúsculo.

Apenas se habían reunido debajo de uno de los relojes cuando un hombre salió de las sombras. Tessa apenas contuvo un respingo al verlo. Estaba pesadamente cubierto, llevaba puesto un sombrero negro de aspecto impermeabilizado, y botas como las de un viejo marinero. Su barba era blanca y larga, sus ojos coronados con pobladas cejas blancas. Él extendió la mano y la puso sobre el hombro de Will. —¿Nefilim? —dijo, su voz ronca y densamente acentuada—. ¿Eres tú?

—Estimado Dios —exclamó Will, poniendo su mano sobre su corazón en un gesto teatral—. Es el Antiguo Marinero quien se detuvo de uno cada tres[10].

—Ah, aquí está quien solicitó ver a Aloysius Starkweather. ¿Eres uno de los nuestros sí o no? Ah no, él no se acostó por recibirlos.

—¿Tiene una importante cita con un albatros[11]? —le preguntó Will—. No deje que lo demoremos.

—Lo que mi alocado amigo quiere decir —explicó Jem— es que somos ciertamente Cazadores de Sombras del Instituto londinense. Charlotte Branwell nos envió. ¿Y usted es…?

—Gottshall —respondió el hombre bruscamente—. Yo y mi familia hemos estado sirviéndoles a los Cazadores de Sombras del Instituto York por casi tres siglos ahora. Puedo ver a través de ese glamur, jóvenes. Excepto por ésta —añadió, y giró sus ojos a Tessa—. Si hay un glamur en la chica, es algo que nunca he visto antes.

[10] Se detuvo en uno de cada tres, de la rima del Antiguo Marinero de Coleridge.

[11] Ave marina.

—Es un mundana, una Ascendiente —respondió Jem rápidamente—. Pronto será mi esposa. —Tomó la mano de Tessa protectoramente, y la giró a fin de que Gottshall pudiese ver el anillo en su mano—. El Concejo pensó que sería beneficioso para ella ver otro Instituto además del de Londres.

—¿No le han informado al señor Starkweather nada sobre esto? —interrogó Gottshall, sus penetrantes ojos negros asomándose por debajo de borde de su sombrero.

—Depende de lo que la Señora Branwell le dijo —respondió Jem.

—Bueno, espero que ella le dijese algo, por su bien —añadió el viejo criado, levantando sus cejas—. Si existe un hombre en todo el mundo que odie más las sorpresas que Aloysius Starkweather, ah, aún no he encontrado al maldito bastardo. Le ruego su perdón, señorita.

Tessa sonrió e inclinó su cabeza, pero por dentro, su estómago revoloteaba. Miró de Jem a Will, pero ambos muchachos estaban calmados y sonrientes. Estaban acostumbrados a esta clase de subterfugio, pensó y ella no. Había actuado antes, pero nunca como ella misma, nunca llevando puesto su rostro y no el de otro. Por alguna razón, el pensar en mentir sin una falsa imagen en la cual ocultarse la aterrorizó. Sólo podía esperar que Gottshall exagerara, aunque algo (el destello en sus ojos cuando la contempló, quizás) le insinuó que no exageraba.

5
Sombras del Pasado

Traducido por Pargulin

Pero malditos seres con túnica de pesar
Asaltaron el claro reino del monarca.
¡Oh, desolémonos!, pues ningún mañana,
Se alzará sobre su suelo
Y en los dominios del rey, la gloria
Que floreció enrojecida,
No es sino una débil remembranza
En el viejo tiempo sepultada.

—Edgar Allan Poe, "El Palacio Embrujado"

Tessa apenas notó el interior de la estación, mientras seguían al sirviente de Starkweather a través del vestíbulo de entrada lleno de gente. El ajetreo y el bullicio, la gente tropezando con ella, el olor de humo de carbón y la cocción de alimentos, borraba los signos de la compañía Great Northern Railway, York y las líneas North Midland. Pronto estuvieron fuera de la estación, bajo un cielo gris que se arqueaba sobre ellos, amenazando con lluvia. Un gran hotel se alzaba contra el cielo crepuscular en un extremo de la estación; Gottshall los apresuró corriendo hacia él, donde un carruaje negro con las cuatro letras C de la Clave pintadas en la puerta esperaba cerca de la entrada. Después de subir el equipaje y trepar en el interior, partieron, el transporte dirigiéndose hacia Tanner Row para unirse al tráfico circulante.

Will estuvo en silencio la mayor parte del camino, tamborileando los dedos sobre las rodillas de sus delgados pantalones negros; sus ojos estaban azules distantes y pensativos. Fue Jem quien habló, inclinándose sobre Tessa para correr las cortinas de su lado del carruaje. Señaló elementos de interés, el cementerio, donde habían sido enterradas las víctimas de una epidemia de cólera, y las antiguas murallas grises de la ciudad que se levantaban frente a ellos, almenadas en la parte superior, como el patrón en su anillo. Una vez que atravesaron las paredes, las calles se estrecharon. Era como Londres, pensó Tessa, pero a escala reducida, e incluso las tiendas que pasaban: una carnicería,

una mercería, parecían más pequeñas. Los peatones, en su mayoría hombres que se movían rápido, con las barbillas enterradas en sus cuellos para bloquear la ligera lluvia que había empezado a caer, no estaban tan elegantemente vestidos, parecían "del campo", como los agricultores que iban a Manhattan, en ocasiones, reconocibles por el enrojecimiento de sus grandes manos, la piel dura de sus caras quemadas por el sol.

El carruaje giró desde una calle estrecha a una gran plaza; Tessa contuvo el aliento. Ante ellos se elevaba una magnífica catedral, sus torres góticas perforaban el cielo gris, como si San Sebastián lo hubiese atravesado con flechas. Una enorme torre de piedra caliza coronaba la estructura, y unos nichos a lo largo del frente del edificio contenían estatuas esculpidas, cada una diferente. —¿Es ese el Instituto? Dios mío, es mucho más grande que el de Londres…

Will echó a reír. —A veces una iglesia es sólo una iglesia, Tess.

—Esa es la catedral de York —dijo Jem—. El orgullo de la ciudad. *No es* el Instituto. El Instituto está en Goodramgate Street. —Sus palabras fueron confirmadas cuando el carruaje se apartó de la catedral, por Deangate, y al camino estrecho, empedrado de Goodramgate, donde se sacudió debajo de una pequeña puerta de hierro entre dos edificios Tudor.

Cuando emergieron al otro lado de la puerta, Tessa vio por qué se había reído Will. Lo que se levantaba delante de ellos era una iglesia bastante simpática, rodeada entre paredes y césped suave, no tenía nada de la grandeza de la catedral de York. Cuando Gottshall se dio la vuelta para abrir la puerta del carruaje y ayudar a Tessa a bajar, vio unas cuantas lápidas que se alzaban desde el césped mojado por la lluvia, como si alguien hubiera tenido la intención de iniciar un cementerio aquí y hubiera perdido el interés a la mitad del proceso.

El cielo estaba casi negro ahora, plateado aquí y allá con nubes casi transparentes por la luz estelar. Detrás de ella, las voces familiares de Jem y Will murmuraban, ante ella, las puertas de la iglesia estaban abiertas, y a través de ellas pudo ver velas encendidas. De pronto se sintió sin cuerpo, como si fuera el fantasma de Tessa, apareciéndose en este lugar extraño tan lejos de la vida que había conocido en Nueva York. Se estremeció, y no sólo por el frío.

Sintió el roce de una mano sobre su brazo, y un cálido aliento agitó su cabello. Supo quién era, sin girar. —¿Entramos, mi prometida? —dijo Jem suavemente en su oído. Podía sentir la risa en él, vibrando a través de sus huesos, comunicándosela a ella. Casi sonrió—. Vamos juntos a acariciar al león en su guarida.

Ella puso la mano a través de su brazo. Se abrieron paso por las escaleras de la iglesia. Miró hacia atrás a la parte superior, y vio a Will mirando hacia ellos, al parecer, sin prestarle atención a Gottshall mientras le daba un golpecito en el hombro, diciéndole algo al oído. Sus ojos se encontraron, pero ella apartó rápidamente la mirada; trabar miradas con Will era confuso en el mejor de los casos, y provocaba mareos en el peor.

El interior de la iglesia era pequeño y oscuro comparado con la del Instituto de Londres. Unos bancos oscurecidos por la edad corrían a lo largo de las paredes, y sobre ellos ardían lámparas de luz mágica en soportes de hierro ennegrecido.

En la parte delantera de la iglesia, frente a una verdadera cascada de velas encendidas, se encontraba un anciano vestido completamente del negro de los Cazadores de Sombras. Su pelo y barba eran gruesos y grises, destacando salvajemente alrededor de su cabeza, sus ojos color gris-negro medio ocultos bajo unas pobladas cejas, su piel con marcas de la edad. Tessa adivinó que tenía casi noventa años, pero su espalda estaba recta, con el pecho tan grueso como el tronco de un árbol.

—Eres el joven Herondale, ¿verdad? —ladró mientras Will daba un paso adelante para presentarse—. Mitad mundano, mitad galés, y los peores rasgos de ambos, he oído.

Will sonrió cortésmente. —*Diolch*[12].

Starkweather se erizó. —Lengua mestiza —murmuró, y volvió su mirada a Jem.

—James Carstairs —dijo—. Otro mocoso del Instituto. Casi había decidido decirles a todos ustedes que se fueran al infierno. Esa presuntuosa pedazo de niña, Charlotte Fairchild, endilgándomelos a todos ustedes sin ni siquiera pedir

[12] Gracias en galés.

permiso. —Tenía un poco de acento de Yorkshire igual que su criado, aunque mucho más débil—. Ninguno de esa familia ha tenido ni un poco de modales. Podía hacerlo sin su padre, y puedo hacerlo sin…

Sus ojos brillantes se posaron sobre Tessa entonces, y se detuvo bruscamente, con la boca abierta, como si hubiera recibido una bofetada en la cara en mitad de frase. Tessa miró a Jem, que se veía tan sorprendido como ella por el silencio repentino de Starkweather. Pero allí, en la pausa, estuvo Will.

—Esta es Tessa Gray, señor —dijo—. Es una chica mundana, pero es la prometida de Carstairs aquí, y una Ascendente.

—¿*Mundana*, dices? —exigió Starkweather, con los ojos muy abiertos.

—Ascendente —dijo Will, en su voz más calmada y relajante—. Ha sido una amiga fiel al Instituto de Londres, y esperamos darle pronto la bienvenida en nuestras filas.

—Una mundana —repitió el viejo, y se interrumpió con un ataque de tos—. Bueno, los tiempos han… Sí, supongo entonces… —Sus ojos saltaron a la cara de Tessa de nuevo, y se volvió hacia Gottshall, que miraba martirizado entre el equipaje—. Trae a Cedric y Andrew para ayudarte a llevar las pertenencias de nuestros huéspedes a sus habitaciones —dijo—. Y di a Ellen que instruya a Cook para poner tres nuevos lugares para la cena de esta noche. Puede que me haya olvidado de recordarle que tendríamos huéspedes.

El sirviente miró a su amo antes de asentir pareciendo aturdido; Tessa no pudo culparlo. Estaba claro que Starkweather tenía la intención de enviarlos a empacar y había cambiado de opinión en el último momento. Echó un vistazo a Jem, que parecía tan desconcertado como se sentía ella, y sólo Will, con sus ojos azules y cara tan inocente como la de un niño de coro, parecía como si no hubiera esperado nada menos.

—Bueno, vamos, entonces—dijo Starkweather bruscamente sin mirar a Tessa—. No tienen que quedarse parados allí. Síganme, y yo les mostraré sus habitaciones.

***

—Por el Ángel —dijo Will, raspando el tenedor a través del desorden color marrón en su plato—. ¿Qué *es* esta cosa?

Tessa tuvo que admitir que era difícil de decir.

Los sirvientes de Starkweather, en su mayoría hombres y mujeres doblados por la edad y un ama de llaves de cara agria, habían hecho lo que había pedido y había establecido tres nuevos lugares para la cena, que consistía en un guiso oscuro lleno de grumos servido de una cacerola de plata por una mujer con un vestido negro y gorra blanca, tan encorvada y vieja que Tessa tuvo que físicamente impedirse saltar a ayudarla. Cuando la mujer terminó, se volvió y se fue arrastrando los pies, dejando a Jem, Tessa, y Will solos en el comedor para mirarse las caras en la mesa.

Había sido preparado un lugar para Starkweather también, pero él no estaba en allí. Tessa tuvo que admitir que si fuera él, no se apresuraría a comer el estofado tampoco. Pesado con verduras sobre cocidas y carne dura, era aun menos apetecible a la vista en la penumbra del comedor. Sólo unas pocas velas iluminaban el espacio reducido: el papel mural era de color marrón oscuro, el espejo sobre la chimenea apagada, manchada y descolorida. Tessa se sentía terriblemente incómoda en su traje de noche de un rígido tafetán azul que le había prestado Jessamine y que Sophie había ensanchado, pues se había convertido en el color de un moretón a la insalubre luz.

Aun así, era un comportamiento espantosamente peculiar para un anfitrión, ser tan insistente en que se reunieran con él para la cena y luego no aparecer. Un sirviente tan frágil y viejo como la que había servido el estofado llevó a Tessa a su habitación más temprano, una gran caverna oscura llena de pesados muebles tallados. También estaba en penumbra, como si Starkweather estuviera tratando de ahorrar dinero en aceite o velas, aunque por lo que Tessa sabía, las luces mágicas no costaban nada. Tal vez simplemente le gustaba la oscuridad.

Había encontrado su cuarto frío y oscuro, y más que un poco ominoso. El pequeño fuego en la chimenea había hecho muy poco por calentar la habitación. En ambos lados de la chimenea había tallado un rayo irregular. El mismo

símbolo estaba en la jarra blanca llena de agua fresca, que Tessa había utilizado para lavarse las manos y la cara. Se había secado rápidamente, preguntándose por qué no podía recordar el símbolo del *Código*. Debía significar algo importante.

Todo en el Instituto de Londres estaba decorado con símbolos de la Clave, como el Ángel alzándose de un lago, o el enclavamiento de las cuatro letras C del Concejo, el Convenio, la Clave, y el Cónsul. Unos pesados retratos viejos estaban en todas partes, en su dormitorio, en los pasillos, el revestimiento de la escalera. Después de cambiarse a su traje de noche y escuchar el timbre de la cena, Tessa había hecho su camino por la escalera, una monstruosa jacobea tallada, sólo para hacer una pausa en el rellano parra mirar el retrato de una muchacha muy joven con el pelo largo y rubio, con un vestido de niña pasado de moda y una gran cinta sobre su pequeña cabeza.

Su rostro era delgado, pálido y enfermizo, pero le brillaban los ojos. Lo único que brillaba en este lugar oscuro, pensó Tessa.

—Adele Starkweather. —Había llegado una voz a su lado, leyendo la placa en el marco del retrato—. 1842.

Se había vuelto a mirar a Will, que estaba de pie con los pies separados, las manos detrás de la espalda, mirando el retrato con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? Parece como si no te gustara, pero lo prefiero. Ella debe ser la hija de Starkweather, no su nieta, creo.

Will había sacudido la cabeza, mirando del retrato de Tessa. —No hay duda. Este lugar está decorado como una casa de familia. Está claro que ha habido Starkweathers en el Instituto de York durante generaciones. ¿Has visto los rayos por todas partes?

Tessa asintió.

—Ese es el símbolo de la familia Starkweather. Hay tanto de los Starkweather aquí, como de la Clave. Es una mala forma de comportarse si uno posee un

lugar como éste. No puedes heredar un instituto. El director del Instituto es nombrado por el Cónsul. El lugar en sí le pertenece a la Clave.

—Los padres de Charlotte dirigían el Instituto de Londres antes que ella.

—Parte de la razón de por qué el viejo Lightwood está de un humor tan explosivo por todo el asunto —respondió Will—. Los Institutos no permanecen necesariamente en las familias. Sin embargo, el Cónsul no le habría dado a Charlotte el puesto si pensara que no era la persona adecuada para ello. Y es sólo una generación. Este… —Extendió el brazo como para abarcar los retratos, el paisaje, y al extraño y solitario Aloysius Starkweather, todo en un solo gesto —. Bueno, no es de extrañar que el viejo piense que tiene derecho a echarnos del lugar.

—Loco como un cojo, habría dicho mi tía. ¿Vamos a cenar?

En una rara muestra de gentileza, Will le había ofrecido su brazo. Tessa no lo había mirado cuando lo había tomado. Will vestido para la cena era lo bastante guapo para quitarle el aliento, y tenía la sensación de que necesitaba su ingenio con ella.

Jem ya estaba esperando en el comedor cuando llegaron, y Tessa se había ubicado a su lado a la espera de su anfitrión.

Habían establecido su lugar, su plato ya estaba llenado de estofado, incluso su copa estaba llena de vino de color rojo oscuro, pero no había rastro de él. Fue Will quien se encogió de hombros primero y comenzó a comer, aunque pronto se vio como si quisiera no haberlo hecho.

—¿Qué *es* esto? —prosiguió ahora, pinchando un objeto lamentable con el tenedor y llevándolo a nivel de los ojos—. ¿Esta... esta... *cosa*?

—¿Una pastinaca? —sugirió Jem.

—Una pastinaca del mismísimo jardín de Satanás —dijo Will. Miró a su alrededor—. No creo que haya un perro al que pudiera alimentar con esto.

—No parece haber ninguna mascota —observó Jem, que amaba a todos los animales, incluso al indignante y de mal genio Iglesia.

—Probablemente todos envenenados por las pastinacas —dijo Will.

—Oh, Dios mío —dijo Tessa con tristeza, dejando su tenedor en el plato—. Y yo tenía tanta hambre.

—Siempre hay rollos de la cena —dijo Will, apuntando a una cesta cubierta—. Aunque te advierto, son tan duros como piedras. Podrías utilizarlos para matar escarabajos negros, en caso de que cualquiera te moleste en medio de la noche.

Tessa hizo una mueca y bebió un trago de su vino. Era tan ácido como el vinagre.

Will puso su tenedor en la mesa y comenzó con alegría, en la forma de Edward Lear del *Libro del Sinsentido*:

"Había una vez una chica de Nueva York
Que se encontró hambrienta en York.
Pero el pan era como rocas,
Las pastinacas tenían forma de…"

—No puedes rimar "York" con "York" —interrumpió Tessa—. Es hacer trampa.

—Ella tiene razón, ya sabes —dijo Jem, sus delicados dedos jugando con la base de su copa de vino—. Especialmente con "tenedor"[13] siendo tan evidentemente la correcta elección…

—Buenas noches. —La sombra descomunal de Aloysius Starkweather apareció de repente en la puerta, Tessa se preguntó con un rubor de vergüenza, cuánto tiempo había estado allí.

—Sr. Herondale, Sr. Carstairs, Señorita, ah…

[13] Tenedor en inglés es fork, y rima con Nueva York.

—Gray —dijo Tessa—. Theresa Gray.

—Por supuesto. —Starkweather no presentó ninguna disculpa, simplemente se acomodó pesadamente a la cabeza de la mesa. Llevaba una caja cuadrada y plana, del tipo que los banqueros utilizaban para mantener sus papeles, que puso al lado de su plato.

Con un destello de emoción, Tessa vio que había un año marcado en ella; 1825, y aun mejor, tres conjuntos de iniciales. JTS, AES, AHM.

—Sin duda, su joven señora estará encantada de saber que he aceptado sus demandas y buscado en los archivos todo el día y la mitad de anoche, además —comenzó Starkweather, en un tono ofendido. Le tomó a Tessa un momento darse cuenta de que en este caso, "joven señora" significaba Charlotte—. Tiene suerte, ella, de que mi padre nunca tirara nada. Y el momento en que vi los periódicos, lo recordé. —Se tocó la sien—. Ochenta y nueve años, y nunca he olvidado una cosa. Dile eso al viejo Wayland cuando hable sobre buscarme un reemplazo.

—Con seguridad lo haremos, señor —dijo Jem, con sus ojos danzando.

Starkweather bebió un largo trago de su vino e hizo una mueca. —Por el Ángel, esta cosa es asquerosa. —Dejó la copa y empezó a sacar los papeles de la caja—. Lo que tenemos aquí es una aplicación de Compensaciones a favor de dos brujos. John y Anne Shade. Una pareja casada.

Ahora, aquí está lo extraño —continuó el anciano—. La aplicación fue hecha por su hijo, Axel Hollingworth Mortmain, de veintidós años de edad. Ahora, por supuesto, los brujos son estériles…

Will se movió incómodo en su asiento, sus ojos moviéndose lejos de Tessa.

—Este hijo fue adoptado —dijo Jem.

—Eso no debería ser permitido —dijo Starkweather, tomando otro trago de vino que había pronunciado como asqueroso. Sus mejillas estaban empezando a

enrojecer—. Es como darle un niño humano a los lobos para criarlo. Antes de los Acuerdos…

—Si hay alguna pista sobre su paradero —dijo Jem, con cuidado tratando de desviar la conversación de vuelta al punto—. Tenemos muy poco tiempo…

—Muy bien, muy bien —espetó Starkweather—. Hay poca información acerca de su querido Mortmain aquí. Hay más acerca de los padres. Al parecer, las sospechas cayeron sobre ellos cuando se descubrió que el brujo masculino, John Shade, estaba en posesión del Libro del Blanco. Un libro de hechizos poderoso, entenderán. Desapareció de la biblioteca del Instituto de Londres en circunstancias sospechosas en 1752. El libro se especializa en hechizos de vinculación y desvinculación, para atar el alma al cuerpo, o para desvincularla, según el caso. Resultó que el brujo estaba tratando de animar cosas. Estaba exhumando cadáveres o los compraba a estudiantes de medicina y reemplazaba las partes más dañadas con partes mecánicas. Luego, trataba de traerlos a la vida. La nigromancia, está muy en contra de la Ley. Y no teníamos los Acuerdos en esos días. Un grupo de la Enclave barrió y masacró a los brujos.

—¿Y el niño? —inquirió Will—. ¿Mortmain?

—Ningún escondite, ni un pelo de él —dijo Starkweather—. Buscamos, pero nada. Supusimos que había muerto, hasta que esto se presentó, descarado, exigiendo compensaciones. Incluso su dirección…

—¿Su *dirección*? —Will exigió. Esa información *no* había sido incluida en el libro que habían visto en el Instituto—. ¿En Londres?

—No. Aquí mismo, en Yorkshire. —Starkweather apuntó la página con un dedo arrugado. —La mansión Ravenscar. Una vieja pila enorme al norte de aquí. Está abandonada ahora, creo que desde hace décadas. Ahora que lo pienso, no puedo entender cómo pudo haberlo costeado en primer lugar. No es donde vivían los Shade.

—Aun así —dijo Jem—. Un excelente punto de partida para buscar. Si ha sido abandonado desde su tenencia, puede haber cosas que haya dejado atrás. De hecho, es muy posible que todavía utilice el lugar.

—Supongo. —Starkweather sonó poco entusiasta sobre el tema—. La mayoría de las pertenencias de los Shade fueron tomadas como botín.

—Botín —se hizo eco Tessa débilmente. Recordaba el término del *Código*.

Cualquier cosa que un Cazador de Sombras tomara de un Submundo que había sido atrapado quebrantando la Ley, le pertenecía al cazador. Esos eran los botines de guerra. Ella miró a través de la mesa a Jem y Will; los ojos dulces de Jem descansaban sobre ella con preocupación, los embrujados ojos azules de Will guardando todos sus secretos. ¿Realmente ella pertenecía a una raza de criaturas que estaba en guerra con lo que eran Jem y Will?

—Botín —retumbó Starkweather. Había terminado su vino y comenzado con el vaso intacto de Will—. ¿Son de tu interés, niña? Tenemos aquí una buena colección en el Instituto. Deja la colección de Londres en vergüenza, o eso me han dicho. —Se puso de pie, casi derribando su silla—. Vengan conmigo, se los mostraré, y les contaré el resto de esta triste historia, aunque no hay mucho más que eso.

Tessa miró rápidamente a Will y Jem por una señal, pero ya estaban de pie, siguiendo al viejo fuera de la habitación. Starkweather hablaba mientras caminaba, su voz a la deriva por encima de su hombro, haciendo que ellos se apresuraran para igualar sus largas zancadas.

—Nunca pensé mucho sobre este negocio de Compensaciones —dijo al pasar por otro oscuro pasillo de piedra interminablemente largo—. Hace arrogantes a los Submundos, pensando que tienen derecho a obtener algo de nosotros. Todo el trabajo que hacemos y nada de gracias, sólo extienden las manos por más, más, más. ¿No lo creen así, señores?

—Bastardos, todos ellos —dijo Will, que parecía como si su mente estuviera a miles de kilómetros de distancia. Jem lo miró de reojo.

—¡Absolutamente! —Starkweather ladró, claramente satisfecho—. No es que uno deba usar tal lenguaje frente a una dama, por supuesto. Como iba diciendo, este Mortmain estaba protestando por la muerte de Anne Shade, la esposa del

brujo, dijo que ella no había tenido nada que ver con los proyectos de su marido, que no sabía acerca de ellos, afirmó. Su muerte no era merecida. Quería un juicio para los culpables de lo que él llamaba su “asesinato,” y las pertenencias de sus padres de vuelta.

—¿Estaba el Libro del Blanco entre lo que él pedía? —preguntó Jem—. Sé que es un crimen que un brujo posea tal volumen...

—Lo estaba. Se recuperó y fue ubicado en la biblioteca del Instituto de Londres, donde, sin duda, sigue estando todavía. Ciertamente, nadie se lo va a dar a *él*.

Tessa hizo un rápido cálculo mental en su cabeza. Si él tenía ochenta y nueve años, Starkweather habría tenido veintiséis en el momento de la muerte de los Shade.

—¿Estaba usted allí?

Sus ojos inyectados en sangre bailaron sobre ella, se dio cuenta de que incluso ahora, un poco borracho, no parecía querer mirarla demasiado directamente.

—¿Estaba dónde?

—Usted dijo que un grupo de la Enclave fue enviado para hacer frente a los Shade. ¿Estaba usted entre ellos?

Vaciló, y luego se encogió de hombros. —Sí —dijo él, con su acento de Yorkshire haciéndose más fuerte por un momento—. A Dinna le tomó mucho tiempo atraparlos. No estaban preparados. Ni un poco. Los recuerdo yaciendo sobre su sangre. Fue la primera vez que vi brujos muertos, me sorprendió que sangraran de color rojo. Habría jurado que sería de otro color, azul o verde o algo así. —Él se encogió de hombros—. Les quitamos sus capas, como pieles de tigre. Me dieron la custodia de ellas, o más bien, a mi padre. Gloria, gloria. Aquellos eran los días. —Sonrió como una calavera, y Tessa pensó en la cámara de Barba Azul, donde guardaba los restos de las esposas que había matado. Se sentía a la vez muy cálida y muy fría por todas partes.

—Mortmain nunca tuvo ninguna oportunidad —dijo ella en voz baja—. Presentando esa denuncia como lo hizo. Nunca iba a conseguir su compensación.

—¡Por supuesto que no! —ladró Starkweather—. Basura, todo ello, alegando que la esposa no estaba involucrada. ¿Qué mujer no está hasta el cuello en el negocio de su marido? Además, ni siquiera era su hijo de sangre, no podría haberlo sido. Probablemente era más como una mascota para ellos que cualquier otra cosa. Apostaría a que el padre lo habría utilizado para piezas de repuesto, si llegaba a esa situación. Él estaba mejor sin ellos. Tendría que haber estado agradeciéndonos, no pidiendo un juicio…

El anciano se interrumpió cuando llegó a una pesada puerta al final del corredor y puso el hombro sobre ella, sonriéndoles por debajo de sus pobladas cejas. —¿Han estado alguna vez en el Palacio de Cristal? Bueno, esto es aún mejor.

Abrió la puerta con el hombro, la luz brilló a su alrededor a medida que pasaban a la habitación contigua. Estaba claro que era la única habitación bien iluminada en el lugar.

El cuarto estaba lleno de armarios con frente de vidrio, y sobre cada gabinete había montada una lámpara de luz mágica, iluminando el contenido en su interior. Tessa vio tensarse la espalda de Will, y Jem llegó hasta ella, su mano apretándole el brazo con un apretón casi doloroso.

—No… —comenzó, pero la había empujado hacia adelante, y estaba mirando el contenido de los armarios.

Botín. Un relicario de oro, abierto con un daguerrotipo de un niño riendo. El relicario estaba salpicado con sangre seca. Detrás de ella, Starkweather estaba hablando de cómo sacar balas de plata de los cuerpos de los hombres lobos recién muertos y fundirlas para reutilizarlas. Había un plato de esas balas, de hecho, en uno de los armarios, llenando un recipiente manchado de sangre. Juegos de colmillos de vampiro, filas y filas de ellos.

Lo que parecía trozos de gasa o alguna delicada tela, estaba presionado bajo el cristal. Sólo con un examen más detallado, Tessa se dio cuenta de que eran alas de hadas. Un duende, como el que ella había visto con Jessamine en Hyde Park, flotando con los ojos abiertos en una gran jarra llena de líquido conservante. Y los restos de los brujos. Manos en garras momificadas, como las de la Sra. Black. Un cráneo desnudo, completamente falto de carne, de aspecto humano salvo que tenía colmillos en lugar de dientes. Viales con sangre de aspecto lodoso. Starkweather estaba hablando de la cantidad de partes de brujo, especialmente partes "marcadas," que se podían vender en el mercado Submundo. Tessa se sintió mareada y caliente, con los ojos ardiendo.

Se dio la vuelta, le temblaban las manos.

Jem y Will estaban de pie, mirando a Starkweather con expresiones de horror mudo, el viejo estaba levantando otro trofeo de caza; una cabeza de aspecto humano montada en un soporte. La piel se había arrugado y encanecido, presionándose contra los huesos. Unos cuernos en espiral sobresalían de la parte superior de su cráneo.

—Obtuve esto de un brujo que maté por Leeds —dijo—. No se imaginan la lucha que opuso…

La voz de Starkweather se alejó y Tessa se sintió repentinamente libre y flotando. La oscuridad se precipitó, y luego había brazos a su alrededor, y la voz de Jem.

Las palabras flotaban sobre ella en trozos irregulares. —Mi prometida, nunca antes había visto un botín; no puede soportar la sangre; es muy delicada…

Tessa quería pelear para liberarse de Jem, quería correr hacia Starkweather y golpear al anciano, pero sabía que arruinaría todo si lo hacía. Cerró los ojos con fuerza y apretó la cara contra el pecho de Jem, respirando. Olía a jabón y a sándalo.

Luego hubo otras manos sobre ella, alejándola de Jem. Las sirvientas de Starkweather. Oyó a Starkweather diciéndoles que la llevaran arriba y la ayudaran a acostarse. Abrió los ojos para ver la cara preocupada de Jem

mientras la veía irse, hasta que la puerta de la habitación del botín se cerró entre ellos.

Le tomó a Tessa mucho tiempo conciliar el sueño esa noche, y cuando lo hizo, tuvo una pesadilla. En el sueño estaba esposada a la cama de bronce en la casa de las Hermanas Oscuras...

La luz como fina sopa gris se filtraba por las ventanas. Se abrió la puerta y la Sra. Dark entró, seguida por su hermana, que no tenía cabeza, sólo el hueso blanco de su columna que sobresalía de su cuello cortado irregularmente.

—Aquí está, la bonita, bonita princesa —dijo la Sra. Dark, aplaudiendo.

—Sólo piensa en lo que vamos a obtener por todas sus partes. Cien por cada una de sus pequeñas manos blancas, y mil por sus ojos. Obtendríamos más si fueran azules, por supuesto, pero no se puede tener todo.

Ella se rió entre dientes, y la cama empezó a girar mientras Tessa gritaba y golpeaba en la oscuridad. Rostros aparecieron por encima de ella: Mortmain, sus rasgos estrechos y arrugados por la diversión. —Y dicen que el valor de una buena mujer está muy por encima de los rubíes —dijo—. ¿Qué tal el valor de un brujo?

—Ponla en una jaula, digo yo, y deja que la gente la mire por unos centavos —dijo Nate, y de repente los barrotes de una jaula se elevaron a su alrededor y él se reía de ella desde el otro lado, su linda cara torcida con desprecio. Henry también estaba allí, sacudiendo la cabeza.

—He tomado todas sus partes —dijo—. Y no puedo ver lo que hace que lata su corazón. Aun así, es bastante curioso, ¿no? —Abrió la mano, y había algo de color rojo y carnoso en su palma, pulsando y contrayéndose como un pez fuera del agua, faltándole el aire.

—Ve cómo se divide en dos partes iguales…

—Tess —dijo una voz, con urgencia, en su oído—. Tess, estás soñando. Despierta. Despierta.

Había manos sobre sus hombros, moviéndola, sus ojos se abrieron, y estaba jadeando en su gris y horrible habitación en penumbras del Instituto de York. Las sábanas estaban enredadas a su alrededor, y el camisón pegado a su espalda por el sudor. Su piel se sentía como si estuviera ardiendo.

Seguía viendo a las Hermanas Oscuras, vio a Nate que se reía de ella, Henry diseccionando su corazón.

—¿Fue un sueño? —dijo—. Se sentía tan real, tan absolutamente real—. Se interrumpió—. Will —susurró. Todavía llevaba su ropa de la cena, a pesar de que estaban arrugadas, su pelo negro enredado, como si se hubiera quedado dormido sin cambiarse de ropa. Sus manos permanecieron sobre sus hombros, calentando su piel fría a través de la tela de su camisón.

—¿Qué soñaste? —dijo. Su tono era tranquilo y normal, como si no hubiera nada extraño en que él la despertara y encontrar que estaba sentado en el borde de su cama.

Ella se estremeció ante el recuerdo.

—Soñé que estaba siendo desarmada; que se estaban poniendo en muestra pedazos de mí para que los Cazadores de Sombras se rieran…

—Tess. —Él le acarició el pelo con suavidad, poniendo sus enredados rizos detrás de las orejas. Se sentía atraída hacia él, como limaduras de hierro a un imán.

Su brazos dolían por estar a su alrededor, su cabeza por descansar en el hueco de su hombro.

—Dios maldiga a ese diablo Starkweather por mostrarte esas cosas, pero debes saber que ya no es así. Los Acuerdos han prohibido el botín. Fue sólo un sueño.

Pero no, pensó. *Éste* es el sueño.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, la luz gris de la habitación hacía brillar sus ojos de un azul casi irreal, como los de un gato. Cuando soltó un suspiro tembloroso, sus pulmones se sintieron llenos del olor de él: Will, sal, trenes, humo, lluvia, y se preguntó si él había estado fuera, caminando por las calles de York como lo hacía en Londres.

—¿Dónde has estado? —susurró—. Hueles como la noche.

—Fuera, buscando rastros. Como de costumbre. —Le tocó la mejilla con los dedos cálidos y duros—. ¿Puedes dormir ahora? Debemos salir mañana temprano. Starkweather nos prestará su carruaje para que podamos investigar en la mansión Ravenscar. Tú, por supuesto, eres bienvenida a quedarte aquí. No es necesario que nos acompañes.

Ella se estremeció. —¿Quedarme aquí sin ustedes? ¿En este lugar tan grande y sombrío? Preferiría no hacerlo.

—Tess. —Su voz nunca fue tan amable—. Esa debe haber sido una horrible pesadilla, para dejarte así. Por lo general, no tienes miedo de muchas cosas.

—Fue horrible. Incluso Henry estaba en mi sueño. Estaba desarmando mi corazón como si fuera mecánico.

—Bueno, eso lo arregla —dijo Will—. Pura fantasía. Como si Henry fuera un peligro para alguien, sólo para sí mismo. —Cuando ella no sonrió, añadió, fieramente: —Yo nunca dejaría que nadie tocara un pelo de tu cabeza. ¿Lo sabes, verdad Tess?

Sus miradas se encontraron. Pensó en la ola que parecía atraparla cada vez que estaba cerca de Will, cómo se sentía atraída fuertemente hacia él, por fuerzas que parecían fuera de su control; en el ático, en la azotea del Instituto.

Como si él sintiera la misma fuerza, se inclinó hacia ella. Se sentía natural, tan correcto como respirar, el levantar la cabeza, para encontrar sus labios con los suyos. Ella sintió la suave exhalación de él contra su boca, aliviada, como si un gran peso hubiera sido quitado de sus hombros. Sus manos se elevaron para tomar su cara. A pesar de que sus ojos se cerraron, oyó su voz en la cabeza, de

nuevo, inesperadamente: *No hay futuro para un Cazador de Sombras que pierde el tiempo con brujos.*

Volvió el rostro rápidamente, y sus labios rozaron su mejilla en vez de su boca. Se echó hacia atrás, y vio sus ojos azules abiertos, sorprendidos y heridos. —No —dijo—. No, no lo sé, Will. —Ella bajó su voz. —Lo dejaste muy claro —dijo— qué tipo de uso tienes para mí. Crees que soy un juguete para tus diversiones. No deberías haber venido aquí, no es correcto.

Dejó caer las manos. —Tú gritaste…

—No por ti.

Se quedó en silencio a excepción de su respiración entrecortada.

—¿Te arrepientes de lo que me dijiste esa noche en el tejado, Will? ¿La noche del funeral de Thomas y Agatha? —Era la primera vez que cualquiera de ellos se había referido al incidente, desde que había sucedido—. ¿Me puedes decir que no decías en serio lo que dijiste?

Inclinó la cabeza, el cabello le cayó hacia delante, ocultando su rostro. Apretó sus manos en puños a los costados parar no acercarlas a él y empujarlo hacia atrás.

—No —dijo, muy bajo—. No, que el Ángel me perdone, pero no puedo decir eso.

Tessa se retiró, volviendo la cara. —Por favor vete, Will.

—Tessa…

—Por favor.

Hubo un largo silencio. Se levantó entonces, la cama crujiendo debajo de él cuando se movió. Ella oyó sus suaves pasos en el piso, y luego la puerta de la habitación cerrándose tras él. Como si el sonido hubiera roto un trozo de cuerda que le sujetaba en posición vertical, volvió a caer sobre las almohadas. Se quedó

mirando el techo por mucho tiempo, luchando en vano contra las preguntas que se agolpaban en su mente; ¿qué pretendía Will, yendo a su habitación así? ¿Por qué había demostrado dulzura cuando ella sabía que él la despreciaba? ¿Y por qué, aunque sabía que él era la peor cosa en el mundo para ella, enviarlo lejos parecía un error tan terrible?

***

La mañana siguiente amaneció inesperadamente azul y hermosa, un bálsamo para el dolor de cabeza y el cuerpo agotado de Tessa. Después de arrastrarse desde la cama, donde había pasado casi toda la noche dando vueltas, se vistió, incapaz de soportar la idea de la ayuda de una de las viejas sirvientas medio ciegas. Mientras abrochaba los botones de su chaqueta, se vio a sí misma en el viejo y manchado espejo de la habitación. Había medias lunas de sombra bajo sus ojos, como si hubieran sido pintadas allí con tiza.

Will y Jem se habían reunido en la sala para un desayuno de tostadas a medio quemar, té suave, mermelada y sin mantequilla. Para el momento en que Tessa llegó, Jem ya había comido, y Will estaba ocupado cortando sus tostadas en tiras finas y formando pictogramas groseros con ellas.

—¿Qué se supone que *es* eso? —preguntó Jem con curiosidad—. Parece casi como un… —Miró hacia arriba, vio a Tessa, y se interrumpió con una sonrisa—. Buenos días.

—Buenos días. —Ella se deslizó en el asiento al otro lado de Will, él la miró una vez cuando se sentó, pero no había nada en sus ojos o expresión para indicar que recordara que algo había pasado entre ellos la noche anterior.

Jem la miró con preocupación. —Tessa, ¿cómo te sientes? Después de la noche anterior —se interrumpió luego, alzando la voz—. Buenos días, Sr. Starkweather —dijo rápidamente, empujando el hombro de Will con tanta fuerza que él dejó caer el tenedor, y los trozos de tostadas se desparramaron sobre su plato.

El Sr. Starkweather, que se había arrastrado a la sala, todavía envuelto en el manto oscuro que había llevado la noche anterior, lo miró torvamente.

—El carruaje les está esperando en el patio —dijo, su dicción recortada tan firme como siempre—. Es mejor que corten un palo si desean volver antes de la cena, voy a necesitar el coche esta noche. Le he dicho a Gottshall que les deje directamente en la estación para su regreso, no hay necesidad de que se queden. Confío en que hayan conseguido todo lo que necesitan.

No era una pregunta. Jem asintió con la cabeza. —Sí, señor. Usted ha sido muy amable.

Los ojos de Starkweather barrieron a Tessa de nuevo, una última vez, antes de que se volviera y saliera de la habitación, con su capa ondeando detrás de él. Tessa no pudo sacar la imagen de un gran pájaro negro (un buitre, tal vez), de su mente. Pensó en las cajas de trofeos llenas de "botines," y se estremeció.

—Come rápido, Tessa, antes de que cambie de opinión sobre el transporte —le aconsejó Will, pero Tessa negó con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Por lo menos toma algo de té. —Will lo sirvió para ella, le agregó leche y azúcar, aunque estaba mucho más dulce de lo que a Tessa le hubiera gustado, pero era tan raro que Will tuviera un gesto como ese, incluso si sólo era para apresurarla; se lo bebió de todos modos, y comió unos cuantos bocados de pan tostado. Los muchachos fueron por los abrigos y equipaje; la capa de viaje de Tessa, su sombrero y guantes puestos, y pronto se encontraron en la escalinata del Instituto de York, parpadeando a la luz del sol acuoso.

Starkweather había sido tan bueno como su palabra. Su carruaje estaba allí, esperándolos, las cuatro *C* de la Clave pintadas a través de la puerta. El viejo cochero con larga barba y pelo blanco ya estaba en el asiento del conductor, fumando un cigarrillo. Lo echó a un lado cuando los vio, y se hundió más en su asiento, sus ojos negros mirando por debajo de sus caídos párpados.

—Por todos los demonios, es el antiguo marinero de nuevo —dijo Will, aunque parecía más entretenido que cualquier otra cosa. Saltó hasta en el carruaje y ayudó a Tessa detrás de él, Jem subió último, cerrando la puerta

detrás de él y asomándose a la ventana para decir al cochero que partiera. Tessa, sentándose al lado de Will en el estrecho asiento, sintió sus hombros rozarse, y él inmediatamente se tensó, y se apartó, mordiéndose el labio. Era como si la noche anterior no hubiese sucedido y él volviera a comportarse como si ella fuera veneno.

El carruaje comenzó a moverse de un tirón que casi arrojó a Tessa sobre Will de nuevo, pero se apoyó contra la ventana y se quedó dónde estaba. Los tres permanecieron en silencio mientras el carruaje rodaba por la estrecha y empedrada Stonegate Street, bajo un amplio cartel publicitando el Old Star Inn. Tanto Jem como Will estaban en silencio, Will reviviendo sólo para decirle con un regocijo morboso que estaban pasando por las antiguas murallas, en la entrada de la ciudad donde una vez las cabezas de los traidores habían sido exhibidas en estacas. Tessa hizo una mueca, pero no dio respuesta.

Una vez que pasaron las murallas, la ciudad rápidamente dio paso a la campiña. El paisaje no era suave, sino duro e imponente. Había colinas verdes salpicadas de gris tojo seguían hacia riscos de piedra oscura. Largas filas de muros de piedra sin mortero, destinados a mantener al ganado ovino, recorrían el verde, aquí y allá había solitarias casas de campo. El cielo parecía una interminable extensión de azul, pintado con pinceladas de largas nubes grises.

Tessa no habría podido decir cuánto tiempo habían estado viajando cuando las chimeneas de piedra de una gran casa señorial aparecieron en la distancia.

Jem sacó la cabeza por la ventana y avisó al conductor, el carruaje se detuvo.

—Pero no estamos ahí todavía —dijo Tessa, perpleja—. Si eso es la mansión Ravenscar…

—No podemos llegar hasta la puerta principal, sé sensible, Tess —dijo Will mientras Jem saltaba del carruaje y llegaba para ayudar a Tessa a bajar. Sus botas chapotearon en el suelo húmedo y fangoso cuando bajó, Will bajó ligeramente a su lado.

—Tenemos que echar un vistazo al lugar. Utilizar el dispositivo de Henry para registrar presencias demoníacas. Asegurarnos de que no estamos cayendo en una trampa.

—¿El dispositivo de Henry en realidad *funciona*?

Tessa levantó su falda para mantenerla lejos del barro mientras los tres comenzaban a avanzar por el camino. Mirando hacia atrás, vio que el cochero al parecer ya estaba dormido, recostado en el asiento del conductor con el sombrero inclinado hacia adelante sobre su rostro. A su alrededor, el campo era un mosaico de colinas grises y verdes que se elevan marcadamente, sus lados enfrentados con exquisito gris, alimento para ovejas, y aquí y allá, bosquetes de árboles retorcidos, entrelazados. Había una belleza severa en todo, pero Tessa se estremeció ante la idea de vivir aquí, tan lejos de cualquier cosa.

Jem, al verla estremecerse, le dio una sonrisa de lado. —Muchacha citadina.

Tessa se echó a reír. —*Estaba* pensando en lo extraño que sería crecer en un lugar como este, tan lejos de cualquier pueblo.

—Donde yo crecí no era tan diferente a esto —dijo Will inesperadamente, sorprendiendo a los dos—. No es tan solitario como piensas. En el campo, puedes estar segura, las personas se visitan mucho los unos a los otros. Sólo tienen una mayor distancia que recorrer de lo que sería en Londres. Y una vez que llegan, a menudo tienen una larga estancia. Después de todo, ¿para qué hacer el viaje para quedarse sólo una noche o dos? A menudo tuvimos huéspedes que se quedaban durante semanas.

Tessa miró desorbitada a Will de forma silenciosa. Era tan raro que alguna vez se refiriera a cualquier cosa con respecto a su vida anterior que a veces pensaba en él como alguien sin pasado en absoluto. Jem parecía estar haciendo lo mismo, aunque se recuperó primero.

—Comparto la opinión de Tessa. Nunca he vivido en otra cosa que una ciudad. No sé cómo podría dormir por la noche, sin saber que estoy rodeado por miles de otras almas soñando.

—Y suciedad por todas partes, y todo el mundo respirando sobre el cuello de los demás —respondió Will—. Cuando llegué por primera vez a Londres, me cansé muy pronto de estar rodeado de tanta gente que sólo con gran dificultad, me abstuve de aprovechar la desgracia de quien se cruzara en mi camino y cometer actos violentos contra su persona.

—Algunos podrían decir que mantienes ese problema —dijo Tessa, pero Will simplemente se rió, un sonido de diversión corto y casi sorprendido y luego se detuvo, mirando hacia delante a la mansión Ravenscar.

Jem silbó mientras Tessa se daba cuenta de por qué antes sólo había sido capaz de ver la parte superior de las chimeneas. La mansión estaba construida en el centro de un declive profundo entre tres colinas, sus lados oblicuos se levantaban sobre él, sostenido como si estuviera en la palma de una mano. Tessa, Jem, y Will se ubicaron en el borde de una de las colinas, mirando hacia abajo a la mansión. El edificio en sí era muy grande, una gran pila de piedra gris que daba la impresión de que había estado allí durante siglos. Un gran disco circular se curvaba frente a las puertas enormes.

Nada en el lugar insinuaba abandono o mal estado, no había malas hierbas creciendo sobre el camino que conducía a las dependencias de piedra, no faltaban vidrios en las ventanas.

—Alguien está viviendo aquí —dijo Jem, haciéndose eco de los pensamientos de Tessa. Comenzó a la bajar la colina. La hierba aquí era más larga, llegando casi hasta la cintura—. Tal vez si…

Se interrumpió cuando el traqueteo de ruedas se hizo audible, por un momento, Tessa pensó que el conductor del carruaje había venido detrás de ellos, pero no, este era un tipo diferente de carruaje, un coche de aspecto robusto que dobló hacia la puerta y comenzó a rodar hacia la mansión. Jem se agachó de inmediato en la hierba, y Will y Tessa cayeron a su lado.

Vieron que el carruaje se detuvo ante la casa, y el conductor dio un salto hacia abajo para abrir la puerta del coche.

Una joven salió, de catorce o quince años, supuso Tessa, no tenía la edad

suficiente para llevar el pelo recogido, ya que se movía a su alrededor como una cortina de seda negra. Llevaba un vestido azul, sencillo pero elegante. Asintió con la cabeza al conductor, y luego, cuando empezó a subir la escalera señorial, hizo una pausa, y miró hacia donde Jem, Will, y Tessa estaba agachados, casi como si los viera, aunque Tessa estaba segura de que estaban bien ocultos por la hierba.

La distancia era demasiado grande para que Tessa distinguiera sus rasgos, en realidad, sólo el pálido óvalo de su cara por debajo del pelo oscuro. Estaba a punto de preguntar a Jem si tenía un telescopio con él, cuando Will hizo un ruido, un ruido que jamás había escuchado a nadie hacer antes, un grito enfermo, terrible, como si un golpe le hubiese sacado todo el aire de los pulmones.

Pero no fue sólo un grito de asombro, se dio cuenta. Era una palabra, y no sólo una palabra, un nombre, y no sólo un nombre, era un nombre que ella le había oído decir antes.

—*Cecily.*

6

Sellado en Silencio

Traducido por Kar

El corazón humano tiene tesoros ocultos,
Mantenidos en secreto, sellados en silencio;
Los pensamientos, las esperanzas, los sueños, los placeres,
que si se revelaran, sus encantos se romperían.

—Charlotte Brontë, "Consuelo Vespertino"

La puerta de la gran casa se abrió; la chica desapareció en su interior. El carruaje traqueteó rodeando la casa solariega hacia la cochera mientras Will se ponía en pie, tambaleándose. Se había puesto de un enfermizo color gris, como las cenizas de un fuego apagado.

—Cecily —dijo otra vez. Su voz denotaba asombro, y horror.

—¿Quién demonios es Cecily? —Tessa se incorporó hasta ponerse de pie, sacudiendo la hierba y los cardos de su vestido—. Will…

Jem ya estaba al lado de Will, con la mano en el hombro de su amigo. —Will, debes hablar con nosotros. Luces como si hubieses visto un fantasma.

Will arrastró un largo suspiro. —Cecily…

—Sí, ya has dicho eso —dijo Tessa. Oyó la severidad en su propia voz, y la suavizó con un esfuerzo. Era cruel hablarle así a alguien tan obviamente consternado, incluso si insistía en quedarse mirando a la nada y murmurando "Cecily" a intervalos.

Apenas importaba; Will parecía no haberla oído. —Mi hermana —dijo—. Cecily. Ella tenía… Cristo, ella tenía nueve años cuando me fui.

—Tu hermana —dijo Jem y Tessa sintió que algo apretado se soltaba alrededor de su corazón, y se maldijo interiormente por ello. ¿Qué importaba si Cecily era la hermana de Will o alguien de quien estaba enamorado? No tenía nada que ver con ella.

Will comenzó a bajar la colina, sin buscar un camino, sólo vagando a ciegas por entre los brezos y tojos. Después de un rato, Jem fue tras él, agarrándolo por la manga. —Will, no…

Will trató de zafar su brazo. —Si Cecily está aquí, entonces el resto de ellos, mi familia, debe estar aquí también.

Tessa se apresuró para alcanzarlos, haciendo una mueca de dolor cuando casi se torció un tobillo con una roca suelta —Pero no tiene ningún sentido que tu familia esté aquí, Will. Esta era la casa de Mortmain. Starkweather lo dijo. Estaba en los papeles…

—Yo *sé* eso —medio gritó Will.

—Cecily podría estar visitando a alguien aquí…

Will la miró incrédulo. —¿En medio de Yorkshire, sola? Y ese era nuestro carruaje. Lo reconocí. No hay otro carruaje en la cochera. No, mi familia está metida en esto de alguna forma. Han sido arrastrados a este asunto sangriento y yo… tengo que advertirles. —Comenzó a bajar la colina otra vez.

—¡Will! —gritó Jem, y fue tras él, cogiéndolo de la parte posterior de su abrigo; Will se giró y empujó a Jem, no muy fuerte; Tessa oyó a Jem decir algo sobre el hecho de que Will se estuvo reprimiendo todos estos años y sobre no desperdiciarlo ahora, y luego todo se volvió borroso: Will maldiciendo, y Jem tirándole hacia atrás, y Will deslizándose en el suelo húmedo, y ambos cayendo juntos, una maraña rodante de brazos y piernas, hasta que dieron contra una gran roca, Jem sujetando a Will contra el suelo, su codo en la garganta del otro chico.

—Suéltame. —Will lo empujó—. Tú no entiendes. *Tu* familia está muerta…

—*Will.* —Jem tomó a su amigo por la pechera y lo sacudió—. Yo *sí* entiendo. Y a menos que también quieras a tu familia muerta, me escucharás.

Will se quedó muy quieto. Con una voz ahogada, dijo: —James, no hay forma en que puedas… Yo nunca he…

—Mira. —Jem levantó la mano que no estaba agarrando la camisa de Will, y señaló—. Ahí. Mira.

Tessa miró a donde estaba apuntando… y sintió que su interior se congelaba. Estaban a casi medio camino bajando el cerro sobre la casa solariega, y ahí, sobre ellos, había un autómata, de pie como una especie de centinela en la cima de la colina. Supo inmediatamente lo que era, aunque no lo lucía como los autómatas que Mortmain había enviado contra ellos antes. Esos habían hecho un superficial intento de parecer humanos. Este era una criatura de metal alta y delgada, con largas piernas con bisagras, un torso metálico trenzado, y brazos en forma de sierra.

Estaba completamente quieto, sin moverse, de alguna forma más aterrador por su inmovilidad y silencio. Tessa ni siquiera podía decir si estaba mirándolos. Parecía estar vuelto hacia ellos, pero aunque tenía una cabeza, esa cabeza no tenía rasgos distintivos salvo por la barra oblicua que hacía de boca; unos dientes de metal brillaban en su interior. Parecía no tener ojos.

Tessa sofocó el grito que se formaba en su garganta. Era un autómata. Los había enfrentado antes. *No* gritaría. Will, estaba mirando apoyado en el codo. —Por el Ángel…

—Esa cosa nos ha estado siguiendo; estoy seguro —dijo Jem en voz baja y urgente—. Vi un destello de metal, desde el carruaje, pero no estaba seguro. Ahora lo estoy. Si te vas corriendo colina abajo, te arriesgas a conducir a esa cosa directo hacia la puerta de la casa de tu familia.

—Ya veo —dijo Will. El tono medio histérico había desaparecido de su voz—. No iré cerca de la casa. Deja que me levante.

Jem vaciló.

—Lo juro por el nombre de Raziel. —Will rechinó los dientes—. Ahora deja que me levante.

Jem se quitó y se puso de pie; Will dio un salto, empujando a Jem a un lado, y, sin dirigirle ni una mirada a Tessa se fue corriendo, no hacia la casa, sino lejos de ella, hacia la criatura mecánica en la cima. Jem lo siguió con la mirada por un momento, boquiabierto, maldijo, y se lanzó tras él.

—*¡Jem!* —gritó Tessa. Pero él ya estaba casi fuera del alcance del oído, corriendo tras Will. El autómata había desaparecido de vista. Tessa dijo una palabra impropia de una dama, se subió las faldas y se lanzó en su persecución.

No era fácil correr en subida por una húmeda colina de Yorkshire usando faldas pesadas, con zarzas arañándola mientras avanzaba. Practicar con su ropa de entrenamiento le había dado a Tessa una nueva apreciación del por qué los hombres podían moverse tan rápida y limpiamente, y podían correr tan deprisa. El material de su vestido pesaba una tonelada, los tacones de sus botas se quedaban atrapados en las rocas mientras corría, y el corsé le cortaba incómodamente la respiración.

Para el momento en que llegó a la cima, sólo tuvo tiempo para ver a Jem, muy por delante de ella, desaparecer en un oscuro bosque de árboles. Miró a su alrededor frenéticamente pero no pudo ver ni el camino ni el carruaje de los Starkweather. Con el corazón acelerado, se precipitó tras él.

El bosque era amplio, se extendía a lo largo de la colina. En el momento en que Tessa se metió entre los árboles, la luz se desvaneció; gruesas ramas de árbol se entrelazaban sobre ella bloqueando el sol. Sintiéndose como Blanca Nieves huyendo por el bosque, buscó impotente a su alrededor, cualquier signo que indicara por dónde se habían ido los chicos: ramas quebradas, hojas pisoteadas, y captó un brillo de luz en metal mientras el autómata surgía del espacio oscuro entre dos árboles y se abalanzaba sobre ella.

Gritó, alejándose de un salto, y pronto tropezó con sus faldas. Se fue hacia atrás, golpeándose dolorosamente con la tierra lodosa. La criatura extendió uno de sus largos brazos de insecto hacia ella. Rodó hacia un costado y el brazo de

metal se deslizó en la tierra a su lado. Había una rama de árbol caída cerca de ella; sus dedos la buscaron, se cerraron a su alrededor, y la levantaron justo cuando el otro brazo de la criatura se balanceaba en su dirección. Ella arrastró la rama entre ellos, concentrándose en las lecciones sobre esquivar y bloquear que le había dado Gabriel.

Pero era solamente una rama. El brazo de metal del autómata la cortó por la mitad. El final de su brazo se abrió de golpe en una garra con múltiples dedos de metal y se inclinó a por su garganta. Antes de que pudiera tocarla, Tessa sintió una violenta agitación contra su clavícula. Su ángel. Yacía congelada cuando la criatura tiró de su garra hacia atrás, uno de sus "dedos" supurando líquido negro. Un momento después, dio un gemido agudo y colapsó hacia atrás, con un río de más líquido negro brotando del agujero que había sido cortado limpiamente en su pecho.

Tessa se sentó y se quedó mirando.

Will estaba de pie con una espada en las manos, su empuñadura embadurnada de negro. Llevaba la cabeza descubierta, su cabello grueso y oscuro estaba revuelto y enredado con hojas y restos de hierba. Jem estaba de pie a su lado, con una piedra de luz mágica ardiendo entre sus dedos. Mientras Tessa observaba, Will lo acuchilló con la espada de nuevo, cortando al autómata casi por la mitad. Éste se desplomó en el suelo embarrado. Sus interiores eran feos, horriblemente similares a un biológico enredo de tubos y cables.

Jem levantó la vista. Su mirada se encontró con la de Tessa. Sus ojos eran tan plateados como espejos. Will, a pesar de haberla salvado, no parecía notar que ella estaba ahí en absoluto; echó su pie hacia atrás y le dio una patada salvaje en un costado a la criatura metálica. Su bota sonó contra el metal.

—Dinos —dijo él tras sus dientes apretados—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué nos estás siguiendo?

La boca como una línea afilada del autómata se abrió. Su voz cuando habló sonó como el zumbido y rechinar de una máquina defectuosa. —*Yo… soy… una… advertencia… del Maestro.*

—¿Una advertencia para quién? ¿Para la familia en la mansión? ¡Dime! —Will lucía como si fuera a patear a la criatura de nuevo; Jem puso una mano sobre su hombro.

—No siente dolor, Will —dijo en voz baja—. Y dice que tiene un mensaje. Deja que lo entregue.

—*Una advertencia… para ti, Will Herondale… y para todos los Nefilim…* —La voz quebrada de la criatura recitó—: *El Maestro dice… que debes cesar tu investigación. El pasado… es el pasado. Deja a Mortmain enterrado, o tu familia pagará el precio. No te atrevas a acercarte o advertirles. Si lo haces, ellos serán destruidos.*

Jem estaba mirando a Will; Will aún estaba pálido como la ceniza, pero sus mejillas estaban encendidas por la rabia. —¿Cómo trajo Mortmain a mi familia aquí? ¿Los amenazó? ¿Qué ha hecho?

La criatura zumbó y chirrió, luego comenzó a hablar otra vez. —*Soy… una... advertencia…de…*

Will gruñó como un animal y lo cortó brutalmente con la espada. Tessa recordó a Jessamine, en Hyde Park, haciendo trizas a una criatura de las hadas con su delicada sombrilla. Will cortó al autómata hasta que fue poco más que tiras de metal; Jem lo detuvo finalmente, agarrando con los brazos a su amigo y empujándolo con fuerza hacia atrás.

—Will —dijo—. Will, suficiente. —Miró hacia arriba, y los otros dos siguieron su mirada. En la distancia, a través de los árboles, otras figuras se movían, más autómatas como aquél—. Debemos irnos —dijo Jem—. Si queremos llevárnoslos de aquí, lejos de tu familia, debemos irnos.

Will vaciló.

—Will, tú sabes que no puedes acercarte a ellos —dijo Jem con desesperación—. Aparte de cualquier otra cosa, es la Ley. Si les ponemos en peligro, la Clave no se moverá para ayudarlos de ninguna forma. Ellos ya no son Cazadores de Sombras. *Will*.

Lentamente, Will bajó su brazo a un costado. Se puso de pie, con uno de los brazos de Jem aún rodeando sus hombros, mirando hacia la pila de chatarra a sus pies. Líquido negro goteaba del filo de la espada que colgaba de su mano, y quemaba la hierba de abajo.

Tessa exhaló. No se había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta ese momento. Will debía haberla oído, porque levantó su cabeza y su mirada se encontró con la de ella al otro lado del claro. Algo en ésta la hizo apartar la mirada. Tenía una agonía tan cruda que era difícil de mirar.

* * *

Al final escondieron los restos del autómata destruido tan rápidamente como les fue posible, enterrándolos en la suave tierra bajo un tronco podrido. Tessa ayudó lo mejor que pudo, obstaculizada por sus faldas. Para cuando terminaron, sus manos estaban tan negras con suciedad como estaban las de Will y Jem.

Ninguno de ellos habló; trabajaron en un extraño silencio. Cuando hubieron terminado, Will se abrió camino fuera de la arboleda, guiado por la runa de piedra de luz mágica de Jem. Emergieron del bosque cerca del camino, donde esperaba el carruaje de Starkweather. Gottshall estaba dormitando en el asiento del conductor como si solo hubiesen pasado unos cuantos momentos desde que llegaron.

Si sus apariencias (inmundos, manchados con barro, y con hojas atrapadas en su cabello) sorprendieron en algo al viejo, no lo demostró, ni siquiera les preguntó si habían encontrado lo que habían venido a buscar. Sólo gruñó un hola y esperó a que se montaran en el carro antes de hacerles una seña a los caballos con un chasquido de su lengua para que dieran la vuelta y empezaran el largo viaje de regreso a York.

Las cortinas en el interior del carruaje estaban corridas hacia atrás; el cielo estaba cargado de nubes negruzcas, presionándose contra el horizonte.

—Va a llover —dijo Jem, apartándose el húmedo cabello plateado de los ojos.

Will no dijo nada. Estaba mirando hacia fuera por la ventana. Sus ojos eran del color del océano Ártico en la noche.

—Cecily —dijo Tessa, en una voz mucho más amable que la que estaba acostumbrada a usar con Will en esos días. Él lucía tan miserable… tan sombrío y duro como los páramos por los que estaban pasando—. Tu hermana… ella se parece a ti.

Will permaneció en silencio. Tessa, sentada junto a Jem en el duro asiento, tembló un poco. Sus ropas estaban húmedas por la tierra mojada y las ramas, y el interior del carruaje era frío. Jem se agachó y, encontrando una manta algo harapienta, la extendió sobre ambos. Ella podía sentir el calor que irradiaba el cuerpo de él, como si estuviera afiebrado, y luchó contra la urgencia de acercarse a él para entrar en calor.

—¿Tienes frío, Will? —preguntó ella, pero él solo sacudió la cabeza, sus ojos aún mirando, sin ver, el campo por el que pasaban. Ella miró a Jem con desesperación.

Jem habló, su voz directa y clara —Will —dijo—. Pensé… pensé que tu hermana estaba muerta.

Will arrastró su mirada desde la ventana y los miró a ambos. Cuando sonrió, fue horrible. —Mi hermana *está* muerta —dijo.

Y eso fue todo lo que dijo. Recorrieron todo el resto del camino de regreso a York en silencio.

Habiendo dormido apenas la noche anterior, Tessa entraba y salía de un sopor intermitente que duró hasta que llegaron a la estación de trenes de York. En una niebla descendió del carro y siguió a los otros a la plataforma de Londres; estaban retrasados para tomar el tren, y casi lo pierden. Jem sostuvo la puerta abierta para ella, para ella y para Will, mientras ambos tropezaban escaleras arriba y entraban en el compartimiento después de él. Después, ella recordaría la forma en que lucía, sosteniendo la puerta, sin sombrero, llamándolos a ambos, y recordaría el mirar por la ventana del tren mientras se

alejaba, viendo a Gottshall de pie en la plataforma mirándolos con sus inquietantes ojos oscuros y su sombrero calado. Todo lo demás estaba borroso.

No hubo conversación esta vez mientras el tren recorría su camino a través del campo cada vez más oscurecido por las nubes, solamente silencio. Tessa descansó su barbilla en la palma de su mano, apoyando su cabeza contra el duro vidrio de la ventana. Las colinas verdes volaron al pasar, y también ciudades pequeñas y villas, cada una con su propia estación pequeña y limpia, el nombre de ésta recogido en una señal roja y dorada. Las agujas de las iglesias se elevaban a la distancia; las ciudades crecían y desaparecían, y Tessa estaba consciente de que Jem le susurraba a Will, en latín, eso creía: *"Me specta, me specta,"*[14] y Will no respondía. Después, fue consciente de que Jem había dejado el compartimento, y miró a Will al otro lado del pequeño espacio oscurecido entre ellos. El sol había comenzado a bajar, y le daba un color rosado a su piel, contrastando la mirada en blanco de sus ojos.

—Will —dijo ella suavemente, adormilada—. Anoche… —*Fuiste bueno conmigo,* iba a decir. *Gracias.*

La miraba de sus ojos azules la atravesó. —No hubo anoche —dijo él entre dientes.

Ante eso, ella se sentó derecha, casi despierta. —Oh, ¿en serio? ¿Simplemente fuimos directo desde una tarde hasta la mañana siguiente? Cuán raro es que nadie más lo haya comentado. Debería pensar que fue alguna clase de milagro, un día sin noche…

—No me pongas a prueba, Tessa. —Las manos de Will estaban cerradas con fuerza sobre sus rodillas, sus uñas, con medias lunas de mugre bajo ellas, se hundían en la tela de sus pantalones.

—Tu hermana está viva —dijo, sabiendo perfectamente que estaba provocándolo—. ¿No deberías estar contento?

Él palideció. —*Tessa…* —comenzó, y se inclinó hacia delante como si quisiera hacer algo que ella ignoraba, golpear la ventana y romperla, sacudirla por los

[14] Mírame, mírame.

hombros, o abrazarla como si nunca quisiera dejarla ir, era todo un gran misterio con él, ¿no? Entonces la puerta del compartimento se abrió y entró Jem que llevaba un paño húmedo.

Miró de Will a Tessa y elevó sus cejas plateadas. —Un milagro —dijo—. Lo has hecho hablar.

—Solo gritarme, en realidad —dijo Tessa—. Nada de pan y pescado[15].

Will había vuelto a mirar por la ventana, y no miró a ninguno de los dos mientras hablaban.

—Es un comienzo —dijo Jem, y se sentó al lado de ella—. Aquí. Dame tus manos.

Sorprendida, Tessa extendió sus manos hacia el y se aterrorizó. Estaban inmundas, las uñas rotas y resquebrajadas y gruesas con medias lunas de mugre donde había arañado la tierra de Yorkshire. Había incluso un rasguño con sangre atravesando sus nudillos, aunque no se recordaba habérselo hecho.

No eran las manos de una dama. Pensó en las perfectas uñas rosas y blancas de Jessamine. —Jessie estaría horrorizada —dijo tristemente—. Me habría dicho que tenía manos de mujer de limpieza.

—Y, por favor dime, ¿qué hay de deshonroso en ello? —dijo Jem mientras suavemente limpiaba la suciedad de sus rasguños—. Te vi persiguiéndonos, y a esa criatura autómata. Si Jessamine no sabe ahora que hay honor en la sangre y la suciedad, nunca lo comprenderá.

El paño frío se sentía bien en sus dedos. Miró a Jem, quien estaba concentrado en su tarea, sus pestañas eran una franja de plata. —Gracias —dijo ella—. Dudo que fuera de alguna ayuda, y probablemente fui un obstáculo, pero gracias de todos modos.

Él le sonrió, el sol estaba saliendo de detrás de las nubes. —Para eso te estamos entrenando, ¿no?

---

[15] Es una broma basada en un milagro que llevo a cabo Jesús según la Biblia en el que alimentó a toda la comunidad solo con cinco panes y dos pescados, y aún así todos quedaron satisfechos.

Ella bajó la voz. —¿Tienes alguna idea de lo que pudo haber pasado? ¿Por qué la familia de Will estaría viviendo en la casa que alguna vez fue de Mortmain?

Jem miró hacia Will, quien aún estaba mirando amargamente por la ventana. Habían entrado a Londres, y los edificios grises estaban comenzando a elevarse a su alrededor por todos lados. La mirada que Jem le dio a Will fue una algo cariñosa y cansada, una mirada familiar, y Tessa se dio cuenta de que, aun cuando los había imaginado como hermanos, siempre había imaginado a Will como el mayor, el protector, y a Jem como el más joven, y la realidad era mucho más complicada que eso.

—No lo sé —dijo—. Aunque me hace pensar que este juego al que está jugando Mortmain es uno de los largos. De alguna forma sabía exactamente donde nos llevarían nuestras investigaciones, y arregló que este "encuentro" nos conmocionara tanto como fuera posible. Él desea que recordemos quién es el que tiene el poder.

Tessa se estremeció. —No sé lo que quiere de mí, Jem —dijo en voz baja—. Cuando me dijo que él me hizo, fue como si estuviera diciendo que podía deshacerme igual de fácil.

El brazo cálido de Jem tocó el de ella. —No puedes ser deshecha —dijo muy suavemente—. Y Mortmain te subestima. Vi como usaste esa rama contra el autómata…

—No fue suficiente. Si no hubiese sido por mi ángel… —Tessa tocó el colgante en su garganta—. El autómata lo tocó y retrocedió. Otro misterio que no entiendo. Me protegió antes, y de nuevo esta vez, pero en otras situaciones yace inactivo. Es un misterio tal como mi talento.

—El que, afortunadamente, no necesitaste usar para Cambiar y transformarte en Starkweather. Parecía bastante feliz de simplemente darnos los archivos de las Sombras.

—Gracias a Dios —dijo Tessa—. No me lo esperaba. Parecía un hombre tan desagradable y amargado. Pero si alguna vez resulta ser necesario… —Sacó

algo de su bolsillo y lo extendió, algo que brillaba en la tenue luz del carruaje—. Un botón —dijo con aire de suficiencia—. Se cayó de la manga de su chaqueta esta mañana y yo lo recogí.

Jem sonrió. —Muy inteligente, Tessa. Sabía que nos alegraríamos de haberte traído con nosotros…

Se interrumpió con una tos. Tessa lo miró alarmada, e incluso Will se despertó de su silencioso abatimiento, girando para mirar a Jem, estrechando los ojos. Jem tosió de nuevo, su mano presionó su boca, pero cuando la quitó, no había sangre visible. Tessa vio cómo se relajaban los hombros de Will.

—Sólo algo de polvo en mi garganta —les aseguró Jem. No lucía enfermo, sino cansado, aunque su cansancio solamente servía para resaltar la delicadeza de sus rasgos. Su belleza no ardía como la de Will en fieros colores y fuego reprimido, pero tenía su propia perfección muda, el encanto de la nieve que cae contra un cielo gris plateado.

—¡Tu anillo! —ella se puso de pie de repente cuando recordó que aún estaba usándolo. Puso el botón de vuelta en su bolsillo, y luego se inclinó para quitar el anillo Carstairs de su mano—. Había querido devolvértelo antes —dijo, depositando la argolla plateada en la palma de su mano—. Me olvidé…

Él envolvió con sus dedos los de ella. A pesar de sus ideas de nieve y cielos grises, su mano era sorprendentemente cálida—. Está bien —dijo en voz baja— me gusta como luce en ti.

Sintió que sus mejillas se acaloraban. Antes de que pudiera responder, el silbato del tren sonó. Las voces gritaron que estaban en Londres, en la estación de King Cross. El tren comenzó a bajar la velocidad al tiempo que la plataforma aparecía a la vista. El alboroto de la estación aumentó hasta saturar los oídos de Tessa, junto con el sonido del frenado del tren. Jem dijo algo, pero sus palabras se perdieron en el ruido; sonó como una advertencia, pero Will ya estaba de pie, su mano fue a alcanzar el pestillo de la puerta del compartimento. La abrió de golpe, saltó afuera y bajó. Si no fuera un Cazador de Sombras, pensó Tessa, hubiera caído, y terriblemente, pero como lo era, simplemente aterrizó con suavidad en sus pies y comenzó a correr, haciéndose camino entre el

hacinamiento de los porteros, los viajeros, la nobleza viajando al norte por el fin de semana con sus enormes camiones y perros de casa atados con correas, los chicos del periódico, carteristas y vendedores ambulantes y todo el resto del tráfico humano de la gran estación.

Jem se puso de pie, alcanzando la puerta con la mano, pero se volvió y miró a Tessa, y ella vio una expresión cruzar su rostro, una expresión que decía que se había dado cuenta de que si él corría tras Will, ella no podría seguirlos. Con otra larga mirada hacia ella, cerró y trabó la puerta y se hundió en el asiento opuesto al de ella mientras el tren se detenía.

—Pero Will… —comenzó ella.

—Él estará bien —dijo Jem con convicción—. Tú sabes como es. A veces solamente quiere estar solo. Y dudo que desee tomar parte en el recuento de las experiencias de hoy con Charlotte y los otros. —Cuando ella no apartó sus ojos de los suyos, repitió suavemente: —Will puede cuidarse a sí mismo, Tessa.

Ella pensó en la triste mirada en los ojos de Will cuando le había hablado, más marcada que los páramos de Yorkshire que acababan de dejar atrás. Esperó que Jem tuviera razón.

7
La Maldición

Traducido por nahirr

La maldición de un huérfano arrastraría al infierno
A un espíritu desde lo alto;
Pero ¡oh!, más horrible que eso
¡Es la maldición en el ojo de un hombre muerto!
Siete días, siete noches, vi esa maldición,
Y sin embargo no podía morir.

—Samuel Taylor Coleridge, "La rima del Antiguo Marinero"

Magnus oyó el sonido de la puerta delantera abriéndose y el siguiente estrépito de las fuertes voces, y pensó inmediatamente en Will. Y luego le dio gracia haber pensado en él. El chico Cazador de Sombras se estaba convirtiendo en algo como un pariente molesto, pensó, mientras doblaba una página del libro que estaba leyendo (*Diálogos de Lucian de los Dioses*). Camille se pondría furiosa porque estaba manoseando su volumen, alguien del que conoces bien sus hábitos, pero no los puedes cambiar. Alguien cuya presencia podrías reconocer por el sonido de sus botas en el corredor. Alguien que se sentía libre de discutir con el criado, cuando se le había dado órdenes de decirles a todos que no estabas en casa.

La puerta del salón se abrió de golpe, y Will se paró en el umbral, viéndose mitad triunfante y mitad desgraciado, una hazaña.

—*Sabía* que estabas aquí —anunció, mientras Magnus se erguía en el sofá, balanceando sus botas en el suelo—. Ahora, ¿le dirás a este… a este murciélago sobrevestido que deje de rondar sobre mis hombros? —Señaló a Archer, el subyugado de Camille y el criado temporal de Magnus; que estaba, de hecho, acechando al costado de Will. Su rostro reflejaba una mirada de desaprobación, pero de todos modos siempre lucía así. —Dile que quieres verme.

Magnus puso su libro en la mesa junto a él. —Pero tal vez no quiero verte —dijo razonablemente—. Le dije a Archer que no dejara pasar a nadie, no que no dejara pasar a nadie excepto tú.

—Me amenazó —dijo Archer con su voz no del todo humana—. Le diré a mi señora.

—Tú haz eso —dijo Will, pero sus ojos estaban puestos en Magnus, azules y ansiosos—. Por favor. *Tengo* que hablar contigo.

Al diablo el niño, pensó Magnus. Después de un agotador día eliminando un hechizo bloqueador de memoria a un miembro de la familia Penhallow, sólo quería descansar. Ya había dejado de prestar atención para escuchar los pasos de Camille en el corredor, o de esperar un mensaje, pero todavía prefería esta habitación sobre otras… esta habitación, donde el toque personal de ella parecía aferrarse a las rosas espinosas del empapelado, al suave perfume que salía de las cortinas. Había estado anhelando pasar la noche sentado junto al fuego; con un vaso de vino, un libro y quedarse estrictamente solo.

Pero ahora ahí estaba Will Herondale, con una expresión entre el dolor y la desesperación, queriendo la ayuda de Magnus. Realmente iba a tener que hacer algo sobre este compasivo impulso de ayudar a los desesperados, pensó Magnus. Eso y su debilidad por los ojos azules.

—Muy bien —dijo con un suspiro de mártir—. Puedes quedarte y hablar conmigo. Pero te advierto, no voy a contactar a un demonio. No antes de haber cenado. A menos que hayas obtenido alguna clase de prueba...

—No. —Will entró con entusiasmo a la habitación, cerrando la puerta en la cara de Archer. La rodeó y le echó llave, por si acaso, y luego se acercó al fuego. Hacía mucho frío. Lo poco que se veía por la ventana, que no estaba tapado por las cortinas, mostraba un atardecer oscuro en la plaza, hojas volando con un traqueteo sobre el pavimento por un fuerte viento. Will se quitó los guantes, los puso sobre la repisa de la chimenea y estiró las manos hacia las llamas—. No quiero que contactes a un demonio.

—Ah. —Magnus puso sus botas sobre la pequeña mesa de palo rosa en frente del sofá, otro gesto que hubiera enfurecido a Camille de haber estado allí—. Esa es una buena noticia, supongo...

—Quiero que me envíes al reino de los demonios.

Magnus se ahogó. —¿Quieres que haga qué?

El perfil de Will era negro contra el fuego parpadeante. —Crea un portal al mundo de los demonios y envíame a través de él. Puedes hacer eso, ¿no?

—Eso es magia negra —dijo Magnus—. No es nicromacia, pero...

—Nadie necesita saber.

—En serio. —El tono de Magnus era ácido—. Estas cosas tienen un modo de salir. Y si la Clave descubre que mandé a uno de los suyos, el más prometedor, a que lo destrocen demonios en otra dimensión...

—La Clave no me considera prometedor. —La voz de Will era fría—. Yo no soy prometedor. No soy nada, ni nunca lo voy a ser. No sin tu ayuda.

—Estoy empezando a preguntarme si has sido enviado a ponerme a prueba, Will Herondale.

Will soltó un pequeño grito de risa. —¿Por Dios?

—Por la Clave. Que bien podría ser Dios. Tal vez simplemente tratan de averiguar si estoy dispuesto a romper la Ley.

Will se dio vuelta y lo miró fijamente. —Voy mortalmente en serio —dijo—. Esto no es algún tipo de prueba. No puedo seguir así, invocando demonios al azar, nunca el correcto, interminable esperanza, interminable decepción. Cada día amanece más negro, y la perderé para siempre si tú...

—¿*Perderla*? —La mente de Magnus se fijó en la palabra, se sentó con la espalda recta, entrecerrando los ojos—. Esto es sobre Tessa. Sabía que lo era.

Will se ruborizó, un poco de color en toda la palidez de su rostro. —No sólo ella.

—Pero la amas.

Will se lo quedó mirando. —Por supuesto que la amo —dijo finalmente—. Había llegado a pensar que nunca amaría nadie, pero la amo.

—¿Se supone que esta maldición te quitaría tu capacidad para amar? Porque esa es la tontería más grande si alguna vez he oído una. Jem es tu *parabatai*. Te he visto con él. Lo amas, ¿no?

—Jem es mi gran pecado —dijo Will—. No me hables de él.

—Que no te hable de Jem. Que no te hable de Tessa. Quieres que abra un portal al mundo de los demonios para ti, ¿y no vas a hablar conmigo o decirme por qué? No lo haré, Will. —Magnus cruzó lo brazos sobre su pecho.

Will puso una mano sobre la chimenea. Estaba muy tranquilo, las llamas mostrando su perfil, su perfil hermoso y claro, la gracia de sus largas y delgadas manos. —Vi a mi familia hoy —dijo, luego se corrigió rápidamente—. A mi hermana. Vi a mi hermana menor. Cecily. Sabía que vivían, pero nunca pensé que los volvería ver. No pueden estar cerca de mí.

—¿Por qué? —dijo Magnus con su voz suave; sintió que estaba al borde de algo, algún tipo de descubrimiento con este extraño, exasperante, dañado y destruido chico—. ¿Qué hicieron ellos que fue tan terrible?

—¿Qué *hiciero*n? —Will levantó la voz—. ¿Qué *hicieron*? Nada. Soy yo. Yo soy veneno. Veneno para ellos. Veneno para todo aquel que me ama.

—Will...

—Te mentí —dijo, volviéndose de pronto lejos del fuego.

—Sorprendente —murmuró Magnus, pero Will se había ido, a sus recuerdos, que quizás era lo mejor. Había comenzado a pasearse, raspando sus botas contra la hermosa alfombra persa de Camille.

—Sabes lo que te he dicho. Estaba en la biblioteca en la casa de mis padres en Gales. Era un día lluvioso; estaba aburrido, mirando las cosas viejas de mi padre. Él había guardado un par de cosas de su antigua vida como Cazador de Sombras, cosas a las que no había querido renunciar, por sentimientos, quizás. Una vieja estela, aunque yo no sabía lo que era en ese momento, y una pequeña caja gravada en un cajón falso en su escritorio. Supongo que él asumió que sería suficiente para mantenernos fuera, pero nada es suficiente para mantener alejado a niños curiosos. Por supuesto que lo primero que hice cuando encontré la caja fue abrirla. Una niebla salió de ella en una explosión, formándose casi al instante en un demonio viviente. En el momento en que vi a la criatura comencé a gritar. Sólo tenía doce años, nunca había visto algo así: enorme, mortífero, todos sus dientes afilados y con cola de púas, y yo no tenía nada. Sin armas. Cuando rugió caí en la alfombra. La cosa se movía sobre mí, silbando. Luego, mi hermana irrumpió en la habitación.

—¿Cecily?

—No, Ella, mi hermana mayor, tenía algo resplandeciente en la mano. Ahora sé lo que era, una espada serafín; no tenía idea entonces. Grité para que ella saliera, pero se puso entre la criatura y yo. No tenía ningún miedo, mi hermana. Nunca lo tuvo. No tenía miedo de subir al árbol más alto, de montar el caballo más salvaje, y no tuvo ningún miedo ahí, en la biblioteca. Le dijo a la cosa que se fuera. Eso se estaba moviendo como un insecto grande y feo. Ella dijo "Te destierro." Luego eso se echó a reír.

Por supuesto que lo hizo. Magnus sintió un extraño y conmovedor sentimiento de piedad y simpatía por la niña, criada sin saber nada acerca de los demonios, cómo se convocan o se destierran, y sin embargo, parada allí sin importarle.

—Se rió, y la golpeó con su cola, tirándola al suelo. Luego fijó sus ojos en mí. Eran completamente rojos, sin nada de blanco. Dijo: "Es a tu padre a quién debería destruir, pero como él no está aquí, tú tendrás que servir." Yo estaba tan sorprendido, todo lo que podía hacer era mirar. Ella estaba arrastrándose sobre la alfombra, buscando la espada serafín que se había caído. "Te maldigo," dijo la criatura. "Todo aquel que te ame, morirá. Su amor será su destrucción. Puede tomar instantes, puede tomar años, pero cualquiera que te mire con amor morirá por él, a menos que te alejes de ellos para siempre. Comenzaré con *ella*." Gruñó en dirección a Ella, y desapareció.

Magnus estaba fascinado, a pesar de sí mismo. —¿Y cayó muerta?

—No. —Will todavía se estaba paseando. Se quitó la chaqueta y la colgó sobre una silla. Su negro cabello bien largo había empezado a rizarse con el calor de su cuerpo, combinado con el calor del fuego; se le había pegado al cuello—. Salió ilesa. Me tomó en sus brazos, y *me* consoló. Me dijo que las palabras de los demonios no significaban nada. Admitió que había leído algunos de los libros prohibidos de la biblioteca, y que así fue como supo que era una espada serafín y cómo usarla, y que la cosa que había abierto se llamaba Pyxis, pero no podía imaginar por qué mi padre habría guardado una. Me hizo prometer que no tocaría nada de las cosas de mis padres a menos que ella estuviera ahí, y luego me llevó a la cama, se sentó leyendo mientras me quedé dormido. Yo estaba agotado por la sorpresa de todo, creo. Recuerdo haber escuchado susurrarle a mi madre, algo acerca cómo había caído enfermo mientras ellos habían salido, alguna clase de fiebre infantil. Para ese momento, yo había comenzado a disfrutar el alboroto que se estaba haciendo sobre mí, y

el demonio había empezado a parecer un recuerdo más emocionante. Recuerdo haber planeado cómo decirle a Cecily sobre eso, sin admitir, por supuesto, que Ella me había salvado mientras yo había gritado como un niño...

—*Eras* un niño —señaló Magnus.

—Ya tenía la edad suficiente —dijo Will—. Edad suficiente para saber qué significaba cuando la mañana siguiente me despertó el aullido de dolor de mi madre. Estaba en la habitación de Ella, y Ella estaba muerta en su cama. Hicieron todo lo posible por mantenerme afuera, pero vi lo que necesitaba ver. Ella estaba hinchada, de un color negro verdoso, como si algo la hubiera podrido desde adentro. Ya no se parecía a mi hermana. No parecía *humana*. Sabía lo que había pasado, incluso si ellos no. "*Todo aquel que te ame morirá. Y comenzaré con ella*." Era mi maldición funcionando. Sabía que tenía que alejarme de ellos, de mi familia, antes de que trajera el mismo horror sobre ellos. Me fui esa misma noche, siguiendo los caminos hacia Londres.

Magnus abrió la boca, luego la cerró de nuevo. Por primera vez, no sabía qué decir.

—Así que, ya ves —dijo Will—, mi maldición difícilmente puede ser llamada una tontería. La vi funcionar, y desde ese día me he esforzado por estar seguro de que lo que le pasó a Ella no le pase a nadie más en mi vida. ¿Puedes imaginarlo? ¿Puedes? —Se pasó las manos por su pelo negro, dejando que las hebras enredadas volvieran a caer sobre sus ojos—. Nunca dejar que nadie se te acerque. Hacer que todos, que tal vez de otra forma te hubieran amado, te odien. Dejé mi familia para alejarme de ellos, para que ellos quizás me olviden. Cada día debo mostrar crueldad a aquellos con los que he elegido vivir, para que no sientan demasiado afecto hacia mí.

—Tessa... —La mente de Magnus se llenó de repente de la cara seria de ojos grises que había mirado a Will como si fuera un nuevo sol amaneciendo sobre el horizonte. —¿Crees que ella no te ama?

—No lo creo. He sido bastante malo con ella. —La voz de Will era de tristeza, miseria y odio a sí mismo, todos combinados—. Creo que hubo un momento en el que casi... creí que ella había muerto, ya ves, y le mostré... dejé que viera lo que sentía. Creo que ella hubiera regresado mis sentimientos después de eso. Pero la aplasté, tan brutalmente como pude. Imagino que simplemente me odia ahora.

—Y Jem —dijo Magnus, temiendo la respuesta, sabiéndola.

—Jem se está muriendo de todos modos —dijo Will con voz ahogada—. Jem es lo que me he permitido. Me digo a mí mismo que si muere, no es mi culpa. Se está muriendo de todas formas, y dolorosamente. Al menos la muerte de Ella fue rápida. Tal vez a través de mí, él puede conseguir una buena muerte. —Miró hacia arriba miserablemente, encontrándose con los ojos acusadores de Magnus—. Nadie puede vivir sin nada —susurró—. Jem es todo lo que tengo.

—Tendrías que haberle dicho —dijo Magnus—. El habría elegido ser tu *parabatai* de todas formas, aun conociendo los riesgos.

—¡No podía hacerle cargar con ese conocimiento! Él habría guardado el secreto si se lo pedía, pero lo lastimaría saberlo... y el dolor que le causé a otros lo lastimaría aún más. Incluso si le dijera a Charlotte, para que le dijera a Henry y al resto, que mi comportamiento es una farsa... que cada cosa cruel que he dicho es una mentira, que deambulo por las calles sólo para dar la impresión de que he estado afuera bebiendo y en busca de prostitutas, cuando en realidad no tengo ningún deseo de hacer algo de eso... entonces habría dejado de alejarlos.

—¿Así que nunca le dijiste a nadie sobre esta maldición? ¿Nadie más que a mí, desde que tenías doce años?

—No podía —dijo Will—. ¿Cómo podía estar seguro que no se sentirían apegados a mí, una vez que supieran la verdad? Una historia como ésta podría generar compasión, la compasión podría convertirse en apego, y entonces...

Magnus levantó las cejas. —¿Y no estás preocupado por mí?

—¿De que tal vez me ames? —Will sonaba genuinamente sorprendido—. No, porque tu odias a los Nefilim, ¿cierto? Y además, me imagino que los brujos tienen formas de protegerse de emociones no deseadas. Pero para aquellos como Charlotte, como Henry; si ellos supieran que el personaje que les presenté es falso, si conocieran mi verdadero corazón... se podrían preocupar por mí.

—Y entonces morirían —dijo Magnus.

***

Charlotte levantó la cara de sus manos poco a poco. —¿No tienen la menos idea de dónde está? —preguntó por tercera vez—. ¿Will simplemente se... fue?

—Charlotte. —La voz de Jem era tranquilizadora. Estaban en el salón, con su papel tapiz de flores y vides. Sophie estaba junto al fuego, usando el atizador para provocar más llamas sobre el carbón. Henry estaba sentado detrás del escritorio, manipulando una serie de instrumentos de cobre; Jessamine estaba en la tumbona y Charlotte estaba en un sillón junto al fuego. Tessa y Jem estaban sentados un tanto decorosamente lado a lado en el sofá, lo que particularmente hacía sentir a Tessa como una invitada. Estaba llena por los sándwiches que Bridget había traído en una bandeja, y el calor del té calentaba lentamente sus entrañas—. No es como si fuera inusual. ¿Cuándo hemos sabido a dónde va Will en la noche?

—Pero esto es diferente. Él vio a su familia, o a su hermana por lo menos. Oh, pobre Will. —La voz de Charlotte tembló con ansiedad—. Había pensado que quizás, finalmente había empezado a olvidarse de ellos.

—Nadie se olvida de su familia —dijo Jessamine bruscamente. Estaba sentada en la tumbona con un caballete de acuarelas y papeles apoyados ante ella; recientemente había tomado la decisión de que había rezagado en la búsqueda de artes de doncella, y había comenzado a pintar, cortar siluetas, presionar flores y tocar el clavecín en la sala de música, aunque Will dijo que su voz para el canto le hacía pensar en Iglesia cuando estaba de un humor particularmente reclamante.

—Bueno, por supuesto que no —dijo Charlotte a toda prisa—, pero tal vez no vivir con el recuerdo constante, como una especie de peso terrible sobre ti.

—Como si supiéramos qué hacer con Will si no tuviera sus insensateces todos los días —dijo Jessamine—. De todos modos, no pudo haberse preocupado mucho por su familia en primer lugar o no los habría dejado.

Tessa soltó un grito ahogado. —¿Cómo puedes decir eso? No sabes por qué se fue. Tú no viste su cara en la mansión Ravenscar…

—La mansión Ravenscar. —Charlotte estaba mirando ciegamente a la chimenea—. De todos los lugares a los que pensé que irían...

—Basura —dijo Jessamine, mirando con enojo a Tessa—. Por lo menos su familia está con vida. Además, apuesto a que no estaba triste en absoluto, apuesto a que estaba fingiendo. Siempre lo está.

Tessa miró a Jem por apoyo, pero él estaba mirando a Charlotte, y su mirada era dura como una moneda de plata. —¿Qué quieres decir con —dijo—, de todos los lugares a los que pensaste que irían? ¿Sabías que la familia de Will se había mudado?

Charlotte comenzó suspirando. —Jem...

—Es importante, Charlotte.

Charlotte miró la lata que había sobre la mesa, que contenía su bebida de limón favorita. —Después de que los padres de Will vinieron a verlos, cuando él tenía doce y los envió lejos… le rogué que hablara con ellos, sólo por un momento, pero él no quiso. Traté de hacerle entender que si se iban, entonces él no podría volver a verlos, y yo no podría darle noticias suyas. El tomó mi mano y dijo “Por favor sólo prométeme que me dirás si mueren, Charlotte. Prométemelo.” —Ella miró hacia abajo, con sus dedos haciendo nudos con la tela de su vestido—. Fue una petición muy extraña hecha por un niño pequeño. Tu… tuve que decir que sí.

—¿Así que has estado mirando por el bienestar de la familia de Will? —preguntó Jem.

—Contraté a Ragnor Fell para hacerlo —dijo Charlotte—. Por los primeros tres años. El cuarto año vino a decirme que los Herondale se habían mudado. Edmund Herondale, el padre de Will, había perdido su casa apostando. Eso fue todo lo que Ragnor fue capaz de recoger. Los Herondale habían sido forzados a mudarse. No pudo encontrar ningún otro rastro de ellos.

—¿Alguna vez se lo dijiste a Will? —dijo Tessa.

—No. —Charlotte sacudió la cabeza. —Me había hecho prometerle decirle si morían, eso fue todo. ¿Por qué agregar a su infelicidad el conocimiento de que habían perdido su casa? Nunca los mencionó. Yo había mantenido la esperanza de que pudiera haber olvidado...

—Él nunca olvidó. —Había una fuerza en las palabras de Jem que detuvo el movimiento nervioso de los dedos de Charlotte.

—No debería haberlo hecho —dijo Charlotte—. Nunca debería haber hecho esa promesa. Era una violación a la Ley...

—Cuando Will realmente quiere algo —dijo Jem en voz baja—, cuando siente algo, puede romper tu corazón.

Se hizo silencio. Los labios de Charlotte estaban apretados, sus ojos sospechosamente brillantes. —¿Dijo algo sobre a dónde iba cuando se fue de Kings Cross?

—No —dijo Tessa—. Llegamos y él sólo se levantó y se evaporó... lo siento, se levantó y corrió —se corrigió a si misma, sus miradas en blanco alertándola del hecho de que estaba usando jerga americana.

—Se levantó y se evaporó —dijo Jem—. Me gusta. Lo hace sonar como si hubiera dejado una nube de polvo tras él. No dijo nada, no, sólo se abrió paso a codazos entre la multitud y se fue. Casi derribando a Cyril que venía por nosotros.

—Nada de esto tiene sentido —se quejó Charlotte—. ¿Por qué la familia de Will habría de vivir en una casa que pertenecía a Mortmain? ¿En Yorkshire, de todos los lugares? Esto no es a dónde creí que nos llevaría este camino. Buscamos a Mortmain y encontramos a los Shade; lo buscamos otra vez y encontramos la familia de Will. Nos rodea, como el ouroboros maldito que es su símbolo.

—Hiciste que Ragnor Fell mirara antes por la familia de Will—dijo Jem—. ¿Puedes hacerlo otra vez? Si de alguna manera Mortmain está relacionado con ellos... por cualquier razón...

—Sí, sí, por supuesto —dijo Charlotte—. Le escribiré de inmediato.

—Hay algo que no entiendo —dijo Tessa—. La demanda de compensaciones fue presentada en 1825, y la edad del demandante fue listada como veintidós. Si tenía veintidós entonces, tendría setenta y cinco ahora, y no se ve tan viejo. Tal vez unos cuarenta...

—Hay formas —dijo Charlotte lentamente— para los mundanos que se meten en la magia oscura, de prolongar sus vidas. Justo el tipo de hechizo que, por cierto, uno puede encontrar en el Libro del Blanco. La cual es la razón que

la posesión del libro por cualquier otro que no sea la Clave, es considerado un crimen.

—Todos esos negocios del periódico de que Mortmain heredó una compañía marítima de su padre —dijo Jem—. ¿No creen que usó el truco de los vampiros?

—¿El truco de los vampiros? —se hizo eco Tessa, tratando de recordar en vano tal cosa del *Código*.

—Es una forma que los vampiros tienen para conservar su dinero con el tiempo —dijo Charlotte—. Cuando han estado demasiado tiempo en un lugar, tiempo suficiente para que la gente haya empezado a notar que no envejecen, fingen su propia muerte y dejan su herencia a un hijo o sobrino perdido hace mucho tiempo. Y ¡voila!, el sobrino se presenta, con un extraño parecido a su padre o tío, pero ahí está y se lleva el dinero. Y siguen así a veces durante generaciones. Mortmain pudo fácilmente haberse dejado la compañía a sí mismo para disfrazar el hecho de que no estaba envejeciendo.

—Así que fingió ser su propio hijo —dijo Tessa—. Lo que también pudo haberle dado una razón de ser visto cambiar la dirección de la empresa, de volver a Gran Bretaña y empezar a interesarse por los mecanismos y ese tipo de cosas.

—Y probablemente es también por qué dejó la casa en Yorkshire —dijo Henry.

—Aunque eso no explica por qué está hablando con la familia de Will —reflexionó Jem.

—O dónde está Will —añadió Tessa.

—O dónde está Mortmain —agregó Jessamine, con una especie de alegría oscura—. Sólo nueve días más, Charlotte.

Charlotte volvió a poner la cabeza en sus manos. —Tessa —dijo—, odio tener que pedirte esto, pero, después de todo, es el por qué te mandamos a Yorkshire, y no debemos dejar ninguna piedra sin mover. ¿Todavía tienes el botón del saco de Starkweather?

Sin decir palabra, Tessa tomó el botón de su bolsillo. Era redondo, de perla y plata, y se sentía extrañamente frío en su mano. —¿Quieres que me transforme en él?

—Tessa —dijo Jem rápidamente—. Si no quieres hacer esto, Charlotte, nosotros, nunca te lo pediremos.

—Lo sé —dijo Tessa—. Pero yo me ofrecí, y no faltaré a mi palabra.

—Gracias Tessa. —Charlotte parecía aliviada—. Tenemos que saber si hay algo que esconde de nosotros, si estaba mintiéndote acerca cualquier parte de este negocio. Su implicación en lo que les pasó a los Shade...

Henry frunció el ceño. —Será un día oscuro cuando no puedes confiar en tus compañeros Cazadores de Sombras, Lottie.

—Ya es un día oscuro, Henry —respondió Charlotte sin mirarlo.

***

—Entonces no me vas a ayudar —dijo Will con una voz plana. Usando magia, Magnus había hecho crecer el fuego en la chimenea. En el resplandor de las llamas saltando, el brujo podía ver más detalles de Will, su cabello oscuro rizado cerca de la nuca, sus delicados pómulos y su fuerte mandíbula, la sombra de sus pestañas. A Magnus le recordaba a alguien; el recuerdo le hacía cosquillas en el fondo de su mente, negándose a aclararse. Después de tantos años, a veces era difícil recoger recuerdos individuales, incluso de aquellos a los que había amado. Ya no podía recordar el rostro de su madre, aunque sabía que se había parecido a él, una mezcla de su abuelo holandés y su abuela de Indonesia.

—Si tu definición de “ayuda” consiste en dejarte caer en los reinos de los demonios como a una rata en una fosa llena de terriers, entonces no, no voy a ayudarte —dijo Magnus—. Esto es una locura, lo sabes. Ve a casa. Duerme la borrachera.

—No estoy borracho.

—Bien podrías estarlo. —Magnus pasó ambas manos por su grueso cabello y pensó, de repente y de manera irracional, en Camille. Y estaba encantado. Aquí en esta habitación, con Will, había estado casi dos horas sin pensar en ella en lo

absoluto. Progreso—. ¿Crees que eres la única persona que alguna vez ha perdido a alguien?

La cara de Will se retorció. —No lo hagas sonar así, como si fuera una clase común de dolor. No es así. Dicen que el tiempo cura todas las heridas, pero eso supone que el origen del dolor es finito. Terminado. Esto es una nueva herida todos los días.

—Sí —dijo Magnus, recostándose contra los almohadones—. Esa es la genialidad de las maldiciones, ¿no es verdad?

—Sería una cosa si hubiera sido maldecido para que muriera cualquiera al que ame—dijo Will—. Podría evitar amar. Evitar que otros se preocupen por mí, es un proceso extraño y agotador. —*Sonaba* exhausto, pensó Magnus, y dramático en la forma en la que sólo alguien de diecisiete años puede serlo. También puso en duda la verdad de la declaración de Will de que podría evitar amar, pero entendió por qué el chico podría querer contarle esta historia—. Tengo que representar el papel de otra persona todo el día, cada día, amargo, vicioso y cruel.

—Me gustas más de esa manera. Y no me digas que no lo disfrutas por lo menos un poco, interpretando al malvado Will Herondale.

—Dicen que lo llevamos en la sangre, ese tipo de humor amargo —dijo Will, mirando a las llamas—. Ella lo tenía. También Cecily. Nunca pensé que lo tenía hasta que me di cuenta de que lo necesitaba. He aprendido buenas lecciones de cómo ser odioso todos estos años. Pero me encuentro perdido... —Buscó las palabras—. Me siento disminuido, partes de mí yendo en espiral hacia la oscuridad, esas partes que son honestas y verdaderas... Si lo mantienes alejado de ti el tiempo suficiente, ¿lo pierdes por completo? Si nadie en el mundo se preocupa por ti en lo absoluto, ¿realmente existes?

Esto último lo dijo en voz tan baja que Magnus tuvo que esforzarse para oírlo. —¿Qué fue eso?

—Nada. Algo que leí en alguna parte una vez. —Will se volvió hacia él—. Me estarías haciendo un favor, mandándome a los reinos de los demonios. Podría encontrar lo que estoy buscando. Es mi única oportunidad... y sin esa posibilidad, mi vida no tiene valor para mí de todos modos.

—Es bastante fácil decirlo a los diecisiete años —dijo Magnus, no sin una pequeña cantidad de frialdad—. Estás enamorado y crees que es todo lo que hay en el mundo. Pero el mundo es más grande que tú, Will, y pueden llegar a necesitarte. Eres un Cazador de Sombras, sirves a una causa mayor. Tu vida no es tuya para desperdiciarla.

—Entonces nada es mío —dijo Will, y se empujó lejos de la chimenea, tambaleándose un poco como si realmente estuviera borracho—. Si ni siquiera poseo mi propia vida...

—¿Quién dijo que se nos debía felicidad? —dijo Magnus en voz baja, y en su mente vio la casa de su infancia, y a su madre irse lejos de él con miedo en sus ojos, y a su marido, que no era su padre, ardiendo—. ¿Qué pasa con lo que le debemos a los demás?

—Ya les he dado todo lo que tenía —dijo Will, alcanzando su abrigo del respaldo de la silla—. Ya han obtenido suficiente de mí, y si esto es lo que tienes que decirme, entonces tú también... brujo.

Escupió la última palabra como una maldición. Lamentando su dureza, Magnus comenzó a ponerse de pie, pero Will se abrió paso hacia la puerta. Se cerró con fuerza tras él. Momentos más tarde, Magnus lo vio pasar por la ventana del frente, luchando con su abrigo mientras caminaba, con la cabeza inclinada hacia abajo contra el viento.

***

Tessa estaba sentada delante de su tocador, envuelta en su bata y haciendo rodar el pequeño botón en la palma de la mano. Había pedido que la dejen sola para hacer lo que Charlotte le había pedido. No era la primera vez que se había transformado en un hombre; las Hermanas Oscuras la habían forzado a hacerlo, más de una vez, y aunque era una sensación peculiar, no era lo que alimentaba su renuencia. Era la oscuridad que había visto en los ojos de Starkweather, el ligero brillo de locura en su voz cuando habló de los botines que había tomado. No era una mente con la que quería familiarizarse.

No tenía que hacerlo, pensó. Podía salir y decirles que había tratado pero no había funcionado. Pero sabía que aunque el pensamiento pasara por su cabeza, no podía hacer eso. De alguna manera, había llegado a pensar que estaba ligada por lealtad al Instituto de los Cazadores de Sombras. Ellos la habían protegido, le habían mostrado su bondad, le enseñaron lo que era de verdad, y tenían el mismo objetivo que ella: encontrar a Mortmain y destruirlo. Pensó en los amables ojos de Jem sobre ella, firmes, grises y llenos de fe. Respiró hondo y cerró los dedos alrededor del botón.

La oscuridad vino y la envolvió, encerrándola en su frío silencio. El débil sonido del crepitar del fuego en la chimenea, el viento contra los cristales de la ventana, desaparecieron. Oscuridad y silencio. Sintió su cuerpo cambiar: sus manos se sentían largas e hinchadas, atravesadas por el dolor de la artritis. Su espalda le dolía, su cabeza se sentía pesada, sus pies estaban punzantes y le dolían, y había un sabor amargo en su boca. Dientes en descomposición, pensó y se sintió enferma, tan enferma que tuvo que forzar su mente a que volviera a la oscuridad que la rodeaba, buscando la luz, la conexión.

Llegó, pero no como lo hacía la luz usualmente, tan firme como un faro. Llegó en fragmentos rotos, como si estuviera viendo un espejo roto en pedazos. Cada pedazo sujetaba una imagen que la azotaba, algunas a una velocidad aterradora. Vio la imagen de un caballo, una colina cubierta de nieve, la sala negro basalto del Concejo de la Clave, una lápida rota. Hizo un esfuerzo para apoderarse de una sola imagen. Aquí había una, un recuerdo: Starkweather bailando en un baile con una mujer riéndose con un vestido de baile de cintura imperial. Tessa la descartó, buscando otro recuerdo:

La casa era pequeña, situada en las sombras entre dos colinas. Starkweather observaba desde la oscuridad de un bosque mientras la puerta principal se abría y salía un hombre. Incluso en el recuerdo, Tessa sintió el corazón de Starkweather empezar a latir más rápido. El hombre era alto, de hombros anchos, y de piel color verde como un lagarto. Su cabello era negro. El chico que él llevaba de la mano, por el contrario, parecía tan normal como un niño puede ser, pequeño, regordete y de piel rosada…

Tessa sabía el nombre del hombre porque Starkweather lo sabía.

John Shade.

Shade alzó al niño sobre sus hombros mientras que por la puerta de la casa salían una serie de criaturas de metal de aspecto extraño, como muñecos de niños articulados, pero del tamaño de humanos y con la piel de metal brillante. Las criaturas no tenían facciones. Sin embargo, curiosamente, llevaban puesto ropa, los overoles de los trabajadores agrícolas de Yorkshire algunos, otros vestidos simplemente de muselina. Los autómatas se tomaron de la mano y empezaron a balancearse como si estuvieran en algún baile campestre. El niño rió y aplaudió.

—Mira bien esto, mi hijo —dijo el hombre de piel verde—, porque un día voy a gobernar un reino de estos seres mecánicos, y tú serás su príncipe.

—¡John! —una voz vino desde el interior de la casa, una mujer se asomó por la ventana. Tenía el pelo largo y del color de un cielo sin nubes—. John, entra. ¡Alguien te va a ver! ¡Y vas a asustar al niño!

—Él no tiene miedo en lo absoluto, Anne. —El hombre se rió, y dejó al niño en el suelo, agitando su cabello—. Mi pequeño príncipe mecánico.

Una oleada de odio se elevó en el corazón de Starkweather en el recuerdo, tan violento que arrancó a Tessa del recuerdo, mandándola dando vueltas en la oscuridad otra vez. Empezó a darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Starkweather se estaba volviendo senil, perdiendo el hilo que conecta el pensamiento y la memoria. Lo que iba y venía en su mente era aparentemente al azar. Con un esfuerzo trató de visualizar la familia Shade otra vez, y capturó el breve borde de un recuerdo... una habitación destrozada, engranajes y levas, y metal destrozado por todas partes, un líquido tan negro como la sangre, y el hombre de la piel verde y la mujer del cabello azul muertos entre las ruinas. Luego esto también se había ido, y vio una y otra vez el rostro de la chica del portarretratos en el hueco de la escalera... la niña con el cabello rubio y la expresión obstinada... la vio montar un pequeño pony, con su rostro determinado, la vio con su cabello volando por el viento en los páramos... la vio gritando y retorciéndose de dolor mientras una estela era puesta contra su piel y Marcas negras teñían su piel. Por último, Tessa vio su propio rostro, apareciendo desde el oscuro glamour de la nave del Instituto de York, y sintió la onda de su choque a través de ella, tan fuerte que la echó del cuerpo de él y de vuelta al suyo.

Hubo un débil ruido cuando el botón se cayó de su mano y golpeó el suelo. Tessa levantó la cabeza y se miró en el espejo que había sobre su tocador. Era

ella otra vez, y el sabor amargo en su boca ahora era sangre de donde se había mordido el labio. Se puso de pie, sintiéndose enferma, y se acercó a la ventana, abriéndola para sentir el aire fresco de la noche sobre su piel sudorosa. La noche afuera estaba cargada con sombras; había un poco de viento, y las puertas negras del Instituto parecían amenazantes frente a ella, su lema hablando ahora más que nunca de la mortalidad y la muerte. Un atisbo de movimiento le llamó la atención. Miró hacia abajo y vio una forma blanca mirarla desde el patio de piedra de abajo. Un rostro, torcido pero reconocible. El de la Sr. Dark.

Jadeó y se echó hacia atrás instintivamente, fuera de la vista de la ventana. Una ola de vértigo se apoderó de ella. Se la sacudió con fuerza, sus manos agarrando el alféizar, y se empujó hacia delante de nuevo, mirando hacia abajo con temor...

Pero el patio estaba vacío, no había nada moviéndose excepto las sombras. Cerró los ojos, luego los volvió a abrir poco a poco, y luego puso su mano en el ángel en su garganta. No había habido nada allí, se dijo a sí misma, sólo los harapos de su imaginación salvaje. Se dijo a sí misma que mejor controlara sus ensoñaciones o terminaría tan loca como el viejo Starkweather, y deslizó la ventana para cerrarla.

8

Una Sombra en el Alma

Traducido por verittooo

Oh, sólo, ¡sutil y poderoso opio! Que los corazones de los pobres como a los ricos, por las heridas que nunca sanan, y por "los dolores que tientan al espíritu a rebelarse," traes un apaciguante bálsamo; ¡elocuente opio! Que con tu potente elocuencia te llevas los efectos de la ira; y al hombre culpable de la noche le devuelves la esperanza de su juventud, y manos lavadas puras de sangre.

—Thomas De Quincey, "Confesiones de un Comedor-de-Opio Inglés"

En la mañana, cuando Tessa bajó para el desayuno, encontró para su sorpresa, que Will no estaba allí. No había notado cuán completamente había esperado que él regresara durante la noche, y se encontró a sí misma deteniéndose en el marco de la puerta, escaneando los asientos alrededor de la mesa como si de alguna manera, accidentalmente, lo hubiera saltado. No fue hasta que su mirada se posó sobre Jem, quien le devolvió la mirada con una expresión compungida y preocupada, que supo que era verdad. Will todavía no había regresado.

—Oh, por el amor de Dios, él regresará —dijo Jessamine, enfadada, golpeando su taza de té en su plato—. Siempre viene a casa arrastrándose. Mírense ustedes dos, como si hubieran perdido a su cachorro favorito.

Tessa le disparó a Jem una mirada casi culpable, de complicidad cuando se sentó frente a él y tomó una rebanada de pan de la rejilla para las tostadas. Henry estaba ausente; Charlotte, en la cabecera de la mesa, estaba claramente intentando no parecer nerviosa y preocupada, y fracasando.

—Por supuesto que lo hará —dijo—. Will puede cuidarse solo.

—¿Crees que podría haber regresado a Yorkshire? —dijo Tessa—. ¿Para advertir a su familia?

—Yo… no lo creo —respondió Charlotte—. Will ha evadido a su familia durante años. Y conoce la Ley, sabe que no puede hablar con ellos. Sabe lo que perderá. —Sus ojos se posaron brevemente sobre Jem, que estaba jugando diligentemente con su cuchara.

—Cuando dijo que vio a Cecily, en la mansión, intentó correr tras ella… —dijo Jem.

—En el calor del momento —dijo Charlotte—. Pero volvió contigo a Londres; estoy segura de que regresará al Instituto también. Sabe que has obtenido ese botón, Tessa. Va a querer descubrir lo que sabía Starkweather.

—Muy poco, en realidad —dijo Tessa. Todavía se sentía oscuramente culpable por no haber encontrado información más útil en los recuerdos de Starkweather. Había intentado explicar cómo era estar en la mente de alguien cuyo cerebro estaba en decadencia, pero había sido difícil encontrar las palabras, y recordaba fundamentalmente la mirada de decepción en el rostro de Charlotte cuando dijo que no había descubierto nada útil sobre la mansión Ravenscar. Les había contado todos los recuerdos de Starkweather sobre la familia Shade, y que, de hecho, si sus muertes habían sido el impulso del deseo de justicia y venganza de Mortmain, sí parecía ser uno muy poderoso. Ella se había guardado su sorpresa al verse a sí misma; era desconcertante todavía, y en cierto modo, parecía privado.

—¿Qué pasa si Will decide dejar la Clave para siempre? —preguntó Tessa—. ¿Regresaría con su familia para protegerlos?

—No —respondió Charlotte, un poco brusca—. No. No creo que vaya a hacer eso. —*Extrañaría a Will si se hubiera ido*, pensó Tessa con sorpresa. Will siempre eran tan desagradable (y a menudo también con Charlotte) que Tessa algunas veces olvidaba el obstinado amor que Charlotte parecía sentir por todos los que estaban a su cargo.

—Pero si están en peligro… —protestó Tessa, entonces cayó el silencio cuando Sophie entró en la habitación cargando una olla con agua caliente, y la dejó. Charlotte se iluminó al verla.

—Tessa, Sophie, Jessamine —dijo—. Al parecer lo olvidaron, todas tienen entrenamiento esta mañana con Gabriel y Gideon Lightwood.

—No puedo hacerlo —dijo Jessamine inmediatamente.

—¿Por qué no? Pensé que te habías recuperado de tu dolor de cabeza

—Sí, pero no quiero que *vuelva*, ¿verdad? —Jessamine se levantó a toda prisa—. Prefiero ayudarte, Charlotte.

—No necesito tu ayuda para escribirle a Ragnor Fell, Jessie. Realmente me gustaría que aprovecharas el entrenamiento

—Pero hay docenas de repuestas que se acumulan en la biblioteca de los Submundos que hemos consultado sobre el paradero de Mortmain —argumentó Jessamine—. Puedo ayudarte a ordenar esos.

Charlotte suspiró. —Muy bien. —Se giró hacia Tessa y Sophie—. Mientras tanto, no les digan nada a los chicos Lightwood sobre Yorkshire, ¿o sobre Will? Me vendría bien no tenerlos en el Instituto ahora mismo, pero no hay nada que hacer. Es una muestra de buena fe y confianza continuar el entrenamiento. Deben comportarse en todos los sentidos como si no pasara nada. ¿Pueden hacer eso, chicas?

—Por supuesto que podemos, Sra. Branwell —dijo Sophie inmediatamente. Sus ojos brillaban y estaba sonriendo. Tessa suspiró para sus adentros, sin saber cómo sentirse. Sophie adoraba a Charlotte, y haría cualquier cosa para complacerla. También detestaba a Will y era poco probable que estuviera preocupada por su ausencia. Tessa miró a través de la mesa a Jem. Sintió un vacío en el estomago, el dolor de no saber en dónde estaba Will, y se preguntó si él lo sentía también. Su rostro normalmente expresivo estaba calmado e ilegible, aunque cuando atrapó su mirada, embozó una sonrisa amable y alentadora. Jem era el *parabatai* de Will, su hermano de sangre; seguramente si había algo por lo que realmente preocuparse sobre en lo que Will estaba involucrado, Jem no sería capaz de ocultarlo, ¿no?

Desde la cocina, la voz de Bridget se desplegó en un dulce canto ululante:

¿Debo estar unida mientras tú vas libre
Debo amar a un hombre que no me ama
Debo haber nacido con tan poca arte
Como para amar a un hombre que me romperá el corazón?

Tessa empujó su silla de la mesa. —Creo que es mejor que vaya y me vista.

Habiéndose cambiando de su vestido de día, Tessa se sentó en el borde de su cama y tomó la copia de *Vathek* que Will le había dado. Eso no trajo a su mente el pensamiento de Will sonriendo, sino otras imágenes de Will: Will inclinado sobre ella en el Santuario, cubierto de sangre; Will entrecerrando los ojos por el sol en el tejado del Instituto; Will rodando cuesta abajo en Yorkshire con Jem, salpicándose de lodo sin importarle; Will yéndose de la mesa en el comedor; Will sosteniéndola en la oscuridad. *Will, Will, Will.*

Tiró el libro. Golpeó la repisa de la chimenea y rebotó, aterrizando en el suelo. Si sólo hubiera una manera de raspar a Will de su mente, como raspar el barro de su zapato. Si sólo supiera dónde estaba. El preocuparse lo hacía peor, y ella no podía dejar de preocuparse. No podía olvidar la mirada en su rostro cuando había visto a su hermana.

La distracción la hizo llegar tarde al cuarto de entrenamiento; afortunadamente, cuando llegó, la puerta estaba abierta y no había nadie ahí excepto Sophie, sosteniendo un largo cuchillo en su mano y examinándolo pensativamente como podría examinar a un trapeador para decidir si todavía servía o si era hora de deshacerse de él.

Levantó la mirada cuando Tessa entró en la habitación. —Bueno, se ve un poco miserable, señorita —dijo ella con una sonrisa—. ¿Está todo bien? —Ladeó la cabeza a un lado mientras Tessa asentía—. ¿Es el amo Will? Ya ha desaparecido antes por uno o dos días. Volverá, no tema.

—Es amable de tu parte decir eso, Sophie, especialmente sabiendo que no le tienes mucho cariño.

—Yo pensaba que usted tampoco —dijo Sophie—, por lo menos, *ya* no…

Tessa la miró bruscamente. No había tenido una conversación real con Sophie sobre Will desde el incidente del tejado, pensó, y además, Sophie le había advertido sobre él, comparándolo con una serpiente venenosa. Antes de que Tessa pudiera decir algo más en respuesta, la puerta se abrió y Gabriel y Gideon Lightwood entraron, seguidos por Jem. Le guiñó a Tessa antes de desaparecer, cerrado la puerta detrás de él.

Gideon fue directamente hacia Sophie. —Una buena elección de espada —dijo, una leve sorpresa subrayando sus palabras. Ella se sonrojó, viéndose complacida.

—Entonces —dijo Gabriel, que, de alguna manera, se las había arreglado para ponerse detrás de Tessa, sin que ella lo notara. Después de examinar los bastidores de armas a lo largo de las paredes, él atrajo un cuchillo y se lo entregó—. Sienta el peso de la hoja.

Tessa intentó sentir su peso, luchando por recordar lo que le había dicho sobre dónde y cómo se debía balancear en su palma.

—¿Qué piensa? —preguntó Gabriel. Ella lo miró. De los dos chicos, ciertamente, él se parecía más a su padre, con sus facciones aguileñas y la tenue sombra de arrogancia en su expresión. Su delgada boca se curvó en las esquinas—. ¿O está demasiado ocupada preocupándose del paradero de Herondale como practicar hoy?

Tessa casi dejó caer el cuchillo. —¿Qué?

—Las he oído a ustedes y a la Señorita Collins cuando subía las escaleras. Desaparecido, ¿verdad? No es de extrañar, considerando que no creo que Will Herondale y el sentido de la responsabilidad estén, siquiera, en buenos términos.

Tessa levantó la barbilla. En conflicto, como lo estaba acerca de Will, había algo sobre alguien, *fuera* de la pequeña familia del Instituto, criticándolo que fijaba sus dientes al borde. —Es un hecho bastante común, nada sobre qué alborotarse —dijo—. Will es un… espíritu libre. Regresará pronto.

—Espero que no —dijo Gabriel—. Espero que esté muerto.

La mano de Tessa se tensó alrededor del cuchillo. —Quiere decir eso, ¿verdad? ¿Qué le hizo a su hermana para que lo odie tanto?

—¿Por qué no le pregunta a él?

—Gabriel. —La voz de Gideon fue cortante—. ¿Podemos comenzar la instrucción, por favor, y dejar de perder el tiempo?

Gabriel miró fijamente a su hermano mayor, que estaba parado apaciblemente con Sophie, pero obedientemente cambió su atención de Will al día de entrenamiento. Hoy estaban practicando cómo sostener las espadas, y cómo balancearlas mientras las extendían por el aire sin que la punta de la espada cayera hacia delante o que el mango se deslizara de la mano. Era más difícil de lo que parecía, y hoy, Gabriel, no era paciente. Ella envidió a Sophie, a quien le enseñaba Gideon, que siempre era un instructor cuidadoso y metódico, aunque sí tenía el hábito de deslizarse al español cuando Sophie hacía algo mal. "*Ay, Dios mío*"[16] diría, sacando la espada de dónde se habría atascado, señalando hacia abajo, al suelo—. ¿Deberíamos intentar eso otra vez?

—Párese derecha —le estaba diciendo Gabriel a Tessa mientras tanto, impacientemente—. No, *derecha*. Así. —Se lo demostró. Ella quería espetarle que, a diferencia de él, no tenía toda una vida de ser enseñada a cómo pararse y moverse; que los Cazadores de Sombras eran acróbatas naturales, y que ella no era para nada de ese tipo.

—Hmph —dijo ella—. ¡Me gustaría verlo a *ustedes* aprender cómo manejar el sentarse y pararse derecho en corsé y enaguas y un vestido con treinta centímetros de cola!

—También a mí —dijo Gideon desde el otro lado del cuarto.

—Oh, por el Ángel —dijo Gabriel, y la tomó por los hombros, volteándola, así estaba de pie con su espalda hacia él. Puso sus brazos a su alrededor, enderezando su columna vertebral, arreglando el cuchillo en su mano. Ella podía sentir su respiración en la parte de atrás de su cuello, y eso la hizo temblar… y la llenó de fastidio. Si la estaba tocando, era sólo porque él presumía que podía hacerlo, sin preguntar, y porque pensaba que eso irritaría a Will.

—Suélteme —dijo, bajo su aliento.

—Esto es parte del entrenamiento —respondió Gabriel con voz aburrida—. A parte, mire a mi hermano y a la Señorita Collins. Ella no se está quejando.

Miró a través de la habitación a Sophie, que parecía seriamente comprometida en su lección con Gideon. Él estaba detrás de ella, un brazo a su

[16] En español.



alrededor desde atrás, mostrándole cómo sostener un cuchillo de punta de aguja de lanzamiento. Su mano estaba gentilmente ahuecada alrededor de las de ella, y él parecía estar hablándole a la parte posterior de su cuello, donde su oscuro cabello se escapaba de su apretado moño y se rizaba decorosamente. Cuando él vio a Tessa mirándolos, se sonrojó.

Tessa estaba asombrada. ¡Gideon Lightwood, ruborizándose! ¿Había estado *admirando* a Sophie? Salvo por su cicatriz, que Tessa apenas notaba, ella *era* preciosa, pero era una mundana, y una sirvienta, y los Lightwood eran horriblemente snobs. El interior de Tessa de repente se sintió apretado. Sophie había sido tratada abominablemente por su empleador anterior. Lo último que necesitaba era que un lindo chico Cazador de Sombras se aprovechara de ella.

Tessa miró alrededor, a punto de decirle algo al chico con sus brazos a su alrededor… y se detuvo. Había olvidado que era Gabriel el que estaba a su lado, no Jem. Se había acostumbrado tanto a la presencia de Jem, la facilidad con la que con la que podía conversar con él, la comodidad de su mano sobre su brazo al caminar, el hecho de que él era la única persona en el mundo, ahora, que sentía que podía decirle absolutamente cualquier cosa. Se dio cuenta con sorpresa de que, aunque ella lo había visto durante el desayuno, lo extrañaba, con lo que se sentía casi como un dolor interior.

Estaba tan atrapada en esta mezcla de sentimientos: extrañando a Jem, y un sentido de apasionada protección sobre Sophie, que su siguiente tiro salió desviado por varios metros, volando por la cabeza de Gideon y revotando en el alféizar de la ventana.

Gideon observó calmadamente desde el cuchillo caído hasta su hermano. Nada parecía molestarlo, ni siquiera su propia casi decapitación. —Gabriel, ¿cuál es el problema, exactamente?

Gabriel volvió su mirada a Tessa. —Ella no me escucha —dijo con rencor—. No puedo instruir a una persona que no escucha.

—Tal vez si fueras un mejor instructor, ella sería una mejor oyente.

—Y tal vez tú habrías visto venir al cuchillo —dijo Gabriel—, si prestaras más atención a lo que pasa alrededor y menos a la parte de atrás de la cabeza de la Señorita Collins.

Así que, incluso Gabriel lo notó, pensó Tessa, mientras Sophie se sonrojaba. Gideon le dio a su hermano una mirada larga, firme (presentía que habría palabras entre ellos dos en casa) después se giró hacia Sophie y dijo algo en voz baja, muy baja como para que Tessa escuchara.

—¿Qué pasó con usted? —le dijo a Gabriel bajo su aliento, y lo sintió tensarse.

—¿Qué quiere decir?

—Es paciente por lo general —dijo ella—. Es un buen maestro, Gabriel, la mayor parte del tiempo, pero hoy está irritable e impaciente y… —Miró la mano de él sobre su brazo—. Fuera de lugar.

Tuvo la cortesía de liberarla, viéndose avergonzado de sí mismo. —Mil perdones. No debería haberla tocado de esa forma.

—No, no debía. Y después de la forma en que criticó a Will…

Sus pómulos se ruborizaron. —Me disculpé, Señorita Gray. ¿Qué más quiere de mí?

—Un cambio de comportamiento, quizás. Una explicación de su desagrado hacia Will.

—¡Se lo he dicho! ¡Si desea saber por qué me desagrada, puede preguntárselo a él! —Gabriel se volvió y salió de la habitación.

Tessa miró las navajas clavadas en la pared y suspiró. —Así termina mi lección.

—Trate de no estar tan disgustada —dijo Gideon, acercándose con Sophie a su lado. Era muy extraño, pensó Tessa; Sophie usualmente parecía intranquila alrededor de los hombres, cualquier hombre, incluso del amable Henry. Con Will era como un gato escaldado, y con Jem, sonrojada y atenta, pero al lado de Gideon parecía… Bueno, era difícil de definir, pero era muy peculiar.

—No es su culpa que esté así hoy —continuó Gideon. Sus ojos sobre Tessa eran firmes. A esta cercanía, pudo notar que no eran, precisamente, del mismo color que los de su hermano. Eran más de un gris verdoso, como el océano bajo un cielo nublado—. Las cosas han estado… difíciles para nosotros en casa con

Padre, y Gabriel se está desquitando con usted, o, en realidad, con quien sea que resulte estar cerca.

—Casi lamento oír eso. Espero que su padre esté bien —murmuró Tessa, rezando no salir afectada en este acto de mentira descarada.

—Supongo que será mejor que vaya por mi hermano —dijo Gideon sin responder su pregunta—. Si no lo hago, tomará el carruaje y me dejará varado. Espero tenerlo de vuelta para nuestra próxima sesión con un mejor humor. —Le hizo una reverencia a Sophie, luego a Tessa—. Señorita Collins, Señorita Gray.

Y se había ido, dejando a ambas chicas mirándolo con una mezcla de confusión y sorpresa.

Con el entrenamiento misericordiosamente terminado, Tessa se encontró a sí misma apresurada para cambiarse de vuelta a su ropa normal, y luego para el almuerzo, ansiosa por ver si Will había regresado. No lo había hecho. Su silla, entre Jessamine y Henry, seguía vacía; pero había alguien nuevo en la habitación, alguien que hizo que Tessa se detuviera en el marco de la puerta, intentando no mirar fijamente. Un hombre alto se sentaba cerca del la cabecera de la mesa al lado de Charlotte, y era verde. No un verde muy oscuro: su piel tenía un brillo tenue de color verdoso, como la luz que se refleja en el océano, y su cabello era blanco como la nieve. De su frente se curvaban dos pequeños cuernos elegantes.

—Señorita Tessa Gray —dijo Charlotte, haciendo las presentaciones—, este es el Brujo Superior de Londres, Ragnor Fell. Sr. Fell, la Señorita Gray.

Después de murmurar que estaba encantada de conocerlo, Tessa se sentó a la mesa al lado de Jem, en diagonal de Fell, y trató no mirarlo fijamente por el rabillo del ojo. Como los ojos de gato de Magnus eran su marca de brujo, la de Fell serían sus cuernos y piel teñida. Ella todavía no podía evitar estar fascinada por los Submundos, los brujos en particular. ¿Por qué estaban marcados y ella no?

—¿Qué hay en la alfombra, entonces, Charlotte? —Estaba diciendo Ragnor—. ¿De verdad me llamó aquí para hablar de hechos oscuros en los páramos de Yorkshire? Tenía la impresión de que nada de gran interés ha pasado en Yorkshire, nunca. De hecho, tenía la impresión de que no había nada en Yorkshire, excepto ovejas y minería.

—Así que, ¿nunca conoció a los Shade? —inquirió Charlotte—. La población de brujos de Gran Bretaña no es tan grande…

—Los conocía. —Mientras Fell cortaba el jamón en su plato, Tessa vio que él tenía una articulación extra para cada dedo. Pensó en la Sra. Black, con sus manos alargadas en garras, y reprimió un escalofrío—. Shade estaba un poco loco, con su obsesión por la relojería y los mecanismos. Su muerte fue una sorpresa para el Submundo. Las ondas de la misma pasaron por la comunidad, e incluso hubo una discusión sobre venganza, sin embargo, ninguna, creo yo, fue llevada a cabo, nunca.

Charlotte se inclinó hacia delante. —¿Recuerda a su hijo? ¿Su hijo adoptado?

—Sabía de él. Una pareja de brujos casados es raro. Una que adopta a un niño humano de un orfanato es aún más raro. Pero nunca vi al chico. Los brujos, vivimos por siempre. Un espacio de treinta, incluso cincuenta años entre algún encuentro no es inusual. Por supuesto, ahora que sé lo que el chico llegó a ser, desearía haberlo conocido. ¿Cree que hay un valor en intentar descubrir quiénes fueron sus verdaderos padres?

—Ciertamente, si puede ser descubierto. Cualquier información que podamos obtener sobre Mortmain podría ser útil.

—Puedo decirle que él se dio ese nombre —dijo Fell—. Suena como un nombre de un Cazador de Sombras. Es el tipo de nombre que alguien con resentimiento contra los Nefilim, y un oscuro sentido del humor, tomaría. *Mort main*.

—Mano de la muerte —suministró Jessamine, que estaba orgullosa de su francés.

—Le hace a uno preguntarse —dijo Tessa—. ¿Si la Clave le hubiera dado a Mortmain lo que quería, compensaciones, aun así se hubiera convertido en lo que hizo? ¿Habría existido alguna vez el Club Pandemónium en absoluto?

—Tessa —comenzó Charlotte, pero Ragnor Fell la silenció con un gesto. Él miró divertidamente hacia la mesa, a Tessa—. Usted es la cambia-forma, ¿no es así? —dijo—. Magnus Bane me contó sobre usted. Absolutamente ninguna marca sobre usted, dicen.

Tessa tragó y lo miró directamente a los ojos. Eran unos ojos discordantemente humanos, ordinarios en su rostro extraordinario. —No. Sin marca.

Él sonrió en torno a su tenedor. —¿Supongo que han buscado por *todos lados*?

—Estoy segura de que Will lo intentó —dijo Jessamine en un tono aburrido. El cubierto de Tessa cayó en el plato. Jessamine, que había estado machacando sus guisantes con el costado de su cuchillo, levantó la mirada cuando Charlotte dejó salir un horrorizado: *¡Jessamine!*

Jessamine se encogió de hombros. —Bueno, él es así. —Fell regresó a su plato con una leve sonrisa en el rostro—. Recuerdo al padre de Will. Bastante mujeriego, era él. Ellas no podían resistirlo. Hasta que conoció a la madre de Will, por supuesto. Entonces se deshizo de todo y se fue a vivir a Gales sólo para estar con ella. Qué caso que era.

—Cayó enamorado —dijo Jem—. Eso no es tan peculiar.

—Cayó enamorado —dijo el brujo, todavía con la misma leve sonrisa—. Se estrelló, querrás decir. Chocó de cabeza. Aun así, siempre hay algunos hombres así, sólo una mujer para ellos, y sólo ella servirá, o nada.

Charlotte miró a Henry, pero él parecía completamente perdido en sus pensamientos, contando algo con sus dedos, aunque quien sabe qué. Hoy estaba usando un chaleco rosa y violeta, y tenía salsa en la manga. Los hombros de Charlotte cayeron visiblemente, y suspiró. —Bueno —dijo ella—. Según todo, fueron muy felices juntos.

—Hasta que perdieron a dos de sus tres hijos y Edmund Herondale se jugó todo lo que tenían —dijo Fell—. Pero imagino que nunca le contaste al joven Will sobre eso.

Tessa intercambió una mirada con Jem. *Mi hermana está muerta*, había dicho Will. —¿Tenían tres hijos, entonces? —dijo—. ¿Will tenía dos hermanas?

—Tessa. Por favor. —Charlotte se veía incómoda—. Ragnor… nunca lo contraté para invadir la privacidad de los Herondale, o la de Will. Lo hice porque le prometí a Will que le diría si algún peligro llegaba a su familia.

Tessa pensó en Will, un Will de doce años, aferrándose a la mano de Charlotte, rogando que le dijeran si su familia moría. *¿Por qué huir?* Pensó por centésima vez. *¿Por qué ponerlos detrás de ti?* Ella había pensado que, quizás, a él no le importaba, pero claramente le importaba. Todavía le importaba. Ella no podía detener el endurecimiento de su corazón cuando pensó en él llamando a su hermana. Si él amó a Cecily como ella una vez amó a Nate…

Mortmain le había hecho algo a su familia, pensó ella. Tal como se lo había hecho a la de ella. Eso los unía de una manera peculiar, Will y ella. Así él lo supiera o no.

—Sea lo que sea que Mortmain ha estado planeando —se escuchó decir—, lo ha estado planeando por mucho tiempo. Desde antes que yo naciera, cuando engañó o forzó a mis padres para que me "hicieran." Y ahora saben que años atrás se involucró a sí mismo con la familia de Will y los movió hacia la mansión Ravenscar. Me temo que somos pequeñas piezas de ajedrez que él desliza sobre un tablero, y que el resultado del juego él ya lo conoce.

—Eso es lo que él desea me pensemos, Tessa —dijo Jem—. Pero es sólo un hombre. Y cada descubrimiento que hacemos sobre él lo hace más vulnerable. Si no fuéramos una amenaza, no habría enviado a ese autómata para advertirnos.

—Él sabía exactamente dónde *estaríamos*.

—No hay nada más peligroso que un hombre inclinado por la venganza —dijo Ragnor—. Un hombre que ha estado inclinado por ella durante tres años, que la ha nutrido desde una semilla pequeña y venenosa a una flor viviente y sofocante. Él verá a través de ella, a menos que ustedes lo acaben primero.

—Entonces, vamos a acabar con él —dijo Jem, cortante. Fue lo más cercano a una amenaza que Tessa lo había oído hacer.

Tessa observó sus manos. Eran de un blanco más pálido del que lo habían sido cuando vivía en Nueva York, pero eran sus manos, familiares, el dedo índice ligeramente más largo que el del medio, las pronunciadas media-lunas de sus uñas. *Puedo cambiarlas*, pensó. *Puedo convertirme en cualquier cosa, en cualquiera.* Nunca se había sentido más mutable, más fluida, o más perdida.

—De hecho. —El tono de Charlotte era firme—. Ragnor, quiero saber por qué la familia Herondale está en esa casa, esa casa que le pertenecía a Mortmain, y quiero ver que estén a salvo. Y quiero hacerlo sin Benedict Lightwood o el resto de la Clave escuchando sobre eso.

—Entiendo. Quiere que cuide de ellos lo más silenciosamente posible mientras, también, hago preguntas sobre Mortmain en el área. Si los trasladó allí, tiene que haber sido con un propósito.

Charlotte exhaló. —Sí.

Ragnor giró su tenedor. —Eso será costoso.

—Sí —dijo Charlotte—. Estoy preparada para pagar.

Fell sonrió. —Entonces, estoy preparado para soportar las ovejas.

El resto del almuerzo pasó en una conversación incómoda, con Jessamine malhumoradamente destruyendo su comida sin comerla, Jem inusualmente callado, Henry murmurando ecuaciones para sí mismo, y Charlotte y Fell finalizando sus planes para la protección de la familia de Will. Por mucho que Tessa aprobara la idea, y lo hacía, había algo sobre el brujo que la ponía incómoda de una manera en la que Magnus nunca lo había hecho, y se alegró cuando el almuerzo había terminado y pudo escapar hacia su habitación con una copia de '*La Inquilina de Wildfell Hall.*'

No era su favorito de los libros de las hermanas Brontë, ese honor iba para *Jane Eyre*, y luego *Cumbres Borrascosas*, con *La Inquilina* en un distante tercer lugar; pero había leído los otros dos tantas veces que ninguna sorpresa se encontraba entre las páginas, sólo frases tan familiares para ella que se habían convertido en viejas amigas. Lo que quería leer en realidad era *Historia de Dos Ciudades*, pero Will le había citado a Sydney Carton tantas veces que tenía miedo de que al recogerlo le hiciera pensar en él, y que el peso de su nerviosismo creciera. Después de todo, nunca citó a Darnay, sólo a Sydney, borracho, destrozado y disipado. Sydney, quien murió por amor.

Estaba oscuro afuera, y el viento soplaba ráfagas de una lluvia ligera contra los cristales de la ventana cuando llamaron a su puerta. Era Sophie, con una carta en una bandeja de plata. —Una carta para usted, señorita.

Tessa bajó el libro con asombro. —¿Correo para *mí*?

Sophie asintió con la cabeza y se acercó, sosteniendo la bandeja. —Sí, pero no dice de quién es. La Señorita Lovelace casi me la arrebató, pero me las arreglé para mantenerla alejada de ella, cosa curiosa.

Tessa tomó el sobre. Estaba dirigida a ella, efectivamente, en una letra inclinada y desconocida, impresa en un pesado papel de color crema. Le dio la vuelta una vez, comenzó a abrirlo, y vio los ojos de Sophie muy abiertos por la curiosidad reflejados en la ventana. Se giró y le sonrió. —Eso sería todo, Sophie —dijo. Era la forma en la que había leído a heroínas despedir a los sirvientes en las novelas, y parecía ser correcto. Con una mirada decepcionada, Sophie tomó su bandeja y se retiró del cuarto.

Tessa desdobló la carta y la extendió sobre su regazo.

Estimada razonable Señorita Gray.

Me dirijo a usted en nombre de un amigo mutuo, un tal William Herondale. Sé que es su hábito ir y venir, más a menudo ir, del Instituto como le plazca, y que por lo tanto, puede pasar algún tiempo antes de que cualquier alarma se levante ante su ausencia. Pero le pido, como alguien con un buen sentido de estima, que no asuma que esta ausencia es del tipo ordinario. Lo vi yo mismo anoche, y él estaba, por decir lo menos, loco cuando dejó mi residencia. Tengo razones para pensar que podría lastimarse a sí mismo, y por lo tanto, sugiero que su paradero sea buscado y su seguridad cerciorada. Él es un joven difícil de agradar, pero creo que usted ve lo bueno en él, como yo, Señorita Gray, y es por eso que, humildemente, le dirijo mi carta,

Su sirviente,

Magnus Bane

Posdata: Si fuera usted, no compartiría los contenidos de esta carta con la Sra. Branwell. Sólo una sugerencia.

M.B.

Aunque leer la carta de Magnus le hizo sentir que sus venas estaban llenas de fuego, de alguna manera, Tessa sobrevivió el resto de la tarde, y la cena también, sin, pensó, traicionar ningún signo exterior de su angustia. A Sophie pareció tomarle un tiempo terriblemente largo el ayudarla a salir de su vestido, peinar su cabello, avivar el fuego, y contarle el chisme del día. (El primo de Cyril trabajaba en la casa de los Lightwood y había informado que Tatiana, la hermana de Gabriel y Gideon, debía regresar de su luna de miel en el Continente con su nuevo esposo en cualquier momento. El grupo familiar estaba muy alborotado mientras se rumoreaba que ella tendría la más desagradable disposición.)

Tessa murmuró algo sobre cómo había salido a su padre en ese sentido. La impaciencia hizo a su voz croar, y Sophie sólo fue detenida de salir corriendo a conseguirle una tisana de menta por la insistencia de Tessa de que estaba exhausta, y necesitaba dormir más de lo que necesitaba un té.

En el momento que la puerta se cerró detrás de Sophie, Tessa estaba de pie, deshaciéndose de su ropa de noche y poniéndose un vestido, atándoselo ella misma lo mejor que pudo y echándose encima una chaqueta corta. Después de una mirada cautelosa por el corredor, salió de su dormitorio y por el pasillo hacia la puerta de Jem, donde tocó lo más silenciosamente posible. Por un momento no pasó nada, y tuvo la preocupación pasajera de que él ya se hubiera ido a dormir, pero entonces, la puerta se abrió y Jem estaba en el umbral.

Ella, claramente, lo había atrapado en el medio de su preparación para ir a la cama; sus zapatos y chaqueta no estaban, su camisa abierta en el cuello, su cabello un adorable desastre revuelto de plata. Quería acercarse y alisarlo. Él parpadeó hacia ella. —¿Tessa?

Sin una palabra, le entregó la nota. Él miró arriba y abajo por el corredor, luego hizo un gesto hacia el interior del cuarto. Ella cerró la puerta detrás de él mientras leía los garabatos de Magnus una vez, y después otra, antes de hacerlos una pelota en su mano, el papel chisporroteó ruidoso en la habitación. —Lo *sabía* —dijo.

Fue el turno de Tessa de parpadear. —¿Sabías, qué?

—Que este no era un tipo normal de ausencia. —Él se sentó en el arcón a los pies de su cama y metió los pies en sus zapatos—. Lo sentí. Aquí. —Puso la mano sobre su pecho—. Sabía que había algo extraño. Lo sentí como una sombra en mi alma.

—No crees que en realidad vaya a lastimarse, ¿verdad?

—Lastimarse, no lo sé. Ponerse a sí mismo en una situación en donde podría salir lastimado… —Jem se levantó—. Debería ir.

—¿No querrás decir 'deberíamos'? No estarás pensando en ir a buscar a Will sin mí, ¿o sí? —preguntó socarronamente, y cuando él se quedó callado, ella dijo: —Esa carta estaba dirigida a mí, James. No tenía que enseñártela.

Él entrecerró los ojos por un momento, y cuando los abrió, estaba sonriendo torcidamente. —*James* —dijo—. Por lo general, sólo Will me llama así.

—Lo siento.

—No. No lo sientas. Me gusta cómo suena en tus labios.

Labios. Había algo extraño y delicadamente indelicado acerca de la palabra, como un beso mismo. Parecía flotar en el aire entre ellos mientras ambos dudaban. *Pero era Jem,* pensó Tessa con perplejidad. Jem. No Will, quien podía hacerla sentir como si estuviera pasando sus dedos por su piel desnuda con sólo mirarla

—Tienes razón —dijo Jem, aclarándose la garganta—. Magnus no te habría enviado la carta si no tuviera la intención de que fueras parte de la búsqueda de Will. Quizás piense que tu poder sería útil. En cualquier caso… —Se apartó de ella, yendo a su armario y abriéndolo de golpe—. Espérame en tu cuarto. Estaré allí en un momento.

Tessa no estaba segura de si había asentido, pensó que lo había hecho, y momentos después, se encontró de nuevo en su dormitorio, recostándose contra la puerta. Su rostro se sentía caliente, como si hubiera estando parada muy cerca del fuego. Miró a su alrededor. ¿Cuándo había empezado a pensar en este cuarto como *su* dormitorio? El gran espacio, con ventanales y velas de luz mágica que brillaban suavemente, era tan diferente de su habitación del tamaño de una pequeña caja en el que dormía en el piso de Nueva York, con sus

charcos de cera en la mesita de luz, causados por quedarse leyendo hasta tarde a la luz de las velas, y la cama con un barato marco de madera con sus delgadas mantas. En el invierno, las ventanas, mal colocadas, traqueteaban en sus marcos cuando el viento soplaba.

Un suave golpe en la puerta la sacó de su ensimismamiento, y se volvió, abriéndola para encontrar a Jem en el umbral. Estaba completamente vestido con el vestuario de Cazador de Sombras: el saco negro y los pantalones de cuero duro, las botas pesadas. Puso un dedo en sus labios y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Probablemente eran las diez de la noche, adivinó Tessa, y la luz mágica ardía baja. Tomaron un camino curioso y serpenteante a través de los corredores, no el que ella estaba acostumbrada a tomar para llegar a las puertas frontales. Su confusión fue respondida cuando alcanzaron un conjunto de puertas al final de un largo pasillo. Había un aspecto redondeado en el espacio en el que estaban, y Tessa supuso que, probablemente, estaban dentro de uno de las torres góticas que se encontraban en cada esquina del Instituto.

Jem abrió la puerta de un empujón y la condujo detrás de él; cerró la puerta firmemente detrás de ellos, deslizando la llave que había utilizado de vuelta en su bolsillo. —Este —dijo—, es el cuarto de Will.

—Gracioso —dijo Tessa—. Nunca he estado aquí. Estaba empezando a pensar que dormía de cabeza, como un murciélago.

Jem se rió y pasó junto a ella, hacia un buró de madera, y empezó a hurgar en el contenido de la parte superior mientras Tessa echaba un vistazo alrededor. Su corazón latía rápido, como si estuviera viendo algo que no debiera; una parte de Will, secreta y escondida. Se dijo a sí misma que no fuera tonta, era sólo una habitación, con los mismos muebles oscuros como todos los otros cuartos del Instituto. Era un desastre, también: cobertores pateados a los pies de la cama; ropa colgada en el respaldo de las sillas, tazas de té medio llenas de líquido aún sin disipar, balanceadas precariamente en la mesa de noche. Y libros por todos lados; libros en las mesas laterales, libros en la cama, libros apilados en el suelo, dobles líneas de libros en estantes a lo largo de las paredes. Mientras Jem rebuscaba, Tessa vagó por los estantes y miró curiosamente los títulos.

No estaba sorprendida de encontrar que casi todos eran de ficción y poesía. Algunos eran títulos en idiomas que no sabía leer. Reconoció latín y el alfabeto griego. También había libros de cuentos de hadas, *Las Mil y Una Noches*, obra de James Payn, *El Vicario de Bullhampton* de Anthony Trollope, *Remedios Desesperados* de Thomas Hardy, una pila de Wilkie Collins: *La Nueva Magdalena, La Ley y la Dama, Dos Destinos*, y una nueva novela de Julio Verne titulada *El Niño de la Caverna* que moría por tener en sus manos. Y entonces, ahí estaba: *Historia de Dos Ciudades*. Con una sonrisa triste, se estiró para tomarlo del estante. Cuando lo levantó, varios garabatos en papeles presionados entre las cubiertas cayeron al suelo. Se arrodilló para recogerlos… y se congeló. Reconoció la letra instantáneamente. Era la suya.

Su garganta se tensó mientras hojeaba las páginas. *Querido Nate*, leyó. *Hoy intenté Cambiar, y fracasé. Era una moneda que me dieron, y no puede sacar nada de ella. Ya sea que nunca fue de una persona, o que mi poder se está debilitando. No me importaría, pero que me hayan azotado… ¿has sido azotado antes? No, es una pregunta tonta. Por supuesto que no. Se siente como fuego apoyado en líneas a través de tu piel. Me avergüenza decir que lloré, y tú sabes cuánto odio llorar…* Y *querido Nate, te extrañé tanto hoy, pensé que iba a morir. Si tú te no estás, no hay nadie en el mundo al que le importe si yo vivo o muero. Siento que me estoy disolviendo, desapareciendo en la nada, porque si no hay nadie en el mundo que se preocupe en lo absoluto por ti, ¿realmente existes?*

Eran cartas que ella le había escrito a su hermano desde la Casa Oscura, sin esperar que Nate las leyera, sin esperar que nadie las leyera. Eran más un diario que cartas, el único lugar donde podía derramar su horror, su tristeza, y su miedo. Ella sabía que las habían encontrado, que Charlotte las había leído, pero, ¿qué estaban haciendo en el cuarto de *Will*, de todos los lugares, escondidas entre las páginas de un libro?

—Tessa. —Era Jem. Se giró rápidamente, metiendo las cartas en el bolsillo de su abrigo mientras lo hacía. Jem estaba junto al buró, sosteniendo un cuchillo de plata en su mano—. Por el Ángel, este lugar es un basurero, no estaba seguro de ser capaz de encontrarlo. —Lo giró en sus manos—. Will no trajo mucho de su casa cuando vino aquí, pero sí trajo esto. Es una daga que su padre le dio. Tiene las marcas de aves de los Herondale en la hoja. Debe tener una impresión lo suficientemente fuerte de él para que podamos rastrearlo con ella.

A pesar de las alentadoras palabras, él estaba frunciendo el ceño.



—¿Qué sucede? —preguntó Tessa, cruzando la habitación hacia él.

—Encontré algo más —dijo—. Will siempre fue el que compraba mi… mi medicina por mí. Él sabía que yo despreciaba toda la transacción, encontrar Submundos dispuestos a venderla, pagar por las cosas… —Su pecho se elevó y cayó rápidamente, como si sólo hablar de ello lo enfermara—. Yo le daría el dinero, y allá iría. Encontré una factura, sin embargo, por la última transacción. Parece ser que las drogas, la medicina, no costaban lo que yo pensaba.

—¿Quieres decir que Will ha estado engañando por dinero? —Tessa estaba sorprendida. Will podía ser horrible y cruel, pensó, pero de alguna manera había pensado que su crueldad tenía un orden más refinado que ese. Menos mezquino. Y hacerle eso a Jem, de todas las personas…

—Todo lo contrario. Las drogas cuestan mucho más de lo que dijo que costaban. Debe haber estado pagando la diferencia de alguna forma. —Todavía frunciendo el ceño, deslizó la daga en su cinturón—. Lo conozco mejor que nadie más en el mundo —dijo con total naturalidad—. Y aún así, todavía encuentro que Will tiene secretos que me sorprenden.

Tessa pensó en las cartas metidas en el libro de Dickens, y lo que pretendía decirle a Will sobre ellas cuando lo volviera a ver. —En efecto —dijo ella—. Aunque no es tan misterioso, ¿verdad? Will haría cualquier cosa por ti.

—No estoy seguro de llevarlo tan lejos. —El tono de Jem era irónico.

—Por supuesto que lo haría —dijo Tessa—. Cualquiera lo haría. Eres tan amable y tan bueno.

Ella se calló, pero los ojos de Jem ya se habían ampliado. Se veía sorprendido, como si no estuviera acostumbrado a tales elogios, pero seguramente debía estarlo, pensó Tessa, confundida. Seguramente todo el que lo conocía, sabía cuán afortunados eran. Sintió que sus mejillas se calentaban otra vez, y se maldijo. ¿*Qué* estaba pasando?

Un débil traqueteo venía de la ventana; Jem se volvió después de una breve pausa. —Ese debe ser Cyril —dijo él, y había un trasfondo ligero y áspero en su voz—. Yo… le pedí que trajera el carruaje. Será mejor que vayamos.

Tessa asintió, sin palabras, y lo siguió desde la habitación.

***

Cuando Jem y Tessa salieron del Instituto, el viento seguía sopando en el patio, enviando hojas secas a deslizarse en círculos como hadas bailarinas. El cielo estaba cargado con una nieve amarilla, la luna era un disco dorado detrás de ella. Las palabras en latín sobre las puertas del Instituto parecían brillar, remarcadas por la luz de la luna: *Somos polvo y sombras*.

Cyril, esperando con el carruaje y los dos caballos, Balios y Xanthos, parecía aliviado de verlos; ayudó a Tessa a subir al coche, Jem la siguió, y después se lanzó al asiento del conductor. Tessa, sentada del lado opuesto al de Jem, observó con fascinación mientras sacaba ambas, la daga y la estela de su cinturón; manteniendo la daga en la mano derecha, trazó una runa en la parte posterior de esa mano con la punta de su estela. Para Tessa se veía como se veían todas las Marcas, una onda de líneas ondulantes ilegibles, dando vueltas hasta conectarse unas con otras en pronunciados patrones negros.

Él bajó la mirada hacia sus manos, luego cerró los ojos, su rostro quieto con intensa concentración. Justo cuando los nervios de Tessa comenzaban a cantar con impaciencia, abrió los ojos de golpe. —Brick Lane, cerca de Whitechapel High Street —dijo medio para sí mismo; regresando la daga y la estela a su cinturón, se inclinó fuera de la ventana, y ella lo escuchó repetirle las palabras a Cyril. Un momento después, Jem estaba de nuevo en el carruaje, cerrando la ventana contra el aire frío, y se estaban deslizando y chocando hacia delante sobre los adoquines.

Tessa respiró hondo. Había estado dispuesta a ir a buscar a Will durante todo el día, preocupada por él, preguntándose dónde estaba; pero ahora que estaban rodando en el oscuro corazón de Londres, todo lo que ella podía sentir era miedo.

9
Medianoche Salvaje

*Traducido por K_ri^^*

Medianoches salvajes y días hambrientos,
Y amores que complementan y controlan
Todos los placeres de la carne, todos los dolores
Que desgastan el alma.

—Algernon Charles Swinburne, "Dolores"

Tessa mantuvo la cortina corrida en su lado del carruaje, con los ojos fijos en el cristal de la ventana, mientras pasaban a lo largo de la calle Fleet hacia Ludgate Hill. La niebla amarilla se había espesado, y podía distinguir muy poco a través de ella: las formas oscuras de la gente corriendo de aquí para allá, las palabras confusas de los carteles de publicidad pintados en las paredes de los edificios. De vez en cuando, la niebla se disipaba y obtenía una visión clara de algo: una niña con racimos marchitos de lavanda, exhausta, apoyada contra una pared, un afilador cansado empujando su carro camino a casa, un caja de fósforos con el emblema de la Bryant&May's[17] brillando de repente en la oscuridad.

—Arrójalos lejos —dijo Jem. Recostándose nuevamente sobre el asiento frente a ella, sus ojos brillaban en la oscuridad. Se preguntó si había tomado algo de su droga antes de salir, y si así era, cuánta.

—¿Perdón?

Él imitó el acto de encender un fósforo, soplando para apagarlo, tirando el resto por encima del hombro. —Es así como les llaman a los fósforos aquí "arrójalos lejos", ya después de usarlos los lanzas lejos. Es también como les dicen a las chicas que trabajan en las fábricas de fósforos.

---

[17]Bryant&May's es una empresa del Reino Unido creada a mediados del siglo XIX, específicamente para la elaboración de cerrillas o fósforos.

Tessa pensó en Sophie, y en lo fácil en que habría podido convertirse en una de esas "arrójalos lejos", si Charlotte no la hubiera encontrado. —Eso es cruel.

—Estamos entrando a la parte cruel de esta ciudad, llegamos al East End. Los barrios pobres. —Se inclinó hacia adelante—. Quiero que seas cuidadosa y te mantengas cerca de mí.

—¿Sabes lo que Will estaba haciendo aquí? —preguntó Tessa, medio asustada de la posible respuesta. Pasaban justamente por la gran edificación de San Pablo, que se alzaba por encima de ellos como una reluciente lápida de mármol gigante.

Jem negó con la cabeza. —No lo sé. Sólo tengo un presentimiento, una imagen fugaz de la calle, gracias al hechizo de rastreo. Te diré, sin embargo, que hay pocas razones inofensivas por las que un caballero quiera ir "detrás de la Capilla" por la noche.

—Él podría estar apostando...

—Podría estarlo —coincidió Jem, aunque sonaba como si lo dudara.

—Dijiste que lo habías sentido. Aquí. —Tessa se tocó el corazón—. Que algo le había sucedido. ¿Eso es porque eres su *parabatai*?

—Sí.

—Así que hay mucho más en ser *parabatai* que simplemente jurar cuidar uno del otro. Hay algo *místico* en ello.

Jem le sonrió, y su sonrisa fue como una luz que al encenderse iluminaba todas las habitaciones de una casa. —Somos Nefilims. Cada uno de los pasajes de nuestra vida tiene un cierto componente místico, nuestros nacimientos, nuestras muertes, nuestros matrimonios, todo tiene una ceremonia. Hay una que debes realizar, si deseas convertirte en el *parabatai* de alguien. Le debes preguntar primero, por supuesto. No es un compromiso pequeño.

—Se lo preguntaste a Will —adivinó Tessa.

Jem negó con la cabeza, sin dejar de sonreír. —Él me lo preguntó a mí —dijo—. O mejor dicho, me lo exigió. Estábamos entrenando con espadas, en la sala de armas. Él me lo preguntó y yo le dije que no, que se merecía a alguien que fuera a vivir, para que pudiera cuidar de él toda su vida. Me apostó que

conseguiría desarmarme, y que si lo lograba, tendría que ser su hermano de sangre.

—¿Y lo consiguió?

—En nueve segundos. —Jem sonrío—. Me acorraló contra la pared. Debió haber estado practicando sin que yo lo supiera, porque nunca habría aceptado de haber sabido que era tan bueno con la espada. Las dagas siempre han sido sus armas. —Se encogió de hombros—. Teníamos trece años. Hicimos la ceremonia cuando cumplimos los catorce. Ahora han pasado tres años y no puedo imaginar no tener un *parabatai*.

—¿Por qué no quisiste hacerlo? —preguntó Tessa un poco vacilante—. La primera vez que te lo preguntó.

Jem se pasó una mano por el cabello plateado. —La ceremonia que te une— dijo—. Te hace más fuerte. Cada uno puede aprovechar la fuerza del otro. Te haces más consciente de la presencia del otro, por lo que puedes moverte sin problemas en una batalla. Hay runas que puedes usar si eres parte de una pareja *parabatai* que de otra manera no podrías utilizar. Pero... puedes elegir sólo un *parabatai* en tu vida. No puedes tener un segundo, incluso si el primero muere. Considerándolo, no creo ser una muy buena opción.

—Me parece una regla dura.

Jem dijo algo, entonces, en un idioma que no entendía. Sonaba como *khalepa ta kala*.

Ella frunció el ceño. —¿Eso es latín?

—Griego —dijo—. Tiene dos significados. Significa que las cosas que valen la pena tener; las cosas buenas, puras, honestas y nobles, son las más difíciles de obtener. —Se inclinó hacia delante, más cerca de ella. Podía oler el dulce aroma de la droga en él, y el sabor de debajo de su piel—. Significa también otra cosa.

Tessa pasó saliva. —¿Y qué es?

—Significa "La belleza es dolorosa".

Ella bajó la vista hacia sus manos. Manos delgadas, finas, capaces, de uñas cortas y cicatrices en los nudillos. ¿Habría algún Nefilim sin cicatrices? —Estas

palabras tienen un atractivo especial para ti, ¿no? —preguntó ella en voz baja—. Las que están en lenguas muertas. ¿Por qué?

Estaba lo suficientemente cerca de ella que sintió su aliento cálido en la mejilla cuando exhaló. —No puedo estar seguro —dijo—. Aunque creo que tiene algo que ver con la claridad que hay en ellas. Griego, latín, sánscrito; contienen verdades puras, en vez del desorden de nuestro idioma por tantas palabras inútiles.

—¿Pero cuál de tus idiomas? —dijo ella en voz baja—. ¿Es el que creciste hablando?

Sus labios temblaron. —Crecí hablando inglés y chino mandarín —dijo—. Mi padre hablaba inglés, y un mal chino. Después de mudarnos a Shanghai, fue aún peor. El dialecto era apenas entendible para una persona que hablara mandarín.

—Di algo en mandarín —dijo Tessa con una sonrisa.

Jem dijo algo rápido, que sonaba como una gran cantidad de vocales y consonantes entrecortada y dichas juntas, su voz subía y bajaba melódicamente. *—Ni henpiaoliang.*

—¿Qué dijiste?

—Dije que un mechón de tu pelo esta suelto. Mira —dijo, y extendió la mano y acomodó el rizo suelto detrás de su oreja. Tessa sintió que el rubor inundaba sus mejillas, y se alegró de la poca luz que había en el carruaje—. Debes de tener cuidado —dijo, retirando su mano lentamente, con sus dedos rozando su mejilla—. No querrías que el enemigo te sujete de él

—Oh, sí, por supuesto. —Tessa volteó rápidamente hacia la ventana y miró. La espesa niebla amarilla se había retirado un poco de las calles, pero aún no podía distinguir suficientemente bien. Estaban en una estrecha calle, aunque, para los estándares de Londres, tal vez era amplia. El aire se sentía espeso y grasoso por la niebla y el polvo del carbón, las calles estaban llenas de gente. Sucios y vestidos con harapos, se apoyaban contra las paredes de los edificios aparentemente ebrios, con los ojos fijos en los carruajes que transitaban por ahí, mirándolos como perros hambrientos tras el rastro de un hueso. Tessa vio a una mujer envuelta en un chal, con una cesta de flores colgando a un lado, un bebé sobresalía por la esquina de uno de sus hombros envuelto en el chal. Sus ojos

estaban cerrados, su piel tan pálida como la nata, se veía enfermo, o muerto. Niños descalzos, tan sucios como los gatos sin hogar, jugaban juntos por las calles, las mujeres se sentaban apoyadas unas contra otras en las escalinatas de los edificios, evidentemente ebrias. Los hombres eran los peores de todos, se desplomaban contra las paredes de las casas, suciamente vestidos con abrigos y sombreros remendados, la desesperación se reflejaba en sus rostros, como las marcas en las lápidas.

—Los londinenses ricos de Mayfair y de Chelsea suelen realizar excursiones a medianoche por distritos como este —dijo Jem, con su voz inusualmente amarga—. Los llaman los barrios bajos.

—¿No se detienen para ayudar de alguna manera?

—La mayoría de ellos, no. Sólo quieren mirar, para que al volver a casa puedan hablar en sus fiestas de té de cómo se ven en la vida real los "cargadores “o a las "prostitutas" o a los "Temblorosos Jemmys". La mayoría de ellos nunca salen de los carruajes.

—¿Qué es un Tembloroso Jemmy?

Jem la miró con sus ojos plateados. —Un mendigo congelándose —dijo—. Alguien que se está muriendo por el frío.

Tessa pensó en el grueso papel pegado sobre las grietas en las ventanas de su apartamento en Nueva York. Al menos había tenido un dormitorio, un lugar para descansar, y tía Harriet siempre tenía té o sopa caliente en la pequeña cocina. Había sido afortunada.

El carruaje se detuvo en una desagradable esquina. En la acera de enfrente las luces de una taberna se derramaban en la calle, al igual que un grupo de borrachos, algunos apoyaban los brazos en mujeres, que portaban sus vestidos de colores brillantes manchados y sucios con gran cantidad de maquillaje en las mejillas. En alguna parte, alguien cantaba "La Cruel Lizzie Vicker."

Jem la tomó de la mano. —No puedo protegerte con el glamour de las miradas de los mundanos —dijo—. Así que mantén tu cabeza baja y mantente cerca de mí.

Tessa sonrió sarcásticamente, pero no retiró su mano de la suya. —Ya me lo habías dicho.

Él se inclinó y le susurró al oído. Su respiración le produjo un escalofrío por todo el cuerpo. —Es que es muy importante.

Pasó a su lado hacia la puerta y la abrió. Saltó a la acera y la ayudó a bajar después de él, atrayéndola a su lado. Tessa miró hacia ambos lados de la calle. Recibieron algunas miradas curiosas de entre la multitud, pero a la mayoría les fueron indiferentes. Se dirigieron hacia una puerta estrecha, pintada de rojo. Tenía algunos escalones, pero a diferencia de los demás escalones de la zona, éstos estaban vacíos. Nadie estaba sentado en ellos. Jem los subió rápidamente, arrastrándola detrás de él, y golpeó fuertemente la puerta.

Tras un momento fue abierta por una mujer que portaba un largo vestido rojo, tan entallado que los ojos de Tessa se agrandaron. Recogía y sujetaba el pelo negro en su cabeza con un par de palillos de oro. Tenía la piel muy pálida, y el borde de sus ojos con maquillaje oscuro, pero tras un examen más minucioso, Tessa se dio cuenta de que era blanca y no extranjera. Su boca un trazo malhumorado en rojo. Miro a ambos lados antes de posar su mirada en Jem.

—No. —dijo—. Nefilims no.

Intentó cerrar la puerta, pero Jem había atravesado su bastón, sacando su hoja afilada y dejando la funda, para mantener la puerta abierta. —No hay problema —dijo—. No estamos aquí por la Clave. Es personal.

Ella entrecerró los ojos.

—Estamos buscando a alguien — dijo—. Un amigo. Si nos lleva hasta él, no la molestaremos más.

En ese momento, echó la cabeza hacia atrás y se rió. —Sé a quién está buscando —dijo—. Sólo hay uno de su clase aquí. —Se retiró de la puerta con un gesto de desprecio. Con un silbido, el arma de Jem se deslizó nuevamente en su funda, entró y esperó bajo el dintel, a que Tessa se uniera a él.

Más allá de la puerta se extendía un estrecho corredor. Un olor dulce y fuerte se cernía en el aire, como el que se desprendía de la ropa de Jem después de haber tomado su medicamento. Su mano apretó involuntariamente la suya. —Aquí es donde Will viene a comprar mi… donde compra lo que necesito —le susurró, inclinando tanto la cabeza que sus labios casi le tocan la oreja—. Aunque no sé por qué estaría aquí ahora...

La mujer que había abierto la puerta los miró por encima del hombro mientras avanzaba por el pasillo. Tenía una abertura en la parte de atrás del vestido, que mostraba gran parte de sus piernas, y el final de una larga y delgada cola en forma de horquilla, con líneas negras y blancas como las escamas de una serpiente. Ella era una bruja, Tessa meditó sobre esto y sintió un gran peso en el corazón. Ragnor, las Hermanas Oscuras y esta mujer, ¿por qué los brujos siempre parecían tan siniestros? Quizás con excepción de Magnus, pero tenía la sensación de que Magnus era una excepción a muchas reglas.

El pasillo desembocaba en una gran sala, con las paredes pintadas de un rojo intenso. Grandes lámparas colgaban del techo, sus caras talladas y pintadas con tracería delicada arrojaban luz y creaban dibujos en las paredes. A lo largo de las paredes se alzaban literas, como el interior de un barco. Una gran mesa redonda dominaba el centro de la habitación. En ella se encontraba un grupo de hombres, con la piel del mismo color rojo sangre de las paredes, y el pelo negro recortado casi al ras de sus cabezas. Sus manos terminaban en garras de color negro azulado que también habían sido recortadas, probablemente para maniobrar con mayor facilidad al seleccionar y mezclar los diversos polvos y pócimas que se encontraban extendidos ante ellos. Los polvos parecían brillar y centellar bajo la luz de la lámpara, como joyas pulverizadas.

—¿Esto es un fumadero de opio? —susurró Tessa al oído de Jem.

Sus ojos recorrían la sala con ansiedad. Podía sentir la tensión en él, como un repiqueteo debajo de la piel, como el rápido latir del corazón de un colibrí. —No. —Él parecía distraído—. En realidad no, en su mayoría son drogas demoniacas y polvos de hada. Los hombres en la mesa, son *efrits*. Brujos sin poderes.

La mujer del vestido rojo se inclinó sobre el hombro de uno de los efrits. Juntos miraron de arriba abajo a Tessa y a Jem, pero sus ojos permanecieron en Jem. A Tessa no le gustaba la forma en que lo miraban. La bruja estaba sonriendo, la mirada del efrit era calculadora. La mujer se enderezó y se dirigió hacia ellos, moviendo las caderas como si trajera un metrónomo debajo de su ajustado vestido de satén.

—Madran dice que tenemos lo que quieres, chico de plata —dijo la bruja, acariciando con su uña rojo sangre la mejilla de Jem—. No hay necesidad de fingir.

Jem se estremeció de nuevo, apartándose de su contacto. Tessa nunca lo había visto tan nervioso.

—Ya lo dije, estamos aquí por un amigo —le espetó—. Un Nefilim. De ojos azules y pelo negro —Su voz se elevó—. ¿Ta xianzaizaina li?[18]

Ella lo miró por un momento, luego sacudió la cabeza. —Usted es un tonto —dijo—. Queda muy poco *yin fen*, y en cuento se acabe, morirá. Nos esforzamos para obtener más, pero últimamente es muy demandado.

—Ahórrenos sus intentos de vendernos mercancía —dijo Tessa, repentinamente enfadada. No podía soportar mirar la cara de Jem, parecía como si cada palabra lo cortara como un cuchillo. No le extrañaba que Will tuviera que comprar su remedio—. ¿Dónde está nuestro amigo?

La bruja silbó, se encogió de hombros y señaló hacia una de las literas atornilladas en la pared.

—Allí.

Jem palideció mientras Tessa comenzaba a mirar. Los ocupantes estaban tan tranquilos que al principio había pensado que las camas estaban vacías, pero ahora al mirar más de cerca, se dio cuenta de que cada una estaba ocupada por una figura tendida. Algunos sobre sus costados, otros con los brazos al borde de la cama, o con las manos extendidas, la mayoría estaban tendidos de espaldas, con los ojos abiertos, mirando al techo o la litera por encima de ellos.

Sin decir una palabra, Jem comenzó a avanzar a través de la habitación, con Tessa pisándole los talones. A medida que se acercaba a las camas, se dio cuenta de que no todos los ocupantes eran humanos. Pieles azules, violetas, rojas y verdes brillaban mientras pasaba, un pelo verde, y entrelazado como una red de algas descansaba contra una almohada sucia, unos dedos con garras se apoderaron de los costados de madera de una cama cuando otra persona se quejó. Alguien más se reía en voz baja, sin esperanza, un sonido más triste que si estuviera llorando, otra voz repetía una canción para niños una y otra y otra vez:

"Naranjas y limones
Dicen las campanas de San Clemente
¿Cuando me podrán pagar?

[18] En chino: ¿Dónde está?

Tocan las campanas de Old Bailey
Cuando me haga rico
Dicen las campanas de Shoreditch…"

—Will —susurró Jem. Él se había detenido en una litera a mitad de la pared, y se apoyó contra ella, como si sus piernas amenazaran con ceder.

Acostado en la cama estaba Will, medio enredado en una manta oscura. Llevaba sólo unos pantalones y una camisa, el cinturón de armas colgaba de un clavo en el interior de la litera. Sus pies estaban descalzos, con los ojos entrecerrados, el color azul apenas era visible por debajo de sus oscuras pestañas. Su pelo estaba empapado en sudor, y se le pegaba a la frente, las mejillas estaban de un rojo brillante y con fiebre. Su pecho subía y bajaba entrecortadamente, como si estuviera teniendo problemas para tomar aliento.

Tessa extendió la mano y puso el dorso en la frente. —Está ardiendo, Jem —dijo en voz baja—. Jem, hay que sacarlo de aquí.

El hombre en la litera de al lado seguía cantando. No es que él fuera un hombre, exactamente. Su cuerpo era corto y retorcido, sus pies descalzos terminaban en pezuñas.

"¿Cuándo será eso?
Dicen las campanas de Stepney
No lo sé,
Contesta la gran campana de Bow."

Jem sin moverse, no aparataba la mirada de Will. Parecía congelado. Su rostro cambiaba de blanco a rojo.

—¡Jem! —susurró Tessa—. Por favor. Ayúdame a ponerlo de pie. — Cuando Jem no se movió, ella extendió la mano, hasta el hombro de Will y lo sacudió—. Will, Will despierta, por favor.

Will sólo gimió y se apartó de ella, enterrando la cabeza en su brazo. Él era un Cazador de Sombras, pensó, un metro ochenta de huesos y músculos, demasiado pesado para que ella lo levantara. A menos que…

—Si no me ayudas —dijo Tessa a Jem—. Te lo juro, me transformaré en ti, y lo llevaré yo misma. Y entonces todo el mundo aquí verá como luces en un vestido. —Ella le clavó una mirada—. ¿Lo entiendes?

Muy despacio, levantó los ojos y los fijó en los de Tessa. No se perturbó por la idea de que los efrits lo vieran portando un vestido, no demostró que le importara en absoluto. Era la primera vez que recordaba haber visto sus ojos de plata sin ningún tipo de luz detrás de ellos. —¿En serio? —dijo, y metió la mano en la litera, sujetando a Will por el brazo y arrastrándolo de costado, teniendo tan poco cuidado que golpeó duramente la cabeza de Will, contra la baranda de la cama.

Will se quejó y abrió los ojos. —Déjame ir.

—Ayúdame con él —dijo Jem, sin mirar a Tessa, y juntos lucharon para sacar a Will de la litera. Estuvo a punto de caer, y deslizó su brazo alrededor de Tessa para mantener el equilibrio, mientras que Jem recuperaba su cinturón de armas que colgaba del clavo al lado de él.

—Dime que esto no es un sueño —murmuró Will, recostando la cara al lado de su cuello. Tessa dio un salto. Se sentía febrilmente caliente contra su piel. Sus labios le rozaron los pómulos, eran tan suaves como los recordaba.

—Jem —dijo Tessa desesperadamente, y Jem los miró, había estado abrochando el cinturón de Will por encima del suyo, y parecía claro que no había oído nada de lo que él había dicho. Se arrodilló para poner las botas en los pies de Will, luego se levantó para tomar por el brazo a su parabatai. Will parecía encantado con todo esto.

—Oh, qué bien —dijo—. Ahora estamos los tres juntos.

—Cállate —dijo Jem.

Will rió. —Escucha, Carstairs, traes lo suficiente contigo, ¿verdad? Estoy hasta el cuello, pero estoy seco.

—¿Qué te dijo? —Tessa estaba desconcertada.

—Él quiere que pague por sus medicamentos. —La voz de Jem era dura—. Ven. Lo llevaremos al carruaje, y volveré con el dinero.

Mientras se dirigían hacia la puerta, Tessa oyó la voz del hombre de las pezuñas hendidas detrás de ellos, tan suave y clara como un soplo de música a través de los juncos, terminando en una sonora carcajada.

"Aquí viene una vela para iluminar tu
cama,
¡Y aquí viene un hacha para cortar
Tu cabeza!"

* * *

Incluso el aire sucio de Whitechapel parecía limpio y fresco después de la peste del incienso dulzón del fumadero de drogas de hada. Tessa casi tropezó al bajar las escaleras. El carruaje por suerte aún estaba en la acera, y Cyril ya estaba descendiendo del asiento, en dirección a ellos, la preocupación se reflejaba abiertamente en su gran rostro.

—¿Está bien, entonces? —dijo, tomando el brazo que Will había posado sobre los hombros de Tessa y echándolo sobre los suyos. Tessa se deslizó a un lado con gratitud, su espalda había empezado a doler.

Como era de esperar, a Will no le gustó esto. —Déjame ir —dijo con repentina irritación—. Déjame ir. Puedo mantenerme en pie.

Jem y Cyril se miraron y luego se separaron. Will se tambaleó, pero se mantuvo en posición vertical. Alzó la cabeza, el viento frío levantó el pelo sudoroso de su cuello y frente, llevándolo hasta sus ojos. Tessa pensó en él de pie en la azotea del Instituto: *Y he aquí en Londres, una horrible maravilla Humana de Dios*.

Él miró a Jem. Sus ojos de un profundo azul, sus mejillas encendidas, sus rasgos parecían angelicales. —No tenías que haber venido a buscarme como si fuera un niño. Me la estaba pasando muy bien.

Jem le devolvió la mirada. —Maldito seas —dijo, golpeándolo en la cara, haciendo que Will perdiera el equilibrio. No cayó, pero tuvo que recostarse contra el carruaje, con su mano en la mejilla. Su boca sangraba, y miraba a Jem totalmente asombrado.

—Haz que entre al carruaje —dijo Jem a Cyril, y dándose la vuelta, regresó por la puerta roja para pagar por cualquier cosa que Will hubiera tomado, pensó Tessa. Will aún lo miraba, mientras la sangre enrojecía su boca.

—¿James? —dijo.

—Vamos, entonces —dijo Cyril, con amabilidad. Realmente era muy como Thomas, pensó Tessa mientras abría la puerta del coche y ayudaba a Will y luego a ella a pasar a su interior. Él le dio un pañuelo de bolsillo. Era cálido y olía a agua de colonia barata. Ella sonrió y le dio las gracias mientras cerraba la puerta.

Will se había desplomado en la esquina del carruaje, abrazándose a sí mismo, y con los ojos entre abiertos. La sangre le goteaba por la barbilla. Ella se inclinó y apretó el pañuelo en su boca, él se acercó y puso su mano sobre la suya, dejándola allí. —He provocado un lío —dijo—. ¿No?

—Y uno terrible, me temo —dijo Tessa, tratando de no notar el calor de su mano sobre la suya. Incluso en la oscuridad del carruaje, sus ojos eran luminosamente azules. ¿Qué fue lo que Jem había dicho, sobre la belleza? La belleza es dolorosa. ¿La gente perdonaría a Will las cosas que hacía si fuera feo? ¿Y esto le ayudaría, al final, a ser perdonado? Sin embargo, no podía evitar sentir que él hacía las cosas que hacía, no porque se quisiera demasiado, sino porque se odiaba. Y ella no sabía por qué.

Cerró los ojos. —Estoy tan cansado, Tess —dijo—. Sólo quería tener sueños agradables, por una sola vez.

—Esta no es la manera de obtenerlos, Will —dijo en voz baja—. No se puede comprar drogas o sueños para escapar del dolor.

Su mano apretó la suya.

La puerta del coche se abrió. Tessa se retiró a toda prisa de Will. Era Jem, su cara parecía una tormenta, le dirigió una curiosa mirada a Will, se recostó en el asiento, llevó su bastón hasta el techo. —Cyril, vamos a casa —gritó, y después de un momento, el carruaje se precipitó hacia delante en la noche. Jem extendió la mano y corrió las cortinas de las ventanas. En la penumbra, Tessa deslizó el pañuelo en su manga. Todavía estaba húmedo con la sangre de Will.

Jem no dijo nada en todo el camino de regreso de Whitechapel, simplemente miró fríamente hacia delante con los brazos cruzados mientras que Will, apoyado en la esquina del carruaje, dormía con una leve sonrisa en su rostro. A Tessa, en medio de los dos, no se le ocurrió nada que decir para romper el silencio de Jem. Esto era tan completamente a diferente a él. Jem, que siempre era dulce, siempre amable, siempre optimista. Su expresión era peor ahora, totalmente en blanco, sus uñas exploraban la tela de su equipo, tenía los hombros rígidos por la rabia.

En el momento en que se detuvieron delante del Instituto, abrió la puerta y salió. Ella le oyó gritar algo a Cyril acerca de ayudar a Will a llegar a su habitación, y luego se alejó por las escaleras, sin cruzar ni una palabra con ella. Tessa estaba tan sorprendida, que por un momento sólo podía mirar cómo se marchaba. Se trasladó a la puerta del coche; Cyril ya estaba allí, alzando la mano para ayudarla a bajar. Apenas sus zapatos habían tocado los adoquines Tessa salió de prisa tras Jem, llamándolo por su nombre, pero él ya estaba en el interior del Instituto. Había dejado la puerta abierta para ella, y se precipitó tras él, sólo después de echar un breve vistazo para confirmar que Will estaba siendo ayudado por Cyril. Corrió por las escaleras, bajando la voz cuando se dio cuenta de que, por supuesto, todos dormían en el Instituto, las antorchas de luz mágicas brillaban tenuemente.

Primero fue a la habitación de Jem y llamó a la puerta, y cuando no hubo respuesta, lo buscó en los sitios que solía frecuentar: la sala de música, la biblioteca, pero al no encontrarlo, volvió desconsolada a su habitación para prepararse e ir a la cama. Vestía un camisón, su vestido satinado colgaba de la percha, se metió entre las sábanas de su cama y miró al techo. Incluso tomó del piso la copia de *Vathek* perteneciente a Will, pero por primera vez, la portada del poema no pudo causarle una sonrisa, y no podía concentrarse en la historia.

Se sobresaltó ante su propia angustia. Jem estaba enojado con Will, no con ella. Aun así, pensó, tal vez era la primera vez que había perdido los estribos frente a ella. La primera vez que la había tratado bruscamente, sin dirigirle palabras bondadosas, sin pensar en ella antes que en sí mismo...

Lo había dado por sentado, pensó con sorpresa y vergüenza, viendo la luz de las velas parpadeantes. Había asumido la bondad como algo tan natural e innato en él, que nunca se había preguntado si le costaba algún esfuerzo. Todo el esfuerzo que requería para estar entre Will y el mundo, protegiéndolos a uno

del otro. El esfuerzo para aceptar la pérdida de su familia con ecuanimidad. El esfuerzo por seguir siendo alegre y tranquilo cuando estaba de cara a su propia muerte.

Un ruido desgarrador, el sonido de algo siendo despedazado en la distancia, atravesó la habitación. Tessa se sentó de golpe. ¿Qué *fue* eso? Parecía haber venido de la puerta al otro lado del pasillo.

—¿Jem?

Se levantó de un salto y cogió su bata del perchero. Se apresuró a entrar en ella, y se lanzó por la puerta hacia el pasillo.

Había estado en lo correcto, el ruido venía del cuarto de Jem. Recordó la noche en que lo había conocido, y como por su puerta se derramaba la hermosa música de su violín. Este ruido no sonaba en nada como la música de Jem. Podía oír el arco contra la cuerda, sin embargo, sonaba como un grito, como una persona gritando por un dolor horrible. Anhelaba entrar pero sentía miedo de hacerlo, finalmente se apoderó de la perilla y abrió la puerta, se metió cerrando la puerta rápidamente después de ella.

—Jem —susurró.

Las antorchas ardían tenuemente en las paredes. Jem estaba sentado en el baúl a los pies de su cama, vestía apenas su camisa y los pantalones, con su pelo plateado alborotado y el violín apoyado en su hombro. Raspaba las cuerdas violentamente con el arco, produciendo sonidos horribles, como gritos. Mientras Tessa lo contemplaba, una de las cuerdas del violín se rompió con un chillido.

—¡Jem! —gritó otra vez, y cuando él no levantó la vista, cruzó la habitación y le arrebató el arco de las manos—. Jem, ¡detente! Tu violín, arruinarás tú amado violín.

Él la miró. Sus pupilas eran enormes, la plata de sus ojos sólo era un delgado anillo alrededor del negro. Respiraba con dificultad, con la camisa abierta por el cuello, el sudor caía sobre su clavícula. Sus mejillas estaban rojas. —¿Qué importa? —dijo en una voz tan baja que era casi un susurro—. ¿Qué me puede importar? Me estoy muriendo. No voy a sobrevivir a esta década. ¿Qué importa si el violín desaparece antes que yo?

Tessa estaba horrorizada. Nunca había hablado así acerca de su enfermedad, nunca.

Se puso de pie, se apartó de ella, y se dirigió a la ventana. Abriéndose paso a través de la niebla sólo un poco de luz de luna entraba en la habitación, podía percibir formas en la niebla blanca que se apretaba contra la ventana, fantasmas, sombras, rostros de burla. —Sabes que es verdad.

—Nada está decidido. —Su voz estaba sacudida—. Nada es inevitable. Una cura…

—No hay cura. —Ya no sonaba enojado, sólo resignado, que era casi peor—. Voy a morir, y tú lo sabes, Tess. Probablemente el próximo año. Me estoy muriendo, y no tengo familia en el mundo, y la única persona en la que confío más que en nadie, hace como deporte aquello que me está matando.

—Pero, Jem, no creo que eso sea lo que Will haya querido hacer en absoluto. —Tessa apoyó el arco contra los pies de la cama y se acercó a él, tímidamente, como si fuera un animal al que tuviera miedo de sorprender—. Estaba tratando de escapar. Está huyendo de algo, algo oscuro y terrible. Sabes cómo es, Jem. Ya has visto cómo se puso después de… después de lo de Cecily.

Se puso de pie justo detrás de él, lo suficientemente cerca para alcanzarlo y tocarle tentativamente el brazo, pero no lo hizo. Su camisa blanca estaba pegada a sus omóplatos por el sudor. Podía ver las Marcas en su espalda a través de la tela. Dejó caer el violín casi descuidadamente en el baúl y se volvió para mirarla. —Él sabe lo que significa para mí —dijo—. El verlo jugar incluso con lo que ha destruido mi vida…

—Pero él no estaba pensando en ti.

—Ya lo sé —Sus ojos casi eran negros ahora—. Siempre me digo que es mejor de lo que él mismo nos permite ver, pero, Tessa, ¿y si no lo es? Siempre he pensado, que si no tenía a nadie más, tenía a Will. Que si no tenía en mi vida nada más importante, al menos estaría siempre a su lado. Pero tal vez no debí hacerlo.

Su pecho subía y bajaba tan rápido, que la alarmó, puso el dorso de la mano en su frente y exclamó. —Estás ardiendo. Deberías estar descansando.

Él se estremeció y se apartó de ella, y ella dejó caer la mano, dolida. —Jem, ¿qué pasa? ¿No quieres que te toque?

—No así —estalló él, y luego enrojeció aun más que antes.

—¿Cómo? —Ella estaba desconcertada, honestamente, éste era el comportamiento que podría haber esperado de Will, pero no de Jem, este misterio, este enojo.

—Como si fueras una enfermera y yo tu paciente. —Su voz era firme, pero desigual—. ¿Crees que porque estoy enfermo, no quiero…? —Respiró entrecortadamente—. ¿Crees que no sé —dijo—, que cuando tomas mi mano, sólo lo haces para poder sentir mi pulso? ¿Crees que no sé qué cuando me miras a los ojos, sólo lo haces para ver la cantidad de droga que he tomado? Si yo fuera otro hombre, un hombre normal, podría tener esperanzas, incluso pretensiones, podría… —Sus palabras parecían atorarse, ya sea porque se dio cuenta de que había dicho demasiado o porque se había quedado sin aliento, estaba jadeando, sus mejillas sonrojadas.

Ella sacudió la cabeza, sus trenzas le hicieron cosquillas en el cuello. —Es la fiebre quien está hablando ahora, no tú.

Sus ojos se oscurecieron, y comenzó a alejarse de ella. —Ni siquiera puedes creer que te deseo —dijo en un susurro—. Que estoy suficientemente vivo, suficientemente sano.

—No. —Sin pensarlo, ella lo cogió del brazo. Se puso rígido—. James, no es en absoluto lo que quería decir.

Cerró los dedos alrededor de la mano que ella tenía en su brazo. Su mano quemaba su piel como fuego. Y entonces le dio la vuelta y la atrajo hacia sí.

Quedaron cara a cara, pecho a pecho. Su respiración le agitó el cabello. Sentía que la fiebre aumentaba en él como la niebla en el Támesis, sintió el golpeteo de la sangre a través de su piel, vio con una extraña claridad el pulso de su garganta, la luz pálida de su pelo en contraste con su pálido cuello. Aguijonazos de calor subían y bajaban por su piel, desconcertándola. Este era Jem, su amigo, tan constante y seguro como un latido del corazón. Jem no provocaba que su piel quemara o que su sangre corriera tan rápido por sus venas provocándole vértigo.

—Tessa —dijo. Lo miró. No había nada estable o confiable en su expresión. Sus ojos eran oscuros, sus mejillas sonrosadas. Cuando levantó la cara, él se inclinó, y puso sus labios entre los de ella. Se quedó paralizada por la sorpresa, se besaban. *Jem*. Estaba besando a Jem. Si los besos de Will eran fuego, los de Jem eran como el aire puro después de mucho tiempo de haber estado encerrada en la oscuridad. Su boca era suave y firme, una de sus manos acariciaba su cuello suavemente, guiando su boca a la suya. La otra mano sujetaba su cara, rozando gentilmente con el pulgar su mejilla. Sus labios sabían a azúcar quemada; por la dulzura de la droga, supuso. Su toque, sus labios, eran indecisos, y ella sabía por qué. A diferencia de Will, él se daba cuenta de que esto era impropio, que no debía tocarla, ni besarla, que ella debería apartarlo.

Pero no quería apartarlo. Ni siquiera mientras se preguntaba por qué razón estaba besándolo. Jem movió su cabeza rozándole los aretes, sintió que sus brazos se alzaban, como si tuvieran voluntad propia, enganchándose alrededor de su cuello, acercándolo.

Jadeó contra su boca. Él debió haber estado seguro de que ella lo alejaría ya que por un momento se quedó inmóvil. Sus manos se deslizaron sobre sus hombros, animándolo con toques suaves, murmurando contra sus labios que no se detuviera. Vacilante, le devolvió las caricias, y luego con mayor fuerza la besó una y otra vez, cada vez con mayor urgencia, ahuecando su cara entre sus ardientes manos, sus delgados dedos de violinista acariciaban su piel, haciéndola temblar. Sus manos se desplazaron por su espalda hacia su cintura, apretándola contra él, sus pies descalzos se deslizaron sobre la alfombra, y se tambalearon cayendo de espaldas sobre la cama.

Aferrando los dedos con fuerza en su camisa, Tessa hizo se pusiera sobre ella, soportando el peso de Jem encima de su cuerpo tuvo la sensación de que le estaba siendo devuelto algo que le había pertenecido desde siempre, algo que había perdido sin saberlo hace tiempo. Jem era liviano como un ave y su corazón latía con la misma velocidad; pasó las manos por su cabello, y era tan suave como imaginó que sería en sus más profundos sueños, igual que plumas entre sus dedos. Él no podía dejar de pasar sus manos sobre ella, asombrado. Trazaba un camino por su cuerpo, cuando se encontró con el lazo de su bata, lanzó una respiración entrecortada y se detuvo allí, con dedos temblorosos.

Su incertidumbre hizo que Tessa sintiera que el corazón se le expandía dentro de su pecho, su ternura era tan grande que no había nada más en su interior. Quería que Jem la viera, tal y como era, ella, Tessa Gray, sin ningún Cambio. Se agachó y soltó el lazo, deslizando la bata de sus hombros para que él la viera tan sólo con el blanco camisón de batista.

Ella lo miró, sin aliento, retirando el pelo suelto de su cara. Incorporándose sobre ella, él la miró y volvió a decir con voz ronca lo que le había dicho antes en el carruaje, cuando había tocado su cabello. —Ni henpiaoliang.

—¿Qué significa? —susurró ella, y esta vez él sonrió y dijo—: Significa que eres hermosa. No quise decírtelo antes, no quería que pensaras que me estaba tomando demasiadas libertades.

Ella extendió la mano y tocó su mejilla, luego la frágil piel de su garganta, donde la sangre latía con fuerza bajo la superficie. Sus pestañas como lluvia plateada, revolotearon hacia abajo, mientras seguía el movimiento de su dedo con los ojos.

—Tómatelas —susurró.

Se inclinó hacia ella, sus labios se encontraron de nuevo, y el choque de la sensación fue tan fuerte, tan poderoso, que ella cerró los ojos como si con esto pudiera ocultarse en la oscuridad. Murmuró algo, y la atrajo hacia él. Rodaron hacia un costado, con las piernas de ella alrededor de su cintura, sus cuerpos estrechándose más y más cerca, haciéndoles difícil el respirar, y sin embargo, no podían detenerse. Ella encontró los botones de su camisa, pero incluso cuando abrió los ojos, sus manos temblaban tanto que le dificultaban abrirlos. Torpemente, los liberó, rasgando la tela. Cuando él se encogió de hombros la camisa se le deslizó, y vio que sus ojos volvían a ser un rayo de plata pura. Sin embargo, sólo tuvo un momento para maravillarse por eso, ya que estaba demasiado ocupada admirando el resto de su cuerpo. Era delgado, en comparación a la musculatura de Will; pero había algo en su fragilidad que lo hacía hermoso, como las líneas suaves de un poema. *Como el Oro que late en la delgadez del aire*[19]. A pesar de que una capa de músculo aún le cubría el pecho, pudo ver las sombras en sus costillas. El colgante de jade que Will le había dado colgaba por debajo de su clavícula formando un ángulo.

---

[19] Esta es una línea del Poema de John Donne "*Una despedida donde se prohíbe llorar*".

—Lo sé —dijo, mirándose a sí mismo, conscientemente de cómo lucía—. Yo no… quiero decir… me veo…

—Hermoso —dijo, y lo decía en serio—. Eres hermoso, James Carstairs.

Sus ojos se agrandaron cuando ella lo volvió a tocar. Sus manos habían dejado de temblar. Y comenzaron a explorarlo, con fascinación. Su madre había tenido una copia muy antigua de un libro, recordó, sus páginas eran tan frágiles que podrían convertirse en polvo cuando se les tocaba, ahora sentía esa misma responsabilidad y ponía el mismo cuidado al pasar los dedos sobre las Marcas de su pecho, a través del hueco entre sus costillas y por la pendiente de su abdomen, estremeciéndose bajo su tacto, era tan frágil como maravilloso.

Él tampoco parecía capaz de dejar de tocarla. Sus manos de músico experto rozaron sus costados, y acariciaron sus piernas desnudas por debajo de su camisón. Él la tocaba como cuando sostenía a su amado violín, con una gracia suave y urgente que la dejó sin aliento.

Parecían compartir la fiebre ahora, y sus cuerpos ardían, su pelo estaba empapado en sudor, y se les pegaba en la frente y el cuello. A Tessa no le importaba, quería este calor, este dolor íntimo. Esta no era ella, se trataba de otra Tessa, la Tessa de un sueño que se comportaba así, y recordó el sueño de Jem en una cama rodeada por las llamas. Nunca había soñado que se quemaba con él. Quería más de este sentimiento, más de éste fuego, pero ninguna de las novelas que había leído decían lo que pasaría ahora. *¿Él* lo sabía? Will lo sabría, pensó, pero presintió que Jem, como ella, había estado siguiendo un instinto que corría en lo profundo de sus huesos. Sus dedos se desplazaron dentro del inexistente espacio entre ellos, buscando los botones que mantenían su camisón cerrado, se inclinó para besarle el hombro que había quedado al descubierto cuando la tela se deslizó a un lado. Nadie jamás le había besado la piel desnuda, y la sensación fue tan sorprendente que extendió una mano hacia la cabecera, tirando una almohada de la cama, golpeando con ella la pequeña a un costado. Se oyó el ruido de un choque. Un repentino olor dulce y oscuro, como de especias, llenó la habitación.

Con una sacudida Jem retiró sus manos, con expresión de horror en su rostro. Tessa se sentó, tirando de su camisón para cerrarlo, de repente consciente de sí misma. Jem miraba a un lado de la cama, y ella siguió su línea de visión. La caja de laca que contenía sus drogas se había caído y abierto. Una

gruesa capa de polvo brillante yacía en el suelo. Una tenue bruma plateada parecía surgir de ella, esparciendo el olor dulce y picante.

Jem la apartó, su brazo aún la rodeaba, pero ya no había pasión en su rostro, sino una expresión de horror. —Tess —dijo en voz baja—. No puedes tocar esas cosas. Podría ser peligroso para tu piel si lo tocas. Incluso si sólo lo respiras, Tessa, debes irte.

Pensó en Will, ordenándole salir del ático. ¿Esta sería siempre la forma, un chico la besaría y luego la despediría como se despide a un sirviente indeseado? —No me iré —estalló—. Jem, puedo ayudarte a limpiarlo. Yo soy…

Tu amiga, estuvo a punto de decir. Pero lo que habían estado haciendo no era lo que hacían los amigos. ¿Qué era ella para él?

—Por favor —dijo en voz baja. Tenía la voz ronca. Ella reconoció la emoción. Era vergüenza—. No quiero que me veas de rodillas, recogiendo del piso la droga que necesito para vivir. Es algo que ningún hombre querría que la chica que él... —Respiró temblando—. Lo siento, Tessa.

¿La chica que él qué? Pero no pudo preguntarlo; estaba abrumada, con lástima, con simpatía, en shock por lo que habían estado haciendo. Se inclinó y le besó en la mejilla. Él no se movió mientras se deslizaba de la cama, recogía su bata, y salía en silencio de la habitación.

* * *

El corredor era el mismo que había sido cuando Tessa había cruzado hace unos ¿momentos, horas, minutos? antes: la penumbra y la suave luz se extendían a lo largo y en ambos sentidos. Había entrado en su dormitorio y estaba a punto de cerrar la puerta cuando sus ojos captaron un destello de movimiento en el extremo del pasillo. El instinto la mantuvo en su lugar, con la puerta casi cerrada, pegando el ojo a la grieta apenas abierta.

El destello lo producía una persona que caminaba por el pasillo. Un chico de pelo rubio, pensó por un momento, en la confusión, pero no, era Jessamine, Jessamine vestida de chico. Llevaba un pantalón y una chaqueta abierta sobre un chaleco, y un sombrero en la mano, su largo cabello rubio atado detrás de la cabeza. Ella miró hacia atrás mientras se apresuraba por el pasillo, como si tuviera miedo de que la siguieran.

Unos momentos más tarde había desaparecido por una esquina, perdiéndose de vista.

Tessa cerró la puerta, con la mente acelerada. ¿Qué demonios fue eso? ¿Qué hacía Jessamine en la oscuridad de la noche, vagando por el Instituto y vestida como un chico? Después de colgar la bata, Tessa fue a acostarse. Se sentía cansada hasta la médula de los huesos, el tipo de cansancio que había sentido la noche en que su tía murió, como si su cuerpo hubiera agotado la capacidad de sentir emociones. Cuando cerró los ojos, vio la cara de Jem, y luego, la de Will cuando puso la mano en su boca ensangrentada. Recuerdos de los dos se arremolinaban en su cabeza hasta que cayó finalmente dormida, y no estaba segura de sí estaba soñando con besar a uno de ellos, o a los dos.

10

La Virtud de los Ángeles

Traducido por Flor_18
Corregido por Pamee

La virtud de los ángeles es que no pueden decaer; su defecto es que no pueden mejorar. El defecto del hombre es que puede decaer; y su virtud es que puede mejorar.

—Dicho Hasidic[20]

Supongo que todos saben a estas horas —señaló Will en el desayuno a la mañana siguiente— que fui a un antro de opio anoche.

Era una mañana apagada. Había amanecido lluvioso y gris, y el Instituto se sentía sobrecargado, como si el cielo estuviera presionándolo. Sophie entraba y salía de la cocina llevando humeantes bandejas de comida, su pálida cara lucía afligida y humilde; Jessamine estaba decaída sobre su té; Charlotte se veía fatigada e indispuesta por su noche en la biblioteca; y los ojos de Will estaban hundidos, su mejilla amoratada allí donde Jem lo había golpeado. Sólo Henry, leyendo el periódico con una mano mientras atacaba a sus huevos con la otra, parecía tener energía.

Jem resaltaba por su ausencia. Cuando Tessa había despertado esa mañana, había flotado por un momento en un dichoso estado de olvido, los eventos de la noche anterior estaban detrás de una cortina empañada. Luego, se había sentado rápido, con el horror absoluto cayendo sobre ella como una ola de agua hirviendo.

¿Realmente había hecho todas esas cosas con *Jem*? Su cama, sus manos sobre ella, las drogas desparramadas. Ella había levantado su mano y tocado su cabello. Caía libre sobre sus hombros, donde Jem lo había acomodado desarmando su trenza. *Oh, Dios*, pensó. *Realmente hice todo eso; esa era yo*. Había presionado sus manos sobre sus ojos, sintiendo una abrumadora mezcla de confusión, aterradora felicidad, por la que no podía negar que había sido

[20] Palabra hebrea: significa piadoso.

maravilloso a su manera, horror ante ella misma, y espantosa y total humillación.

Jem pensaría que ella había perdido completamente el control de su persona. No era de extrañar que no pudiera enfrentarla en el desayuno. Apenas podía enfrentarse a ella misma en el espejo.

—¿Me escucharon? —dijo Will de nuevo, claramente decepcionado por la reacción ante su anuncio—. Dije que fui a un antro de opio anoche.

Charlotte levantó la vista de su tostada. Lentamente dobló su periódico, lo puso en la mesa a su lado y bajó sus lentes de lectura sobre su nariz respingada. —No —dijo ella—. Ese indudablemente glorioso aspecto de tus recientes actividades nos era desconocido, de hecho.

—¿Así que allí habías estado todo este tiempo? —preguntó Jessamine, indiferente, tomando un cubo de azúcar del platillo y mordiéndolo—. ¿Eres ahora uno de esos adictos sin esperanzas? Dicen que sólo se necesitan una dosis o dos.

—No era en realidad un antro de *opio* —protestó Tessa, antes de que pudiera refrenarse—. Es decir, parecían tener más un negocio de polvos mágicos y cosas así.

—Entonces tal vez no un antro de opio precisamente —dijo Will—. Pero aún así un antro. ¡De vicio! —agregó, resaltando esta última parte clavando su dedo en el aire.

—Oh, cariño, no uno de esos lugares que manejan ifrits[21] —Charlotte suspiró—. En serio, Will.

—Exactamente uno de esos lugares —dijo Jem, entrando en la habitación del desayuno y deslizándose en una silla al lado de Charlotte, lo más lejos posible de Tessa, notó ella, con un sentimiento punzante en su pecho. Él tampoco la miró. —En Whitechapel Hight Street.

—¿Y cómo es que tú y Tessa saben tanto al respecto? —preguntó Jessamine, quien parecía revitalizada o por su ingesta de azúcar o por la promesa de algún buen chisme, o por las dos.

[21] Espíritus por debajo del nivel de los ángeles que resaltan por su fuerza y astucia.



—Usé un hechizo de rastreo para encontrar a Will anoche —dijo Jem—. Me estaba preocupando por su ausencia. Pensé que tal vez había olvidado el camino de regreso al Instituto.

—Te preocupas demasiado —dijo Jessamine—. Es tonto.

—Estás en lo correcto. No cometeré ese error nuevamente —dijo Jem, estirándose por el plato de kedgeree[22]—. Y resultó ser que Will no estaba necesitando mi ayuda en lo absoluto.

Will miró a Jem pensativo. —Parece que he despertado con lo que llaman un lunes negro —dijo, señalando su piel amoratada debajo de su ojo—. ¿Alguna idea de dónde lo obtuve?

—Ninguna —Jem se sirvió algo de té.

—Huevos —dijo Henry, soñador, mirando a su plato—. Sí que amo lo huevos. Podría comerlos todo el día.

—¿Era realmente necesario llevar a Tessa contigo a Whitechapel? —preguntó Charlotte a Jem, sacándose sus anteojos y poniéndolos sobre el periódico. Sus ojos marrones estaban llenos de reproche.

—Tessa no está hecha de porcelana fina —dijo Jem—. No se romperá.

Por alguna razón esta afirmación, aunque la dijo sin mirarla todavía, envió una corriente de imágenes a través de la mente de Tessa de la noche anterior: de aferrarse a Jem en las sombras de su cama, sus manos apretando sus hombros, sus bocas feroces sobre la del otro. No, no la había tratado como si se pudiera romper entonces. Una corriente de intenso calor subió a sus mejillas, y miró hacia abajo rápidamente, rogando que su sonrojo se fuera.

—Tal vez les sorprenda saber —dijo Will— que vi algo bastante interesante en el antro de opio.

—Estoy segura de que lo viste —dijo Charlotte con aspereza.

—¿Era un huevo? —preguntó Henry.

—Submundos —dijo Will—. Casi todos hombres lobos.

---

[22] Es un plato popular de la cocina inglesa. Se compone principalmente de pescado (la mayoría de las veces ahumado en la variedad de Schellfisch), arroz hervido, huevo y mantequilla.

—No hay nada interesante en los hombres lobos. —Jessamine sonaba afligida—. Estamos concentrados en encontrar a Mortmain ahora, Will, por si lo has olvidado, no a unos Submundos drogadictos.

—Estaban comprando *yin fen* —dijo Will—. Baldes de eso.

Ante eso, Jem levantó la cabeza de golpe y se encontró con los ojos de Will.

—Ya han comenzado a cambiar de color —dijo Will—. Muchos tienen el cabello u ojos plateados. Incluso su piel ha empezado ponerse plateada.

—Esto es muy preocupante. —Charlotte frunció el seño—. Deberíamos hablar con Woolsey Scott tan pronto como este asunto con Mortmain se aclare. Si hay un problema de adicción a polvos de brujo en su manada, él querrá saber al respecto.

—¿No crees que ya lo sabe? —dijo Will, recostándose en su silla. Se veía complacido por haber conseguido finalmente una reacción ante sus noticias—. Es su manada, después de todo.

—Su manada son todos los lobos de Londres —reprochó Jem—. No es posible que pueda seguirles los pasos a todos.

—No estoy seguro de que quieras esperar —dijo Will—. Si puedes ubicar a Scott, hablaré con él lo más pronto posible.

Charlotte inclinó su cabeza hacia un lado. —¿Y por qué es eso?

—Porque — dijo Will— uno de los ifrits le preguntó a un hombre lobo por qué necesitaba tanto *yin fen*. Aparentemente, funciona como un estimulante para los hombres lobos. La respuesta fue que le complacía al Maestro que la droga los mantuviera trabajando toda la noche.

La taza de té de Charlotte chocó contra su plato. —¿Trabajando en qué?

Will sonrió, claramente complacido por el efecto que estaba obteniendo. — No tengo ni idea. Perdí la consciencia por ese entonces. Estaba teniendo un hermoso sueño sobre una joven mujer que había extraviado casi toda su ropa…

Charlotte estaba pálida. —Dios santo, espero que Scott no esté envuelto con el Maestro. Primero De Quincey, ahora los lobos, todos nuestros aliados. Los Acuerdos…

—Estoy seguro de que todo estará bien, Charlotte —dijo Henry suavemente—. Scott no parece del tipo que se mezcla con Mortmain.

—Tal vez deberías estar allí cuando hable con él —dijo Charlotte—. Nominalmente, tú *eres* el director del Instituto

—Oh, no —dijo Henry, con una mirada de horror—. Querida, estarías muy bien sin mí. Eres una genio en lo que concierne a estas negociaciones, y yo simplemente no lo soy. Además, ¡el invento en el que estoy trabajando ahora podría reducir a todo el ejército mecánico en pedazos si hago las fórmulas correctamente!

Él sonrió de alegría en la mesa, orgulloso. Charlotte lo observó por un largo rato, luego empujó su silla lejos de la mesa, se levantó, y salió del salón sin una palabra más.

Will miró a Henry con los ojos medio cerrados. —Nada perturba nunca tus círculos, ¿no, Henry?

Henry pestañeó. —¿Qué quieres decir?

—Arquímedes —dijo Jem, como siempre entendiendo lo que Will quería decir, pero sin mirarlo—. Estaba dibujando un diagrama matemático en la arena cuando su ciudad fue atacada por los romanos. Estaba tan concentrado en lo que estaba haciendo que no vio al soldado acercándose a sus espaldas. Sus últimas palabras fueron 'no perturbes mis círculos'. Por supuesto, era un hombre viejo para ese entonces.

—Y probablemente nunca se casó —dijo Will y le sonrió a Jem al otro lado de la mesa. Jem no le devolvió la sonrisa. Sin mirar ni a Will ni a Tessa, sin mirar a ninguno de ellos, se levantó y salió de la habitación detrás de Charlotte.

—Oh, qué fastidio —dijo Jessamine—. ¿Es este uno de esos días en que todos nos vamos hechos unas furias? Porque yo simplemente no tengo la energía para eso. —Apoyó la cabeza en sus brazos y cerró los ojos.

Henry miró desconcertado de Will a Tessa. —¿Qué pasa? ¿Qué he hecho mal?

Tessa suspiró. —Nada terrible, Henry. Es sólo que, creo que Charlotte quería que fueras *con* ella.

—¿Entonces por qué no lo dijo? —Los ojos de Henry estaban tristes. Su alegría por sus huevos e inventos parecía haberse desvanecido. Tal vez no debería haberse casado con Charlotte, pensó Tessa, con su humor tan sombrío como el clima. Tal vez, como Arquímedes, él hubiera sido más feliz dibujando círculos en la arena.

—Porque las mujeres nunca dicen lo que piensan —dijo Will. Sus ojos se desviaron a la cocina, donde Bridget estaba limpiando lo que quedaba de la comida. Su canto flotaba lúgubremente hasta el salón comedor.

"Me temo que estás envenenado, mi lindo muchacho, me temo que estás envenenado, ¡mi consuelo y mi alegría!

Oh sí, estoy envenenado; madre, has mi cama pronto, Hay un dolor en mi corazón y quiero recostarme."

—Juro que esa mujer solía trabajar como cazadora de la muerte vendiendo baladas trágicas en Seven Dials[23] —dijo Will—. Y sí, desearía que no cantara sobre envenenamiento justo después de comer. — Miró a Tessa de costado—. ¿No deberías estar ya poniéndote tu equipo? ¿No tienes entrenamiento con los lunáticos Lightwood hoy?

—Sí, pero no necesito cambiarme de ropa. Sólo vamos a practicar lanzamiento de cuchillos —dijo Tessa, de alguna manera sorprendida de que fuera capaz de tener esta relajada y civilizada conversación con Will después de los eventos de la noche anterior. El pañuelo de Cyril, con la sangre de Will, aún estaba en su vestidor; recordó la calidez de sus labios en sus dedos, y quitó sus ojos de los de él.

—Qué fortuna que tengo buena mano en el lanzamiento de cuchillos. —Will se levantó y le ofreció su brazo—. Ven conmigo. Volverá locos a Gideon y a Gabriel si observo el entrenamiento, y me vendría bien un poco de locura esta mañana.

[23] Es un pequeño empalme al oeste de Londres, en Covent Garden, donde convergen siete calles.

Will estaba en lo cierto. Su presencia durante la sesión de entrenamiento pareció haber molestado a Gabriel por lo menos, pero Gideon, como parecía hacer con todo, tomó su intrusión de forma impasible. Will se sentó en un banco de madera bajo que estaba contra una de las paredes y comió una manzana, sus largas piernas estiradas en frente de él, ocasionalmente daba pequeños consejos que Gideon ignoraba y Gabriel tomaba como golpes al pecho.

—¿*Tiene* que estar aquí? —le gruñó Gabriel a Tessa la segunda vez que casi dejó caer un cuchillo al pasárselo a ella. Puso una mano en su hombro, mostrándole la línea de visión para el objetivo al que estaba apuntando, un círculo negro dibujado en la pared. Ella sabía cuanto quería que le estuviera apuntando a Will en cambio—. ¿No puede decirle que se vaya?

—A ver, ¿por qué haría eso? —preguntó Tessa razonablemente—. Will es mi amigo, y usted es alguien que ni siquiera me cae bien.

Ella lanzó el cuchillo. Falló su blanco por varios metros, clavándose abajo en la pared cerca del suelo.

—No, aún está sopesando demasiado el punto, ¿y qué quiere decir con que no le caigo bien? —exigió Gabriel, dándole otro cuchillo como si fuera un reflejo, pero por su expresión estaba muy sorprendido, de hecho.

—Bueno —dijo Tessa, observando a lo largo de la línea del cuchillo—. Se comporta como si *yo* no le cayera bien. De hecho, se comporta como si no le cayéramos bien ninguno de nosotros.

—No es así —dijo Gabriel—. Solamente *él* no me cae bien. —Señaló a Will.

—Pobre de mí —dijo Will y le dio otro mordisco a su manzana—. ¿Es porque soy más atractivo que tú?

—Los dos, estense callados —gritó Gideon desde el otro lado del salón—. Se supone que estamos trabajando, no atacándonos por desacuerdos insignificantes de hace añares.

—¿Insignificante? —gruñó Gabriel—. Me *rompió* el *brazo*.

Will le dio otro mordisco a su manzana. —Apenas puedo creer que sigas enojado por eso.

Tessa lanzó el cuchillo. Este tiro estuvo mejor. Dio dentro del círculo negro, si es que no era el centro mismo. Gabriel miró alrededor buscando otro cuchillo, al no ver ninguno, dejó salir un suspiro de fastidio.

—Cuando *nosotros* dirijamos el Instituto —dijo, alzando su voz lo suficiente como para que Will lo escuchara—. Esta sala de entrenamiento estará mucho mejor mantenida y equipada.

Tessa lo miró enojada. —Es increíble que no me caiga bien, ¿no?

El apuesto rostro de Gabriel se torció en una fea mirada de desprecio. —No veo qué tiene que ver esto con usted, brujita; este Instituto no es su hogar. No pertenece a este lugar. Créame, estaría mejor con mi familia dirigiendo las cosas aquí; podríamos encontrar usos para su… talento. Trabajos que la harían rica. Podría vivir donde quisiera. Y Charlotte puede dirigir el Instituto en York, donde hará considerablemente menos daño.

Will se había enderezado en el asiento, la manzana olvidada. Gideon y Sophie habían cesado en su práctica y estaban observando la conversación, Gideon cauteloso, Sophie con los ojos muy abiertos. —Por si no lo has notado —dijo Will— ya hay alguien que dirige el Instituto de York.

—Aloysius Starkweather es un viejo senil. —Gabriel lo descartó con un movimiento de su mano—. Y no tiene ningún descendiente como para que pueda rogar al Cónsul que lo ponga en su lugar. Desde el asunto con su nieta, su hijo y nuera empacaron y se fueron a Idris. No volverán ni por amor ni por dinero.

—¿Qué asuntos con su nieta? —preguntó Tessa, recordando el retrato de la niña con aspecto enfermo en las escaleras del Instituto de York.

—Sólo vivió hasta los diez años, más o menos —dijo Gabriel—. Nunca fue muy sana, por decir algo, y cuando la marcaron por primera vez… Bueno, debe haber estado mal entrenada. Se volvió loca, repudiada y murió. La conmoción mató a la esposa del viejo Starkweather y mandó a sus hijos corriendo a Idris. No sería mucho problema hacerlo reemplazar por Charlotte. El Cónsul debe ver que él no es bueno… está demasiado apegado a los métodos antiguos.

Tessa miró a Gabriel con incredulidad. Su voz había mantenido su fría indiferencia cuando contaba la historia de los Starkweather, como si fuera un cuanto de hadas. Y ella, ella no quería compadecerse del viejo con los ojos

astutos y la habitación sangrienta llena de los restos de Submundos muertos, pero no pudo evitarlo. Sacó a Aloysius Starkweather de su mente.

—Charlotte dirige *este* Instituto —dijo ella—. Y su padre no se lo quitará.

—Ella merece que se lo quiten.

Will arrojó el corazón de su manzana al aire, sacando al mismo tiempo un cuchillo de su cinturón y lanzándolo. El cuchillo y la manzana volaron juntos a través de la habitación, de alguna manera arreglándoselas para enterrarse en la pared justo al lado de la cabeza de Gabriel; el cuchillo atravesó limpiamente el corazón de la manzana y la madera. —Di eso de nuevo —dijo Will—. Y apagaré las luces del día por ti.

La cara de Gabriel se tensó. —No tienes ni idea de lo que está hablando.

Gideon dio un paso hacia delante, la advertencia en cada línea de su postura. —Gabriel…

Pero su hermano lo ignoró. —Ni siquiera sabes lo que el padre de tu preciosa Charlotte le hizo al mío, ¿no? Yo sólo me enteré hace algunos días. Mi padre finalmente se quebró y nos lo dijo. Él había protegido a los Fairchild hasta entonces.

—¿Tu padre? —el tono de Will era incrédulo—. ¿Protegió a los *Fairchild*?

—Nos estaba protegiendo a nosotros también. —Las palabras de Gabriel se precipitaban unas sobre otras—. El hermano de mi madre, mi tío Silas, fue uno de los amigos más cercanos de Granville Fairchild. Entonces el tío Silas rompió la Ley, una cosa pequeña, una infracción menor, y Fairchild lo descubrió. Todo lo que le importaba era la Ley, no la amistad, no la lealtad. Fue derecho a la Clave. —La voz de Gabriel se alzó—. Mi tío se *suicidó* por la vergüenza, y mi madre murió de la pena. ¡Los Fairchild no se preocupan por nadie más que por ellos mismos y la Ley!

Por un momento, la habitación se quedó en silencio; incluso Will estaba sin habla, luciendo completamente sorprendido. Fue Tessa quien habló al fin. —Pero eso es culpa del padre de Charlotte. No de ella.

Gabriel estaba blanco de la ira, sus ojos verdes resaltaban contra su piel pálida.

—Usted no entiende —dijo rencoroso—. No es una Cazadora de Sombras. Tenemos orgullo por la sangre. Orgullo familiar. Granville Fairchild quería el Instituto para su hija, y el Cónsul lo hizo posible. Pero a pesar de que Fairchild está muerto, aún no podemos quitárselo. Él era odiado, tan odiado que nadie se hubiera casado con Charlotte si él no hubiera pagado a los Branwell para que le dieran a Henry. Todos lo saben. Todos saben que él no la ama realmente. Cómo podría…

Hubo un golpe seco, como el sonido del disparo de un rifle y Gabriel enmudeció. Sophie le había dado una bofetada. Su piel pálida ya había empezado a enrojecerse. Sophie lo estaba mirando fijamente, respirando fuerte, una mirada incrédula en su cara, como si no pudiera creer lo que acababa de hacer.

Las manos se Gabriel se tensaron a su lado, pero no se movió. No podía, Tessa lo sabía. No podía golpear a una chica, una chica que ni siquiera era una Cazadora de Sombras o una Submundo, sino, meramente una mundana. Él miró a su hermano pero Gideon, sin expresión alguna, captó su mirada y negó con la cabeza lentamente; con un sonido ahogado, Gabriel giró sobre sus pies y salió a zancadas del salón.

—¡Sophie! —exclamó Tessa, alcanzándola—. ¿Estás bien?

Pero Sophie estaba mirando ansiosamente a Gideon. —Lo siento tanto, señor —dijo—. No hay excusas, perdí la cabeza y yo…

—Fue un golpe bien puesto —dijo Gideon calmadamente—. Veo que estuviste prestando atención a mi entrenamiento.

Will estaba sentado derecho en el banco, sus ojos azules vivos y curiosos. —¿Era verdad? —dijo—. Esa historia que Gabriel nos acaba de contar.

Gideon se encogió de hombros. —Gabriel adora a nuestro padre —dijo—. Cualquier cosa que Benedict diga es como una declaración de un ser supremo. Sabía que mi tío se había suicidado, pero no las circunstancias, hasta el día después de la primera vez que volvimos de entrenarlos a ustedes. Padre preguntó como parecía estar el Instituto y le dije que parecía en buenas condiciones, no diferente del Instituto de Madrid. De hecho, le dije que no pude ver evidencia de que Charlotte estuviera haciendo un mal trabajo. Ahí fue cuando nos contó la historia.

—Si no le molesta que pregunte —dijo Tessa— ¿qué fue lo que hizo su tío?

—¿Silas? Se enamoró de su *parabatai*. En realidad, no era una infracción menor como dijo Gabriel, sino una grave. Las relaciones románticas entre *parabatai* están absolutamente prohibidas. Aunque incluso el Cazador de Sombras mejor entrenado puede caer presa de las emociones. La Clave los hubiera separado y eso Silas no lo podía enfrentar. Ese es el por qué se suicidó. Mi madre se consumió por la rabia y la pena. Puedo creer muy bien que su último deseo en el lecho de muerte fuera que recuperásemos el Instituto de los Fairchild. Gabriel era más joven que yo cuando nuestra madre murió, sólo cinco años, aún agarrado a sus faldas, y me parece que sus sentimientos le son muy abrumadores como para entenderlos. Como sea, yo creo que los pecados de los padres no deberían recaer sobre los hijos.

—O las hijas —dijo Will.

Gideon lo miró y le dio una sonrisa torcida. No había ninguna antipatía ahí; de hecho, era más bien la mirada de alguien que entendía a Will, y por qué se comportaba como lo hacía. Incluso Will parecía un poco sorprendido. —Tenemos el problema de que Gabriel nunca volverá aquí, por supuesto —dijo Gideon—. No después de esto.

Sophie, cuyo color había empezado a volver, empalideció de nuevo. —La Sra. Branwell estará furiosa…

Tessa frotó su espalda. —Iré detrás de él y pediré disculpas, Sophie. Todo estará bien.

Escuchó a Gideon llamarla, pero ya se estaba apresurando por el salón. Odiaba admitirlo, pero sentía una chispa de simpatía por Gabriel cuando Gideon había estado contando su historia. El perder a tu madre cuando eres tan joven que apenas puedes recordarla después, era algo con lo que ella se sentía familiarizada. Si alguien le hubiera dicho que su madre tenía un último deseo, no estaba segura de que no hubiera hecho todo en su poder para cumplirlo… tuviera sentido o no.

—¡Tessa! —Ella ya estaba a medio camino del pasillo cuando escuchó a Will llamándola. Se dio la vuelta y lo vio dando pasos largos por el salón en su dirección, una media sonrisa en su cara.

Sus próximas palabras borraron su sonrisa.

—*¿Por qué* me estas siguiendo? ¡Will, no deberías haberlos dejado solos! Debes volver a la sala de entrenamiento de inmediato.

Will se puso firme. —¿Por qué?

Tessa alzó sus manos. —¿Es que los hombres no notan nada? Gideon tiene intenciones con Sophie…

—¿Con *Sophie*?

—Ella es una chica muy hermosa —se encendió Tessa—. Eres un idiota si no has notado la manera en que la mira, pero no quiero que se aproveche de ella. Ya ha tenido suficientes problemas en su vida, y además si estás conmigo, Gabriel no me hablará. Sabes que no.

Will murmuró algo sin aliento y tomó su muñeca. —Por aquí. Ven conmigo.

La calidez de su piel contra la suya envió un escalofrío por su brazo. Él la llevó a la sala de estar hasta las grandes ventanas que daban hacia el patio. Le soltó la muñeca justo a tiempo para que se inclinara a ver el carruaje de los Lightwood sacudiéndose furiosamente a través del piso de piedra y debajo de los portones de hierro.

—Ahí lo tienes —dijo Will—. Gabriel ya se fue de todas formas, a menos que quieras perseguir el carruaje. Y Sophie es perfectamente sensata. No le dejará a Gideon hacer lo que quiera. Además, él es tan encantador como un buzón de correo.

Tessa, sorprendiéndose incluso a ella misma, dejó salir una risa. Levantó su mano para cubrir su boca, pero era muy tarde; ya se estaba riendo, inclinándose un poco contra la ventana.

Will la miró, sus ojos azules burlones, su boca sólo empezando a curvarse en una sonrisa. —Debo ser más divertido de lo que pensé. Lo que me hace muy divertido en verdad.

—No me estoy riendo de ti —le dijo entre risitas—. Es sólo que, ¡oh! La mirada en la cara de Gabriel cuando Sophie lo golpeó. Mi Dios. —Se sacó el cabello de la cara y dijo—. Realmente no debería estarme riendo. La mitad del por qué estaba tan enojado es que lo estabas provocando. Debería estar enojada contigo.

—Oh, *deberías* —dijo Will, dándose la vuelta para caer en una silla cerca del fuego y estirar sus largas piernas hacia las llamas. Como toda habitación en Inglaterra, hacía frío aquí excepto justo en frente del fuego. Uno se tostaba por el frente y se congelaba por detrás como un pavo mal cocinado—. Ninguna buena frase incluye la palabra 'debería'. Yo *debería* haber pagado la cuenta del bar; ahora vienen a romperme las piernas. No *debería* haber huido con la esposa de mi amigo; ahora ella me molesta todo el tiempo. *Debería*…

—*Deberías* —dijo Tessa suavemente— pensar en el modo en que afectan a Jem las cosas que haces.

Will apoyó su cabeza en el cuero de la silla y la contempló. Se veía soñoliento y cansado. Podría haber sido algún Apollo pre-Rafaelino. —¿Es esta una conversación seria, Tessa? —Su voz aún guardaba humor, pero era afilada, como una daga de oro afilada en una hoja de afeitar.

Tessa fue y se sentó en el sofá opuesto al de él. —¿No te preocupa que esté enojado contigo? Es tu *parabatai*. Y es Jem. Nunca está enojado.

—Tal vez es lo mejor que esté enojado conmigo —dijo Will—. Tanta paciencia de santo no puede ser buena para nadie.

—No te burles de él. —El tono de Tessa era afilado.

—Nada está más allá de la burla, Tess.

—Jem lo está. Siempre ha sido bueno contigo. Él no es nada más que bondad. El que te golpeara anoche sólo muestra lo capaz que eres de volver locos hasta los santos.

—¿*Jem* me golpeó? —Will, tocándose la mejilla, se veía sorprendido—. Debo confesar, recuerdo muy poco de anoche. Sólo que ustedes dos me despertaron, aunque yo quería permanecer dormido. Recuerdo a Jem gritándome y tú sosteniéndome. Sabía que era tú. Siempre hueles a lavanda.

Tessa ignoró esto. —Bueno, Jem te golpeó. Y te lo merecías.

—Tú *sí* te ves insolente, como Raziel en todas esas pinturas, como si estuviera rebajándonos. Así que dime, ángel insolente, ¿qué es lo que hice para merecer que James me golpeara en la cara?

Tessa buscó las palabras, pero estas la eludían; recurrió al idioma que ella y Will compartían: la poesía. —Sabes, en ese ensayo de Donne, lo que él dice…

—¿'Disculpa a mis manos errantes y déjalas ir'? —citó Will, mirándola.

—Me refiero al *ensayo* sobre que ningún hombre es una isla. Todo lo que haces toca a otros. Te comportas como si vivieras en algún tipo de isla Will y como si ninguna de tus acciones pudiera tener alguna consecuencia. Pero sí las tienen.

—¿Cómo es que el que yo vaya a una guarida de brujos afecta a Jem? —preguntó Will—. Supongo que tenía que venir y sacarme de allí, pero ha hecho cosas más peligrosas en el pasado por mí. Nos protegemos el uno al otro…

—No, tú *no* —gritó Tessa, frustrada—. ¿Crees que le importa el peligro? ¿Eso crees? Toda su vida ha sido destruida por esta droga, este *yin fen*, y ahí vas a un antro de brujos y te drogas como si nada más importara y es sólo un juego para ti. Él debe tomar esta cosa tonta todos los días sólo para poder vivir, pero mientras tanto, está matándolo. Odia ser dependiente. Ni siquiera puede obligarse a comprarlo; te tiene a *ti* para hacer eso. —Will hizo un sonido de protesta, pero Tessa levantó una mano—. Y entonces *tú* vas hasta Whitechapel y le das tu dinero a la gente que hace esta droga y hace a otras personas adictas a ella, como si fuera algún tipo de vacaciones en el continente para ti. ¿Qué estabas pensando?

—Pero no tiene nada que ver con Jem…

—No pensaste en él —dijo Tessa—. Pero tal vez debiste hacerlo. ¿No entiendes que él cree que hiciste una burla de lo que lo está matando? Y se supone que debes ser su hermano.

Will se había puesto blanco. —No puede pensar eso.

—Lo piensa —dijo ella—. Él entiende que no te importe lo que la demás gente piense de ti. Pero creo que él siempre esperó que si te importara lo que él piense. Lo que él siente.

Will se inclinó hacia delante. La luz del fuego dibujaba raros patrones en su piel, oscureciendo el machucón de su mejilla hasta el negro. —Si me importa lo que otra gente piense —dijo con una sorprendente intensidad, mirando fijamente las llamas—. Es todo en lo que pienso, lo que los otros piensan, lo que

sienten sobre mí, y lo que yo siento sobre ellos; me vuelve loco. Quería escapar…

—No puedes decirlo en serio. Will Herondale, ¿importándole lo que otros piensan de él? —Tessa intentó hacer su voz lo más ligera posible.

La mirada en su cara la alarmó. No era cerrada, sino abierta, como si hubiera sido atrapado medio enredado en un pensamiento que desesperadamente quería compartir, pero no se atrevía. *Este es el chico que tomó mis cartas privadas y las escondió en su cuarto*, pensó, pero ya no pudo enojarse por ello. Ella había pensado que estaría furiosa cuando lo viera de nuevo, pero no lo estaba, sólo confundida y asombrada. Seguramente… ¿mostraba una curiosidad sobre otras personas que eran bastante no-como-Will, para querer leerlas en primer lugar?

Había algo áspero en su cara, en su voz. —Tess —dijo—. Es eso en *todo* lo que pienso. Nunca te miro sin pensar en qué es lo que sientes por mí y temiendo…

Se interrumpió cuando la puerta de la sala de estar se abrió y entró Charlotte, seguida de un hombre alto cuyo brillante pelo rubio resplandecía como un girasol a la débil luz. Will se dio la vuelta rápidamente, su cara tensa. Tessa lo miró fijo. ¿*Qué* es lo que había estado por decir?

—¡Oh! —Charlotte estaba claramente sorprendida de verlos a los dos—. Tessa, Will, no me di cuenta de que estaban aquí.

Las manos de Will estaban cerradas en puños a su lado, su cara en las sombras, pero su voz estaba nivelada cuando contestó: —Vimos el fuego prendido. Está tan frío como el hielo en el resto de la casa.

Tessa se levantó. —Ya nos estamos yendo…

—Will Herondale, es excelente ver que está bien. ¡Y Tessa Gray! —El hombre rubio se separó de Charlotte y fue hasta Tessa, sonriendo como si la conociera —. La cambia formas, ¿correcto? Encantado de conocerla. Qué curiosidad.

Charlotte suspiró. —Sr. Woolsey Scott, esta es la Señorita Tessa Gray. Tessa, este es el Sr. Woolsey Scott, jefe de la manada de hombre lobos de Londres y un viejo amigo de la Clave.

—Muy bien, entonces —dijo Gideon cuando la puerta se cerró detrás de Tessa y Will. Se dio la vuelta hacia Sophie, quien estaba de repente muy consciente de la extensión de la habitación y de lo pequeña que se sentía dentro de ella—. ¿Continuamos con el entrenamiento?

Le ofreció un cuchillo, brillante como una varita de plata en la penumbra del salón. Sus ojos verdes estaban serenos. *Todo* en Gideon era sereno, su mirada, su voz, su postura. Ella recordó lo que se sintió el tener esos brazos tranquilos a su alrededor y tembló involuntariamente. Nunca había estado sola con él antes y la asustó. —No creo que pueda concentrarme, Sr. Lightwood —dijo—. Aprecio la oferta de todas formas, pero…

Bajó sus brazos lentamente. —¿Cree que no tomo el entrenarla seriamente?

—Creo que está siendo muy generoso. Pero debería enfrentar los hechos, ¿no? Este entrenamiento nunca fue sobre Tessa o sobre mí. Era sobre su padre y el Instituto. Y ahora que he golpeado a su hermano. —Sintió que su garganta se tensaba—. La Sra. Branwell estaría tan decepcionada de mí si supiera.

—Tonterías. Se lo merecía. Y el pequeño asunto de esa enemistad heredada entre nuestras familias sí viene al caso. —Gideon giró el cuchillo sin cuidado sobre su dedo y lo metió en su cinturón—. Charlotte probablemente le daría un aumento de salario si supiera.

Sophie negó con la cabeza. Estaban sólo a unos pasos de un banco; se sentó en él, sintiéndose exhausta. —No conoce a Charlotte. Se sentiría moralmente obligada a disciplinarme.

Gideon se ubicó en el banco, no junto a ella, sino del lado opuesto, tan lejos de ella como le fuera posible. Sophie no podía decidir si estaba contenta con eso o no. —Srta. Collins —dijo él —. Hay algo que debería saber.

Ella entrelazó sus dedos. —¿Qué es eso?

Él se inclinó hacia delante un poco, sus anchos hombros se encorvaron. Ella pudo ver líneas de gris en sus ojos verdes. —Cuando mi padre me llamó a Madrid —dijo— yo no quería venir. Nunca he sido feliz en Londres. Nuestra casa ha sido un lugar miserable desde que mi madre murió.

Sophie sólo lo miró fijamente. No podía pensar en ninguna palabra. Él era un Cazador de sombras y un caballero, y aun así, parecía estar aliviando su alma con ella. Incluso Jem, por toda su amable bondad, nunca había hecho eso.

—Cuando me dijeron de estas lecciones, pensé que iban a ser una horrible pérdida de mi tiempo. Me imaginé a dos chicas muy tontas sin ningún interés en cualquier clase de entrenamiento. Pero eso no las describe ni a la Señorita Gray ni a usted. Debería decirle, solía entrenar a jóvenes Cazadores de Sombras en Madrid, y eran bastantes los que no tenían la habilidad natural que tiene usted. Es una estudiante talentosa y es un placer enseñarle.

Sophie se sintió enrojecer de color escarlata. —No puede hablar en serio.

—Es así. Estaba felizmente sorprendido la primera vez que vine aquí, y de nuevo la vez siguiente y la siguiente. Me di cuenta de que lo esperaba con ansias. De hecho, sería justo decir que desde que volví a casa, he odiado todo en Londres excepto estas horas aquí, con usted.

—Pero usted decía '*ay Dios mío*'[24] cada vez que tiraba mi daga.

Él sonrió, lo que iluminó su cara, la cambió. Sophie lo miró fijo. No era hermoso como lo era Jem, pero era muy apuesto, especialmente cuando sonreía. La sonrisa parecía estirarse y tocar su corazón, haciendo que acelerara su ritmo. *Es un Cazador de Sombras*, pensó ella. *Y un caballero. Esta no es la forma de pensar sobre él. Para ya*. Pero no podía parar, no más de lo que podía mantener a Jem fuera de su mente. Aunque, cuando con Jem se había sentido segura, con Gideon sintió un acaloramiento como la luz que viajaba de arriba abajo por sus venas, sacudiéndola. Y aun así, no quería dejarlo ir.

—Hablo en español cuando estoy de buen humor —dijo—. También debería saber eso sobre mí.

—¿Así que eso no era que usted se sentía tan agotado por mi ineptitud que estaba deseando colgarse del techo?

—Justo lo opuesto. —Él se inclinó más cerca de ella. Sus ojos con el color verde grisáceo de un mar tormentoso—. ¿Sophie? ¿Puedo preguntarle algo?

Ella sabía que debía corregirlo, pedirle que la llame Señorita Collins, pero no lo hizo.

[24] En español en el original

—Yo... ¿sí?

—Lo que sea que pase con la lección, ¿podría verla de nuevo?

Will se puso de pie, pero Woolsey Scott todavía estaba examinando a Tessa, con su mano debajo de su mentón, estudiándola como si fuera algo debajo de un vidrio en una exhibición de historia natural. No era para nada como ella hubiera imaginado que se vería el líder de una manada. Probablemente estaba en sus veinte-pocos, alto pero delgado al punto de la fragilidad, con cabello rubio casi hasta los hombros, vestido con una chaqueta de terciopelo, un pantalón hasta las rodillas y una bufanda colgando con un estampado a cuadros. Un monóculo tintado oscurecía un ojo verde pálido. Se veía como los dibujos que había visto en *Polichinela* de esos que se llamaban a sí mismos "estetas[25]".

—Adorable —declaró él, finalmente—. Charlotte, insisto en que se queden mientras hablamos. Qué pareja más encantadora que hacen. Observa cómo el cabello oscuro de él resalta la piel pálida de ella.

—Gracias —dijo Tessa, sus voz varias octavas más alta de lo normal—. Sr. Scott, eso es muy cortés, pero no hay unión alguna entre Will y yo, no sé lo que habrá escuchado.

—¡Nada! —declaró él, tirándose en una silla y arreglando su bufanda a su alrededor—. Nada de nada, le aseguro, aunque su sonrojo contradice tus palabras. Vengan aquí, todos siéntense. No hay necesidad de estar intimidados por mí. Charlotte, pide el té. Estoy agotado.

Tessa miró a Charlotte, quien se encogió de hombros como diciendo que no había nada que hacer al respecto. Lentamente, Tessa se sentó de nuevo. Will se sentó también. Ella no lo miró; no podía, con Woolsey Scott sonriéndoles a ambos como si él supiera algo que ella no.

—¿Y dónde está el joven Sr. Carstairs? —preguntó—. Un chico adorable. Una coloración tan interesante. Y tan talentoso con el violín. Por supuesto, escuché a Garcin en persona cuando tocó en la Ópera de París y después de eso, bueno, todo simplemente suena como polvo de carbón raspando los tímpanos. Lástima lo de su enfermedad.

[25] Persona que ama en grado sumo la belleza y da una importancia primordial a los valores estéticos.

Charlotte, que había ido al otro lado de la habitación para llamar a Bridget, regresó y se sentó, acomodando sus faldas. —En cierto modo, es de eso de lo que quería hablarle…

—Oh, no, no, no. —De la nada Scott sacó una caja mayólica[26], que movió en dirección a Charlotte—. Ninguna conversación seria, por favor, hasta que haya fumado y tomado mi té. ¿Cigarrillo egipcio? —Le ofreció la caja—. Son los mejores disponibles.

—No, gracias. —Charlotte lució ligeramente horrorizada ante la idea de fumar un cigarrillo; era cierto, difícil de imaginar y Tessa sintió a Will, a su lado, riéndose silenciosamente. Scott se encogió de hombros y regresó a sus preparaciones para fumar. La caja mayólica era una cosita ingeniosa con compartimentos para cigarros, atados en un paquete con un lazo de seda, fósforos nuevos y viejos y un lugar para tirar las cenizas. Observaron mientras el hombre lobo encendía su cigarro con evidente placer, y la dulce esencia del tabaco llenó la habitación.

—Ahora —dijo él — dime cómo has estado Charlotte, querida. Y ese esposo abstraído tuyo. ¿Todavía deambula por la cripta inventando cosas que explotan?

—Algunas veces —dijo Will— incluso se *supone* que deben explotar.

Hubo un sonido de traqueteo y Bridget llegó con una bandeja de té, ahorrándole a Charlotte la necesidad de contestar. Puso las cosas del té en la mesa de marquetería entre las sillas, mirando ansiosamente de aquí para allá. —Lo siento, Sra. Branwell, creí que sólo iban a ser dos para el té…

—Está todo bien, Bridget —dijo Charlotte, su tono firmemente displicente—. Llamaré si necesitamos algo más.

Bridget hizo una reverencia y se fue, dándole una mirada curiosa sobre su hombro a Woolsey Scott mientras se iba. Él no la notó. Ya había agregado leche a su taza de té y estaba mirando con reproche a su anfitriona.

—Oh, Charlotte.

Ella lo miró confusa. —¿Si?

---

[26] Loza común con esmalte metálico, fabricada antiguamente por los árabes y españoles.

—Las pinzas, las pinzas del azúcar —dijo Scott tristemente, con la voz de alguien haciendo énfasis en la trágica muerte de un conocido—. Son de plata.

—¡Oh! —Charlotte parecía perpleja. La plata, recordó Tessa, era peligrosa para los hombres lobos—. Lo siento tanto…

Scott suspiró. —Está todo bien. Afortunadamente, siempre llevo la mía. —De otro bolsillo de su chaqueta de terciopelo, que estaba abotonada sobre un chaleco de seda con un estampado de lirios acuáticos que hubiera puesto en ridículo a uno de los de Henry, sacó un rollo de seda; desenrollándolo, reveló un juego de pinzas y cucharitas de té de oro. Las puso en la mesa, tomó la tapa de la tetera y pareció complacido—. ¡Té pólvora![27] ¿De Ceilán, me imagino? ¿Alguna vez lo has comprado en Marrakech? Ellos secan el té en azúcar y miel…

—¿Pólvora? —dijo Tessa, quien nunca había podido evitar hacer preguntas aunque sabía perfectamente que era mala idea—. No hay *pólvora* en el té ¿verdad?

Scott se rió y puso de nuevo la tapa. Se recostó en su silla mientras Charlotte, con su boca hecha una línea fina, servía el té en su taza. —¡Qué encantador! No, lo llaman así porque las hojas del té están enrolladas en perdigones como las de la pólvora.

Charlotte dijo: —Sr. Scott, realmente *debemos* discutir la situación que tenemos entre manos.

—Sí, sí, leí tu carta. —Suspiró—. Política Submundo. Qué aburrido. ¿No creo que me dejes contarte de que Alma-Tadema pintó mi retrato? Estaba vestido como soldado romano…

—Will —dijo Charlotte firmemente—. Tal vez debas compartir con el Sr. Scott lo que viste en Whitechapel anoche.

Will, de alguna forma sorprendiendo a Tessa, hizo lo que le pidieron obedientemente, manteniendo las observaciones sarcásticas a un mínimo. Scott lo observó por encima del borde de su taza de té mientras Will hablaba. Sus ojos eran de tal verde pálido, casi amarillos.

[27] Té de origen chino llamado así por su aspecto similar al de la pólvora (gunpowder).

—Lo siento, mi muchacho —dijo, cuando Will terminó de hablar—. No veo por qué esto requiere una reunión urgente. Todos estamos al tanto de la existencia de esos antros de ifrit y no puedo cuidar de cada miembro de mi manada en todo momento. Si algunos de ellos deciden compartir el vicio… —se inclinó más cerca—. ¿Sabías que tus ojos son casi del mismo tono de los pétalos de los pensamientos? No totalmente azules, no totalmente violetas. Extraordinario.

Will abrió más sus extraordinarios ojos e hizo un gesto burlón. —Creo que fue la mención del Maestro lo que preocupó a Charlotte.

—Ah. —Scott miró a Charlotte—. Estás preocupada de que esté traicionando de la manera que crees que De Quincey lo hizo. Que estoy aliado con el Maestro (vamos a llamarlo por su nombre ¿sí?, Mortmain), y que estoy dejándolo usar a mis lobos para hacer lo que se le antoje.

—Yo había pensado —dijo Charlotte, vacilante—. Que tal vez los Submundos de Londres se sentían traicionados por el Instituto, después de lo que pasó con De Quincey. Su muerte…

Scott ajustó su monóculo. Mientras lo hacía, la luz se reflejó a lo largo de la banda de oro alrededor de su dedo índice. Las palabras brillaron en él: *L'art pour l'art*[28]. —Fue la mejor sorpresa que he tenido desde que descubrieron los Baños Turcos en la calle Jermyn. Odiaba a De Quincey. Lo detestaba con cada fibra de mi ser.

—Bueno, los Hijos de la Noche y los Hijos de la Luna nunca han…

—De Quincey hizo matar a un hombre lobo —dijo Tessa de repente, sus recuerdos mezclándose con los de Camille, con la memoria de un par de ojos verdes amarillentos como los de Scott—. Por su relación con Camille Belcourt.

Woolsey le dio una larga y curiosa mirada a Tessa. —Ése —dijo él — era mi hermano. Mi hermano *mayor*. Él era líder de manada antes que yo, como ve, y heredé el puesto. Por lo general, uno debe matar para convertirse en líder de manada. En mi caso, fue puesto a votación, y la tarea de vengar a mi hermano en el nombre de la manada fue mía. Sólo que ahora, como ve —hizo un gesto con su elegante mano—, usted se ha hecho cargo de De Quincey por mí. No

[28] Arte por el arte.

tiene ni idea de lo agradecido que estoy. —Inclinó su cabeza hacia un lado—. ¿Murió bien?

—Murió gritando. —La aspereza de Charlotte sobresaltó a Tessa.

—Que cosa más hermosa para escuchar. —Scott bajó su taza de té—. Por esto se han ganado un favor. Les diré lo que sé, aunque no es mucho. Mortmain vino a mí en los primeros días, queriendo que me uniera a él en el club Pandemónium. Me negué, De Quincey ya se había unido y yo no sería parte de un club que lo incluyera a él. Mortmain me dijo que había un lugar para mí si cambiaba de opinión…

—¿Le habló de sus objetivos? —Will lo interrumpió—. ¿Del propósito final del club?

—La destrucción de todos los Cazadores de Sombras —dijo Scott—. Yo creí que ya sabían eso. No es un club de *jardinería*.

—Él guarda rencor, creemos —dijo Charlotte—. Contra la Clave. Unos Cazadores de sombras mataron a sus padres hace algunos años. Eran brujos, metidos en los estudios de las artes oscuras.

—Más que rencor, un idée fixe —dijo Scott—. Una obsesión. Quiere ver que los de su clase sean eliminados, aunque parece contentarse con empezar por Inglaterra y avanzar desde allí. Un tipo de loco paciente y metódico. El peor tipo. —Se echó atrás en su silla y suspiró—. Me *han* llegado noticias de un grupo de jóvenes lobos, no pertenecientes a ninguna manada, que han estado haciendo algún tipo de trabajo clandestino y les han estado pagando muy bien por ello. Presumiendo su metal entre los lobos de manada y creando animosidad. No sabía de la droga.

—Los mantendrá trabajando para él, día y noche, hasta que se caigan del cansancio o la droga los mate —dijo Will—. Y no hay cura para esa adicción. Es mortal.

Los ojos amarillo verdosos se encontraron con los de él. —Este *yin fen*, este polvo de plata, es a lo que tu amigo James Carstairs es adicto, ¿no? Y él está vivo.

—Jem lo sobrevive porque es un Cazador de Sombras, y porque usa lo menos posible y tan infrecuentemente como sea posible. Y aun así, lo matará al

final. —La voz de Will era letalmente monótona—. Como también lo haría el quitársela.

—Bueno, bueno —dijo el hombre lobo, airoso—. Espero que el Maestro esté comprando felizmente esa cosa no cree un desabastecimiento, en ese caso.

Will se puso blanco. Era claro que eso no se le había ocurrido. Tessa se volvió hacia Will, pero él ya estaba de pie, moviéndose hacia la puerta. Se cerró detrás de él con un golpe.

Charlotte frunció el ceño. —Señor, ya salió hacia Whitechapel de nuevo —dijo ella —. ¿Eso era necesario, Woolsey? Creo que acabas de aterrorizar al pobre chico, y probablemente por nada.

—No hay nada malo con un poco de prevención —dijo Scott—. Yo di a mi propio hermano por sentado hasta que De Quincey lo mató.

—De Quincey y el Maestro eran del tipo despiadado —dijo Charlotte—. Si usted pudiera ayudarnos…

—Toda la situación es ciertamente brutal —observó Scott—. Desafortunadamente, los licántropos que no son miembros de mi manada no son mi responsabilidad.

—Si pudiera simplemente hacer sondeos, Sr. Scott. Cualquier información sobre dónde están trabajando o lo que están haciendo puede ser invaluable. La Clave estaría agradecida.

—Oh, la *Clave* —dijo Scott, como si estuviera mortalmente aburrido—. Muy bien. Ahora, Charlotte. Vamos a hablar sobre usted.

—Oh, pero yo soy *muy* aburrida —dijo Charlotte, y ella, muy a propósito, Tessa estaba segura, tiró la tetera. Golpeó la mesa con un gratificante bang, derramando el agua caliente. Scott saltó con un grito, sacando a su bufanda fuera de la zona de peligro. Charlotte se levantó, cloqueando. —Woolsey, querido —dijo, poniendo una mano sobre su brazo—. Ha sido de *tanta* ayuda. Déjeme acompañarlo a la salida. Hay un *keris*[29] antiguo que nos han enviado desde el Instituto de Bombay que he estado *ansiando* mostrarle…

[29] Cuchillo tradicional de hoja ondulante indonesio concebido para infringir el mayo daño posible.



11
Salvaje Desasosiego

Traducido por CairAndross

Su aflicción ha sido mi angustia; sí, he desesperado
Y perecí en su desafortunado perecer
Y he buscado las alturas y
profundidades, el alcance
de todo nuestro universo, con ansiosa esperanza
para encontrar algo de solaz para tu salvaje desasosiego.

—James Thompson, "La Ciudad de la Noche Espantosa"

Para mi querida señora Branwell:

Debe estar sorprendida de recibir una carta mía, a tan poco de mi partida de Londres, pero a pesar de la modorra de la campiña, los eventos aquí han continuado a un ritmo acelerado y pesé que era mejor mantenerla al tanto de los acontecimientos.

El clima continúa bueno, concediéndome gran cantidad de tiempo para explorar la zona en los alrededores de la mansión Ravenscar, que, de hecho, es un refinado edificio antiguo. La familia Herondale parece vivir sola, aquí: únicamente están el padre, Edmund, la madre y la hija más joven, Cecily, que tiene cerca de quince años y es muy parecida a su hermano, en el carácter impaciente, en los modales y en la mirada. Llegaré a cómo averigüé todo eso, en un momento.

La misma Ravenscar, está cerca de un pequeño pueblo. Me hospedé en la posada local, el Cisne Negro, y me hice pasar por un caballero interesado en adquirir una propiedad en el área. Los lugareños han sido pródigos con la información, y cuando no fue así, un hechizo de persuasión o dos, les ayudó a considerar el asunto desde mi punto de vista.

Parece ser que los Herondale se mezclan muy poco con la sociedad local. Al pesar de (o quizás, debido a) esta tendencia, abundan los rumores sobre ellos. Aparentemente, ellos no son los propietarios de la mansión Ravenscar, pero, de hecho y por medio de su custodia, velan por su verdadero dueño: Axel Mortmain, por supuesto. Mortmain no aparenta ser una de esas personas, sino un rico propietario, quien adquirió una mansión

en el país, la cual visita rara vez. No encontré ningún rumor sobre cualquier conexión entre él y los Shade, cuyo legado, aquí, parece largamente olvidado.

Los propios Herondale son materia de una curiosa especulación. Es sabido que tenían un hijo, que murió, y que Edmund, a quien conocí en una ocasión, se dio a la bebida y a los juegos de azar. Eventualmente, apostó y perdió su casa en Gales, quedando en la indigencia, por lo que su propio dueño les ofreció ocupar esta casa en Yorkshire. Eso fue hace dos años.

Tenía todo esto confirmado por mis propios medios, cuando, observando la mansión a la distancia, me vi sorprendido por la aparición de una niña. Supe, inmediatamente, quién era ella. La había visto entrar y salir de la casa, y su parecido con su hermano Will, como dije, es pronunciado. Ella se plantó frente a mí en una ocasión, exigiendo saber por qué estaba espiando a su familia. No parecía estar enfadada al principio, pero sí esperanzada. "¿Lo envía mi hermano?", preguntó. "¿Tiene alguna noticia de mi hermano?"

Fue bastante doloroso, pero conozco la Ley, y sólo pude decirle que su hermano estaba bien, y que quería saber que ellos estaban a salvo. Allí fue cuando ella se enfadó y opinó que la mejor forma para que Will garantizara la seguridad de su familia, era regresar con ellos. También dijo que no fue la muerte de su hermana (¿usted conocía la existencia de esa hermana?), lo que había destruido a su padre, sino más bien, la deserción de Will. Dejo a su criterio el transmitir o no esta información al joven amo Herondale, ya que parecen noticias que le causarían más daño que bienestar.

Cuando le hablé de Mortmain, ella se explayó con facilidad de él: un amigo de la familia, dijo, que había intervenido, ofreciéndoles esa casa cuando no tenían nada. Mientras ella hablaba, empecé a tener una idea de cómo piensa Mortmain. Él sabe que va en contra de la Ley Nefilim el interferir con los Cazadores de Sombras que han elegido abandonar la Clave, y que, por lo tanto, ésta evitaría la mansión Ravenscar. Sabe también que la ocupación por parte de los Herondale de la misma, hace que los objetos en su interior les pertenezcan y, por lo tanto, nadie puede utilizarlos para rastrearlo. Y, por último, sabe que el poder que ostenta sobre los Herondale, puede transferirse en un poder sobre Will. ¿Él necesitará tener poder sobre Will? Quizás no, por ahora, pero puede llegar un momento en que lo desee, y cuando lo haga, lo tendrá a mano. Él es un hombre bien preparado, y los hombres como ésos, son peligrosos.

Si yo fuera usted, y no lo soy, le aseguraría al amo Will que su familia está a salvo y que estoy vigilándoles; evitaría hablarle de Mortmain hasta que pueda obtener más información. Por lo que pude deducir de Cecily, los Herondale no saben dónde está

Mortmain. Ella dice que se encuentra en Shanghai, y que, en ocasiones, reciben correspondencia de su compañía aquí, toda timbrada con sellos peculiares. A mi entender, sin embargo, el Instituto de Shanghai no cree que él estuviera allí.

Le dije a la señorita Herondale que su hermano la extrañaba; me pareció lo menos que podía hacer. Ella pareció complacida. Creo que permaneceré un buen tiempo en esta zona. Se me ha despertado la curiosidad por saber, de qué manera, las desgracias de los Herondale están entrelazadas con los planes de Mortmain. Aún hay secretos por ser descubiertos aquí, bajo el pacífico verdor de la campiña de Yorkshire, y mi objetivo es descubrirlos.

—Ragnor Fell.

Charlotte leyó la carta dos veces, para asegurarse de retener los detalles en su memoria y luego, después de haberla plegado en un pequeño rectángulo, la arrojó al fuego de la sala de estar. Se puso de pie con cansancio, apoyándose contra la chimenea y observó cómo la llama devoraba el papel en líneas de negro y oro.

No podía asegurar si estaba sorprendida, alterada o simplemente le pesaban los huesos, por el contenido de la carta. Tratar de encontrar a Mortmain era como estirarse para aplastar una araña, sólo para darte cuenta que has sido atrapada, sin remedio, entre los hilos pegajosos de su red. Y Will… odiaba hablar de ello con él. Observó el fuego con la mirada perdida.

A veces, pensaba que Will le había sido enviado por el Ángel, específicamente para probar su paciencia. Él era amargo, tenía una lengua como el azote de un látigo, y enfrentaba todos sus intentos de demostrarle amor y afecto con veneno o desprecio. Y aun así, cuando lo miraba, veía al muchacho que había sido a los doce años, acurrucado en un rincón de su dormitorio con las manos sobre las orejas, mientras sus padres gritaban su nombre desde los pisos inferiores, rogándole que saliera para regresar con ellos.

Ella se había arrodillado a su lado, después de que los Herondale se marcharon. Recordaba haberle levantado el rostro hacia ella: blanco, pequeño y determinado, con aquellos ojos azules y oscuras pestañas; en aquel entonces, era tan bello como una niña, esbelto y delicado, antes de lanzarse al entrenamiento de los Cazadores de Sombra con tanta resolución que, en dos

años, toda esa delicadeza se había esfumado, cubierta por músculos, cicatrices y Marcas. En esa ocasión, ella le había tomado la mano y él la dejó yacer entre las de ella, como algo muerto. Se había mordido el labio inferior, aunque no parecía notarlo, y la sangre le cubría la barbilla, goteando sobre su camisa.

Charlotte, tú me lo contarás, ¿no? Tú me contarás, si algo les sucede.

Will, no puedo…

Conozco la Ley. Sólo quiero saber si están vivos. Le habían suplicado sus ojos. *Charlotte, por favor…*

—¿Charlotte?

Ella levantó la vista del fuego. Jem estaba de pie, en la puerta de la sala de estar. Charlotte, aún medio cautiva por la telaraña del pasado, parpadeó. Cuando él llegó de Shanghai, al principio, sus cabellos y ojos eran tan negros como la tinta. Con el tiempo, se habían vuelto plateados, como el cobre oxidándose a verde-gris, mientras la droga se abría paso a través de su sangre, cambiándolo, matándolo lentamente.

—James —dijo ella—. Ya es tarde, ¿no?

—Las once en punto. —Él ladeó la cabeza, estudiándola—. ¿Estás bien? Te ves como si la paz de tu mente se hubiera truncado.

—No, yo sólo… —Hizo un gesto vago—. Es todo este asunto de Mortmain.

—Tengo una pregunta —dijo Jem, adentrándose más en la sala, mientras bajaba la voz—. Y no es completamente ajena. Gabriel dijo algo hoy, durante el entrenamiento…

—¿Estabas allí?

Él sacudió la cabeza —Sophie me lo dijo. No le gusta llevar cuentos, pero estaba en problemas y no puedo culparla. Gabriel afirmó que su tío se había suicidado y su madre había muerto de pena, a causa… bueno, a causa de tu padre.

—¿Mi padre? —dijo Charlotte, inexpresivamente.

—Aparentemente, el tío de Gabriel, Silas, cometió alguna infracción contra la Ley, y tu padre lo descubrió. Acudió a la Clave. El tío se suicidó por la

vergüenza, y la señora Lightwood murió de pena. De acuerdo a Gabriel, "Los Fairchild no se preocupan por nada más, que por sí mismos y por la Ley".

—¿Y tú me estás diciendo esto por…?

—Me preguntaba si es verdad —dijo Jem—. Y, si es así, quizás sería útil comunicar al Cónsul que el motivo de Benedict quiera el Instituto, es la venganza, no el deseo altruista de ver que funcione mejor.

—No es verdad. No puede ser. —Charlotte sacudió la cabeza—. Silas Lightwood se suicidó… porque estaba enamorado de su *parabatai*… pero no porque mi padre se lo haya dicho a la Clave. La primera vez que la Clave supo de ello, fue por la nota de suicidio de Silas. De hecho, el padre de Silas le pidió ayuda a mi padre, para escribir el panegírico[30] de Silas. ¿Suena eso como propio de un hombre que culpara a mi padre, por la muerte de su hijo?

Los ojos de Jem se oscurecieron. —Eso es interesante.

—¿Crees que Gabriel simplemente está siendo desagradable, o piensas que su padre le mintió…?

Charlotte nunca terminó su oración. Jem se dobló de repente, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, con un ataque de tos tan grave que sus delgados hombros temblaron. Un rocío de sangre roja salpicó la manga de su chaqueta, cuando levantó el brazo para cubrirse el rostro.

—Jem… —Charlotte empezó a acercarse con los brazos tendidos, pero él se enderezó tambaleante y se alejó, alzando la mano como para protegerse de ella.

—Todo está bien —dijo, con la voz entrecortada—. Me encuentro bien. —Se limpió la sangre del rostro, con la manga de su chaqueta—. Por favor, Charlotte… —añadió, con tono derrotado, cuando ella se movió hacia él—. No.

Charlotte se detuvo, con el corazón adolorido. —¿No hay nada…?

—Tú sabes que no hay nada. —Él bajó el brazo, como si la sangre en su manga fuera una acusación y le dirigió una sonrisa dulce—. Querida Charlotte —dijo—. Siempre has sido la mejor clase de hermana mayor que pude haber esperado. Lo sabes, ¿no es así?

[30] Es un discurso que se pronuncia en loor o alabanza de alguien.

Charlotte sólo lo miró, con la boca abierta. Eso sonaba tan parecido a una despedida, que no se veía capaz de responder. Él se dio la vuelta, con su habitual paso ligero, y salió de la habitación. Ella lo observó marcharse, diciéndose que no significaba nada, que no era peor de lo que había sido, que aún tenía tiempo. Amaba a Jem, como amaba a Will, no podía menos que amarlos a todos, y la idea de perderlo le destrozaba el corazón. No sólo por su propia pérdida, sino por la de Will. Si Jem moría, ella presentía que se llevaría todo lo que aún era humano de Will con él, cuando se fuera.

* * *

Era casi medianoche cuando Will regresó al Instituto. Había empezado a llover cuando estaba a medio camino de Threadneedle Street. Se acurrucó bajo el toldo de Dean&Son Publishers, para abotonarse la chaqueta y ajustarse la bufanda, pero la lluvia ya se le había metido en la boca; grandes y heladas gotas, que sabían a carbón y sedimentos. Optó por encogerse de hombros ante los agudos aguijonazos, así que abandonó el abrigo del toldo y se encaminó, pasando el Banco, hacia el Instituto.

Incluso tras los años pasados en Londres, la lluvia le hacía pensar en su casa. Aún recordaba el modo con que llovía en la campiña, en Gales, el fresco sabor verde de la misma, cómo se sentía rodar una y otra vez por una ladera húmeda, llenándote de hierba el cabello y las ropas. Si cerraba los ojos, podía escuchar las risas de sus hermanas, haciendo eco en sus oídos. *Will, te arruinarás las ropas. Will, mamá se pondrá furiosa…*

Will se preguntaba si puedes llegar a ser un verdadero londinense, mientras tengas eso en tu sangre: el recuerdo de los grandes espacios abiertos, la amplitud del cielo, el aire claro. No estas estrechas calles abarrotadas de gente, con el polvo de Londres que se mete en todas partes: en tus ropas, una fina espolvoreada sobre tu cabello y la parte posterior de tu cuello; el olor viciado del río.

Había llegado a Fleet Street. El Temple Bar era visible a través de la niebla, en la distancia; la calle estaba resbaladiza por la lluvia. Un carruaje se sacudió

ruidosamente cuando se introdujo en un callejón entre dos edificios, las ruedas salpicaron agua sucia contra la acera.

A lo lejos, ya podía divisar las agujas del Instituto. Seguramente, ya habían terminado de cenar, pensó Will. Todo el mundo se habría retirado. Bridget estaría dormida, así que podía meterse en la cocina e improvisar una comida de pan, queso y pastel frío. Se había perdido una gran cantidad de comidas últimamente y, si era sincero consigo mismo, sólo había una razón para ello: estaba evitando a Tessa.

No quería evitarla; de hecho, esa tarde había fracasado estrepitosamente en su propósito, acompañándola no sólo al entrenamiento, sino también a la sala más tarde. A veces, se preguntaba si hacía esas cosas sólo para probarse, para ver si los sentimientos se habían ido. No era así. Cuando la veía, quería estar con ella; cuando estaba con ella, ardía en deseos de tocarla; cuando la tocaba, aunque sólo fuera su mano, quería abrazarla. Quería sentirla contra él, como esa vez en el ático. Quería conocer el sabor de su piel y el olor de su cabello. Quería hacerla reír. Quería sentarse y escucharla hablar de libros hasta que se le cayeran las orejas. Pero todas ésas eran cosas que él no podía querer, porque eran cosas que no podía hacer, y querer lo que uno no puede hacer, te conduce a la miseria y a la locura.

Llegó a la casa. La puerta del Instituto se abrió bajo su tacto, dándole paso a un vestíbulo lleno de antorchas parpadeantes. Pensó en el estupor al que las drogas lo habían llevado, en el cochambroso cuarto de Whitechapel High Street. Un bienaventurado indulto de querer o necesitar algo. Había soñado que estaba acostado en una colina de Gales, con el cielo alto y azul sobre su cabeza, y que Tessa llegaba escalando la colina hacia él, y se sentaba a su lado. *Te amo*, le había dicho y la había besado, como si fuera la cosa más natural del mundo. *¿Tú me amas?*

Ella le sonrió. *Siempre serás el primero en mi corazón,* dijo.

Dime que esto no es un sueño, le había susurrado él mientras ella lo abrazaba y entonces, ya no supo cuándo estaba despierto y cuándo durmiendo.

Se quitó la chaqueta mientras subía las escaleras, sacudiendo su cabello mojado. El agua fría corría por la espalda de su camisa, empapando su columna vertebral y haciéndolo temblar. El precioso paquete que le había comprado a los

ifrits estaba en el bolsillo del pantalón. Deslizó su mano por éste, palpándolo, sólo para estar seguro.

Los corredores brillaban con una baja luz mágica; estaba a mitad del primero, cuando hizo una pausa. La puerta de la habitación de Tessa estaba allí, lo sabía, frente a la de Jem. Y allí, frente a su puerta, estaba parado Jem, aunque "estar parado" quizás no fueran las palabras correctas. Estaba paseándose, de ida y vuelta; "haciendo un surco sobre la alfombra", como diría Charlotte.

—James —dijo Will, más sorprendido que otra cosa.

La cabeza de Jem se alzó con brusquedad y se apartó al instante de la puerta de Tessa, retirándose hacia la suya. Su rostro quedó en blanco—. Supongo que no debería sorprenderme de encontrarte vagando por los pasillos a estas horas.

—Creo que podemos estar de acuerdo en que, lo contrario, está más fuera de lugar —dijo Will—. ¿Por qué estás despierto? ¿Estás bien?

Jem lanzó una mirada hacia la puerta de Tessa, y luego giró el rostro hacia Will. —Vine a disculparme con Tessa —dijo—. Creo que el sonido de mi violín la mantenía despierta. ¿Dónde has estado? ¿Una cita con Nigel Seis-Dedos, otra vez?

Will sonrió, pero Jem no le devolvió la sonrisa. —Tengo algo para ti, en realidad. Vamos, déjame entrar en tu habitación. No quiero pasar la noche parado en el pasillo.

Tras un momento de vacilación, Jem se encogió de hombros y abrió su puerta. Entró, seguido por Will. Éste cerró la puerta y la aseguró, mientras Jem se arrojaba sobre un sillón. Había un fuego en la chimenea, pero ardía bajo, con brasas rojo-doradas.

Jem miró a Will. —¿Qué es, entonces…? —empezó, y se dobló casi por la mitad, sacudido por una fuerte tos. Pasó con rapidez, antes de que Will pudiera moverse y hablar, pero cuando Jem se enderezó y frotó el dorso de la mano sobre su boca, ésta se manchó de rojo. Miró la sangre, inexpresivamente.

Will se sintió enfermo. Se aproximó a su *parabatai*, ofreciéndole un pañuelo de mano, que Jem tomó y luego, el polvo plateado que había comprado en Whitechapel. —Aquí tienes —dijo, sintiéndose incómodo. No se había sentido

incómodo cerca de Jem en cinco años, pero allí estaba—. Regresé a Whitechapel, conseguí esto para ti.

Jem, una vez limpiada la sangre de su mano con el pañuelo de Will, tomó el paquete y se quedó mirando el *yin fen*. —Tengo suficiente de esto —dijo—. Para, al menos, un mes más. —Entonces levantó la mirada, con un repentino titilar en los ojos—. ¿O es que Tessa te ha dicho…?

—¿Decirme qué?

—Nada. Derramé algo del polvo el otro día. Me las arreglé para recuperar la mayor parte —Jem dejó el paquete en la mesa, junto a él—. Esto no era necesario.

Will se sentó sobre la baranda, a los pies de la cama de Jem. Odiaba sentarse allí; sus piernas eran tan largas que siempre se sentía como un adulto tratando de apachurrarse tras el pupitre de un salón de clases, pero quería que sus ojos estuvieran a la misma altura que los de Jem.

—Los secuaces de Mortmain han estado comprando todas las existencias de *yin fen* en el East End —dijo—. Lo confirmé. Si se te agota y él fuera el único que tuviera una provisión…

—Nos tendría en su poder —dijo Jem—. A menos que estuvieran dispuestos a dejarme morir, por supuesto, lo cual sería el curso de acción más sensato.

—Yo *no* estaría dispuesto —la voz de Will sonó aguda—. Tú eres mi hermano de sangre. He realizado un voto, bajo juramento, de no permitir que algo te haga daño…

—Dejando de lado los votos —dijo Jem—. Y los juegos de poder, ¿algo de todo esto tiene que ver conmigo?

—No sé qué es lo que quieres decir…

—He empezado a preguntarme, si eres capaz de desear ahorrarle el sufrimiento a alguien.

Will se echó ligeramente hacia atrás, como si Jem lo hubiera empujado —Yo… —Tragó saliva, buscando las palabras. Había pasado tanto tiempo desde que tuvo que buscar las palabras que le harían ganarse su perdón y no su odio, tanto tiempo desde que intentara no presentarse a sí mismo bajo la peor luz

posible, que se preguntó, por un momento de pánico, si se trababa de algo que ya ni siquiera era capaz de hacer.

—Hablé hoy con Tessa—dijo Will finalmente, sin notar que la palidez se hizo más marcada en el rostro de Jem—. Ella me hizo entender… que lo que hice la otra noche, fue imperdonable. Sin embargo… —agregó, a toda prisa— Aún tengo la esperanza de que me perdones. *—Por el Ángel, soy malo en esto.*

Jem levantó una ceja. —¿Por qué?

—Fui a ese antro, porque no podía dejar de pensar en mi familia, y quería… necesitaba… dejar de pensar —dijo Will—. No se me cruzó por la cabeza que lo verías como si me estuviera mofando de tu enfermedad. Supongo que estoy pidiendo tu perdón por mi falta de consideración. —Bajó la voz—. Todo el mundo comete errores, Jem.

—Sí —dijo Jem—. Sólo que tú cometes más que la mayoría de las personas.

—Yo…

—Lastimas a todo el mundo —dijo Jem—. A toda persona cuya vida tocas.

—No a ti —susurró Will—. Lastimo a todo el mundo, menos a ti. Nunca quise hacerte daño.

Jem levantó las manos, apretando las palmas contra sus ojos. —Will…

—No puedes no perdonarme jamás —dijo Will, con el pánico tiñendo su propia voz—. Me quedaré…

—¿Solo? —Jem bajó las manos, pero ahora sonreía torcidamente— ¿Y de quién es la culpa? —Se dejó caer contra su asiento, con los ojos entrecerrados por el cansancio—. Yo siempre te he perdonado —dijo—. Lo hubiera hecho, aunque no te disculparas. De hecho, no lo esperaba. Sólo puedo suponer que fue la influencia de Tessa.

—No estoy aquí a petición suya. James, tú eres la única familia que tengo. —La voz de Will se sacudió—. Moriría por ti. Lo sabes. Me moriría *sin* ti. Si no fuera por ti, habría muerto más de cien veces durante estos últimos cinco años. Te debo todo, y no puedes creer que tenga empatía, quizás al menos, deberías creer que conozco el honor… el honor y el deber…

Jem parecía realmente alarmado ahora —Will, tu desconcierto es mayor que mi ira justificada. Mi temperamento se ha enfriando; ya sabes que nunca tuve mucho.

Su tono era suave, pero algo en Will no podía ser suavizado. —Fui a conseguirte la medicina, porque no podía soportar el pensamiento de que mueras o que sufras dolor, ciertamente, no si yo podía hacer algo para evitarlo. Y lo hice, porque estaba asustado. Si Mortmain viniera y nos dijera que es el único que tiene la droga que te podría salvar la vida, debes saber que yo le daría todo lo que él quisiera, para poder conseguírtela. Ya le he fallado antes a mi familia, James. No te fallaría a ti…

—Will —Jem se puso de pie; cruzó la habitación hasta donde estaba Will, y se arrodilló, levantando la vista hacia el rostro de su amigo—. Estás empezando a preocuparme. Tu arrepentimiento te da un prestigio admirable, pero debes saber que…

Will bajó la mirada hacia él. Recordó a Jem, como había sido cuando acababa de llegar de Shanghai, y le pareció ver aquellos grandes ojos oscuros en un enjuto rostro blanco. No había sido fácil hacerlo reír entonces, pero Will se había propuesto intentarlo. —¿Saber qué?

—Que voy a morir —dijo James. Sus ojos estaban dilatados y brillantes de fiebre; aún había un resto de sangre en la comisura de su boca. Las sombras bajo sus ojos eran casi azules.

Will hundió los dedos en la muñeca de Jem, arrugando la tela de su camisa. Jem no hizo ningún gesto de dolor.

—Juraste que te quedarías conmigo —dijo él—. Cuando hicimos nuestro voto como *parabatai*. Nuestras almas están unidas. Somos una sola persona, James.

—Somos dos personas —dijo Jem—. Dos personas con un pacto que nos une.

Will sabía que sonaba como un niño, pero no podía evitarlo. —Un pacto que dice que no puedes marcharte a donde yo no pueda acompañarte.

—Hasta la muerte —respondió Jem, suavemente—. Ésas son las palabras del voto. 'Hasta que la muerte nos separe a ti y a mí'. Algún día, Will, me iré a

donde nadie puede seguirme, y creo que será más temprano que tarde. ¿Alguna vez te has preguntado por qué acepté ser tu *parabatai*?

—¿No había una mejor oferta en el futuro cercano? —Will trató de bromear, pero su voz se quebró como el cristal.

—Pensé que tú me necesitabas —dijo Jem—. Hay una pared que has construido alrededor tuyo, Will, y nunca te he preguntado el por qué. Pero nadie debe asumir toda la carga por sí solo. Pensé que me dejarías entrar, si me convertía en tu *parabatai*, y entonces, tendrías por lo menos a alguien en quien apoyarte. Pregunté qué significaría mi muerte para ti. Solía tenerle miedo, por tu propio bien. Tenía miedo de que te quedaras solo, en el interior del muro. Pero ahora… algo ha cambiado. No sé por qué. Pero sé que es verdad.

—¿Qué es lo que es verdad? —Los dedos de Will aún se hundían en la muñeca de Jem.

—Que el muro se está viniendo abajo.

Tessa no podía conciliar el sueño. Yacía inmóvil sobre su espalda, mirando hacia el techo. Había una grieta en el yeso, que a veces parecía una nube, y a veces una navaja, dependiendo de la inclinación en la luz de las velas.

La cena había sido tensa. Aparentemente, Gabriel le había dicho a Charlotte que se negaba a regresar y que no formaría parte del entrenamiento nunca más, así que, a partir de ahora, sólo Gideon trabajaría con ella y Sophie. Gabriel había rehusado explicar el por qué, pero estaba claro que Charlotte culpaba a Will. Tessa, viendo cuán exhausta parecía Charlotte ante la perspectiva de más conflictos con Benedict, se sintió fuertemente culpable, por haber llevado a Will al entrenamiento con ella, y por haberse reído de Gabriel.

No ayudó el que Jem no estuviera en la cena. Ella había deseado tanto hablar hoy con él. Después de que él evitara sus ojos durante el desayuno, y luego se "enfermara" en la cena, su estómago estaba retorcido por el pánico. ¿Acaso él estaba horrorizado por lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior?… o peor aún, ¿asqueado? Tal vez, en el rincón más íntimo de su corazón, sentía al igual que Will, que los brujos estaban por debajo de él. O quizás, eso no tenía nada que ver con lo que era ella. Tal vez, simplemente se había sentido repelido por su lascivia. Ella había aceptado de buen grado su abrazo, y no lo había

alejado de un empujón, ¿y acaso la tía Harriet no había dicho siempre que los hombres son débiles en cuanto se trata de deseo, y son las mujeres quienes tienen que actuar con moderación?

Ella no lo había puesto mucho en práctica la noche anterior. Se recordaba tendida debajo de Jem, sus suaves manos sobre ella. Sabía, con una dolorosa honestidad interna, que si las cosas hubieran continuado, ella hubiera hecho lo que él quisiera. Incluso ahora, al pensar en ello, su cuerpo se sentía caliente y excitado. Se giró en la cama, dándole un puñetazo a una de las almohadas. Si había destruido la familiaridad que compartía con Jem, al haber permitido lo que sucedió la noche anterior, nunca se lo perdonaría.

Estaba a punto de enterrar la cara en la almohada, cuando oyó el ruido. Un raspar suave sobre la puerta. Se quedó inmóvil. El sonido volvió, insistente. *Jem*. Con las manos temblorosas, saltó de la cama, corrió hacia la puerta y la abrió de golpe.

En el umbral estaba Sophie. Llevaba su uniforme negro de criada, pero su cofia blanca estaba torcida y sus rizos oscuros empezaban a desmoronarse. Su rostro estaba muy blanco y había una mancha de sangre en su cuello. Se veía aterrorizada y casi enferma.

—Sophie… —la voz de Tessa traicionaba su sorpresa— ¿Estás bien?

Sophie miró a su alrededor, temerosa. —¿Puedo entrar, señorita?

Tessa asintió con la cabeza, y mantuvo la puerta abierta para ella. Cuando ambas estuvieron seguras en el interior, ella echó el cerrojo y se sentó en el borde de su cama; la aprehensión pesaba como plomo en su pecho. Sophie se quedó de pie, retorciéndose las manos frente a ella.

—Sophie, por favor, ¿qué pasa?

—Es la señorita Jessamine —estalló Sophie.

—¿Qué pasa con Jessamine?

—Ella… sólo quiero decir que la he visto… —se interrumpió, viéndose acongojada—. Ella ha estado escapándose por las noches, señorita.

—¿Lo ha hecho? La vi ayer por la noche en el corredor, vestida como un muchacho y con un aspecto muy furtivo…

Sophie pareció aliviada. No le gustaba Jessamine, eso Tessa lo sabía bastante bien, pero era una criada bien entrenada, y una criada bien entrenada no va con chismes sobre su ama.

—Sí —dijo, con entusiasmo—. Lo he estado observando desde hace días. Su cama parecía como si, directamente, no hubiera dormido en ella, el barro en las alfombras por las mañana, cuando la noche anterior no estaba allí. Se lo hubiera dicho a la señora Branwell, pero ya tiene tantas cosas terribles en mente, que no podía soportarlo.

—¿Entonces, por qué me lo estás diciendo a mí? —preguntó Tessa—. Suena como si Jessamine hubiera hallado un pretendiente por su cuenta. No puedo decir que apruebe su comportamiento, pero… —tragó, pensando en su propia conducta la noche anterior—. Ninguno de nosotros es responsable por eso. Y quizás, haya alguna explicación inofensiva.

—Oh, pero, señorita… —Sophie introdujo una mano en el bolsillo de su uniforme y sacó una tarjeta rígida, color crema, apretada entre los dedos—. Esta noche, encontré esto. En el bolsillo de su nueva chaqueta de terciopelo. Usted sabe, la que tiene la franja de encaje crudo.

A Tessa no le preocupaba la franja de encaje crudo. Sus ojos estaban fijos en la tarjeta. Lentamente, se acercó y la tomó, girándola sobre su mano. Era una invitación a un baile.

20 de julio de 1878

El SEÑOR BENEDICT LIGHTWOOD

saluda atentamente a

la SEÑORITA JESSAMINE LOVELACE

y solicita el honor de su compañía

en un baile de máscaras, que se llevará

a cabo el próximo martes

27 de Julio.

RSVP[31]

---

[31] **RSVP**: es la abreviatura de *répondez s'il vous plait*, una expresión francesa que, traducida al español, significa "responda por favor". Este código, agregado a una invitación, significa que el anfitrión está

La invitación daba detalles de la dirección y la hora a la que empezaba el baile, pero era lo que estaba escrito en el dorso, lo que hizo que a Tessa se le helara la sangre. En una caligrafía informal, tan familiar para ella como la suya propia, estaban garabateadas las palabras: *Mi Jessie. Mi corazón a pleno estalla con la idea de verte mañana por la noche, en el "gran evento". Sin importar lo grande que sea, sólo tendré ojos para ti, y nada más que para ti. Lleva el vestido blanco, mi amor, como sabes que me gusta… "en brillos de satén y destellos de perlas", como dice el poeta*[32]*. Tuyo, por siempre. N. G.*

—Nate —dijo Tessa, aturdida, mirando la nota—. *Nate* escribió esto. Y citó a *Tennyson*.

Sophie soltó el aliento con fuerza. —Me lo temía… pero pensé que no podía ser. No después de lo que él hizo.

—Conozco la letra de mi hermano. —La voz de Tessa era sombría—. Planea encontrarse con ella, esta noche, en este… este baile secreto. ¿Dónde está Jessamine, Sophie? Debo hablar con ella, en este instante.

Las manos de Sophie empezaron a retorcerse con más rapidez. —Verá, ésa es la cosa, señorita…

—Oh, Dios, ¿ya se ha marchado? Tenemos que acudir a Charlotte. No veo otra forma…

—Ella no se ha marchado. Está en su habitación —la interrumpió Sophie.

—Así que no sabe que tú has hallado esto —Tessa agitó la tarjeta.

Sophie tragó fuerte, visiblemente —Yo… ella me encontró con eso en la mano, señorita. Intenté esconderlo, pero ella ya lo había visto. Tenía una mirada tan amenazante en su rostro, cuando se lanzó a por esto, que no pude evitarlo. Todas las sesiones de entrenamiento que realicé con el amo Gideon, pues sólo surgieron y, bueno…

—¿Bueno, *qué*? Sophie…

---

solicitando al invitado que la responda, para así saber si acudirá al evento o no. En español, las siglas para solicitar una respuesta son **SRC** (Se Ruega Contestación).

[32] **En brillos de satén y destellos de perlas (in gloss of satin and glimmer of pearls):** verso del poema "Came Into the Garden, Maud", de Lord Alfred Tennyson, uno de los poetas ingleses más ilustres del postromanticismo.

—La golpeé en la cabeza con un espejo —dijo Sophie, desesperada—. Uno de ésos que tienen marco de plata, así que era bastante pesado. Ella se desplomó como una piedra, señorita. Así que yo… la amarré a la cama y vine a buscarla.

—Déjame ver si he comprendido todo correctamente —dijo Tessa, tras una pausa—. Jessamine te encontró con la invitación en la mano, así que tú le golpeaste la cabeza con un espejo y la ataste a la cama.

Sophie asintió con la cabeza.

—Buen Dios —dijo Tessa—. Sophie, vamos a tener que ir a por alguien. Ese baile no puede seguir siendo un secreto, y Jessamine…

—Que no sea la señora Branwell —gimió Sophie—. Ella me despedirá. Tendrá que hacerlo.

—Jem…

—¡No! —La mano de Sophie voló a su cuello, donde estaba la mancha de sangre. Sangre de Jessamine, se percató Tessa, con un sobresalto—. No podría soportar que él supiera que soy capaz de hacer una cosa como ésa… él es tan gentil. Por favor, no me haga decírselo, señorita.

Por supuesto, pensó Tessa. Sophie estaba enamorada de Jem. Con todo el lío de los últimos días, casi lo había olvidado. Una oleada de vergüenza la inundó al pensar en la noche anterior. Se rehízo y dijo, con determinación: —Entonces, hay una sola persona, Sophie, a quien podamos acudir. ¿Lo entiendes?

—El amo Will —dijo Sophie con desprecio, y suspiró—. Muy bien, señorita. Supongo que no me importa lo que él piense de mí.

Tessa se levantó, recogió su salto de cama y se envolvió con él. —Mira el lado positivo, Sophie. Al menos, Will no se sorprenderá. Dudo que Jessamine sea la primera mujer inconsciente con la que ha tratado y tampoco que ella vaya a ser la última.

Tessa se había equivocado en, al menos, una cosa: Will *estaba* sorprendido.

—¿*Sophie* hizo esto? —dijo, no por primera vez.

Estaban parados a los pies de la cama de Jessamine. Ella yacía sobre ésta, su pecho subía y bajaba lentamente, como la Bella Durmiente, la famosa escultura de cera de Madame du Barry[33]. Su cabello rubio estaba esparcido sobre la almohada, y un largo verdugón sangriento cruzaba su frente. Cada una de sus muñecas estaba atada a un poste de la cama.

—¿*Nuestra* Sophie?

Tessa le echó una mirada a Sophie, quien estaba sentada en una silla, junto a la puerta. Tenía la cabeza gacha y la vista fija en sus manos. Evitaba, cuidadosamente, mirar a Tessa o a Will.

—Sí —dijo Tessa—. Y deja de repetirlo.

—Creo que podría enamorarme de ti, Sophie —dijo Will—. El matrimonio podría estar en las cartas de nuestro destino.

Sophie gimió.

—Ya basta —siseó Tessa—. Creo que estás asustando a la pobre chica, más de lo que ya estaba asustada.

—¿De qué está asustada? ¿De Jessamine? Por lo que parece, Sophie ganó ese pequeño altercado con facilidad. —Will tenía problemas para reprimir una sonrisa—. Sophie, querida, no tienes nada por lo que preocuparte. Son muchos los momentos en los que yo mismo he querido golpear a Jessamine en la cabeza. Nadie podría culparte.

—Ella teme que Charlotte la despida —dijo Tessa.

—¿Por golpear a Jessamine? —Will se apaciguó—. Tessa, si esta invitación es lo que parece, y Jessamine en verdad se está reuniendo con tu hermano en secreto, ella pudo traicionarnos a todos. Por no mencionar lo que está haciendo Benedict Lightwood, celebrando fiestas de las que ninguno de nosotros está enterado. ¿Fiestas en las que Nate está invitado? Lo que hizo Sophie fue heroico. Charlotte se lo agradecerá.

Ante eso, Sophie levantó la cabeza. —¿Usted cree eso?

—Yo lo sé —dijo Will.

---

[33] **La Bella Durmiente:** es una de las estatuas de cera más famosas – creada en el año 1765 – del Museo de Cera de Madame Tussaud, en Londres. Representa a Jeanne du Barry, cortesana francesa, amante de Luis XV, tumbada en un diván como si estuviera durmiendo. Posee un mecanismo que hace que su pecho suba y baje, como si respirara.

Por un momento, Sophie y él se sostuvieron la mirada el uno al otro a través de la habitación. Sophie fue la primera en apartar la vista, pero si Tessa no se equivocaba, no hubo (por primera vez) ningún disgusto en sus ojos cuando miró a Will.

Will extrajo la estela de su cinturón. Se sentó en la cama junto a Jessamine y le apartó el cabello con gentileza. Tessa se mordió el labio, conteniendo el impulso de preguntarle qué estaba haciendo.

Él apoyó su estela en la garganta de Jessamine, y, rápidamente, esbozó dos runas. —Una *iratze* —dijo, sin que Tessa tuviera que preguntar—. Es decir, una runa curativa, y una runa para Dormir Ahora. Esto debería mantenerla quieta, al menos, hasta mañana. Tu habilidad con un espejo de mano es digna de ser admirada, Sophie, pero la de hacer nudos, se podría mejorar.

Sophie murmuró algo por lo bajo en respuesta. La tregua en su aversión por Will parecía haber terminado.

—La pregunta… —dijo Will—… es qué debemos hacer ahora.

—Tenemos que decirle a Charlotte…

—No —dijo Will, firmemente—. No debemos hacerlo.

Tessa le miró con asombro.

—¿Por qué no?

—Dos razones —dijo Will—. En primer lugar, ella tendría el deber de decírselo a la Clave, y si Benedict Lightwood es el anfitrión de este baile, eso me hace suponer que algunos de sus seguidores estarán allí. Pero podrían no ser todos. Si la Clave es advertida, serían capaces de tener unas palabras con él, antes que cualquiera pueda llegar a observar qué está ocurriendo en realidad. En segundo lugar, el baile comenzó hace una hora. No sabemos en qué momento llegará Nate buscando a Jessamine, y si no la ve, podría marcharse. Él es la mejor conexión con Mortmain que tenemos. No tenemos tiempo que perder o desperdiciar en despertar a Charlotte, para decirle qué haremos.

—¿Jem, entonces?

Algo tituló en los ojos de Will. —No. Esta noche, no. Jem no está lo suficientemente bien, pero él dirá que sí. Después de lo de anoche, se lo debo. Lo dejaré fuera de esto.

Tessa lo miró con dureza. —¿Entonces, qué te propones hacer?

La boca de Will se curvó en ambas comisuras.

—Señorita Gray —dijo—. ¿Sería capaz de persuadirla para que asistiera a un baile conmigo?

—¿Recuerdas la *última* fiesta a la que acudimos juntos? —preguntó Tessa.

La sonrisa de Will se mantuvo. Él tenía esa mirada de increíble intensidad, la que aparecía cuando estaba planeando una estrategia. —No me digas que no estabas pensando lo mismo que yo, Tessa.

Tessa suspiró. —Sí —dijo—. Cambiaré a Jessamine e iré en su lugar. Es el único plan que tiene sentido —se giró hacia Sophie—. ¿Conoces el vestido del que habla Nate? ¿Un vestido de Jessamine, de color blanco?

Sophie asintió.

—Tenlo repasado y listo para usar —dijo Tessa—. También tendrás que peinarme, Sophie. ¿Estás lo suficientemente tranquila?

—Sí, señorita. —Sophie se puso de pie, y trotó por la habitación hacia el armario, el cual abrió. Will aún estaba observando a Tessa, con una sonrisa cada vez más amplia.

Tessa bajó la voz. —Will, ¿se te ha pasado por la cabeza que Mortmain podría estar allí?

La sonrisa desapareció del rostro de Will. —No irás a ninguna parte cerca de él, si es así.

—Tú no vas a decirme qué hacer.

Will frunció el ceño. No estaba reaccionando, de ningún modo, en la forma en que Tessa sentía que debía hacerlo. Cuando Capitola en *The Hidden Hand*[34] se

[34] **The Hidden Hand** (La mano oculta), también conocida como *Capitola, the Madcap*, es una de las historias más conocidas de la escritora estadounidense E.D.E.N Southworth (1819-1899). Es una comedia de acción, que cuenta la historia de Capitola Black, una intrépida mujer, al estilo de Don Quijote, prototipo de innumerables heroínas de aventura. Rescatada de la vida en la calles de New York, por un propietario de

vistió como un muchacho y empezó a merodear a Black Donald para probar su valor, nadie *la* cuestionó.

—Tu poder es impresionante, Tessa, pero no estás en condiciones de capturar un poderoso adulto usuario de la magia, como Mortmain. Me dejarás eso a mí —dijo él.

Ella le dirigió una mirada ceñuda. —¿Y cómo planeas hacer que no te reconozcan *a ti* en el baile? Benedict conoce tu rostro…

Will le quitó la invitación de la mano y la agitó frente a ella. —Es un baile de *máscaras*.

—Y tengo que suponer que, casualmente, tú tienes una máscara.

—De hecho, la tengo —dijo Will—. Nuestra última fiesta de Navidad tuvo como tema el desarrollo del Carnaval de Venecia —sonrió torcidamente—. Díselo, Sophie.

Sophie, que estaba ocupada con lo que parecía una mezcla de telas de araña y rayos de luna sobre la bandeja de repaso, suspiró. —Es cierto, señorita. Y usted dejará que él trate con Mortmain, ¿me oye? Lo contrario es muy peligroso. ¡Y estará todo el tiempo en Chiswick!

Will miró triunfante a Tessa. —Si incluso Sophie está de acuerdo conmigo, ni siquiera puedes pensar en decir que no.

—Podría —dijo Tessa, puntillosamente—. Pero no lo haré. Muy bien. Pero debes mantenerte fuera del camino de Nate, mientras yo hablo con él. No es ningún idiota; si nos ve juntos, es muy capaz de sumar dos más dos. No le encuentro sentido, por su nota, a que vaya a esperar que Jessamine esté acompañada.

—Yo no le encuentro sentido a su nota en absoluto —dijo Will, saltando sobre sus pies—. Excepto que puede citar algo de la poesía menor de Tennyson. ¿Sophie, en cuánto tiempo puedes tener lista a Tessa?

—Media hora —dijo Sophie, sin levantar la mirada del vestido.

---

plantaciones en el sur, Capitola se niega a conformarse con la vida de una belleza sureña. Además, el vecindario está infestado de malhechores – como Black Donald, el notorio bandido y Gabriel Le Noir, el propietario de la finca contigua. Todo se combina para llenar la vida de Capitola de emoción y peligro.

—Nos vemos en el patio de atrás en media hora, entonces —dijo Will—. Voy a despertar a Cyril. Y prepárate para desmayarte, cuando veas mi exquisita elegancia.

La noche era fría, y Tessa se estremeció cuando cruzó las puertas del Instituto y se encaminó hacia los peldaños superiores de la escalera exterior. Allí era donde se habían sentado, pensó, aquella noche en que ella y Jem habían caminado juntos hasta el Puente Blackfriars, aquella noche en que fueron atacados por las criaturas mecánicas. Esta noche era una noche clara, a pesar del día lluvioso. La luna arrastraba festones de nubes dispersas a través de un cielo negro, de otro modo imperceptible.

El carruaje estaba allí, al pie de los escalones. Will esperaba frente a éstos. Él levantó la mirada cuando la puerta del Instituto se cerró detrás de ella. Por un momento, ellos simplemente se quedaron allí, mirándose mutuamente. Tessa sabía lo que él estaba viendo; se había visto a sí misma, en el espejo del cuarto de Jessamine.

Ella era Jessamine hasta el último centímetro, engalanada en un vestido de delicada seda color marfil. Tenía un escote bajo, revelando una gran cantidad del blanco pecho de Jessamine, con una cinta de seda en el cuello, para dar énfasis a la forma estilizada de su garganta. Las mangas eran cortas, dejando sus brazos vulnerables al aire nocturno. Incluso si el escote no hubiera sido tan bajo, Tessa se hubiera sentido desnuda sin su ángel, pero no podía llevarlo; seguramente, Nate lo notaría. La falda caía como una cascada, acampanándose detrás de ella a partir de una estrecha cintura, con un lazo; su cabello estaba peinado alto, con una hilera de perlas sujetas en su lugar por alfileres de perlas, y llevaba una media máscara de dorado dominó, que combinaba casi a la perfección, con la palidez y el cabello rubio de Jessamine.

Me veo tan delicada, había pensado ella con desapego, observando la plateada superficie del espejo, mientras Sophie expresaba su inconformidad al respecto. *Como una princesa de cuentos de hada.* Era fácil pensar en esas cosas, cuando el reflejo no era el propio, en realidad.

Pero Will… Will. Él le había dicho que tendría que estar lista para desmayarse ante su elegancia, y ella había puesto los ojos en blanco; pero en su traje de noche, blanco y negro, él se veía más apuesto de lo que nunca habría

imaginado. Los colores austeros y simples ponían de manifiesto la angulosa perfección de su fisonomía. Su oscuro cabello caía sobre una media máscara negra, que destacaba el azul de los ojos tras ésta. Ella sintió que su corazón se encogía, y se odió instantáneamente por ello.

Desvió la mirada hacia Cyril, en el asiento del conductor del carruaje. Los ojos de él se estrecharon, confusos, cuando la vio. Llevó la mirada desde ella hacia Will, y viceversa, luego se encogió de hombros. Tessa se preguntó qué terruños le habría dicho Will que estaban haciendo, para explicar el hecho de que él estaba llevando a Jessamine a Chiswick, en mitad de la noche. Debía ser toda una historia.

—Ah —fue todo lo que Will dijo cuando ella descendió los escalones y se envolvió con su abrigo. Esperaba que él atribuyera al frío el temblor involuntario que la sacudió, cuando le tomó la mano—. Ahora veo por qué tu hermano ha citado esa abominable poesía. Estás determinada a *ser* Maud, ¿o no? 'Rosa reina del jardín, lleno de pimpollos, de las niñas'[35]

—Tú sabes… —dijo Tessa, mientras él la ayudaba a subirse al carruaje—. No me preocupo por el poema que sea.

Él saltó tras ella y cerró la puerta del carruaje. —Jessamine lo adora.

El carruaje comenzó a traquetear a través de los adoquines, y por las hojas abiertas del portón. Tessa descubrió que su corazón latía muy rápido. Se dijo que se debía al miedo a ser atrapados por Charlotte y Henry. Que no tenía nada que ver con el hecho de estar sola, con Will, en el carruaje.

—Yo no soy Jessamine.

Él la miró, impasible. Había algo en sus ojos, una suerte de burlona admiración. Ella se preguntó si él estaría, simplemente, admirando el aspecto de Jessamine.

—No —dijo él—. No, incluso cuando eres la imagen perfecta de Jessamine, puedo ver a Tessa a través de ésta, de algún modo… como si, una vez que hubiera raspado una capa de pintura, allí estuviera mi Tessa, bajo ella.

—No soy *tu* Tessa, tampoco.

[35] **Queen rose of the rosebud garden of girls**. Otro verso del citado poema "Come into the garden, Maud" de Lord Alfred Tennyson

La luz que titilaba en los ojos de Will se apagó.

—Es razonable —dijo él—. Supongo que no lo eres. ¿Cómo es, ser Jessamine, entonces? ¿Puedes descubrir sus pensamientos? ¿Percibir lo que ella siente?

Tessa tragó y acarició la cortina de terciopelo del carruaje con una mano enguantada. En el exterior, podría ver las luces de gas que pasaban frente a ella, como un borrón amarillo; dos niños estaban sentados en el umbral de una puerta, apoyados uno contra el otro, ambos dormidos. Pasaron de largo el Temple Bar.

—Lo he intentado —dijo ella—. Arriba, en su dormitorio. Pero hay algo que está mal. Yo… yo no puedo sentir nada en ella.

—Bueno, supongo que es difícil meterse en el cerebro de alguien, si no hay cerebro para empezar.

Tessa hizo una mueca —Sé todo lo frívolo al respecto que te guste, pero hay algo malo con Jessamine. Intentar tocar su mente es como tratar de tocar… un nido de serpientes, o una nube venenosa. Puedo percibir un poco de sus emociones. Una gran cantidad de ira, anhelo y amargura. Pero no puedo captar pensamientos individuales entre ellos. Es como intentar retener el agua.

—Eso es curioso. ¿Alguna vez habías pasado por algo así, antes?

Tessa negó con la cabeza. —Me preocupa. Tengo miedo de que Nate espere que yo sepa alguna cosa, e ignorar o no tener la respuesta correcta.

Will se inclinó hacia delante. En los días húmedos, como eran casi todos los días, su normalmente lacio cabello tendía a rizarse. Había algo de vulnerabilidad en la forma con que se rizaba su húmedo cabello contra las sienes, que hacía que el corazón de Tessa doliera.

—Eres una buena actriz y conoces a tu hermano —dijo él—. Tengo entera confianza en ti.

Ella lo miró, sorprendida —¿La tienes?

—Y… —continuó él, sin responder a su pregunta—. En el eventual caso de que algo salga mal, yo estaré allí. Incluso si no me ves, Tess, yo estaré allí. Recuérdalo.

—De acuerdo —ella inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Will?

—¿Sí?

—Había una tercera razón por la cual no querías despertar a Charlotte y decirle lo que íbamos a hacer, ¿no es así?

Él la miró, entornando sus ojos azules. —¿Y cuál sería?

—Porque aún no sabes si esto es, simplemente, un coqueteo absurdo por parte de Jessamine o algo más profundo y oscuro. Una verdadera conexión con mi hermano, y hacia Mortmain. Y tú sabes que, si fuera lo segundo, esto rompería el corazón de Charlotte.

Un músculo se contrajo en la comisura de la boca de Will —¿Y por qué me importaría, si le pasa? Si ella es lo suficientemente tonta como para encariñarse con Jessamine…

—Te importa —dijo Tessa—. No eres un inhumano bloque de hielo, Will. Te he visto con Jem… Te he visto cuando observabas a Cecily. Y tenías otra hermana, ¿no?

Él la miró con aire rudo. —¿Qué te hace pensar que tenía… tengo… más de una hermana?

—Jem dijo que creía que tu hermana había muerto —dijo ella—. Y tú dijiste: "Mi hermana *está* muerta". Pero, claramente, Cecily está muy viva. Lo que me hizo pensar que tenías una hermana, que murió. Una que no es Cecily.

Will dejó escapar un largo y lento suspiro. —Eres muy lista.

—¿Pero soy lista y estoy en lo correcto, o lista y estoy equivocada?

Will se veía como si se alegrara de que la máscara ocultara la expresión de su rostro. —Su nombre era Ella —dijo él—. Dos años mayor que yo. Y Cecily, tres años menor. Mis hermanas.

—Y Ella…

Will apartó la mirada, pero no antes de que ella percibiera el dolor en sus ojos. Así que Ella estaba muerta.

—¿Cómo era? —preguntó Tessa, recordando cuán agradecida se sintió cuando Jem le preguntó lo mismo sobre Nate—. ¿Ella? ¿Y Cecily, qué tipo de chica es?

—Ella era protectora —dijo Will—. Como una madre. Hubiera hecho cualquier cosa por mí. Y Cecily era una criaturita loca. Sólo tenía nueve años cuando yo me marché. No podría decir si aún sigue siendo la misma, pero era… como Cathy, en *Cumbres Borrascosas*. No tenía miedo de nada y exigía todo. Podía luchar como un demonio y blasfemar como una pescadera de Bilingsgate —había diversión en su voz, y admiración, y… amor. Ella nunca lo había oído hablar de ese modo, de nadie, excepto de Jem tal vez.

—¿Me permitirías preguntarte…? —empezó ella.

Will suspiró. —Sabes que preguntarás igual, ya sea que te diga que sí o que no.

—Tienes una hermana menor —dijo ella—. ¿Entonces, qué le hiciste, exactamente a la hermana de *Gabriel* para que te odie tanto?

Él se enderezó. —¿Estás hablando en serio?

—Sí —dijo ella—. Me veo obligada a pasar una gran cantidad de tiempo con los Lightwood y Gabriel, claramente, te desprecia. Y tú le has roto un brazo. Sería un alivio para mi mente si pudiera saber la razón.

Sacudiendo la cabeza, Will se pasó los dedos por el cabello —Santo Dios —dijo—. Su hermana, su nombre es Tatiana, por cierto; la llamaron así por la mejor amiga de su madre, que era rusa, tenía doce años, creo.

—¿*Doce*? —Tessa estaba horrorizada.

Will exhaló con brusquedad —Veo que ya has decidido por tu propia cuenta lo que sucedió —dijo él—. ¿El alivio para tu mente sería mayor al saber que yo mismo tenía doce años? Tatiana, ella… se creía enamorada de mí. En el modo en que lo hacen las chiquillas. Ella me seguía a todas partes, soltaba risitas nerviosas y se escondía tras las columnas para observarme.

—Uno hace cosas tontas cuando tiene doce años.

—Era la primera fiesta de Navidad en el Instituto a la que acudía yo —dijo él—. Los Lightwood estaban allí, todos con sus mejores galas. Tatiana llevaba cintas de plata en los cabellos. Tenía un pequeño libro que llevaba con ella a todas partes. Se le debe haber caído aquella noche. Lo encontré, entremetido en la parte de atrás de uno de los divanes. Era su diario. Lleno de poemas sobre

mí, sobre el color de mis ojos, la boda que tendríamos. Había escrito 'Tatiana Herondale' por todas partes.

—Eso suena bastante adorable.

—Yo lo encontré en la sala de estar, pero regresé al salón de baile con el diario. Elise Penhallow recién terminaba de tocar la espineta. Me senté junto a ella y comencé a leer el diario de Tatiana.

—Oh, Will… ¡no lo hiciste!

—Lo hice —dijo él—. Ella había rimado 'William' con 'millones[36]', como en 'Nunca sabrás, dulce William/cuántas son las millones/ de formas en las que te amo'. Eso tenía que acabarse.

—¿Qué sucedió?

—Oh, Tatiana salió corriendo de salón, llorando, y Gabriel saltó al escenario y trató de estrangularme. Gideon simplemente se quedó allí, con los brazos cruzados. Habrás notado que es todo lo que hace.

—Supongo que Gabriel no tuvo éxito —dijo Tessa—. En estrangularte, quiero decir.

—No, porque antes le rompí el brazo —dijo Will, con deleite—. Así que, allí lo tienes. Ésa es la razón por la que me odia. Humillé a su hermana en público, y lo que no quiere mencionar, es que lo humillé también a él. Pensó que podría sobrepasarme con facilidad. Yo tenía muy poco entrenamiento formal y lo oí llamarme 'muy cerca de un mundano' a mis espaldas. En lugar de ello, le di una profunda paliza; le quebré el brazo, de hecho. Sin duda, fue un sonido más agradable que el de Elise aporreando la espineta.

Tessa frotó sus manos enguantadas para calentarlas, y suspiró. No estaba segura de qué pensar. No era, para nada, la historia de seducción y traición que esperaba, pero tampoco mostraba a Will bajo una luz admirable.

—Sophie dijo que ella está casada ahora —dijo Tessa—. Tatiana. Acaba de regresar de un viaje al continente, con su nuevo esposo.

---

[36] En inglés million; rima un poco con William.



—Estoy seguro de que ella es tan torpe y estúpida ahora como lo era entonces. —Will sonaba como si estuviera quedándose dormido. Tiró de la cortina para cerrarla y se quedaron a oscuras.

Tessa podía oír su respiración, sentir el calor de Will, sentado frente a ella. Podía ver por qué una joven decente nunca viajaba en un coche, con un caballero que no estaba relacionado con ella. Había algo extrañamente íntimo en ello. Por supuesto, ella había roto las reglas para las jóvenes decentes desde lo que ahora parecía mucho tiempo.

—Will —dijo ella, de nuevo.

—La dama tiene otra pregunta. Puedo oírlo en su tono. ¿Nunca te cansas de hacer preguntas, Tess?

—No, hasta que consiga las respuestas que quiero —dijo ella—. Will, si los brujos se hacen, por tener un padre demonio y un padre humano, ¿qué sucede si uno de esos padres es un Cazador de Sombras?

—Un Cazador de Sombras nunca permitiría que eso sucediera —dijo Will, rotundamente.

—Pero, en el *Código*, dice que la mayoría de los brujos son el resultado de… de una violación —dijo Tessa, su voz entorpecida por la fea palabra—. O de demonios cambia-formas, que toman la forma del ser querido, y llevan a cabo la seducción por medio de un truco. Jem me dijo que la sangre de Cazador de Sombras es siempre dominante. El *Código* dice que los descendientes de Cazadores de Sombras y hombres-lobo o hadas, siempre son Cazadores de sombra. Por lo tanto, ¿la sangre de ángel, en un Cazador de Sombras, no podría cancelar lo que era demoníaco y producir…?

—Lo que produce es nada. —Will tiró de la cortina de la ventana—. El niño nacería muerto. Siempre lo hacen. Nacen muertos, quiero decir. La descendencia de un padre demonio y un Cazador de Sombras es muerte. —Bajo la tenue luz, él la miró—. ¿Por qué quieres sabes estas cosas?

—Quiero saber qué soy yo —dijo ella—. Creo que soy alguna… combinación que no se ha visto antes. Parte hada o parte…

—¿Alguna vez has pensado en transformarte en uno de tus padres? —preguntó Will—. ¿Tu madre o tu padre? Eso te daría acceso a sus memorias, ¿no es así?

—Lo he considerado, por supuesto que lo hice. Pero no tengo nada de mi padre o de mi madre. Todo lo que había empacado en mis baúles para mi viaje hasta aquí, fue desechado por las Hermanas Oscuras.

—¿Y qué hay de tu collar del ángel? —preguntó Will—. ¿Eso no era de tu madre?

Tessa sacudió la cabeza. —Lo intenté. No… no pude llegar a nada de ella, en él. Ha sido mío por tanto tiempo, que creo que, lo que lo hacía suyo, se ha evaporado como el agua.

Los ojos de Will destellaron en la oscuridad. —Tal vez, eres una chica mecánica. Tal vez, el padre brujo de Mortmain te construyó, y ahora Mortmain busca el secreto de cómo crear una imitación tan perfecta de la vida, cuando todo lo que él puede construir son monstruosidades horripilantes. Tal vez, todo lo que late bajo tu pecho, es un corazón hecho de metal.

Tessa soltó el aliento, sintiéndose momentáneamente mareada. Su voz suave era tan convincente y, sin embargo… —¡No! —dijo ella, bruscamente—. Olvidas que recuerdo mi infancia. Las criaturas mecánicas no pueden cambiar o crecer. Eso tampoco explicaría mi habilidad.

—Lo sé —dijo Will, con una sonrisa que brilló blanca en la oscuridad—. Sólo quería ver si podía *convencerte*.

Tessa lo miró fijamente. —No soy la única que no tiene corazón.

Estaba demasiado oscuro en el carruaje para que ella pudiera asegurarlo, pero sintió que él se ruborizaba, oscuramente. Antes de que pudiera decir nada en respuesta, las ruedas se detuvieron con una sacudida. Habían llegado.

12

El Baile de Máscaras

Traducido por veris
Corregido por Pamee

Así que ahora he jurado enterrar
Este cadáver de odio.
Me siento tan libre y tan ligero,
Por la pérdida de ese peso extinto,
Que debería estar más delirante, me temo,
Increíblemente feliz;
Pero su hermano viene, como una plaga
En mi nueva esperanza, hasta el Salón de la noche.

—Lord Alfred Tennyson "Maud"

Cyril había detenido el carruaje fuera de las puertas de la propiedad, a la sombra de un roble de hoja verde. La casa de campo de los Lightwood en Chiswick, justo a las afueras de Londres, era enorme, construida al estilo paladino con pilares inmensos y múltiples escaleras. El resplandor de la luna hacía todo nacarado, como el interior de una concha de ostra. La piedra de la casa parecía de plata resplandeciente, mientras que la puerta que corría alrededor de la propiedad tenía el brillo del aceite negro. Ninguna de las luces de la casa parecía estar encendida: el lugar estaba tan oscuro como la boca de un lobo y tan silenciosa como una tumba. Los vastos jardines se extendían a su alrededor, hasta el borde de una meandro[37] en el río Támesis, sin luz y abandonado. Tessa empezó a preguntarse si habían cometido un error al venir aquí.

Cuando Will dejó el coche, la ayudó a bajar después de él, con la cabeza girada y su fina boca endureciéndose.

—¿Hueles eso? Brujería diabólica. Su hedor está en el aire.

[37] Un meandro es una curva descrita por el curso de un río cuya sinuosidad es pronunciada.

Tessa hizo una mueca. No podía olor nada inusual, de hecho, tan lejos del centro de la ciudad, el aire parecía más limpio que el que había cerca del Instituto. Olía a hojas mojadas y suciedad. Miró a Will, con su rostro elevado a la luz de la luna, y se preguntó qué armas ocultaba bajo su levita estrechamente ajustada. Tenía las manos enfundadas en guantes blancos, la pechera almidonada e impecable. Con la máscara, podría haber sido una ilustración de un guapo bandido de una novela de muy poca categoría.

Tessa se mordió el labio. —¿Estás seguro? La casa se ve en mortal silencio. Como si no hubiera nadie. ¿Podemos estar equivocados?

Él negó con la cabeza. —Hay una magia poderosa funcionando aquí. Algo más poderoso que un glamour. Un conjuro de verdad. Alguien no quiere que sepamos lo que está sucediendo esta noche. —Echó un vistazo a la invitación en su mano, se encogió de hombros y se acercó a la puerta. Había una campana allí, y llamó, el sonido discordante puso los nervios de Tessa al límite. Ella lo miró, él sonrió.

—Caelum denique, ángel —dijo y se desvaneció en las sombras al mismo tiempo que la puerta ante ella se abría.

Una figura encapuchada se encontraba ante ella. Su primer pensamiento fue que eran los Hermanos Silenciosos, pero sus ropas eran del color del pergamino, y la figura que estaba frente a ella estaba envuelta en el color del humo negro. La capucha ocultaba su rostro por completo. Sin decir palabra, ella le tendió la invitación. La mano que la tomó llevaba guantes. Por un momento, el rostro oculto observó la invitación. Tessa no pudo evitar inquietarse. En cualquier circunstancia normal, una joven que asiste sola a un baile sería tan inadecuado como indecente. Pero esto no era circunstancia normal. Por fin, una voz salió de debajo de la capucha:

—Bienvenida, Señorita Lovelace.

Era una voz áspera, una voz como la piel siendo raspada sobre una superficie rugosa. La espina dorsal de Tessa se erizó, y se alegró de no ver debajo de la capucha. La figura le regresó la invitación y dio un paso atrás,

señalando al interior; siguió caminando, esforzándose por no mirar alrededor para ver si Will la estaba siguiendo.

La condujeron en torno al lado de la casa, por un camino estrecho del jardín. Los jardines se extendían una buena distancia alrededor de la casa, y era de un verde plateado a la luz de la luna. Había un estanque circular de color negro, con un banco de mármol blanco junto a él, y setos bajos cuidadosamente recortados, que bordeaban los caminos arreglados. El camino en el que estaba terminaba en una entrada alta y estrecha montada en el lado de la casa. Había un extraño símbolo tallado en la puerta. Parecía moverse y cambiar mientras Tessa lo miraba, haciéndole daño en los ojos. Apartó la mirada cuando su compañero encapuchado abrió la puerta y le indicó que entrara.

Entró a la casa y la puerta se cerró detrás de ella. Se dio la vuelta justo cuando se cerraba, captando un vistazo, pensó, de la cara debajo de la capucha. Pensó que había visto algo muy parecido a un grupo de ojos rojos en el centro de un óvalo oscuro, como los ojos de una araña. Contuvo la respiración cuando la puerta se cerró y ella se hundió en la oscuridad.

Cuando intentó agarrar a ciegas la manija de la puerta, la luz se encendió a su alrededor. Estaba al pie de una larga y estrecha escalera que conducía hacia arriba. Unas antorchas ardiendo con una llama verde (no era luz mágica) corrían por los lados de las escaleras.

En lo alto de las escaleras había una puerta y tenía otro símbolo pintado. Tessa sintió que su boca se secaba incluso más. Era el *ouroboros*, la serpiente doble. El símbolo del Club Pandemónium.

Por un momento se sintió paralizada por el miedo. El símbolo trajo recuerdos sombríos que se apresuraron a volver: la Casa Oscura; las Hermanas torturándola, tratando de obligarla a cambiar; la traición de Nate. Se preguntó qué había dicho Will en latín antes de haber desaparecido. "Valor", sin duda, o alguna variedad de eso. Ella pensó en Jane Eyre, haciéndole frente valientemente a la ira del señor Rochester; Catherine Earnshaw quien, cuando fue mutilada por un perro salvaje "*No gritó, le habría parecido despreciable*

hacerlo"[38]. Y, por último, pensó en Boudica, quien Will le había dicho que era más "valiente que cualquier hombre."

Es sólo un baile Tessa, se dijo así misma y tomó la perilla. *Sólo es una fiesta.*

Nunca había estado en un baile antes, por supuesto. Sólo sabía un poco de lo que podía esperar, y todo eso era por los libros. En los libros de Jane Austen, los personajes estaban constantemente esperando que sucediera un baile u organizando uno y muchas veces todo un pueblo parecía estar involucrado en la planificación y ubicación del baile. Mientras que en otros libros, como *Vanity Fair*, los bailes eran un gran telón del fondo contra el cual ocurrían grandes intrigas y conspiraciones. Ella sabía que habría un vestuario para las damas, donde podría dejar su chal, y uno para los hombres, en los que podrían disponer con seguridad sus sombreros, abrigos, y bastones. Debería haber una tarjeta de baile para ella, donde estarían apuntados los nombres de los hombres que le habían pedido bailar. Era grosero bailar más de unos pocos bailes seguidos con el mismo caballero. Debería haber un gran salón de baile hermosamente decorado, y una sala de refrigerios más pequeña, donde habría bebidas frías, sándwiches, galletas y pastel…

Pero no este no era así. Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Tessa no se encontró con sirvientes corriendo a su encuentro para guiarla a los vestuarios de damas y ofreciéndose a llevar su chal o asistirla con un botón caído. En cambio, un remolino de ruido, música y luz, la golpeó como una ola. Se quedó a la entrada de una habitación tan grande, que era difícil de creer que de alguna manera encajara en la casa de los Lightwood.

Una gran araña de cristal colgaba del techo; fue sólo después de mirarla durante un rato que Tessa se dio cuenta de que de verdad tenía forma araña con ocho "piernas" colgantes, y cada una contenía una colección de cirios[39] enormes. Las paredes, lo que podía ver de ellas, eran de un azul muy oscuro, y a lo largo de la parte que daba al río, habían ventanas francesas; algunas estaban abiertas para que entrara la brisa a la sala que, a pesar del clima frío en el exterior, estaba sofocante. Más allá de las ventanas había unos balcones de piedra curvados, con vistas a la ciudad. Las paredes estaban ocultas en gran medida

[38] Cita de Cumbres Borrascosas.

[39] Una forma particular de vela, especialmente los de uso religioso.

por grandes extensiones de tela brillante; curvas y espirales de la misma colgaban en las ventanas que se movían con la suave brisa. El tejido tenía figuras de los mismos patrones, brillantes y cambiantes tejidos en oro que le hicieron daño a los ojos de Tessa.

La sala estaba llena de gente. Bueno, no mucha *gente*, exactamente. La mayoría parecía lo suficientemente humano. También captó vistazos de los pálidos rostros muertos de los vampiros, y algunos de los rostros tonos rojo y violeta de los ifrits, todos vestidos al grito de la moda. La mayoría de los asistentes, aunque no todos, llevaban máscaras elaboradas con artilugios de oro y negro, con máscaras con forma de pico del Doctor Plaga[40] con pequeñas gafas, y máscaras de diablo rojas complementadas con cuernos. Aunque algunos estaban a rostro descubierto, como un grupo de mujeres cuyos cabellos tenían matices apagados de verde, lavanda y violeta.

Tessa tampoco pensó que fueran teñidas, porque llevaban el pelo suelto, como en las pinturas de ninfas. Sus ropas eran escandalosamente sueltas también. Claramente no llevaban corsé. Eran vestidos con telas que fluían de terciopelo, tul y satín.

Entre los invitados humanos había figuras de todos los tamaños y formas. Había un hombre, demasiado alto y delgado para *ser* un hombre, vestido con un abrigo de cola, cerniéndose sobre una mujer joven con un manto verde y cuyo cabello rojo brillaba como una moneda de cobre. Unas criaturas que parecían enormes vagaban entre los invitados, sus ojos amarillos eran amplios y vigilantes. Tenían filas de púas a lo largo de su espalda, como los dibujos de animales exóticos que Tessa había visto en libros. Aproximadamente una docena de criaturas como duendecillos gritaban y charlaban entre sí en un lenguaje incomprensible. Parecían estar luchando por algo de comida, lo que parecía una rana además desgarrada.

Tessa tragó la bilis y se giró…

Y entonces los vio, donde no los había visto antes. Tal vez su mente los rechazó como decoraciones, quizás armaduras, pero no lo eran. Los autómatas cubrían las paredes en silencio e inmóviles. Eran de forma humana, como el

[40] Para ver, aquí http://www.masksz.com/images/plague-doctor-mask/plague-doctor-mask.jpg

cochero que perteneció a las Hermanas Oscuras, y llevaban la levita de la casa Lightwood, cada uno con un patrón ouroboros sobre su pecho izquierdo. Sus caras estaban en blanco y no tenían rasgos, como unos dibujos de niños que no habían sido pintados.

Alguien la cogió por los hombros, el corazón le dio un gran brinco de miedo. *¡Había sido descubierta!* Mientras todos los músculos de su cuerpo se tensaban, una voz clara y familiar, dijo:

—Pensé que nunca llegarías hasta aquí, Jessamine querida.

Tessa se volvió y miró el rostro de su hermano.

La última vez que había visto a Nate, había estado golpeado y ensangrentado, gruñéndole en un pasillo del Instituto con un cuchillo en la mano. Había sido una mezcla aterradora, patética y horrorosa, todo a la vez.

Este Nate era muy diferente. Él le sonrió hacia abajo (Jessamine era mucho más pequeña que él; era extraño no estar a la altura de la barbilla de su hermano, sino más bien a la de su pecho) con vivos ojos azules. Su pelo rubio estaba peinado y limpio, su piel no estaba marcada por contusiones. Llevaba una capa con un traje elegante y una camisa de color negro en el frente que hacía resaltar su buena apariencia. Sus guantes eran inmaculadamente blancos.

Este era Nate como él siempre había soñado ser: de aspecto rico, elegante y sofisticado. Rezumaba de él una sensación de alegría, menos alegría, Tessa tuvo que admitir, que auto-satisfacción. Se parecía a Iglesia después que hubiera matado a un ratón.

Nate se rió entre dientes. —¿Qué pasa, Jessamine? Pareciera que hubieras visto un fantasma.

Lo he visto. El fantasma del hermano que me importó una vez. Tessa buscó a Jessamine, la huella de Jessamine en su mente. Una vez más sintió como si estuviera pasando las manos a través de agua venenosa, incapaz de aferrar nada sólido. —Yo… se apoderó de mí un miedo repentino, de que tal vez no estuvieras aquí —dijo.

Esta vez, su risa fue tierna. —¿Y perderme una oportunidad de verte? No seas tonta. Miró a su alrededor con una sonrisa—. Lightwood debería hacer el esfuerzo de impresionar al Maestro más a menudo. —Le tendió la mano—. ¿Me harías el honor de brindarme un baile, Jessie?

Jessie. No 'Señorita Lovelace'. Cualquier duda que Tessa pudo haber tenido de que su relación fuera realmente seria, se había ido. Obligó a sus labios a poner una sonrisa. —Por supuesto.

La orquesta, un grupo de hombres pequeños de piel púrpura vestidos de red plateada, estaba tocando un vals. Nate tomó su mano y la llevó a la pista.

Gracias a Dios, pensó Tessa. Gracias a Dios tenía recuerdos de su hermano balanceándola alrededor de la sala de su pequeño apartamento en Nueva York. Sabía exactamente cómo bailaba, cómo ajustar sus movimientos a los suyos, incluso en este pequeño cuerpo desconocido. Por supuesto, nunca la había mirado a ella de este modo: con ternura, con los labios ligeramente entreabiertos. Querido Dios, ¿qué pasaba si la *besaba*? No había pensado en la posibilidad. Vomitaría sobre sus zapatos si lo hacía. *Oh, Dios*, rezó, *no dejes que lo intente*.

Ella habló con rapidez. —Tuve problemas terribles saliendo a hurtadillas del Instituto esta noche —dijo—. Esa pequeña miserable de Sophie casi encontró la invitación.

El agarre Nate se tensó sobre ella. —Pero no la encontró, ¿verdad?

Hubo una advertencia en su voz. Tessa sintió que ya estaba cerca de una grave metedura de pata. Trató de dar una rápida mirada por la habitación. Oh, *¿dónde estaba Will?* ¿Qué había dicho? *Incluso si no me ves, yo estaré allí.* Pero nunca se había sentido tan sola.

Con una respiración profunda, movió la cabeza en su mejor imitación de Jessamine. —¿Me tomas por idiota? Por supuesto que no. Golpeé su delgada muñeca con mi espejo, y ella la dejó caer de inmediato. Además, es probable que ni siquiera sepa leer.

—Exactamente—dijo Nate, relajándose visiblemente—.Podrían haberte encontrado una sirvienta que sea más conviene para una dama. Una que hable francés, sepa coser. . .

—Sophie sabe coser —dijo Tessa de forma automática y podría haberse abofeteado—. Pasablemente —corrigió, y bateó sus pestañas hacia Nate—. Y ¿cómo has estado desde la última vez que nos vimos? —*No es que tenga la menor idea de cuándo puede haber sido.*

—Muy bien. El Maestro sigue favoreciéndome.

—Él es sabio —suspiró Tessa—. Reconoce un tesoro de valor incalculable cuando lo ve.

Nate le tocó la cara suavemente con una mano enguantada. Tessa se esforzó por no ponerse rígida. —Todo se debe a ti, querida. Mi verdadera mina de información. —Se acercó a ella—. Veo que usaste el vestido que te pedí —susurró—. Desde que describiste cómo lo usaste en tu último baile de Navidad, he anhelado verte en él. ¿Y puedo decir que deslumbras los ojos?

El estómago de Tessa si sintió como si estuviera haciendo su camino hasta su garganta. Sus ojos se movieron alrededor de la habitación. Con una sacudida de reconocimiento, vio a Gideon Lightwood, viéndose muy bien en su traje de noche de corte fino, a pesar de que estaba de pie rígidamente en contra de una de las paredes como si estuviera enyesado allí. Sólo sus ojos se movían alrededor de la habitación. Gabriel se paseaba de aquí para allá, con un vaso de lo que parecía limonada en la mano, con los ojos brillantes de curiosidad. Lo vio ir hacia una de las chicas de largo cabello color lavanda y comenzar una conversación. *Tanta esperanza de que cualquier de los muchachos no estuviera al tanto de lo que estaba haciendo su padre*, pensó, alejando la mirada de Gabriel con irritación, y entonces vio a Will.

Estaba apoyado contra la pared frente a ella, entre dos sillas vacías. A pesar de su máscara, ella tenía la sensación de poder mirar directamente a sus ojos. Como si estuviera lo suficientemente cerca para tocarlo. Medio había esperado

que él tuviera una expresión divertida por su situación, pero no, se veía tenso, furioso, y. . .

—Dios, estoy celoso de cualquier otro hombre que te mira —dijo Nate—. Solamente yo debería mirarte.

Dios mío, pensó. ¿Esta línea de conversación realmente funcionaba con la mayoría de las mujeres? Si su hermano se hubiera acercado a ella con el objetivo de pedir su consejo sobre estas perlas, le hubiera dicho directamente que sonaba como un idiota. Aunque tal vez simplemente pensaba que sonaba como un idiota porque era su hermano. Y despreciable.

Información, pensó. *Tengo que obtener información y luego alejarme de él, antes de que en realidad me enferme.*

Buscó a Will otra vez, pero se había ido, como si nunca hubiera estado allí. Sin embargo, ahora le creyó que estaba en *algún lugar*, observándola, aunque ella no pudiera verlo. Reunió sus nervios, y le dijo: —¿En serio, Nate? A veces temo que el único valor que tengo es la información que puedo darte.

Por un momento se detuvo y se quedó inmóvil, casi sacándola del baile.

—¡Jessie! ¿Cómo puedes pensar en tal cosa siquiera? Sabes que te adoro. —La miró con reproche mientras comenzaban a moverse con la música de nuevo—. Es cierto que tu conexión con los Nefilim del Instituto ha sido invaluable. Sin ti, nunca hubiera sabido que iban a York, por ejemplo. Pero yo pensaba que sabías que me estabas ayudando porque estamos trabajando para un futuro juntos. Cuando llegue a ser la mano derecha del Maestro, cariño, piensa en cómo voy a ser capaz de proveerte.

Tessa se echó a reír nerviosamente. —Tienes razón, Nate. Es sólo que tengo miedo a veces. ¿Qué pasa si Charlotte se entera de que estaba espiando para ti? ¿Qué me harían?

Nate le dio la vuelta con facilidad. —Oh, nada, querida, tú lo has dicho, son cobardes. —Miró más allá de ella y levantó una ceja—. Benedict, de nuevo con sus viejos trucos —dijo—. Bastante desagradable.

Tessa miró a su alrededor y vio a Benedict Lightwood recostado sobre un sofá de terciopelo escarlata junto a la orquesta. Estaba sin abrigo, un vaso de vino tinto en una mano, con los ojos medio cerrados. Tumbada sobre su pecho, vio Tessa, para su sorpresa, estaba una mujer; o al menos tenía la forma de una mujer: de largo cabello negro que llevaba suelto, un vestido de corte bajo de terciopelo negro y las cabezas de unas pequeñas serpientes se asomaban de sus ojos, siseando. Mientras Tessa observaba, uno de ellas extendió una lengua larga y bifurcada y lamió el lado de la cara de Benedict Lightwood.

—Ese es un demonio —exhaló Tessa, olvidando por un momento que era Jessamine—. ¿No es así?

Afortunadamente, Nate pareció no encontrar nada extraño en la pregunta.

—Por supuesto que sí, conejito tonto. Con eso fantasía Benedict. Una mujer demonio.

La voz de Will hizo eco en los oídos de Tessa: *Me sorprendería que alguna de las visitas nocturnas de Lightwood a ciertas casas en Shadwell no le haya dejado con un asqueroso caso de viruela demoníaca.*

—Oh, ugh —dijo.

—De hecho —dijo Nate—. Es irónico, teniendo en cuenta la forma altanera en que se comportan los Nefilim. A menudo me pregunto por qué Mortmain lo favorece así y desea tanto verlo instalado en el Instituto. —Nate parecía de mal humor.

Tessa ya se lo había imaginado, pero el conocimiento de que Mortmain ciertamente estaba detrás de la fiera determinación de Benedict de quitarle el Instituto a Charlotte, se sintió como un golpe.

—Simplemente no veo —dijo ella, haciendo su mejor esfuerzo por adoptar el comportamiento ligeramente malhumorado de Jessie —de qué *servirá* para el Maestro. Solamente es un edificio viejo mal ventilado…

Nate se rió indulgentemente. —No es el edificio, cosita tonta; es la posición. El director del Instituto de Londres es uno de los Cazadores de Sombras más poderosos de Inglaterra, y el Maestro controla a Benedict como si fuera una

marioneta. Usándolo, puede destruir al Concejo desde adentro, mientras el ejército autómata lo destruye desde afuera. —La giró expertamente como requería el baile; sólo los años de práctica de Tessa bailando con Nate evitaron que cayera, por tan distraída que estaba por la conmoción—. Además, no es *tan* cierto que el Instituto no contiene nada de valor. El sólo acceso a la Gran Biblioteca será invaluable para el Maestro. Sin mencionar la sala de armas…

—Y Tessa. —Bajó la voz para que no temblara.

—¿Tessa?

—Tu hermana. El Maestro todavía la quiere, ¿no?

Por primera vez, Nate la miró perplejo y sorprendido. —Ya hemos hablado de esto, Jessamine —dijo—. Tessa será arrestada por posesión ilegal de artículos de magia negra, y será enviada a la Ciudad Silenciosa. Benedict la sacará de allí y se la entregará al Maestro. Todo es parte de cualquier trato que estén haciendo, aunque qué está consiguiendo Benedict de eso, no me queda claro todavía. Debe ser algo muy significante, o no estaría tan dispuesto a dale la espalda a los suyos.

¿Arrestada? ¿Posesión de artículos de magia negra? La cabeza de Tessa giraba.

La mano de Nate se deslizó por la parte trasera del cuello de ella. Estaba usando guantes, pero Tessa no se podía librar de la sensación de que algo baboso estaba tocando su piel. —Mi pequeña Jessie —murmuró él—. Te comportas casi como si hubieras olvidado tu parte en esto. ¿*Escondiste* el Libro del Blanco en la habitación de mi hermana como te pedimos, o no?

—Por-por supuesto que sí. Sólo estaba bromeando, Nate.

—Ésa es mi buena chica. —Se estaba inclinando más cerca. Definitivamente iba a besarla. Era de lo más impropio, pero nada acerca de este lugar podía ser considerado apropiado. En un estado de horror absoluto, Tessa farfulló:

—Nate… me siento mareada… como si fuera a desmayarme. Creo que es el calor. ¿Podrías traerme limonada?

Él la miró por un momento, con la boca apretada con molestia enfrascada, pero Tessa sabía que no podía negarse. Ningún caballero podía. Él se enderezó, se limpió los puños de la camisa, y sonrió. —Por supuesto —dijo con una inclinación—. Déjame ayudarte a buscar un asiento, primero.

Ella protestó, pero su mano ya estaba en su codo, guiándola hacia una de las sillas alineadas en las paredes. La hizo tomar asiento y luego se desvaneció en la multitud. Lo observó caminar, temblando. *Magia negra.* Se sentía enferma, y furiosa. Quería abofetear a su hermano, sacudirlo hasta que le dijera el resto de la verdad, pero sabía que no podía.

—Tú debes ser Tessa Gray —dijo una voz suave a su lado—. Eres igual a tu madre.

Tessa casi saltó de su piel. A su lado había una mujer alta y esbelta, de largo cabello suelto del color de los pétalos de la lavanda. Su piel era de azul pálido, su vestido era una larga confección que fluía, de gasa y tul. Sus pies estaban desnudos, y entre los dedos de sus pies había telas delgadas como las de una araña, de un azul más oscuro que su piel. Las manos de Tessa fueron a su rostro por un terror repentino: ¿estaba perdiendo su disfraz?, pero la mujer azul se rió.

—No quise que temieras de tu ilusión, pequeña. Todavía está en su lugar. Es sólo que los de mi especie podemos ver a través de ella. Todo esto —Hizo un gesto vago al pelo rubio de Tessa, su vestido blanco y las perlas— es como el vapor de una nube, y tú eres el cielo más allá. ¿Sabías que tu madre tenía los mismos ojos que tú? ¿Grises algunas veces y azules otras?

Tessa encontró su voz. —¿Quién es usted?

—Oh, a mi especie no le gusta dar nuestros nombres, pero puedes llamarme como quieras. Puedes inventarme un nombre adorable. Tu madre solía llamarme Jacinta.

—La flor azul —dijo Tessa débilmente—. ¿Cómo conoció a mi madre? No se ve mayor que yo…

—Después de nuestra juventud, mi especie no tiene edad ni muere. Ni tampoco tú, ¡chica afortunada! Espero que aprecies el servicio que se te hizo.

Tessa sacudió la cabeza, desconcertada. —¿Servicio? ¿Qué servicio? ¿Está hablando de Mortmain? *¿Usted sabe lo que soy?*

—¿Sabes lo que *yo* soy?

Tessa pensó en el *Código.* —¿Un hada? —adivinó.

—¿Y sabes lo que es un changeling? —Tessa sacudió la cabeza.

—A veces —le confió Jacinta, dejando caer su voz a un susurro— cuando nuestra sangre de hada se ha vuelto débil y fina, nos abrimos camino en un hogar humano, y tomamos al mejor niño, al más lindo, al más rechoncho, y, rápido como un parpadeo, reemplazamos al bebé por uno enfermo de los nuestros. Mientras el niño humano se hace más alto y fuerte en nuestras tierras, la familia humana se encontrará a cargo de una criatura moribunda temerosa del hierro frío. Nuestra línea de sangre se fortalece…

—¿Por qué molestarse? —demandó Tessa—. ¿Por qué no robar al niño humano y no dejar nada en su lugar?

Los ojos azul oscuro de Jacinta se ampliaron. — Porque, eso no sería *justo* —dijo—. Y produciría sospecha entre los mundanos. Son tan estúpidos, pero son muchos. No lo hacemos para despertar su ira. Ahí es cuando llegan con hierro y antorchas. —Se estremeció.

—Espere un momento —dijo Tessa—. ¿Me está diciendo que soy un *changeling*?

Jacinta rebosó de risitas. —¡Por supuesto que no! ¡Qué idea tan ridícula! —Se llevó las manos al corazón mientras se reía, y Tessa vio que sus dedos también estaban unidos con cinta azul. Repentinamente sonrió, mostrando sus dientes brillantes—. Hay un chico muy apuesto mirándote por allí —dijo—. ¡Tan apuesto como un lord de las hadas! Debería dejarte con tus asuntos. —

Parpadeó, y antes de que Tessa pudiera protestar, Jacinta se mezcló con la multitud de nuevo.

Sacudida, Tessa se giró, esperando que el 'chico muy apuesto' fuera Nate, pero era Will, inclinándose contra la pared junto a ella. En el momento en que sus ojos lo encontraron, él se giró y comenzó a examinar estudiadamente la pista de baile.

—¿Qué quería la mujer hada?

—No lo sé —dijo Tessa, exasperada—. Decirme que *no* soy un changeling, aparentemente.

—Bien, eso es bueno. Proceso de eliminación.

Tessa tuvo que admitir que Will estaba haciendo un buen trabajo en mezclarse de alguna forma con las cortinas oscuras tras él, como si no estuviera ahí en absoluto. Debía ser un talento de Cazador de Sombras—. ¿Y qué noticias tienes de tu hermano?

Ella se cogió las manos, mirando al suelo mientras hablaba. —Jessamine ha estado espiando para Nate todo este tiempo. No sé cuánto tiempo exactamente. Le ha estado contando todo. Cree que él está enamorado de ella.

Will no lucía sorprendido. —¿*Tú* crees que está enamorado de ella?

—Creo que Nate sólo se preocupa de sí mismo —dijo Tessa—. Hay algo peor, también. Benedict Lightwood está trabajando para Mortmain. Ese el por qué está haciendo proyectos para conseguir el Instituto. Para que el Maestro pueda tenerlo, y tenerme a *mí*. Nate lo sabe todo, por supuesto. No lo importa. —Tessa miró sus manos de nuevo. Las manos de Jessamine, pequeñas y delicadas en sus finos guantes blancos. *Oh, Nate,* pensó. *La tía Harriet solía llamarlo su chico de ojos entristecidos.*

—Espero que eso fuera antes de matarla —dijo Will. Sólo entonces Tessa se dio cuenta de que había hablado en voz alta—. Y ahí está él de nuevo —añadió Will en un susurro bajo su aliento. Tessa miró a la multitud y vio a Nate,

viniendo hacia ella. En su mano había un vaso de brillante líquido dorado. Se giró para decirle a Will que se alejara, pero él ya había desaparecido.

—Gaseosa de limonada —dijo Nate, llegando junto a ella y empujando el vaso en su mano. Los lados fríos como el hielo se sintieron bien contra el calor de su piel. Tomó un sorbo; a pesar de todo, estaba deliciosa.

Nate sacó el cabello fuera de su rostro. —Ahora, estabas diciendo —dijo—. *Escondiste* el libro en la habitación de mi hermana…

—Sí, como me dijiste que hiciera —mintió Tessa—. Ella no sospecha nada, por supuesto.

—Espero que no.

—Nate…

—¿Sí?

—¿Sabes lo que pretende hacer el Maestro con tu hermana?

—Te lo he dicho, ella no es mi hermana. —la voz de Nate fue cortante—. Y no tengo idea de qué planea hacer con ella, ni ningún interés. Mis planes son sólo para mi… *nuestro* futuro juntos. Espero que estés así de dedicada.

Tessa pensó en Jessamine, sentada hoscamente en la habitación con los otros Cazadores de Sombras mientras ellos barajaban los papeles acerca de Mortmain; Jessamine quedándose dormida en la mesa en vez de irse cuando ellos estaban discutiendo los planes con Ragnor Fell. Y Tessa sintió lástima de ella mientras odiaba a Nate, lo odiaba tanto que se sentía como un incendio en su garganta. *Te lo he dicho, ella no es mi hermana.*

Tessa dejó que sus ojos se ampliaran, que sus labios temblaran. —Estoy haciéndolo lo mejor que puedo, Nate —dijo—. ¿No me crees? —Sintió una débil sensación de triunfo mientras lo veía rechazar visiblemente su molestia.

—Por supuesto, querida. Por supuesto. —Examinó su rostro—. ¿Te sientes mejor? ¿Bailamos otra vez?

Ella apretó la copa en su mano. —Oh, no lo sé

—Por supuesto —Nate se rió entre dientes— dicen que un caballero sólo debería bailar el primer baile o el segundo con su esposa.

Tessa se congeló. Fue como si el tiempo se hubiera detenido: todo en la habitación pareció congelarse con ella, incluso la sonrisa afectada en el rostro de Nate.

¿Esposa? ¿Él y Jessamine estaban *casados*?

—¿Ángel? —dijo Nate, su voz sonaba como si viniera desde muy lejos—. ¿Estás bien? Te has vuelto blanca como una hoja.

—Sr. Gray. —Una voz mecánica y embotada habló detrás del hombro de Nate. Era uno de los autómatas con rostro en blanco, sosteniendo una bandeja de plata en la cual estaba doblado un trozo de papel—. Un mensaje para usted.

Nate se giró sorprendido y cogió el papel de la bandeja; Tessa la observó mientras lo desdoblaba, lo leía, maldecía y lo metía sin orden en el bolsillo de su abrigo. —Vaya, vaya —dijo—. Una nota de mí mismo. —*Debe ser del Maestro,* pensó Tessa. —Aparentemente, me necesitan. Un pelmazo terrible, ¿pero qué puedes hacer? —Tomó su mano y la puso de pie, luego se inclinó para darle un beso casto en la mejilla—. Habla con Benedict; él se asegurará de que seas escoltada de vuelta al carruaje, *Sra. Gray*. —Dijo las dos últimas palabras en un susurro.

Tessa asintió aturdida.

—Buena chica —dijo Nate. Luego se giró y se desvaneció en la multitud, seguido por el autómata. Tessa los miró a ambos, algo mareada. Tenía que ser la conmoción, pensó, porque todo en la habitación había comenzado a lucir un poco… peculiar. Era como si pudiera ver cada rayo individual de luz

centelleando en los cristales de la araña. El efecto era hermoso, aunque extraño y un poco vertiginoso.

—Tessa. —Era Will, ocupando sin esfuerzo el espacio junto a ella. Se giró para mirarlo. Lucía sonrojado, como si hubiera estado corriendo: otro efecto extraño y hermoso, pensó, el cabello negro y la máscara, los ojos azules y la piel blanca, y el sonrojo a través de sus pómulos altos. Era como ver una pintura. —Veo que tu hermano recibió la nota.

—Ah. —Todo encajó en su lugar—. Tú la enviaste.

—Sí. —Luciendo complacido consigo mismo, Will cogió la copa de limonada de su mano, vació lo que quedaba y lo puso en el alfeizar de la venta—. Tenía que sacarlo de aquí. Y probablemente deberíamos seguir su ejemplo, antes de que se dé cuenta de que la nota es falsa y él vuelva. Aunque lo dirigí a Vauxhall[41]; le tomará siglos llegar ahí y volver, así que probablemente estamos a salvo… —Se interrumpió y ella pudo oír la repentina alarma en su voz—. Tess… ¿Tessa? ¿Estás bien?

—¿Por qué preguntas? —Su voz hizo eco en sus propios oídos.

—Mira. —Estiró una mano y agarró un zarcillo de su cabello balanceándose, y lo tiró hacia adelante para que ella pudiera verlo. Lo miró. Castaño oscuro, no rubio. Su propio cabello, no el de Jessamine.

—Oh, Dios. —Se llevó una mano a la cara, reconociendo el hormigueo familiar del Cambio mientras comenzaba a recorrerla—. ¿Cuánto tiempo…?

—No mucho. Eras Jessamine cuando me senté. —Tomó su mano—. Vamos, rápido. —Comenzó a andar a zancadas hacia la salida, pero era un largo camino a través del salón de baile, y el cuerpo completo de Tessa tenía espasmos y temblores por el Cambio. Jadeó mientras la mordía como dientes. Vio a Will mover la cabeza alrededor, alarmado; lo sintió cogerla cuando tropezó, y medio la llevó hacia adelante.

---

[41] Es un puente con arcos de acero, para peatones y tráfico rodado, cruza el río Támesis con una orientación noroeste - sureste, entre Lambeth Bridge y Grosvenor Bridge, en la parte central de Londres.

La habitación giraba a su alrededor. *No dejes que me desmaye. No dejes que me desmaye.*

Un remolino de aire frío golpeó su rostro. Se dio cuenta de lejos de que Will los había girado a través de un par de puertas francesas y que estaban afuera en un pequeño balcón de piedra, uno de los muchos con vista a los jardines. Ella se alejó de él, quitándose la máscara dorada del rostro, y casi colapsó contra la balaustrada de piedra. Después de cerrar las puertas tras ellos, Will volvió y se apresuró junto a ella, poniendo una mano ligeramente sobre su espalda.

—¿Tessa?

—Estoy bien. —Estaba contenta de la barandilla de piedra bajo sus manos, su solidez y dureza eran inexpresablemente tranquilizadores. El aire frío estaba despejando su mareo también. Mirándose hacia abajo, pudo ver que se había convertido completamente en Tessa otra vez. El vestido blanco ahora era varios centímetros demasiado corto, y el lazo estaba tan apretado que su escote se derramaba hacia adelante sobre el cuello del vestido. Sabía que algunas mujeres se apretaban así los lazos para conseguir este efecto, pero era muy escandaloso ver tanta de su propia piel a la vista. Miró a Will de costado, contenta de que el aire frío evitara que sus mejillas flamearan—. Yo sólo… no sé qué pasó. Eso nunca me ha pasado antes, perder el Cambio sin notarlo así. Debe haber sido la sorpresa de todo. Están casados, ¿sabías eso? Nate y Jessamine. Casados. Nate nunca fue del tipo que se casaba. Y no la ama, eso puedo decirlo. No ama a nadie más que así mismo. Nunca lo ha hecho.

—Tess —dijo Will de nuevo, gentilmente esta vez. Estaba inclinado contra el balcón también, de frente a ella. Sólo los separaba una corta distancia. Sobre ellos, la luna colgaba entre las nubes. Un bote blanco en un mar negro e inmóvil.

Cerró la boca, segura de que había estado balbuceando. —Lo siento —dijo suavemente, apartando la mirada.

Casi vacilantemente, él puso su mano contra su mejilla, girando su rostro hacia él. Se había quitado el guante, y su piel desnuda estaba contra la de ella—. No tienes que sentirlo por nada —dijo—. Estuviste brillante ahí, Tessa. Ni un paso fuera de lugar. —Sintió que su rostro se calentaba bajo los dedos de él, y se

sorprendió. ¿Este era Will hablando? *Will*, ¿quién le habló en el tejado del Instituto como si ella fuera basura blanca? —Quisiste a tu hermano una vez, ¿no? Pude ver tu rostro mientras él te hablaba, quería matarlo por romperte el corazón.

Tú me rompiste el corazón, quería decir. En cambio, dijo: —Una parte de mí lo extraña como… como tú extrañas a tu hermana. Incluso aunque sé cómo es, extraño al hermano que pensé que tenía. Era mi única familia.

—El Instituto es tu familia ahora. —Su voz era increíblemente amable. Tessa lo miró sorprendida. La amabilidad no era algo que hubiera asociado con Will alguna vez. Pero estaba ahí, en el toque de sus manos en su mejilla, en la suavidad de su voz, en sus ojos cuando la miraba. Era la forma con que siempre había soñado en que un chico la miraría. Pero nunca se había imaginado a alguien tan bello como Will, en ninguno de sus sueños. A la luz de la luna, la curva de su boca lucía pura y perfecta, sus ojos tras la máscara eran casi negros.

—Deberíamos volver adentro —dijo ella, en un medio susurro. No quería volver adentro. Quería quedarse aquí, con Will dolorosamente cerca, casi inclinándose hacia ella. Podía sentir el calor que irradiaba de su cuerpo. Su cabello oscuro caía alrededor de la máscara, dentro de sus ojos, enredándose con sus largas pestañas—. Sólo tenemos un poco de tiempo…—Ella dio un paso adelante y tropezó contra Will, que la atrapó. Se congeló, y luego sus brazos se deslizaron alrededor de él, sus dedos se enredaron tras su cuello. Su rostro estaba presionado contra su garganta, su suave cabello estaba bajo los dedos de ella. Cerró los ojos, dejando afuera el mundo vertiginoso, la luz más allá de las ventanas francesas, el brillo del cielo. Quería estar ahí con Will, envuelta en este momento, inhalando la fuerte esencia de él, sintiendo el latido de su corazón contra el de ella, tan estable y fuerte como el latido del océano.

Lo sintió inhalar. —Tess —dijo—. Tess, mírame.

Levantó los ojos a los suyos, lenta y reaciamente, preparándose para la furia o la frialdad; pero su mirada se fijó a la de ella, sus ojos azul oscuro sombreados debajo de sus espesas pestañas negras estaban despojados de su frialdad usual, la distancia estaba al margen. Eran tan claros como el cristal y estaban llenos de deseo. Y más que deseo, había una ternura que nunca había visto en ellos, que

nunca había asociado con Will Herondale. Eso, más que nada, evitó que protestara cuando él levantó sus manos y comenzó metódicamente a sacar los broches de su cabello, uno por uno.

Esto es una locura, pensó, cuando el primer broche traqueteó por el suelo. Deberían estar corriendo, huyendo de este lugar. En cambio, ella se quedó sin palabras, mientras Will lanzaba las perlas de Jessamine a un lado como si fueran joyas de bisutería. Su propio cabello largo y ondeado cayó por sus hombros, y Will deslizó sus manos dentro de él. Lo oyó exhalar cuando lo hizo, como si hubiera estado conteniendo la respiración por meses y acabara de dejarla ir. Ella se quedó ahí, como si estuviera hipnotizada mientras él cogía el cabello en sus manos, dejándolo caer de nuevo sobre sus hombros, enrollando los rizos entre sus dedos.

—Mi Tessa —dijo él, y esta vez, ella no le dijo que no era suya.

—Will —susurró cuando se estiró y quitó las manos de su cuello. Le sacó los guantes, y se unieron a la máscara y los broches de Jessie en el piso de piedra del balcón. Él se sacó la máscara entonces y la tiró a un lado, pasando sus manos a través de su cabello húmedo, sacándolo de su frente. El borde de debajo de la máscara dejó marcas a través de sus pómulos altos, como pálidas cicatrices; pero cuando ella estiró la mano para tocarlas, tomó sus manos gentilmente y las bajó.

—No —dijo—. Déjame tocarte primero. He querido…

Ella no dijo que no. En cambio, se quedó de pie, con los ojos amplios, mirándolo mientras los dedos de él trazaban sus sienes, luego sus pómulos, luego (suavemente a pesar de sus callos) delinearon el contorno de su boca como si quisiera hacerlo de memoria. El gesto hizo que su corazón girara como una peonza dentro de su pecho. Sus ojos permanecieron fijos en ella, tan oscuros como el fondo del océano, dudando, aturdidos con el descubrimiento.

Permaneció inmóvil mientras sus dedos dejaban su boca y arrastraban un camino hacia su garganta, deteniéndose en su pulso, deslizándose hacia la cinta de seda en su cuello y tirándola de uno de los lados; sus párpados estaban medio cerrados cuando el lazo se separó y su mano cálida cubrió su clavícula.

Ella recordó una vez, en el *Main*, que el barco había pasado a través de un trozo de mar extrañamente brillante, y que el *Main* había labrado un camino de fuego a través del agua, dejando un camino de chispas a su estela. Era como si las manos de Will le hicieran lo mismo a su piel.

Ardía donde la tocaba, y podía sentir dónde habían estado sus dedos incluso cuando se habían movido. Sus manos se movieron ligeramente hacia abajo, sobre el corpiño de su vestido, siguiendo las curvas de sus pechos. Tessa jadeó cuando las manos de él se deslizaron para envolver su cintura y atraerla hacia él, juntando sus cuerpos hasta que no hubo ni un milímetro de espacio entre ellos.

Él se inclinó para poner su mejilla junto a la de ella. Su respiración contra su oído la hizo estremecerse con cada palabra dicha deliberadamente. —He querido hacer esto —dijo— cada momento de cada hora de que cada día que he estado contigo, desde el día que te conocí. Pero sabes eso, *tienes* que saberlo, ¿no?

Ella lo miró, con los labios separados por el desconcierto. —¿Saber qué? —dijo, y Will, con un suspiro de algo como derrota, la besó.

Sus labios eran suaves, tan suaves. La había besado antes, salvaje y desesperadamente y con sabor a sangre, pero esto era diferente. Esto era deliberado y sin prisas, como si le estuviera hablando en silencio, diciéndole con el roce de sus labios en los suyos lo que no podía decir con palabras. Dejó un rastro de lentos y fugaces besos de mariposa a través de su boca, cada uno tan mesurado como el latido de un corazón, cada uno diciéndole que era preciosa, irremplazable, deseada. Tessa ya no podía mantener las manos a los lados. Alzó las manos para tomar la parte de atrás de su cuello, enredar sus dedos en las sedosas ondas negras de su cabello, sentir su pulso golpeteando contra sus palmas.

Su agarre en ella era firme mientras exploraba a fondo su boca con la suya. Él tenía sabor a la gaseosa de limonada, dulce y hormigueante. El movimiento de su lengua cuando la golpeó suavemente a través de sus labios envió deliciosos estremecimientos a través de su cuerpo entero. Sus huesos se derritieron y sus nervios se abrasaron. Suspiró para ponerlo contra ella, pero él estaba siendo tan

suave con ella, tan increíblemente suave, aunque podía sentir cuánto la deseaba por el temblor de sus manos, el golpeteo de su corazón contra el de ella. Seguramente, alguien que no se preocupaba ni siquiera un poco no se comportaría con tanta suavidad. Todas las partes en su interior que se habían sentido rotas e irregulares cuando había mirado a Will esas semanas pasadas, comenzaron a soldarse y a curar. Se sentía ligera, como si pudiera flotar.

—Will —murmuró contra su boca. Quería tanto que estuviera más cerca a ella, era como un malestar, un malestar ardiente y doloroso que se extendía de su estómago para acelerar su corazón, anudar sus manos en el cabello de él y hacer arder su piel. —Will, no necesitas ser tan cuidadoso. No me voy a romper.

—Tessa — gimió él contra su boca, pero ella podía oír la vacilación en su voz.

Ella mordisqueó suavemente sus labios, jugando, y él se quedó sin respiración. Sus manos se ajustaron contra la parte baja de su espalda, presionándola contra él, mientras su autocontrol llegaba a su fin y su gentileza comenzaba a florecer en una urgencia más exigente. Sus besos se hicieron más y más profundos, como si pudieran respirarse el uno al otro, consumirse el uno al otro, devorarse el uno al otro completamente. Tessa sabía que estaba gimiendo en la parte de atrás de la garganta; que Will estaba presionando su espalda contra el balcón de una forma que debería haber dolido pero que extrañamente no dolía; que sus manos estaban en el corpiño del vestido de Jessamine, aplastando las delicadas rosas de tela.

De lejos, Tessa escuchó sonar el pomo de las puertas francesas; se abrieron, y aun así, Will y ella se aferraban mutuamente, como si nada más importara.

Hubo un murmullo de voces, y alguien dijo en un tono desaprobatorio: —Te lo dije, Edith. Eso es lo que pasa cuando bebes las bebidas rosas. —Las puertas se cerraron de nuevo, y Tessa oyó que los pasos se alejaban. Se separó de Will.

—Oh, por el amor del cielo —dijo, sin aliento—. Qué humillante…

—No me importa. —La atrajo de nuevo hacia él, acarició con la boca el lado de su cuello; su rostro estaba caliente contra su piel fría. Su boca se posó rápidamente a través de la de ella—. Tess…

—Sigues diciendo mi nombre —murmuró ella. Tenía una mano en su pecho, sosteniéndolo un poco alejado, pero no sabía cuánto tiempo podría mantenerlo ahí. Su cuerpo dolía por él. El tiempo había estallado y perdido su significado. Sólo existía este momento, sólo Will. Nunca había sentido algo como esto, y se preguntó si así era para Nate cuando estaba borracho.

—Amo tu nombre. Amo su sonido. —Él sonaba embriagado también, con su boca contra la de ella mientras hablaba para que pudiera sentir el delicioso movimiento de sus labios. Ella respiró su aliento, inhalándolo. Sus cuerpos encajan juntos tan perfectamente, no pudo evitar notarlo; con los zapatos blancos de satén y tacón de Jessie, sólo era un poco más pequeña que él, y sólo tenía que inclinar la cabeza ligeramente hacia atrás para besarlo—. Tengo que preguntarte algo. Tengo que saber…

—Así que *ahí* están ustedes dos —llegó una voz desde la entrada—. Y qué demostración más espectacular están haciendo, si puedo decirlo. —Se separaron de un salto. Ahí, de pie en la entrada (aunque Tessa no podía recordar el sonido de las puertas al ser abiertas) con un largo cigarrillo sujeto entre sus delgados dedos marrones, estaba Magnus Bane.

—Déjenme adivinar —dijo Magnus, exhalando humo. Hizo una nube blanca con la forma de un corazón que se distorsionó al apartarse de su boca, expandiéndose y girando hasta que ya no fue reconocible—. Bebieron limonada.

Tessa y Will, ahora de pie lado a lado, se miraron el uno al otro. Fue Tessa la que habló primero. —Yo… sí. Nate me trajo un poco.

—Tenía mezclado un poco de polvos de brujo —dijo Magnus. Estaba vestido todo de negro, sin otra ornamentación salvo en sus manos. Cada dedo llevaba un anillo con una piedra enorme de diferente color: citrino amarillo limón, jade verde, rubí rojo, topacio azul—. Del tipo que disminuye las inhibiciones y te hace hacer cosas que… —tosió delicadamente— no harías de otra forma.

—Oh —dijo Will. Y luego: —Oh. —Su voz era baja. Se giró, poniendo las manos sobre el balcón. Tessa sintió que su rostro comenzaba a arder.

—Dios mío, eso es mucho pecho lo que estás mostrando —continuó Magnus alegremente, haciendo un gesto hacia Tessa con la punta ardiente de su cigarrillo —. *Tout le monde sur le balcon*[42], como dicen en francés —añadió, haciendo mímica de una gran terraza sobresaliendo de su pecho—. Es especialmente apto, ya que estamos, de hecho, en un balcón.

—Déjala tranquila —dijo Will. Tessa no podía ver su rostro, pues tenía la cabeza agachada—. Ella no sabía lo que estaba bebiendo.

Tessa cruzó los brazos, dándose cuenta de que eso sólo intensificaba la gravedad del asunto de los pechos, así que los dejó caer—. Es un vestido de Jessamine, y ella es media talla menos que yo —exclamó—. Yo nunca andaría así bajo circunstancias normales.

Magnus levantó las cejas. —Cambiaste de vuelta a ti misma, ¿no? ¿Cuando la limonada hizo efecto?

Tessa frunció el ceño. Se sintió oscuramente humillada, por haber sido atrapada besando a Will, por estar de pie en frente de Magnus con un vestido con el que su tía habría caído muerta si la hubiera visto… y aun así, parte de ella deseaba que Magnus se fuera para poder besar a Will de nuevo—. ¿Qué estás haciendo tú aquí, si puedo preguntar? —inquirió, sin gracia—. ¿Cómo supiste que *nosotros* estábamos aquí?

—Tengo fuentes —dijo Magnus, dejando salir el humo alegremente—. Pensé que estarían en contra de ello. Las fiestas de Benedict Lightwood tienen una reputación de peligro. Cuando escuché que estaban aquí…

—Estamos bien equipados para manejar el peligro —comentó Tessa.

Magnus miró sus senos abiertamente. —Puedo ver eso —dijo—. Armados hasta los dientes, parece. —Habiendo acabado su cigarrillo, lo tiró sobre la baranda del balcón—. Uno de los humanos subyugados de Camille estaba aquí y reconoció a Will. Me envió un mensaje, pero si uno de ustedes ya fue

[42] Todo el mundo en el balcón.

reconocido, ¿cuál es la posibilidad de que pase de nuevo? Es hora de que se esfumen.

—¿Qué te importa si salimos o no? —Era Will, su cabeza seguía agachada, su voz era apagada.

—Me debes —dijo Magnus, su voz era acerada—. Pretendía cobrar.

Will se giró hacia él. Tessa se sorprendió al ver la expresión de su rostro: lucía enfermo y débil. —Debí haber sabido que era eso.

—Puedes elegir a tus amigos, pero no a tus salvadores poco probables —comentó Magnus, alegremente—. Entonces, ¿nos vamos? ¿O prefieren quedarse aquí y aceptar las posibilidades? Pueden comenzar con los besos donde lo dejaron cuando vuelvan al Instituto.

Will frunció el ceño. —Sácanos de aquí.

Los ojos de gato de Magnus brillaron. Chasqueó los dedos y una lluvia de chispas azules cayeron alrededor de ellos en una repentina y sorprendente lluvia. Tessa se tensó, esperando que quemaran su piel, pero sólo sintió que el viento la rozaba al pasar por su rostro. Su cabello se levantó como si una extraña energía crujiera por sus nervios. Oyó a Will jadear… y entonces estaban de pie en uno de los caminos de piedra del jardín, cerca del estanque ornamental, la gran mansión Lightwood se alzaba silenciosa y oscura sobre ellos.

—Calma —dijo Magnus en un tono aburrido—. Eso no fue tan malo, ¿o sí?

Will lo miró sin gratitud. —Magia —murmuró.

Magnus alzó las manos. Todavía crujían con energía azul, como un rayo de calor.

—¿Y qué crees que son tus preciosas runas? ¿Crees que *no* son magia?

—Silencio —dijo Tessa. Repentinamente se sentía cansada hasta los huesos. Le dolía donde el corsé apretaba sus costillas, y sus pies, con los zapatos demasiado pequeños de Jessamine, estaban en agonía—. Dejen de soltar peroratas ustedes dos. Creo que alguien viene.

Todos se detuvieron, justo cuando un grupo charlando rodeó la esquina de la casa. Tessa se congeló. Incluso en la nublada luz de la luna, pudo ver que no eran humanos. Tampoco eran Submundos. Era un grupo de demonios: uno era una cadavérica figura desgarbada con agujeros negros por ojos; otro del tamaño de un hombre, con piel azul y vestido con chaleco y pantalones, pero con una cola de púa, facciones de lagarto y un hocico plano como de serpiente; y el otro que parecía una rueda giratoria cubierta de bocas rojas y húmedas.

Varias cosas pasaron a la vez. Tessa se golpeó la boca con el dorso de la mano antes de poder gritar. No había sentido en correr, pues los demonios ya los habían visto y habían parado en el camino. El olor de la putrefacción flotaba de ellos, borrando la esencia de los árboles.

Magnus levantó la mano, un fuego azul rodeó sus dedos; estaba murmurando palabras bajo su respiración. Se veía tan descompuesto como Tessa nunca lo había visto.

Y Will… Will, quien Tessa había esperado que sacara sus espadas serafín, hizo algo completamente inesperado. Levantó un dedo tembloroso, señaló al demonio de piel azul y exhaló: —*Tú*.

El demonio de piel azul parpadeó. Todos los demonios se quedaron inmóviles como un tronco, mirándose el uno al otro. Debía haber algún tipo de acuerdo, pensó Tessa, para evitar que los demonios atacaran a los humanos en la fiesta, pero no le gustaba la forma en que las húmedas bocas rojas estaban lamiéndose los labios.

—Eh —dijo el demonio al que Will se había dirigido, en una voz sorprendentemente común—. No recuerdo… eso es, ¿no creo que haya tenido el placer de conocerlo?

—*¡Mentiroso!* —Will se tambaleó hacia adelante y cargó; mientras Tessa observaba asombrada, él corrió más allá de los otros demonios y se lanzó sobre el demonio azul. Éste dejó salir un grito agudo. Magnus estaba observando lo que estaba pasando con la boca abierta.

Tessa gritó: —¡Will! *¡Will!* —Pero él estaba girando una y otra vez por el pasto con la criatura de piel azul, la cual era sorpresivamente ágil. Will lo tenía por la parte de atrás del chaleco, pero éste se rasgó y el demonio se alejó corriendo a través de los jardines; Will fue tras él en persecución. Tessa dio unos pasos tras ellos, pero sus pies estaban en una agonía al rojo vivo. Pateando los zapatos de Jessamine, estaba a punto de correr tras Will cuando se dio cuenta de que los demonios restantes estaban haciendo un ruido de zumbido furioso. Parecían estar dirigiéndose hacia Magnus.

—Ah, bien, ya saben —dijo él, habiendo recuperado la compostura, e hizo un gesto en dirección a donde Will había desaparecido—. Un desacuerdo. Por una mujer. Eso pasa.

El zumbido se incrementó. Era claro que los demonios no le creían.

—¿Deuda de juego? —sugirió Magnus. Chasqueó los dedos, y una llama explotó de su palma, bañando el jardín en un marcado resplandor—. Sugiero que no se preocupen mucho por eso, caballeros. Las festividades y el regocijo los esperan adentro. —Hizo un gesto hacia la estrecha puerta que conducía al salón de baile—. Mucho más agradable que lo que los espera aquí afuera si se quedan.

Eso pareció convencerlos. Los demonios se alejaron, zumbando y murmurando, llevándose su hedor a basura con ellos. Tessa giró alrededor. —Rápido, tenemos que ir tras ellos…

Magnus se agachó y sacó sus zapatos del camino. Sosteniéndolos por sus cintas de satén, dijo: —No tan rápido, Cenicienta. Will es un Cazador de Sombras; corre rápido. Nunca lo atraparás.

—Pero tú… tiene que haber alguna magia…

—*Magia* —*dijo* Magnus, imitando el tono asqueado de Will—. Will está donde tiene que estar, haciendo lo que tiene que hacer. Su propósito es matar demonios, Tessa.

—A ti… ¿no te agrada? —preguntó Tessa; tal vez era una pregunta extraña, pero había algo en la forma en que Magnus miraba a Will, le hablaba a Will, que ella no podía entender.

Para su sorpresa, Magnus se tomó la pregunta en serio. —Sí me agrada… aunque más bien a mi pesar. Lo consideraba algo estropeado para comenzar, pero he cambiado de opinión. Hay un alma bajo todo esa bravata. Y de verdad está vivo, es una de las personas más vivas que he conocido alguna vez. Cuando siente algo, es tan brillante y fuerte como un rayo.

—Todos *sentimos* —dijo Tessa, completamente. Will, ¿sintiendo más fuertemente que nadie más? Más locamente que nadie más, tal vez.

—No así —rebatió Magnus—. Confía en mí, he vivido mucho tiempo, y sí lo sé. —Su mirada tenía simpatía—. Y encontrarás que los sentimientos se desvanecen también, mientras más vives. El brujo más viejo que he conocido alguna vez ha estado vivo casi mil años y me dijo que ya ni siquiera puede recordar cómo se sentía el amor, ni tampoco el odio. Le pregunté por qué no terminaba con su vida, y dijo que aún sentía una cosa, y que eso era miedo: miedo de qué hay después de la muerte. 'La tierra por descubrir de cuya frontera ningún viajero regresa.'

—Hamlet —dijo Tessa, automáticamente. Estaba intentando alejar los pensamientos de su propia posible inmortalidad. El concepto de ésta era demasiado grande y aterrorizante como para abarcarlo de verdad, y además… podía que ni siquiera fuera cierto.

—Nosotros los que somos inmortales, estamos encadenados a esta vida por una cadena de oro, y no nos atrevemos a romperla por miedo a lo que yace más allá de la caída —dijo Magnus—. Ahora ven, y no le envidies a Will sus deberes mortales. —Él comenzó a caminar por el camino, Tessa lo siguió cojeando rápidamente en un esfuerzo por mantener el ritmo.

—Pero él se comportaba como si conociera a ese demonio…

—Probablemente lo intentó matar antes —opinó Magnus—. A veces se escapan.

—Pero ¿cómo va a volver al Instituto? —se lamentó Tessa.

—Es un muchacho inteligente. Encontrará una forma. Estoy más preocupado con conseguir que vuelvas *tú* al Instituto antes de que alguien note que no estás y haya un escándalo del demonio.

Alcanzaron las puertas frontales donde esperaba el carruaje, con Cyril descansando pacíficamente en el asiento del conductor, con el sombrero bajado sobre sus ojos.

Ella miró rebeldemente a Magnus cuando él abrió la puerta del carruaje y extendió una mano para ayudarla a subir. —¿Cómo sabes que Will y yo no tenemos el permiso de Charlotte para estar aquí esta noche?

—Dame más crédito que eso, querida —dijo él, y sonrió de una manera tan contagiosa que Tessa, con un suspiro, le dio la mano—. Ahora —dijo él— te llevaré de vuelta al Instituto, y en el camino puedes contármelo todo.

13
La Espada Mortal

Traducido por Drifted

"Toma mi parte de un corazón inconstante,
La mía de un amor miserable:
Tómala o déjala tal como desees,
Me lavo las manos de esto."

—Christina Rosetti, "Maude Clare"

¡Oh, mi querido cielo misericordioso! —dijo Sophie, pegando un salto en la silla mientras Tessa abría la puerta hacia la habitación de Jessamine—. Señorita Tessa, ¿qué *pasó*?

—¡Sophie! ¡Shh! —Tessa hizo un gesto de advertencia al cerrar la puerta tras ella. La habitación estaba como la había dejado. Su camisón y bata estaban impecablemente doblados en una silla, el espejo roto de plata estaba sobre la cómoda, y Jessamine… Jessamine todavía estaba profundamente inconsciente, con sus muñecas atadas con cuerdas a los postes de la cama. Sophie, sentada en una silla junto al armario, claramente había estado allí desde que Will y Tessa se habían marchado; sujetaba un cepillo en una mano (¿para golpear a Jessamine con él en caso de que despertara otra vez? se preguntó Tessa), y sus ojos de color avellana estaban agrandados.

—Pero señorita… —la voz de Sophie se fue apagando al momento en que la mirada de Tessa se dirigió hacia su reflejo en el espejo. Tessa no pudo evitar mirar. Su cabello se había caído, por supuesto, en una maraña sobre sus hombros, las horquillas de perlas de Jessamine se perdieron en donde Will las había arrojado; estaba descalza y cojeaba, sus medias blancas estaban sucias, sus guantes habían desaparecido y su vestido, obviamente, estaba a punto de asfixiarla hasta la muerte—. ¿Fue muy desagradable?

La mente de Tessa regresó repentinamente hasta el balcón, y a los brazos de Will alrededor de ella. *Oh, Dios.* Apartó el pensamiento y echó un vistazo hacia

Jessamine, que todavía dormía pacíficamente. —Sophie, vamos a tener que despertar a Charlotte. No tenemos otra opción.

Sophie la miró con los ojos saltones. Tessa no podía culparla; temía despertar a Charlotte. Tessa incluso le había suplicado a Magnus que viniera con ella para ayudarla a dar la noticia, pero se había negado, puesto que los terrenos de dramas internos entre Cazadores de Sombras no tenían nada que ver con él y, además, tenía una novela a la cual regresar.

—Señorita… —protestó Sophie.

—Tenemos que hacerlo. —Tan pronto como pudo, Tessa le contó a Sophie lo esencial de lo que había pasado esa noche, omitiendo la parte con Will en el balcón. Nadie necesitaba saber acerca de eso—. Esto va más allá de nosotros. Ya no podemos seguir pasando por encima de Charlotte.

Sophie no hizo ningún sonido más de reclamo. Dejó el cepillo en la cómoda, se levantó, alisó su falda y dijo: —Voy a ir buscar a la Sra. Branwell, señorita.

Tessa se hundió en la silla junto a la cama, haciendo una mueca cuando el vestido de Jessamine la pinchó. —Desearía que me llamaras Tessa.

—Lo sé, señorita. —Sophie se marchó, cerrando la puerta silenciosamente detrás de ella.

Magnus estaba acostado en el sofá de la sala de estar con sus botas hacia arriba cuando escuchó el alboroto. Sonrió sin moverse ante el tono de protesta de Archer, y las quejas de Will. Unos pasos se acercaron a la puerta. Magnus pasó una página en su libro de poesía cuando la puerta se abrió y Will entró con paso impetuoso.

Apenas era reconocible. Su elegante vestimenta de noche estaba desgarrada y manchada con barro, su chaqueta rasgada a lo largo, sus botas incrustadas de barro. Su pelo se encrespaba salvajemente, y su cara estaba rayada por docenas de arañazos, como si hubiera sido atacado por una docena de gatos a la vez.

—Lo siento, señor —dijo Archer con desesperación—. Me empujó para pasar.

—Magnus —dijo Will. Estaba sonriendo. Magnus lo había visto sonreír antes, pero esta vez era verdadera alegría. Transformaba la cara de Will, llevándola de una hermosa pero fría, hacia una incandescente—. Dile que me deje entrar.

Magnus hizo un gesto con la mano. —Déjalo entrar, Archer.

La cara gris del humano se torció, y la puerta se cerró de golpe detrás de Will.

—¡Magnus! —Caminó, medio tambaleante y torpe, hacia la chimenea, donde se apoyó contra la repisa de ésta—. No vas a creer…

—Shh —dijo Magnus, con su libro aún abierto sobre sus rodillas—. Escucha esto:

"Estoy cansado de las lágrimas y risas,
Y de los hombres que ríen y lloran
De lo que depare el futuro
Para los hombres que siembran y cosechan:
Estoy cansado de los días y las horas
De los trémulos capullos entre flores estériles
De deseos, sueños y poderes
Y de todo, excepto el sueño."

—Swinburne —dijo Will, apoyándose contra la repisa de la chimenea—. Sentimental y sobrevalorado.

—*Tú* no sabes lo que es ser inmortal. Magnus puso el libro a un lado y se incorporó—. Entonces ¿qué es lo que quieres?

Will se subió la manga. Magnus ahogó un grito de sorpresa. El antebrazo de Will tenía un largo corte, profundo y sangriento. La sangre formaba una pulsera en su muñeca y goteaba de sus dedos. Incrustado en la herida, como un cristal hundido en la pared de una cueva, había un diente blanco.

—¿Qué demo…? —comenzó Magnus.

—Diente de demonio —dijo Will casi sin aliento—. Perseguí a ese bastardo azul por todo Chiswick, pero se me escapó… aunque, no antes de morderme. Me dejó este diente. Puedes usarlo, ¿verdad? ¿Para invocar al demonio? —Tomó el diente y lo sacó de un tirón. Brotó aún más sangre y se derramó por su brazo, salpicando sobre el suelo.

—La alfombra de Camille —protestó Magnus.

—Es sangre —dijo Will—. Debería estar emocionada.

—¿Te encuentras bien? —Magnus miraba a Will con fascinación—. Estás sangrando mucho. ¿No llevas una estela encima en alguna parte? Una runa curativa…

—No me interesan las runas curativas. Me importa esto. —Will dejó caer el diente ensangrentado en la mano de Magnus—. Encuentra al demonio por mí. Sé que puedes hacerlo.

Magnus miró hacia abajo con una mueca de repugnancia. —Es muy probable que pueda, pero…

La luz en el rostro de Will parpadeó. —¿Pero?

—Pero no esta noche —dijo Magnus—. Puede tomarme un par de días. Tendrás que ser paciente.

Will respiró entrecortadamente. —No puedo ser paciente. No después de esta noche. Tú no entiendes… —Entonces se tambaleó, y se sostuvo aferrándose a la repisa. Magnus, alarmado, se levantó del sofá.

—¿Estás bien?

El color iba y venía de la cara de Will. Su cuello estaba oscuro por el sudor. —No lo sé… —jadeó—. El diente. Puede que sea venenoso…

Su voz se fue apagando. Se deslizó hacia adelante, sus ojos se pusieron en blanco. Con un gesto de sorpresa, Magnus atrapó a Will antes de que pudiera golpear la ensangrentada alfombra y, alzando al chico en sus brazos, lo llevó cuidadosamente hacia el sofá.

Tessa, sentada en la silla al lado de la cama de Jessamine, se masajeó las costillas doloridas y suspiró. El corsé seguía apretándola, y no tenía idea de cuándo tendría la oportunidad de quitárselo; sus pies le dolían y se había dañado en el fondo de su alma. Ver a Nate había sido como tener un cuchillo retorciéndose en una herida fresca. Había bailado con "Jessamine" (coqueteado con ella) y había discutido de un modo casual el destino de Tessa, su hermana, como si para él no significara nada en absoluto.

Supuso que no debería sorprenderle, que sí debería estar más que sorprendida si a Nate le preocupara. Pero le dolía de igual forma.

Y Will, esos pocos minutos afuera en el balcón con él habían sido los más confusos de su vida. Luego de la manera en que Will le había hablado en el tejado, se había jurado no volver a entretenerse con pensamientos románticos sobre él. No era un oscuro y amenazante Heathcliff que albergaba una pasión secreta, se había dicho a sí misma que era meramente un chico que se creía demasiado bueno para ella. Pero la forma en que la había mirado en la terraza, la forma en que le había retirado el pelo de su cara, incluso el leve temblor de sus manos cuando la había tocado. Sin duda, aquellas cosas no podían ser el producto de una falsedad.

Pero después, ella lo había tocado de la misma manera. En ese momento no había querido nada más que a Will. No había sentido nada más que Will. Sin embargo, justo la noche anterior, había tocado y besado a Jem; había sentido que lo quería; le había dejado verla como nadie la había visto antes. Y cuando pensaba en él ahora, al pensar en su silencio esta mañana, su ausencia en la cena, lo extrañaba otra vez, con un dolor físico que no podía ser una mentira.

¿Podías realmente amar a dos personas diferentes a la vez? ¿Podías dividir tu corazón a la mitad? ¿O era sólo que el tiempo con Will en el balcón había sido una locura inducida por las drogas de brujo? ¿Habría sido lo mismo con *cualquiera*? El pensamiento la perseguía como un fantasma.

—Tessa.

Tessa casi saltó de su asiento. La voz era apenas un susurro. Era Jessamine. Sus ojos estaban entreabiertos, la luz del fuego que se reflejaba parpadeaba en sus profundidades marrones.

Tessa se sentó derecha. —Jessamine. ¿Estás…?

—¿Qué pasó? —La cabeza de Jessamine rodó impacientemente de un lado a otro—. No me acuerdo. —Intentó incorporarse y jadeó, encontrando sus manos atadas—. ¡Tessa! ¿Por qué razón…?

—Es por tu propio bien, Jessamine —La voz de Tessa tembló—. Charlotte... tiene que hacerte unas preguntas. Sería mucho mejor si estuvieras dispuesta a responderlas.

—La fiesta. —Los ojos de Jessamine se movieron de acá para allá, como si estuviera viendo algo que Tessa no podía ver—. Sophie, esa pequeña simio, estaba hurgando entre mis cosas. La encontré con la invitación en sus manos…

—Sí, la fiesta —dijo Tessa—. En el baile de Benedict Lightwood, donde te encontrarías con Nate.

—¿Leíste su nota? —La cabeza de Jessamine se volteó a un lado—. ¿No sabes cuán grosero e inapropiado es leer la correspondencia privada de otra persona? —Trató de incorporarse de nuevo y volvió a caer una vez más contra las almohadas—. De todos modos, no la firmó. No puedes probar…

—Jessamine, ahora hay una pequeña ventaja en el engaño. Puedo probarlo, porque fui a la fiesta y hablé con mi hermano allí.

La boca de Jessamine se abrió en una rosa O. Pareció notar, por primera vez, lo que Tessa llevaba puesto. —Mi vestido —exclamó—. ¿Te disfrazaste de mí?

Tessa asintió.

Los ojos de Jessamine se oscurecieron. —Anormal… —tomó aliento—. ¡Criatura repugnante! ¿Qué le hiciste a Nate? ¿Qué le dijiste?

—Dejó muy claro que has estado espiando para Mortmain —dijo Tessa, deseando que Sophie y Charlotte regresaran. ¿Qué diablos les estaba tomando tanto tiempo?— Que nos has traicionado, informando sobre todas nuestras actividades, cumpliendo las órdenes de Mortmain…

—¿Nos? —gritó Jessamine, luchando por levantarse tanto como se lo permitían las cuerdas—. ¡Tú no eres una Cazadora de Sombras! ¡No les debes ninguna lealtad! Ellos no se preocupan por ti, más de lo que se preocupan por mí. Sólo Nate se preocupa por mí.

—Mi hermano —dijo Tessa con una voz apenas controlada—. Es un asesino mentiroso, incapaz de sentir. Puede que se haya casado contigo, Jessamine, pero

no te ama. Los Cazadores de Sombras me han ayudado y protegido, como lo han hecho contigo. Y sin embargo, te vuelves contra ellos como un perro en el momento en que Nate chasquea los dedos. Él te abandonará, si no te mata primero.

—¡Mentirosa! —gritó Jessamine—. No lo entiendes. ¡Nunca lo has hecho! Su alma es pura y buena…

—Pura como el agua estancada —dijo Tessa—. Lo entiendo a él mejor que tú; estás cegada por su encanto. No le importas.

—Mentirosa…

—Lo vi en sus ojos. *Vi la manera en que te mira*.

Jessamine gritó: —¿Cómo puedes ser tan cruel?

Tessa negó con la cabeza. —No puedes verlo, ¿cierto? —dijo sorprendida—. Para ti todo es un juego, como esas muñecas en tu casa de muñecas, moviéndolas alrededor, haciendo que se besen y se casen. Querías un marido mundano, y Nate era lo suficientemente bueno. No puedes ver lo que les ha costado tu traición a aquellos que siempre se han preocupado por ti.

Jessamine mostró los dientes; en ese momento se parecía bastante a un animal atrapado y arrinconado, de manera que Tessa casi se echó atrás. —Amo a Nate. —dijo—. Y él me ama. Tú eres la que no entiende el amor. "Oh, no puedo decidir entre Will y Jem. ¿Qué debo hacer?" —dijo en una voz chillona, y Tessa se ruborizó acaloradamente—. ¿Qué más da si Mortmain quiere destruir a los Cazadores de Sombras de Gran Bretaña? Yo digo que los dejen arder.

Tessa la miró boquiabierta, justo cuando la puerta detrás de ella se abrió de golpe y entró Charlotte. Se veía demacrada y extenuada por el agotamiento, con un vestido gris que hacía juego con las sombras bajo sus ojos, pero su porte era erguido y sus ojos tranquilos. Sophie vino detrás de ella, escabulléndose como si estuviera asustada, y un momento después, Tessa vio por qué, ya que lo último de la fiesta fue una aparición en túnicas de color pergamino, su rostro oculto bajo la sombra de su capucha, y una espada mortalmente brillante en su mano. Era el Hermano Enoch, de los Hermanos Silenciosos, cargando la Espada Mortal.

—¿Dejarnos arder? ¿Es eso lo que dijiste, Jessamine? —dijo Charlotte con una voz clara, dura, tan distinta a la de ella que hizo que Tessa se quedara mirando.

Jessamine se quedó sin aliento. Sus ojos estaban clavados sobre la espada en la mano del Hermano Enoch. Su gran empuñadura estaba tallada con la forma de un ángel con las alas desplegadas.

El Hermano Enoch acercó la espada hacia Jessamine, que se echó para atrás, y las cuerdas que amarraban sus muñecas a los postes de la cama se desataron. Sus manos cayeron lánguidamente en su regazo. Se quedó mirándolas, y luego a Charlotte.

—Charlotte, Tessa es una mentirosa. Es una Submundo mentirosa…

Charlotte se detuvo a un costado de la cama y miró a Jessamine con sequedad. —Esa no ha sido mi experiencia con ella, Jessamine. ¿Y qué decir de Sophie? Siempre ha sido la sirvienta más honesta.

—¡Me golpeó! ¡Con un espejo! —La cara de Jessamine estaba roja.

—Porque encontró esto. —Charlotte sacó la invitación, que Tessa le había dado a Sophie, de su bolsillo—. ¿Puedes explicar esto, Jessamine?

—Ir a una fiesta no es nada en contra de la Ley. —Jessamine sonaba igual de malhumorada como asustada—. Benedict Lightwood es un Cazador de Sombras.

—Esta es la caligrafía de Nathaniel Gray. —La voz de Charlotte nunca pareció perder su tono de crispación, pensó Tessa. Había algo sobre aquel hecho que la hacía parecer aún más inexorable—. Es un espía, buscado por la Clave, y has estado encontrándote con él en secreto. ¿A qué se debe eso?

La boca de Jessamine se abrió ligeramente. Tessa esperaba excusas: *Es todo mentira, Sophie inventó la invitación, solamente me encontraba con él para ganar su confianza*, pero en lugar de eso surgieron lágrimas. —Lo amo —dijo—. Y él me ama.

—Así que nos traicionaste por él —dijo Charlotte.

—¡No lo hice! —Jessamine levantó la voz—. Todo lo que Tessa dice ¡no es cierto! Está mintiendo. Siempre ha estado celosa de mí, ¡y está mintiendo!

Charlotte le dirigió a Tessa una mirada deliberada. —¿Lo está? ahora bien, ¿y Sophie?

—Sophie me odia —sollozó Jessamine. Esto al menos era verdad—. Debería ser echada a la calle, sin consultas.

—Deja de abrir los grifos, Jessamine. Eso no logra nada. —La voz de Charlotte atravesó los sollozos de Jessamine como una cuchilla. Se giró hacia Enoch—. La verdadera historia será bastante fácil de conseguir. La Espada Mortal, por favor, Hermano Enoch.

El Hermano Silencioso avanzó, la Espada Mortal quedó al nivel de Jessamine y Tessa miró horrorizada. ¿Iba a *torturar* a Jessamine en su propia cama, en frente de todas?

Jessamine gritó: —¡No! ¡No! ¡Aléjenlo de mí! *¡Charlotte!* —Su voz se elevó a un terrible aullido que parecía seguir y seguir, partiendo los oídos y la cabeza de Tessa.

—Extiende las manos, Jessamine —dijo Charlotte con frialdad.

Jessamine negó con la cabeza salvajemente, su pelo rubio volaba.

—Charlotte, no —dijo Tessa—. No le hagan daño.

—No interfieras en lo que no entiendes, Tessa —dijo Charlotte con la voz entrecortada—. Extiende tus manos, Jessamine, o esto se pondrá muy mal para ti.

Con las lágrimas corriendo por su rostro, Jessamine deslizó las manos hacia adelante, con las palmas hacia arriba, y a Tessa se le tensó todo el cuerpo. Se sintió repentinamente enferma y arrepentida de que ella hubiera tenido algo que ver con este plan. Si Jessamine había sido engañada por Nate, entonces ella también. Jessie no merecía esto.

—No pasa nada —dijo una voz suave en su hombro. Era Sophie—. No la lastimará con ella. La Espada Mortal hace que los Nefilim digan la verdad.

El Hermano Enoch puso la hoja de la Espada Mortal de manera horizontal a través de las palmas de Jessamine. Lo hizo sin ninguna fuerza ni delicadeza, como si apenas fuera consciente de que ella era una persona. Soltó la hoja y dio

un paso atrás; incluso los ojos de Jessamine se agrandaron por la sorpresa; la hoja parecía balancearse perfectamente en sus manos, completamente inmóvil.

—No es un instrumento de tortura, Jessamine —dijo Charlotte, con sus manos unidas delante de ella—. Debemos emplearlo sólo porque, de otro modo, no podemos confiar en que digas la verdad. —Sostuvo en alto la invitación—. Esto es tuyo, ¿no es así?

Jessamine no respondió. Estaba mirando al Hermano Enoch, con los ojos muy abiertos y negros por el terror, su pecho subía y bajaba rápido. —No puedo pensar, no con ese monstruo en la habitación... —La voz le temblaba.

La boca de Charlotte formó una línea, pero se volvió hacia Enoch y dijo unas palabras. Él asintió, y después se deslizó silenciosamente de la habitación. En cuanto la puerta se cerró detrás de él, Charlotte dijo: —Ahí lo tienes. Está esperando en el corredor. No creas que no te atrapará si intentaras huir, Jessamine.

Jessamine asintió. Parecía abatida, rota como una muñeca de juguete.

Charlotte agitó la invitación en su mano. —Esto es tuyo, ¿no? Y te la envió Nathaniel Gray. Esta letra es de él.

—S-Sí. —la palabra pareció haber sido arrancada de Jessamine contra su voluntad.

—¿Por cuánto tiempo has estado encontrándote con él en secreto?

Jessamine apretó su boca, pero sus labios estaban temblando. Un momento después, un torrente de palabras brotó de ella. Sus ojos se movían alrededor conmocionados como si no pudiera creer que estuviera hablando. —Me envió un mensaje a sólo unos días después de que Mortmain invadiera el Instituto. Se disculpó por su comportamiento hacia mí. Dijo que estaba agradecido conmigo por cuidar de él y que no había sido capaz de olvidar mi cortesía ni mi belleza. Y-Yo quise ignorarlo, pero llegó una segunda carta, y una tercera… accedí a encontrarme con él. Me fui del Instituto en la mitad de la noche y nos encontramos en Hyde Park. Me besó…

—Ya basta de eso —dijo Charlotte—. ¿Cuánto tiempo le tomó convencerte de espiarnos?

—Dijo que sólo trabajaría para Mortmain hasta poder reunir suficiente fortuna para vivir con comodidad. Dije que podíamos vivir juntos de mi fortuna, pero él no la tendría. Tenía que ser su dinero. Dijo que no viviría a costa de su esposa. ¿Eso no es noble?

—¿Así que a este punto ya te había propuesto matrimonio?

—Se declaró la segunda vez que nos encontramos. —Jessamine respiraba ruidosamente—. Dijo que sabía que nunca podría haber otra mujer para él. Y prometió que una vez que tuviera el dinero suficiente, yo tendría la vida que siempre había querido, nunca tendríamos que preocuparnos por el dinero, y que tendríamos hi-hijos. —Se sorbió la nariz.

—Oh, Jessamine. —Charlotte sonaba casi triste.

Jessamine se ruborizó. —¡Era verdad! ¡Me amaba! No ha hecho más que demostrarlo. ¡Estamos casados! Fue hecho formalmente en una iglesia con un sacerdote.

—Probablemente en una iglesia desconsagrada y algún lacayo vestido para lucir como un sacerdote —dijo Charlotte—. ¿Qué sabes tú de bodas mundanas, Jessie? ¿Cómo sabrías lo que *era* una boda formal? Te doy mi palabra de que Nathaniel Gray no te considera su esposa.

—¡Sí que lo hace, lo hace, lo hace! —chilló Jessamine, y trató de alejarse de la Espada. Ésta se adhirió a sus manos como si hubiera sido clavada allí. Sus lamentos subieron una octava—. ¡Soy Jessamine Gray!

—Eres una traidora a la Clave. ¿Qué otra cosa le contaste a Nathaniel?

—Todo —gimió Jessamine—. En dónde estabas buscando a Mortmain, a los Submundos con los que te habías contactado en tu intento de encontrarlo. Fue por eso que él nunca estaba en el lugar donde buscaban. Le advertí sobre el viaje a York. Por eso envió a los autómatas a la casa de la familia de Will. Mortmain quería aterrorizarte para cesar la búsqueda. Los considera a todos una molestia pestilente. Pero no les tiene miedo —Su pecho subía y bajaba—. Él va a triunfar sobre todos ustedes. Lo sabe. Y yo también.

Charlotte se inclinó hacia adelante, con sus manos en las caderas. —Pero no tuvo éxito en aterrorizarnos hasta cesar la búsqueda —dijo ella—. Los autómatas que envió trataron de secuestrar a Tessa pero fracasaron…

—No fueron enviados para tratar de secuestrar a Tessa. Oh, todavía planea agarrarla, pero no así, aún no. Su plan está cerca de realizarse, y ahí es cuando se moverá para tomar el Instituto, llevarse a Tessa…

—¿Qué tan cerca está? ¿Ha logrado abrir la Pyxis? —espetó Charlotte.

—N-No lo sé. No lo creo.

—Así que tú le contaste todo a Nate y él no te dijo nada. ¿Y lo de Benedict? ¿Por qué ha acordado trabajar de la mano de Mortmain. Siempre supe que era un hombre desagradable. Pero no parece propio de él traicionar a la Clave.

Jessamine sacudió la cabeza. Estaba sudando, con su pelo rubio pegado a las sienes. —Mortmain está guardando algo para él, algo que quiere. No sé lo que es, pero hará lo que sea para obtenerlo.

—Incluyendo entregarme a Mortmain —dijo Tessa. Charlotte la miró sorprendida cuando habló, y parecía estar a punto de interrumpirla, pero Tessa se precipitó: —¿De qué se trata esto de acusarme falsamente de posesión de artículos de magia negra? ¿Cómo se iba a llevar a cabo eso?

—El Libro del Blanco —Jessamine contuvo el aliento—. Lo… cogí de la caja cerrada en la biblioteca. Lo escondí en tu habitación mientras estabas afuera.

—¿En qué lugar de mi habitación?

—En la tabla suelta del piso, junto a la chimenea. —Las pupilas de Jessamine estaban enormes—. Charlotte… por favor…

Pero Charlotte era implacable. —¿Dónde está Mortmain? ¿Ha hablado con Nate de sus planes para la Pyxis? ¿Para sus autómatas?

—Yo… —Jessamine tuvo un escalofrío. Su cara estaba de rojo oscuro—. No puedo…

—Nate no le habría contado —dijo Tessa—. Debió haber sabido que podría ser atrapada, y habrá pensado que se desmoronaría bajo tortura y soltaría todo. *Él* lo haría.

Jessamine le dirigió una mirada venenosa. —Él te odia, ya sabes —dijo—. Dice que toda su vida lo menospreciaste, tú y tu tía con tu moralidad

provinciana, juzgándolo por todo lo que hacía. Siempre diciéndole qué hacer, no queriendo que saliera adelante. ¿Sabes cómo te llama? Él…

—No me importa —mintió Tessa; su voz tembló ligeramente. A pesar de todo, escuchar que su hermano la odiaba le dolía más de lo que podía haber creído—. ¿Dijo lo que soy? ¿Por qué tengo el poder que tengo?

—Dijo que tu padre era un demonio. —Los labios de Jessamine hicieron una mueca—. Y que tu madre era una Cazadora de Sombras.

***

La puerta se abrió suavemente, tan suavemente que hizo que Magnus ya no se mantuviera entrando y saliendo de su sueño, el ruido no lo habría despertado.

Levantó la mirada, estaba sentado en un sillón cercano al fuego, ya que su lugar favorito del sofá fue tomado por Will. Éste, con las mangas de la camisa ensangrentadas, estaba teniendo el sueño pesado de la droga y la curación. Su antebrazo estaba vendado hasta el codo, sus mejillas encendidas, y su cabeza descansaba sobre su brazo ileso. El diente que Will se había sacado de su brazo estaba en la mesilla junto a él, brillando como el marfil.

La puerta hacia la sala de estar permaneció abierta detrás de él. Y allí, enmarcada en el arco, estaba Camille.

Vestía una capa de viaje de terciopelo negro abierta por encima de un vestido verde brillante que hacía juego con sus ojos. Su pelo estaba peinado hacia arriba y adornado con peinetas de color esmeralda, y mientras él observaba, ella se quitó sus guantes blancos de piel, deliberadamente lento, uno por uno, y los apoyó sobre la mesa junto a la puerta.

—Magnus —dijo, y su voz, como siempre, sonó como a campanas de plata—. ¿Me echaste de menos?

Magnus se incorporó. La luz del fuego jugaba sobre el cabello brillante de Camille, y con su piel blanca y sin poros. Era extraordinariamente hermosa. —No me percaté de que me favorecerías con tu presencia esta noche.

Ella miró a Will, dormido en el sofá. Sus labios se curvaron hacia arriba. —Claramente.

—No enviaste ningún mensaje. De hecho, no me has enviado ningún mensaje desde que te marchaste de Londres.

—¿Estás haciéndome reproches, Magnus? —Camille parecía divertida. Deslizándose por detrás del sofá, se inclinó sobre el respaldo, bajando la mirada hacia la cara de Will—. Will Herondale —dijo—. Es adorable ¿no? ¿Él es tu nueva diversión?

En lugar de responder, Magnus cruzó sus largas piernas delante de él. —¿Dónde has estado?

Camille se inclinó más hacia adelante; si hubiera tenido aliento, habría agitado el oscuro pelo rizado en la frente de Will. —¿Puedo besarlo?

—No —dijo Magnus—. ¿Dónde has estado, Camille? Cada noche me acostaba aquí en tu sofá y esperaba oír tus pasos en el pasillo, y me preguntaba dónde estabas. Al menos podrías decírmelo.

Ella se enderezó, poniendo los ojos en blanco. —Oh, muy bien. Estaba en París, tomando medidas para varios vestidos nuevos. Unas vacaciones muy necesarias de los dramas de Londres.

Hubo un largo silencio. Luego: —Estás mintiendo —dijo Magnus.

Sus ojos se ensancharon. —¿Por qué dirías una cosa así?

—Porque es la verdad. —Sacó una carta arrugada de su bolsillo y la arrojó sobre el suelo entre ellos—. No puedes rastrear a un vampiro, pero puedes rastrear a un subyugado de vampiro. Llevaste a Walker contigo. Fue bastante

fácil para mí rastrearlo hacia San Petersburgo. Tengo informantes ahí. Me permitieron saber que estabas viviendo allí con un amante humano.

Camille lo observó, con una sonrisita jugueteando en su boca. —¿Y eso te puso celoso?

—¿Querías que lo estuviera?

—*Ça m'est égal*[43] —dijo Camille, soltando el francés que usaba cuando realmente quería molestarlo—. Para mí es todo lo mismo. Él no tenía nada que ver contigo. Fue una diversión mientras estaba en Rusia, nada más.

—Y ahora él está….

—Muerto. Así que es poco probable que represente una competencia para ti. Debes dejarme tener mis pequeñas diversiones, Magnus.

—¿De lo contrario?

—De lo contrario, me pondré extremadamente furiosa.

—¿Como te enfureciste con tu amante humano, y lo asesinaste? —preguntó Magnus—. ¿Qué pasa con la piedad? ¿La compasión? ¿El amor? ¿O no sientes esas emociones?

—Yo *amo* —dijo Camille indignantemente—. Tú y yo, Magnus, que perduraremos para siempre, nos amamos de tal manera que no puede ser concebida por los mortales, una llama oscura y constante para su luz breve y crepitante. ¿Qué te importan ellos? La fidelidad es un concepto humano, basado en la idea de que estamos aquí pero por un corto tiempo. No puedes demandar mi lealtad para toda la *eternidad*.

—Qué tonto de mí. Pensé que podía. Creí que podía, por lo menos, esperar que no me mintieras.

[43] No me importa.

—Estás siendo ridículo —dijo—. Un niño. Esperas que tenga la moral de algún mundano cuando no soy humana, y tú tampoco. De todos modos, hay muy poco que puedas hacer al respecto. No seguiré órdenes de nadie, ciertamente no de un híbrido. —Era el término propio de los Submundos para insultar a los brujos—. Tú me eres leal; lo has dicho tú mismo. Tu devoción simplemente tendrá que sufrir mis diversiones, y luego tendremos una relación muy agradable. En caso contrario, tendré que dejarte. No puedo imaginarme que quieras *eso*.

Había un pequeño desprecio en su voz cuando habló, y quebró algo dentro de Magnus. Se acordó de la sensación de malestar en su garganta cuando la carta había llegado de San Petersburgo. Y aun así, él había esperado su regreso, con la esperanza de que tuviera una explicación. Que se disculparía, que le pediría que la amara otra vez. Ahora que se daba cuenta de que él no tenía ese valor para ella, que nunca lo había tenido, una neblina roja pasó ante sus ojos; pareció volverse loco momentáneamente, porque esa era la única explicación para lo que hizo después.

—No importa. —Se puso de pie—. Ahora tengo a Will.

La boca de ella se abrió: —No puedes hablar en serio. ¿Un *Cazador de Sombras*?

—Puedes ser inmortal, Camille, pero tus sentimientos son insípidos y superficiales. Los de Will no lo son. Entiende lo que es amar. —Magnus, habiendo comunicado este discurso demencial con gran dignidad, cruzó la habitación y sacudió el hombro de Will: —Will. William. Despierta.

Los ojos azul pálido de Will se abrieron. Estaba acostado sobre su espalda, mirando hacia arriba, y la primera cosa que vio fue la cara de Camille al inclinarse por encima del respaldo del sofá, contemplándolo. Él se levantó bruscamente. —Por el Ángel…

—Oh, cállate —dijo Camille con pereza, sonriendo lo suficiente para mostrar las puntas de los colmillos—. No te haré daño, Nefilim.

Magnus puso a Will en pie de un tirón. —La señora de la casa —dijo—, ha regresado.

—Ya lo veo. —Will estaba sonrojado, el cuello de su camisa oscurecido con sudor—. Encantador —dijo a nadie en particular, y Magnus no estaba seguro si se refería a estar encantado de ver a Camille, encantado con los efectos del hechizo calmante que Magnus había usado en él (sin duda, una posibilidad), o simplemente una incoherencia.

—Y por lo tanto —dijo Magnus, apretando el brazo de Will con una presión intencionada—, tenemos que irnos.

Will parpadeó hacia él. —¿A dónde?

—No te preocupes por eso en este momento, mi amor.

Will parpadeó de nuevo: —¿Perdón? —Echó un vistazo alrededor, como si estuviera esperando a medias que hubiera gente observándolo. —Yo… ¿dónde está mi saco?

—Arruinado de sangre —dijo Magnus—. Archer se deshizo de él. —Asintió hacia Camille—. Will ha estado cazando demonios toda la noche. Muy valiente.

La expresión de Camille era una mezcla de asombro y disgusto.

—*Soy* valiente —dijo Will. Parecía complacido consigo mismo. Los tónicos calmantes habían agrandado sus pupilas, y sus ojos se veían muy oscuros.

—Sí, lo eres —dijo Magnus, y lo besó. No fue el beso más dramático, pero Will agitó su brazo libre como si una abeja hubiera aterrizado en él; Magnus tuvo la esperanza de que Camille asumiera que esto era pasión. Cuando se separaron, Will se veía anonadado. También Camille, si es que se puede decir.

—*Ahora* —dijo Magnus, esperando que Will recordara que estaba en deuda con él—. Tenemos que irnos.

—Yo… pero… —Will se balanceó hacia un lado—. ¡El diente! —se precipitó a través de la habitación, lo recuperó, y lo metió en el bolsillo del chaleco de Magnus. Luego, con un guiño hacia Camille que, Magnus pensó, sólo Dios sabía cómo lo interpretaría ella, salió sin prisa de la habitación.

—Camille —comenzó Magnus.

Ella tenía los brazos cruzados sobre el pecho y lo miraba maliciosamente.

—Relacionándote con Cazadores de Sombras a mis espaldas —dijo con frialdad, sin reparar, aparentemente, en la hipocresía de su posición—. ¡Y en mi propia casa! De veras, Magnus. —Señaló hacia la puerta—. Por favor, deja mi residencia y no regreses. Confío en que no tendré que pedírtelo dos veces.

Magnus estaba demasiado agradecido de ser obligado. Unos momentos más tarde, se había unido a Will en el pavimento fuera de la casa, encogiéndose en su abrigo (todo lo que poseía ahora en el mundo, aparte de lo que estaba en sus bolsillos) y abrochándose los botones contra el frío aire. No pasaría mucho tiempo, pensó Magnus, antes de que el primer brillo pálido de la mañana iluminara el cielo.

—¿Me acabas de besar? —Inquirió Will.

Magnus tomó una decisión en una fracción de segundo. —No.

—Creí…

—En ocasiones, los efectos secundarios de los hechizos calmantes pueden provocar alucinaciones del tipo más extraño.

—Oh —dijo Will—. Qué peculiar. —Regresó la mirada hacia la casa de Camille. Magnus podía ver la ventana de la sala de estar, las cortinas rojas de terciopelo fuertemente descorridas—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Acerca de invocar al demonio? ¿Tenemos un lugar a dónde ir?

—*Yo tengo* un lugar a donde ir —dijo Magnus, diciendo en silencio una oración de gracias por la firme obsesión de Will con la invocación del demonio—. Puedo quedarme donde un amigo. Vuelve al Instituto. Me pondré a

trabajar en tu maldito diente de demonio tan pronto como me sea posible. Te enviaré un mensaje cuando sepa algo.

Will asintió lentamente, luego levantó la vista hacia el cielo negro. —Las estrellas —dijo—. Nunca las he visto tan brillantes. El viento ha disipado la niebla, creo.

Magnus pensó en la alegría en el rostro de Will cuando había estado sangrando en la sala de Camille, sujetando el diente de demonio. *Por alguna razón, no creo que sean las estrellas las que han cambiado.*

—¿Una *Cazadora de Sombras*? —exclamó Tessa—. Eso no es posible. —Se giró y miró a Charlotte, cuyo rostro reflejaba su propio asombro—. No es posible, ¿no es así? Will me dijo que los descendientes de Cazadores de Sombras y demonios nacen muertos.

Charlotte negaba con la cabeza. —No. No, no es posible.

—Pero si Jessamine tiene que decir la verdad… —la voz de Tessa titubeó.

—Tiene que decir la verdad como ella la cree —dijo Charlotte—. Si tu hermano le mintió, pero ella le creyó, lo dirá como si fuera la verdad.

—Nate nunca me mentiría —escupió Jessamine.

—Si la madre de Tessa era una Cazadora de Sombras —dijo Charlotte fríamente—entonces Nate también es un Cazador de Sombras. La sangre del Cazador de Sombras se hereda. ¿Te ha mencionado *eso* alguna vez? ¿Que era un cazador de Sombras?

Jessamine parecía indignada. —¡*Nate* no es un Cazador de Sombras! —gritó—. ¡Yo lo habría sabido! Nunca me habría casado… —Se interrumpió, mordiéndose el labio.

—Bueno, es uno o lo otro, Jessamine —dijo Charlotte—. O te casaste con un Cazador de Sombras, una verdadera ironía suprema, o, lo más probable, es que

te casaste con un mentiroso que te usó y te desechó. Debió haber sabido que a la larga serías atrapada. Y entonces ¿qué creyó que te sucedería?

—Nada. —Jessamine parecía agitada—. Dijo que eras débil. Que no me castigarías. Que no podrías realmente lastimarme.

—Estaba equivocado —dijo Charlotte—. Eres una traidora a la Clave, y también lo es Benedict Lightwood. Cuando el Cónsul se entere de todo esto…

Jessamine se echó a reír, en un tono chillón y abrupto. —Dile —dijo—. Eso es *exactamente* lo que quiere Mortmain —balbució—. N-No te molestes en preguntarme por qué. No lo sé, pero sé que lo quiere. Así que parlotea todo lo que quieras, Charlotte. Sólo te pondrá en su poder.

Charlotte apretó el pie de cama, sus manos se estaban poniendo blancas. —¿Dónde está Mortmain?

Jessamine se estremeció, sacudiendo la cabeza, y su pelo se movió de un lado a otro.

—No…

—*¿Dónde está Mortmain*?

—É-Él —jadeó—. Él… —La cara de Jessamine estaba casi morada, los ojos se le salían de la cabeza. Estaba aferrando la Espada con tanta fuerza que la sangre brotaba entre sus dedos. Tessa miró a Charlotte con horror. —*Idris* —emitió Jessamine al fin, y se dejó caer bruscamente contra la almohada.

El rostro de Charlotte se congeló. —¿Idris? —repitió—. ¿Mortmain está en Idris, nuestra tierra natal?

Los párpados de Jessamine se agitaron. —No. No está allí.

—¡Jessamine! —Charlotte lucía como si fuera a saltar sobre la chica y sacudirla hasta que le castañetearan los dientes—. ¿Cómo puede estar en Idris y no estarlo? Sálvate, niña estúpida. ¡Dinos dónde está!

—¡Para! —Gritó Jessamine—. Detente, me duele…

Charlotte le dirigió una mirada larga y severa. Después fue hacia la puerta de la habitación; cuando regresó, la seguía el Hermano Enoch. Cruzó los brazos sobre su pecho y señaló a Jessamine con un movimiento de su barbilla. —Hay algo mal, Hermano. Le pregunté dónde estaba Mortmain; dijo Idris. Cuando le pregunté otra vez, lo negó. —El tono de su voz se endureció—. ¡Jessamine! ¿Mortmain ha traspasado los territorios de Idris?

Jessamine hizo un sonido de asfixia; su respiración hacía un silbido al entrar y salir de su pecho. —No, no lo ha hecho… lo juro… Charlotte, por favor…

Charlotte. El Hermano Enoch habló con firmeza, sus palabras resonaban en la mente de Tessa. *Suficiente. Hay una especie de bloqueo en la mente de la chica, algo que Mortmain puso ahí. Él se burla de nosotros con la idea de Idris, sin embargo ella confiesa que no está allí. Estos bloqueos son fuertes. Continúa preguntándole de esta manera, y su corazón podría fallarle*.

Charlotte se encorvó. —Entonces ¿qué…?

Permíteme llevarla a la Ciudad Silenciosa. Tenemos nuestros modos de buscar los secretos encerrados en la mente, secretos que ni siquiera la niña sea consciente de saberlos.

El Hermano retiró la Espada de las manos de Jessamine. Ella apenas pareció notarlo. Su mirada estaba sobre Charlotte, con sus ojos muy abiertos y aterrados. —¿La Ciudad de Hueso? —susurró—. ¿Donde yacen los muertos? ¡No! ¡No iré allí! ¡No puedo soportar ese lugar!

—Entonces dinos dónde está Mortmain —dijo Charlotte, su voz era como el hielo.

Jessamine sólo comenzó a sollozar. Charlotte la ignoró. El Hermano Enoch puso a la chica en pie; Jessamine forcejeaba, pero el Hermano Silencioso la sujetaba con una mano de hierro, y su otra mano estaba sobre la empuñadura de la Espada Mortal.

—¡Charlotte! —gritaba Jessamine, lastimeramente—. Charlotte, por favor, ¡la Ciudad Silenciosa no! Enciérrame en la cripta, entrégame al Concejo, pero por favor, no me envíes sola a ese… ¡ese cementerio! ¡Moriré de miedo!

—Debiste haber pensado en eso antes de traicionarnos —dijo Charlotte—. Hermano Enoch, llévala, por favor.

Jessamine seguía chillando mientras el Hermano Enoch la levantaba y se la echaba encima del hombro. Mientras Tessa miraba con los ojos muy abiertos, él salió a zancadas de la habitación cargándola. Sus gritos y jadeos hicieron eco por el corredor mucho después de que la puerta se cerrara tras ellos, y luego, de repente, se interrumpieron.

—Jessamine —comenzó Tessa.

—Está bastante bien. Él probablemente le puso una runa de Quietud. Eso es todo. No hay nada de qué preocuparse —dijo Charlotte, y se sentó en el borde de la cama. Bajó la mirada a sus propias manos, con asombro, como si no le pertenecieran—. Henry…

—¿Quiere que lo despierte por usted, señora Branwell? —preguntó Sophie suavemente.

—Está en la cripta, trabajando… no podría soportar traerlo. —La voz de Charlotte era distante—. Jessamine ha estado con nosotros desde que era una niña. Habría sido demasiado para él, demasiado. No posee el carácter para ser cruel.

—Charlotte. —Tessa tocó dulcemente el hombro de Charlotte—. Charlotte, tú tampoco eres cruel.

—Hago lo que tengo que hacer. No hay nada de qué preocuparse —dijo Charlotte de nuevo, y rompió a llorar.

14
La Ciudad Silenciosa

Traducido por Pamee

Ella gritó en voz alta, "Soy el fuego en el interior.
No llega ningún murmuro de respuesta.
¿Qué es eso que se llevará mi pecado,
Y me salvará para que no muera?"

— Lord Alfred Tennyson, "El Palacio del Arte"

Jessamine —dijo Henry otra vez, por la que debía ser la quinta o sexta vez—. Todavía no puedo creerlo. ¿Nuestra Jessamine?

Cada vez que lo decía, notó Tessa, la boca de Charlotte se apretaba un poco más. —Sí —dijo de nuevo—. Jessamine. Ha estado espiándonos y reportándole cada movimiento nuestro a Nate, quien le estaba pasando la información a Mortmain. ¿Tengo que decirlo de nuevo?

Henry parpadeó hacia ella. —Lo siento, querida. He estado escuchando. Es sólo que… —Suspiró—. Sabía que ella era infeliz aquí, pero no pensé que Jessamine nos odiara.

—No creo que los odiara, o los odie. —Este fue Jem, quien estaba de pie cerca del fuego en el salón, con un brazo sobre la repisa de la chimenea. No se habían reunido para el desayuno como lo hacían habitualmente; no había habido un anuncio formal de por qué no, pero Tessa suponía que la idea de seguir con el desayuno, con el lugar de Jessamine vacío, como si nada hubiera pasado, hubiera sido muy terrible para que Charlotte lo soportara.

Charlotte sólo había llorado por un corto tiempo esa noche, antes de haber recuperado la compostura. Había rechazado los intentos de Sophie y de Tessa de ponerle paños fríos o de servirle té, sacudiendo la cabeza rígidamente y diciendo una y otra vez que no debería permitirse así misma desmoronarse así, que ahora era tiempo para planear, para la estrategia. Había marchado hacia la habitación de Tessa, con Sophie y Tessa pisándole los talones, y había hecho palanca febrilmente en las tablas del suelo hasta que había encontrado un

pequeño chapbook[44], como una biblia familiar, encuadernado con cuero blanco y envuelto en terciopelo. Lo había deslizado en su bolsillo con una expresión determinada, descartando las preguntas de Tessa, y se había puesto de pie.

El cielo fuera de las ventanas ya había comenzado a brillar con la pálida luz del amanecer. Luciendo exhausta, Charlotte le había dicho a Sophie que le diera instrucciones a Bridget de servir un desayuno frío simple en la sala de estar, y le dejara saber a Cyril que los hombres podían ser informados. Entonces se había ido.

Con la ayuda de Sophie, Tessa finalmente se había deslizado fuera del vestido de Jessamine con gratitud; se había dado un baño, y se había puesto un vestido amarillo, el que le había comprado Jessamine. Pensó que el color le podría avivar el estado de ánimo, pero todavía se sentía pálida y cansada.

Encontró el mismo aspecto reflejado en la cara de Jem cuando ella entró a la sala de estar. Sus ojos tenían sombras, y apartó rápidamente la mirada de ella. Eso dolió. También la hizo pensar en la noche anterior, con Will, en el balcón. Pero eso había sido diferente, se dijo a sí misma. Eso había sido el resultado de polvos de brujo, y una locura temporal. Nada como lo que había pasado entre ella y Jem.

—No creo que ella nos odie —dijo Jem de nuevo, corrigiendo su uso del pasado—. Siempre ha sido alguien tan llena de *deseo*. Siempre ha estado tan desesperada.

—Es mi culpa —dijo Charlotte suavemente—. No debía haber intentado forzarla a ser una Cazadora de Sombras cuando era algo que ella despreciaba tan claramente.

—No. ¡No! —Henry se apresuró a tranquilizar a su esposa—. Nunca fuiste menos que amable con ella. Hiciste todo lo que pudiste. Hay algunos mecanismos que están tan… rotos que no pueden ser reparados.

---

[44] ***Chapbook*** es un término genérico para nombrar un tipo particular de folleto de tamaño de bolsillo muy popular desde el siglo XVI hasta finales del siglo XIX.

—Jessamine no es un reloj, Henry —dijo Charlotte, su tono era distante. Tessa se preguntó si todavía estaba molesta con Henry por no ver a Woolsey Scott con ella, o si simplemente estaba molesta con el mundo—. Tal vez, simplemente debería parcelar el Instituto con lazo y dárselo a Benedict Lightwood. Esta es la segunda vez que tenemos un espía bajo nuestro techo y no supimos de ello hasta que ya había sido hecho un daño significativo. Claramente, soy una incompetente.

—De cierta forma era sólo un espía, realmente —comenzó Henry, pero luego cayó en silencio cuando Charlotte le dio una mirada que podría haber derretido vidrio.

—Si Benedict Lightwood está trabajando para Mortmain, no se le puede permitir que tenga la custodia del Instituto —dijo Tessa—. De hecho, el baile que lanzó anoche debería ser suficiente para descalificarlo.

—El problema será probarlo —dijo Jem—. Benedict negará todo, y será su palabra contra la tuya… y tú eres una Submundo…

—Está la palabra de Will —dijo Charlotte, y frunció el ceño—. Hablando de él, ¿dónde *está* Will?

—Durmiendo hasta tarde, sin duda —dijo Jem—, y en cuanto a que él sea un testigo, bueno, todos piensan que Will es un lunático así como…

—Ah —dijo una voz desde la entrada—, estás teniendo tu reunión anual de 'todos-piensan-que-Will-es-un-lunático', ¿no?

—Es bianual —dijo Jem—. Y no, no es una reunión.

Los ojos de Will buscaron a Tessa a través de la sala.

—¿Saben acerca de Jessamine? —inquirió. Lucía cansado, pero no tan cansado como Tessa hubiera pensado; estaba pálido, pero había una excitación contenida en él que era casi como… felicidad. Sintió que su estómago caía cuando los recuerdos de la noche anterior (las estrellas, el balcón, el *beso*) se precipitaron sobre ella.

¿Cuándo había llegado a casa anoche? Pensó. ¿Cómo? ¿Y por qué lucía tan… emocionado? ¿Estaba horrorizado por lo que había pasado anoche entre ellos en el balcón? ¿O lo encontraba divertido? Y, adorado Dios, ¿le había dicho a *Jem*? Polvos de brujo, se dio así misma desesperadamente. No había sido ella misma, actuando por propia voluntad. Seguramente, Jem entendería. Se rompería su corazón si lo hería. Si es que le importaba…

—Sí, todos saben acerca de Jessamine —dijo ella, precipitadamente—. Fue interrogada con la Espada Mortal y la llevaron a la Ciudad Silenciosa. Ahora mismo estamos teniendo una reunión acerca de qué hacer a continuación, y es terriblemente importante. Charlotte está muy alterada.

Charlotte la miró desconcertada.

—Bueno, lo *estás* —dijo Tessa, casi sin aliento por hablar tan rápido—. Y estabas preguntando por Will…

—Y aquí estoy —dijo Will, lanzándose a una silla cerca de Jem. Uno de sus brazos había sido vendado, su manga estaba bajada sobre la venda. Las uñas de su mano tenían costras de sangre seca—. Me alegra oír que Jessamine está en la Ciudad Silenciosa; es el mejor lugar para ella. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Para *eso* es la reunión que estamos intentando tener —dijo Jem.

—Bien, ¿quién sabe que ella está ahí? —preguntó Will, prácticamente.

—Sólo nosotros —dijo Charlotte— y el Hermano Enoch, pero él ha estado de acuerdo en no informar a la Clave por otro día, más o menos, hasta que decidamos qué hacer. Lo que me recuerda… voy a tener unas palabritas bien escogidas contigo, Will. Ir a la casa de Benedict Lightwood sin informarme, y arrastrar a Tessa contigo…

—No había tiempo que perder —dijo Will—. Para el momento en que te hubiéramos despertado y te hubiéramos convencido del plan, Nathaniel ya se hubiera ido. Y no puedes decir que fuera una idea espantosa. Hemos descubierto un gran asunto acerca de Nathaniel y Benedict Lightwood…

Nathaniel Gray y Benedict Lightwood no son Mortmain. —Will trazó un patrón en el aire con sus dedos largos y elegantes—. Mortmain es la araña en el corazón de la red —dijo—. Mientras más descubrimos, más sabemos hasta qué punto se extiende. Antes de anoche no teníamos idea de que tuviera cualquier conexión con Lightwood; ahora sabemos que el hombre es su marioneta. Yo digo que vayamos a la Clave y reportemos a Benedict y a Jessamine. Dejemos que Wayland se ocupe de ellos. Ver qué derrama Benedict bajo la Espada Mortal.

Charlotte sacudió la cabeza. —No, no… creo que podamos hacer eso.

Will inclinó la cabeza hacia atrás. —¿Por qué no?

—Jessamine dijo que eso era exactamente lo que Mortmain quería que hiciéramos. Y lo dijo bajo la influencia de la Espada Mortal. No estaba mintiendo.

—Pero pudo haber estado *equivocada* —dijo Will—. Mortmain pudo haber previsto esta circunstancia y haber hecho que Nate plantara el pensamiento en la cabeza de ella para que lo descubriéramos.

—¿Crees que habría pensado antes así? —dijo Henry.

—Ciertamente —dijo Will—. El hombre es un estratega. —Golpeó ligeramente su sien—. Como yo.

—¿Así que piensas que deberíamos ir a la Clave? —preguntó Jem.

—Demonios, no —dijo Will—. ¿Qué pasa si es la verdad? Entonces nos sentiremos como tontos de verdad.

Charlotte levantó las manos. —Pero tú dijiste…

—Sé lo que *dije* —dijo Will—. Pero tienen que considerar las consecuencias. Si vamos a la Clave y estamos equivocados, entonces hemos jugado en las manos de Mortmain. Todavía tenemos unos días antes de la fecha tope. Ir antes

a la Clave no nos beneficia en nada. Si investigamos, y podemos proceder sobre una base más segura…

—Y ¿cómo propones que investiguemos? —inquirió Tessa.

Will giró la cabeza para mirarla.

No había nada en sus fríos ojos azules que recordara al Will de la noche anterior, quien la había tocado con tal ternura, quien había susurrado su nombre como un secreto. —El problema con interrogar a Jessamine, es que incluso cuando se la obliga a decir la verdad, hay un límite a su conocimiento. Sin embargo, tenemos otra conexión más con el Maestro, alguien que puede saber mucho más. Ese es tu hermano, Nate, a través Jessamine. Él todavía confía en ella. Si ella lo cita para un encuentro, entonces seremos capaces de capturarlo ahí.

—Jessamine nunca estaría de acuerdo con hacer eso —dijo Charlotte—. No ahora…

Will le dio una mirada oscura. —Están *todos* algo adormecidos, ¿no? —dijo él—. Por supuesto que no aceptaría. Tenemos que pedirle a Tessa que repita su papel protagónico de Jessamine: Una Señorita Traidora a la Moda.

—Eso suena peligroso —dijo Jem con voz suave—. Para Tessa.

Tessa lo miró rápidamente, y captó un destello de sus ojos plateados. Era la primera vez que la había mirado desde que había dejado su habitación esa noche. ¿Se estaba imaginando la preocupación en su voz cuando habló del peligro para ella? ¿O simplemente era la preocupación que Jem sentía por *todos*? No desearle una muerte horrible era pura bondad, no… no lo que ella esperaba que sintiera. Fuera lo que fuera. Por lo menos no la despreciaba…

—Tessa es intrépida —dijo Will—. Y habrá poco peligro para ella. Le enviaremos a Nathaniel una nota concertando una cita en un lugar donde podremos caer sobre él fácil e inmediatamente. Los Hermanos Silenciosos pueden torturarlo hasta que les de la información que necesitamos.

—¿Tortura? —dijo Jem—. Este es el hermano de Tessa…

—Tortúrenlo —dijo Tessa—. Si eso es necesario. Les doy mi permiso.

Charlotte la miró, consternada. —No puedes decir eso en serio.

—Dijeron que había una forma de buscar sus secretos a través de su mente —dijo Tessa—. Les pedí que no hicieran eso, y no lo hicieron, pero no los voy a hacer mantener esa promesa. Busquen en su mente si tienen que hacerlo. Todo esto es más para mí que para ustedes. Para ustedes esto es acerca del Instituto y la seguridad de los Cazadores de Sombras. Me importan esas cosas también, Charlotte. Pero Nate… está trabajando con Mortmain. Mortmain, quien quiere atraparme y usarme, y para qué, todavía no sabemos. Mortmain, quien puede que sepa *qué soy.* Nate le dijo a Jessamine que mi padre era un demonio y mi madre una Cazadora de Sombras…

Will se enderezó en su asiento. —Eso es imposible —dijo—. Los Cazadores de Sombras y los demonios… no pueden procrear. No pueden producir descendientes vivos.

—Entonces tal vez era una mentira, como la mentira de Mortmain estando en Idris —dijo Tessa—. Eso no quiere decir que *Mortmain* no sepa la verdad. Tengo que saber lo que soy. Si nada más, creo que es la llave de por qué me quiere.

Había tristeza en los ojos de Jem cuando la miró, y luego apartó la mirada. —Muy bien —dijo—. Will, ¿cómo propones que lo atraigamos a un encuentro? ¿No crees que él conozca la letra de Jessamine? ¿Acaso no es probable que tengan algún tipo de señal secreta entre ellos?

—Tenemos que convencer a Jessamine —dijo Will— de que nos ayude.

—Por favor, no sugieras que la torturemos —dijo Jem irritablemente—. Ya se ha usado la Espada Mortal. Ella nos ha dicho todo lo que puede…

—La Espada Mortal no nos dio sus lugares de encuentro o cualquier código o nombres de mascotas que pueden haber usado —dijo Will—. ¿No entiendes? Esta es la última oportunidad de Jessamine. Su última oportunidad de cooperar.

De obtener la indulgencia de la Clave. De ser perdonada. Incluso si Charlotte conserva el Instituto, ¿crees que dejarán el destino de Jessamine en nuestras manos? No, se lo dejarán al Cónsul y al Inquisidor. Y ellos no serán amables. Si ella hace esto por nosotros, puede significar su vida.

—No estoy segura de que ella se preocupe por su vida —comentó Tessa, suavemente.

—Todos se preocupan de sus vidas —dijo Will—. Todos quieren vivir.

Jem se apartó de él abruptamente, y miró el fuego.

—La pregunta es, ¿a quién podemos enviar para persuadirla? —dijo Charlotte—. Yo no puedo ir. Me odia y me culpa por casi todo.

—Yo podría ir —dijo Henry, con su gentil rostro preocupado—. Tal vez podría razonar con la pobre chica, hablar con ella de la locura del amor joven, cuán rápidamente se desvanece frente a la dura realidad de la vida.

—No. —El tono de Charlotte era definitivo.

—Bueno, dudo seriamente que desee verme a *mí* —expresó Will—. Tendrá que ser Jem, es imposible odiarlo. Incluso le agrada a ese gato maligno.

Jem exhaló, todavía mirando el fuego. —Iré a la Ciudad Silenciosa —dijo—. Pero Tessa debería venir conmigo.

Tessa alzó la mirada, sorprendida. —Oh, no —dijo—. No creo que le agrade mucho a Jessamine. Siente que la he traicionado terriblemente por disfrazarme de ella, y no puedo decir que la culpe.

—Sí —dijo Jem—. Pero tú eres la hermana de Nate. Si ella lo ama como dices que lo ama… —Sus ojos encontraron los de ella a través de la sala—. Tú conoces a Nate. Puedes hablar de él con autoridad. Puedes ser capaz de hacerla creer lo que yo no puedo.

—Muy bien —dijo Tessa—. Lo intentaré.

***

Esto pareció señalar el final del desayuno. Charlotte salió disparada a llamar un carruaje para que fuera por ellos desde la Ciudad Silenciosa; era la forma en que les gustaba hacerlas cosas a los Hermanos Silenciosos, explicó. Henry volvió a su cripta y a sus inventos, y Jem, después de una palabra murmurada hacia Tessa, fue a recoger su sombrero y su abrigo. Sólo Will se quedó, mirando el fuego, y Tessa, viendo que él no se iba a mover, esperó hasta que la puerta se cerró detrás de Jem y fue alrededor para estar entre Will y las llamas.

Levantó los ojos hacia ella, lentamente. Todavía estaba usando la ropa que había estado usando la noche anterior, aunque el frente de su camisa estaba manchado con sangre y había un largo rasgón irregular en su levita. Tenía un corte a lo largo de la mejilla también, bajo su ojo izquierdo.

—Will —dijo ella.

—¿No se supone que tienes que irte con Jem.

—Y lo haré —replicó—. Pero necesito que me hagas una promesa primero.

Sus ojos se movieron al fuego; podía ver las llamas danzantes reflejadas en sus pupilas.

—Entonces dime qué es, rápido. Tengo un asunto importante que tratar. Planeo estar de mal humor toda la tarde, seguido, tal vez, de un anochecer melancólico con Byron y una noche de disipación.

—Disípate todo lo que quieras. Sólo quiero tu garantía de que no le dirás a nadie de lo ocurrido entre nosotros anoche en el balcón.

—Oh, esa eras *tú* —dijo Will, con aire de alguien que acaba de recordar un detalle sorprendente.

—Ahórratelo —exclamó, picada a su pesar—. Estábamos bajo la influencia de los polvos de brujo. No significó nada. Ni siquiera te culpo por lo sucedido, a pesar de lo tedioso que estás siendo acerca de ello ahora. Pero no hay necesidad de que alguien más sepa, y si eres un caballero…

—Pero no lo soy.

—Pero eres un Cazador de Sombras —afirmó venenosamente—. Y no hay futuro para un Cazador de Sombras que pierde el tiempo con brujos.

Sus ojos bailaron con fuego. Él dijo: —Te has vuelto aburrida hasta el cansancio, Tess.

—Entonces dame tu palabra de que no le dirás a nadie, ni siquiera a Jem, y me iré y dejaré de aburrirte.

—Tienes mi palabra, por el Ángel —dijo—. No era algo de lo que tenía planeado jactarme, en primer lugar. Aunque por qué estás tan empecinada en que nadie sospeche de tu falta de virtud, no lo sé.

El rostro de Jem centelleó a través de su mente.

—No —dijo—. De verdad no lo sabes. —Y con eso se giró en sus talones y salió pisando fuerte de la habitación, dejándolo mirándola confundido.

***

Sophie se apresuró por Piccadilly, con su cabeza inclinada, y sus ojos en la acerca bajo sus pies. Estaba acostumbrada a los murmullos silenciosos y las ocasionales miradas fijas cuando pasaba y los ojos caían sobre su cicatriz; había perfeccionado una forma de caminar que escondía su rostro bajo la sombra de su sombrero. No estaba avergonzada de su cicatriz, pero odiaba la lástima en los ojos de aquellos que la veían.

Estaba usando uno de los vestidos antiguos de Jessamine. Todavía no estaba pasado de moda, pero Jessamine era una de esas chicas que guardaba cualquier vestido que hubiera usado más de tres veces (en su vida) y los desechaba o los mandaba a hacer de nuevo. Era un moaré a rayas verdes y blancas, y tenía flores blancas y hojas verdes de cera en su sombrero. Con todo junto, creía ella, podía hacerla pasar como una chica de buena crianza (si no anduviera sola,

claro) especialmente con manos ásperas por el trabajo cubiertas con un par de guantes blancos.

Vio a Gideon antes de que él la viera a ella. Estaba inclinado contra un poste de luz fuera de la enorme puerta cochera[45] verde pálida de Fortnum & Mason. Su corazón se saltó un pequeño latido cuando lo miró, tan apuesto con sus ropas oscuras, viendo la hora en un reloj de oro fijado al bolsillo de su chaleco por una fina cadena.

Ella se detuvo por un momento, observando la gente que fluía a su alrededor, la agitada vida de Londres rugía alrededor de él, y Gideon estaba tan calmado como una roca en medio de un río agitado. Todos los Cazadores de Sombras tenían algo de eso, pensaba, la tranquilidad, el aura oscura de separación que los apartaba de la corriente de la vida mundana.

Entonces, él levantó la vista y la vio, y sonrió con esa sonrisa que cambiaba su rostro completo. —Señorita Collins —dijo, acercándose, y ella se movió hacia delante para encontrarlo también, sintiendo que entraba en el círculo que lo separaba del resto. El ruido continuo del tráfico de la ciudad, de los peatones y otros, pareció apagarse, y sólo estaban Gideon y ella, cara a cara en la calle.

—Sr. Lightwood —dijo ella.

Su rostro cambió, sólo un poco, pero ella lo vio. También vio que estaba sosteniendo algo en su mano izquierda, una canasta de picnic tejida. Ella miró la canasta, y luego lo miró a él.

—Una de las famosas cestas de Fortnum & Mason —dijo él con una sonrisa ladeada—. Queso stilton[46], huevos de codorniz, mermelada de pétalos de rosa…

—Sr. Lightwood —dijo ella de nuevo, interrumpiéndolo, para su propio asombro. Una sirvienta *nunca* interrumpía a un caballero—. He estado sumamente angustiada, muy afligida, entenderá, en cuanto a si debería venir o

---

[45] Amplia entrada por donde pasan los caballos y carruajes.
[46] Es un queso de la Gastronomía de Inglaterra. Se produce en dos variedades: la muy conocida blue (azul) y la menos popular white (blanco).

no. Finalmente, decidí que debería, aunque sólo fuera para decirle a la cara que no puedo verlo. Pensé que se merecía eso, aunque no estoy segura.

Él la miró sorprendido, y en ese momento ella no vio un Cazador de Sombras, sino que un chico común, como Thomas o Cyril, agarrando una cesta de picnic e incapaz de esconder la sorpresa y el daño en su rostro. —Señorita Collins, si hay algo que haya hecho para ofenderla…

—No puedo verlo, eso es todo —dijo Sophie, y se dio la vuelta con la intención de volver por el camino que había llegado. Si era rápida, podía atrapar el siguiente ómnibus de vuelta a la ciudad…

—Señorita Collins. Por favor. —Era Gideon, a su lado. No la tocó, pero iba caminando junto a ella con expresión muy perturbada—. Dígame qué he hecho.

Ella sacudió la cabeza en silencio. La mirada en su rostro… tal vez, venir había sido un error. Estaban pasando la librería Hatchards, y consideró zambullirse en el interior; seguramente él no la seguiría, no a un lugar donde probablemente serían oídos. Pero tal vez lo haría.

—Sé lo que es —dijo él abruptamente—. Will. Él le contó, ¿no?

—El hecho de que diga eso me informa de que había algo que contar.

—Señorita Collins, puedo explicarlo. Sólo venga conmigo, por aquí. —Se dio la vuelta y ella se encontró siguiéndolo cautelosamente. Estaban frente a la iglesia San James; él la dirigió hacia el costado hacia una calle estrecha que recorría el espacio entre Piccadilly y Jermyn Street. Era más tranquilo aquí, aunque no estaba tan desierto; varios peatones que iban pasando les dieron miradas curiosas; una chica con cicatriz y un chico apuesto de rostro pálido, poniendo cuidadosamente la canasta a sus pies.

—Esto es acerca de anoche —dijo él—. El baile en la casa de mi padre en Chiswick. Creí haber visto a Will. Me había preguntado si les contó al resto de ustedes.

—¿Lo confiesa entonces? Que usted estaba ahí, en ese depravado… inapropiado…

—¿Inapropiado? Era una vista más que inapropiada —dijo Gideon, con más fuerza de lo que nunca le había escuchado emplear. Tras ellos, la campana de la iglesia dieron la hora; él pareció no escucharlas—. Señorita Collins, todo lo que puedo hacer es jurarle que hasta la noche pasada no tenía idea de la compañía tan baja y de los hábitos tan destructivos en los que se encontraba mi padre. He estado en España este último medio año…

—¿Y él no era así antes de eso? —preguntó Sophie, sin creerlo.

—No tanto. Es difícil de explicar. —Sus ojos se extraviaron más allá de ella, su color gris verdoso más tormentoso que nunca—. Mi padre siempre se ha burlado del convenio. Torcer la Ley, si es que no romperla. Siempre nos ha enseñado que esta es la forma en que funciona todo, que todos los Cazadores de Sombras lo hacen. Y nosotros, Gabriel y yo, habiendo perdido a nuestra madre tan jóvenes, no teníamos un ejemplo mejor que seguir. No fue hasta que llegué a Madrid que comencé a comprender la completa magnitud de las… incorrecciones de mi padre. No todos hacen caso omiso de la Ley y tuercen las reglas, y fui tratado como si fuera una especia de criatura monstruosa por creer eso, hasta que cambié mis métodos. El estudio y la observación me llevaron a creer que se me habían dado unos principios pobres para seguir, y que lo habían hecho de forma deliberada. Sólo podía pensar en Gabriel y en cómo podía salvarlo de la misma comprensión, o al menos de que se le mostrara tan espantosamente.

—¿Y su hermana… la Señorita Lightwood?

Gideon sacudió la cabeza. —Ha estado protegida de todo eso. Mi padre cree que las mujeres no tienen por qué tratar con los aspectos más oscuros del Submundo. No, él cree que yo soy quien debe conocer todas sus participaciones, porque soy el heredero de los bienes Lightwood. Fue con miras a eso que mi padre me llevó con él al evento anoche, en el cual, asumo, me vio Will.

—¿Sabía que él estaba ahí?

—Estaba tan asqueado por lo que vi en el interior de esa habitación que finalmente me abrí camino y salí a los jardines por aire frío. El hedor de los demonios me había dado náuseas. Ahí fuera, vi a alguien familiar persiguiendo a un demonio azul a través del pasto con aire de determinación.

—¿El Sr. Herondale?

Gideon se encogió de hombros. —No tenía idea de lo que estaba haciendo ahí; sabía que él no podía haber sido invitado, pero no podía entender cómo se había enterado, o si su persecución del demonio estaba no relacionada. No estaba segura hasta que vi la mirada en su rostro cuando me usted vio, justo ahora…

La voz de Sophie se elevó y se agudizó. —Pero ¿le contó a su padre? ¿O a Gabriel? ¿Saben acerca del amo Will?

Gideon sacudió la cabeza lentamente. —No les dije nada. No creo que esperaran que Will tuviera alguna capacidad de estar ahí. Los Cazadores de Sombras del Instituto debían estar buscando a Mortmain.

—Lo están buscando —dijo Sophie lentamente, y cuando su única mirada fue de incomprensión, ella dijo—: Esas criaturas mecánicas en la fiesta de su padre, ¿de dónde pensó usted que venían?

—No lo pensé… asumí que eran juguetes de demonio de algún tipo…

—Sólo pudieron haber venido de Mortmain —dijo Sophie—. Usted no había visto antes a sus autómatas, pero el Sr. Herondale y la Señorita Gray sí, y estaban seguros.

—Pero ¿por qué mi padre tendría algo de Mortmain?

Sophie sacudió la cabeza. —Tal vez no debería hacerme preguntas de las que no quiere respuesta, Sr. Lightwood.

—Señorita Collins. —Su cabello cayó sobre sus ojos y se lo echó hacia atrás con un gesto impaciente—. Señorita Collins, sé que lo que sea que me cuente, será la verdad. En muchas formas, de todos los que he conocido en Londres, encuentro que usted es la más digna de confianza… más que mi propia familia.

—Eso me parece una gran desgracia, Sr. Lightwood, porque nos hemos conocido por muy poco tiempo, de hecho.

—Espero cambiar eso. Al menos camine al parque conmigo, Soph… Señorita Collins. Dígame la verdad de lo que habla. Si entonces aún no desea una nueva conexión conmigo, respetaré sus deseos. Sólo pido una hora más o menos, de su tiempo. —Sus ojos le imploraron—. ¿Por favor?

Sophie sintió, casi contra su voluntad, un asalto de simpatía por este chico con ojos tormentosos como el mar, que parecía tan solo.

—Muy bien —dijo ella—. Iré al parque con usted.

***

Un viaje en carruaje completamente a solas con Jem, pensó Tessa, y su estómago se apretó mientras se ponía los guantes y se lanzaba un último vistazo en la entreventana de vidrio de su habitación. Solamente dos noches atrás la perspectiva no hubiera precipitado ningún tipo de sentimiento, ni nuevo ni inusual. Había estado preocupada por Will, y curiosa por Whitechapel, y Jem la había distraído gentilmente mientras iban en el carruaje, hablando de latín, griego y *parabatai.* ¿Y ahora? Ahora sentía como si hubiera un grupo de mariposas sueltas en su estómago ante la perspectiva de estar encerrada en un pequeño espacio cerrado a solas con él. Miró su rostro pálido en el espejo, se pellizcó las mejillas y se mordió los labios para darles color, y tomó su sombrero del estante junto al tocador. Ajustándolo sobre su cabello castaño, se atrapó deseando tener rizos dorados como Jessamine, y pensó… ¿podría? ¿Sería posible cambiar sólo una pequeña parte de sí misma? ¿Darse cabello brillante, o tal vez una cintura más delgada o labios más llenos?

Se alejó del cristal, sacudiendo la cabeza. ¿Cómo *no* había pensado en eso antes? Y aun así, la mera idea parecía una traición a su propio rostro. Su hambre

por saber lo que era aún ardía en su interior; incluso si sus facciones ya no eran las con las que había nacido, ¿cómo podía justificar esta exigencia, esta necesidad de conocer su propia naturaleza? *¿No sabes que no hay Tessa Gray?* Le había dicho Mortmain. Si usaba su poder para volver sus ojos de color azul cielo, u oscurecer sus pestañas, ¿no estaría probando que él tenía razón?

Sacudió la cabeza, intentando quitarse los pensamientos mientras se apresuraba de su habitación y bajaba los escalones de la entrada del Instituto. Había un carruaje negro esperando en el patio, sin marcas de ningún escudo de armas y conducido por una pareja de caballos del color del humo. En el asiento del conductor estaba sentado un Hermano Silencioso; no era el Hermano Enoch, sino otro de sus hermanos que ella no reconoció. Su rostro no tenía cicatrices como las de Enoch, de lo que podía ver bajo la capucha. Comenzó a bajar las escaleras justo cuando la puerta se abrió tras ella y salió Jem; hacía frío, y él estaba usando un abrigo gris claro que hacía que sus ojos y cabello se vieran más plateados que nunca. Miró al cielo igualmente gris, pesado con nubes de bordes negros, y dijo:

—Será mejor que subamos al carruaje antes de que empiece a llover.

Era una cosa perfectamente normal para decir, pero Tessa se quedó sin palabras de todos modos. Siguió a Jem silenciosamente hasta el carruaje, y le permitió que le ayudara a subir. Cuando él subió después de ella y cerró la puerta, notó que no llevaba su bastón espada.

El carruaje comenzó a avanzar con una sacudida. Tessa, con su mano en la ventana, dio un grito.

—Las puertas… ¡están cerradas! El carruaje…

—Shh. —Jem puso su mano en su brazo. Ella no pudo evitar un jadeo cuando el carruaje retumbó hacia las puertas de hierro cerradas con candado… y pasó *a través* de ellas, como si hubieran estado hechas de aire. Sintió que salió su aliento en un jadeo de sorpresa.

—Los Hermanos Silenciosos tienen una magia extraña —dijo Jem, y dejó caer su mano.

En ese momento comenzó a llover, el cielo se abrió como una botella de agua caliente. A través de las cortinas de plata, Tessa observó mientras el carruaje pasaba a través de los peatones como si fueran fantasmas, deslizándose en las aberturas más estrechas entre los edificios, sacudiéndose a través de un patio y luego un almacén con cajas a su alrededor, y finalmente, emergiendo en el Embarcadero, manchado y mojado por la lluvia, junto a las agitadas aguas grises del Támesis.

—Oh, Dios mío —dijo Tessa, y cerró las cortinas—. Dime que no vamos a pasar por el río.

Jem se rió. Incluso a través de su conmoción, era un sonido bienvenido. —No. Los carruajes de la Ciudad Silenciosa sólo viajan por tierra, por lo que sé, aunque ese viaje *es* peculiar. Es un poco mareante la primera o segunda vez, pero te acostumbras.

—¿Te acostumbras? —Lo miró directamente. Este era el momento. Tenía que decirlo, antes de que su amistad sufriera más; antes de que hubiera más incomodidad—. Jem —dijo.

—¿Sí?

—Yo… tienes que saber… cuánto significa tu amistad para mí —comenzó, incómodamente—. Y…

Una mirada de dolor pasó por el rostro de él.
—Por favor, no.

Pillada de sorpresa, Tessa sólo podía parpadear. —¿Qué quieres decir?

—Cada vez que dices la palabra, 'amistad,' me atraviesa como un cuchillo —dijo él—. Ser amigos es algo hermoso, Tessa, y no lo desprecio, pero he esperado por un largo tiempo hasta ahora que podamos ser más que amigos. Y entonces había pensado, después de la otra noche, que tal vez mis esperanzas no fueran en vano. Pero ahora…

—Ahora lo he arruinado todo —susurró ella—. Lo siento tanto.

Él miró hacia la ventana; ella pudo sentir que él estaba luchando con alguna emoción fuerte. —No deberías disculparte por no corresponder mis sentimientos.

—Pero *Jem*. —Estaba desconcertada, y sólo podía pensar en alejar su dolor, en hacerlo sentir menos herido—. Me estaba disculpando por mi comportamiento esa otra noche. Fue atrevido e inexcusable. Qué debes pensar de mí…

Él alzó la mirada, sorprendido. —Tessa, no puedes pensar eso, ¿o sí? Soy yo quien se ha estado comportando inexcusablemente. Apenas he sido capaz de mirarte desde entonces, pensando cuánto debes despreciarme…

—No podría despreciarte, nunca —dijo ella—. Nunca he conocido a nadie tan amable y bueno como tú. Pensé que eras tú quien estaba desalentado por mí. Que tú me despreciabas.

Jem lucía consternado. —¿Cómo podría despreciarte cuando fue mi única distracción lo que condujo a lo que pasó entre nosotros? Si no hubiera estado en tal estado de desesperación, hubiera mostrado mayor contención.

Quiere decir que hubiera tenido suficiente control para detenerme, pensó Tessa. *No espera decoro de mi parte. Asume que no estaría en mi naturaleza.* Miró fijamente por la ventana de nuevo, o el trozo que podía ver. El río era visible, había botes negros balanceándose en la corriente, la lluvia se mezclaba con el río.

—Tessa. —Se arrastró por el asiento para sentarse a su lado en vez de frente a ella, su rostro hermoso y ansioso estaba cerca al de ella—. Sé que a las chicas mundanas se les enseña que es su responsabilidad no tentar a los hombres. Que los hombres son débiles y que las mujeres deben contenerlos. Te aseguro, que los Cazadores de Sombras son más diferentes. Más equitativos. Fue nuestra decisión equitativa hacer… lo que hicimos.

Ella lo miró. Era tan amable, pensó. Él pareció leer los miedos en su corazón y se movió para disiparlos antes de que los dijera en voz alta. Pensó entonces en

Will. En lo que había ocurrido entre ellos la noche pasada. Alejó el recuerdo del aire frío a su alrededor, el calor entre sus cuerpos mientras se aferraban el uno al otro. Ella había estado drogada, igual que él. Nada de lo que hubieran dicho o hecho significaba más que el balbuceo de un adicto al opio. No había necesidad de contarle a nadie; no significó nada. Nada.

—Di algo, Tessa. —La voz de Jem se sacudió—. Temo que pienses que lamento la otra noche. No lo hago. —Sus pulgares rozaron su muñeca, la piel desnuda entre el puño de su vestido y su guante—. Sólo lamento que haya pasado tan pronto. Me-me hubiera gustado… cortejarte primero. Llevarte a pasear, con un chaperón.

—¿Un chaperón? —Tessa se rió a pesar de sí misma.

Él continuó con determinación. —*Contarte* de mis sentimientos primero, antes de mostrarlos. Escribirte poesía…

—Ni siquiera te gusta la poesía —dijo Tessa, su voz salió con media risa de alivio.

—No. Pero me haces querer escribirla. ¿Eso no cuenta para algo?

Los labios de Tessa se curvaron en una sonrisa. Se inclinó hacia adelante y miró su rostro, tan cerca del suyo que podía distinguir cada pestaña plateada en sus párpados, las débiles cicatrices blancas en su garganta pálida donde una vez había habido Marcas. —Eso suena casi practicado, James Carstairs. ¿Cuántas chicas has hecho que se derritan con esa observación?

—Sólo hay una chica que me interesa hacer que se derrita —dijo él—. La pregunta es, ¿lo hace?

Ella le sonrió. —Sí.

Un momento después, ella no sabía cómo pasó, él la estaba besando, sus labios suaves sobre los de ella, su mano elevándose para tomar su mejilla y barbilla, manteniendo su rostro estable. Tessa escuchó ligeramente que algo se arrugaba y se dio cuenta de que era el sonido de las flores de seda en su vestido

al chocar contra el lado del carruaje cuando su cuerpo empujó el de ella. Se agarró de las solapas de su abrigo, tanto para mantenerlo cerca y como para evitar caerse.

El carruaje se detuvo con una sacudida. Jem se echó hacia atrás, luciendo aturdido. —Por el Ángel —dijo—. Tal vez necesitamos un chaperón.

Tessa sacudió la cabeza. —Jem, yo…

Jem todavía parecía aturdido. —Creo que mejor yo me sentaré aquí —dijo, y se movió al asiento frente a ella. Tessa miró hacia la ventana. A través del espacio entre las cortinas vio que las Casas del Parlamento aparecieron sobre ellos, las torres enmarcadas oscuramente contra los rayos en el cielo. Había parado de llover. No estaba segura de por qué se había detenido el carruaje; de hecho, retumbó a la vida un momento después, rodando directamente dentro de algo que parecía un pozo de aguas oscuras que se había abierto ante ellos. Ya se había acostumbrado lo suficiente como para no jadear sorprendida esta vez: hubo oscuridad, y entonces salieron en una gran habitación de basalto negro iluminada con antorchas que recordaba de la reunión con el Concejo.

El carruaje se detuvo y la puerta se abrió. Había varios Hermanos Silenciosos de pie al otro lado. El Hermano Enoch estaba a la cabeza. Dos Hermanos lo flanqueaban, cada uno sosteniendo una antorcha ardiente. Tenían las capuchas bajadas. Ambos eran ciegos, aunque sólo uno, como Enoch, parecía no tener ojos. Los otros tenían los ojos cerrados, con runas garabateadas oscuramente sobre ellos. Todos tenían los labios cosidos.

Bienvenida nuevamente a la Ciudad Silenciosa, Hija de Lilith, dijo el Hermano Enoch.

Por un momento, Tessa quiso estirar su mano para sentir la cálida presión de la mano de Jem, dejarlo que le ayudara a salir del carruaje. Entonces, pensó en Charlotte. Charlotte, tan pequeña y tan fuerte, quien no se apoyaba en nadie.

Emergió del carruaje por su cuenta, con los tacos de sus botas repiqueteando en el piso de basalto. —Gracias, Hermano Enoch —dijo—. Estamos aquí para ver a Jessamine Lovelace. ¿Nos llevaría con ella?

Los prisioneros de la Ciudad Silenciosa estaban bajo el primer nivel, pasando el pabellón de las Estrellas Parlantes. Una oscura escalera conducía hacia abajo. Los Hermanos Silenciosos fueron primero, seguidos por Jem y Tessa, quienes no se habían hablando desde que habían dejado el carruaje. Aunque no era un silencio incómodo. Había algo en la grandeza inolvidable de la Ciudad de Huesos, con sus grandes mausoleos y arcos elevados, que la había sentir como si estuviera en un museo o en una iglesia, donde se requería que se hablara en voz baja.

Al final de las escaleras, un corredor serpenteaba en dos direcciones; los Hermanos Silenciosos giraron a la izquierda, y condujeron a Tessa y a Jem casi al final del pasillo. Mientras caminaban, pasaron por fila tras fila de pequeñas cámaras, cada una con una puerta de barras cerrada con candado. Cada una contenía una cama y un lavabo, y nada más. Las paredes eran de piedra, y el olor era de agua y humedad. Tessa se preguntó si estaban bajo el Támesis, o en algún otro lado.

Por últimos, los Hermanos se detuvieron en una puerta, la penúltima del pasillo, y el Hermano Enoch tocó el candado. Se abrió con un clic, y las cadenas que mantenían la puerta cerrada, se cayeron.

Son bienvenidos a entrar, dijo Enoch, retrocediendo. *Los estaremos esperando afuera.*

Jem puso su mano en la manija de la puerta y vaciló, mirando a Tessa. —Tal vez deberías hablar con ella a solas un momento. Mujer a mujer.

Tessa estaba alarmada. —¿Estás seguro? La conoces mejor que yo…

—Pero tú conoces a Nate —dijo Jem, y sus ojos se alejaron de ella brevemente. Tessa tuvo la sensación de que había algo que no le estaba diciendo. Era una sensación tan inusual cuando se trataba de Jem, que no estaba segura de cómo reaccionar—. Me uniré a ti en un momento, una vez que la hayas tranquilizado.

Tessa asintió lentamente. El Hermano Enoch abrió la puerta, ella entró, acobardándose un poco cuando la pesada puerta se cerró tras ella.

Era una sala pequeña, como las otras, de piedra. Había un lavabo y lo que probablemente había sido una vez un jarro de cerámica con agua; ahora estaba hecho añicos en el suelo, como si alguien lo hubiera tirado con gran fuerza contra la pared. En la estrecha cama estaba Jessamine con un liso vestido blanco, y una manta gruesa envuelta a su alrededor. Su cabello caía sobre sus hombros en ondas enredadas, y sus ojos estaban rojos.

—Bienvenida. Lindo lugar para vivir, ¿no? —dijo Jessamine. Su voz sonaba ronca, como si su garganta estuviera inflamada por haber llorado. Miró a Tessa, y su labio inferior comenzó a temblar—. ¿Acaso-acaso Charlotte te envió aquí para que me llevaras de vuelta?

Tessa sacudió la cabeza. —No.

—Pero… —Los ojos de Jessamine comenzaron a llenarse de lágrimas—. No puede *dejarme* aquí. Puedo oírlos, toda la noche. —Se estremeció, apretando más la manta a su alrededor.

—¿Qué puedes oír?

—A los muertos —dijo ella—. Susurrando en sus tumbas. Si permanezco lo suficiente aquí abajo, me uniré a ellos. Lo sé.

Tessa se sentó en el borde de la cama y tocó cuidadosamente el cabello de Jessamine, acariciando los enredos ligeramente. —Eso no pasará —dijo, y Jessamine comenzó a sollozar. Sus hombros se sacudían. Sin poder hacer nada, Tessa miró alrededor de la habitación, como si algo en la miserable celda pudiera darle inspiración.

—Jessamine —dijo—. Te traje algo.

Jessamine levantó su rostro muy lentamente. —¿Es de parte de Nate?

—No —contestó Tessa gentilmente—. Es algo tuyo. —Metió la mano en su bolsillo y lo sacó, extendiendo su mano hacia Jessamine. En su palma había una pequeña muñeca que había sacado de su cuna en dentro de la casa de muñecas de Jessamine—. La bebé Jessie.

Jessamine hizo un sonido de "oh" bajo en su garganta, y la arrancó del agarre de Tessa. La sostuvo estrechamente contra su pecho. Sus ojos se derramaron, sus lágrimas dejaron un camino en la mugre de su rostro. Realmente era un espectáculo lamentable, pensó Tessa. Si solamente…

—Jessamine —dijo Tessa de nuevo. Se sentía como si Jessamine fuera un animal con necesidad de amabilidad, y que repetir su nombre en un tono amable podría ayudar de alguna forma—. Necesitamos tu ayuda.

—Traicionando a Nate —exclamó Jessamine—. Pero no sé nada. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—Sí, lo sabes. —Era Jem, entrando a la celda. Estaba sonrojado y un poco sin aliento, como si hubiera estado corriendo. Le disparó a Tessa una mirada conspiradora y cerró la puerta tras él—. Sabes exactamente por qué estás aquí, Jessie…

—¡Porque me enamoré! —gritó Jessamine—. Deberías saber cómo es eso. Veo cómo miras a Tessa. —Le dio a Tessa una mirada venosa mientras las mejillas de Tessa ardían—. Por lo menos, Nate es humano.

Jem no perdió la compostura. —No he traicionado al Instituto por Tessa — dijo—. No he mentido ni he puesto en peligro a esos que se han preocupado por mí desde que quedé huérfano.

—Si no lo hicieras —dijo Jessamine— no la amas realmente.

—Si ella me pidiera que lo hiciera —dijo Jem— sabría que ella no *me* amaba realmente.

Jessamine tomó aliento y le volvió la cara, como si él la hubiera abofeteado.

—Tú —dijo ella con una voz apagada—. Siempre pensé que eras el bueno. Pero eres horrible. Todos ustedes lo son. Charlotte me *torturó* con esa Espada Mortal hasta que le conté todo. ¿Qué más podrían querer de mí? Ya me han obligado a traicionar al hombre que amo.

Por el rabillo del ojo, Tessa vio a Jem rodar los ojos. Había una cierta teatralidad en la desesperación de Jessamine, como en todo lo que hacía ella, pero bajo eso, bajo el papel de mujer agraviada en el que Jessamine se había arrojado, Tessa sintió que estaba genuinamente asustada.

—Sé que amas a Nate —dijo Tessa—. Y sé que no seré capaz de convencerte de que él no corresponde tus sentimientos.

—Estás celosa…

—Jessamine, Nate no puede amarte. Hay algo mal en él; falta una parte de su corazón. Dios sabe que mi tía y yo intentamos ignorarlo, decirnos la una a la otra que era jolgorio juvenil e inconsciencia. Pero él asesinó a nuestra tía, ¿te contó eso? Asesinó a la mujer que lo crió, y más tarde se rió de mí sobre eso. No tiene empatía, ni capacidad de gratitud. Si lo proteges ahora, no ganarás nada a sus ojos.

—Tampoco es probable que lo vuelvas a ver otra vez —dijo Jem—. Si *no* nos ayudas, la Clave nunca te dejará ir. Serán tú y los muertos aquí abajo por la eternidad, si no te castigan con una maldición.

—Nate dijo que intentarían asustarme —dijo Jessamine, con voz entrecortada.

—Nate también dijo que la Clave y Charlotte no te harían nada porque eran débiles —dijo Tessa—. Eso ha resultado no ser cierto. Sólo te dijo lo que tenía que decirte, para conseguir que hicieras lo que él quería que hicieras. Es mi hermano, y te digo, es un embustero y un mentiroso.

—Necesitamos que le escribas una carta —dijo Jem—. Diciéndole que tienes conocimiento de una trampa secreta de los Cazadores de Sombras contra Mortmain, y que lo encontrarás esta noche…

Jessamine sacudió la cabeza, tirando la gruesa manta. —No lo traicionaré.

—Jessie. —La voz de Jem era suave; Tessa no sabía cómo Jessamine se podía resistir a él—. Por favor. Sólo te estamos pidiendo que te salves a ti misma. Envía este mensaje; dinos su lugar usual. Eso es todo lo que pedimos.

Jessamine sacudió la cabeza. —Mortmain —dijo—. Mortmain aun así ganará. Entonces los Hermanos Silenciosos serán derrotados y Nate vendrá a reclamarme.

—Muy bien —dijo Tessa—. Imagina que eso pasa. Dices que Nate te ama. Entonces te perdonaría cualquier cosa, ¿no? Porque cuando un hombre ama a una mujer, entiende que ella es débil. Que ella no puede resistir la tortura, por ejemplo, de la forma que él podría.

Jessamine hizo un sonido de lloriqueo.

—Él entiende que ella es frágil y delicada, y fácil de dirigir —continuó Tessa, y tocó suavemente el brazo de Jessamine—. Jessie, comprende tus opciones. Si no nos ayudas, la Clave lo sabrá, y no serán indulgentes contigo. Si nos ayudas, Nate lo entenderá. Si él te ama… no tiene alternativa, porque amor significa perdón.

—Yo… —Jessamine miró de uno a otro, como un conejo asustado—. ¿Perdonarías a Tessa, si fuera ella?

—Le perdonaría cualquier cosa a Tessa —dijo Jem, gravemente.

Tessa no podía ver su expresión, pues estaba de frente a Jessamine, pero sintió que su corazón se saltó un latido. No pudo mirar a Jem, demasiado asustada de que su expresión traicionara sus sentimientos.

—Jessie, por favor —dijo, en cambio.

Jessamine se quedó en silencio por largo tiempo. Cuando habló, finalmente, su voz era tan fina como un hilo.

—Supongo que te encontrarás con él disfrazada como yo. —Tessa asintió—. Debes usar ropa de chico —dijo—. Cuando lo encuentro de noche, siempre me visto como chico. Es más seguro atravesar las calles de esa forma. Él lo esperará.

Alzó la mirada, sacando el cabello enmarañado de su rostro. —¿Tienen pluma y papel? —añadió—. Escribiré la nota.

Tomó las cosas que le ofrecía Jem y comenzó a garabatear. —Tengo que obtener algo a cambio por esto —dijo—. Si ellos no me dejan salir…

—No lo harán —dijo Jem— hasta que determinen que tu información es buena.

—Entonces al menos deben darme mejor comida. Es espantosa aquí. Sólo gachas y pan duro. —Habiendo terminado de garabatear la nota, se la tendió a Tessa—. Las ropas de chico que uso están detrás de la casa de muñecas en mi habitación. Muévela con cuidado —añadió, y por un momento, fue Jessamine otra vez, sus ojos castaños altivos—. Y si debes tomar prestado algo de mi ropa, hazlo. Has estado usando los mismos cuatro vestidos que te compré en junio una y otra vez. Ese amarillo es prácticamente antiguo. Y si no quieres que nadie sepa que te has estado besando en carruajes, deberías abstenerte de usar un sombrero con flores que se aplastan tan fácilmente. Las personas no son ciegas, ¿sabes?

—Así parece —dijo Jem con mucha gravedad, y cuando Tessa lo miró, él sonrió, sólo para ella.

15
Miles Más

Traducido por Valen JV y Neru

Hay algo horrible sobre una flor;
Ésta, rota en mi mano, es una de esas
Que él tiró en este momento, no va a vivir
Otra hora;
Hay miles más, no te
Pierdes una rosa.

—Charlotte Mew, "En el Cementerio Nunhead"

El resto del día en el Instituto pasó en un humor de gran tensión, mientras los Cazadores de Sombras se preparaban para su confrontación con Nate esa noche. Una vez más, no hubo comida formal, sólo una gran cantidad de prisas, ya que se estaban preparando y puliendo las armas, se preparaba el equipo, y los mapas eran consultados mientras que Bridget, cantando baladas tristes, llevaba bandejas de sándwiches y té por todos los pasillos.

Si no hubiera sido por la invitación de Sophie ("venga y coma un poco") probablemente Tessa no hubiera comido nada en todo el día; como estaba, su garganta anudada sólo permitiría que unos pocos bocados de sándwich se deslizaran hacia abajo antes de que sintiera como que se estaba ahogando.

Esta noche voy a ver a Nate, pensó, mirándose en el vidrio de la entreventana mientras Sophie estaba arrodillada a sus pies, amarrando el cordón de sus botas, botas de hombre del tesoro escondido de ropa masculina de Jessamine.

Y luego lo voy a traicionar.

Pensó en la forma en que Nate se había recostado en su regazo en el carruaje de regreso de la casa de De Quincey, y la forma en que había chillado su nombre y se había aferrado a ella cuando el Hermano Enoch había aparecido. Se preguntó cuánto de eso había sido una actuación. Probablemente, por lo menos una parte de él había estado verdaderamente aterrorizado: abandonado

por Mortmain, odiado por De Quincey, en las manos de Cazadores de Sombras en los que no tenía razones para confiar.

Excepto que ella le había dicho que eran dignos de confianza. Y a él no le había importado. Había querido lo que Mortmain le estaba ofreciendo. Más de lo que quería su seguridad. Más de lo que le había importado lo demás. Todos los años entre ellos, el tiempo que los había tejido juntos tan cerca que ella había llegado a pensar que eran inseparables, no había significado nada para él.

—No le puede seguir dando vueltas, señorita —dijo Sophie, poniéndose de pie y sacudiendo el polvo de sus manos—. Él no es… quiero decir, él no vale la pena.

—¿Quién no vale la pena?

—Su hermano. ¿No era eso en lo que estaba pensando?

Tessa la miró sospechosamente. —¿Puedes saber lo que estoy pensando porque tienes la Visión?

Sophie se rió. —Dios, no, señorita. Puedo leerlo en su rostro como a un libro. Siempre tiene la misma expresión cuando piensa en el amo Nathaniel. Pero él es un hombre malo, señorita, no vale la pena que piense en él.

—Es mi hermano.

—Eso no quiere decir que usted sea como él —dijo Sophie, decisiva—. Algunos simplemente nacen malos, y eso es todo lo que les espera.

Algún pillín de lo perverso hizo que Tessa preguntara: —¿Y qué hay de Will? ¿Aún crees que nació malo? Adorable y venenoso como una serpiente, dijiste.

Sophie levantó sus cejas delicadamente arqueadas. —El amo Will es un misterio, no hay duda.

Antes de que Tessa pudiese responder, la puerta se abrió repentinamente, y Jem estaba en la entrada. —Charlotte me envió a darles… —Empezó, pero dejó de hablar, mirando a Tessa.

Ella miró hacia abajo, a sí misma. Pantalones, zapatos, camisa, chaleco; todo en orden. Sin duda era una sensación peculiar, usar ropa de hombre (eran apretadas en lugares que ella no estaba acostumbrada a que la ropa fuera

ajustada, flojas en otros, y picaban) pero eso difícilmente explicaba la expresión de Jem.

—Yo… —Jem se había sonrojado completamente, el rojo se extendió de su cuello a la cara—. Charlotte me envió a decirles que estamos esperando en la sala de estar —dijo. Luego se dio la vuelta y salió de la habitación a toda prisa.

—Dios mío —dijo Tessa, perpleja—. ¿Qué fue eso?

Sophie rió suavemente. —Bueno, mírese a sí misma.

Tessa se miró. Estaba sonrojada, pensó, su cabello suelto sobre su camisa y chaleco. La camisa se había hecho con una figura más o menos femenina en mente, ya que no se estiraba sobre el pecho tanto como Tessa había temido que haría; aun así, era ajustada, gracias a la figura pequeña de Jessie. Los pantalones también eran ajustados, como era la moda, moldeándose a la figura de sus piernas. Ladeó la cabeza a un lado. *Había* algo indecente en la ropa, ¿no era así? Un hombre no podía ver la forma de los muslos de una dama, o al menos, gran parte de las curvas de sus caderas. Había algo en la ropa de los hombres que la hacía ver no masculina, sino… desnuda.

—Dios mío —dijo.

—Ya lo sé —dijo Sophie—. No se preocupe. Le quedarán mejor una vez que Cambie, y además… a él le gusta de todas maneras.

—Yo… sabes… quiero decir, ¿crees que yo le gusto?

—Absolutamente —dijo Sophie, sonando imperturbable—. Debería ver la manera en que la mira cuando cree que usted no ve. O mira hacia arriba cuando una puerta se abre, y siempre está decepcionado cuando no aparece usted. El amo Jem no es como el amo Will. Él no puede esconder lo que piensa.

—Y tú no estás… —Tessa buscó las palabras adecuadas. —Sophie, ¿no estás… molesta conmigo?

—¿Por qué estaría molesta con usted? —Un poco de diversión se había ido de la voz de Sophie, y ahora sonaba cuidadosamente neutral.

Lo dirás ahora, Tessa, pensó. —Pensé que tal vez hubo un tiempo en el que mirabas a Jem con cierta admiración. Eso es todo. No quise decir nada malo, Sophie.

Sophie permaneció en silencio por un tiempo tan largo que Tessa estaba segura de que estaba molesta, o peor, terriblemente herida. En lugar de eso, finalmente dijo: —Hubo un tiempo en el que yo… lo admiraba. Él era tan gentil y tan amable, como ningún hombre que hubiera conocido. Tan hermoso a la vista, y la música que hace… —Ella sacudió su cabeza, y sus rizos oscuros rebotaron—. Pero él nunca se preocupó por mí. Nunca una palabra ni un gesto me llevaron a creer que el devolvía mi admiración, aunque nunca fue cruel.

—Sophie —dijo Tessa suavemente—. Has sido más que una criada desde que llegué aquí. Has sido una buena amiga. No haría nada que pueda herirte.

Sophie la miró. —¿Le importa él?

—Creo —dijo Tessa con lenta cautela— que sí me importa.

—Bien. —Sophie exhaló—. Él se merece eso. Ser feliz. El amo Will siempre ha sido la estrella ardiente más brillante, el que llama la atención. Pero Jem es una llama constante, firme y honesta. Podría hacerla feliz.

—¿Y no te opondrías?

—¿Oponerme? —Sophie sacudió la cabeza—. Oh, Señorita Tessa; es amable de su parte que le importe lo que pienso, pero no. No me opondría. Mi afición por él (y eso es todo lo que era, una afición) ya se ha enfriado en la amistad. Sólo deseo su felicidad y la de usted.

Tessa estaba sorprendida. Toda la preocupación que había tenido acerca de los sentimientos de Sophie, y a Sophie no le importaba en absoluto. ¿Qué había cambiado desde que Sophie había llorado por la enfermedad de Jem la noche del debacle en el puente Blackfriars? A menos que…

—¿Has estado saliendo con alguien? ¿Cyril, o…?

Sophie puso sus ojos en blanco. —Oh, Señor, ten misericordia de todos nosotros. Primero Thomas, ahora Cyril. ¿Cuándo *va* a dejar de tratar de casarme con el hombre más cercano posible?

—Tiene que haber alguien…

—No hay nadie —dijo Sophie firmemente, poniéndose de pie y volteando a Tessa en dirección al vidrio de la entreventana—. Ahí está. Retuerza su cabello bajo el sombrero y será el modelo de un caballero.

Tessa hizo lo que le dijo.

***

Cuando Tessa entró en la biblioteca, el pequeño grupo de Cazadores de Sombras del Instituto (Jem, Will, Henry, y Charlotte, todos usando el equipo) estaban agrupados alrededor de una mesa en la que estaba equilibrado un dispositivo rectangular hecho de latón.

Henry estaba haciendo gestos hacia éste animadamente, alzando la voz. —Esto —estaba diciendo— es en lo que he estado trabajando. Sólo para esta ocasión. Está específicamente calibrado para funcionar como un arma contra los asesinos mecánicos.

—Por tan estúpido que sea Nate Gray —dijo Will— en realidad su cabeza no está llena de engranajes, Henry. Es un ser humano.

—Tal vez lleve a una de esas criaturas con él. No sabemos si va a ir allí sin compañía. Si nada más, ese cochero mecánico de Mortmain…

—Creo que Henry tiene razón —dijo Tessa, y todos se voltearon para mirarla. Jem se volvió a sonrojar, aunque esta vez más ligeramente, y le ofreció una sonrisa torcida; los ojos de Will recorrieron su cuerpo de arriba abajo una vez, no rápidamente.

Él dijo: —No te ves como un chico en absoluto. Te ves como una chica usando ropa de chico.

Ella no sabía si era una aprobación, desaprobación, o neutral sobre el tema. —No estoy tratando de engañar a nadie, excepto al observador casual —respondió enfadada—. Nate *sabe* que Jessamine es una chica. Y la ropa me quedará mejor una vez que haya Cambiado en ella.

—Tal vez deberías hacerlo ahora —dijo Will.

Tessa lo miró, luego cerró sus ojos. Era diferente, Cambiar en una persona que ya has sido antes. No necesitaba sostener algo de sus pertenencias, o estar cerca de ellos. Era como cerrar los ojos y buscar dentro de un guardarropa, detectando una prenda conocida a través del tacto, y sacándola. Buscó a Jessamine en su interior, y la dejó libre, envolviendo el disfraz de Jessamine a su alrededor, sintiendo el aliento ser empujado de sus pulmones mientras su caja

torácica se contraía, su pelo escapaba del recogido para caer en ligeras ondas rubias contra su cara. Ella lo empujó debajo del sombrero y abrió los ojos.

Todos la estaban viendo. Jem era el único que le ofrecía una sonrisa mientras ella parpadeaba por la luz.

—Raro —dijo Henry. Su mano se apoyaba ligeramente en el objeto sobre la mesa.

Tessa, incómoda con las miradas sobre ella, se movió hacia el objeto. —¿Qué es eso?

—Es una especie de… dispositivo infernal que Henry ha creado —dijo Jem—. Destinado a interrumpir los mecanismos internos que mantienen funcionando a las criaturas mecánicas.

—Lo giran, así —Henry representó como torcer la mitad inferior de la cosa en una dirección y la mitad superior en otra— y luego lo arrojas. Traten de introducirlo en los engranajes de la criatura o en alguna parte en donde se vaya a pegar. Tiene como propósito interrumpir las corrientes mecánicas que atraviesan el cuerpo de la criatura, causando que se desmoronen. También podría hacerles un poco de daño, incluso si no son mecánicos, así que no se aferren a ello una vez que esté activado. Sólo tengo dos, así que…

Le dio uno a Jem, y otro a Charlotte, quien lo tomó y lo colgó en su cinturón de armas sin decir una palabra.

—¿El mensaje ha sido enviado? —Preguntó Tessa.

—Sí. Ahora sólo estamos esperando una respuesta de tu hermano —dijo Charlotte. Ella desenrolló un papel sobre la superficie de la mesa, sujetando las esquinas con engranajes de cobre de una pila que Henry debía haber dejado ahí. —Aquí —dijo— es un mapa que muestra donde dice Jessamine que Nate y ella generalmente se reunían. Es un almacén en Mincing Lane, por la calle Lower Thames. Solía ser una fábrica de embalaje de un comerciante de té hasta que la empresa se declaró en quiebra.

—Mincing Lane —dijo Jem—. Centro del tráfico de té. También del tráfico de opio. Tiene sentido que Mortmain tal vez tenga el almacén ahí. —Pasó un dedo delgado sobre el mapa, trazando los nombres de las calles cercanas: Eastcheap, Gracechurch Street, Lower Thames Street, St. Swithin's Lane—. Sin embargo,

un lugar muy extraño para Jessamine —dijo—. Siempre soñó con el encanto de ser introducida en la corte y en recoger su cabello para los bailes. No en reuniones clandestinas en cualquier almacén holliniento cerca de los muelles.

—Ella hizo lo que se dispuso a hacer —dijo Tessa—. Se casó con alguien que no es un Cazador de Sombras.

La boca de Will se torció en una media sonrisa. —Si el matrimonio fuese válido, ella sería tu cuñada.

Tessa se estremeció. —Yo... no es que sostenga rencor contra Jessamine. Pero ella merece algo mejor que mi hermano.

—Cualquier persona merece algo mejor que eso. —Will metió la mano debajo de la mesa y sacó un manojo enrollado de tela. Lo extendió sobre la mesa, evitando el mapa. Adentro había varias armas largas y delgadas, cada una con una brillante runa tallada en la hoja—. Casi me había olvidado que le había dicho a Thomas que ordenara esto para mí hace unas semanas. Acaban de llegar. Estiletes, buenas para meterse entre las articulaciones de esas criaturas mecánicas.

—La pregunta es —dijo Jem, levantando uno de los estiletes y examinando la hoja— una vez que Tessa entre para encontrarse con Nate, ¿cómo veremos la reunión el resto de nosotros sin que se note? Debemos estar listos para intervenir en cualquier momento, especialmente si parece que sus sospechas se han despertado.

—Primero tenemos que llegar, y escondernos —dijo Will—. Es la única manera. Escuchamos para ver si Nate dice algo útil.

—No me gusta la idea de que Tessa sea obligada a hablar con él —masculló Jem.

—Ella puede hacerlo por sí misma; lo he visto. Además, es más probable que hable libremente si se cree a salvo. Una vez capturado, incluso si los Hermanos Silenciosos sí exploran su mente, Mortmain pudo haber pensado en poner bloqueos en él para proteger sus conocimientos, y puede tomar tiempo desmantelarlos.

—Creo que Mortmain ha puesto bloqueos en la mente de Jessamine —dijo Tessa—. Por lo que vale la pena, no puedo tocar sus pensamientos.

—Aún más probable es que lo haya hecho en la de Nate, entonces —dijo Will.

—Ese chico es tan débil como un gatito —dijo Henry—. Nos dirá lo que queremos saber. Y si no, tengo un dispositivo…

—¡Henry! —Charlotte se veía seriamente alarmada—. Dime que no has estado trabajando en un dispositivo de tortura.

—En absoluto. Lo llamo el Engañador. Emite una vibración que afecta directamente al cerebro humano, y los hace incapaces de diferenciar la ficción de la realidad. —Henry, viéndose orgulloso, buscó su caja—. Simplemente dirá todo lo que está en su mente, sin prestar atención a las consecuencias… 319

Charlotte levantó una mano en señal de advertencia. —Ahora no, Henry. Si debemos utilizar el… Engañador en Nate Gray, lo haremos cuando lo traigamos aquí. En ese momento nos debemos concentrar en llegar al almacén antes que Tessa. No está *tan* lejos; sugiero que Cyril nos lleve ahí, luego vuelva por Tessa.

—Nate reconocerá el carruaje del Instituto —se opuso Tessa—. Cuando vi a Jessamine saliendo a un encuentro con Nate, estaba más decidida a ir a pie, debería caminar.

—Te perderás —dijo Will.

—No me perderé —dijo Tessa, indicando el mapa—. Es una simple caminata. Podría doblar a la izquierda en la calle Gracechurch, ir por Eastcheap y cortar a través de Mincing Lane.

Se entabló una discusión, con Jem, para sorpresa de Tessa, apoyando a Will contra la idea de ella caminando sola por las calles. Al final se decidió que Henry podría conducir el carruaje hasta Mincing Lane, mientras Tessa caminaría, con Cyril siguiéndola a una distancia discreta, para que no se perdiera en la sucia, ruidosa y atestada ciudad.

Con un encogimiento de hombros, ella aceptó; parecía menos complicado que discutir, y no le importaba Cyril.

—No creo que alguien vaya a señalar —dijo Will—. Que estamos dejando el Instituto sin ningún Cazador de Sombras para protegerlo, de nuevo.

Charlotte enrolló el mapa con un movimiento de muñeca. —¿Y a cuál de nosotros le sugieres quedarse en casa en vez de ayudar a Tessa?

—No he dicho nada sobre que alguien se quede en casa —Will bajó la voz—. Pero, Cyril estará con Tessa, Sophie tiene sólo la mitad del entrenamiento y Bridget…

Tessa miró a Sophie, quien estaba sentada tranquilamente en la esquina de la biblioteca, pero la otra muchacha no dio señales de haber escuchado a Will. Mientras tanto, la voz de Bridget flotaba débilmente desde la cocina, otra triste balada:

Así que John sacó de su bolsillo

Un cuchillo largo y afilado
Y lo enterró a través del corazón de hermano
Y la sangre corrió.
John le dice a William, "quítate la camisa,
Arráncala de sangre a sangre
Y envuélvela alrededor de tu corazón sangrante,
Y la sangre no correrá más."

—Por el Ángel —dijo Charlotte— de verdad tenemos que hacer algo con ella antes de que nos vuelva a todos locos, ¿no?

Antes de que cualquiera pudiera responder, pasaron dos cosas al mismo tiempo: Algo golpeó en la ventana, asustando tanto a Tessa que ésta dio un paso hacia atrás, y un sonó gran y resonante ruido a través del Instituto: el sonido de la campana de convocatoria. Charlotte le dijo algo a Will que se perdió en el ruido de la campana, y él dejó la habitación, mientras Charlotte la cruzaba y se acercaba a la ventana, abriéndola y capturó algo flotando a fuera.

Se apartó de la ventana, un pedazo de papel aleteando en su mano; lucía un poco como un pájaro blanco, los bordes aleteando en la brisa. Su pelo se fue hacia su cara, y Tessa recordó lo joven que era Charlotte. —De Nate, supongo —dijo Charlotte—. Su mensaje para Jessamine. —Se lo llevó a Tessa, quien arrancó el pergamino de color crema en su afán por abrirla.

Tessa levantó la vista. —Es de Nate —confirmó. —Ha aceptado encontrarse con Jessie en el lugar habitual a la puesta del sol… —Dio un grito ahogado, mientras la nota, reconociendo de alguna forma que había sido leída, se exploró rápidamente en llamas sin calor, consumiéndose hasta que sólo fue una capa de ceniza negra en sus dedos.

—Eso nos da sólo un poco de tiempo —dijo Henry—. Iré a decirle a Cyril que prepare el carruaje. —Miró a Charlotte, como si estuviera esperando una aprobación, pero ella sólo asintió sin mirarlo a los ojos. Con un suspiro, Henry dejó la habitación… casi chocando con Will, que venía de regreso, seguido por una figura en una capa de viaje. Por un momento, Tessa se preguntó, confundida, si era un Hermano Silencioso, hasta que el visitante se sacó la capucha y ella vio el familiar pelo rubio arenoso rizado y los ojos verdes.

—¿Gideon Lightwood? —dijo ella con sorpresa.

—Ya. —Charlotte deslizó en su bolsillo el mapa que había estado sosteniendo. —El Instituto no se quedará sin Cazadores de Sombras.

Sophie se puso de pie rápidamente; entonces se congeló, como si afuera de la atmósfera de la sala de entrenamiento no supiera qué hacer o decir, en frente del mayor de los hermanos Lightwood.

Gideon miró alrededor de la habitación. Como siempre, sus ojos estaban en calma, serenos. Will, detrás de él, parecía arder con brillante energía por el contrario, incluso cuando él estaba simplemente parado. —¿Me llamaron? —inquirió Gideon, y se dio cuenta, por supuesto, que al mirarla a ella, él veía a Jessamine—. Y estoy aquí, a pesar de que no sé por qué o para qué.

—Para entrenar a Sophie, al parecer —dijo Charlotte. —Y también para cuidar del Instituto mientras nosotros no estamos. Necesitamos a un Cazador de Sombras en la edad para estar presente y tú calificas. De hecho, fue Sophie quien te sugirió.

—¿Y por cuanto tiempo estarán fuera?

—Dos horas, tres. No toda la noche.

—Está bien. —Gideon empezó a desabotonar su capa. Había polvo en sus botas, y su pelo se veía como si hubiese estado afuera en el viento frío, sin

sombrero. —Mi padre diría que es una buena práctica para cuando dirija el lugar.

Will murmuró algo entre dientes que sonó como "maldito descarado". Miró a Charlotte, quien sacudió su cabeza minuciosamente.

—Puede ser que el Instituto sea tuyo algún día —le dijo a Gideon muy suavemente—. En cualquier caso, estamos agradecidos por tu ayuda. El Instituto es responsabilidad de todos los Cazadores de Sombras, después de todo. Estas son nuestras moradas, nuestra Idris lejos del hogar.

Gideon se giró hacia Sophie. —¿Está lista para entrenar?

Ella asintió. Dejaron la habitación juntos en un grupo; Gideon y Sophie doblaron a la derecha para dirigirse a la sala de entrenamiento, el resto se dirigió a las escaleras.

El triste alarido de Bridget era incluso más fuerte ahí afuera y Tessa escuchó a Gideon diciéndole algo a Sophie sobre ello, y la suave voz de Sophie respondiendo, antes de que estuvieran muy lejos como para que ella pudiera oírlos.

Parecía natural acompasar el paso al lado de Jem mientras bajaban las escaleras y atravesaban la nave de la catedral. Estaban caminando tan cerca que aunque ellos no se hablaran, ella podía sentir su calor a su lado, el roce de su mano desnuda mientras salían al exterior. La puesta de sol se acercaba. El cielo había comenzado a tomar el brillo bronce que llega justo antes del crepúsculo. Cyril estaba esperando en la escalera principal, viéndose tan parecido a Thomas que dolía el corazón con sólo verlo. Estaba cargando una larga y delgada daga, la cual le pasó a Will sin decir una palabra; Will la tomó y la puso en su cinturón.

Charlotte se giró y puso su mano en la mejilla de Tessa. —Te veremos en el almacén —dijo ella—. Estarás perfectamente a salvo, Tessa. Y gracias, por hacer esto por nosotros. —Charlotte dejó caer la mano y bajó los peldaños, seguida por Henry y después Will. Jem dudó, sólo por un momento y Tessa, recordando una noche como esta, cuando él corrió subiendo los peldaños para decirle adiós, presionó sus dedos suavemente contra su muñeca.

—*Mizpah* —dijo.

Ella lo escuchó inhalar. Los Cazadores de Sombras estaban entrando al carruaje; él se giró y la besó rápidamente en la mejilla, antes de girar y correr por las escaleras detrás de los otros; ninguno de los otros parecía haberlo notado, pero Tessa puso su mano sobre su mejilla mientras Jem subía de los últimos en el carruaje y Henry se dirigía al asiento del conductor. Las puertas del Instituto se abrieron y el carruaje salió hacia la tarde que se oscurecía.

—¿Vamos entonces, señorita?— inquirió Cyril.

A pesar de lo mucho que se parecía a Thomas, pensó Tessa, tenía una actitud menos tímida. La miró directamente a los ojos cuando habló, y las comisuras de su boca siempre parecían estar lista para una sonrisa. Se preguntó si siempre había un hermano tranquilo y otro más inquieto, como Gabriel y Gideon.

—Sí, pienso que… — Tessa se detuvo de repente, con un pie a punto de bajar el peldaño. Era ridículo, lo sabía, y aun así… se había sacado el ángel mecánico para vestirse con las ropas de Jessamine. No se lo había puesto de nuevo. No podía usarlo (Nate la reconocería de inmediato) pero ella lo había querido guardar en su bolsillo, para la suerte, y lo había olvidado. Dudó. Era más que una estúpida superstición; dos veces el ángel literalmente le había salvado la vida.

Se giró. —He olvidado algo. Espérame, estaré en un momento.

La puerta del Instituto todavía estaba abierta, pasó a través de ella y subió las escaleras, a través de los pasillos y hacia el corredor de la habitación de Jessamine, donde se quedó congelada.

El corredor de la habitación de Jessamine era el mismo que llevaba a la sala de entrenamiento. Ella había visto a Sophie y a Gideon desaparecer por él hace un minuto. Sólo que no habían desaparecido, todavía estaban allí. La luz era baja y ellos sólo eran sombras en la penumbra, pero Tessa los pudo ver claramente: Sophie parada contra la pared y Gideon presionando su mano.

Tessa dio un paso hacia atrás, con el corazón moviéndose en su pecho. Ninguno de ellos la vio. Parecían completamente concentrados en el otro. Gideon se inclinó entonces, murmurándole algo a Sophie; suavemente le quitó un mechón de pelo de la cara. El estómago de Tessa se tensó, se giró y se alejó, tan silenciosa como pudo.

El cielo se había vuelto un tono más oscuro cuando volvió a salir a la escalera. Cyril estaba allí, silbando fuera de tono, se interrumpió abruptamente cuando vio la expresión de Tessa. —¿Está todo bien, señorita? ¿Consiguió lo que quería?—

Tessa pensó en Gideon apartando el pelo de Sophie de su cara. Recordó la amable mano de Will en su cintura y la suavidad del beso de Jem en la mejilla, y sintió como si su mente estuviera girando. ¿Quién era ella para decirle a Sophie que fuera cuidadosa, incluso en silencio, cuando ella estaba tan perdida?

—Sí —mintió—. Tengo lo que quería, gracias Cyril.

***

El almacén era un gran edificio de piedra caliza, rodeado por una cerca de hierro negro forjado. Las ventanas habían sido entabladas y un grueso candado de hierro mantenía cerradas las puertas principales, sobre las cuales el nombre de Mortmain y Co. apenas podía leerse bajo la capa de hollín.

Los Cazadores de Sombras dejaron el carruaje a un lado de la acera, con un glamour en él para prevenir que fuese robado o molestado por los transeúntes mundanos, al menos hasta que Cyril llegara a esperar con él. Una inspección cercana del candado le mostró a Will que había sido recientemente aceitado y abierto; una runa se encargó de la falta de llave y él y los otros se deslizaron dentro, cerrando la puerta tras ellos.

Otra runa abrió la puerta principal, conduciéndolos a un conjunto de oficinas. Sólo una todavía estaba amueblada, con un escritorio, una lámpara con pantalla verde y un sofá de flores con un respaldo altamente tallado. —Sin duda es donde Jessamine y Nate consumaron la mayoría de su noviazgo —observó Will alegremente.

Jem hizo un ruido de disgusto y tocó el sofá con su bastón. Charlotte estaba inclinada sobre el escritorio, revisando los cajones a toda prisa.

—No me había dado cuenta de que habías tomado una fuerte postura anti-noviazgo —le dijo Will a Jem.

—No es una cuestión de principios. El pensamiento de Nate Grey tocando a cualquiera… —Jem hizo una mueca—. Y Jessamine está tan convencida de que lo ama. Si pudieras verla, incluso creo que le tendrías un poco de lástima, Will.

—No le tendría —dijo Will—. El amor no correspondido es un estado ridículo, y hace que los que estén en ese estado tengan un comportamiento ridículo. —Tiró del vendaje de su brazo como si fuera doloroso—. ¿Charlotte? ¿El escritorio?

—Nada. —Deslizó los cajones, cerrándolos—. Algunos papeles enlistando el precio del té y los tiempos de las subastas de té, pero aparte de eso, nada más que arañas muertas.

—Qué romántico —murmuró Will. Avanzó detrás de Jem, quien ya se había adelantado hacia la oficina contigua, usando su bastón para barrer las telarañas mientras avanzaba. Las siguientes habitaciones estaban vacías y la última se abría en lo que había sido un almacén. Era un gran espacio cavernoso y sombrío, su techo desaparecía alto en la oscuridad, una demacrada escalera de madera conducía a una galería del segundo piso. Unas bolsas de arpillera estaban apoyadas contra las paredes del primer piso, esperando a todo el mundo, en las sombras, como cuerpos desplomados. Will levantó su mano con la piedra de luz mágica, enviando rayos de luz a través de la habitación mientras Henry iba a investigar uno de los sacos. Estuvo de vuelta en un momento, encogiéndose de hombros.

—Trozos rotos de hojas de té sueltas —dijo—. Té negro, por el aspecto que tiene.

Pero Jem estaba sacudiendo su cabeza, mirando alrededor. —Estoy perfectamente dispuesto a aceptar que esta fue una activa oficina de comercio de té hasta algún punto, pero es claro que ha estado cerrada por años, desde que Mortmain decidió interesarse en mecanismos en vez de té. Y aun así, el piso está sin polvo. —Tomó la muñeca de Will y dirigió el haz de luz mágica al liso suelo de madera—. Ha habido actividad aquí, más que los simples encuentros de Jessamine y Nate en una oficina en desuso.

—Hay más habitaciones de ese lado —dijo Henry, señalando al otro lado de la habitación—. Charlotte y yo las revisaremos. Will, Jem, examinen el segundo piso.

Era una sensación rara e insólita cuando Henry daba órdenes; Will miró a Jem, sonrió y comenzó a caminar hacia la destartalada escalera de madera. Los peldaños crujían bajo la presión, y bajo el ligero peso de Jem detrás de Will. La

luz mágica en la mano de Will lanzaba patrones de luz contra las paredes mientras llegaban al final de la escalera.

Se encontró en una galería, una plataforma donde tal vez los baúles de té habían sido almacenados o un capataz había vigilado el piso de abajo. Ahora estaba vacío, a excepción de una sola figura, tirada en el piso. El cuerpo de un hombre, delgado y joven, y mientras Will se acercaba, su corazón comenzó a latir con locura, porque él lo había visto antes, había tenido esta visión antes, el cuerpo inerte, el cabello plateado y la ropa oscura, los ojos cerrados de aspecto magullado, bordeados con pestañas plateadas.

—¿Will? —Era Jem, detrás de él. Vio el rostro silencioso y pasmado de Will y luego el cuerpo en el suelo y se abrió paso para arrodillarse junto a él. Tomó al hombre por la muñeca justo cuando Charlotte llegaba al final de la escalera. Will la miró con sorpresa por un momento; su rostro estaba cubierto de sudor y parecía un poco enferma. Jem dijo: —Tiene pulso. ¿Will?

Will se acercó y se arrodilló al lado de su amigo. A esta distancia era fácil ver que el hombre en el suelo no era Jem. Era mayor y de raza blanca. Tenía una creciente barba plateada en su barbilla y mejillas, y sus rasgos eran más amplios y menos definidos. Los latidos del corazón de Will se tranquilizaron mientras el hombre abría los ojos.

Eran discos de plata, como los de Jem. Y en ese momento, Will lo reconoció. Tenía el olor agridulce de las drogas que quemaban los brujos, sintió el calor de ellas en sus venas, sabía que había visto a este hombre antes y sabía dónde.

—Eres un hombre lobo — dijo—. Uno de los sin manada que compra *yin fen* de los ifrits detrás de la Capilla, ¿no?

Los ojos del hombre lobo vagaron sobre los dos, y se detuvieron en Jem. Sus parpados se entrecerraron y su mano salió disparada, agarrando a Jem por las solapas. —Tú —jadeó—. Eres uno de nosotros. ¿Tienes algo de eso contigo… algo de la cosa…?

Jem retrocedió. Will se apoderó de la mano del hombre lobo y la liberó. No fue difícil, había muy poca fuerza en los dedos sin nervios. —No lo toques. —Will escuchó su propia voz como si viniera de la distancia, recortada y fría—. Él no tiene nada de tu sucio polvo. No funciona en nosotros los Nefilim como lo hace en ustedes.

—Will. —Había una súplica en la voz de Jem: *Se más amable*.

—Trabajas para Mortmain —dijo Will—. Dinos qué haces para él. Dinos dónde está.

El hombre lobo se echó a reír. La sangre salpicó sus labios y goteó sobre su barbilla. Algunas de ellas salpicaron el traje de Jem. —Como si… yo supiera… dónde está el Maestro —jadeó—. Malditos tontos, ustedes dos. Malditos Nefilim inútiles. Si tuviera… mi fuerza… los cortaría en trapos ensangrentados…

—Pero no la tienes. —Will fue implacable—. Y tal vez nosotros tenemos algo de *yin fen*.

—No tienes. ¿Piensas que… no lo sé? —Los ojos del hombre lobo estaban vagando. —Cuando él me la dio por primera vez, vi cosas… tales cosas que ustedes no pueden imaginar: la gran ciudad de cristal, las torres del Cielo… —Otro espasmo lo sacudió. Más sangre salpicó. Tenía un brillo plateado en ella, como mercurio. Will intercambió una mirada con Jem. *La ciudad de cristal*. No pudo evitar pensar en Alicante, a pesar de que nunca había estado allí. —Pensé que iba a vivir para siempre… trabajar toda la noche, todo el día, nunca cansarme. Entonces empezamos a morir, uno a uno. La droga, te mata, pero él nunca lo dijo. Vine aquí a ver si todavía había algo de droga, escondida. Pero no hay nada. No dejaron nada. Ahora estoy muriendo. También podría morir aquí como en cualquier otro lugar.

—Él sabía lo que estaba haciendo cuando te dio la droga —dijo Jem—. Sabía que iba a matarte. No merece tu silencio. Dinos qué estaba haciendo; en qué te tenía trabajando noche y día.

—Armando esas *cosas*… esos hombres de metal. No dejaban de ponerte los pelos de punta, pero el dinero era bueno y las drogas mejor…

—Y de gran ayuda te va a ser el dinero ahora —dijo Jem, su voz inusualmente amarga—. ¿Qué tan a menudo te hacía tomarla? ¿El polvo plateado?

—Seis, siete veces al día.

—No es de extrañar que se les esté acabando en la Capilla —murmuró Will–. Mortmain es quien controla el suministro.

—No se supone que debas tomarlo así —dijo Jem—. Mientras más tomas, más rápido mueres.—

El hombre lobo fijó su mirada en Jem. Sus ojos estaban con venas rojas. —Y tú —dijo—. ¿Cuánto tiempo te queda?

Will giró la cabeza. Charlotte estaba inmóvil detrás de él, en la parte superior de la escalera, mirando. Levantó su mano para hacerle un gesto. —Charlotte, si podemos bajarlo por las escaleras, tal vez los Hermanos Silenciosos puedan hacer algo para ayudarlo. Si pudieras…

Pero Charlotte, para sorpresa de Will, se puso de un verde pálido. Se llevó la mano y la boca y bajó la escalera.

—¡Charlotte! —siseó Will; no se atrevió a gritar—. Oh, maldita sea. Está bien, Jem. Toma sus piernas, yo tomaré sus hombros…

—No tiene sentido Will. —La voz de Jem era suave—. Está muerto.

Will se dio la vuelta. Ciertamente, los ojos plateados estaban abiertos, vidriosos, fijos en el techo; el pecho había dejado de subir y bajar. Jem se acercó para cerrarle los parpados, pero Will agarró a su amigo por la muñeca.

—No.

—No iba a darle la bendición, Will. Sólo cerrarle los ojos.

—No se merece eso. ¡Trabajaba para el Maestro! —El susurro de Will aumentó a un grito.

—Él es como yo —dijo Jem simplemente—. Un adicto.

Will lo miró por encima de sus manos unidas. —Él no es como tú. Y no vas a morir así.

Los labios de Jem se abrieron con sorpresa. —Will…

Los dos escucharon el sonido de la puerta al abrirse y una voz diciendo el nombre de Jessamine. Will dejó ir la muñeca de Jem y los dos se dejaron caer al suelo, avanzando lentamente hacia el borde de la galería, para ver qué estaba pasando en el almacén.

16

Furia Mortal

Traducido por verittooo

Cuando he visto caer por la mano del Tiempo deteriorada
El costo rico y orgulloso de la gastada y enterrada edad;
Cuando a veces veo altas torres arrasadas,
Y el bronce eterno esclavo de una furia mortal.

—Shakespeare, "Soneto 64"

Era una experiencia peculiar caminar las calles de Londres como un chico, pensó Tessa, mientras hacía su camino por la atestada acera de Easrcheap. Los hombres que cruzaban por su camino apenas le dedicaban una mirada, sólo pasaban a su lado hacia puertas de bares o el siguiente giro en la calle. Como una chica, caminar sola por esas calles en la noche en su fina ropa, sería el objeto de miradas fijas y burlas. Como un chico, ella era invisible. Nunca antes se había dado cuenta de cómo era ser invisible. Cuán liviana y libre se sentía o se hubiera sentido, si no se sintiera como una aristócrata de *Historia de Dos Ciudades* en su camino a la guillotina en una carreta.

Había visto a Cyril una sola vez, deslizándose entre dos edificios a través del camino de Mincing Lane 32. Era un gran edificio de piedra, y la reja de hierro negra a su alrededor, en el crepúsculo desvaneciéndose, parecía filas de dientes negros e irregulares. De la entrada principal colgaba un candado, pero lo habían dejado abierto; ella se deslizó dentro, y luego por los escalones hacia la puerta, que también estaba sin cerrar.

En el interior se encontró con que las oficinas vacías, sus ventanas con vista a Mincing Lane, estaban tranquilas y muertas; una mosca zumbaba en una, lanzándose una y otra vez contra los cristales de vidrio plateado hasta que cayó, exhausta, en el umbral. Tessa se estremeció y apretó el paso.

En cada cuarto al que entró, se tensó, esperando ver a Nate; en cada cuarto, él no estaba. La habitación final tenía una puerta que se abría hacia el suelo de un depósito. Una débil luz azul se filtraba a través de las ventanas tapeadas. Miró a su alrededor, insegura. —¿Nate? —susurró.

Él salió de las sombras entre dos pilares descascarados. Su cabello rubio brilló en la luz azulada, debajo de un sombrero de copa de seda. Vestía una levita de tweed azul, pantalones negros, y botas negras, pero su aspecto usualmente inmaculado estaba revuelto. Su cabello caía lacio sobre sus ojos, y había una mancha de tierra en su mejilla. Su ropa estaba arrugada y doblada como si hubiera dormido con ella. —Jessamine —dijo, el alivio era evidente en su tono—. Querida. —Abrió sus brazos.

Ella se acercó lentamente, su cuerpo entero se tensó. No quería que Nate la tocara, pero no podía ver una manera de evitar su abrazo. Sus brazos la rodearon. Su mano atrapó el ala de su sombrero y tiró de él, dejando que sus rizos rubios cayeran por su espalda. Pensó en Will retirando los pasadores de su pelo, y su estomago se apretó involuntariamente.

—Necesito saber dónde está el Maestro —comenzó ella con una voz temblorosa—. Es terriblemente importante. Escuché algunos de los planes de los Cazadores de Sombras, ya ves. Sé que no deseas decirme, pero…

Él le echó hacia atrás el cabello, ignorando sus palabras. —Ya veo —dijo, su voz era profunda y ronca—. Pero primero… —Le levantó la cabeza con su dedo debajo de la barbilla—. Ven y bésame, dulce veinteañera.

Tessa deseó que no hubiera citado a Shakespeare. Nunca sería capaz de escuchar ese soneto otra vez sin querer vomitar. Cada nervio de su cuerpo quería saltar gritando a través de su piel en repulsión mientras él se inclinaba hacia ella. Rezó para que los otros entraran de golpe mientras le permitía inclinarle la cabeza hacia arriba, arriba…

Nate comenzó a reír. Con un movimiento de su muñeca, mandó a volar su sombrero hacia las sombras; sus dedos se apretaron en su barbilla, clavándole las uñas. —Mis disculpas por mi comportamiento impetuoso —dijo—. No pude evitar la curiosidad de ver cuán lejos llegarías para proteger a tus amigos Cazadores de Sombras… hermanita.

—Nate. —Tessa intentó alejarse, fuera de su alcance, pero su agarre era demasiado fuerte. Su otra mano salió disparada como una serpiente, girando alrededor de ella, sujetándola contra él con su antebrazo a través de su garganta. Su respiración estaba caliente contra su oreja. Olía agrio, como ginebra y sudor.

—¿De verdad pensaste que no lo sabía? —escupió—. Después de que esa nota llegara al baile de Benedict, enviándome a esa inútil búsqueda de Vauxhall, me di cuenta. Todo tuvo sentido. Debí haber sabido que eras tú desde el principio. Pequeña niña estúpida.

—¿Estúpida? —siseó ella—. Hice que escupieras tus secretos, Nate. Me contaste todo. ¿Se enteró Mortmain? ¿Es por eso que te ves como si no hubieras dormido en días?

Él apretó más su brazo a su alrededor, haciendo que jadeara de dolor. —No podías dejar las cosas como estaban. Tenías que meterte en mis asuntos. Encantada de verme humillado, ¿no es así? ¿Qué clase de hermana te hace eso, Tessie?

—Tú me habrías matado si tenías la oportunidad. No hay juego que puedas jugar, nada que puedas decir para hacerme pensar que yo te traicioné, Nate. Te ganaste todo eso. Aliándote con Mortmain…

La sacudió, lo suficientemente fuerte para hacer que sus dientes sonaran. —Como si mi alianza fuera de tu incumbencia. Me iba bien por mi cuenta hasta que tú y tus amigos Nefilim aparecieron y se entrometieron. Ahora el Maestro quiere mi cabeza en un cepo. Es tu culpa. Todo es tu culpa. Estaba casi desesperado, hasta que me llegó esa ridícula nota de Jessamine. Sabía que estabas detrás de eso, por supuesto. Todos los problemas por los que deben haber pasado también, torturándola para conseguir que me escribiera esa ridícula carta...

—No la torturamos —dijo Tessa, mecánicamente. Luchó, pero Nate sólo la sostenía más apretadamente, los botones de su chaleco se le clavan en la espalda—. Ella quiso hacerlo. Ella quiso salvar su propia piel.

—No te creo. —La mano que no estaba en su garganta, le agarró la barbilla; sus uñas se clavaron en ella, y lanzó un grito de dolor—. Ella me ama.

—Nadie puede amarte —escupió Tessa—. Eres mi hermano, yo te amaba, y has matado incluso eso.

Nate se inclinó hacia delante y gruñó: —*Yo no soy tu hermano.*

—Muy bien, mi medio hermano, si lo prefieres.

—Tú no eres mi hermana. Ni siquiera media. —Él dijo las palabras con un placer cruel—. Tu madre y mi madre no eran la misma mujer.

—Eso no es posible —susurró Tessa—. Estás mintiendo. Nuestra madre era Elizabeth Gray…

—*Tu* madre era Elizabeth Gray, nacida Elizabeth Moore —dijo Nate—. La mía era Harriet Moore.

—¿*Tía Harriet*?

—Ella estuvo comprometida una vez. ¿Sabías eso? Después de que nuestros padres, tus padres, se casaron. El hombre murió antes de que la boda tuviera lugar. Pero ella ya estaba embarazada. Tu madre crió al bebé como suyo para evitarle a su hermana la vergüenza de que el mundo supiera que había consumado su matrimonio antes de que hubiera tenido lugar. De que era una puta. —Su voz era tan amarga como el veneno—. Yo no soy tu hermano, y nunca lo fui. Harriet, nunca me dijo que era mi madre. Me enteré por las cartas de tu madre. Todos esos años, y ella nunca dijo una palabra. Estaba demasiado avergonzada.

—Tú la mataste —dijo Tessa, aturdida—. A tu propia madre.

—*Porque* era mi madre. Pero me había repudiado. Porque se avergonzada de mí. Porque nunca sabré quién fue mi padre. Porque era una puta. —La voz de Nate estaba vacía. *Nate* siempre estuvo vacío. Nunca había sido más que una pequeña cáscara, y Tessa y su tía habían proyectado su empatía, compasión y simpatía como una debilidad porque ellas querían verla allí, no porque lo estuviera.

—¿Por qué le contaste a Jessamine que mi madre era una Cazadora de Sombras? —demandó Tessa—. Incluso si Tía Harriet era tu madre, y ella y mi madre eran hermanas. Tía Harriet habría sido una Cazadora de Sombras, también, y por lo tanto, tú también. ¿Por qué decir una mentira tan ridícula?

Él sonrió. —¿Te gustaría saber? —Su agarré se apretó en su cuello, ahorcándola. Ella jadeó y pensó de pronto en Gabriel, diciendo: *Apunta tus patadas a las rótulas; el dolor es agonizante.*

Pateó hacia arriba y hacia atrás, el talón de su bota chocando con la rodilla de Nate, haciendo un crujido sordo. Nate gritó, y su pierna salió de debajo de él. Mantuvo su agarre en Tessa cuando cayó, girando para que su codo se atascara en el estómago de ella mientras caían juntos al suelo. Ella jadeó, el aire perforando sus pulmones, sus ojos llenándose de lágrimas.

Ella lo pateó otra vez, intentando gatear hacia atrás, y lo alcanzó de refilón en el hombro, pero él se abalanzó sobre ella, agarrándola por el chaleco. Los botones se desprendieron en una lluvia mientras la arrastraba hacia él; su otra mano aferró su cabello mientras se sacudía contra él, rastrillando sus uñas en su mejilla. La sangre que brotó de inmediato a la superficie fue una vista salvajemente satisfactoria.

—Suéltame —jadeó ella—. No puedes matarme. El Maestro me quiere con vida…

—'Viva' no es 'ilesa' —gruñó Nate, la sangre corría por su rostro hasta su barbilla. Él le enredó las manos en su cabello y la arrastró hacia él; ella gritó por el dolor y se lanzó con sus botas, pero él era ágil, esquivando sus pies. Jadeando, ella envió un llamado silencioso: *Jem, Will, Charlotte, Henry… ¿dónde están?*

—¿Preguntándote dónde están tus amigos? —La puso de pie de un tirón, una mano en su pelo, la otra hecha un puño en la parte de atrás de su camisa—. Bueno, aquí está uno de ellos, por lo menos.

Un sonido rechinante alertó a Tessa de un movimiento en las sombras. Nate le arrastró la cabeza por el pelo, sacudiéndola. —Mira —espetó—. Es hora de que sepas a lo que te enfrentas.

Tessa miró fijamente. La cosa que emergió de las sombras era gigante, seis metros de altura, supuso, hecho de hierro. Apenas tenía algún accesorio. Parecía moverse como un solo mecanismo fluido, sin fisuras y casi sin rasgos. Su parte inferior se separaba en dos piernas, cada una terminaba en un pie en punta con clavos de metal. Sus brazos eran iguales, terminaban en manos como garras, y su cabeza era un suave óvalo roto sólo por una amplia boca dentada

como una grieta en un huevo. Un par de retorcidos cuernos plateados crecían desmesuradamente de su 'cabeza.' Una fina línea de fuego azul crepitaba entre ellos.

En sus enormes manos cargaba un cuerpo inerte, vestido con el equipo. En comparación con lo grande del gigante autómata, ella se veía incluso más pequeña que nunca.

—¡Charlotte! —gritó Tessa. Ella redobló sus intentos de alejarse de Nate, azotando la cabeza a un lado. Se arrancó un poco de su cabello y éste cayó al suelo, el pelo rubio de Jessamine, manchado con sangre. Nate se vengó golpeándola lo suficientemente fuerte como para que viera estrellas; cuando se hundía, la agarró alrededor de la garganta, los botones de sus puños se clavaban en su tráquea.

Nate se rió entre dientes. —Un prototipo —dijo—. Abandonado por el Maestro. Demasiado grande y pesado para sus propósitos. Pero no para los míos. —Levantó la voz—. Suéltala.

Las manos de metal del autómata se abrieron. Charlotte cayó y golpeó el suelo con un ruido repugnante. Ella yacía inmóvil. Desde esta distancia, Tessa no podía decir si su pecho se levantaba y bajaba o no.

—Ahora aplástala —dijo Nate. Pesadamente, la cosa levantó su pie de metal con pinches. Tessa arañó las antebrazos de Nate, rasgando su piel con sus uñas.

—*¡Charlotte!* —Por un momento, Tessa pensó que la voz que gritaba era suya, pero era demasiado grave. Una figura se precipitó de detrás del autómata, una figura de negro, coronada con una mata de pelo rojo llameante, con una fina daga misericordia en la mano.

Henry.

Sin siquiera echar un vistazo a Tessa y a Nate, se lanzó contra el autómata, con la daga en un arco largo y curvado. Se escuchó el sonido de metal contra metal. Volaron chispas, y el autómata se tambaleó hacia atrás. Sus pies se vinieron abajo, estrellándose contra el piso, a centímetros del cuerpo supino de Charlotte. Henry aterrizó, luego se arrojó contra la criatura nuevamente, cortando con su espada.

La hoja se rompió. Por un momento, Henry simplemente se quedó de pie y la miró con estúpida sorpresa. Entonces la mano de la criatura se adelantó y lo agarró del brazo. Él gritó mientras la cosa lo levantaba y lo arrojaba con una fuerza increíble contra uno de los pilares; lo golpeó, se encogió, y cayó en el suelo, donde quedó inmóvil.

Nate se rió. —Semejante muestra de devoción matrimonial —dijo—. ¿Quién lo hubiera pensado? Jessamine siempre dijo que pensaba que Branwell no soportaba a su esposa.

—Eres un cerdo —contestó Tessa, luchando contra su agarre—. ¿Qué sabes tú acerca de las cosas que la gente hace por los demás? Si Jessamine se estuviera quemando hasta la muerte, no levantarías la mirada de tu juego de cartas. No te importa nadie aparte de ti mismo.

—Cállate, o te aflojaré los dientes. —Nate la sacudió otra vez, y gritó—. ¡Ven! Por aquí. Debes sostenerla hasta que llegue el Maestro.

Con un chirrido de engranajes, el autómata obedeció. No era tan rápido como sus hermanos más pequeños, pero su tamaño era tal que Tessa no pudo evitar seguir sus movimientos con un miedo helado. Y eso no era todo. El Maestro venía. Tessa se preguntó si Nate ya lo había convocado, si estaba en camino. Mortmain. Incluso el recuerdo de sus ojos fríos, su helada y controlada sonrisa, hacía que su estómago se revolviera. —Déjame ir —exclamó, alejándose de su hermano—. Déjame ir con Charlotte…

Nate la empujó hacia delante, fuerte, y ella cayó al suelo, sus codos y rodillas conectándose con fuerza en el duro piso de madera. Jadeó y rodó hacia un lado, debajo de la sombra de la galería del segundo piso, cuando el autómata avanzó lentamente hacia ella. Gritó…

Y ellos saltaron de la galería superior, Will y Jem, cada uno cayendo en un hombro de la criatura. La cosa rugió, un sonido como de fuelles siendo alimentados de carbón, y se tambaleó hacia atrás, permitiéndole a Tessa rodar fuera de su camino y ponerse de pie. Ella miró de Henry a Charlotte. Henry estaba pálido e inmóvil, encogido al lado del pilar, pero Charlotte, tendida donde el autómata la había tirado, estaba en peligro inminente de ser aplastada por una máquina descontrolada.

Respirando hondo, Tessa se arrojó a través del cuarto hacia Charlotte y se arrodilló, poniendo sus dedos en la garganta de Charlotte; tenía pulso, palpitando débilmente. Poniendo sus manos debajo de los brazos de Charlotte, comenzó a arrastrarla hacia la pared, lejos del centro del salón, donde el autómata giraba y escupía chispas, estirándose por Jem y Will con sus manos como garras.

Ellos eran demasiado rápidos para eso, sin embargo. Tessa recostó a Charlotte contra costales de té y miró por la habitación, intentando determinar un camino que pueda llevarla hasta Henry. Nate estaba corriendo de un lado a otro, gritando y maldiciendo a la criatura mecánica; en respuesta, Will recortó uno de sus cuernos y se lo lanzó al hermano de Tessa. Rebotó en el suelo, deslizándose y chispeando, y Nate saltó hacia atrás. Will rió. Jem, mientras tanto, estaba aferrado al cuello de la criatura, haciendo algo que Tessa no podía ver. La criatura en sí misma giraba en círculos, pero había sido diseñada para alcanzar y agarrar lo que estaba frente de él, y sus "brazos" no se doblaban adecuadamente. No podía alcanzar lo que se aferraba a la parte de atrás de su cuello y cabeza.

Tessa casi quería reír. Will y Jem eran como ratones corriendo por todo el cuerpo de un gato, conduciéndolo a la distracción. Pero los hachazos y cuchillazos que le daban a la criatura de metal con sus espadas, estaban infligiendo muy pocas lesiones. Sus espadas, que ella había visto cortar hierro y acero como si fueran papel, estaban dejando sólo abolladuras y arañazos en la superficie del cuerpo mecánico de la criatura.

Nate, por su parte, gritaba y maldecía. —¡Quítatelos de encima! —le gritó al autómata—. ¡Quítatelos de encima, gran bastardo de metal!

El autómata se detuvo, luego se sacudió violentamente. Will resbaló, agarrándose del cuello de la criatura en el último momento para no caerse. Jem no tuvo tanta suerte; apuñaló hacia delante con su espada, como si quisiera dirigirla al cuerpo de la criatura para detener la caída, pero la hoja simplemente se salió de la espalda de la criatura.

—*¡James!* —gritó Will.

Jem se puso de pie dolorosamente. Se estiró por la estela en su cinturón, pero la criatura, detectando debilidad, ya estaba sobre él, estirando sus manos con

garras. Jem tomó varios pasos tambaleantes hacia atrás y rebuscó algo en su bolsillo. Era suave, alargado, metálico: el objeto que Henry le había dado en la biblioteca.

Estiró una mano para atrás para tirarlo… y Nate estaba detrás de él de repente, pateando su pierna herida y probablemente rota. Jem no hizo un sonido, pero la pierna se salió de debajo de él con un chasquido y golpeó el suelo una segunda vez, el objeto rodó de su mano.

Tessa se puso de pie y corrió por él justo cuando Nate hizo lo mismo. Se choraron, su mayor peso y altura la mandaron al suelo. Ella giró mientras caía, como Gabriel le había enseñado, para absorber el impacto, aunque el golpe, aun así, la dejó sin aliento. Intentó alcanzar el artefacto con dedos temblorosos, pero se resbaló más lejos. Podía escuchar a Will gritando su nombre, diciéndole que se lo lanzara a él. Estiró su mano aun más, sus dedos cerrándose alrededor del artefacto… y entonces Nate la agarró de una pierna y la arrastró otra vez hacia él, sin piedad.

Él es más grande que yo, pensó. *Más fuerte que yo. Más cruel que yo. Pero hay una cosa que yo puedo hacer que él no.*

Ella Cambió.

Intentó alcanzar con su mente el agarre de su mano en su tobillo, su propia piel tocando la de él. Intentó alcanzar al *Nate* intrínseco, innato que ella siempre había conocido, esa chispa dentro de él que titilaba como lo hacía dentro todo el mundo, como una vela en un cuarto oscuro. Ella lo sintió contener el aliento, y entonces el Cambio la tomó, ondeando su piel, derritiendo sus huesos. Los botones de su cuello y puños se rompieron cuando creció en tamaño, las convulsiones golpearon sus extremidades, soltando su pierna del agarre de Nate. Se alejó rodando de su hermano, tambaleándose sobre sus pies, y vio los ojos de él muy abiertos cuando la miró.

Ella era ahora, más allá de su ropa, una imagen exacta de él. Ella se volvió hacia el autómata. Estaba congelado, esperando instrucciones, Will seguía aferrado a su espalda. Él levantó la mano, y Tessa le arrojó el dispositivo, agradeciéndole silenciosamente a Gabriel y a Gideon por las horas de instrucción de lanzamiento de cuchillos. El dispositivo voló por el aire en un arco perfecto, y Will lo atrapó desde el cielo.

Nate estaba de pie. —Tessa —gruñó—. Qué diablos podrías pensar que estás…

—¡Sujétalo! —le gritó al autómata, apuntando a Nate—. ¡Atrápalo y retenlo!

La criatura no se movió. Tessa no podía oír nada más que la áspera respiración de Nate detrás de ella, y el sonido de tintineo de la criatura de metal; Will había desaparecido detrás de él y estaba haciendo algo, aunque no podía ver qué.

—Tessa, eres una tonta —siseó Nate—. Esto no puede funcionar. La criatura sólo obedece a…

—¡Soy Nathaniel Gray! —le gritó Tessa al gigante de metal—. ¡Y te ordeno en el nombre del Maestro que *sujetes a este hombre y los retengas!*

Nate se volvió hacia ella. —Suficiente de tus juegos, pequeña estúpida…

Sus palabras fueron interrumpidas de repente cuando el autómata se dobló y lo sujetó en su agarre de pinzas. Lo levantó, al nivel del corte de su boca que chasqueaba y zumbaba inquisitivamente. Nate comenzó a gritar, y siguió gritando, estúpidamente, agitándose cuando Will, terminando con lo que sea que estaba haciendo, se dejó caer al piso en cuclillas. Le gritó algo a Tessa, sus ojos azules amplios y salvajes, pero ella no podía escuchar por encima de los gritos de su hermano. Su corazón golpeaba contra su pecho; sintió que su cabello caía, golpeando sus hombros con un peso suave y pesado. Era ella misma otra vez, el shock de lo que estaba pasando era demasiado grande para que se aferrara al Cambio. Nate todavía estaba gritando, la cosa lo tenía en un terrible agarre pinzado. Will había comenzado a correr, justo cuando la criatura, observando a Tessa, se alzó con un gruñido… y Will la derribó, tirándola al suelo y cubriéndola con su cuerpo cuando el autómata voló en pedazos como una estrella en explosión.

La cacofonía del metal estallando fue increíble. Tessa trató de cubrir sus oídos, pero el cuerpo de Will la estaba fijando firmemente contra el suelo. Sus codos estaban clavados en el piso a cada lado de su cabeza. Ella sintió su aliento en la parte de atrás del cuello, los latidos de su corazón contra la columna. Escuchó gritar a su hermano, un grito gorgoteante horrible. Volteó su cabeza, presionando su rostro en el hombro de Will mientras su cuerpo se sacudía contra ella; el suelo se estremeció debajo de ellos.

Y había terminado. Lentamente, Tessa abrió los ojos. El aire estaba nublado con polvo de yeso, astillas flotantes y té de costales desgarrados. Enormes trozos de metal yacían esparcidos por el suelo desordenadamente, y varias ventanas habían reventado, dejando entrar luz brumosa de noche. La mirada de Tessa se desplazó por la habitación. Vio a Henry, acunando a Charlotte, besando su rostro pálido mientras ella lo miraba; Jem, luchando por ponerse de pie, estela en mano y polvo de yeso cubriendo su ropa y cabello… y Nate.

Al principio pensó que se estaba apoyando contra uno de los pilares. Entonces vio la mancha roja extendiéndose por su camisa, y se dio cuenta. Un trozo irregular de metal lo había atravesado como una lanza, fijándolo de forma vertical en el pilar. Su cabeza estaba hacia abajo, sus manos arañando débilmente su pecho.

—*¡Nate!* —gritó. Will giró hacia un lado, liberándola, y ella estuvo de pie en segundos, corriendo por el salón hacia su hermano. Sus manos temblaban con horror y repulsión, pero se las arregló para cerrarlas en torno a la lanza de metal en su pecho y tirar de ella. La tiró a un lado y apenas logró capturarlo cuando se desplomó hacia delante, su repentino peso muerto la mandó al suelo. De alguna manera, se encontró en el piso, el cuerpo inerte de Nate se extendía torpemente en su regazo.

Un recuerdo se alzó en su mente: ella, agachada en el suelo de la casa de la ciudad de De Quincey, sosteniendo a Nate en sus brazos. Ella lo amaba en ese entonces. Confiaba en él. Ahora, mientras lo sostenía y su sangre empapaba su camisa y pantalones, sintió como si estuviera viendo actores en un escenario, actuando sus papeles, actuando el dolor.

—Nate —susurró ella.

Sus ojos se abrieron. Una punzada de sorpresa la atravesó. Ella había pensado que ya estaba muerto.

—Tessie… —Su voz sonaba gruesa, como si llegara a través de capas de agua. Sus ojos recorrieron su rostro, después la sangre en su ropa, y entonces, finalmente, se posaron sobre su propio pecho, donde la sangre bombeaba continuamente por un enorme tajo en su camisa. Tessa se sacó la chaqueta, la dobló, y la presionó fuertemente contra la herida, rezado para que fuera suficiente para hacerla dejar de sangrar.

No lo era. La chaqueta estuvo empapada al instante, delgadas corrientes de sangre corrían por los lados de Nate. —Oh, Dios —susurró Tessa. Ella alzó la voz—. Will…

—No. —La mano de Nate agarró su muñeca, clavándole las uñas.

—Pero, Nate…

—Estoy muriendo. Lo sé. —Tosió, un sonido flojo, húmedo, tembloroso—. ¿No lo entiendes? Le he fallado al Maestro. Él me matará de todas formas. Y lo hará lentamente. —Hizo un ruido ronco, impaciente—. Déjalo, Tessie. No estoy siendo noble. Tú sabes que no lo soy.

Ella tomó una respiración entrecortada. —Debería dejarte aquí para que mueras solo en tu propia sangre. Eso es lo harías si se tratara de mí.

—Tessie —Un chorro de sangre se derramó de la esquina de su boca—. El Maestro nunca iba a lastimarte.

—Mortmain —susurró—. Nate, ¿dónde está? Por favor. Dime dónde está.

—Él —Nate se ahogó, lanzando un suspiro. Una burbuja de sangre apareció en sus labios. La chaqueta en manos de Tessa era un trapo empapado. Los ojos de él se ampliaron, marcadamente aterrorizados—. Tessie… Me… me estoy muriendo. Realmente me estoy muriendo…

Aun así, las preguntas estallaron en su cabeza. *¿Dónde está Mortmain? ¿Cómo pudo mi madre ser una Cazadora de Sombras? Si mi padre era un demonio, ¿cómo es que sigo viva cuando todos los hijos de Cazadores de Sombras y demonios nacen muertos?* Pero el terror en los ojos de Nate la silenció; a pesar de todo, encontró a su mano deslizándose en la de él. —No hay nada que temer, Nate.

—No para ti, tal vez. Siempre fuiste… la buena. Yo me voy a quemar, Tessie. Tessie, ¿dónde está tu ángel?

Ella se puso la mano en la garganta, un gesto reflexivo. —No podía usarlo. Fingía ser Jessamine.

—Tienes… que… usarlo. —Tosió. Más sangre—. Úsalo siempre. ¿Lo juras?

Ella negó con la cabeza. —Nate… —*No puedo confiar en ti, Nate.*

—Lo sé. —Su voz apenas audible—. No hay perdón para… el tipo de cosas que tuve que hacer.

Ella apretó su mano, sus dedos resbaladizos por la sangre. —Te perdono —susurró, sin saber, o sin importarle, si era verdad.

Sus ojos azules se ampliaron. Su cara había perdido el color de pergamino amarillo viejo, sus labios casi blancos. —*No sabes todo lo que hice, Tessie.*

Ella se inclinó sobre él con ansiedad. —¿Nate?

Pero no hubo respuesta. Su rostro se aflojó, sus ojos ampliaron, medio rodaron hacia atrás en su cabeza. Su mano se soltó de la de ella y cayó al suelo.

—Nate —dijo de nuevo, y puso los dedos en el lugar en su garganta en donde su pulso debería latir, ya sabiendo lo que iba a encontrar.

No había nada. Él estaba muerto.

***

Tessa se paró. Su chaleco desgarrado, sus pantalones, su camisa, incluso las puntas de su cabello estaban empapadas de la sangre de Nate. Se sentía tan entumecida como si se hubiera sumergido en agua helada. Se volteó, lentamente, sólo ahora, y por primera vez, preguntándose si los otros la habían estado observando, escuchando su conversación con Nate, preguntándose…

No estaban mirando en su dirección. Estaban arrodillados (Charlotte, Jem y Henry) en un flojo círculo alrededor de una forma oscura en el piso, justo donde ella había estado antes, con Will encima de ella.

Will.

Tessa había tenido sueños, antes, en los que había estado caminando un pasillo largo y oscuro hacia algo horrible, algo que ella no podía ver pero sabía que era aterrador y mortal. En los sueños, con cada paso, el pasillo se alargaba, extendiéndose más en la oscuridad y el horror. Esa misma sensación de terror e impotencia la abrumaban ahora mientras avanzaba, cada paso como un kilometro, hasta que se unió al círculo se Cazadores de Sombras arrodillados y estaba mirando a Will.

Estaba acostado de lado. Su rostro estaba blanco, su respiración superficial. Jem tenía una mano en su hombro y le estaba hablando en una voz baja y suave, pero Will no dio señal de ser capaz de escucharlo. La sangre se había agrupado debajo de él, manchando el suelo, y por un momento, Tessa sólo miró, incapaz de comprender de dónde había salido. Entonces se acercó y vio su espalda. Su traje había sido destrozado a lo largo de toda su columna vertebral y omóplatos, el grueso material desgarrado por trozos voladores de metal afilado. Su piel bañada de sangre; su cabello empapado con ella.

—Will —susurró Tessa. Se sintió particularmente mareada, como si estuviera flotando.

Charlotte levantó la mirada. —Tessa —dijo—. Tu hermano…

—Está muerto —dijo Tessa a través de su aturdimiento—. Pero Will…

—Te tiró al suelo y te cubrió para protegerte de la explosión —dijo Jem. No había culpa en su voz—. Pero no había nada para protegerlo a él. Ustedes dos eran los más cercanos a la explosión. Los fragmentos de metal destrozaron su espalda. Está perdiendo sangre rápidamente.

—¿Pero no hay nada que puedas hacer? —la voz de Tessa se alzó, incluso cuando los mareos amenazaron con envolverla—. ¿Qué pasa con sus runas de curación? ¿Las *iratzes*?

—Usamos un *amissio*, una runa que reduce la pérdida de sangre, pero si intentamos con una runa de curación, su piel sanará sobre el metal, clavándolo aún más en el tejido suave —dijo Henry rotundamente—. Tenemos que llevarlo a casa, a la enfermería. El metal deber ser removido antes de que pueda ser sanado.

—Entonces, tenemos que irnos. —La voz de Tessa estaba temblando—. Tenemos que…

—Tessa —dijo Jem. Él todavía tenía su mano en el hombro de Will, pero la estaba mirando a ella, sus ojos muy abiertos—. ¿Sabes que estás herida?

Ella señaló impacientemente a su camisa. —Esta no es mi sangre. Es de Nate. Ahora tenemos… ¿Lo podemos cargar? Hay algo que…

—No —interrumpió Jem, lo suficientemente brusco como para sorprenderla—. No la sangre de tu ropa. Tienes una herida en la cabeza. Aquí. —Se tocó su sien.

—No seas ridículo —dijo Tessa—. Estoy perfectamente bien. —Alzó la mano para tocar su sien, y sintió su cabello, espeso y rígido por la sangre, y el lado de su cara pegajoso con ésta, antes de que la yema de sus dedos tocaran el colgajo irregular de piel desgarrada que iba desde la esquina de su mejilla hasta su sien. Un rayo ardiente de dolor le atravesó la cabeza.

Fue la última gota. Ya débil por la pérdida de sangre y el mareo por repetidas golpes, sintió que empezaba a encogerse. Apenas sintió los brazos de Jem a su alrededor cuando cayó en la oscuridad.

17
En Sueños

Traducido por Pargulin

Venid a mí en mis sueños, y luego
Durante el día estaré bien otra vez.
Porque entonces la noche más que pagará
El anhelo desesperado del día.

—Matthew Arnold, "Longing"

La conciencia llegaba y se iba en un ritmo hipnótico, como el mar apareciendo y desapareciendo sobre la cubierta de un barco en una tormenta.

Tessa sabía que yacía en una cama con sábanas blancas en el centro de una larga habitación; que había otras camas, también, en la sala, y que había ventanas muy por encima de ella dejándola envuelta en sombras y la luz sangrienta del amanecer. Cerró los ojos para protegerse de la luz, y la oscuridad vino otra vez.

Se despertó con voces susurrantes, y caras ansiosas cerniéndose sobre ella. Charlotte, con su pelo anudado cuidadosamente, todavía en su equipo, y a su lado el Hermano Enoch. Su cara llena de cicatrices ya no le resultaba terrorífica. Ella podía oír la voz de él en su mente. *La herida en su cabeza es superficial.*

—Pero, se desmayó —dijo Charlotte. Para sorpresa de Tessa había verdadero temor en su voz, verdadera ansiedad—. Con un golpe en la cabeza…

Se desmayó por repetidos shocks. ¿Su hermano murió en sus brazos, dijiste? Y pudo haber pensado que Will había muerto también. Dijiste que la cubrió con su cuerpo cuando se produjo la explosión. Si él hubiese muerto, habría dado su vida por ella. Esa es una carga bastante pesada que soportar.

—Pero ¿crees que se pondrá bien otra vez?

Cuando su cuerpo y espíritu hayan descansado, se despertará. No puedo decir cuándo será eso.

—Mi pobre Tessa. —Charlotte le tocó suavemente la frente. Sus manos olían a jabón de limón—. No tiene a nadie en el mundo ahora…

La oscuridad volvió, y Tessa cayó en ella, agradecida por el respiro lejos de la luz y el pensar. Se envolvió en ella como con una manta y se dejó flotar, como los icebergs de la costa de Labrador, acunados a la luz de la luna por el agua helada y negra.

***

Un grito gutural de dolor cortó a través de su sueño de oscuridad. Estaba acurrucada de lado en una maraña de sábanas, y a unas camas más allá yacía Will, sobre su estómago. Se dio cuenta, aunque en su estado de adormecimiento era sólo una débil sorpresa, de que él probablemente estaba desnudo, las sábanas se habían bajado hasta su cintura, pero su espalda y pecho estaban desnudos. Sus brazos estaban cruzados sobre las almohadas delante de él, la cabeza apoyada sobre ellos, su cuerpo tenso como una cuerda de arco. Sangre machaba las sábanas blancas por debajo de él.

El Hermano Enoch estaba de pie a un lado de su cama, y junto a él Jem, a la cabeza de Will, con una expresión ansiosa. —Will —dijo Jem con urgencia—. Will, ¿Seguro que no quieres otra runa contra el dolor?

—No…más —dijo Will, entre dientes—. Simplemente… acaben de una vez.

El Hermano Enoch levantó lo que parecía un par de afiladas pinzas de plata. Will tragó saliva y enterró la cabeza en sus brazos, el cabello sorprendentemente oscuro contra el blanco de las sábanas. Jem se estremeció como si el dolor fuera suyo, mientras las pinzas se hundían profundamente en la espalda de Will y su cuerpo se tensaba en la cama, los músculos bajo la piel, su grito de agonía corto y apagado. El Hermano Enoch echó hacia atrás la herramienta, un trozo de metal manchado de sangre estaba atrapado entre los dientes de las pinzas.

Jem deslizó su mano en la de Will. —Agarra mis dedos. Ayudará con el dolor. Sólo hay unos pocos más.

—Fácil… para ti decirlo —dijo Will entrecortadamente, pero el toque de la mano de su *parabatai* pareció relajarle un poco. Se arqueó en la cama, con sus codos hundiéndose en el colchón y su aliento saliendo en jadeos. Tessa sabía que debía apartar la mirada, pero no podía. Se dio cuenta de que nunca antes había visto tanto del cuerpo de un chico, ni siquiera de Jem. Se encontró fascinada por la forma en que la masa muscular se deslizaba bajo la piel lisa de Will, la flexibilidad y el movimiento de sus brazos, el vientre duro y plano convulsionando al respirar.

Las pinzas brillaron otra vez, y la mano de Will se apretó en la de Jem, los dedos de ambos blancos por la fuerza del agarre. La sangre brotó y se derramó por su costado. No hizo ningún sonido, aunque Jem parecía enfermo y pálido. Movió la mano como si fuera a tocar el hombro de Will, y luego se echó hacia atrás, mordiéndose el labio.

Todo esto porque Will cubrió mi cuerpo con el suyo para protegerme, pensó Tessa. Como el Hermano Enoch había dicho, era una carga bastante pesada para soportar, de hecho.

***

Estaba acostada en la cama angosta de su antigua habitación en el apartamento de Nueva York. A través de la ventana podía ver el cielo gris, los tejados de Manhattan.

Una de las coloridas colchas de su tía estaba en la cama, y se agarró a ella mientras la puerta se abría y su tía entraba.

Sabiendo lo que sabía ahora, Tessa podía ver el parecido. La tía Harriet tenía los ojos azules, pelo rubio desteñido, e incluso la forma de su rostro era como el de Nate. Con una sonrisa se acercó y se inclinó sobre Tessa, poniendo una mano en su frente, fresca contra la piel caliente de Tessa.

—Lo siento tanto —susurró Tessa—. Por Nate. Es mi culpa que esté muerto.

—Shh —dijo su tía—. No es tu culpa. Es de él y mía. Siempre me sentí tan culpable, ves, Tessa. Sabiendo que era su madre, pero no siendo capaz de soportar decirle. Dejé que se saliera con la suya con todo lo que quería, hasta que estuvo echado a perder más allá de la salvación. Si le hubiese dicho que yo era realmente su madre, no se habría sentido tan traicionado cuando descubrió la verdad, y no se habría vuelto contra nosotras. Mentiras y secretos, Tessa, son como un cáncer en el alma. Ellos se comen lo que es bueno y dejan sólo destrucción detrás.

—Te extraño tanto —dijo Tessa—. No tengo familia ahora...

Su tía se inclinó para besarla en la frente. —Tienes más familia de la que piensas.

—Con mayor seguridad, perderemos ahora el Instituto —dijo Charlotte. No sonó como si su corazón se hubiera roto, sino distanciada e indiferente.

Tessa flotaba como un fantasma sobre la enfermería, mirando hacia abajo en donde Charlotte estaba junto a Jem, a los pies de la cama de Tessa. Podía verse a sí misma, dormida, su cabello oscuro extendido como un abanico a través de las almohadas. Will dormía unas cuantas camas más allá, su espalda cubierta con vendas, un *iratze* negro contra la parte posterior de su cuello. Sophie, con su gorra blanca y traje oscuro, estaba quitando el polvo de las ventanas.

—Hemos perdido a Nathaniel Gray como una fuente, uno de los nuestros ha resultado ser un espía, y no estamos más cerca de encontrar a Mortmain de lo que estábamos hace quince días.

—¿Después de todo lo que hemos hecho? ¿De todo de lo que nos hemos enterado? La Clave entenderá…

—No lo harán. Ya están hartos, en lo que a mí respecta. Podría muy bien marchar a la casa de Benedict Lightwood y hacer el papeleo del Instituto y ponerlo a su nombre. Terminar con esto.

—¿Qué dice Henry sobre esto? —Preguntó Jem. Él ya no estaba vestido con su equipo, ni tampoco Charlotte. Llevaba una camisa blanca y pantalones de tela marrón, y Charlotte estaba vestida con uno de sus oscuros vestidos grises.

Mientras Jem daba vuelta la mano, sin embargo, Tessa vio que todavía estaba manchada con la sangre seca de Will.

Charlotte soltó un bufido impropio de una dama.

—Oh, Henry —dijo, sonando agotada—. Creo que está tan sorprendido de que uno de sus dispositivos efectivamente funcionara que no sabe qué hacer consigo mismo. Y no puede soportar venir aquí. Piensa que es su culpa que Will y Tessa hayan resultado heridos.

—Sin ese aparato todos deberíamos estar muertos, y Tessa en manos del Maestro.

—Eres bienvenido a explicarle eso a Henry. He renunciado al intento.

—Charlotte… —La voz Jem era suave—. Sé lo que dice la gente. Sé que has oído los crueles chismes. Pero Henry te ama. Cuando pensó que estabas herida, en el almacén de té, se volvió loco. Se lanzó contra esa máquina…

—James. —Charlotte palmeó torpemente el hombro de Jem—. Aprecio tu intento de consolarme, pero las falsedades nunca hacen ningún bien a nadie al final. Hace tiempo que he aceptado que Henry ama en primer lugar a sus invenciones, y a mí en segundo… si es que en realidad lo hace.

—Charlotte —dijo Jem con cansancio, pero antes de que pudiera decir otra palabra, Sophie se había trasladado al lado de ellos, paño en mano.

—Señora Branwell —dijo ella en voz baja—. Si pudiera hablar con usted un momento.

Charlotte se mostró sorprendida. —Sophie…

—Por favor, señora.

Charlotte puso una mano sobre el hombro de Jem, le dijo algo en voz baja al oído, y luego asintió con la cabeza hacia Sophie. —Muy bien. Ven conmigo al salón.

Mientras Charlotte salía de la habitación con Sophie, Tessa se dio cuenta con sorpresa de que Sophie era en realidad más alta que su señora. La presencia de Charlotte era tal, que a menudo uno se olvidaba de lo muy pequeña que era. Y Sophie era tan alta como Tessa, tan delgada como un sauce. Tessa la volvió a ver en su mente con Gideon Lightwood, pegada a la pared del pasillo, y se preocupó.

Cuando la puerta se cerró detrás de las dos mujeres, Jem se inclinó hacia delante, sus brazos cruzados sobre el pie de la cama de latón de Tessa. La miraba, sonriendo un poco, con las manos colgando, sangre seca en los nudillos, y debajo de las uñas.

—Tessa, mi Tessa —dijo con su voz suave, como el arrullo de su violín—. Sé que no puedes oírme. El Hermano Enoch dice que no estás herida de gravedad. No puedo decir que eso me parece lo suficiente para consolarme. Es algo así como cuando Will me asegura que sólo estamos un poco perdidos en algún lugar. Sé que significa que no vamos a ver una calle conocida de nuevo por horas. —Bajó tanto la voz, que Tessa no estaba segura de si lo que dijo a continuación fue real o parte de la oscuridad del sueño elevándose para reclamarla, a pesar de que luchó contra ella—. Nunca me importó —añadió—. Estar perdido. Siempre he pensado que uno no podría estar realmente perdido, si conoce su propio corazón. Pero me temo que puedo estar perdido sin conocer el tuyo. —Cerró los ojos como si tuviera los huesos cansados, y vio cómo de delgados eran sus párpados, como papel de pergamino, y lo cansado que parecía—. *Wo ai ni,* Tessa —susurró—. *Wo bu xiang shi qu ni.*

Ella sabía, sin saber cómo lo sabía, lo que significaban esas palabras.

Te amo.

Y no quiero perderte.

Yo tampoco quiero perderte, quería decir ella, pero las palabras no quisieron venir. El cansancio se levantó en su lugar, en una ola oscura, y la cubrió en silencio.

***

Oscuridad.

Estaba oscuro en la celda, y Tessa estuvo consciente primero de un sentimiento de gran soledad y terror. Jessamine yacía en la cama estrecha, su pelo rubio colgaba en lacios mechones sobre sus hombros. Tessa se cernía sobre ella y sentía de alguna manera como si estuviera tocando su mente. Podía sentir un gran dolor y sensación de pérdida. De alguna manera, Jessamine sabía que Nate estaba muerto. Antes, cuando Tessa había tratado de tocar la mente de la otra chica, había encontrado resistencia, pero ahora sólo sintió una tristeza cada vez mayor, como la mancha de una gota de tinta negra difundiéndose a través del agua.

Los ojos marrones de Jessie estaban abiertos, mirando hacia la oscuridad. No tengo nada. *Las palabras fueron tan claras como una campana en la mente de Tessa*. Elegí a Nate por sobre los Cazadores de Sombras, y ahora que ha muerto, Mortmain me quiere muerta también, y Charlotte me desprecia. He jugado y perdido todo.

Mientras Tessa miraba, Jessamine sacó un pequeño cordón de su cuello sobre su cabeza. En el extremo del cordón había un anillo de oro con una piedra, un brillante diamante blanco. Apretándolo entre los dedos, comenzó a utilizar el diamante para marcar letras en la pared de piedra.

JG.
Jessamine Gray.

Podría haber habido más en el mensaje, pero Tessa nunca lo descubriría, porque mientras
Jessamine presionaba sobre la piedra, la gema se rompió, y su mano se estrelló contra la pared, raspando sus nudillos.

Tessa no necesitaba tocar la mente de Jessamine para saber lo que estaba pensando. Incluso el diamante no había sido real. Con un grito, Jessamine se dio la vuelta y hundió su rostro en las mantas ásperas de la cama.

Cuando Tessa despertó de nuevo, ya era de noche. La tenue luz de las estrellas atravesaba las altas ventanas de la enfermería, y había una lámpara de luz mágica encendida sobre la mesa cerca de su cama. Junto a ella había una taza de tisana, con vapor saliendo de ella, y un pequeño plato de galletas. Se levantó a una posición sentada, a punto de llegar a la copa y se congeló.

Will estaba sentado en la cama que había junto a la de ella, vestido con una camisa suelta y pantalones y una bata color negro. Tenía la piel pálida a la luz de las estrellas, pero aun la penumbra no podía opacar el azul de sus ojos. —Will —dijo, sorprendida—. ¿Qué haces despierto?

¿Había estado viéndola *dormir*? Se preguntó. Pero, qué cosa tan rara y poco propia de Will el hacerlo.

—Te he traído una tisana —dijo, un poco tenso—. Pero sonabas como si estuvieras teniendo una pesadilla.

—¿Si? Ni siquiera recuerdo lo que soñé. —Tiró de las cubiertas hacia arriba, aunque su camisón modesto la cubría—. Pensé que me había estado escapando en el sueño; que la vida real era una pesadilla y que el sueño era donde yo podía encontrar la paz.

Will tomó la taza y se trasladó hasta sentarse a su lado en la cama. —Toma. Bebe esto.

Tomó la copa de él obedientemente. La tisana tenía un sabor amargo, pero atractivo, como la cáscara de un limón. —¿Qué me hará? —preguntó.

—Te calmará —contestó Will.

Ella lo miró, el sabor a limón en su boca. Parecía haber una neblina a través de su visión, y a través de ella, Will se veía como algo salido de un sueño. —¿Cómo están tus heridas? ¿Sientes dolor?

Él negó con la cabeza. —Una vez que todo el metal estuvo fuera, fueron capaces de utilizar un *iratze* en mí —dijo—. Las heridas no han sanado completamente, pero lo están haciendo. Para mañana serán sólo cicatrices.

—Estoy celosa. —Tomó otro sorbo de la tisana. Estaba empezando a hacer que se sintiera mareada. Se tocó la venda sobre la frente—. Creo que va a pasar un buen tiempo antes de que pueda quitarme esto.

—Mientras tanto, puedes disfrutar viéndote como una pirata.

Ella se echó a reír, pero inestablemente. Will estaba lo suficientemente cerca de ella, por lo que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Era como un horno caliente. —¿Tienes fiebre? —preguntó, antes de que pudiera detenerse.

—El *iratze* eleva nuestra temperatura corporal. Es parte del proceso de curación.

—Oh —dijo. Tenerlo tan cerca estaba enviando pequeños temblores a través de sus nervios, pero se sentía demasiado aturdida para alejarse.

—Lamento lo de tu hermano —dijo él en voz baja, su aliento agitando su pelo.

—No podrías sentirlo —dijo Tessa con amargura—. Sé que piensas que se merecía lo que obtuvo. Probablemente así es.

—Mi hermana murió. Ella murió, y no hubo nada que pudiera hacer al respecto —dijo, y había cruda tristeza en su voz—. Lamento lo de tu hermano.

Ella lo miró. Sus ojos, amplios y azules, su cara perfecta, la forma de arco de su boca, sus comisuras hacia abajo con preocupación. Preocupación por *ella*. Su piel se sentía caliente y tensa, su cabeza ligera y aireada, como si estuviera flotando.

—Will —susurró—. Will, me siento muy extraña.

Él se inclinó sobre ella para poner la taza sobre la mesa y sus hombros se rozaron. —¿Quieres que vaya por Charlotte?

Ella sacudió la cabeza. Estaba soñando. Estaba casi segura de eso ahora, tenía la misma sensación de estar en su cuerpo y aún no estar en él como había tenido cuando estaba soñando con Jessamine. El conocimiento de que era un sueño la

volvió más audaz. Will aún estaba inclinado hacia adelante, con el brazo extendido, ella se acurrucó contra él, con la cabeza sobre su hombro, cerrando los ojos. Lo sintió sacudirse por la sorpresa.

—¿Te hice daño? —susurró ella, recordando su espalda un poco tarde.

—No me importa —dijo él con fervor—. No me importa. —Sus brazos fueron a su alrededor, la abrazó y ella apoyó la mejilla en el lugar caliente donde el cuello se unía con su hombro. Oyó el eco de su pulso y sintió el olor de él: sangre, sudor, jabón y magia. No fue como había sido en el balcón, todo fuego y deseo. La abrazó con cuidado, poniendo la mejilla contra su pelo. Estaba temblando, mientas su pecho subía y bajaba, vacilante deslizó los dedos debajo de su barbilla, levantándole la cara...

—Will —dijo Tessa—. Todo está bien. No importa lo que hagas. Estamos soñando, ¿sabes?

—¿Tess? —Will sonó alarmado. Sus brazos se apretaron alrededor de ella. Se sentía cálida, suave y mareada. Si sólo Will realmente fuera así, pensó, no sólo en los sueños. La cama rodaba debajo de ella como un barco a la deriva en el mar. Cerró los ojos y dejó que la oscuridad la tomara.

***

El aire nocturno era frío, la niebla espesa y verde amarillenta en las intermitentes fuentes de luz de las lámparas de gas, mientras Will hacía su camino por King Road. La dirección que Magnus le había dado era en Cheyne Walk, cerca del Chelsea Embankment, y Will ya podía oler el familiar aroma del río: sedimentos, agua, suciedad y putrefacción.

Había estado tratando de impedir a su corazón latir fuera de su pecho desde que había encontrado la nota de Magnus, cuidadosamente doblada en una bandeja sobre la mesa al lado de su cama. No decía nada más que una dirección garabateada secamente: *16 Cheyne Walk*. Will estaba familiarizado con el Paseo y el área circundante. Chelsea, cerca del río, era un lugar popular para los artistas y literarios, y las ventanas de las casas públicas que pasaba, brillaban con una acogedora luz amarilla.

Cerró su abrigo al doblar en una esquina, dirigiéndose hacia el sur. Su espalda y piernas aún le dolían por las lesiones que había sufrido. A pesar de las *iratzes*, estaba dolorido, como si hubiera sido picado por decenas de abejas. Y, sin embargo, ya lo sentía. Su mente estaba llena de posibilidades. ¿Qué había descubierto Magnus? Ciertamente no lo convocaría sin una razón. Y su cuerpo estaba lleno de Tessa, del tacto y olor de ella. Curiosamente, lo que le atravesaba más fuerte el corazón y la mente no era la memoria de sus labios en el baile, sino la forma en que se había apoyado contra él esta noche, la cabeza en su hombro, su suave aliento contra su cuello, como si confiara en él por completo. Habría dado todo lo que tenía en el mundo y todo lo que alguna vez tendría, sólo para yacer a su lado en la estrecha cama de la enfermería y abrazarla mientras dormía. Alejarse de ella había sido como arrancar su propia piel, pero había tenido que hacerlo.

La forma en que siempre tenía que hacerlo. La forma en que siempre había tenido que negarse a sí mismo lo que quería.

Pero tal vez; después de esta noche…

Cortó el pensamiento antes de que floreciera en su mente. Mejor no pensar en eso, mejor no esperar y ser decepcionado. Miró a su alrededor. Estaba en Cheyne Walk ahora, con sus hermosas casas de fachadas georgianas. Se detuvo frente al número 16. Era alta, con una valla de hierro forjado alrededor y con un prominente mirador. En la valla había una puerta ricamente trabajada, la cual estaba abierta, y Will entró dirigiéndose hasta la puerta principal, donde tocó el timbre.

Para su gran sorpresa fue abierta, no por un sirviente, sino por Woolsey Scott; su pelo rubio estaba enredado sobre sus hombros. Llevaba una bata de vestir verde oscuro con brocado chino sobre un par de pantalones negros y su pecho al descubierto. Un monóculo con montura de oro en un ojo. Llevaba una pipa en la mano izquierda, y mientras examinaba a Will con tranquilidad, exhaló, enviando una nube de humo de olor dulce, que provocaba tos.

—Finalmente has renunciado y admites que estás enamorado de mí, ¿verdad? —le preguntó a Will—. Me gustan estas declaraciones sorpresa a

medianoche. —Se apoyó en el marco de la puerta y agitó una mano llena de anillos—. Vamos, dímelo.

Por una vez, Will se quedó sin habla. No era una posición en la que se hubiese encontrado con frecuencia, y se vio obligado a admitir que no le gustaba.

—Oh, déjalo en paz, Woolsey —dijo una voz familiar desde el interior de la casa: era Magnus, apresurándose por el pasillo. Estaba abotonando los puños de su camisa mientras se acercaba, y su pelo era una maraña negra de enredos—. Te dije que Will pasaría por aquí.

Will miró de Magnus a Woolsey. Magnus estaba descalzo, así como el hombre lobo. Woolsey tenía una brillante cadena de oro alrededor de su cuello. De ella colgaba un dije que decía *Beati Bellicosi*: "Bienaventurados sean los Guerreros." Debajo de ésta, había una huella de la pata de un lobo. Scott sorprendió a Will mirándola fijamente y sonrió. —¿Te gusta lo que ves? —preguntó él.

—*Woolsey* —dijo Magnus.

—Tu nota *tenía* algo que ver con convocar demonios, ¿no? —preguntó Will, mirando a Magnus—. Esto no es... que me estés pidiendo el favor que te debo ¿No?

Magnus negó con la cabeza. —No. Estos son negocios, nada más. Woolsey ha sido lo suficientemente amable como para permitirme hospedarme con él mientras decido qué hacer a continuación.

—Yo digo que vayamos a Roma —dijo Scott—. Adoro Roma.

—Todo eso está muy bien, pero primero necesito usar una habitación. Preferiblemente una con poco o nada en ella.

Scott se quitó el monóculo y miró fijamente a Magnus. —¿Y vas a hacer *qué*, en esa habitación? —Su tono fue más que sugerente.

—Invocar al demonio Marbas —dijo Magnus, mostrando una sonrisa.

Scott se ahogó con el humo de su pipa. —Supongo que todos tenemos nuestras ideas sobre lo que constituye una agradable velada...

—Woolsey. —Magnus pasó las manos por su espeso pelo negro—. No me gusta sacar esto a relucir, pero me debes una. ¿Hamburgo? ¿1863?

Scott, levantó las manos. —Oh, muy bien. Puedes utilizar la habitación de mi hermano. Nadie la ha usado desde que murió. Diviértete. Estaré en el salón con una copa de jerez y algunos pervertidos grabados de madera que he importado de Rumania.

Con eso, se volvió y caminó por el pasillo. Magnus hizo un gesto para que Will entrara, y éste entró con mucho gusto, con la calidez de la casa envolviéndolo como un manto. Ya que no había sirviente, se deslizó fuera de su chaqueta azul de lana y la colgó de su brazo mientras Magnus le observaba con una mirada curiosa. —Will —dijo—. Veo que no desperdiciaste el tiempo después de que recibiste mi nota. No te esperaba hasta mañana.

—Sabes lo que esto significa para mí —dijo Will—. ¿De verdad creías que lo dejaría estar?

Los ojos de Magnus buscaron en su rostro. —Estás preparado —dijo—. ¿Para que esto falle? ¿Para que no sea el demonio correcto? ¿Para que no funcione la convocatoria?

Por un momento, Will no pudo moverse. Podía ver su propio rostro en el espejo que colgaba de la puerta. Se horrorizó al ver lo salvaje que se veía, como si ya no hubiera ninguna barrera entre el mundo y los deseos de su propio corazón.

—No —dijo—. No estoy preparado.

Magnus negó con la cabeza. —Will... —suspiró—. Ven conmigo.

Se volvió con gracia felina y se dirigió por el pasillo a las escaleras de madera curvada. Will lo siguió a través de la escalera en penumbras, por la espesa alfombra persa que cubría los escalones amortiguando sus pasos. Unas hornacinas cubrían las paredes con estatuas de mármol pulido de cuerpos

entrelazados. Will apartó la vista de ellos a toda prisa, y luego miró hacia atrás. No era como si Magnus pareciera estar prestando atención a lo que estaba haciendo, y honestamente, nunca había imaginado que dos personas pudieran *llegar* a una posición como esa, y mucho menos hacer que se viera artística.

Llegaron al segundo piso, y Magnus se dirigió por un pasillo, abriendo las puertas a su paso y murmurando para sí. Finalmente, encontró la habitación correcta, abrió la puerta e hizo un gesto a Will para que lo siguiera.

El dormitorio del hermano muerto de Woolsey Scott era oscuro y frío, y el aire olía a polvo. Automáticamente, Will sacó a tientas su luz mágica, pero Magnus agitó una mano, provocando un fuego azul de sus dedos. Un fuego rugió de pronto en la chimenea, iluminando la habitación. *Estaba* amueblada, a pesar de que todo había sido cubierto con telas blancas: la cama, el armario y vestidores. Mientras Magnus caminaba por la habitación, subiéndose las mangas de la camisa y gesticulando con las manos, los muebles empezaron a deslizarse hacia atrás desde el centro de la habitación. La cama giró y se puso contra la pared, las sillas, escritorio y tocador, volaron a las esquinas de la habitación.

Will lanzó un silbido. Magnus sonrió. —Fácilmente impresionable —dijo Magnus, aunque su voz sonaba un poco sin aliento. Se arrodilló en el ahora desprovisto centro de la habitación y rápidamente dibujó un pentagrama. En cada punta del símbolo de ocultismo, garabateó una runa, aunque ninguna era de las runas que Will conocía del Libro Gris. Magnus elevó los brazos y los mantuvo extendidos sobre la estrella. Comenzó a cantar, y unas heridas se abrieron en sus muñecas, derramando sangre en el centro del pentagrama. Will se tensó cuando la sangre golpeó el suelo y empezó a arder con una luz azul sobrenatural. Magnus se alejó del pentagrama (aún cantando), buscó en su bolsillo, y sacó el diente del demonio. Mientras Will observaba, Magnus lo arrojó hacia el centro ahora en llamas de la estrella.

Por un momento, nada pasó. Entonces, fuera del corazón ardiente de fuego, comenzó a aparecer una forma oscura. Magnus había dejado de cantar, se puso de pie, con los ojos entrecerrados se centró en el pentagrama y lo que estaba sucediendo en su interior, las incisiones en sus brazos cerrándose rápidamente. Había poco sonido en la habitación, sólo el crepitar del fuego y la respiración

dura de Will, fuerte en sus oídos, mientras la oscura forma crecía en tamaño, se unía, y, finalmente, tomaba una forma sólida y reconocible.

Era el demonio azul de la fiesta, ya no iba vestido con ropa de noche. Su cuerpo estaba cubierto de escamas azules superpuestas, y una larga cola de color amarillento con un aguijón en la punta se movía de delante hacia atrás de él. El demonio miró de Will a Magnus, sus ojos escarlata entrecerrados.

—*¿Quién convoca al demonio Marbas?* —Exigió, con una voz que sonaba como si sus palabras hicieran eco desde el fondo de un pozo.

Magnus hizo un gesto con la barbilla hacia el pentagrama. El mensaje era claro: Este era problema de Will ahora.

Will dio un paso adelante. —¿No me recuerdas?

—*Sí. Me acuerdo de ti* —gruñó el demonio—. *Me perseguiste por los alrededores de la casa de campo de Lightwood. Me arrancaste uno de mis dientes.* —Abrió su boca, mostrando el espacio. —*Probé tu sangre.* —Su voz era un susurro—. *Cuando escape de este pentagrama, la probaré de nuevo, Nefilim.*

—No. —Will se mantuvo firme—. Te estoy preguntando *si me recuerdas*.

El demonio se quedó en silencio. Sus ojos, bailando con fuego, eran ilegibles.

—Hace cinco años —dijo Will—. Una caja. Un Pyxis. La abrí, y tú emergiste de ella. Estábamos en la biblioteca de mi padre. Atacaste, pero mi hermana me defendió con una espada serafín. *¿Me recuerdas ahora?*

Hubo un largo, largo silencio. Magnus mantenía sus ojos de su gato fijos en el demonio. Había una amenaza implícita en ellos, una que Will no podía leer. —Di la verdad —dijo Magnus finalmente—. O será malo para ti, Marbas.

La cabeza del demonio se traslado hacia la Will. —*Tú* —dijo a regañadientes—. *Tú eres ese chico. El hijo de Edmund Herondale.*

Will contuvo el aliento. Se sintió repentinamente mareado, como si fuera a

desmayarse. Clavó sus uñas en las palmas, fuertemente, cortando la piel, dejando que el dolor le aclarara la cabeza. —Lo recuerdas.

—Llevaba estado atrapado veinte años en esa cosa —gruñó Marbas—. Claro que recuerdo ser liberado. Imagínalo si puedes, idiota mortal, años de oscuridad, oscuridad, sin luz o movimiento; y luego el quiebre, la apertura. Y el rostro del hombre que te encarceló cerniéndose justo por encima de tu mirada.

—Yo no soy el hombre que te encarceló…

—No. Ese fue tu padre. Pero te veías tal cual como él a mis ojos. —El demonio sonrió—*. Recuerdo a tu hermana. Chica valiente, ahuyentándome con esa espada que apenas podía usar.*

—Ella la usó lo suficientemente bien como para mantenerte lejos de nosotros. Es por eso que nos lanzaste la maldición. Me la lanzaste a *mí*. ¿Te acuerdas de eso?

El demonio se rió entre dientes. —*"Todo aquel que te ame, morirá. Su amor será su destrucción. Puede tomar instantes, puede tomar años, pero cualquiera que te mire con amor, morirá por él. Y comenzaré con ella.*

Will sentía como si estuviera respirando fuego. Todo su pecho ardía. —Sí.

El demonio ladeó la cabeza—. *¿Y me convocaste para que pudiéramos rememorar ese evento en nuestro pasado en común?*

—Te convoqué, a ti, bastardo de piel azul, para que me quites la maldición de encima. Mi hermana; Ella; murió esa noche. Dejé a mi familia para mantenerlos a salvo. Han pasado cinco años. Es suficiente. *¡Suficiente!*

—No trates de ganar mi piedad, mortal —dijo Marbas—. *Fui torturado veinte años en esa caja. Tal vez tú también deberías sufrir durante veinte años. O doscientos…*

Todo el cuerpo de Will se tensó. Antes de que pudiera lanzarse hacia el pentagrama, Magnus dijo, con voz tranquila: —Algo de esta historia me parece extraño, Marbas.

Los ojos del demonio miraron hacia él. —*¿Y qué es eso?*

—Un demonio, al ser liberado de un Pyxis, suele ser más débil, después de haber sido privado de comida durante el tiempo que estuvo preso. Demasiado débil para lanzar una maldición tan ingeniosa y fuerte como la que dices que has puesto sobre Will.

El demonio susurró algo en un idioma que Will no conocía, uno de los idiomas menos comunes de demonios, no cthonic o purgatic. Los ojos de Magnus se estrecharon.

—Pero ella murió —dijo Will—. Marbas dijo que mi hermana iba a morir, y lo hizo. Esa noche.

Los ojos de Magnus seguían fijos en el demonio. Una especie de batalla de voluntades se llevaba a cabo en silencio, fuera del rango de comprensión de Will. Finalmente, Magnus dijo, en voz baja,

—¿Realmente quieres desobedecerme, Marbas? ¿Deseas la ira de mi padre?

Marbas escupió una maldición, y se volvió hacia Will. Su hocico se estremeció. —*El mestizo está en lo correcto. La maldición era falsa. Tu hermana murió porque la golpeé con mi aguijón.* —Agitó su cola amarillenta de ida y vuelta, y Will recordó a Ella caer al suelo siendo golpeada por esa cola, la hoja deslizándose de su mano—. *Nunca ha habido una maldición sobre ti, Will Herondale. No puesta por mí.*

—No. —dijo Will en voz baja—. No, no es posible.

Sintió como si una gran tormenta soplara a través de su cabeza, recordó la voz de Jem diciendo *el muro se está viniendo abajo*, e imaginó un gran muro que le había rodeado, aislándolo, durante años, desmoronándose hasta convertirse en arena. Era libre; y estaba solo, y el viento helado cortaba a través de él como un cuchillo.

—No. —Su voz había adquirido un tono bajo, de lamento—. *Magnus*...

—¿Estás mintiendo, Marbas? —Magnus le interrumpió—. ¿Juras por Baal que estás diciendo la verdad?

—*Lo juro* —dijo Marbas, rodando sus ojos rojos—. *¿Qué beneficio tendría para mí mentir?*

Will se deslizó sobre sus rodillas. Sus manos rodearon su estómago como si tratara de evitar que sus entrañas se derramaran. *Cinco años*, pensó. Cinco años perdidos. Oyó a su familia gritando y golpeando las puertas del Instituto y él ordenándole a Charlotte que los enviara lejos. Y ellos nunca habían sabido por qué. Habían perdido una hija y un hijo en cuestión de días, y nunca habían sabido por qué. Y los otros: Henry, Charlotte, Jem… y Tessa, las cosas que había hecho…

Jem es mi gran pecado.

—Will está en lo correcto —dijo Magnus—. Marbas, eres un bastardo de piel azul. *¡Arde y muere!*

En algún lugar en el borde de la visión de Will, una llama de color rojo oscuro se elevó hacia el techo; Marbas gritó, un grito de agonía cortado tan rápidamente como había empezado. El hedor de la carne de demonio ardiendo llenó la habitación. Y Will aún se encontraba de rodillas, su respiración cortando dentro y fuera de sus pulmones. *Oh Dios, oh Dios, oh Dios.*

Manos gentiles le tocaron el hombro. —Will —dijo Magnus, y no había humor en su voz, sólo una sorprendente bondad—. Will, lo siento.

—Todo lo que he hecho —dijo Will. Sus pulmones se sentían como si no pudiera obtener suficiente aire—. Todas las mentiras, la gente que he alejado, el abandonar a mi familia, las cosas imperdonables que le he dicho a Tessa… un desperdicio. Un maldito desperdicio, y todo por culpa de una mentira que fui lo suficientemente estúpido como para creer.

—Tenías doce años de edad. Tu hermana había muerto. Marbas era una

criatura astuta. Había engañado a magos poderosos, no le importaba un niño que no tenía conocimiento del Mundo de las Sombras.

Will se miró las manos. —Toda mi vida destrozada, destruida...

—Tienes diecisiete años —dijo Magnus—. No puedes haber destruido una vida que apenas has vivido. ¿Y no entiendes lo que esto significa, Will? Has pasado los últimos cinco años convencido de que nadie podría amarte, porque si lo hicieran, estarían muertos. El mero hecho de su supervivencia demostraba su indiferencia hacia ti. Pero estabas equivocado. Charlotte, Henry, Jem; tu familia…

Will tomó una respiración profunda, y luego la dejó escapar. La tormenta en su cabeza estaba menguando poco a poco.

—Tessa —dijo.

—Bueno. —Había un toque de humor en la voz de Magnus. Will se dio cuenta de que el brujo estaba arrodillado junto a él. *Estoy en la casa de un hombre lobo,* pensó Will*, con un brujo consolándome, y las cenizas de un demonio muerto a pocos metros de distancia. ¿Quién podría haberlo imaginado?*—. No puedo darte ninguna garantía de lo que siente Tessa . Si no lo has notado, ella es una chica decididamente independiente. Pero tienes la oportunidad de ganar su amor, como cualquier otro hombre, Will, ¿No era eso lo que querías? —Le dio una palmadita en el hombro a Will y retiró la mano, poniéndose de pie, una sombra oscura cerniéndose sobre Will—. Si te sirve de consuelo, por lo que observé en el balcón la otra noche, creo que le gustas.

***

Magnus vio mientras Will caminaba por el camino de entrada de la casa. Al llegar a la puerta de la valla, se detuvo, con la mano en el picaporte, como si dudara en el umbral del comienzo de un viaje largo y difícil. La luna había salido de detrás de las nubes y brillaba en su espeso cabello negro, el blanco pálido de sus manos.

—Muy curioso —dijo Woolsey, apareciendo detrás de Magnus en la puerta. Las

cálidas luces de la casa volvieron el cabello rubio oscuro de Woolsey en una maraña de oro pálido. Se veía como si hubiera estado durmiendo—. Si no te conociera lo suficiente, diría que sientes afecto por ese muchacho.

—¿Conocerme lo suficiente en qué sentido, Woolsey? —preguntó Magnus, distraído, sin dejar de observar a Will, y la luz destellando en el Támesis detrás de él.

—Él es un Nefilim —dijo Woolsey—. Y ellos nunca te han importado. ¿Cuánto te pagó para convocaras a Marbas por él?

—Nada —dijo Magnus, y ahora no veía nada de lo que estaba allí, ni al río, ni a Will, sólo un montón de sus recuerdos; ojos, caras, labios, retrocediendo en su memoria, un amor al que ya no podía poner un nombre—. Me hizo un favor. Uno que ni siquiera recuerda.

—Es muy bonito —comentó Woolsey—. Para ser humano.

—Está muy dañado —afirmó Magnus—. Igual que un bonito jarrón que alguien ha quebrado. Sólo la suerte y habilidad pueden armarlo de nuevo y dejarlo como era antes.

—O la magia.

—He hecho lo que he podido —dijo Magnus suavemente, mientras Will empujaba el cerrojo, al fin, y la puerta se abría. Mirando hacia el Paseo.

—No parece muy feliz —observó Woolsey—. Sea lo que sea que hiciste por él…

—Está en shock en este momento —dijo Magnus—. Ha creído algo por cinco años, y ahora se ha dado cuenta de que todo este tiempo ha estado viendo el mundo a través de un mecanismo defectuoso, que todo lo que sacrificó en nombre de lo que él pensaba que era bueno y noble, ha sido un desperdicio, y que sólo ha lastimado a los que amaba.

—Dios mío —exclamó Woolsey—. ¿Estás completamente seguro de que le has ayudado?

Will atravesó la puerta, y esta se cerró detrás de él. —Muy seguro —dijo Magnus—. Siempre es mejor vivir la verdad que vivir una mentira. Y esa mentira lo habría mantenido solo para siempre. Puede haber tenido casi nada durante cinco años, pero ahora puede tenerlo todo. Un muchacho que se ve así...

Woolsey se rió entre dientes.

—Aunque ya ha entregado su corazón —dijo Magnus—. Tal vez sea lo mejor. Lo que necesita ahora es amar y ser amado. No ha tenido una vida fácil para alguien tan joven. Sólo espero que ella lo entienda.

Incluso desde esta distancia, Magnus pudo ver a Will tomar una respiración profunda, cuadrar los hombros, y comenzar a caminar por el Paseo.

Y, Magnus estaba muy seguro de que no se lo estaba imaginando, parecía casi como si diera pequeños saltos mientras caminaba.

—No puedes salvar a todos los pájaros caídos —afirmó Woolsey, recostándose contra la pared y cruzándose de brazos—. Aunque sean guapos.

—Uno bastará —dijo Magnus, y, mientras Will desaparecía de su vista, dejó que la puerta de la casa se cerrara de golpe.

18
Hasta Que Muera

Traducido por Carmen_Lima
Corregido por Pamee

Toda mi vida tuve que aprender a amar.
En esta hora, mi arte puedo probar
Y hablar de mi pasión, ¿cielo o infierno?
¿Ella no me dará el cielo? ¡Está bien!

—Robert Browning, "Una Forma de Amar"

¡Señorita, Señorita! —Tessa despertó lentamente, Sophie sacudía su hombro. La luz del sol entraba desde arriba por las altas ventanas. Sophie sonreía, sus ojos estaban chispeantes—. La Señora Branwell me ha enviado para llevarla de vuelta a su cuarto. No puede quedarse aquí por siempre.

—Uf. ¡No lo querría! —Tessa se sentó, entonces cerró sus ojos cuando el mareo la atravesó—. Puede que tengas que ayudarme a subir, Sophie —le dijo con voz compungida—. No estoy tan estable como podría.

—Por supuesto, señorita. —Sophie alcanzó a Tessa y enérgicamente la ayudó a salir de la cama. A pesar de su delgadez, era realmente fuerte. Tenía que serlo, ¿no?, pensó Tessa, por años de subir y bajar la pesada ropa por las escaleras, y el carbón de los cubos para las parrillas. Tessa se estremeció un poco cuando sus pies golpearon el piso frío, y no pudo evitar echar un vistazo para ver si Will estaba en su cama de la enfermería.

No estaba.

—¿Will se encuentra bien? —preguntó, mientras Sophie la ayudaba a deslizar sus pies en las zapatillas—. Me desperté un momento ayer y los vi extrayendo el metal de su espalda. Se veía atroz.

Sophie bufó. —Se veía peor de lo que era, entonces. El Sr. Herondale apenas les dejó hacerle una *iratze* antes de marcharse. En plena noche para hacer quién diantres sabe qué.

—¿*Se fue*? Hubiera jurado que hablé con él anoche.

Ahora se encontraban en el vestíbulo, Sophie guiaba a Tessa con una mano suave en su espalda. Unas imágenes comenzaban a tomar forma en la cabeza de Tessa. Las imágenes de Will a la luz de la luna, de sí misma, diciéndole que nada importaba, que sólo era un sueño, y lo había sido, ¿verdad?

—Debe de haberlo soñado, señorita. —Habían alcanzado el cuarto de Tessa, y Sophie estaba distraída, intentando girar la manija de la puerta sin soltar a Tessa.

—Está bien, Sophie. Puedo mantenerme en pie por mí misma.

Sophie protestó, pero Tessa insistió con firmeza suficientemente, por lo que Sophie pronto tuvo la puerta abierta y avivó el fuego en el hogar, mientras Tessa se hundía en un sillón. Había una cazuela de té y un plato de emparedados situados a un lado de la cama, y ella se sirvió agradecidamente. Ya no se sentía mareada, pero estaba cansada, con un cansancio que era más espiritual que físico. Recordó el sabor amargo de la tisana que había bebido, y la forma que se había sentido al ser sostenida por Will, pero ese había sido un sueño. Se preguntó cuánto de lo que había visto anoche había sido un sueño: Jem susurrando al pie de su cama, Jessamine sollozando en sus mantas en la Ciudad Silenciosa…

—Sentí mucho saber lo de su hermano, señorita. —Sophie estaba de rodillas junto al fuego, las llamas reavivando e iluminando su hermoso rostro. Su cabeza estaba doblada, y Tessa no podía ver su cicatriz.

—No tienes que decir eso, Sophie. Sé que fue su culpa, en realidad, acerca de Agatha…y Thomas…

—Pero era su hermano. —La voz de Sophie era firme—. La sangre se aflige por la sangre. —Ella se inclinó más allá sobre las brasas, y hubo algo sobre la bondad en su voz, y el modo en que su pelo se rizó, oscuro y vulnerable, contra su nuca, que le hizo a Tessa decir:

—Sophie, te vi con Gideon el otro día.

Sophie se puso rígida inmediatamente, completamente, sin volverse a mirar a Tessa. —¿Qué quiere decir, señorita?

—Regresé por mi collar —explicó Tessa—. Mi ángel mecánico; para la suerte. Y te vi con Gideon en el corredor. —Ella tragó. —Él estaba… apretando tu mano. Como un pretendiente.

Hubo un silencio largo, largo, mientras Sophie miraba perdidamente hacia el oscilante fuego. Al fin, dijo: —¿Va a decírselo a la Señora Branwell?

Tessa retrocedió. —¿Qué? ¡Sophie, no! Yo simplemente… quería advertirte.

La voz de Sophie fue plana. —¿Advertirme sobre qué?

—Los Lightwood… —Tessa tragó—. No son gente decente. Cuando estuve en su casa… acompañando a Will… vi cosas horribles, horribles…

—¡Ese es el señor Lightwood, no sus hijos! —La agudeza en la voz de Sophie sobresaltó a Tessa—. ¡No son como él!

—¿Qué tan diferentes podrían ser?

Sophie se puso de pie, el atizador traqueteó ruidosamente en el fuego. —¿Piensa soy tan tonta que habría dejado que algún caballero pasado de listo se burlara de mí después de todo lo que he pasado? ¿Después de todo lo que la Señora Branwell me enseñó? Gideon es un buen hombre…

—¡Es cuestión de crianza, Sophie! ¿Te lo puedes imaginar yendo a Benedict Lightwood y diciéndole que quiere casarse con una mundana, y por si fuera poco, una criada? ¿Lo puedes ver haciendo eso?

La cara de Sophie se retorció. —Usted no sabe nada —dijo—. No sabe lo que él haría por nosotros…

—¿Te refieres al *entrenamiento?* —Tessa estaba incrédula—. Sophie, realmente…

Pero Sophie, negando con la cabeza, recogió sus faldas y salió del cuarto, dejando que la puerta se cerrase de un golpe tras ella.

***

Charlotte, con los codos sobre la mesa de la sala de estar, suspiró y arrugó su catorceava hoja de papel, y la lanzó al fogón. El fuego chisporroteó por un momento, consumiendo lo escrito mientras se ennegrecía y se volvía cenizas.

Recogió su pluma, la sumergió en el tintero, y comenzó de nuevo.

Yo, Charlotte Mary Branwell, hija de Nefilim, por este medio y en esta fecha, presento mi dimisión como directora del Instituto de Londres, en nombre de mí y de mi marido, Henry Jocelyn Branwell…

—¿Charlotte?

Su mano tembló fuertemente, enviando una gota de tinta a través de la página, arruinando su cuidadosa escritura. Levantó la mirada y vio a Henry rondando el escritorio, una mirada de preocupación en su pecosa cara delgada. Ella dejó su pluma. Fue consciente, (como siempre lo era con Henry y raramente en algún otro momento), de su apariencia física: que su pelo se había soltado de su moño, que su vestido no era nuevo y tenía una mancha de tinta en la manga, y que sus ojos estaban cansados e hinchados por haber llorado.

—¿Qué sucede, Henry?

Henry vaciló. —Es sólo que he estado… Querida, ¿qué escribes? —Él se acercó rodeando el escritorio, mirando por encima su hombro—. *¡Charlotte!* —Arrebató el papel del escritorio; aunque la tinta había embarrado la carta, quedaba suficiente de lo que ella había escrito como para él tuviera una idea de la esencia del asunto—. ¿Renunciando al Instituto? ¿Cómo puedes?

—Es mejor renunciar que dejar que el Cónsul Wayland venga por mi cabeza y me saque a la fuerza —respondió Charlotte, en voz baja.

—¿No te refieres a *nosotros*? —Henry parecía herido—. ¿Debería tener voto en esta decisión al menos?

—Nunca antes te has interesado por el funcionamiento del Instituto. ¿Por qué lo harías ahora?

Henry lucía como si ella le hubiera abofeteado, y fue lo que hizo que Charlotte se levantara, pusiera sus brazos a su alrededor y besara su mejilla pecosa. Ella recordó cuando se había enamorado de él, que había pensado que él le recordaba a un perrito adorable, con sus manos un poco grandes para el resto de su cuerpo, sus grandes ojos color avellana, su comportamiento impaciente. Que la mente detrás de esos ojos era tan lista e inteligente como la suya propia, fue algo que siempre había creído, aun cuando los otros se habían reído de las excentricidades de Henry. Ella siempre había pensado que sería

suficiente estar juntos siempre, y amarlo si él la amaba o no. Pero eso había sido antes.

—Charlotte —dijo él ahora—. Sé por qué estás molesta conmigo.

Su barbilla se sacudió en sorpresa. ¿Podría ser realmente tan perceptivo? A pesar de su conversación con el Hermano Enoch, ella había pensado que nadie lo había notado. Apenas había podido pensar en eso por sí misma, mucho menos cómo reaccionaría Henry cuando lo supiera. —¿Lo sabes?

—Porque no fui contigo para encontrarnos con Woolsey Scott.

El alivio y la decepción pelearon en el pecho de Charlotte. —Henry — suspiró—. Eso difícilmente…

—No me percaté —la interrumpió—. Algunas veces quedo tan absorto en mis ideas, siempre has sabido eso sobre mí, Lottie.

Charlotte se sonrojó. Muy raras veces la llamaba así.

—Lo cambiaría si pudiera. De toda la gente en el mundo, yo pensé que tú me entendías. Tú sabes… sabes que esto no sólo arreglar cosas para mí. Sabes que quiero crear algo que haga al mundo mejor, hacer cosas mejores para los Nefilim. Como tu lo haces, dirigiendo el Instituto. Y aunque yo sepa que siempre estaré en segundo lugar para ti…

—¿En segundo lugar para *mí?* —La voz de Charlotte se elevó hasta convertirse en un chirrido incrédulo. —¿Qué *tú* estás en segundo lugar para *mí?*

—Está bien, Lottie —le respondió Henry con una suavidad increíble—. Supe cuando aceptaste en casarte conmigo que era porque necesitabas estar casada para manejar el Instituto, que nadie aceptaría una mujer soltera en la posición de director…

—Henry. —Charlotte se puso de pie, temblando—. ¿Cómo me puedes decir esas cosas tan terribles?

Henry pareció perplejo. —Pensé que simplemente esa era la forma en que…

—¿Crees que no sé por qué te casaste conmigo? —sollozó Charlotte—. ¿Crees que no sé acerca del dinero que tu padre le debía al mío, o que mi papá prometió perdonar la deuda tú si te casabas conmigo? Él siempre quiso un niño, alguien que manejase al Instituto después de él, y si no pudo tenerlo, bueno, *por*

qué no pagar por casar a su hija incasable… con algún muchacho pobre que lo hacía solo por cumplir con su familia.

—CHARLOTTE. —Henry se había puesto de un rojo ladrillo. Ella nunca lo había visto tan furioso—. ¿DE QUÉ DIANTRES ESTÁS HABLANDO?

Charlotte se apoyó contra el escritorio. —Lo sabes muy bien —continuó—. Es el motivo por el que te casaste conmigo, ¿cierto?

—¡Nunca me habías dicho una palabra sobre esto antes de hoy!

—¿Por qué lo haría? No es nada que tú no supieras.

—Lo es, de hecho. —Los ojos de Henry ardían—. No sé nada sobre mi padre debiéndole algo al tuyo, nada. Busqué a tu padre de buena fe y le pregunté si él me haría el honor de darme permiso para pedir tu mano en matrimonio. ¡No hubo nunca ninguna discusión sobre dinero!

Charlotte contuvo la respiración. Durante los años que habían estado casados, ella nunca había dicho una palabra acerca de las circunstancias de su compromiso matrimonial a Henry; nunca le había visto alguna razón, y ella nunca antes había querido oír algún balbuceo de negación de lo que ella sabía era verdad. ¿No se lo había dicho su padre cuando le había contado sobre la propuesta de Henry? *Él es un hombre bastante bueno, mejor que su padre, y tú necesitas alguna clase de marido, Charlotte, si vas a dirigir el Instituto. He perdonado las deudas de su padre, de modo que el asunto está cerrado entre nuestras familias.*

Por supuesto, él nunca le contó, no con tan pocas palabras, que por eso Henry había pedido casarse con ella. Ella había asumido…

—No eres una mujer sin atractivo —añadió Henry, su cara aún estaba enrojecida—. Eres hermosa. Y no le pregunté a tu padre si podía casarme contigo por deber; lo hice porque te amé, siempre te he amado. Soy tu *marido.*

—No pensé que quisieras serlo —susurró ella.

Henry sacudió la cabeza. —Sé que las personas me llaman a excéntrico. Peculiar. Incluso loco. Todas esas cosas. Nunca he prestado atención. Pero, que tú pienses que soy tan débil de carácter… ¿Por lo menos me amas?

—¡Por supuesto que te amo! —exclamó Charlotte—. Eso nunca estuvo en duda.

—¿No lo estuvo? ¿Piensas que no oigo lo que habla la gente? Hablan de mí como si no estuviera allí, como si fuera una especie de idiota. Le he oído decir a Benedict Lightwood un suficiente número de veces que tú te casaste conmigo únicamente con la finalidad de fingir que un hombre dirige el Instituto…

Ahora fue el turno de Charlotte de enfurecerse. —¡Y me criticas por creerte débil de carácter! Henry, nunca me hubiera contigo por esa razón, nunca en mil años. Entregaría el Instituto en un momento antes de renunciar…

Henry la contemplaba, sus amplios ojos color avellana, su cabello pelirrojo erizándose como si hubiera pasado sus manos locamente por éste tantas veces que corría el peligro de sacarlo en penachos. —¿Antes de renunciar a qué?

—Antes de renunciar a *ti* —le respondió. —¿No sabes eso?

Y luego ella no dijo nada más, ya que los brazos de Henry la rodearon y la besó. La besó de tal manera que ella ya no se sintió mediocre, o consciente de su pelo o de la tinta que manchaba su vestido o cualquier cosa excepto de Henry, a quién ella siempre había amado. Las lágrimas brotaron y cayeron por sus mejillas, y cuando él se alejó, le tocó la cara mojada con asombro.

—¿De verdad —dijo— me amas también, Lottie?

—Por supuesto que te amo. No me casé contigo para tener a alguien con quien manejar el Instituto, Henry. Me casé contigo porque… porque sabía que no me importaría lo difícil que fuera dirigir este lugar, o lo mal que la Clave me tratara, si sabía que el tuyo sería el último rostro que vería todas las noches antes de ir a dormir. —Lo golpeó ligeramente en el hombro—. Hemos estado casados por años, Henry. ¿Qué *creíste* que sentía por ti?

Él encogió sus delgados hombros y besó la parte superior de su cabeza. —Pensé que te agradaba —dijo bruscamente—. Pensé que podrías llegar a amarme, con el tiempo.

—Eso es lo que yo pensaba de ti —respondió ella dudosamente—. ¿Podíamos ser ambos realmente tan estúpidos?

—Bueno, no estoy sorprendido sobre mí —expresó Henry—. Pero honestamente, Charlotte, debiste tener un mejor criterio.

Ella ahogó una carcajada. —¡Henry! —Le apretó los brazos—. Hay algo más que tengo de decirte, algo muy importante…

La puerta de la sala de estar se abrió estrepitosamente. Era Will. Henry y Charlotte se distanciaron y clavaron los ojos en él. Se veía exhausto, pálido, y con oscuras ojeras bajo sus ojos; pero había una claridad en su cara que Charlotte nunca había visto antes, una especie de brillo en su expresión. Ella esperó un comentario sarcástico o una fría observación, pero en lugar de eso, les sonrió con alegría.

—Henry, Charlotte —exclamó— no han visto a Tessa, ¿verdad?

—Probablemente está en su habitación —respondió Charlotte, desconcertada—. Will, ¿sucede algo? ¿No deberías estar descansando? Después de las lesiones que recibiste…

Will hizo un gesto con la mano. —Tus excelentes *iratzes* hicieron su trabajo. No requiero descanso. Sólo quiero ver a Tessa, y preguntarle… —se interrumpió, clavando sus ojos en la carta que se encontraba en el escritorio de Charlotte. Con algunas zancadas de sus largas piernas, llegó al escritorio, la tomó rápidamente, y la leyó con la misma mirada de consternación que había mostrado Henry. —¡Charlotte… no, no puedes entregar el Instituto!

—La Clave te encontrará otro lugar para vivir —le respondió Charlotte—. O puedes quedarte aquí hasta que cumplas los dieciocho años, aunque los Lightwood…

—No querría vivir aquí sin ti y Henry. Por qué crees que me quedo… ¿por el ambiente? —Will agitó la hoja de papel hasta que crujió—. Incluso extraño a Jessamine… bueno, un poco. Y los Lightwood despedirán a nuestros sirvientes y los reemplazarán con los suyos. Charlotte, no puedes hacerlo. Ésta es nuestra casa. Es el hogar de Jem, el hogar de Sophie.

Charlotte lo miró fijamente. —Will, ¿estás seguro de que no tienes fiebre?

—Charlotte. —Will dejó de un golpe la hoja sobre el escritorio—. T*e prohíbo* que abandones tu cargo de directora. ¿Entiendes? Durante todos estos años has hecho todo por mí como si fuera de tu sangre, y nunca te he dicho cuán agradecido estoy. Eso va por ti también, Henry. Pero estoy agradecido, y debido a eso no te dejaré cometer este error.

—Will —dijo Charlotte—. Se ha acabado. Sólo tenemos tres días para encontrar a Mortmain, y posiblemente no podemos hacer eso. Simplemente no hay tiempo.

—Cuelguen a Mortmain —exclamó Will—. Y lo dijo literalmente, y por supuesto, también figuradamente. El límite de dos semanas para hallar a Mortmain fue en esencia determinado por Benedict Lightwood como una prueba ridícula. Una prueba que, resulta, era una trampa. Él trabaja para Mortmain. Esta prueba era su tentativa de provocar tu retiro del Instituto. Pero si nosotros exponemos a Benedict por lo que es, el títere de Mortmain, el Instituto es tuyo otra vez, y la búsqueda de Mortmain puede continuar.

—Tenemos la palabra de Jessamine de que exponer a Benedict es jugar en las manos de Mortmain…

—No podemos no hacer nada —dijo Will, firmemente—. Eso vale al menos una conversación, ¿no te parece? —Charlotte no podía pensar en una palabra que decir. Este Will no era el Will que ella conocía. Era firme, franco, con un brillo intenso en sus ojos. Si el silencio de Henry fuese algo que creer, él estaba igualmente asombrado. Will asintió, como tomando esto como un acuerdo.

—Excelente —exclamó—. Le diré a Sophie que reúna a los demás.

Y salió rápidamente de la habitación.

Charlotte miró fijamente hacia arriba a su marido, todos los pensamientos de las noticias que ella había deseado decirle abandonaron su mente. —¿Ese era *Will?* —preguntó ella, finalmente.

Henry arqueó una ceja pelirroja. —Quizá fue secuestrado y reemplazado por un autómata —sugirió—. Parece posible…

Por una vez Charlotte sólo pudo encontrar que estaba de acuerdo.

***

Tessa terminó los emparedados y el resto de su té sombríamente, maldiciendo su incapacidad de mantener la nariz alejada de los asuntos de otras personas. Una vez que terminó, se puso su vestido azul, encontrando la tarea difícil sin la asistencia de Sophie. *Mírate*, pensó, *echada a perder luego de solo algunas semanas de tener a una doncella. No te puedes vestir, no puedes dejar de husmear donde no te quieren. Pronto necesitarás a alguien para qué te de gachas de avena en tu boca o morirás de hambre.* Hizo una horrible mueca hacia si misma en el espejo y se sentó en su tocador, recogiendo el cepillo de plata y pasando sus cerdas a través de su largo cabello castaño.

Un golpe sonó en la puerta. *Sophie*, pensó Tessa con esperanza, regresando por una disculpa. Bueno, iba a conseguir una. Tessa dejó caer el cepillo y corrió para abrir la puerta.

Así como una vez ella había esperado a Jem y se desilusionó al hallar a Sophie en su umbral, ahora, que esperaba a Sophie, estuvo sorprendida de encontrar a Jem en su puerta. Él llevaba puesto una chaqueta gris y pantalones de lana, con lo que su cabello plateado se veía casi blanco.

—Jem —dijo, alarmada—. ¿Está todo bien?

Sus ojos grises buscaron su cara, su cabello largo, suelto. —Te ves como si estuvieras esperando a alguien más.

—Sophie. —Tessa suspiró, y metió un rizo perdido detrás de su oreja—. Temo que la he ofendido. Mi hábito de hablar antes de pensar me ha pillado otra vez.

—Oh —dijo Jem, con una falta desacostumbrada de interés. Usualmente, él le habría preguntado a Tessa lo que le había dicho a Sophie, y la tranquilizaría o ayudaría a pensar un curso de acción para ganar el perdón de Sophie. Su acostumbrado interés vívido parecía haber desaparecido extrañamente, pensó Tessa alarmada. También estaba muy pálido, y parecía estar mirando detrás de ella como revisando para ver si estaba realmente sola. —Es ahora… es decir, me gustaría hablarte en privado, Tessa. ¿Te sientes bastante bien?

—Eso depende de lo que tengas que decirme —le respondió risueña, pero cuando su risa no trajo una sonrisa en respuesta, la aprensión aumentó dentro de ella—. ¿Jem… me prometes que todo está bien? Will…

—Esto no es sobre Will —respondió—. Will está fuera vagando y sin duda perfectamente bien. Esto es sobre… pues bien, supongo que podrías decir que es sobre mí. —Recorrió con la mirada de arriba abajo por el corredor—. ¿Puedo entrar?

Tessa pensó brevemente en lo que diría la tía Harriet acerca de una chica que le permitiera ingresar a su dormitorio a un muchacho con el cual no estaba relacionada cuando no había nadie más allí. Pero la misma tía Harriet había estado enamorada una vez, pensó Tessa. Lo bastante enamorada como para dejar que su prometido hiciera… pues bien, cualquier cosa que fuese exactamente lo que dejaba a una mujer embarazada. La tía Harriet, si estuviese

viva, no habría estado en ninguna posición de hablar. Y además, el protocolo era diferente para los Cazadores de Sombras.

Ella abrió la puerta de par en par. —Sí, adelante.

Jem entró en el cuarto, y cerró la puerta firmemente detrás de él. Caminó hacia el hogar y apoyó un brazo contra el manto de la chimenea; luego, pareció decidir que esta posición era poco satisfactoria, retrocedió hacia donde estaba Tessa, en medio de la habitación, y se puso frente a ella.

—Tessa —dijo.

—Jem —contestó, imitando su tono serio, pero nuevamente él no sonrió. —Jem —dijo otra vez, más tranquila—. Si esto es sobre tu salud, tu… enfermedad, por favor dime. Haré lo que pueda por ayudarte.

—No es —respondió— sobre mi enfermedad. —Respiró hondo—. Sabes que no hemos encontrado a Mortmain —dijo—. En pocos días, el Instituto puede ser entregado a Benedict Lightwood. Indudablemente, él nos dejaría a Will y a mí quedarnos aquí, pero no a ti, y tengo pocas ganas de vivir en una casa que él maneje. Y Will y Gabriel se matarían el uno al otro en un minuto. Sería el fin de nuestro pequeño grupo; Charlotte y Henry encontrarían una casa, no tengo ninguna duda, y Will y yo quizá iríamos a Idris hasta que cumpliésemos los dieciocho, y Jessie… supongo que depende de la sentencia que la Clave le imponga. Pero no te podríamos llevar a Idris con nosotros. Tú no eres una Cazadora de Sombras.

El corazón de Tessa había comenzado a palpitar rápidamente. Ella se sentó de pronto, en el borde de su cama. Se sentía ligeramente mareada. Recordó la mofa burlona de Gabriel sobre los Lightwood y su 'empleo' para ella. Habiendo estado en el baile en esa casa, pudo imaginarse que sería mucho peor.

—Ya veo —expresó ella—. ¿Pero adonde debo ir…? No, no me contestes eso. No eres responsable por mí. Gracias por decírmelo, al menos.

—Tessa…

—Todos ustedes ya han sido tan amables como las normas lo han permitido —añadió— me permitieron vivir aquí, lo que no les ha servido de nada ante la Clave. Encontraré un lugar…

—Tu lugar está conmigo —le respondió Jem—. Siempre lo será.

—¿Qué quieres decir?

Él se sonrojó, el color oscuro contra su pálida piel. —Quiero decir —dijo—, Tessa Gray, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Tessa se sentó muy erguida. —*¡Jem!*

Se contemplaron el uno al otro por un momento. Finalmente; intentando aligerar el momento, él añadió, aunque su voz se quebró: —Ese no fue un no, supongo, aunque tampoco fue un sí.

—No puedes decirlo en serio.

—Lo digo en serio.

—No puedes. No soy una Cazadora de Sombras. Te expulsarían de la Clave…

Dio un paso más cerca de ella, sus ojos estaban ansiosos. —Puede que no seas precisamente una Cazadora de Sombras. Pero tampoco eres una mundana, ni probablemente una Submundo. Tu situación es única, así que no sé lo que hará la Clave. Pero no pueden prohibir algo que no está prohibido por las leyes. Tendrán que tomar tú… nuestro caso en consideración de forma individual, y eso podría llevar meses. Mientras tanto, no pueden impedir nuestro compromiso.

—Hablas *en serio.* —Su boca estaba seca—. Jem, tal bondad de tu parte es ciertamente increíble. Te honra. Pero no puedo dejar que te sacrifiques de esa manera por mí.

—*¿Sacrificio?* Tessa, yo te amo. *Quiero* casarme contigo.

—Yo… Jem, es solo que eres tan amable, tan generoso. ¿Cómo puedo confiar en que tú no estás haciendo esto sólo por mí?

Él metió la mano en el bolsillo de su chaleco y extrajo algo liso y circular. Era un colgante de jade de un verde blanquecino, con caracteres chinos tallados que ella no sabía leer. Él se lo presentó en una mano que temblaba muy ligeramente.

—Te podría dar mi anillo de familia —explicó—. Pero se supone que se devuelve cuando el compromiso termina, y se cambia por runas. Quiero darte algo que será tuyo por siempre.

Ella negó con la cabeza. —No puedo…

Él la interrumpió. —Esto se lo dio mi papá a mi mamá cuando se casaron. La escritura es de Yo Ching, del *Libro de los Cambios*. Dice: *Cuando dos personas son uno en lo más profundo de sus corazones, rompen incluso la dureza del hierro o del bronce.*

—¿Y piensas que lo somos? —preguntó Tessa, la impresión convirtió su voz en un susurro—. ¿Somos uno?

Jem se arrodilló a sus pies, de modo que él mirara fijamente en su cara. Ella lo vio como había estado en el puente Blackfriars, una preciosa sombra plateada contra la oscuridad. —No puedo explicar el amor —susurró él—. No puedo decirte si te amé desde el primer momento que te vi, o si fue al segundo o al tercero o cuarto. Pero recuerdo que el primer momento en te vi caminar hacia mí y me di cuenta de que en cierta forma, el resto de mundo parecía desaparecer cuando estaba contigo. Que tú eras el centro de todo lo que hacía, sentía y pensaba.

Tessa abrumada, negó con la cabeza lentamente. —Jem, nunca me imaginé…

—Hay una fuerza y resistencia en el amor —explicó él—. Es lo que significa esa descripción. Está en la ceremonia matrimonial de los Cazadores de Sombras, también. *Pues el amor es tan fuerte como la muerte.* ¿No has visto lo bien que he estado estas ultimas semanas, Tessa? He estado menos enfermo, tosiendo menos. Me siento más fuerte, necesito menos de las drogas… por ti. Porque mi amor por ti me sustenta.

Tessa lo miró fijamente. ¿Era incluso posible tal cosa, fuera de los cuentos de hadas? Su delgado rostro resplandecía con luz; estaba claro que él lo creía, claro que sí. Y él *había estado* mejor.

—*Tú* hablas de sacrificio, pero no es mi sacrificio el que ofrezco. Es el tuyo el que pido —continuó él—. Te puedo ofrecer mi vida, pero es una vida breve; te puedo ofrecer mi corazón, aunque no tengo ni idea cuántos más latidos sustentará. Pero te amo tanto como para esperar que a ti no te importe que esté siendo egoísta en la tentativa de hacer que el resto de mi vida (independientemente de su duración) sea feliz, pasándola contigo. Quiero estar casado contigo, Tessa. Lo quiero más de lo que alguna vez haya querido cualquier otra cosa en mi vida. —La contempló a través del velo de pelo

plateado que le caía sobre sus ojos—. Es decir —añadió tímidamente— si tú me amas, también.

Tessa miró a Jem, arrodillado ante ella con el colgante en sus manos, y comprendió por fin lo que querían decir las personas cuando decían que el corazón de alguien estaba en sus ojos. Los ojos de Jem, sus ojos luminosos y expresivos que ella siempre había encontrado hermosos, estaban llenos de amor y esperanza.

¿Y por qué *no* debería tener esperanza? Ella le había dado muchas razones para creer que lo amaba. Su amistad, su confianza, su fe, su gratitud, incluso su pasión. Y si hubo alguna pequeña parte encerrada en sí misma que no se había dado por vencida con Will, seguramente se lo debía a sí misma tanto como a Jem hacer todo lo que ella pudiera para destruirla.

Muy lentamente, se agachó y tomó el colgante de Jem. Deslizó alrededor de su cuello una cadena de oro, tan fría como el agua, y ésta descansó en el hueco de su garganta por encima del lugar donde descansaba el ángel mecánico. Cuando bajó las manos del broche, vio la esperanza en sus ojos iluminarse de un resplandor casi insoportable de increíble felicidad. Sintió como si alguien hubiese alcanzado dentro de su pecho y abierto una caja que contenía su corazón, derramando ternura como sangre nueva a través de sus venas. Nunca había sentido un impulso tan aplastante de proteger ferozmente a otra persona, envolver sus brazos alrededor de alguien más, enroscarse fuertemente con ellos, solos y apartados del resto del mundo.

—Entonces, sí —respondió ella—. Sí, me casaré contigo, James Carstairs. Sí.

—Oh, gracias a Dios —dijo él, exhalando—. Gracias a Dios. —Y enterró su cara en el regazo de ella, abrazándola por la cintura. Ella se agachó, acariciando sus hombros, su espalda, la seda de su pelo. Su corazón martilleaba contra sus rodillas. Alguna parte pequeña en su interior se tambaleó con asombro. Nunca había imaginado que tuviese la virtud de hacer a alguien más tan feliz. Y no con un poder mágico cualquiera…sino con uno puramente humano.

Un golpe sonó a la puerta; ellos saltaron apartándose. Tessa rápidamente se puso de pie y caminó hacia la puerta, haciendo una pausa para alisar su cabello… y, esperó, calmar su expresión… antes de abrirla. Esta vez realmente *era* Sophie. Aunque, por la expresión que mostraba ella no había venido de propio acuerdo. —Charlotte la convoca al salón, señorita —dijo—. El amo Will

ha regresado, y ella desea tener una reunión. —Recorrió con la mirada más allá de Tessa, y su expresión se agrió aún más—. Y a usted, también, amo Jem.

—Sophie… —comenzó Tessa, pero Sophie ya había dado vuelta y se alejaba rápidamente, su gorra blanca oscilando de arriba abajo. Tessa apretó fuertemente la manija de la puerta, mirándola preocupada. Sophie le había dicho que a ella no importaban los sentimientos de Jem para Tessa, y Tessa supo ahora que Gideon era la razón. Aun así…

Sintió a Jem llegar por detrás y deslizar su mano en la suya. Sus dedos eran delgados; cerró sus propios dedos alrededor de ellos, y soltó el aliento que contenía. ¿Esto es lo que significaba amar a alguien? ¿Que cualquier carga era una carga compartida, que podría darle la comodidad con una palabra o un toque? Ella recostó su cabeza contra su hombro, y él besó su nuca. —Se lo diremos a Charlotte primero, cuando haya una posibilidad —anunció él— y luego a los demás. Una vez que el destino del Instituto sea decidido…

—Suenas como si no te importara lo que suceda con él —respondió Tessa—. ¿No lo extrañarás? Este lugar ha sido tu hogar.

Sus dedos acariciaron su muñeca ligeramente, haciéndola temblar. —Tú eres mi hogar ahora.

19

Si la Traición Prospera

Traducido por Flor_18

La traición nunca prospera: ¿cuál es la razón?
Porque, si prospera, nadie se atreve a llamarla traición.

—Sir John Harrington

Sophie estaba atendiendo un resplandeciente fuego en la chimenea de la sala de estar, y la habitación estaba calurosa, casi sofocante. Charlotte estaba sentada detrás de su escritorio, Henry en una silla a su lado. Will estaba esparcido en uno de los sillones floreados al lado del fuego, un servicio de té de plata junto a su codo y una taza en su mano. Cuando Tessa entró, él se enderezó en su asiento tan abruptamente que un poco del té se derramó en su manga; dejó su taza sin quitarle los ojos de encima.

Se veía exhausto, como si hubiera estado caminando toda la noche. Todavía llevaba su abrigo de lana azul oscura con un forro de seda roja, y las piernas de sus pantalones negros estaban manchadas con barro. Su cabello estaba húmedo y enredado, su cara pálida, su mandíbula oscura por la sombra de la barba sin afeitar. Pero en el momento en que vio a Tessa, sus ojos brillaron como faroles al toque del fósforo del farolero. Toda su cara cambió, y su mirada la recorrió con un deleite tan inexplicable que Tessa, atónita, se detuvo de golpe, causando que Jem chocara contra ella. En ese momento, no pudo quitar los ojos de Will; era como si él mantuviera su mirada sobre él, y recordó de nuevo el sueño que tuvo la noche anterior, en el que él la estaba tranquilizando en la enfermería. ¿Podía leer el recuerdo en su cara? ¿Era ese el por qué de que la estuviera mirando fijo?

Jem espió por arriba de su hombro. —Hola Will. ¿Seguro que fue una buena idea el pasar toda la noche afuera en la lluvia cuando todavía te estás recuperando?

Will separó sus ojos de Tessa. —Estoy bastante seguro —dijo firmemente— Tenía que caminar. Para aclarar mi mente.

—¿Y tu mente está clara ahora?

—Como el cristal —dijo Will, regresando su mirada a Tessa y la misma cosa sucedió de nuevo. Sus miradas parecieron estar atrapadas, y ella tuvo que arrancar sus ojos de él y cruzar la habitación para sentarse en el sofá cerca del escritorio, donde Will no estaba en su línea visual directa. Jem fue y se sentó a su lado, pero no se estiró por su mano. Se preguntó que pasaría si anunciaran ahora lo que acababa de pasar, casualmente: *Los dos nos vamos a casar*.

Pero Jem había estado en lo correcto, no era el momento adecuado para eso. Charlotte se veía como si, al igual que Will, hubiera estado despierta toda la noche, su piel estaba de un color amarillo enfermizo, y había morados oscuros debajo de sus ojos. Henry estaba sentado a su lado en el escritorio, su mano protectora sobre la de ella, observando con una expresión preocupada.

—Estamos todos aquí, entonces —dijo Charlotte animada, y por un momento Tessa quiso remarcar que no era así porque Jessamine no estaba con ellos. Se quedó en silencio—. Como probablemente saben, estamos cerca del final de periodo de prueba de dos semanas que nos otorgó el Cónsul Wayland. No hemos descubierto el paradero de Mortmain. De acuerdo con Enoch, los Hermanos Silenciosos han examinado el cuerpo de Nathaniel Gray y no encontraron nada y, como está muerto, no podemos averiguar nada de él.

Y como está muerto. Tessa pensó en Nate como lo recordaba, cuando habían sido muy jóvenes, persiguiendo libélulas en el parque. Él se había caído en la alberca y ella y la tía Harriet, su madre, lo habían ayudado a salir, su mano había estado resbalosa por el agua y por las plantas acuáticas verdes. Ella recordó su mano deslizándose fuera de la suya en el almacén de té, resbalosa por la sangre. *No sabes todo lo que he hecho, Tessie*.

—Ciertamente, podemos reportar lo que sabemos de Benedict a la Clave —estaba Charlotte diciendo cuando Tessa regresó su mente, a la fuerza, a la conversación que tenían entre manos—. Ese parece ser el camino sensato a seguir.

Tessa tragó. —¿Qué pasa con lo que dijo Jessamine? Que nos pondríamos en las manos de Mortmain al hacer eso.

—Pero no podemos no hacer nada —dijo Will. —No podemos sentarnos y entregar las llaves del Instituto a Benedict Lightwood y su lamentable

descendencia. Ellos *son* Mortmain. Benedict es su títere. Debemos *intentar*. Por el Ángel, ¿no tenemos suficiente evidencia? Suficiente para ganarle un juicio con la Espada, por lo menos.

—Cuando intentamos la Espada en Jessamine, había bloqueos en su mente puestos ahí por Mortmain —dijo Charlotte, cansada—. ¿Crees que Mortmain sería tan imprudente como para no tomar la misma precaución con Benedict? Nos veríamos como tontos si la Espada no consigue nada de él.

Will pasó sus manos por su cabello negro. —Mortmain espera que vayamos a la Clave —dijo—. Sería su primera suposición. También está acostumbrado a deshacerse de asociados para los cuales ya no tiene un uso. De Quincey, por ejemplo. Lightwood no es irremplazable para él, y lo sabe. —Tamborileó en sus rodillas con sus dedos—. Creo que si vamos a la Clave, ciertamente tendríamos a Benedict fuera del camino en la carrera por la dirección del Instituto. Pero hay un sector de la Clave que sigue sus pasos, algunos nos son conocidos, pero otros no. Es un triste hecho, pero no sabemos en quien podemos confiar más allá de nosotros mismos. El Instituto está seguro con nosotros y no podemos permitir que nos lo quiten. ¿Dónde más estaría Tessa a salvo?

Tessa parpadeó. —¿Yo?

Will parecía haber sido atrapado desprevenido, como si le sorprendiera lo que acababa de decir. —Bueno, eres una parte integral del plan de Mortmain. Él siempre te ha querido a *ti*. Siempre te ha necesitado. No debemos dejarlo tenerte. Claramente, serías un arma peligrosa en sus manos.

—Todo eso es verdad, Will, y por supuesto que iré ante Cónsul —dijo Charlotte—. Pero como una Cazadora de Sombras común, no como la directora del Instituto.

—¿Pero, por qué, Charlotte? —exigió Jem—. Eres excelente en tu trabajo…

—¿Lo soy? —demandó—. Por segunda vez, no he notado a un espía debajo de mi propio techo; Will y Tessa evadieron fácilmente mi tutela para asistir a la fiesta de Benedict; nuestro plan para capturar a Nate, que nunca compartimos con el Cónsul, se descarriló, dejándonos con un testigo potencialmente importante muerto…

—¡Lottie! —Henry puso sus manos en los brazos de su esposa.

—No estoy hecha para dirigir este lugar —dijo Charlotte—. Benedict tenía razón… Trataré, por supuesto, de convencer a la Clave de su culpabilidad. Alguien más dirigirá el Instituto. No será Benedict, espero, pero no seré yo tampoco…

Hubo un estruendo. —¡Sra. Branwell! —era Sophie. Había dejado caer el atizador y se dio la vuelta alejándose del fuego—. No puede renunciar, señora. Usted… simplemente no puede hacerlo.

—Sophie —dijo Charlotte, muy cariñosamente—. Donde sea que vayamos después de esto, donde sea que Henry y yo dispongamos nuestra casa, te traeremos con…

—No es eso —dijo Sophie en voz baja. Sus ojos recorrieron la habitación—. La Señorita Jessamine… estaba… quiero decir, ella estaba diciendo la verdad. Si va a la Clave así, estará metiéndose en los planes de Mortmain.

Charlotte la miró, perpleja. —¿Qué te hace decir eso?

—Yo no… no sé exactamente. —Sophie miró al piso—. Pero sé que es verdad.

—¿Sophie? —el tono de Charlotte era quejumbroso y Tessa sabía lo que estaba pensando: ¿Tenían a otra espía, otra serpiente en su jardín? Will también se estaba inclinando hacia delante, entrecerrando los ojos.

—Sophie no está mintiendo —dijo Tessa abruptamente—. Ella lo sabe porque… porque escuchamos a escondidas a Gideon y a Gabriel hablando de eso en la sala de entrenamiento.

—¿Y recién ahora deciden mencionarlo? —Will arqueó sus cejas.

De repente, irracionalmente furiosa con él, Tessa estalló: —Estate callado, Will. Si tu…

—He estado saliendo con él — interrumpió Sophie, en voz alta—. Con Gideon Lightwood. He estado viéndolo en mis días libres. —Estaba tan pálida como un fantasma. —Él me contó. Escuchó a su padre reírse al respecto. Sabían que Jessamine fue descubierta. Estaban esperando que fueran a la Clave. Debería haber dicho algo, pero parecía que no querían recurrir a ellos de todas formas, así que yo…

—¿Saliendo? —dijo Henry incrédulo—. ¿Con *Gideon Lightwood*?

Sophie mantuvo su atención en Charlotte, que la estaba mirando fijamente, con los ojos redondos. —También sé con qué está controlando Mortmain al Sr. Lightwood —dijo ella—. Gideon acaba de descubrirlo. Su padre no sabe que él sabe.

—Bueno, por Dios niña, no te quedes allí parada —dijo Henry, que se veía tan sorprendido como su esposa—. Dínoslo.

—Viruela demoníaca —dijo Sophie—. El Sr. Lightwood la tiene, la ha tenido por años, y lo matará en un par de meses si no consigue una cura. Y Mortmain dice que la puede conseguir por él.

La habitación estalló en un alboroto. Charlotte corrió hasta Sophie; Henry fue detrás de ella; Will saltó de su silla y estaba bailando en un círculo. Tessa se quedó donde estaba, estupefacta, y Jem permaneció a su lado. Mientras tanto, Will parecía estar cantando una canción sobre cómo había estado en lo correcto sobre la viruela demoníaca desde el principio.

"Viruela demoníaca, oh, viruela demoníaca,
¿Cómo es que la contraes?
Uno debe ir a la parte mala de la ciudad
hasta que estás muy cansado.
Viruela demoníaca, oh, viruela demoníaca.
Siempre la tuve…
No, no la viruela, ustedes tontos,
quiero decir a esta canción,
¡porque yo estaba en lo cierto y ustedes no!"

—¡Will! —gritó Charlotte, por encima del ruido. —¿Has PERDIDO LA CABEZA? ¡TERMINA CON ESE INFERNAL ALBOROTO! Jem…

Jem, levantándose, puso sus manos sobra la boca de Will. —¿Prometes estar callado? —siseó en el oído de su amigo. Will asintió, sus ojos azules resplandeciendo. Tessa estaba mirándolo sorprendida, todos lo estaban. Había

visto a Will de muchas formas: divertido, amargo, condescendiente, enojado, piadoso; pero nunca *atolondrado*.

Jem lo dejó ir. —Muy bien, entonces.

Will se deslizó hasta el suelo, su espalda contra el sillón y alzó los brazos.

—¡Que la viruela demoníaca caiga sobre sus casas! —anunció y bostezó.

—Oh, Dios, semanas de chistes de viruela —dijo Jem—. Estamos para eso ahora.

—No puede ser verdad —dijo Charlotte—. Es simplemente… *¿viruela demoníaca*?

—¿Cómo sabemos que Gideon no le mintió a Sophie? —preguntó Jem, su tono apacible—. Lo siento, Sophie. Odio decirlo, pero los Lightwood no son confiables…

—He visto la cara de Gideon cuando mira a Sophie —dijo Will—. Fue Tessa quien primero me dijo que a Gideon le gustaba nuestra Señorita Collins, y me puse a pensar y me di cuenta de que era verdad. Y un hombre enamorado, un hombre enamorado dirá cualquier cosa. Traicionará a cualquiera. —Él estaba mirando a Tessa mientras hablaba. Ella le devolvió la mirada; no pudo evitarlo. Su mirada se sentía atraída hacia él. La manera en que la miraba, con esos ojos azules como trozos de cielo, como tratando de comunicarle algo silenciosamente. Pero ¿qué diantres…?

Ella sí le debía su vida, se dio cuenta de golpe. Tal vez estaba esperando que se lo agradeciera. Pero no había habido tiempo, ¡ni una oportunidad! Se decidió a agradecerle a la primera oportunidad que se le presentara.

—Además, Benedict tenía a una mujer demonio en su regazo en esa fiesta suya, la besaba —continuó Will, mirando a otro lado—. Ella tenía serpientes por ojos. A cada hombre lo suyo, supongo. De todas formas, la única manera en que puedes contraer viruela demoníaca es teniendo relaciones impropias con un demonio, así que…

—Nate me dijo que el Sr. Lightwood prefería a mujeres demonios —dijo Tessa. —No creo que su mujer alguna vez se enterara de *eso*.

—Espera. —Era Jem que de repente se había quedado muy quieto—. Will, ¿cuáles son los síntomas de la viruela demoníaca?

—Bastantes feos —dijo Will, con agrado—. Comienza con un salpullido con la forma de un escudo en la espalda de uno y se extiende por todo el cuerpo, creando grietas y fisuras en la piel…

Jem dejó salir una bocanada de aire. —Yo… volveré —dijo— en sólo un momento. Por el Ángel…

Y desapareció por la puerta, dejando a los otros mirándolo.

—No creen que tenga viruela demoníaca, ¿verdad? —preguntó Henry a nadie en particular.

Espero que no, ya que nos acabamos de comprometer, Tessa sintió la urgencia de decir, sólo para ver sus caras, pero la reprimió.

—Oh, cállate, Henry —dijo Will y parecía estar a punto de decir algo más, pero la puerta se abrió de golpe y Jem estaba de vuelta en la habitación, jadeando, y sosteniendo un pedazo de pergamino.

—Conseguí esto —dijo— de los Hermanos Silenciosos, cuando Tessa y yo fuimos a ver a Jessamine. —Le dio a Tessa una mirada ligeramente culpable desde debajo de su cabello plateado y ella recordó que él dejó la celda de Jessamine para volver, momentos después, luciendo preocupado—. Es el reporte de la muerte de Barbara Lightwood. Después de que Charlotte nos dijo que su padre nunca entregó a Silas Lightwood a la Clave, pensé que debía preguntar a los Hermanos Silenciosos si había alguna manera de averiguar si había otra manera en que hubiera muerto la Sra. Lightwood. Para ver si Benedict también había mentido en que ella murió de pena.

—¿Y había mentido? —Tessa se inclinó hacia delante, fascinada.

—Sí. De hecho, se cortó sus propias muñecas. Pero había más. —Miró al papel en sus manos—. *Un salpullido en forma de escudo, indicativo de las marcas heráldicas de la astriola, en su hombro izquierdo.* —Se lo ofreció a Will, quien lo tomó y lo leyó rápidamente, sus ojos azules agrandándose.

—*Astriola* —dijo él—. Eso *es* viruela demoníaca. ¡Tenías evidencia de que la viruela demoniaca existía y no me lo mencionaste! ¡*Et tu Brute!*[47] —enrolló el papel y golpeó a Jem en la cabeza con el.

—¡Ouch! —Jem se frotó la cabeza tristemente—. ¡Las palabras no significaban nada para mí! Asumí que se trataba de un padecimiento menor. Difícilmente parecía como si eso la hubiera matado. Ella cortó sus muñecas, pero si Benedict quería proteger a sus hijos del hecho de que su madre se había quitado la vida…

—Por el Ángel —dijo Charlotte, suavemente—. No es de extrañar que se suicidara. *Porque su marido le había contagiado viruela demoníaca. Y ella lo sabía.* —Se dio la vuelta hacia Sophie, quien hizo un pequeño ruido ahogado—. ¿Gideon sabe de esto?

Sophie negó con la cabeza, los ojos como platillos. —No.

—¿Pero no estarían obligados los Hermanos Silenciosos a decirle a alguien que descubrieron esto? — exigió Henry—. Parece, bueno, irresponsable de su parte por decir algo…

—Por supuesto que le dirían al alguien. Le dirían a *su esposo*. Y sin duda, lo hicieron, ¿pero qué con eso? Benedict probablemente ya sabía —dijo Will—. No habría habido necesidad de decirles a los niños; el salpullido aparece cuando uno acaba de contraer la enfermedad, así que eran muy grandes como para que se la pasase a ellos. Los Hermanos Silenciosos sin duda le dijeron a Benedict y él dijo '¡Horrores!' y prontamente encubrió todo. Uno no puede procesar la muerte por relaciones indecorosas con demonios así que cremaron su cuerpo y eso fue todo.

—Entonces ¿cómo es que Benedict aún está vivo? —demandó Tessa. —¿No debería haberlo matado ya la enfermedad?

—Mortmain —dijo Sophie. —Le ha estado dando drogas para retrasar el progreso de la enfermedad todo este tiempo.

—Retrasarlo, ¿no detenerlo? —preguntó Will.

—No, aún está muriendo, y más rápido ahora —dijo Sophie. —Ese es el por qué está tan desesperado, y hará cualquier cosa que Mortmain quiera.

---

[47]En francés: *¡Tú, bruto!*



—¡Viruela demoníaca! —murmuró Will y miró a Charlotte. A pesar de su evidente emoción, había una serena luz titilando detrás de sus ojos azules, una luz de aguda inteligencia, como si fuera un jugador de ajedrez examinando su siguiente movimiento por sus potenciales ventajas y desventajas—. Debemos contactar a Benedict de inmediato —dijo Will—. Charlotte debe jugar con su vanidad. Él está demasiado seguro de que conseguirá el Instituto. Ella debe decirle que aunque la decisión oficial del Cónsul no está programada hasta el domingo, se ha dado cuenta de que es él que saldrá bien y que desea reunirse con él y hacer las pases antes de que pase.

—Benedict es obstinado—comenzó Charlotte.

—No tanto como es orgulloso —dijo Jem—. Benedict siempre ha querido el control del Instituto, pero también quiere humillarte, Charlotte. Para probar que una mujer no puede dirigir el Instituto. Él cree que el domingo el Cónsul dictará que el Instituto debe serte quitado, pero eso no quiere decir que dejará pasar la oportunidad de verte hundida en privado.

—¿Con qué fin? — preguntó Henry—. ¿Enviar a Charlotte a confrontar a Benedict qué logra exactamente?

—Chantaje —dijo Will. Sus ojos ardían con la emoción—. Mortmain tal vez no esté a nuestro alcance, pero Benedict lo está y por ahora eso puede ser suficiente.

—¿Crees que se retractará de intentar conseguir el Instituto? ¿No dejará eso simplemente el camino libre para alguno de sus seguidores? —preguntó Jem.

—No estamos tratando de deshacernos de él. Queremos que le de todo su apoyo a Charlotte. Que retire su reto y declare que ella está a la altura para dirigir el Instituto. Sus seguidores estarán perdidos; el Cónsul estará satisfecho. Nos quedamos con el Instituto. Y más que eso, podemos forzar a Benedict a decirnos lo que sabe de Mortmain, su paradero, sus secretos, todo.

Tessa dijo, dudosa: —Pero estoy casi segura de que le tiene más miedo a Mortmain de lo que nos tiene a nosotros, y ciertamente necesita de lo que Mortmain le provee. De otra manera, morirá.

—Si, lo hará. Pero lo que hizo, tener relaciones impropias con un demonio, luego infectar a su esposa, causar su muerte, es el asesinato consciente de un Cazador de Sombras. No sería considerado sólo asesinato, tampoco, sino

asesinato llevado a cabo a través de medios demoníacos. Eso le merecería el peor de todos los castigos.

—¿Qué es peor que la muerte? —preguntó Tessa, y de inmediato se arrepintió de decirlo cuando vio a Jem tensar su boca casi imperceptiblemente.

—Los Hermanos Silenciosos removerán aquello que lo hace Nefilim. Se convertirá en un repudiado —dijo Will—. Sus hijos se convertirán en mundanos, sus marcas serán quitadas. El nombre de Lightwood será borrado de los pergaminos de los Cazadores de Sombras. Será el fin del apellido Lightwood entre los Nefilim. No hay mayor vergüenza. Es un castigo que incluso Benedict temería.

—¿Y si no le teme? —dijo Jem en voz baja.

—Entonces, no estamos peor, supongo. —Era Charlotte, cuya expresión se había endurecido a medida que Will hablaba; Sophie estaba inclinada contra la repisa, una figura abatida, y Henry, con su mano en el hombro de su esposa, parecía inusualmente mitigado—. Llamaremos a Benedict. No hay tiempo para mandar un mensaje apropiado antes; tendrá que ser algo como una sorpresa. Ahora, ¿dónde están las tarjetas de visita?

Will se sentó derecho. —¿Te decidiste por mi plan, entonces?

—Es mi plan ahora —dijo Charlotte firmemente—. Puedes acompañarme, Will, pero deberás seguir mis ordenes, y no se hablará de viruela demoníaca hasta que yo lo diga.

—Pero, pero... —farfulló Will.

—Oh, déjalo, —dijo Jem, pateando a Will, no sin afecto, ligeramente en el tobillo.

—¡Ella se ha adjudicado mi plan!

—Will —dijo Tessa, firmemente. —¿Te importa más que el plan sea puesto a prueba o quién recibe el crédito por él?

Will la señaló con un dedo. —Esa —dijo—. La segunda.

Charlotte rodó sus ojos hacia el cielo. —William, esto será bajo mis términos o no será para nada.

Will respiró profundamente y miró a Jem, quien le hizo burla; Will dejó salir el aire de sus pulmones con un suspiro vencido y dijo: —Muy bien, entonces, Charlotte. ¿Tienes la intención de que vayamos todos?

—Tú y Tessa, ciertamente. Los necesitamos como testigos en cuanto a la fiesta. Jem, Henry, no hay necesidad de que vayan y requerimos que al menos uno de nosotros se quede para cuidar el Instituto.

—Querida... —Henry tocó el brazo de Charlotte con una rara mirada en su cara.

Ella lo miró con sorpresa. —¿Sí?

—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo?

Charlotte le sonrió, una sonrisa que transformó su cansada y adelgazada cara. —Muy segura, Henry; Jem no es técnicamente un adulto, y el dejarlo solo, no que no sea capaz, sólo agregaría combustible al fuego de quejas de Benedict. Pero gracias.

Tessa miró a Jem; él le dio una sonrisa pesarosa y, escondido detrás de las capas de sus faldas, presionó su mano con la suya. Su toque envió una cálida ola de tranquilidad a través de ella y se puso de pie, entre Will levantándose para ir, mientras Charlotte buscaba una pluma para escribir una nota a Benedict en la parte de atrás de una impecable tarjeta de visita, que Cyril entregaría mientras ellos esperaban en el carruaje.

—Será mejor que busque mi sombrero y mis guantes,—le susurró Tessa a Jem y caminó hacia la puerta. Will estaba justo detrás de ella y un momento después la puerta de la sala de estar se cerró detrás de ellos y se encontraron a solas en el pasillo. Tessa estaba por apresurarse por el corredor hacia su habitación, cuando escuchó los pasos de Will a sus espaldas.

—¡Tessa! —La llamó y ella se dio la vuelta—. Tessa, necesito hablar contigo.

—¿Ahora? —dijo ella, sorprendida—. Entendí por Charlotte que quería que nos apresuráramos…

—Al diablo con la prisa —dijo Will, acercándose a ella. —Al diablo con Benedict Lightwood y el Instituto y todo este asunto. Quiero hablar *contigo*—. Le hizo una mueca. Siempre había habido una energía temeraria en él, pero esto

era diferente, la diferencia entre la temeridad de la desesperación y el abandono de la felicidad. ¡Pero que extraño momento para ser feliz!

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó. —Dices 'viruela demoníaca' como otro diría 'sorpresiva herencia enorme. ¿En verdad estás tan complacido?

—Reivindicado, no feliz, y de todas formas, esto no es sobre la viruela demoníaca. Esto es sobre tú y yo…

La puerta de la sala de estar se abrió y Henry salió, Charlotte justo detrás de él. Sabiendo que Jem sería el siguiente, Tessa se separó de Will precipitadamente, aunque no había ocurrido nada inapropiado entre ellos, para nada. *Excepto en tus pensamientos*, dijo una pequeña voz en la parte de atrás de su mente, la cual ignoró.

—Will, no ahora —dijo quedamente—. Creo que sé que es lo que quieres decir y estás en lo correcto en querer decirlo, pero este no es el momento ni el lugar, ¿no? Créeme, estoy tan impaciente por hablar como tu, porque ha estado pesando en mi cabeza…

—¿Lo estás? ¿Es así? —Will parecía mareado, como si lo hubiera golpeado con una piedra.

—Bueno, sí —dijo Tessa, levantando la vista para ver a Jem viniendo hacia ellos—. Pero no *ahora*.

Will siguió su mirada, tragó y asintió reacio. —¿Entonces cuándo?

—Más tarde, después de ir con los Lightwoods. Encuéntrame en la sala de estar.

—¿En la sala de estar?

Ella le frunció el ceño. —En serio, Will —dijo—. ¿Vas a repetir todo lo que digo?

Jem había llegado a ellos y escuchó esta última parte; se burló. —Tessa, deja que el pobre Will recoja su agudeza e ingenio; ha estado fuera toda la noche y parece que apenas puede recordar su nombre. —Puso una mano en el brazo de su *parabatai*—. Vamos, Herondale. Parece que te vendría bien una runa de energía, o dos o tres.

Will arrancó sus ojos de Tessa y dejó que Jem lo guiara fuera del pasillo. Tessa los observó, negando con la cabeza. *Chicos*, pensó. Nunca los entendería. Tessa sólo había entrado unos pasos en su dormitorio cuando se detuvo sorprendida, mirando fijo lo que estaba en su cama. Un elegante traje de día de seda india a rayas crema y gris, adornada con delicadas trenzas y botones plateados. Guantes de terciopelo gris descansaban a su lado, adornado con un diseño de hojas en hilo plateado. Al pie de la cama había botas abotonadas de color hueso y medias a la moda.

La puerta se abrió y Sophie entró, sosteniendo un sombrero gris pálido con adornos de bayas plateadas. Ella estaba muy pálida, y sus ojos estaban hinchados y rojos. Evitó la mirada de Tessa. —Nuevas ropas, señorita —dijo Sophie—. La tela era parte del ajuar de novia de la Sra. Branwell y, bueno, hace algunas semanas, pensó en mandara hacer un vestido para usted. Creo que ella pensó que debía tener algo de ropa que la Srta. Jessamine no le haya comprado. Pensó que la haría sentir más, cómoda. Y estos fueron entregados apenas esta mañana. Le pedí a Bridget que los acomodara para usted.

Tessa sintió lágrimas picar en sus ojos y se sentó rápidamente en el borde de su cama. El pensar en que Charlotte, con todo lo que estaba pasando, se preocupaba por la comodidad de Tessa la hacía querer llorar. Pero sofocó la urgencia, como siempre hacía.

—Sophie —dijo, su voz era desigual—. Te debo… no, *quiero* disculparme contigo.

—¿Disculparse conmigo, señorita? —Sophie dijo sin tono, dejando el sombrero en la cama. Tessa se quedó mirando. Charlotte usaba ropas tan simples. Nunca hubiera pensado en que ella tuviera la inclinación o el gusto para escoger cosas tan hermosas.

—Estaba totalmente equivocada al hablar contigo de Gideon como lo hice —dijo Tessa—. Metí mi nariz donde decididamente no era querida, y estás en lo correcto, Sophie. Uno no puede juzgar al hombre por los pecados de su familia. Y debí haberte dicho que, aunque vi a Gideon en el baile esa noche, no puedo decir que formara parte de las festividades; de hecho, no puedo ver en su cabeza para determinar que piensa para nada, y no debería haberme comportado como si pudiera. No tengo más experiencia que tú, Sophie, y cuando se trata de caballeros, estoy decididamente desinformada. Me disculpo por actuar como superior, no lo haré de nuevo. Si tan sólo me perdonaras.

Sophie fue hasta el armario y lo abrió para revelar un segundo vestido; éste era de un azul muy oscuro, decorado con una trenza de terciopelo dorado, la polonesa se abría del lado derecho para revelar volados de pálido color pastel debajo.

—Tan hermoso —dijo, un poco anhelante y lo tocó suavemente con su mano. Luego se dio la vuelta hacia Tessa—. Esa fue… esa fue una disculpa muy bonita, señorita, y la perdono. La perdoné en la sala de estar, la perdoné cuando mintió por mí. No apruebo el mentir, pero sé que lo hizo por bondad.

—Fue muy valiente lo que hiciste —dijo Tessa—. Decirle la verdad a Charlotte. Sé cuanto temiste que se enojara.

Sophie sonrió tristemente. —No está enojada. Está decepcionada. Lo sé. Dijo que no podía hablar conmigo ahora pero que lo haría después, y pude verlo, en su cara. Es peor, de alguna forma.

—Oh, Sophie. ¡Ella está decepcionada de Will todo el tiempo!

—Bueno, quien no.

—Eso no fue lo que quise decir. Quiero decir que ella te quiere, como si fueras Will o Jem o, bueno, ya sabes. Aunque esté decepcionada, debes dejar de temer que te eche. No lo hará. Piensa que eres increíble, y yo también.

Los ojos de Sophie se agrandaron. —¡Señorita Tessa!

—Bueno, es así —dijo Tessa rebeldemente—. Eres valiente y desinteresada y adorable. Como Charlotte.

Los ojos de Sophie brillaron. Los secó rápidamente con el borde de su delantal. —Ahora, es suficiente de esto —dijo animada, todavía pestañeando fuerte—. Debemos dejarla vestida y preparada, porque Cyril ya viene con el carruaje y sé que la Sra. Branwell no quiere perder tiempo.

Tessa avanzó obedientemente, y con la ayuda de Sophie, se puso el vestido a rayas blanco y gris. —Y tenga cuidado, es todo lo que tengo que decir —dijo Sophie, manejando hábilmente su abotonador—- El viejo es una fea pieza de trabajo y no lo olvide. Es muy injusto con esos chicos.

Esos chicos. La manera en que lo dijo lo hizo sonar como si Sophie sintiera simpatía por Gabriel así como por Gideon. Sólo que ¿qué pensaba Gideon de su hermano menor, se preguntó Tessa, y de la hermana, también? Pero no preguntó nada mientras Sophie cepillaba y peinaba su cabello y untaba sus sienes con agua de lavanda.

—Ahora, ¿no se ve hermosa, señorita? —dijo orgullosamente cuando terminó por fin, y Tessa tuvo que admitir que Charlotte había hecho un fino trabajo al seleccionar justo el corte adecuado para favorecerla y el gris le sentaba bien. Sus ojos se veían más grandes y azules, su cintura y brazos más esbeltos, su busto más lleno. —Sólo una cosa más…

—¿Qué es, Sophie?

—El amo Jem —dijo Sophie, sorprendiendo a Tessa—. Por favor, lo que sea que haga, señorita… —La otra chica miró la cadena del pendiente de jade que colgaba dentro del vestido de Tessa y se mordió el labio—. No le rompa el corazón.

20
La Raíz Amarga

Traducido por CairAndross

"Pero ahora, tú eres dos, tú estás partida en dos,
Carne de su carne, pero corazón de mi corazón;
Y profundo en uno está la raíz amarga,
Y la dulzura para uno es la larga vida de una flor"

—Algernon Charles Swinburne, "El Triunfo del Tiempo"

Tessa estaba quitándose los guantes de terciopelo, cuando pasó por las puertas principales del Instituto. Un fuerte viento llegaba desde el río y soplaba brazadas de hojas a través del patio. El cielo se había vuelto atronador y gris. Will estaba parado al pie de las escaleras, con las manos en los bolsillos, la mirada levantada hacia el campanario de la iglesia.

Estaba sin sombrero y el viento levantaba su negro cabello, arrojándolo sobre su rostro. No pareció ver a Tessa y, por un momento, ella se quedó allí y lo observó. Sabía que no era correcto hacerlo; ahora, Jem era suyo, ella era de él, y los otros hombres deberían ser inexistentes. Pero no podía dejar de comparar a los dos: Jem, con su extraña combinación de delicadeza y fuerza, y Will, como una tormenta en el mar, azul pizarra y negro, con brillantes destellos de carácter como el fuego de un relámpago.

Tessa se preguntó, si alguna vez llegaría el momento en que la visión de él no la conmoviera, haciendo que su corazón aleteara, y si ese sentimiento iría disminuyendo, a medida que se fuera acostumbrando a la idea de estar comprometida con Jem. Aún era tan nuevo, que no parecía real.

Sin embargo, había una cosa que era diferente. Cuando ella veía a Will ahora, ya no sentía ningún dolor.

Will la vio entonces, y sonrió a través del cabello que caía sobre su rostro. Alzó una mano y lo apartó. —Ése es un vestido nuevo, ¿no? —dijo, mientras ella bajaba las escalera—. No es uno de los de Jessamine.

Ella asintió y esperó con resignación a que él dijera algo sarcástico sobre ella, Jessamine, el vestido, o las tres cosas juntas.

—Es lo que más te conviene. Es extraño que el gris haga que tus ojos se vean azules, pero es así.

Ella lo miró con asombro, pero antes de que pudiera hacer algo más que abrir la boca para preguntarle si se sentía bien, el carruaje dio la vuelta a la esquina del Instituto, traqueteando, con Cyril en el pescante. Él se apeó frente a los escalones, y la puerta del carruaje se abrió; Charlotte estaba dentro y llevaba un vestido de terciopelo color vino y un sombrero con un ramo de flores secas en éste. Parecía más nerviosa de lo que Tessa nunca la había visto.

—Suban rápido —gritó ella, sosteniendo su sombrero mientras se asomaba por la puerta—. Creo que va a llover.

Para sorpresa de Tessa, Cyril no los condujo a ella, Charlotte y Will, a la casa solariega de Chiswick, sino a una elegante casa en Pimlico, la cual era, aparentemente, la residencia de fines de semana de los Lightwood. *Había* empezado a llover, y sus cosas húmedas (guantes, sombreros y abrigos) fueron recogidas por un lacayo de expresión agria, antes que los guiara por los muy encerados corredores hasta una gran biblioteca, donde ardía un buen fuego en un profundo hogar.

Detrás de un escritorio de roble macizo estaba sentado Benedict Lightwood; su afilado perfil se veía aún más agudo, debido al juego de luces y sombras en el interior de la habitación. Las cortinas estaban corridas sobre las ventanas, y en las paredes se alineaban pesados tomos encuadernados en cuero negro, con impresiones en oro a lo largo del lomo. A cada uno de sus flancos, permanecían de pie sus hijos: Gideon a su derecha, con el rubio cabello cayendo hacia delante para ocultar su expresión, sus brazos cruzados sobre su amplio pecho. Al otro lado estaba Gabriel, con sus ojos verdes encendidos por una diversión preeminente, las manos en los bolsillos de sus pantalones. Se veía como si estuviera a punto de empezar a silbar.

—Charlotte —dijo Benedict—. Will. Señorita Gray. Siempre es un placer —hizo un gesto hacia ellos, para que tomaran asiento por su cuenta, en las sillas frente al escritorio.

Gabriel le sonrió maliciosamente a Will mientras éste se sentaba. Will le miró, manteniendo cuidadosamente la expresión en blanco y luego desvió la mirada. *Sin un comentario sarcástico*, pensó Tessa, desconcertada. Sin siquiera una mirada fría. ¿*Qué* estaba pasando?

—Gracias, Benedict —Charlotte, pequeña y delgada, con su columna vertebral recta, habló con un aplomo perfecto— por recibirnos con tan poco tiempo de aviso.

—Por supuesto. —Él sonrió—. Sabes que nada de lo que puedas hacer, va a cambiar el resultado de esto. Lo que sentencie el Concejo no depende de mí. La decisión es completamente de ellos.

Charlotte ladeó la cabeza.

—Es cierto, Benedict. Pero tú eres el que hizo que eso suceda. Si no hubieras obligado al Cónsul Wayland a montar todo un espectáculo al disciplinarme, no habría sentencia.

Benedict encogió sus estrechos hombros.

—Ah, Charlotte. Recuerdo cuando eras Charlotte Fairchild, eras una pequeñita tan encantadora y, lo creas o no, soy partidario tuyo, incluso ahora. Lo que estoy haciendo, es por los mejores intereses del Instituto y la Clave. Una mujer no puede dirigir el Instituto. No está en su naturaleza. Tendrás que agradecerme cuando estés en tu casa, con Henry, aumentando la próxima generación de Cazadores de Sombras, como debe ser. Esto puede ser un aguijonazo a tu orgullo, pero en tu corazón, sabes que estoy en lo correcto.

El pecho de Charlotte subía y bajaba rápidamente. —Si tú abdicaras en tu reclamo sobre el Instituto antes de la sentencia, ¿realmente crees que sería tan desastroso que yo dirigiera el Instituto?

—Bueno, nunca lo sabremos, ¿o no?

—Oh, no lo sé —dijo Charlotte—. Creo que la mayoría de los miembros del Concejo elegirían a una mujer por encima de un réprobo disoluto que fraterniza, no sólo con Submundos, sino también con demonios.

Hubo un breve silencio. Benedict no movió un músculo. Tampoco lo hizo Gideon. Finalmente, Benedict habló, aunque ahora mostraba los dientes en el suave aterciopelado de su voz.

—Rumores e insinuaciones.

—Verdades y observaciones —dijo Charlotte—. Will y Tessa estuvieron en tu última reunión, en Chiswick. Vieron una gran cantidad de ellos.

—Esa mujer demonio, con la que estabas descansando en el diván —dijo Will—. ¿La llamarías una amiga, o mejor una socia de negocios?

Los ojos oscuros de Benedict se endurecieron. —Cachorro insolente…

—Oh, diría que ella era una amiga —dijo Tessa—. Generalmente, uno no permite que los socios de negocio le laman la cara. Aunque, podría estar equivocada. ¿Qué sabría yo sobre estas cosas? Soy sólo una mujer tonta.

La boca de Will se curvó en las comisuras. Gabriel aún seguía mirándolo; Gideon tenía los ojos fijos en el suelo. Charlotte continuaba sentada, perfectamente circunspecta, con las manos en el regazo.

—Los tres son muy tontos —dijo Benedict, haciendo un gesto despectivo hacia ellos. Tessa alcanzó a ver algo en su muñeca, una sombra, como las volutas de un brazalete de mujer, antes que la manga cayera de nuevo y la volviera a bajar para cubrirla—. Es decir, si piensan que el Concejo creerá alguna de sus mentiras. Tú… —Le lanzó una mirada desdeñosa a Tessa— … eres una Submundo, tu palabra no vale nada. Y tú… —Agitó un brazo hacia Will— …eres un lunático certificado, que fraterniza con brujos. No sólo con esta jovenzuela, aquí presente, sino también con Magnus Bane. Y cuando me prueben bajo la Espada Mortal y yo desmienta sus afirmaciones, ¿quién creen que tendrá mayor credibilidad, ustedes o yo?

Will intercambió una rápida mirada con Charlotte y Tessa. Él estaba en lo correcto, pensó Tessa, en que Benedict no temía a la Espada.

—Hay otra evidencia, Benedict —dijo Will.

—¿Oh? —El labio de Lightwood se curvó, en una mueca burlona—. ¿Y cuál es?

—La prueba de tu propia sangre envenenada —dijo Charlotte—. Justo en este momento, cuando has hecho ese gesto hacia nosotros, vi tu muñeca. ¿Cuánto ha progresado la corrupción? Empieza en el torso, ¿no es así?, y se va extendiendo, por los brazos y las piernas…

—¿De qué está hablando? —La voz de Gabriel era una mezcla de furia y terror—. ¿Padre?

—Viruela demoníaca —dijo Will, con la satisfacción de ver reivindicada la verdad.

—Qué acusación repugnante… —empezó Benedict.

—Desmiéntela, entonces —dijo Charlotte—. Levántate la manga de la camisa. Muéstranos tu brazo.

El músculo junto a la boca de Benedict se tensó de nuevo. Tessa lo observaba con fascinación. Él no la aterrorizaba como Mortmain, sino que le provocaba asco, el mismo que le daría ver un gusano gordo retorciéndose en el jardín. Observó cómo se volvía hacia su hijo mayor.

—Tú —gruñó—. *Tú* se los dijiste. Tú me traicionaste.

—Lo hice —dijo Gideon, levantando la cabeza y descruzando, al fin, los brazos—. Y lo volvería a hacer.

—¿Gideon? —Ése era Gabriel y sonaba aturdido—. ¿Padre? ¿De qué están hablando?

—Tu hermano nos ha traicionado, Gabriel. Él ha estado contando nuestros secretos a los Branwell. —Benedict escupió sus palabras, como si fueran veneno—. Gideon Arthur Lightwood… —Se levantó. Su rostro parecía más viejo, las líneas a los costados de su boca más severas, pero su tono no cambió—. Te sugiero que pienses muy cuidadosamente lo que has hecho, y lo que vas a hacer a continuación.

—*He estado* pensando —dijo Gideon, con voz suave y baja—. Desde que me llamaste para que regresara de España, he estado pensando. Como un niño, asumí que todos los Cazadores de Sombras vivían como nosotros. Condenando demonios a la luz del día, pero confraternizando con ellos al amparo de las sombras. Ahora, me doy cuenta de que no es verdad. Ése no es nuestro modo de vida, padre; es *tu* modo de vida. Tú has traído vergüenza y suciedad al nombre de los Lightwood.

—No hay necesidad de ser melodramático…

—¿Melodramático? —Había un terrible desprecio en el tono, generalmente neutro, de Gideon—. Padre, temo por el futuro de la Enclave, si tú pones tus manos sobre el Instituto. Te lo digo ahora, testificaré en tu contra en el Concejo. Sostendré la Espada Mortal en mis manos y le diré al Cónsul Wayland por qué creo que Charlotte es mil veces más apropiada que tú, para dirigir el Instituto. Voy a revelar lo que sucede aquí por las noches, a cada miembro del Concejo. Les diré que estás trabajando para Mortmain. Les diré *por qué*.

—¡Gideon! —Era Gabriel, su voz aguda interrumpiendo la de su hermano—. Tú sabes que, que nosotros custodiemos el Instituto, fue el último deseo de nuestra madre. Y es culpa de los Fairchild el que ella muriera…

—Eso es mentira —dijo Charlotte—. Ella tomó la decisión de acabar con su vida, pero no por algo que hiciera mi padre. —Miró directamente a Benedict—. Fue, más bien, a causa de algo que *tu* padre hizo.

La voz de Gabriel se elevó. —¿Qué quieres decir? ¿Por qué dices tal cosa? Padre…

—¡Cállate, Gabriel! —La voz de Benedict era dura y autoritaria pero, por primera vez, había miedo en su voz, en sus ojos—. ¿De qué estás hablando, Charlotte?

—Sabes muy bien de qué estoy hablando, Benedict —dijo Charlotte—. La pregunta es, si quieres que comparta mis conocimientos con la Clave. Y con tus hijos. Sabes lo que significaría para ellos.

Benedict volvió a sentarse. —Reconozco un chantaje cuando lo oigo, Charlotte. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Fue Will quien respondió, demasiado entusiasmado para quedarse atrás por más tiempo. —Retira tu reclamo sobre el Instituto. Habla a favor de Charlotte frente al Concejo. Diles por qué piensas que el Instituto debe seguir bajo su cuidado. Eres un hombre muy locuaz. Ya se te ocurrirá algo, estoy seguro.

Benedict paseó la mirada desde Will hasta Charlotte. Sus labios se fruncieron. —¿Ésas son tus condiciones?

Antes que Will pudiera hablar, Charlotte dijo: —No todas nuestras condiciones. Necesitamos saber cómo has estado comunicándote con Mortmain y dónde está él.

Benedict se rió entre dientes. —Me comunicaba con él a través de Nathaniel Gray. Pero, dado que lo has matado, dudo que él sea una apropiada fuente de información a futuro.

Charlotte lucía consternada. —¿Quieres decir que nadie más sabía dónde está?

—Ciertamente, yo no —dijo Benedict—. Mortmain no es tan estúpido, desafortunadamente para ti. Él deseaba que yo tomara el Instituto, para así poder golpearlo desde su mismo interior. Pero ése era sólo uno de sus muchos planes, una hebra de su telaraña. Ha estado esperando por mucho tiempo. Obtendrá la Clave. Y la tendrá a *ella.* —Sus ojos se posaron sobre Tessa.

—¿Cuáles son intenciones para conmigo? —exigió saber Tessa.

—No lo sé —dijo Benedict, con una sonrisa astuta—. Sé que pregunta constantemente por tu bienestar. Esta preocupación, por lo que respecta a mí, es la de un novio potencial.

—Él dice que me creó —dijo Tessa—. ¿Qué es lo que quiere decir con eso?

—No tengo la menor idea. Estás equivocada, si crees que me hizo su confidente.

—Sí —dijo Will—. Ustedes dos no parecen tener mucho en común, salvo una propensión a las mujeres demonios y al mal.

—¡Will! —le espetó Tessa.

—No me refería a ti —dijo Will, luciendo sorprendido—. Me refería al Club Pandemónium…

—Si ya han terminado con su puesta en escena… —dijo Benedict—. Quisiera dejar una cosa bien en claro a mi hijo. Gideon, entiende que si apoyas a Charlotte Branwell en esto, ya no serás bienvenido bajo mi techo. No es por nada que dicen que, un hombre nunca debería colgar todas sus campanas, en un solo caballo.

En respuesta, Gideon alzó las manos frente a él, casi como si tuviera la intención de rezar. Pero los Cazadores de Sombras no rezan, y Tessa se dio cuenta rápidamente de lo que él estaba haciendo: deslizar el anillo de plata de su dedo. El anillo, era como el anillo Carstairs de Jem, sólo que este tenía un

patrón de llamas sobre la banda. El anillo de la familia Lightwood. Él lo puso en el borde del escritorio de su padre y se giró hacia su hermano.

—Gabriel… —dijo—. ¿Vendrás conmigo?

Los ojos verdes de Gabriel brillaban con furia.

—Sabes que no puedo.

—Sí puedes. —Gideon le tendió la mano a su hermano.

Benedict estaba entre los dos. Había palidecido ligeramente, como si de repente se diera cuenta de que podría perder no sólo un hijo, sino a los dos. Su mano se aferró al borde del escritorio, sus nudillos se pusieron blancos. Tessa no pudo evitar observar la superficie de su muñeca, que se reveló al levantarse la manga. Era muy pálida, estriada con bandas circulares en color negro. Algo en esa visión le provocó náuseas y se levantó de su asiento. Will, a su lado, ya estaba de pie. Sólo Charlotte continuaba sentada, tan formal e inexpresiva como siempre.

—Gabriel, por favor —dijo Gideon—. Ven conmigo.

—¿Quién se hará cargo de nuestro padre? ¿Qué dirá la gente acerca de nuestra familia, si ambos lo abandonamos? —dijo Gabriel, la amargura y la desesperación teñían su tono de voz—. ¿Quién se hará cargo de las fincas, del sitial en el Concejo…?

—No lo sé —dijo Gideon—. Pero no tienes por qué ser tú. La Ley…

La voz de Gabriel se estremeció. —La Familia antes que la Ley, Gideon. —Sus ojos se encontraron con los de su hermano por un momento, luego desvió la mirada, mordiéndose el labio, y fue a pararse detrás de Benedict, con una mano apoyada en el respaldo de la silla de su padre.

Benedict sonrió; en una cosa, al menos, había triunfado. Charlotte se puso de pie, con la barbilla en alto.

—Confío en que te veremos mañana en la cámara del Concejo, Benedict. Confío en que sabrás qué hacer —dijo ella, y salió de la habitación, con Gideon y Tessa siguiéndola de cerca.

Sólo Will vaciló por un momento en la puerta, con sus ojos fijos en Gabriel, pero cuando el otro muchacho no lo miró, se encogió al fin de hombros y salió en pos de los demás, cerrando la puerta tras él.

***

Regresaron al Instituto en silencio, con la lluvia azotando las ventanas del carruaje. Charlotte intentó, en varias ocasiones, hablar con Gideon, pero él se quedó callado, observando el paisaje borroso de las calles a medida que pasaban por ellas.

Tessa no podía decir si él estaba enojado, o lamentaba sus acciones, o incluso, si quizás se sentía aliviado. Era tan impasible como siempre, aún cuando Charlotte le explicó que siempre habría una habitación para él en el Instituto y que ellos apenas podían expresar su agradecimiento por lo que él había hecho. Por último, cuando traqueteaban por el Strand, Gideon dijo: —Tuve un presentimiento real de que Gabriel vendría conmigo. Una vez que supo lo de Mortmain…

—Él no lo comprende todavía —dijo Charlotte—. Dale tiempo.

—¿Cómo lo supiste? —Will miró a Gideon, agudamente—. Nosotros acabamos de descubrir lo que sucedió con tu madre. Y Sophie dijo que tú no tenías ni idea…

—Hice que Cyril entregara dos notas —dijo Charlotte—. Una para Benedict y una para Gideon.

—Él la deslizó en mi mano, mientras mi padre no estaba viendo —dijo Gideon—. Sólo tuve el tiempo justo para leerla, antes que ustedes llegaran.

—¿Y elegiste creerlo? —inquirió Tessa—. ¿Con tanta rapidez?

Gideon miró hacia la ventana bañada por la lluvia. Su mandíbula adoptó una línea dura. —La historia de mi padre sobre la muerte de mi madre, nunca tuvo sentido para mí. Esto le dio sentido.

Hacinados en el húmedo carruaje, con Gideon a sólo pocos centímetros de ella, Tessa sintió la extraña urgencia de llegar a él, de decirle que ella también había tenido un hermano al que amaba y que perderlo había sido peor que la muerte, que ella entendía. Ahora podía ver qué era lo que le gustaba a Sophie

en él: la vulnerabilidad bajo las facciones impasibles, la sólida honestidad bajo la hermosa estructura facial.

Sin embargo, no dijo nada, presintiendo que no sería bienvenida. Will, por su parte, se sentó junto a ella, un manojo de tensa energía. Cada vez que, esporádicamente, ella captaba un destello de azul cuando él la mirada, o la curvatura de una sonrisa (una sonrisa sorprendentemente *dulce*), algo vertiginoso que nunca había asociando antes con Will, era como si estuviera compartiendo alguna broma privada con ella, sólo que ella no estaba segura de saber qué broma *era*. Sin embargo, sentía la tensión de él tan profundamente, que su propia calma, o lo que quedaba de ella, había quedado totalmente ahuecada, para el momento en el cual finalmente arribaron al Instituto, y Cyril, empapado hasta los huesos, pero tan agradable como siempre, rodeó el carruaje para abrirles las puertas.

Cyril ayudó a apearse a Charlotte en primer lugar, y luego a Tessa. Pronto, Will estaba a su lado, después de haber saltado del carruaje y esquivado, por poco, un charco. Había dejado de llover. Will miró al cielo y tomó a Tessa de un brazo.

—Vamos —le dijo, conduciéndola hacia la puerta principal del instituto.

Tessa miró por encima del hombro hacia donde estaba Charlotte, de pie frente a los escalones, después de haber logrado, al parecer, que finalmente Gideon hablara con ella. Gesticulaba animadamente, usando sus manos.

—Tenemos que esperarlos. ¿No deberíamos…? —comenzó Tessa.

Will sacudió su oscura cabeza con determinación.

—Charlotte puede estar parloteando con él por años, acerca de qué habitación prefiere para quedarse aquí, y cuán agradecida está por su ayuda, y lo único que yo quiero es hablar contigo.

Tessa se lo quedó mirando, mientras entraban al Instituto. Will quería hablar con ella. Lo había dicho antes, cierto, pero hablar con tanta franqueza era muy impropio de él.

Un pensamiento se apoderó de ella. ¿Acaso Jem le había contado de su compromiso? ¿Acaso estaba enojado o pensaba que ella no era digna de su

amigo? ¿Pero cuándo Jem había tenido la *oportunidad* de hacerlo? Quizás mientras ella se estaba vistiendo… pero, entonces, Will no se veía *enojado*.

—No puedo esperar para contarle a Jem nuestra reunión —dijo él, mientras subían las escaleras—. Nunca creerá esa escena… ¡que Gideon enfrentara a su padre de esa forma! Una cosa es contarle secretos a Sophie, y otra renunciar, por completo, a la lealtad de tu familia. Incluso arrojó su anillo familiar.

—Tú lo has dicho —dijo Tessa, cuando llegaron al rellano de las escaleras y empezaron a caminar por el pasillo. La mano enguantada de Will era cálida sobre su brazo—. Gideon está enamorado de Sophie. Las personas harían cualquier cosa por amor.

Will la miró como si sus palabras lo hubieran sobresaltado, y luego sonrió, con la misma sonrisa enloquecedoramente dulce que le había dirigido en el carruaje.

—Increíble, ¿no es así?

Tessa se dispuso a contestar, pero ya habían llegado a la sala de estar. El interior estaba muy iluminado; las antorchas de luz mágica ardían altas y había un fuego en la chimenea. Las cortinas estaban descorridas, mostrando cuadrados de cielo plomizo. Tessa se quitó el sombrero y los guantes, y estaba a punto de ponerlo sobre una pequeña mesa marroquí, cuando vio que Will, quien la había seguido, estaba echando el cerrojo de la puerta.

Tessa parpadeó. —¿Will, por qué estás cerrando…?

Nunca terminó la frase. Cubriendo el espacio entre ellos de dos zancadas, Will la alcanzó y la cogió en un abrazo. Ella jadeó sobresaltada, cuando él la tomó por los brazos, haciéndola retroceder hasta quedar medio reclinada sobre la pared, mientras su crinolina crujía en protesta.

—*Will* —dijo ella con sorpresa, pero él la pegaba a la pared con su propio cuerpo, las manos deslizándose por los hombros de ella, y dentro de su húmedo cabello, la boca precipitada y caliente sobre la de ella.

Ella se derrumbó, giró y se ahogó en el beso. Los labios de Will eran suaves, el cuerpo duro contra el suyo, y él sabía a lluvia. El calor se propagó desde la boca de su estómago, mientras la boca masculina se movía con urgencia sobre la suya, dispuesta a corresponderle.

El rostro de Jem brilló contra la parte posterior de sus párpados cerrados. Apoyó las palmas contra el pecho de Will y empujó, tan fuerte como pudo, para apartarlo de sí. Su aliento brotó como una exclamación violenta. —*No.*

Will dio un paso hacia atrás, sorprendido. Su voz, cuando habló, era ronca y baja. —¿Pero, y anoche? ¿En la enfermería? Yo… tú me abrazaste…

¿Lo hice? Con un agudo sobresalto, ella se dio cuenta de que lo que había tomado por un sueño, no había sido un sueño, después de todo. ¿O acaso él estaba mintiendo? No podía ser. No había manera en que él pudiera saber lo que ella había soñado.

—Yo… —Sus palabras tropezaban unas con otras—. Yo creí que estaba soñando.

La mirada nublada de deseo se desvaneció rápidamente de sus ojos, sustituida por dolor y confusión. Él casi tartamudeó. —Pero, incluso hoy. Yo pensé que tú… tú dijiste que estabas tan ansiosa de estar a solas conmigo, como yo…

—¡Imaginé que querías una disculpa! Me salvaste la vida en el almacén de té, y *estoy* agradecida por ello, Will. Pensé que querías que te dijera que…

Will se veía como si ella lo hubiera abofeteado. —¡No te salvé la vida para que estuvieras *agradecida*!

—¿Entonces, qué? —Ella elevó la voz—. ¿Lo hiciste porque es tu obligación? Porque la Ley dice…

—¡*Lo hice porque te amo*! —medio gritó él y luego, como si se percatara de la sorpresa en el rostro de ella, repitió en voz más baja: —Te amo, Tessa, y te he amado casi desde el momento en que te conocí.

Tessa entrelazó sus manos. Estaban frías como el hielo. —Pensé que no podías ser más cruel que cuando estabas en el desván, aquel día. Estaba equivocada. Esto es despiadado.

Will se quedó inmóvil. Entonces, sacudió la cabeza con lentitud, de lado a lado, como un paciente negando el diagnóstico mortal de un médico.

—¿Tú… no me crees?

—Por supuesto que no te creo. Después de las cosas que has dicho, el modo en que me has tratado…

—*Tenía* que hacerlo dijo él—. No tuve opción. Tessa, escúchame. —Ella comenzó a moverse hacia la puerta, pero él se interpuso para bloquearle el paso, con sus ojos azules ardiendo—. Por favor, escúchame. Por favor.

Tessa vaciló. El modo en que él dijo 'por favor' con la voz entrecortada, no se parecía en nada a lo que sucedió en el desván. En aquel entonces, él apenas había sido capaz de mirarla. Ahora, la miraba con desesperación, como si pudiera retenerla sólo con el deseo. La voz que gritaba desde su interior que él la lastimaría, que él no estaba siendo sincero, se fue haciendo más suave, sepultada bajo una voz que se alzaba, aún más traicionera, para decirle que se quedara allí. Que lo escuchara.

—Tessa. —Will hundió las manos entre su cabello negro, sus delgados dedos temblaban de agitación. Tessa recordó cómo era tocar ese cabello, deslizar los dedos a través de él, como áspera seda contra su piel—. Lo que voy a contarte, nunca se lo he dicho a otra alma viviente, con excepción de Magnus, y eso fue sólo porque necesitaba su ayuda. Ni siquiera se lo he dicho a Jem.

Will respiró hondo.

—Cuando tenía doce años, viviendo con mis padres en Gales, encontré una Pyxis, en la oficina de su padre.

Ella no estaba segura qué esperaba que Will dijera, pero, definitivamente, no era eso. —¿Una *Pyxis*? ¿Pero por qué tu padre conservaría una Pyxis?

—¿Un recuerdo de sus días como Cazador de Sombras? ¿Quién puede adivinarlo? ¿Recuerdas el texto del *Código*, hablando de maldiciones y cómo pueden llevarse a cabo? Bueno, cuando abrí la caja, liberé un demonio, Marbas, que me maldijo. Él juró que cualquiera que me amara estaría condenado a morir. Podría no haberle creído, yo no estaba muy bien instruido en la magia, pero mi hermana mayor murió esa noche, horriblemente. Pensé que era el inicio de la maldición. Huí de mi familia y vine aquí. Me parecía que era el único modo de mantenerlos a salvo, de no llevarlos de muerte en muerte. No me di cuenta, al principio, de que estaba entrando en una segunda familia. Henry, Charlotte, incluso la maldita Jessamine… Tenía que asegurarme de que nadie aquí pudiera amarme. Hacer eso, pensé, sería ponerlos en peligro mortal. Por

años, he mantenido a todo mundo a un brazo de distancia… a todo el mundo a quien no pude alejar por completo.

Tessa se lo quedó mirando. Las palabras hacían eco en su cabeza. *Mantener a todo el mundo a un brazo de distancia… alejar completamente a todo el mundo…* Ella pensó en sus mentiras, en las cosas que ocultaba, los desplantes a Charlotte y Henry, las crueldades que parecían forzadas, incluso la historia de Tatiana, quien sólo lo amó como lo hace una niñita y cuyo afecto había aplastado. Y luego estaba…

—Jem… —susurró ella.

Él la miró con tristeza. —Jem es diferente —murmuró.

— Jem está *muriendo*. ¿Dejaste que Jem se acercara, porque él ya estaba cerca de la muerte? ¿Pensaste que la maldición no le afectaría?

—Y con cada año que pasaba y él sobrevivía, eso parecía más probable. Pensé que cuando Jem se hubiera ido, después de que yo cumpliera los dieciocho años, me iría a vivir por mi cuenta, sin imponer mi persona o mi maldición a nadie más… y entonces, todo cambió. Debido a ti.

—¿A mí? —dijo Tessa en un tono bajo, aturdido.

El fantasma de una sonrisa tocó la boca de Will.

—Cuando te conocí por primera vez, pensé que eras distinta a cualquier otra persona que hubiera conocido. Me hiciste reír. Nadie, excepto Jem, me había hecho reír en, ¡buen Dios!, cinco años. Y tú lo hiciste como si no fuera nada, como si fuera tan natural como respirar.

—Ni siquiera me conocías. Will…

—Pregúntale a Magnus. Él te lo dirá. Después de aquella noche, en el desván, acudí a él. Tenía que alejarte, porque creí que empezabas a darte cuenta de lo que sentía por ti. En el Santuario, aquel día, cuando pensé que estabas muerta, me di cuenta de que serías capaz de leerlo en mi rostro. Estaba aterrorizado. Tuve que hacer que me odiaras, Tessa. Así que lo intenté. Y luego me quería morir. Pensé que podía soportar que me odiaras, pero no pude. Me di cuenta de que te quedarías en el Instituto, y que cada vez que te viera, sería como estar en aquel desván, una y otra vez, haciendo que me despreciaras, y sentí como si me estuviera ahogando en veneno. Acudí a Magnus y le exigí que me ayudara a

encontrar al demonio que me había maldecido en primer lugar, así la maldición sería levantada. Si sucedía, pensé, podría intentarlo de nuevo. Podía ser lento, doloroso y casi imposible, pero creí que podía hacer que tú te interesaras por mí de nuevo, si sólo podía contarte la verdad. Que podía volver a ganarme tu confianza… construir algo contigo, poco a poco.

—¿Estás… estás diciendo que la maldición fue levantada? ¿Que se ha *ido*?

—No hay ninguna maldición sobre mí, Tessa. El demonio me engañó. Nunca hubo una maldición. Todos estos años, he sido un tonto. Pero no tan tonto como para no saber, que la primera cosa que necesitaba hacer, una vez que supe la verdad, era decirte lo que sentía en realidad.

Él se adelantó otro paso, y, esta vez, ella no retrocedió. Se quedó mirándolo, a la piel pálida, casi transparente bajo sus ojos, al cabello oscuro, que se rizaba en las sienes y en la nuca, al azul de sus ojos y la curvatura de su boca. Mirándolo, del mismo modo que miraría un lugar querido que no estuviera segura de volver a ver, tratando de grabar los detalles en su memoria, para pintarlos en la parte posterior de sus párpados, de modo de poder verlo cuando cerrara los ojos para dormir.

Tessa oyó su propia voz, como si viniera de muy lejos.

—¿Por qué yo? —susurró ella—. ¿Por qué yo, Will?

Él dudó. —Después de que te trajimos de vuelta aquí, después que Charlotte encontrara tus cartas a tu hermano, yo… yo las leí.

Tessa se oyó decir, muy calmadamente. —Sé que lo hiciste. Las encontré en tu habitación, cuando estaba allí con Jem.

Él se sobresaltó. —Nunca me dijiste nada, al respecto.

—Al principio, estaba enojada —admitió ella—. Pero ésa fue la noche en la que te hallamos en el antro de los ifrits. Lo sentí por ti, supongo. Me dije a mí misma que sólo habías sentido curiosidad o que Charlotte te había pedido que las leyeras.

—No lo hizo —dijo él—. Las saqué del fuego por mi cuenta. Las he leído todas. Cada palabra que has escrito. Tú y yo, Tess, somos parecidos. Nosotros vivimos y respiramos palabras. Fueron los libros los que me impidieron quitarme la vida después de que pensé que nunca podría amar a alguien, que

nunca sería amado por alguien. Fueron los libros los que me hicieron sentir que, quizás, no estaba completamente solo. Ellos podían ser completamente honestos conmigo y yo con ellos. Leyendo tus palabras, lo que tú escribiste, cómo te sentías sola en ocasiones y temerosa, pero siempre valiente. Por la forma en que veías el mundo, sus colores, texturas y sonidos, sentí… sentí la forma en que tú pensabas, esperabas, sentías, soñabas. Sentí que estaba soñando, pensando y sintiendo *contigo*. Soñé lo que tú has soñado, quise lo que tú has querido… y entonces me di cuenta de que, lo que realmente quería, eras *tú*. La chica detrás de las palabras garabateadas. Te amo desde el momento en que las leí. Aún te amo.

Tessa había empezado a temblar. Eso era todo lo que ella siempre había deseado que alguien le dijera. Lo que siempre, en el rincón más oscuro de su corazón, había deseado que *Will* le dijera. Will, el muchacho que amaba los mismos libros que ella, la misma poesía que ella, que la hacía reír incluso cuando estaba furiosa. Y ahí estaba él, de pie delante de ella, diciéndole que amaba las palabras de su corazón, la forma de su alma. Diciéndole algo que nunca imaginó que alguien pudiera decirle a ella. Diciéndole algo que ella nunca diría de nuevo, no de esta forma. Y no por él.

Y eso no tenía importancia.

—Es demasiado tarde —dijo ella.

—No digas eso. —La voz de él era casi un suspiro—. Te amo, Tessa. Te amo.

Ella sacudió la cabeza. —Will… detente.

Will respiró una vez, en forma entrecortada. —Sé que te muestras reacia a confiar en mí —dijo—. Tessa, por favor, ¿esto es porque no crees en mí o porque no puedes imaginar corresponderme algún día? Porque, si es lo segundo…

—Will. Eso no tiene *importancia*…

—¡Nada tiene más importancia! —Su voz aumentó de volumen—. Sé que si me odias, es porque yo te obligué a hacerlo. Sé que no tienes una razón, para darme una segunda oportunidad de que me consideres bajo una luz distinta. Pero te estoy rogando por esa oportunidad. Haré lo que sea. *Cualquier cosa*.

La voz de Will se quebró y ella oyó el eco de otra voz en su interior. Vio a Jem, bajando la mirada hacia ella, todo el amor, la luz, la esperanza y la ansiedad del mundo, capturadas en sus ojos.

—No —susurró ella—. No es posible.

—Sí lo es —dijo él, desesperado—. Tiene que serlo. No puedes odiarme tanto como para…

—No te odio en absoluto —dijo ella, con una gran tristeza—. Traté de odiarte, Will. Pero nunca lo conseguí.

—Entonces, hay una oportunidad. —La esperanza flameó en los ojos de Will.

Ella no debió hablarle con tanta gentileza… ¡oh, Dios! ¿No había nada que pudiera hacer esto menos horrible? Tenía que decírselo. Ahora. Rápido. Limpiamente.

—Tessa, si no me odias, entonces hay una oportunidad de que tú pudieras…

—Jem me lo ha propuesto —dijo ella, abruptamente—. Y he dicho que sí.

—¿*Qué*?

—He dicho que Jem me lo propuso —susurró Tessa—. Me preguntó si me casaría con él. Y yo le dije que lo haría.

Will se puso terriblemente blanco. Dijo: —Jem. ¿*Mi* Jem?

Ella asintió, sin palabras que decir.

Will se tambaleó y puso una mano sobre el respaldo de una silla, para mantener el equilibro. Se veía como alguien que ha sido golpeado en el estómago, repentina y brutalmente. —¿Cuándo?

—Esta mañana. Pero nos hemos ido acercando, nos volvimos mucho más cercanos, desde hace un largo tiempo.

—¿Tú… y Jem? —Will se veía como si le hubieran pedido que creyera en algo imposible: nieve en verano, un invierno en Londres sin lluvia.

En respuesta, Tessa tocó con la punta de los dedos, el colgante de jade que Jem le había dado. —Jem me dio esto —dijo. Su voz era muy baja—. Fue el regalo de bodas de su madre.

Will observó los caracteres chinos sobre éste, como si fuera una serpiente enroscada sobre la garganta de ella. —Él nunca me dijo nada. Nunca me dijo una palabra sobre ti. No de ese modo. —Se apartó el negro cabello del rostro, en ese gesto característico que ella lo había visto hacer una y mil veces, sólo que, ahora, su mano temblaba visiblemente—. ¿Tú lo amas?

—Sí, lo amo —dijo ella, y vio que Will respingaba—. ¿Tú no?

—Pero él entendería —dijo él, aturdido—. Si se lo explicamos. Si se lo decimos… él entendería.

Sólo por un momento, Tessa se imaginó quitándose el pendiente, bajando las escaleras y golpeando la puerta de Jem. Regresándoselo. Diciéndole que ella había cometido un error, que no podía casarse con él. Podría decírselo, decirle todo sobre ella y sobre Will: que no estaba segura, que necesitaba tiempo, que no podía prometerle todo su corazón, que parte de él pertenecía a Will y siempre lo haría.

Y entonces, pensó en las primeras palabras que oyó decir a Jem, con los ojos cerrados, de espaldas a ella, su rostro a la luz de la luna. *¿Will? ¿Will, eres tú?* La forma en que la voz de Will, su rostro, se suavizaban por Jem como no lo hacían por nadie más; el modo en que Jem había aferrado las manos de Will en la enfermería, mientras estaba sangrado; la forma en que Will había gritado *¡James!* cuando los autómatas en el almacén lo habían golpeado.

No puedo separarlos uno del otro, pensó. *No puedo ser responsable de una cosa así. No puedo decirles, a cualquiera de ellos, la verdad.*

Tessa imaginó el rostro de Jem, si ella rompía el compromiso. Él sería amable. Jem siempre era amable. Pero ella estaría rompiendo algo precioso dentro de él, algo esencial. Él no sería el mismo después de eso, y Will no estaría allí para consolarlo. Y él tenía tan poco tiempo.

¿Y Will? ¿Qué haría él, entonces? Lo que sea que él pensara en ese momento, ella sabía que, si rompía con Jem, incluso ahora, él no la tocaría, no estaría con ella, sin importar lo mucho que la amara. ¿Cómo podría desfilar su amor por ella frente a Jem, sabiendo que su felicidad llegaba a costa del dolor de su mejor amigo? Incluso si Will se decía que podía manejarlo, para él, ella siempre sería la chica que Jem amaba, hasta el día que Jem muriera. Hasta el día que *ella* muriera. Él no traicionaría a Jem, incluso después de su muerte. Si hubiera sido

alguien más, cualquier otra persona en el mundo… pero ella no amaría a ninguna otra persona en el mundo. Estos eran los chicos que ella amaba. Para bien. Y para mal.

Tessa hizo a su voz tan fría como pudo. Muy calmada. —¿Decirle *qué*?

Will sólo la miró. Había luz en sus ojos en las escaleras, mientras él trababa la puerta, cuando la besó; una brillante, alborozada luz. Y ahora ésta se había ido, desvaneciéndose como el aliento de alguien que está muriendo.

Pensó en Nate, desangrándose hasta la muerte en sus brazos. Había sido incapaz, de ayudarlo en ese momento. Igual que ahora. Se sentía como si estuviera viendo desangrarse la vida de Will Herondale y no hubiera nada que ella pudiera hacer para detenerlo.

—Jem me perdonaría —dijo Will, pero había desesperanza, tanto en su rostro como en su voz. Se había dado por vencido, pensó Tessa; Will, que nunca se dio por vencido en ninguna pelea, después que hubiera comenzado—. Él…

—Lo haría —dijo ella—. Él nunca permanecería enojado contigo, Will; te ama demasiado como para ello. Ni siquiera creo que dirigiera su ira hacia mí. Pero esta mañana, él me dijo que pensaba que iba a morir sin amar a nadie como su padre amaba a su madre, sin ser amado por nadie con esa correspondencia. ¿Quieres que vaya por el pasillo, golpee su puerta y rompa con él? ¿Y tú aún me amarías si lo hiciera?

Will la miró por un largo momento. Luego, pareció estrujarse por dentro como un papel; se sentó en una butaca y sepultó el rostro entre sus manos. —Júrame… —dijo—… que lo amas. Lo suficiente como para casarte con él y hacerlo feliz.

—Sí —dijo ella.

—Entonces, si lo amas… —continuó Will, en voz baja—… por favor, Tessa, no le cuentes lo que acabo de decirte. No le digas que te amo.

—¿Y la maldición? Él no sabe…

—Por favor, no le cuentes sobre eso tampoco. Ni a Henry, ni a Charlotte… a nadie. Yo tengo que decírselos a mi propio ritmo, a mi manera. Finge que no te he dicho nada. Si aún te importo, Tessa, de algún modo…

—No se lo diré a nadie —dijo ella—. Lo juro. Lo prometo por mi ángel. Por el ángel de mi madre. Y, Will.

Él había bajado las manos, pero aun así, parecía no poder mirarla. Se había aferrado con tanta fuerza a los costados de la butaca que tenía los nudillos blancos. —Creo que es mejor que te vayas, Tessa.

Pero ella no podía hacerle caso. No cuando él se veía así, como si se estuviera muriendo por dentro. Más que cualquier otra cosa, ella deseaba ir, poner sus brazos alrededor de él, besar sus ojos cerrados, hacerle sonreír otra vez.

—Lo que has sufrido… —dijo Tessa—… desde que tenías doce años… habría matado a la mayoría de las personas. Siempre has creído que nadie te amaba, que nadie *podría* amarte, como si su continua supervivencia fuera una prueba de que no lo hacían. Pero Charlotte te ama. Y Henry. Y Jem. Y tu familia. Ellos siempre te han amado, Will Herondale, por lo que no has podido ocultar, que es el bien que tienes en tu interior, por mucho que lo intentes.

Él levantó la cabeza y la miró. Ella vio las llamas del fuego, reflejándose en sus ojos azules. —¿Y tú? ¿Tú me amas?

Ella se clavó las uñas en las palmas —Will… —dijo.

Él la miró, casi como si fuera a través de ella, casi a ciegas. —¿*Tú me amas*?

—Yo… —Tessa inspiró profundo. Dolía—. Jem ha tenido razón con respecto a ti, todo este tiempo. Eres mejor que el crédito que yo te daba, y me disculpo por ello. Porque si éste eres tú, como eres en realidad, y yo creo que así es… entonces, no tendrás ninguna dificultad para encontrar a alguien que te ame, Will, alguien para quien estés primero en su corazón. Pero yo…

Él hizo un sonido, a medio camino entre una risa ahogada y un jadeo — Primero en tu corazón —dijo—. ¿Creerías que no es la única vez que me has dicho eso a mí?

Ella sacudió la cabeza, desconcertada. —Will, yo no…

—Tú nunca has podido amarme —dijo él con rotundidad y, cuando ella no respondió, cuando ella no dijo nada, se estremeció, un estremecimiento que recorrió su cuerpo por completo, y se apartó bruscamente de la butaca, sin mirarla.

Will caminó con rigidez y cruzó el salón, buscando a tientas el cerrojo de la puerta. Ella se quedó observándolo, con una mano sobre la boca, hasta que, después de lo que pareció una eternidad, él lo encontró, lo abrió a ciegas y salió al pasillo, cerrando la hoja tras de sí.

Will, pensó Tessa. *¿Will, éste eres tú?* La parte posterior de los ojos le dolían. De algún modo, se encontró con que estaba sentada en el suelo, frente al fuego de la chimenea. Se quedó mirando las llamas, esperando a que llegaran las lágrimas. Nada sucedió. Después de tanto tiempo de obligarlas a retroceder, al parecer, había perdido la capacidad de llorar.

Tessa tomó el atizador de hierro de la chimenea y hundió la punta en el corazón de los carbones calientes, sintiendo el calor sobre su rostro. El colgante de jade alrededor de su garganta se calentó, casi quemándole la piel.

Sacó el atizador del fuego. Éste brillaba, tan rojo como un corazón. Ella cerró la mano alrededor de la punta.

Por un momento, no sintió absolutamente nada. Y entonces, como si fuera a una larguísima distancia, se oyó gritar, y fue como si una llave girara en el interior de su corazón, liberando las lágrimas al fin. El atizador cayó al suelo.

Cuando Sophie entró a la carrera, después de haberla oído gritar, encontró a Tessa de rodillas ante al fuego, su mano quemada apretada contra el pecho, sollozando como si su corazón se hubiera destrozado.

***

Fue Sophie quien condujo a Tessa hacia su habitación, Sophie quien le puso su camisón y la llevó a la cama, y Sophie quien le lavó la mano quemada con una franela fría, y se la vendó con un ungüento que olía a hierbas y especias, el mismo ungüento, le dijo a Tessa, que Charlotte había usado en la mejilla de Sophie, cuando ella llegara al Instituto por primera vez.

—¿Crees que me quedará una cicatriz? —preguntó Tessa, más por curiosidad que porque eso le preocupara, de una u otra manera. La quemadura, y el llanto que la siguió, parecían haber chamuscado e inundado toda emoción hasta sacarla de ella. Se sentía ligera y hueca como una conchilla.

—Probablemente una pequeña, no como la que tengo yo —dijo Sophie con franqueza, asegurando la venda alrededor de la mano de Tessa—. Las

quemaduras duelen más de lo que son, si entiende lo que quiero decir, y yo llegué pronto a usted con el ungüento. Estará bien.

—No, no lo estaré —dijo Tessa, mirando su mano y luego a Sophie. Sophie, encantadora como siempre, tranquila y paciente con su negro vestido y cofia blanca, sus rizos amontonados alrededor de su rostro—. Lo lamento, otra vez, Sophie —dijo—. Tú tenías razón sobre Gideon y yo estaba equivocada. Debí haberte escuchado. Eres la última persona en la tierra que estaría inclinada a volverse tonta por los hombres. La próxima vez que digas que vale la pena confiar en alguien, yo creeré en ti.

La sonrisa de Sophie fue destellante, esa sonrisa que hacía que, incluso los extraños, olvidaran su cicatriz. —Entiendo por qué dijo eso.

—Debí confiar en ti…

—Yo no debí estar tan enojada —dijo Sophie—. La verdad es que, yo misma, no estaba segura de qué es lo que él iba a hacer. No estaba segura del todo, hasta que regresó en el carruaje con usted, que él estaría de nuestro lado hasta el final.

—Va a ser agradable, creo… —dijo Tessa, jugando con la ropa de cama —… que él vaya a vivir aquí. Estará tan cerca de ti…

—Será la peor cosa del mundo —dijo Sophie y, de repente, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Tessa se paralizó de horror, preguntándose qué podría haber dicho que fuera tan malo. Las lágrimas se acumularon en los ojos de Sophie, haciendo brillar su color verde.

—Si él vive aquí, me verá como lo que realmente soy. Una sirvienta. —La voz de Sophie se quebró—. Yo sabía que nunca debí ir a verlo, cuando él me lo pidió. La señora Branwell no es el tipo de persona que castiga a sus sirvientes por tener admiradores o algo así, pero yo sabía que, de todos modos, estaba mal, porque él es quien es, y yo soy yo, y nunca podremos estar juntos.

Ella alzó una mano para enjugarse los ojos, y fue entonces cuando las lágrimas empezaron a caer, derramándose por ambas mejillas, la sana y la que tenía la cicatriz. —Yo podría perderlo todo, si me dejo ir… ¿y qué perdería él? Nada.

—Gideon no es así.

—Él es hijo de su padre —dijo Sophie—. ¿Quién dijo que no importa? No sería lo mismo que si fuera a casarse con una mundana, sino que me vería atendiendo el fuego, haciendo la colada…

—Si él te ama, no tendrá en cuenta nada de eso.

—Las personas siempre tienen en cuenta eso. Ellos no son tan nobles como usted piensa.

Tessa pensó en Will, con el rostro entre las manos, diciendo, *Si lo amas, por favor Tessa, no le cuentes lo que acabo de decirte.*

—Una encuentra nobleza en los lugares más extraños, Soph. Además, ¿tú realmente quieres ser una Cazadora de Sombras? ¿No preferirías…?

—Oh, pero yo lo quiero —dijo Sophie—. Más que cualquier otra cosa en el mundo. Siempre lo quise.

—Nunca lo supe —dijo Tessa, maravillada.

—Solía pensar que, si me casaba con el amo Jem… —Sophie recogió la manta, luego levantó la vista y sonrió con tristeza—. No habrá roto su corazón aún, ¿no?

—No —dijo Tessa. *Sólo partí el mío en dos*—. No le he roto el corazón en absoluto.

21
Carbones de Fuego

Traducido por CairAndross

Oh, hermano, los dioses fueron buenos contigo
Duerme, y sé feliz mientras el mundo
perdura
Siéntete contento mientras los años
transcurren
Da gracias por la vida, el amor y
la atracción;
Da gracias por la vida, hermano, y
por la muerte.
Por el último dulce sonido de sus pasos, su
respiración.
Por los regalos que ella te dio, amables y
escasos,
lágrimas y besos, aquella dueña de los tuyos

—Algernon Charles Swinburne, "El Triunfo del Tiempo"

La música se derramaba por la puerta de Jem, la cual estaba media abierta. Will permaneció de pie, con la mano sobre el picaporte y el hombro contra la pared. Se sentía profundamente agotado, más cansado de lo que se había sentido en toda su vida. Una energía terriblemente ardiente lo había mantenido alerta, desde que dejara Cheyne Walk, pero ahora se había ido, drenada, y lo único que quedaba allí era una exhausta oscuridad.

Había esperado que Tessa lo llamara, después que él cerrara la puerta de la sala de estar, pero ella no lo había hecho. Aún podía verla, mirándolo, con sus ojos como grandes nubes de tormenta. *Jem me lo ha propuesto, y he dicho que sí.*

¿Lo amas?

Lo amo.

Y, a pesar de todo, allí estaba él, frente a la puerta de Jem. No sabía si había ido para intentar hablarle a Jem de Tessa, si tal cosa podía lograrse, o, más probablemente, si ése era el lugar donde había aprendido a ir a por consuelo y no pudiera olvidar la costumbre de años. Empujó la puerta para abrirla; la luz mágica se derramó por el pasillo, y él entró en la habitación de Jem.

Jem estaba sentado sobre el cofre a los pies de su cama, con el violín en equilibrio sobre su hombro. Tenía los ojos cerrados mientras deslizaba el arco sobre las cuerdas, pero las esquinas se sus labios se arquearon cuando su parabatai entró a la habitación y dijo: —¿Will? ¿Eres tú, Will?

—Sí —dijo Will. Estaba de pie, justo en la entrada de la habitación, con la sensación de que no podía ir más lejos.

Jem dejó de tocar y abrió los ojos. —Teleman[48] —dijo—. Fantasía en mi bemol mayor. —Dejó a un lado el violín y el arco—. Bueno, entra, entonces. Me estás poniendo nervioso, quedándote allí parado.

Will dio unos pasos más al interior. Había pasado tanto tiempo en esa habitación que la conocía tan bien como la propia. La colección de música de Jem, libros, el estuche donde vivía su violín cuando no lo estaba tocando, las ventanas que dejaban parches cuadrados de luz solar. El cofre que lo había acompañado todo el tiempo, desde Shanghai. El bastón con su empuñadura de jade apoyado contra la pared. La caja con Kwan Yin dibujada sobre la tapa, que contenía la droga de Jem. El sillón, en el que Will había pasado incontables noches, vigilando el sueño de Jem, contando sus respiraciones y orando.

Jem levantó la mirada. Sus ojos eran luminosos; ninguna sospecha los teñía, sólo la simple felicidad de ver a su amigo. —Me alegra que estés aquí.

—A mí, también —dijo Will, con aspereza. Se sentía incómodo y se preguntó si Jem podía percibirlo. Nunca antes se había sentido incómodo cerca de su *parabatai*. Eran las palabras, pensó, allí en la punta de la lengua, rogando por ser dichas.

Tú lo ves, ¿no es así, Jem? Sin Tessa, no hay nada aquí para mí; no hay alegría, no hay luz, no hay vida. Si tú me amas, me dejarás tenerla. No puedes amarla como yo lo hago. Nadie podría. Si eres en realidad mi hermano, harías esto por mí.

---

[48] Fue un compositor barroco alemán.



Pero las palabras permanecieron no dichas, y Jem se inclinó hacia delante, con su voz baja y confidente. —Will. Hay algo que quería decirte, cuando no hubiera nadie más alrededor.

Will se preparó. Eso era todo. Jem iba a contarle de su compromiso y él iba a fingir estar feliz y no tener ganas de arrojarse por la ventana, que era lo que desesperadamente quería hacer. —¿Y qué es eso?

El sol brillaba sobre el cabello de Jem cuando agachó la cabeza. —Debí hablar contigo antes. Pero nosotros nunca hemos hablado de temas de amor, entre nosotros, y contigo siendo tan cínico como eres… —sonrió—. Pensé que te burlarías de mí por eso. Y además, nunca creí que existiera la posibilidad de que ella correspondiera a mis sentimientos.

—Tessa —dijo Will. El nombre de ella era como cuchillos en su boca.

La sonrisa de Jem fue luminosa, encendiendo su rostro por completo, y cualquier esperanza que Will abrigara en alguna secreta cámara de su corazón de que, quizás, Jem realmente no la amara, desapareció, desvaneciéndose como niebla ante un viento fuerte.

—Tú nunca has eludido tus deberes —dijo Jem—. Y sé que habrías hecho lo posible por salvar a Tessa en el almacén de la casa de té, quienquiera que ella fuese. Pero no pude dejar de pensar que, la razón por la cual estabas tan empeñado en salvarla, era porque sabías lo que ella significa para mí. —Echó su cabeza hacia atrás y su sonrisa se hizo incandescente—. ¿Adiviné correctamente o soy un idiota estúpido?

—Eres un idiota —dijo Will y tragó fuerte, pasando por su garganta seca. —Pero… estás en lo correcto. Sabía lo que ella significa para ti.

Jem sonrió. Will pensó que su felicidad estaba impresa por sobre todo su rostro, sus ojos; nunca le había visto una mirada semejante. Él siempre pensó en Jem como una presencia tranquila y pacífica, siempre pensó que aquella alegría, como la ira, era una emoción demasiado extrema y humana para Jem.

Ahora, se percataba de que estaba bastante equivocado; simplemente Jem no había sentido una felicidad como ésa con anterioridad. Al menos, no desde que sus padres murieron, imaginó Will. Pero Will nunca lo había considerado. Siempre había hecho hincapié en si Jem estaba a salvo, en si iba a sobrevivir, pero no en si era *feliz*.

Jem es mi gran pecado.

Tessa había estado en lo correcto, pensó. Había querido que ella rompiera con Jem costara lo que costase; ahora, se daba cuenta que no, no podía. *Deberías, al menos, creer en que conozco el honor… el honor y el deber,* le había dicho a Jem y tenía que cumplirlo. Le debía su vida a Jem. No podía quitarle lo que Jem quería más que cualquier otra cosa. Incluso, si eso significaba la propia felicidad de Will, por Jem, con quien no sólo tenía una deuda que nunca podría pagar, sino que, como el juramento decía: era alguien a quien amaba como a su propia alma.

Jem no sólo parecía más feliz, sino más fuerte, pensó Will, con un color saludable en sus mejillas y la espalda erguida. —Tendría que disculparme —dijo Jem—. Fui demasiado severo, con respecto a la guarida de los ifrits. Sé que, simplemente, estabas buscando solaz.

—No, estabas en lo correcto al…

—No lo estaba. —Jem se puso de pie—. Si fui duro contigo, fue porque no puedo soportar ver que te tratas a ti mismo como si no valieras nada. Sin importar qué parte de ti actúe en forma contraria, siempre te veré como lo que eres en realidad, mi hermano de sangre. No sólo eres mejor de lo que finges ser, sino que eres mejor de lo que la mayoría de las personas podrían esperar a ser. —Puso una mano sobre el hombro de Will, con suavidad—. Tú eres digno de todo, Will.

Will cerró los ojos. Vio el negro basalto del salón del Concejo, los dos círculos ardiendo sobre el piso. Jem saltando desde su círculo al de Will, de modo que habitaran el mismo espacio, circunscripto por el fuego. En aquel entonces, los ojos de Jem aún eran negros, grandes en su pálido rostro. Will recordaba las palabras del juramento de su *parabatai*. *Donde sea que vayas, yo iré; donde tú mueras, yo moriré, y allí seré sepultado: el Ángel será mi testigo y aún más, hasta que la muerte nos separe a ti y a mí.* Aquella misma voz le hablaba ahora. —Gracias por lo que hiciste por Tessa —dijo Jem.

Will no podía mirar a Jem. En lugar de ello, miraba hacia la pared, donde las sombras de ambos se mezclaban en relieve, de modo que uno no podría decir dónde terminaba el cuerpo de un muchacho y dónde empezaba el del otro.

—Gracias por observar al Hermano Enoch mientras quitaba fragmentos de metal de mi espalda más tarde.

Jem rió. —¿Para qué otra cosa están los *parabatai*?

***

La cámara del Concejo estaba cubierta de pendones rojos cortados por runas en color negro; Jem le susurró a Tessa que eran runas de decisión y juicio.

Tomaron sus lugares en el frente, en una hilera donde también estaban Henry, Gideon, Charlotte y Will. Tessa no había hablado con Will desde el día anterior; él no se había presentado en el desayuno y se les unió bastante tarde en el patio, aún abrochándose el abrigo mientras bajaba corriendo por las escaleras. Su oscuro cabello estaba despeinado y lucía como si no hubiera dormido. Parecía tratar de evitar la mirada de Tessa y ella, a su vez, evitó devolvérsela, a pesar de que podía sentirla fluctuando sobre ella de vez en cuando, como calientes motas de ceniza sobre su piel.

Jem era un perfecto caballero; su compromiso aún era un secreto y además de sonreírle cada vez que ella lo miraba, su comportamiento no fue, de ningún modo, fuera de lo común. Mientras se acomodaban en sus asientos en el Concejo, sintió que le frotaba suavemente el brazo con los nudillos de su mano derecha, antes de apartarse.

Podía sentir que Will observándolos, desde el final de la fila donde estaba sentado. No miró en su dirección.

En sitiales sobre la plataforma elevada en el centro de la cámara, se sentaba Benedict Lightwood, su perfil de águila apartándose de la muchedumbre en el Concejo, la mandíbula erguida. Detrás de él se ubicaba Gabriel quien, como Will, lucía exhausto y sin afeitar. Miró una vez a su hermano, mientras Gideon tomaba asiento, deliberadamente, entre los Cazadores de Sombras del Instituto. Gabriel se mordió el labio y bajó la mirada hasta sus zapatos, pero no se movió de donde estaba sentado.

Tessa reconoció algunos rostros más en la audiencia. La tía de Charlotte, Callida, estaba allí, así como el demacrado Aloysius Starkweather, a pesar que se había quejado, sin duda, de no haber sido invitado. Los ojos del hombre se entornaron cuando cayeron sobre Tessa, y ella se giró rápidamente hacia el frente de la habitación.

—Estamos aquí… —dijo el Cónsul Wayland cuando tomó su lugar ante el atril, con el Inquisidor sentado a su izquierda— para determinar en qué medida Charlotte y Henry Branwell han prestado asistencia a la Clave, durante la pasada quincena, en el asunto de Axel Mortmain, y si, como Benedict Lightwood ha reclamado, el Instituto de Londres estaría mejor en otras manos.

El Inquisidor se levantó. Tenía algo en sus manos, que brillaba en color plata y negro. —Charlotte Branwell, por favor avanza hasta el atril.

Charlotte se puso de pie y subió las escaleras hasta el escenario. El Inquisidor bajó la Espada Mortal y Charlotte envolvió sus manos alrededor de la hoja. En voz baja, relató los acontecimientos de las últimas dos semanas: la búsqueda de Mortmain en los recortes de periódicos y relatos históricos, la visita a Yorkshire, la amenaza contra los Herondale, el descubrimiento de la traición de Jessie, la lucha en el almacén, la muerte de Nate. Nunca mintió, aunque Tessa estaba consciente que dejaba detalles de lado aquí y allí. Aparentemente, la Espada Mortal podía ser engañada, pero sólo ligeramente.

Hubo varios momentos durante el relato de Charlotte, en los que algún miembro del Concejo reaccionó en forma audible: inspirando con fuerza, arrastrando los pies, sobre todo ante la revelación del rol de Jessamine en el procedimiento.

—Yo conocí a sus padres —Tessa oyó murmurar a la tía de Charlotte, Callida, desde la parte trasera del salón—. Terrible asunto… ¡Terrible!

—¿Y dónde está la chica en este momento? —exigió saber el Inquisidor.

—Está en las celdas de la Ciudad Silenciosa —dijo Charlotte—. Espera el castigo por su crimen. He informado al Cónsul de su paradero.

El Inquisidor, quien había estado paseándose de arriba abajo de la plataforma, se detuvo y miró a Charlotte agudamente a la cara. —Has dicho que esa chica era como una hija para ti —dijo—. ¿Y aun así la has entregado a los Hermanos de buena gana? ¿Por qué harías algo como eso?

—La Ley es dura —dijo Charlotte—. Pero es la Ley.

La boca del Cónsul Wayland se curvó hacia un lado. —Y aquí, tú has dicho que ella sería demasiado suave con los infractores, Benedict —dijo—. ¿Algún comentario?

Benedict se puso de pie; claramente, había decidido disparar sus puños hoy y éstos sobresalían, blancos como la nieve, de las mangas de su chaqueta de tweed oscuro a medida. —Tengo un comentario —dijo—. Apoyo de todo corazón a Charlotte Branwell en su liderazgo sobre el Instituto y renuncio a mi reclamo por una posición allí.

Un murmullo de incredulidad corrió por la multitud.

Benedict sonrió amablemente.

El Inquisidor se volvió y lo miró con recelo. —Entonces, lo que estás diciendo es… —repitió— que, *a pesar* del hecho de que estos Cazadores de Sombras asesinaron a Nathaniel Gray, o fueron responsables de su muerte, a nuestro único enlace con Mortmain, a pesar del hecho de que, una vez más, albergaban un espía bajo su techo, *a pesar* del hecho que aún no saben dónde está Mortmain, tú recomendarías a Charlotte y Henry Branwell para dirigir este Instituto.

—Quizás ellos no sepan dónde está Mortmain —dijo Benedict— pero saben *quién* es. Como el gran estratega mundano Sun Tzu dijo, en *El Arte de la Guerra*, "Si conoces a tus enemigos y te conoces a ti mismo, puedes ganar cien batallas sin una sola pérdida". Ahora sabemos quién es Mortmain en realidad… un hombre mortal, no un ser sobrenatural; un hombre temeroso de la muerte, un hombre empeñado en la venganza por lo que, él considera, la muerte inmerecida de su familia. Ni siquiera tiene compasión por los Submundos. Utilizó hombres lobo para que lo ayudaran a construir su ejército mecánico con rapidez, los alimentó con drogas para mantenerlos trabajando durante todo el día, sabiendo que las drogas matarían a los lobos y asegurarían el silencio. A juzgar por el tamaño del almacén que usó y el número de trabajadores empleados, su ejército mecánico será considerable. Y, juzgando por sus motivaciones y los años que ha estado planeando sus estrategias de venganza, él es un hombre con el que no se puede razonar, que no puede ser disuadido, que no puede ser detenido. Y *eso,* es algo que no conocimos con anterioridad.

El Inquisidor miró a Benedict, enmudecido, como si sospechara que algo malo estaba sucediendo, pero sin imaginar qué podría ser. —¿Prepararse para una guerra? ¿Y cómo sugieres que lo hagamos… en base, por supuesto, a toda esa información presuntamente valiosa que los Branwell adquirieron?

Benedict se encogió de hombros. —Bueno, por supuesto, eso es algo que el Concejo deberá decidir con el tiempo. Pero Mortmain ha intentado reclutar a poderosos Submundos, como Woolsey Scott y Camille Belcourt, a su causa. Es posible que no sepamos dónde está, pero conocemos sus métodos y podemos atraparlo de ese modo. Quizás aliándonos con algunos de los líderes más poderosos del Submundo. Charlotte parece tener a algunos de ellos al alcance de su mano, ¿no lo crees así?

Una risa débil corría por el Concejo, pero no se estaban riendo *de* Charlotte; estaban sonriendo junto con Benedict. Gabriel observaba a su padre, con sus verdes ojos ardiendo.

—¿Y la espía en el Instituto? ¿No llamarías a eso, un ejemplo de su negligencia? —dijo el Inquisidor.

—No del todo —dijo Benedict—. Ella trató todo el asunto con rapidez y sin muestras de compasión.

Él le sonrió a Charlotte, una sonrisa parecida a una navaja.

—Me retracto de mi afirmación anterior sobre la blandura de su corazón. Claramente, ella es tan capaz de hacer frente a la justicia con impiedad, como cualquier hombre.

Charlotte palideció, pero no dijo nada. Sus pequeñas manos aún estaban muy quietas sobre la Espada.

El Cónsul Wayland suspiró en forma entrecortada. —Me gustaría que hubieras llegado a esa conclusión un par de semanas antes, Benedict, y nos hubieras salvado de este problema.

Benedict se encogió de hombros con elegancia. —Pensé que ella necesitaba ser probada —dijo—. Afortunadamente, ha pasado esa prueba.

Wayland sacudió la cabeza. —Muy bien. Vamos a votar sobre este tema. —Le entregó, lo que parecía un recipiente de vidrio nublado al Inquisidor, quien bajó hasta la multitud y alargó el vial a la mujer que estaba sentada en la primera silla de la primera fila. Tessa observó, con fascinación, mientras la mujer inclinaba la cabeza y susurraba dentro del vial, luego lo pasó al hombre que estaba a su izquierda.

A medida que el vial viajaba por entre la multitud, Tessa sintió que Jem deslizaba su mano entre las de ella. Ella saltó, a pesar de que sus faldas voluminosas, sospechó, ocultaban sus manos con largura. Enlazó sus dedos con los de él, delgados y delicados, y cerró los ojos. *Lo amo. Lo amo. Lo amo*. Y de hecho, el toque le provocó escalofríos, aunque también le dieron ganas de llorar: con amor, con confusión, con el corazón roto, al recordar la mirada en el rostro de Will cuando ella le dijo que estaba comprometida con Jem, el modo en que la felicidad se extinguía en él, como fuego rociado por la lluvia.

Jem retiró su mano de entre las de ella, para tomar el vial que le entregaba Gideon a su otro costado. Ella lo oyó susurrar "Charlotte Branwell", antes que pasara el vial, por encima de ella, a Henry, que se encontraba a su lado. Ella lo miró y él debió malinterpretar la desdicha en sus ojos, porque le sonrió alentador. —Todo saldrá bien —dijo—. Escogerán a Charlotte.

Cuando el vial terminó su viaje, fue devuelto a las manos del Inquisidor, quien lo presentó, con una floritura, al Cónsul. El Cónsul tomó el vial y, poniéndolo en el atril frente a él, dibujó una runa sobre el vidrio con su estela.

El vial se estremeció, como una caldera que entrara en ebullición. Un humo blanco brotó de su cuello abierto: los susurros colectados de cientos de Cazadores de Sombras. Ellos gritaron las palabras al aire.

CHARLOTE BRANWELL

Charlotte apartó las manos de la Espada Mortal, casi tambaleándose de alivio. Henry lanzó un grito de alegría y arrojó su sombrero al aire. La habitación estaba llena de charlas y confusión.

Tessa no pudo evitar deslizar la mirada por la hilera, hasta Will. Él se había desplomado en su asiento, con la cabeza baja y los ojos cerrados. Se veía blanco y agotado, como si estos últimos acontecimientos le hubieran consumido el resto de sus energías.

Un grito atravesó el bullicio. Tessa se puso de pie en un momento, mirando a su alrededor. Era la tía de Charlotte, Callida, quien gritaba, con su elegante cabeza gris echada hacia atrás y su dedo apuntando hacia el cielo. Los jadeos recorrían la habitación a medida que los otros Cazadores de Sombras seguían su mirada.

El aire, por encima de ellos, estaba lleno con decenas, veintenas, incluso, de zumbantes criaturas de metal negro, como enormes escarabajos de acero negro con alas de cobre, que iban y venían por el aire, llenando el salón con el desagradable sonido de zumbidos metálicos.

Uno de los escarabajos metálicos se sumergió hacia abajo y flotó frente a Tessa, justo a nivel de sus ojos, haciendo un sonido de clics. No tenía ojos, aunque había una placa circular de vidrio en la parte plana de delante de la cabeza. Ella sintió que Jem la cogía del brazo, tratando de empujarla lejos de allí, pero ella se apartó con impaciencia, se sacó el sombrero de la cabeza y lo estampó sobre la parte superior de la cosa, atrapándola entre el sombrero y el asiento de la silla. Ésta, inmediatamente, empezó a hacer un enfurecido y agudo zumbido.

—¡Henry! —gritó ella—. Henry, tengo una de esas cosas…

Henry apareció detrás de ella, con el rostro enrojecido, y se quedó mirando el agujero. Se estaba abriendo un pequeño agujero en un costado del elegante terciopelo gris, allí donde la criatura mecánica lo desgarraba. Con una maldición, Henry bajó su puño con fuerza, aplastando al sombrero y la cosa en su interior contra el asiento. Ésta zumbó y se quedó inmóvil.

Jem se acercó y levantó el sombrero roto con cautela. Lo que quedaba debajo de éste, era una dispersión de partes: un ala de metal, una coraza estructural destrozada y articulaciones quebradas de patas de cobre.

—Ugh —comentó Tessa—. Eso es demasiado… *bichosoide*.

Ella levantó la mirada cuando otro grito atravesó el salón. Las criaturas insectoides se habían reunido en un remolino negro en el centro de la habitación; mientras ella observaba, empezaron a arremolinarse cada vez más rápido y luego desaparecieron, como escarabajos negros que fueran succionados por el desagüe.

—Lamento lo del sombrero —dijo Henry—. Te conseguiré otro.

—Olvida el sombrero —exclamó Tessa, mientras los gritos furiosos del Concejo hacían eco a través de la habitación. Miró hacia el centro del salón, donde el Cónsul permanecía con la refulgente Espada Mortal en su mano. Detrás de él estaba Benedict, con el rostro de piedra y los ojos fríos como el hielo—. Claramente, tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

***

—Es un tipo de cámara —dijo Henry, sosteniendo los trozos de la metálica criatura escarabajo destrozada sobre su regazo, mientras el carruaje traqueteaba en su camino de regreso—. Sin Jessamine, Nate o Benedict, Mortmain debe estar falto de espías humanos confiables que puedan informarle. Así que envió a estas cosas. —Señaló un fragmento. Había reunido todos los trozos en la copa del sombrero de Tessa y lo protegía en su regazo mientras ellos se sacudían por el movimiento del carruaje.

—Benedict no parecía muy contento de ver esas cosas —dijo Will—. Se debió dar cuenta de que Mortmain ya sabe de su deserción.

— Era una cuestión de tiempo — dijo Charlotte—. ¿Henry, estas cosas pueden grabar sonidos como un fonógrafo o sólo fotografías? Volaban tan rápido…

—No estoy seguro —Henry frunció el ceño—. Voy a tener que examinar sus partes con más atención en el sótano. No puedo encontrar ningún mecanismo de disparo, pero eso no significa que… —Levantó la mirada hacia los rostros desconcertados fijos en él, y se encogió de hombros—. En cualquier caso… —dijo—. Tal vez, no sea malo para el Concejo, el dar un vistazo a las invenciones de Mortmain. Una cosa es oír sobre ellas, otra es *ver* lo que está haciendo. ¿Qué piensas tú, Lottie?

Charlotte murmuró una respuesta, pero Tessa no la oyó. Su mente estaba atrapada en una cosa más peculiar, que se había producido justo después de que ella abandonara la cámara del Concejo, mientras esperaba el carruaje de los Branwell. Jem acababa de apartarse de ella para hablar con Will, cuando la solapa de un manto negro atrajo su mirada, y Aloysius Starkweather apareció tras ella, su rostro grisáceo luciendo feroz. —Señorita Gray —ladró—. Esa criatura mecánica… el modo en que se aproximó a usted…

Tessa permaneció en silencio, observando; esperando que él la acusara de algo, aunque no podría imaginarse de qué.

—¿*Eshtá* todo bien? —dijo el hombre abruptamente, y al final, su acento de Yorkshire pareció, de repente, muy pronunciado—. ¿Le ha *hesho* daño?

Lentamente, Tessa sacudió la cabeza—. No, señor Starkweather. Gracias por su amabilidad al preocuparse por mi bienestar, pero no.

Para ese entonces, Jem y Will se habían vuelto y estaban observando. Como si fuera consciente de estar atrayendo la atención, Starkweather asintió bruscamente con la cabeza, dio media vuelta y se marchó; su capa desigual flotando tras él.

Tessa no podía encontrar ni pies ni cabeza a todo ese asunto. Justo estaba pensando en su breve tiempo en la cabeza de Starkweather, y en el asombro que él sintió cuando la vio por primera vez, cuando el carruaje se detuvo, de un tirón, frente al Instituto. Aliviados de verse libres de su confinamiento, los Cazadores de Sombras y Tessa se dejaron caer sobre el sendero.

Había una brecha en la capa de nubes grises sobre la ciudad, y caía sobre ellos la luz de un sol amarillo limón, haciendo brillar los escalones de entrada. Charlotte se dirigió hacia estos, pero Henry la detuvo, acercándola a él con el brazo donde no llevaba el sombrero destruido de Tessa.

Tessa los observaba, con el primer destello de felicidad que había sentido desde el día anterior. Se dio cuenta de que había empezado a tomarles verdadero cariño a Charlotte y a Henry, y quería verlos felices.

—Lo que debemos recordar es que todo ha ido tan bien como esperábamos —dijo Henry, sosteniéndola con fuerza—. Estoy muy orgulloso de ti, querida.

Tessa habría esperado un comentario sarcástico de Will en ese momento, pero él tenía la mirada perdida en las puertas. Gideon se veía avergonzado y Jem como si estuviera satisfecho.

Charlotte se alejó de Henry, ruborizándose furiosamente y enderezando su sombrero, pero se veía obviamente encantada. —¿De verdad, Henry?

—¡Absolutamente! No solamente mi esposa es bella, ella es brillante y esa brillantez debería ser reconocida.

—Aquí… —dijo Will, sin apartar la mirada de las puertas— es cuando Jessamine te habría dicho que te detengas porque la estabas enfermando.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Charlotte. —Pobre Jessie…

Pero la expresión de Henry era inusualmente dura en él. —Ella no debió hacer lo que hizo, Lottie. No es tu culpa. Sólo podemos esperar que el Concejo la juzgue con indulgencia. —Se aclaró la garganta—. Y vamos a dejar de hablar

de Jessamine por hoy, ¿de acuerdo? Esta noche es para celebrar. El Instituto aún es nuestro.

Charlotte le sonrió, con tanto amor en los ojos que Tessa tuvo que apartar la mirada hacia el Instituto. Parpadeó. En lo alto del muro de piedra, sus ojos captaron un destello de movimiento. Una cortina se apartó en la esquina de una ventana y ella pudo ver un rostro pálido que miraba hacia abajo. ¿Sophie buscando a Gideon? No podía estar segura, el rostro se había ido tan pronto como apareció.

***

Tessa se vistió con especial cuidado esa noche, con uno de los nuevos vestidos que Charlotte le había proporcionado; satén azul con un corsé ligero en forma de corazón y un profundo corte, de escote redondo sobre una camiseta de encaje de Malinas. Las mangas eran cortas y acanaladas, mostrando sus largos brazos blancos y ella se había peinado el cabello en rizos, sujetándolos hacia arriba y hacia atrás en un arreglo entrelazado con oscuros pensamientos azules. No fue hasta después que Sophie los hubiera fijado cuidadosamente a sus cabellos, que Tessa se dio cuenta de que éstos eran del color de los ojos de Will, y, de pronto, quiso quitárselos, pero, por supuesto, no hizo nada de eso, sino que simplemente le agradeció a Sophie por sus esfuerzos y la felicitó sinceramente por cuán graciosamente se enrulaba su cabello.

Sophie bajó antes que ella, para ir a ayudar a Bridget en la cocina. Tessa se sentó automáticamente frente al espejo, para morderse los labios y pellizcarse las mejillas. Necesitaba color, pensó. Estaba inusualmente pálida.

El pendiente de jade estaba bajo el encaje de Malinas, donde nadie podría verlo. Sophie lo había mirado mientras Tessa se vestía, pero no hizo comentarios. Ella recogió el colgante del ángel mecánico y se lo sujetó también, alrededor de su garganta. Éste se acomodó bajo el otro pendiente, justo debajo de su clavícula y la tranquilizó con su tic-tac. No había una razón por la que no pudiera usar los dos, ¿verdad?

Cuando salió al corredor, Jem la estaba esperando. Sus ojos se iluminaron cuando la vio, y después de dar un vistazo de arriba abajo del pasillo, él la atrajo hacia sí y la besó en la boca.

Ella se obligó a fundirse en el beso, a disolverse contra él como lo había hecho antes. La boca de él era suave en la suya y sabía dulce, su mano cuando la tomó del cuello era fuerte y gentil. Ella se acercó más, deseando sentir el latido del corazón de Jem.

Él se echó hacia atrás, sin aliento. —No era mi intención hacer esto…

Ella sonrió. —Yo creo que sí, James.

—No antes de verte —dijo él—. Sólo quería preguntarte si podía acompañarte a cenar. Pero te ves tan hermosa. —Le tocó el cabello—. Sin embargo, me temo que demasiada pasión podría hacer que empezaras a arrojar pétalos como un árbol en otoño.

—Bueno, puedes hacerlo —dijo ella—. Acompañarme a cenar, quiero decir.

—Gracias. —Deslizó la punta de sus dedos sobre los pómulos de ella—. Pensaba que despertaría esta mañana y que habría sido un sueño el que me hubieras dicho que sí. Pero no lo era. ¿O sí? —Sus ojos buscaron el rostro de Tessa.

Ella sacudió la cabeza. Podía degustar las lágrimas en el fondo de su garganta y se alegró de que sus guantes de seda ocultaran la quemadura de su mano izquierda.

—Lamento que estés consiguiendo tan mal negocio conmigo, Tessa —dijo él—. En años, quiero decir. Encadenarte a un hombre moribundo, cuando sólo tienes dieciséis años…

—*Tú* sólo tienes diecisiete. Tiempo suficiente como para encontrar una cura —susurró ella—. Y lo haremos. Encontraremos una. Yo estaré contigo. Para siempre.

—Ahora, *lo que* yo creo —comentó él— es que cuando dos almas son como una, permanecen juntas en la Rueda. Nací en este mundo para amarte, y te amaré en la próxima vida, y en la siguiente tras ésa.

Ella pensó en Magnus. *Estamos encadenados a esta vida por una cadena de oro y no nos atrevemos a cortarla, por miedo a lo que está más allá de la caída.*

Ahora, ella sabía lo que significaba eso. La inmortalidad era un don, pero no uno sin consecuencias. *Porque si yo soy inmortal*, pensó, *entonces sólo tengo esta,*

esta única vida. No regresaré y cambiaré como tú lo haces, James. No te veré en el Cielo, o en las barrancas del gran río, o lo que sea la vida que se encuentra más allá de ésta.

Pero ella no lo dijo en voz alta. Eso lo lastimaría y si había algo que ella sabía real, era ese fuerte deseo irracional viviendo en ella, de protegerlo de ser lastimado, de interponerse entre él y la desilusión, entre él y el dolor, entre él y la muerte, y luchar contra ellos para hacerlos retroceder, como Boudica había combatido a los romanos que avanzaban. En lugar de eso, se acercó y tocó su mejilla; Jem apretó su rostro contra el cabello de ella, el cabello lleno de flores del color de los ojos de Will, y se quedaron así, entrelazados, hasta que la campana de la cena sonó por segunda vez.

***

Bridget, a quien se oía cantar tristemente en la cocina, se había superado a sí misma en el comedor, colocando velas en candelabros de plata por todas partes, para que el lugar entero brillara de luz. Rosas cortadas y orquídeas, flotaban en cuencos de plata sobre el mantel de lino blanco. Henry y Charlotte presidían la mesa. Gideon, en traje de noche, se sentaba con los ojos fijos en Sophie mientras ella entraba y salía de la habitación, a pesar que ella parecía evitar estudiadamente su mirada. Y junto a él, se sentaba Will.

Yo amo a Jem. Me casaré con Jem. Tessa había tenido que repetírselo todo el camino hasta la sala, pero había poca diferencia; su corazón dio un vuelco enfermizamente en su pecho cuando vio a Will. No lo había visto en traje de noche desde la velada del baile y, a pesar de que se veía pálido y enfermo, lucía ridículamente apuesto en él.

—¿Su cocinera *siempre* está cantando? —estaba preguntando Gideon en tono de asombro, cuando Jem y Tessa entraron. Henry levantó la mirada y, al verlos, sonrió con todo su amistoso y pecoso rostro.

—Estábamos empezando a preguntarnos dónde… —empezó.

—Tessa y yo tenemos noticias —estalló Jem.

Su mano encontró la de Tessa y la sostuvo; ella se quedó congelada mientras tres rostros curiosos se giraban hacia ellos, cuatro, si contaba a Sophie quien acababa de entrar en la habitación. Will se quedó donde estaba, observando el cuenco de plata frente a sí; en éste flotaba una rosa blanca y él parecía dispuesto a mirarla fijamente hasta que se hundiera. En la cocina, Bridget aún estaba

cantando una de sus horribles canciones tristes; la letra se filtraba a través de la puerta:

"En una feria nocturna, fui a tomar aire
Oí a una criada llorando su lamento;
Ella dijo: ¿habéis visto a mi padre?
¿O habéis visto a mi madre?
¿O habéis visto a mi hermano, John?
¿O habéis visto al joven que amo con el corazón
y su nombre es Dulce William?"

Podría matarla, pensó Tessa. Dejarla hacer una canción sobre *eso*.

—Bueno, tienen que decírnoslo ahora —dijo Charlotte, sonriendo—. ¡No nos dejes colgados en suspenso, Jem!

Jem levantó sus manos unidas y dijo: —Tessa y yo estamos comprometidos para casarnos. Yo le pregunté y… ella me aceptó.

Hubo un silencio sorprendido. Gideon observaba asombrado (Tessa sentía bastante pena por él, de una forma bastante separada) y Sophie permanecía de pie, con una jarra de crema en las manos y la boca abierta. Tanto Charlotte como Henry parecían sorprendidos de su ingenio.

Ninguno de ellos se esperaba esto, pensó Tessa. Por más que Jessamine hubiera dicho que la madre de Tessa era una Cazadora de Sombras, ella aún era un Submundo y los Cazadores de Sombras no se casan con Submundos. Ese momento no se le había ocurrido. Había pensado, de algún modo, que iban a hablar con todos por separado, cuidadosamente, no que Jem lo dejara escapar en una fiebre de gozosa felicidad, en medio del salón comedor. Y pensó: *Oh, por favor, sonrían. Por favor, felicítennos. ¡Por favor, no echen a perder este momento para él! Por favor.*

La sonrisa de Jem apenas había empezado a decaer, cuando Will se puso de pie. Tessa inspiró profundo. *Estaba* hermoso en su traje de noche, eso era cierto, pero él siempre fue hermoso; sin embargo, había algo diferente en él ahora, una capa más profunda que el azul de sus ojos, una grieta en la armadura dura y

perfecta que lo rodeaba, dejando escapar un rayo de luz. Éste era un nuevo Will, un Will diferente, un Will del que ella sólo había captado destellos… un Will que, quizás, sólo Jem había conocido en realidad. Y ahora, ella nunca lo conocería. El pensamiento la atravesó con tristeza, como si estuviera recordando a alguien que hubiese muerto.

Él alzó su copa de vino. —No conozco a dos personas más finas —dijo—. Y no podría imaginar mejores noticias. Que su vida juntos sea larga y feliz —Sus ojos buscaron los de Tessa y luego se apartaron de ella, fijándose en Jem—. Felicidades, hermano.

Después de su discurso, se produjo un diluvio de otras voces. Sophie dejó la jarra y corrió a abrazar a Tessa. Henry y Gideon estrecharon la mano de Jem y Will, permaneció observando todo, aún sosteniendo la copa en su mano.

A través del parloteo feliz de las voces, sólo Charlotte estaba silenciosa, su mano apretada contra su pecho. Tessa se inclinó, preocupada, sobre ella.

—¿Charlotte, todo está bien?

—Sí —dijo Charlotte, y luego levantó la voz—. *Sí*. Es sólo que… tengo noticias propias. Buenas noticias.

—Sí, querida —dijo Henry—. ¡Hemos ganado el Instituto de vuelta! Pero todo el mundo ya lo sabe…

— No, no eso, Henry. Tú… —Charlotte hizo un sonido parecido a un hipido, mitad risa, mitad lágrimas—. Henry y yo vamos a tener un hijo. Un niño. El Hermano Enoch me lo dijo. Yo no quise decir nada antes, pero…

El resto de sus palabras fue ahogado por el incrédulo alarido de alegría de Henry. Él levantó completamente a Charlotte de su asiento y la apretó en sus brazos. —Querida, eso es maravilloso, maravilloso…

Sophie dio un gritito y palmoteó. Gideon se veía como si estuviera tan avergonzado que, probablemente, podría morirse en ese mismo lugar y Will y Jem intercambiaron sonrisas desconcertadas. Tessa no pudo evitar el sonreír; el placer de Henry era contagioso. Él danzaba un vals con Charlotte a través de la habitación una y otra vez, pero se detuvo súbitamente, horrorizado de que bailar el vals pudiera ser malo para el bebé y la sentó en la silla más cercana.

—Henry soy perfectamente capaz de caminar —dijo Charlotte, indignada. —Incluso de bailar.

—¡Mi querida, estás indispuesta! Debes permanecer en cama por los próximos ocho meses. El pequeño Buford…

—No voy a llamar Buford a nuestro hijo. No me importa si es el nombre de tu padre o es un nombre tradicional de Yorkshire… —Charlotte empezaba a exasperarse, cuando sonó un golpe en la puerta y Cyril asomó la cabeza.

Él observó la escena gozosa frente a sí y dijo vacilante. —Señor Branwell, hay alguien aquí para verlos a todos.

Henry parpadeó. —¿Alguien para vernos? Pero esto es una cena privada, Cyril. Y no he oído sonar la campanilla…

— No, ella es una Nefilim —dijo Cyril—. Y dice que es muy importante. No va a esperar.

Henry y Charlotte intercambiaron miradas llenas de confusión.

—Bueno, está bien, entonces —dijo Henry, al fin—. Déjala entrar, pero dile que debe ser rápido.

Cyril desapareció. Charlotte se puso de pie, se alisó el vestido y acomodó su cabello revuelto. —¿Será la tía Callida, quizás? —preguntó, con voz dubitativa—. No puedo imaginar quién más…

La puerta se abrió de nuevo y Cyril entró, seguido por una joven de unos quince años. Ella llevaba un manto negro de viaje sobre un vestido verde. Incluso si Tessa no la hubiera visto antes, sabría quién era ella, al instante; la hubiera reconocido por su cabello negro, por el azul-violáceo de los ojos, por la graciosa curvatura de la garganta, los delicados ángulos de sus rasgos, la plena forma de su boca. Oyó que Will contenía una súbita, violenta respiración.

—Hola —dijo la muchacha, en una voz sorprendentemente suave y sorprendentemente firme a la vez. —Me disculpo por interrumpir su hora de la cena, pero no tengo otro lugar para ir. Soy Cecily Herondale, verá. Vine para ser entrenada como una Cazadora de Sombras.

Una nota de la Inglaterra de Tessa

Traducido por Pamee

Como en *Ángel Mecánico*, el Londres de *Príncipe Mecánico* es, tanto como pude hacerlo, una mezcla de lo real y lo irreal, lo famoso y lo olvidado. (Por ejemplo, de verdad hay una Cámara Pyx en la Abadía de Westminster). La geografía del verdadero Londres victoriano es preservada tanto como sea posible, pero hubo veces en que eso fue imposible.

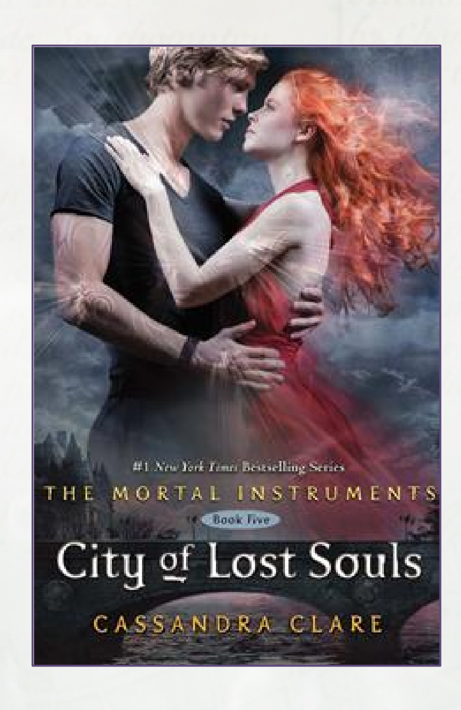
Para aquellos que se preguntan por el Instituto: Había una iglesia llamada Todos los Santos-el Menor que se quemó en el Gran Incendio de Londres en 1666; sin embargo, estaba localizada en Upper Thames Street, no donde yo la he ubicado, justo al lado de Fleet Street. Aquellos que están familiarizados con Londres, reconocerán la localización del Instituto, y la forma de su aguja, como esa de la famosa iglesia St. Bride, amada por periodistas y reporteros, la cual no es mencionada en Infernal Devices, ya que el Instituto ha tomado su lugar. Para aquellos que se preguntan por el Instituto de York, está basado en Holy Trinity Goodramgate, una iglesia que todavía pueden encontrar y visitar en York.

En cuanto a la casa de los Lightwood en Chiswick; durante los siglos dieciséis y diecisiete se creía que Chiswick estaba lo suficientemente lejos de Londres para ser un refugio saludable de la suciedad y las enfermedades de la ciudad, y las familias adineradas tenían mansiones ahí. La casa de los Lightwood está basada, muy someramente, en la famosa Casa Chiswick.

En cuanto al Número 16 en Cheyne Walk, donde vive Woolsey Scott, en ese tiempo de hecho era rentada tanto por Algernon Charles Swinburne, Dante Gabriel Rossetti, y George Meredith. Ellos eran miembros del movimiento estético, y hubieran apreciado el lema en el anillo de Woolsey: "*L'art pour l'art*," o "El amor por el arte."

En cuanto al antro de opio en Whitechapel, se ha hecho mucha investigación acerca del tema, pero no hay pruebas de que ese antro de opio, tan amado por los fans de Sherlock Holmes y los entusiastas de lo gótico, haya existido alguna vez. Aquí ha sido reemplazado por un antro de vicio demoníaco. Esos nunca se han probado que existieran, tampoco… pero, nunca se ha probado que no existieran.

Para aquellos que se preguntan qué le dice Will a Tessa justo afuera de la mansión en Chiswick, *Caelum denique* era el grito de batalla de los Cruzados y significa "¡Finalmente el cielo!"



¡¡No te pierdas Ciudad de Almas Perdidas!!

Sólo en DG

Agradecimientos

- Foro Dark Guardians
  - http://darkguardians.foros-activos.es/forum
- Traductora a cargo
  - Pamee

- Traductores
  - Aurim

    (para el blog Más que Vampiros

    http://masquevampiros.blogspot.com/)
  - Neru
  - Valen JV
  - CairAndross
  - Flor_18
  - Carmen_Lima
  - Verittooo
  - Veris
  - Pargulin
  - Kar
  - K_ri^^
  - Pamee
  - Drifted
  - Nahirr
- Correctoras
  - Gяaçэ
  - Pamee
- Revisión General
  - Pamee
- Diseño
  - Dany



¡No dejes de Visitarnos!

Encuentra Libros, Traducciones y Mucho

Entretenimiento

¡¡¡Todo para fans!!